



**JOHN  
IRVING**

**PERSONAS  
COMO YO**

**Lectulandia**

En el pequeño teatro de aficionados de la localidad de First Sister, y también en el Club de Teatro del colegio, al adolescente Billy Dean suelen caerle en suerte papeles complejos y ambiguos, pero sin duda nunca serán tan valientes y comprometidos como los que tendrá que interpretar en ese otro gran teatro que es la vida. Lo cierto es que, a sus trece años, su existencia da un vuelco tras conocer al atractivo Richard Abbott, su futuro padrastro y figura clave en su educación sentimental. Richard también le presentará a la señorita Frost, la maravillosa bibliotecaria del pueblo, quien guía sus primeras lecturas antes de acabar convirtiéndose en fiel cómplice. A medida que avanzan los cursos escolares, y mientras se forja como escritor, Billy se embarca en la búsqueda de su identidad sexual al tiempo que vive cada vez de manera más apremiante la necesidad de conocer a su verdadero padre, ese eterno ausente del que nadie habla. Tardará toda una vida en dar con él, y será en Madrid.

**Lectulandia**

John Irving

# **Personas como yo**

ePub r1.0

Titivillus 31.10.15

Título original: *In One Person*  
John Irving, 2012  
Traducción: Carlos Milla Soler

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Así yo en uno solo hago de muchos, y ninguno satisfecho.

WILLIAM SHAKESPEARE, *Ricardo II*  
(Traducción de Ángel-Luis Pujante)

*Para Sheila Heffernon y David Rowland.  
En memoria de Tony Richardson*

## UN CASTING FALLIDO

Para empezar, les hablaré de la señorita Frost. Si bien cuento a todo el mundo que llegué a ser escritor porque leí cierta novela de Charles Dickens a la formativa edad de quince años, la verdad es que era más joven cuando conocí a la señorita Frost e imaginé que hacía el amor con ella, y ese momento de mi despertar sexual señaló asimismo el convulso nacimiento de mi imaginación. Nos forma aquello que deseamos. En menos de un minuto de arrebatado y secreto anhelo deseé ser escritor y hacer el amor con la señorita Frost..., no necesariamente en ese orden.

Conocí a la señorita Frost en una biblioteca. Me gustan las bibliotecas, pese a que encuentro ciertas dificultades al pronunciar la palabra, tanto en plural como en singular. Según parece, determinadas palabras me plantean serios problemas de pronunciación, sobre todo sustantivos: personas, lugares y objetos que me han ocasionado una inusitada excitación, un conflicto irresoluble o un miedo cerval. Bueno, eso opinan los diversos profesores de voz y logopedas y psiquiatras que me han tratado... sin éxito, lamento decir. En primaria, repetí un curso debido a «graves deficiencias del habla»: una exageración. Ahora cuento sesenta y muchos años, casi setenta; ya he perdido el interés por la causa de mis errores de pronunciación. (Hablando en plata: a la mierda la etiología).

La palabra «etiología» ni siquiera intento decirla; en cambio, sí consigo, no sin esfuerzo, una pronunciación incorrecta pero comprensible de «biblioteca» o «bibliotecas», y al hacerlo surge de mis labios la palabra errada en forma de ave desconocida. (Digo «mirlo teca» o «mirlotecas», como los niños).

Para mayor ironía, mi primera biblioteca carecía de toda distinción. Se trataba de la biblioteca pública de la pequeña localidad de First Sister, Vermont, un compacto edificio de obra vista en la misma calle donde vivían mis abuelos. Yo viví con ellos en su casa de River Street hasta los quince años, cuando mi madre volvió a casarse. Mi madre conoció a mi padrastro en una obra teatral.

La agrupación de teatro amateur del pueblo se llamaba Comediantes de First Sister; hasta donde me alcanza la memoria, vi todas las obras representadas en el pequeño teatro de nuestro pueblo. Mi madre era la apuntadora: si a alguien se le olvidaba el texto, ella le dictaba qué tenía que decir. (Como teatro amateur que era, dichos olvidos se producían con frecuencia). Durante muchos años pensé que el apuntador era un actor más, misteriosamente oculto entre bambalinas, y sin traje de escena, pero con una aportación necesaria al diálogo.

Mi padrastro, cuando mi madre lo conoció, era un actor recién incorporado a los Comediantes de First Sister. Había venido al pueblo para dar clases en la academia

Favorite River, un colegio privado cuasiprestigioso, que por aquel entonces era exclusivamente masculino. Durante buena parte de mi infancia (y con toda certeza cuando contaba ya diez u once años) debí de ser consciente de que con el tiempo, cuando «tuviera la edad», iría a estudiar a la academia. El colegio disponía de una biblioteca más moderna y mejor iluminada, pero la biblioteca pública del pueblo de First Sister fue mi primera biblioteca, y su bibliotecaria fue mi primera bibliotecaria. (Y, dicho sea de paso, nunca he tenido el menor problema para pronunciar la palabra «bibliotecaria»).

La señorita Frost, ni que decir tiene, fue una experiencia más memorable que la biblioteca. De forma imperdonable, no averigüé su nombre de pila hasta mucho después de conocerla. Todos la llamaban señorita Frost, y yo le calculé la edad de mi madre —o poco menos— cuando, ya tardíamente, tuve mi primer carnet de la biblioteca y la conocí. Mi tía, una persona de lo más imperiosa, me había contado que la señorita Frost «antes era muy guapa», pero a mí me era imposible imaginar que la señorita Frost pudiera haber sido alguna vez más guapa que cuando la conocí, y eso que yo, ya de niño, me pasaba la vida imaginando cosas. Mi tía sostenía que «antes» los hombres solteros y sin compromiso del pueblo perdían el oremus en presencia de la señorita Frost. Cuando uno de ellos reunía el valor para presentarse —y llegar al punto de decirle su nombre a la señorita Frost—, la por entonces hermosa bibliotecaria lo miraba con frialdad y, gélidamente, respondía: «Me llamo señorita Frost. Nunca he estado casada, ni quiero estarlo».

Con tal actitud, la señorita Frost seguía sin casarse cuando yo la conocí, y al menos para mí era inconcebible que los hombres solteros y sin compromiso del pueblo de First Sister hubieran dejado de presentarse a ella.

La novela crucial de Dickens —la que me llevó a desear ser escritor, o eso digo siempre— fue *Grandes esperanzas*. Sé con certeza que tenía quince años tanto cuando la leí por primera vez como cuando la releí por primera vez. Me consta que fue antes de empezar a estudiar en la academia, porque saqué el libro de la biblioteca de First Sister... dos veces. Jamás olvidaré el día que acudí a la biblioteca para llevarme ese libro por segunda vez; nunca antes había deseado releer una novela entera.

La señorita Frost me dirigió una mirada penetrante. Dudo que por entonces yo le llegara a los hombros. «La señorita Frost fue *en su día* lo que llaman “escultural”», me había dicho mi tía, como si incluso la estatura y silueta de la señorita Frost existieran únicamente en el pasado. (Para mí, fue *siempre* escultural).

Aunque la señorita Frost era una mujer de postura erguida y hombros anchos, fueron sobre todo sus pequeños pero bonitos pechos los que captaron mi atención. En aparente contraste con su tamaño hombruno y su ostensible fuerza física, los pechos de la señorita Frost presentaban cierto aire de recién desarrollados, el inverosímil



aspecto incipiente de los pechos de una muchacha. Yo no me explicaba cómo era posible que una mujer mayor hubiese conseguido esa apariencia, pero sin duda sus pechos habían capturado la imaginación de cuantos adolescentes se habían cruzado con ella, o eso pensé yo al conocerla en..., ¿cuándo fue? En 1955. Comprendan que, por otro lado, la señorita Frost nunca vestía de manera provocativa, o al menos no en el silencio impuesto de la lúgubre biblioteca pública de First Sister; de día o de noche, fuera cual fuese la hora, allí apenas había nadie.

Sin querer, yo había oído expresar a mi imperiosa tía el siguiente comentario (dirigido a mi madre): «La señorita Frost ya ha pasado esa edad en que basta con un sujetador preparatorio». A mis trece años, yo había interpretado esto en el sentido de que —a juicio de mi lapidaria tía— los sujetadores de la señorita Frost eran de lo más improcedentes para sus pechos, o viceversa. ¡A mí no me lo parecía! Y mientras yo, para mis adentros, me angustiaba por las distintas obsesiones, las de mi tía y las mías, con los pechos de la señorita Frost, la apabullante bibliotecaria siguió fijando en mí la antedicha mirada penetrante.

La había conocido a los trece años; y en ese momento intimidatorio yo tenía quince, pero, dado el carácter invasivo de esa prolongada e insistente mirada, se me antojó una mirada penetrante de dos años de duración. Al final, respecto a mi deseo de volver a leer *Grandes esperanzas*, la señorita Frost dijo:

—Ése ya lo has leído, William.

—Sí, me gustó mucho —respondí, en lugar de soltar, cosa que no hice por muy poco, que quien me gustaba era ella.

Era una mujer de una formalidad austera: la primera persona que indefectiblemente se dirigió a mí por el nombre de «William». Mi familia y amigos me llamaban siempre «Bill» o «Billy».

Yo quería ver a la señorita Frost vestida sólo con el sujetador, que (en opinión de mi entrometida tía) proporcionaba sostén insuficiente. Así y todo, en lugar de soltar tamaña indiscreción, dije:

—Quiero releer *Grandes esperanzas*. —(Ni una palabra sobre la premonición de que la señorita Frost había causado en mí una impresión no menos devastadora que la que Estella causa en el pobre Pip).

—¿Tan pronto? —preguntó la señorita Frost—. ¡Pero si leíste *Grandes esperanzas* hace un mes!

—Me muero de ganas de releerlo —respondí.

—Hay muchos libros de Charles Dickens —dijo la señorita Frost—. Deberías probar con otro, William.

—Ya lo haré —aseguré—, pero primero quiero releer éste.

La segunda vez que la señorita Frost se refirió a mí como «William» se me empinó al instante, pese a que, a los quince años, tenía el pene pequeño y una erección risiblemente decepcionante. (Baste decir que no existía el menor riesgo de que la señorita Frost notara que la tenía empinada).

Mi tía omnisapiente le había dicho a mi madre que yo estaba poco desarrollado para mi edad. Naturalmente, mi tía quería decir «poco desarrollado» en otros sentidos (o en todos); que yo supiera, no me veía el pene desde mi más tierna infancia, si es que entonces me lo vio. Sin duda tendré más cosas que decir sobre la palabra «pene». De momento, es suficiente con que sepan que encuentro grandes dificultades para pronunciar «pene», palabra que en mi atormentada dicción surge —y eso si consigo darle expresión verbal— en forma de «peve», que, por si cabe alguna duda, rima con «breve». (Hago lo imposible por evitar el plural).

En todo caso, cuando yo intentaba sacar *Grandes esperanzas* en préstamo por segunda vez, la señorita Frost no sabía nada de mis angustias sexuales. De hecho, por la reacción de la señorita Frost, tuve la impresión de que, con tantos libros en la biblioteca, releer cualquiera de ellos era una pérdida de tiempo inmoral.

—¿Qué tiene de tan especial *Grandes esperanzas*? —preguntó.

Ella fue la primera persona a quien anuncié que quería ser escritor «debido a» *Grandes esperanzas*, pero en realidad fue debido a ella.

—¡Quieres ser escritor! —exclamó la señorita Frost; no pareció complacerle mucho la idea. (Años más tarde me preguntaría si la señorita Frost habría expresado indignación ante la palabra «sodomizador» en el caso de que yo hubiera apuntado aquello como profesión).

—Sí, escritor..., creo —confirmé.

—¡No es posible que sepas que vas a ser escritor! —dijo la señorita Frost—. Eso no es una opción profesional.

Desde luego, en eso tenía razón, pero yo entonces no lo sabía. Y no le suplicaba sólo para que me permitiera releer *Grandes esperanzas*; mis súplicas eran especialmente fervientes, en parte, porque cuanto más se exasperaba conmigo la señorita Frost, tanto más podía apreciar yo sus repentinas inhalaciones, además del resultante vaivén de sus pechos sorprendentemente púberes.

A los quince, yo estaba tan derretido y trastocado por ella como dos años antes. No, eso exige una rectificación: me tenía mucho más cautivado a los quince que a los trece; por aquel entonces sencillamente albergaba la fantasía de hacer el amor con ella y llegar a ser escritor, en tanto que, a los quince, el sexo imaginado estaba más desarrollado (contenía más detalles concretos) y ya había escrito unas cuantas frases que admiraba.

Tanto el sexo con la señorita Frost como la perspectiva de ser un escritor de verdad eran poco probables, claro está, pero ¿cabía una mínima posibilidad? Yo, curiosamente, en mi extrema presunción, así lo creía. En cuanto a la procedencia de tan exagerado orgullo o infundado aplomo..., en fin, sólo podía inferir que en eso algo tenían que ver los genes.

No me refiero a los de mi madre; nunca vi la menor presunción en su función de apuntadora entre bastidores. A fin de cuentas, yo pasaba con ella casi todas las veladas en aquel refugio para los miembros de la agrupación de teatro amateur del

pueblo, personas de talento desigual (o sin talento). Aquel pequeño teatro no era un lugar que se caracterizase por un reparto uniforme del orgullo o un desbordante aplomo: de ahí la necesidad de una apuntadora.

Si mi extrema presunción era genética, procedía con toda certeza de mi padre biológico. Según me contaron, no llegué siquiera a verlo; lo conocía sólo de oídas, y lo que se oía no era bueno.

«El chico de los códigos», como aludía a él mi abuelo, o, con menor frecuencia, «el sargento». Mi madre había abandonado la universidad por el sargento, sostenía mi abuela. (Ella prefería «sargento», término que siempre empleaba con desdén, a «chico de los códigos»). Si William Francis Dean fue causa coadyuvante en el hecho de que mi madre abandonara los estudios universitarios, la verdad es que a mí no me constaba; ella se pasó después a una academia de secretariado, pero no antes de que él la dejara embarazada de mí. Por consiguiente, mi madre abandonó también la academia de secretariado.

Según me contó mi madre, se casó con mi padre en Atlantic City, Nueva Jersey, en abril de 1943: un poco tarde para una boda de penalty, habida cuenta de que yo nací en First Sister, Vermont, en marzo de 1942. Ya tenía un año cuando ella se casó con él, y la boda (una de esas componendas de juzgado de pueblo) había sido básicamente idea de mi abuela, o eso afirmaba mi tía Muriel. Por lo que me dieron a entender, William Francis Dean no fue al matrimonio de muy buena gana.

«Nos divorciamos cuando aún no tenías dos años», me había dicho mi madre. Yo había visto el certificado de matrimonio, por eso me acordaba de Atlantic City, Nueva Jersey, un emplazamiento aparentemente exótico y alejado de Vermont; mi padre había hecho allí la instrucción básica. Nadie me había enseñado los documentos del divorcio.

«Al sargento no le interesaban ni el matrimonio ni los niños», me había dicho mi abuela, con no pocos aires de superioridad; incluso de niño, yo veía que la altivez de mi tía procedía de mi abuela.

Pero como consecuencia de lo sucedido en Atlantic City, Nueva Jersey —a instancias de quien fuera—, ese certificado de matrimonio me legitimó, aunque tardíamente. Me pusieron William Francis Dean, hijo; yo tenía su nombre, pero no su presencia. Y debía de tener, en cierta medida, sus genes de chico de los códigos: la «gallardía» del sargento, desde el punto de vista de mi madre.

—¿Cómo era? —le había preguntado yo a mi madre acaso un centenar de veces. A ese respecto solía mostrar gran condescendencia.

—Ah, era guapísimo, como lo serás tú —contestaba siempre con una sonrisa—. Y tenía gallardía para dar y tomar.

Mi madre era muy cariñosa conmigo, hasta que empecé a crecer.

No sé si todos los preadolescentes, y los chicos en la primera adolescencia, prestan tan poca atención al tiempo lineal como le prestaba yo, pero a mí nunca se me ocurrió analizar la secuencia de los acontecimientos. Mi padre debió de dejar preñada

a mi madre a finales de mayo o principios de junio de 1941, cuando él terminaba su primer curso en Harvard. Aun así, nunca oí que se aludiera a él —ni siquiera en un comentario sarcástico de la tía Muriel— como «el chico de *Harvard*». Siempre lo llamaban «el chico de los códigos» (o «el sargento»), pese a que mi madre a todas luces se enorgullecía del vínculo de él con Harvard.

«¿Te imaginas entrar en Harvard a los quince años?», la había oído decir más de una vez.

Pero si mi gallardo padre tenía quince años al inicio de su primer curso en Harvard (en septiembre de 1940), por fuerza era más *joven* que mi madre, que cumplía años en abril. Ella ya tenía veinte en abril de 1940; le faltaba un mes para cumplir los veintidós cuando yo nací, en marzo de 1942.

¿Fue acaso el hecho de que mi padre no tuviera aún los dieciocho la razón por la que no se casaron al enterarse ella de que estaba embarazada? Él los cumplió en octubre de 1942. Como me dijo mi madre: «Preceptivamente, la edad mínima para incorporarse a filas se redujo a dieciocho». (Sólo más tarde se me ocurriría que la palabra «preceptivamente» no era habitual en el vocabulario de mi madre; quizá fuera así como hablaba el chico de Harvard).

«Tu padre consideró que podría controlar mejor su destino militar alistándose voluntario anticipadamente, cosa que hizo en enero de 1943», explicó mi madre. («Destino militar» tampoco parecía pertenecer al vocabulario de ella; la impronta del chico de Harvard también saltaba a la vista).

Mi padre viajó en autobús a Fort Devens, Massachusetts —punto de partida de su servicio militar—, en marzo de 1943. Por aquel entonces, las fuerzas aéreas formaban parte del ejército de tierra; se le asignó una especialidad: técnico en criptografía. Para la instrucción básica, las fuerzas aéreas habían elegido Atlantic City y las dunas de las inmediaciones. Mi padre y sus compañeros de reemplazo vivaqueaban en los hoteles de lujo, donde los reclutas causarían estragos. Según mi abuelo: «En los bares nadie comprobaba los documentos de identidad. Los fines de semana, las chicas..., casi todas funcionarias de Washington, llegaban a la ciudad en bandadas. Era una juerga continua, seguro. Eso a pesar de que andaban disparando toda clase de armas en las dunas».

Mi madre contaba que visitó a mi padre en Atlantic City «una o dos veces». (¿Cuando aún no estaban casados y yo tenía un año?).

Seguramente fue con mi abuelo con quien viajó mi madre a Atlantic City para esa «boda» en abril de 1943; debió de ser poco antes de que enviaran a mi padre a la academia de criptografía de las fuerzas aéreas en Pawling, Nueva York, donde le enseñaron a usar los libros de códigos y las tablas de cifrado. Desde allí, a finales del verano de 1943, enviaron a mi padre al aeródromo de Chanute, en Rantoul, Illinois. «En Illinois aprendió los rudimentos de la criptografía», dijo mi madre. Así que, diecisiete meses después de mi nacimiento, seguían en contacto. («Rudimentos» nunca ocupó un lugar destacado en el vocabulario de mi madre).

«En el aeródromo de Chanute tu padre se instruyó en el uso de la máquina de cifrado militar básica; en esencia, un teletipo con un juego electrónico de rotores de codificación acoplado», explicó mi abuelo. Lo mismo habría dado que hablase en latín; muy posiblemente, ni siquiera mi padre ausente habría sido capaz de hacerme entender las funciones de una máquina de cifrado.

Mi abuelo nunca empleó los términos «chico de los códigos» o «sargento» con desdén, y se complacía en recitarme la trayectoria militar de mi padre. Gracias a su trabajo como actor aficionado en los Comediantes de First Sister mi abuelo debió de desarrollar la retentiva necesaria para recordar detalles tan específicos y complicados; mi abuelo era capaz de repetirme palabra por palabra todo lo que le había pasado a mi padre, aunque tampoco puede decirse que el trabajo de un criptógrafo en la guerra, la codificación y decodificación de mensajes secretos, careciera por completo de interés.

Las Fuerzas Aéreas del Decimoquinto Ejército Estadounidense tenían su cuartel general en Bari, Italia. El 760 Escuadrón de Bombardeos, al que pertenecía mi padre, estaba acantonado en la base aérea del ejército en Spinazzola, que ocupaba unas tierras de labranza al sur del pueblo.

Tras la invasión aliada de Italia, las Fuerzas Aéreas del Decimoquinto Ejército intervinieron en el bombardeo del sur de Alemania, Austria y los Balcanes. Desde noviembre de 1943 hasta la primavera de 1945 se perdió en esos combates más de un millar de bombarderos pesados B-24. Pero los criptógrafos no volaban. Mi padre rara vez abandonaba la sala de cifrado de la base de Spinazzola; se pasó los dos años siguientes de la guerra con sus libros de códigos y el incomprensible artefacto de codificación.

Mientras los bombarderos atacaban los complejos fabriles nazis en Austria y los yacimientos petrolíferos de Rumanía, mi padre sólo se arriesgó a ir hasta Bari, y más que nada con la intención de vender su tabaco en el mercado negro. (El sargento William Francis Dean no fumaba, me había asegurado mi madre, pero en Bari vendió tabaco suficiente para comprarse un coche cuando regresó a Boston: un Chevrolet cupé de 1940).

La desmovilización de mi padre fue relativamente ágil. Pasó la primavera de 1945 en Nápoles, que describió como una ciudad «cautivadora y exultante, y anegada en cerveza». (¿A quién se la describió? Si se había divorciado de mi madre antes de cumplir yo los dos años —¿cómo se divorció?—, ¿por qué seguía escribiéndole cuando yo ya tenía tres?).

Quizá no le escribía a ella sino a mi abuelo; fue mi abuelo quien me contó que mi padre se había embarcado en un buque de transporte de la marina en Nápoles. Tras una breve estancia en Trinidad, mi padre fue trasladado en un C-47 a una base de Natal, Brasil, donde comentó que el café era «muy bueno». Desde Brasil, otro C-47 —descrito éste como «anticuado»— lo llevó a Miami. Un tren militar con rumbo al norte dispersó a los soldados recién llegados por los lugares donde recibirían la

licencia; por eso mi padre acabó otra vez en Fort Devens, Massachusetts.

Octubre era ya demasiado tarde para regresar a Harvard en ese mismo año académico de 1945; compró el Chevy con el dinero obtenido en el mercado negro y consiguió un empleo eventual en el departamento de juguetería de Jordan Marsh, los grandes almacenes más importantes de Boston. En otoño de 1946 regresaría a Harvard y se especializaría en «románicas», que, según explicó mi abuelo, englobaba las lenguas y tradiciones literarias de Francia, España, Italia y Portugal. («O al menos dos o tres de ellas», añadió mi abuelo).

«Tu padre era un hacha con las lenguas extranjeras», me había contado mi madre. ¿Y por eso mismo, tal vez, un hacha con la criptografía? Pero ¿qué interés podían tener mi madre o mi abuelo en la especialidad de mi padre en Harvard? ¿Por qué conocían siquiera esos detalles? ¿Por qué se les había informado de ellos?

Existía una fotografía de mi padre, el único retrato que vi de él durante años. En la fotografía aparece muy joven y muy delgado. (Era a finales de la primavera o principios del verano de 1945). Está comiendo un helado en el susodicho buque de transporte de la marina; la foto se tomó en algún lugar entre la costa de la Italia meridional y el Caribe, antes de atracar en Trinidad.

Supongo que la pantera negra en la cazadora de aviador de mi padre captó toda o casi toda mi imaginación infantil; esa pantera de aspecto fiero era el símbolo del 460 Grupo de Bombardeiros. (La criptografía era en rigor una actividad para la tripulación de tierra; aun así, los criptógrafos recibían cazadoras de aviador).

Una obsesión mía ante la que todo lo demás quedaba eclipsado era que había en *mí* algo del héroe de guerra, si bien los detalles de las hazañas bélicas de mi padre no parecían muy heroicos, ni siquiera para un niño. Pero mi abuelo era un forofo de la segunda guerra mundial —ya saben, uno de esos a quienes fascinan todos los detalles— y siempre me decía: «¡Veo en ti a un futuro héroe!».

De William Francis Dean, mi abuela apenas tenía cosas buenas que decir y la evaluación de mi madre empezaba y (las más de las veces) acababa con «guapísimo» y «gallardía para dar y tomar».

No, eso no es del todo cierto. Cuando le preguntaba por qué las cosas no habían salido bien entre ellos, mi madre contestaba que había visto a mi padre besar a alguien. «Lo vi besar a otra *persona*», era lo único que decía, tan maquinalmente como si le estuviese apuntando la palabra «persona» a un actor que había olvidado su frase. Mi conclusión fue que ella había observado ese beso después de quedarse embarazada de mí —incluso después de mi nacimiento, quizá—, y que vio lo suficiente de ese encuentro de labios aplastados para saber que no era un beso inocente.

«Debió de ser un beso francés, uno de esos morreos con la lengua metida hasta la garganta», me confió una vez mi prima, una chica muy ordinaria, mayor que yo, hija de esa tía imperiosa a la que aludo una y otra vez. Pero ¿a quién besaba mi padre? Me preguntaba si habría sido a una de esas chicas que llegaban a Atlantic City en

bandadas los fines de semana, una de esas funcionarias de Washington. (¿Por qué, si no, me las había mencionado mi abuelo?).

Por aquel entonces eso era lo único que yo sabía; lo cual no era mucho. Así y todo, me bastaba para desconfiar de mí mismo —incluso para sentir aversión por mí mismo—, porque tendía a atribuir todos mis defectos a mi padre biológico. Le achacaba mis malos hábitos, mis comportamientos indignos y furtivos; en esencia, creía que todos mis demonios eran hereditarios. Aquellos aspectos de mí que me generaban duda o temor eran, con absoluta certeza, rasgos del sargento Dean.

¿No había dicho mi madre que yo sería guapo? ¿No era eso también una maldición? En cuanto a la gallardía... En fin, ¿acaso no había albergado yo la presunción (a los trece años) de que llegaría a ser escritor? ¿Acaso no había imaginado ya que hacía el amor con la señorita Frost?

Créanme, yo no deseaba ser el vástago de mi padre fugado, la prole con su dotación genética, un individuo que dejaba preñadas a mujeres jóvenes a diestro y siniestro y luego las abandonaba. Porque ése era el *modus operandi* del sargento Dean, ¿o no? Tampoco deseaba su nombre. *Detestaba* ser William Francis Dean, hijo: ¡el cuasibastardo del chico de los códigos! Si alguna vez ha existido un niño que deseara un padrastro, que quisiera que su madre al menos tuviera un novio formal, ése era yo.

Lo cual me lleva al punto que en su día me planteé como posible principio de este primer capítulo, porque podría haber empezado hablándoles de Richard Abbott. El que pronto sería mi padrastro puso en marcha la historia de mi futura vida; de hecho, si mi madre no se hubiera enamorado de Richard, tal vez yo nunca habría conocido a la señorita Frost.

Antes de que Richard Abbott se incorporara a los Comediantes de First Sister, había «carencia de actores con madera de protagonista masculino» en la agrupación de teatro amateur de nuestro pueblo; no había villanos verdaderamente aterradores, ni hombres jóvenes con las dotes románticas necesarias para provocar desmayos entre las mujeres más jóvenes y más viejas de la concurrencia. Richard no sólo era alto, moreno y guapo: era la viva encarnación del cliché. Además, era delgado. Richard era tan delgado que presentaba, a mi modo de ver, un notable parecido con mi padre, el chico de los códigos, quien, en la única foto que tenía de él, aparecía permanentemente delgado, y comiendo helado por siempre jamás, en algún lugar entre la costa de la Italia meridional y el Caribe. (Como es natural, me preguntaba si mi madre era consciente de dicho parecido).

Antes de que Richard Abbott empezase a actuar con los Comediantes de First Sister, los miembros masculinos del pequeño teatro de nuestro pueblo eran o bien farfulleros incoherentes, hombres que dirigían la vista al suelo y lanzaban miradas furtivas, o bien (e igualmente previsibles) apabullantes histriones que declamaban sus

frases a grito limpio y dirigían caídas de ojos a las susceptibles matronas sentadas entre el público.

En lo tocante al talento, una destacada excepción —ya que era un actor muy talentoso, aunque no al nivel de Richard Abbott— era mi abuelo, el forofo de la segunda guerra mundial, Harold Marshall, a quien todos (salvo mi abuela) llamaban Harry. Mi abuelo era la persona que a más personas empleaba en First Sister, Vermont; Harry Marshall tenía más empleados que la academia Favorite River, aunque el colegio privado era, sin duda, la segunda entidad que más trabajo proporcionaba en nuestro pequeño pueblo.

El abuelo Harry era dueño del Aserradero y Maderería de First Sister. El socio de Harry —un noruego taciturno, a quien pronto les presentaré— era el silvicultor. El noruego supervisaba las operaciones de tala, pero Harry dirigía el aserradero y la maderería. Por otra parte, el abuelo Harry firmaba todos los cheques, y los camiones verdes que transportaban los troncos y la madera cortada llevaban rotulado, con pequeñas mayúsculas amarillas, el nombre MARSHALL.

Dada la elevada posición de mi abuelo en nuestro pueblo, podía sorprender que los Comediantes de First Sister le asignaran siempre papeles de mujer. Mi abuelo era un consumado intérprete de personajes femeninos; en el pequeño teatro de nuestro pueblo, Harry Marshall aparecía en muchas obras (algunos dirían que «en la gran mayoría») como actriz principal. De hecho, recuerdo mejor a mi abuelo como mujer que como hombre. En los papeles femeninos que representaba en el escenario se mostraba vibrante e implicado, como nunca lo vi en su monótono papel en la vida real como director del aserradero y la maderería.

Lamentablemente, el origen de ciertos roces familiares se hallaba en el hecho de que la única rival del abuelo Harry para los papeles femeninos más difíciles y gratificantes fuese su hija mayor, Muriel, la hermana casada de mi madre, la tía que tan a menudo menciono.

La tía Muriel sólo tenía dos años más que mi madre; sin embargo, lo había hecho todo antes de que a mi madre se le pasara siquiera por la cabeza hacerlo, y además lo había hecho debidamente y (desde su punto de vista) a la perfección. Había «estudiado literatura universal» en Wellesley, o eso decían, y se había casado con mi maravilloso tío Bob, su «primer y único pretendiente», como lo llamaba la tía Muriel. O al menos a mí el tío Bob me parecía maravilloso; siempre fue maravilloso conmigo. Pero, como supe más adelante, Bob bebía, y su hábito era una carga y un motivo de bochorno para la tía Muriel. Mi abuela, de quien Muriel había sacado el carácter imperioso, a menudo comentaba que la conducta de Bob no estaba «a la altura» de Muriel, y a saber qué quería decir con eso.

Mi abuela, por esnob que fuera, empleaba un lenguaje salpicado de expresiones proverbiales y frases hechas, y la tía Muriel, a pesar de su tan cacareada educación, parecía haber heredado (o simplemente imitaba) la vulgaridad del discurso poco inspirado de su madre.



Creo que el amor y la necesidad que sentía Muriel por el teatro surgían del deseo de encontrar algo original que declamar con su engolada voz. Muriel era atractiva — una morena esbelta, dotada de un soberbio busto de cantante de ópera y voz atronadora—, pero de una insustancialidad absoluta. Al igual que mi abuela, la tía Muriel conseguía ser arrogante y lapidaria sin decir nada que fuera verificable e interesante. En este sentido, tanto mi abuela como mi tía eran, a mi modo de ver, dos pelmas que hablaban con tono de superioridad.

En el caso de la tía Muriel, gracias a su dicción impecable, resultaba totalmente creíble en el escenario; era un loro perfecto, pero un loro robótico y desabrido, y era tan compasiva o poco compasiva como el personaje que interpretaba. Muriel empleaba un lenguaje elevado, pero su propia «personalidad» era deficiente; no era más que una quejica crónica.

En el caso de mi abuela, provenía de una época rígida y había recibido una educación conservadora; estos condicionamientos la llevaron a la convicción de que el teatro era en esencia inmoral —o, para ser más indulgente, amoral— y las mujeres no debían participar en él. Victoria Winthrop (ese *Winthrop* era el apellido de soltera de mi abuela) opinaba que, en toda representación teatral, los papeles femeninos debían ser interpretados por muchachos y hombres; si bien confesaba que los numerosos triunfos en el escenario de mi abuelo (encarnando a diversas mujeres) la abochornaban, también creía que era así como debía representarse el arte dramático, única y exclusivamente con actores masculinos.

A mi abuela —yo la llamaba Nana Victoria— la aburría que Muriel se sumiera en el desconsuelo (durante días) cuando, en liza con el abuelo Harry, perdía un papel jugoso. Harry, por el contrario, se lo tomaba con deportividad siempre que el papel codiciado iba a parar a su hija. «Debían de querer a una chica guapa, Muriel; en ese terreno me ganas de calle».

Yo no estoy tan seguro. Mi abuelo era un hombre de estructura ósea menuda y tenía un rostro agraciado; se movía con garbo, y no le requería ningún esfuerzo reírse como una muchacha o llorar a moco tendido. Podía ser convincente en el papel de maquinadora, o de despechada, y con los besos que daba en el escenario a los diferentes hombres mal elegidos para sus papeles era más convincente de lo que mi tía Muriel llegaría a ser jamás. Ésta hacía remilgos a los besos en el escenario, pese a que el tío Bob no ponía el menor reparo. Bob parecía disfrutar viendo a su mujer y a su suegro repartir besos en el escenario, y mejor así, ya que interpretaban los papeles femeninos principales en la mayoría de las representaciones.

Ahora que soy mayor, aprecio más al tío Bob, que parecía disfrutar con muchas personas y cosas, y que lograba transmitirme una conmiseración tácita pero sincera. Creo que Bob entendía de dónde procedía el lado Winthrop de la familia; aquellas Winthrop estaban acostumbradas desde hacía tiempo (o genéticamente predispuestas) a mirarnos a los demás por encima del hombro. Bob se compadecía de mí, porque sabía que Nana Victoria y la tía Muriel (e incluso mi madre) me observaban con

cautela en busca de indicios reveladores de que yo era —como temían todos, como temía yo mismo— el hijo del inútil de mi padre. Me juzgaban por los genes de un hombre a quien yo no conocía, y el tío Bob, quizá porque bebía y no se lo consideraba «a la altura» de Muriel, sabía qué se sentía al ser juzgado por el lado Winthrop de la familia.

El tío Bob era el encargado del Departamento de Admisiones de la academia Favorite River; el hecho de que el colegio aplicara unos parámetros laxos para la admisión no implicaba forzosamente que mi tío fuera responsable directo de las deficiencias de Favorite River. Aun así, Bob era juzgado; el lado Winthrop de la familia lo tenía por «excesivamente permisivo», otra razón por la que a mí me parecía maravilloso.

Aunque recuerdo haber oído a distintas fuentes mencionar la afición de Bob a la bebida, nunca lo vi ebrio; bueno, excepto en una ocasión espectacular. De hecho, durante mi infancia en First Sister, Vermont, pensaba que el problema de Bob con la bebida se exageraba: a las Winthrop se las conocía por su desmedida tendencia a escandalizarse. La indignación moral era un rasgo propio de las Winthrop.

Fue durante el verano de 1961, mientras yo estaba de viaje con Tom, cuando por algún motivo salió a colación que Bob era mi tío. (Lo sé: no les he hablado de Tom. Tendrán que ser pacientes conmigo; me cuesta llegar a Tom). Para Tom y para mí, ése era el verano en teoría importantísimo entre nuestra graduación preuniversitaria y el primer curso en la universidad; la familia de Tom y la mía nos habían eximido de nuestros habituales trabajos de verano para que pudiéramos viajar. Probablemente se esperaba que nos conformáramos con dedicar un solo verano a la incierta meta de «encontramos» a nosotros mismos, pero a Tom y a mí el regalo de ese verano no nos pareció en modo alguno tan importante como se supone que debe ser ese momento de la vida.

Para empezar, no teníamos dinero, y la consustancial extranjería de un viaje por Europa nos aterrorizaba; en segundo lugar, ya nos habíamos «encontrado» a nosotros mismos y no veíamos la manera de conciliarnos con quienes éramos, al menos en público. A decir verdad, había aspectos de nosotros que el pobre Tom y yo considerábamos igual de extranjeros (y de aterradores) que lo que llegamos a ver de Europa viajando a la buena de Dios.

Ni siquiera recuerdo por qué salió a colación el nombre de Bob, y Tom ya sabía que yo estaba emparentado con el bueno de Bob, alias «Entrada libre para todos», como lo llamaba Tom.

—No somos parientes consanguíneos —había empezado a explicar yo. (Pese al grado de alcohol en sangre del tío Bob en cualquier momento dado, por sus venas no corría ni una sola gota de sangre Winthrop).

—¡No os parecéis en nada! —había exclamado Tom—. Bob es tan atento y poco complicado...

De acuerdo, Tom y yo veníamos discutiendo mucho ese verano. Habíamos ido en

barco, uno de los Queen (clase estudiante), desde Nueva York hasta Southampton; habíamos pasado al continente, desembarcando en Ostende, y la primera localidad europea donde hicimos noche fue la ciudad medieval de Brujas. (Brujas era preciosa, pero a mí me enamoró más una chica que trabajaba en la pensión donde nos alojamos que el campanario del viejo mercado).

—Supongo que pensabas preguntarle si tenía una amiga para mí —dijo Tom.

—Sólo paseamos por la ciudad; nos limitamos a hablar y hablar —respondí—. Apenas nos besamos.

—Ah, ¿sólo eso? —dijo Tom; así que cuando después comentó que el tío Bob era «tan atento y poco complicado», interpreté que, en realidad, Tom quería decir que yo no era atento.

—Me refería sencillamente a que tú eres complicado, Bill —aclaró Tom—. No es tan fácil tratar contigo como con Bob, el encargado de Admisiones, ¿no te parece?

—No me puedo creer que estés cabreado por lo de esa chica de Brujas —dije.

—Tenías que haber visto cómo le mirabas las tetas... que no eran gran cosa. Entérate, Bill: las chicas se dan cuenta cuando les miras las tetas —contestó Tom.

Pero para mí la chica de Brujas no tenía la menor importancia. Era sólo que sus pequeños pechos me habían recordado el vaivén de los pechos sorprendentemente juveniles de la señorita Frost, y yo no había superado lo de la señorita Frost.

Ay, los vientos del cambio; no soplan apaciblemente en los pueblos del norte de Nueva Inglaterra. La primera convocatoria de casting que indujo a Richard Abbott a acercarse al pequeño teatro de nuestro pueblo alteraría incluso las pautas de asignación de papeles femeninos, ya que quedó muy claro desde el primer momento que los personajes para los que se requerían jóvenes galanes y maridos malvados (o sencillamente burgueses) y amantes traicioneros estaban todos al alcance de Richard Abbott; de ahí que las mujeres elegidas para formar pareja con Richard en el escenario tuvieran que estar a la altura de él.

Esto le planteó un problema al abuelo Harry, que pronto sería el suegro de Richard: el abuelo Harry, ya desde el comienzo, estaba muy encasillado en el papel de señora mayor para tener una relación romántica con un apuesto joven como Richard. (¡No habría besos en el escenario entre Richard Abbott y el abuelo Harry!).

Y le planteó un problema aún mayor a mi tía Muriel, como cabía esperar de una mujer que hablaba con tono de superioridad y adolecía de una personalidad insustancial. Richard Abbott tenía demasiada madera de protagonista masculino para ella. Ante la aparición de Richard en esa primera convocatoria de casting, Muriel quedó inmersa en un estado psicosexual de balbuceos y vacilaciones; según contó mi anonadada tía más tarde, advirtió que mi madre y Richard se quedaron «prendados el uno del otro desde el principio». A Muriel sencillamente la desbordó imaginar una relación romántica con su futuro cuñado, aunque fuera en el escenario. (¡Y para

colmo, con mi madre de apuntadora!).

A mis trece años, yo apenas percibí la consternación de mi tía Muriel al ver (por primera vez) cómo era un actor con madera de protagonista; tampoco me di cuenta de que mi madre y Richard Abbott se quedaran «prendados el uno del otro desde el principio».

El abuelo Harry se mostró encantador y plenamente receptivo con el airoso joven, recién incorporado al cuerpo docente de la academia Favorite River.

—Siempre andamos en busca de nuevos talentos interpretativos —anunció el abuelo efusivamente a Richard—. ¿Ha dicho que da clases de Shakespeare?

—Doy clases y pongo en escena —contestó Richard a mi abuelo—. En un colegio exclusivamente masculino hay desventajas teatrales, claro está, pero tanto para los chicos como para las chicas la mejor manera de entender a Shakespeare es representar sus obras.

—Con eso de «desventajas» quiere decir, supongo, que los chicos tienen que interpretar papeles femeninos —comentó el abuelo Harry pícaramente. (Richard Abbott, que acababa de conocer al director del aserradero Harry Marshall, nada podía saber del éxito del maderero como transformista en el escenario).

—La mayoría de los chicos no tienen ni la más remota idea de cómo hacer de mujer: eso supone una fatídica distracción respecto a la obra —opinó Richard.

—Ah —dijo el abuelo Harry—. ¿Y cómo va a resolverlo?

—Estoy pensando en pedir a las esposas de los profesores, las más jóvenes, que se presenten a las audiciones —contestó Richard Abbott—, y quizá también a las hijas mayores de los profesores.

—Ah —repitió el abuelo Harry—. Quizás haya vecinos del pueblo aptos para eso —insinuó mi abuelo.

Él siempre había querido encarnar los papeles de Regan o Goneril, «las desleales hijas de Lear», como las describía el abuelo aliteradamente. (¡Por no hablar ya de su anhelo de encarnar a Lady Macbeth!).

—Estoy planteándome la posibilidad de audiciones abiertas —admitió Richard Abbott—. Pero espero que las mujeres mayores no intimiden a los chicos de un colegio exclusivamente masculino.

—Ah, ya, también está eso... —dijo el abuelo Harry con una sonrisa de quien se conoce el percal.

Él, en papeles de señora mayor, había intimidado innumerables veces; Harry Marshall sólo tenía que observar a su mujer y a su hija mayor para conocer la mecánica de la intimidación femenina. Pero yo, a mis trece años, no percibía las maniobras de mi abuelo para conseguir más papeles femeninos; la conversación entre el abuelo Harry y el nuevo actor principal me pareció del todo amigable y natural.

Lo que sí noté la noche de aquel viernes de otoño —los castings se convocaban siempre los viernes por la noche— fue cómo se alteró, debido a los conocimientos sobre teatro que tenía Richard Abbott y a sus dotes como actor, la dinámica entre el

dictatorial director de nuestro teatro y nuestros diversos aspirantes con talento (y sin talento) a entrar en el reparto. Nadie había puesto nunca en tela de juicio como dramaturgo al severo director de los Comediantes de First Sister; el director de nuestro pequeño teatro, quien sostenía que a él no le interesaba la «simple interpretación», no era ningún aficionado en el ámbito de la dramaturgia, y se había autodesignado un experto en Ibsen, a quien veneraba hasta la exageración.

Nuestro director nunca antes puesto en tela de juicio, Nils Borkman —el antedicho noruego que era también socio del abuelo Harry y, como tal, silvicultor y maderero y dramaturgo—, era la viva imagen de la premonición melancólica y la depresión escandinavas. La explotación forestal era el negocio de Nils Borkman —o, al menos, su trabajo durante el día—, pero la dramaturgia era su pasión.

Al pesimismo cada vez más negro del noruego contribuía además la circunstancia de que el público teatral, poco sutil, de First Sister, Vermont, carecía de formación en lo referente al arte dramático serio. En nuestro pueblo, un lugar con graves carencias culturales, la gente esperaba (e incluso acogía nauseabundamente bien) un régimen continuado de obras de Agatha Christie. Nils Borkman sufría de modo visible con las incesantes adaptaciones de paparruchas comerciales como *Muerte en la vicaría*, una obra de misterio de Miss Marple; mi tía Muriel, con su tono de superioridad, había interpretado muchas veces a Miss Marple, pero los vecinos de First Sister preferían al abuelo Harry en ese perspicaz (pero tan tan femenino) personaje. Harry resultaba más creíble a la hora de adivinar los secretos de otras personas, y desde luego más femenino para alguien de la edad de Miss Marple.

En un ensayo, Harry había dicho caprichosamente, como podría haberlo dicho la propia Miss Marple:

—Cáspita, pero ¿quién desearía la muerte del coronel Protheroe?

A lo cual mi madre, la impenitente apuntadora, había comentado:

—Papá, esa frase ni siquiera está en el texto.

—Lo sé, Mary, era broma —respondió el abuelo.

Mi madre, Mary Marshall —Mary Dean (durante esos desafortunados catorce años anteriores a su boda con Richard Abbott)—, siempre llamaba a mi abuelo «papá». En cambio mi tía Muriel, con su voz engolada, lo llamaba de forma invariable «padre», el mismo tono etiquetero que empleaba incansablemente Nana Victoria al dirigirse a su marido con el nombre de Harold, nunca Harry.

Nils Borkman dirigía los «contentapúblicos» de Agatha Christie, como él los describía burlonamente, igual que si estuviera condenado a ver *Muerte en el Nilo* o *Peligro inminente* la noche de su muerte, igual que si el recuerdo indeleble de *Diez negritos* pudiera ser lo que se llevara a la tumba.

Agatha Christie era la maldición de Borkman, cosa que el noruego no sobrellevaba con estoicismo precisamente —la aborrecía, y se quejaba de ella con amargura—, pero como llenaba la sala con Agatha Christie, y con otros pasatiempos análogamente superficiales, cada año se le permitía al morboso noruego dirigir «algo

serio» para la función de otoño.

«Algo serio que coincida con esa época del año en que mueren las hogas de los árboles», decía Borkman, siendo la palabra «hogas» prueba de que su dominio del inglés era, por lo común, claro pero imperfecto. (En resumidas cuentas, así era Nils: por lo común, claro pero imperfecto).

En la convocatoria de casting de ese viernes, cuando Richard Abbott cambiaría el futuro de muchas personas, Nils anunció que ese «algo serio» del otoño sería de nuevo su querido Ibsen, y que había restringido la elección a sólo tres de sus obras.

—¿Cuáles? —preguntó el joven y talentoso Richard Abbott.

—Las tres obras de tesis —respondió Nils; se pasaba de rosca, decididamente.

—Deduzco que se refiere a *Hedda Gabler* y *Casa de muñecas* —conjeturó Richard acertadamente—. ¿Y la tercera no será *El pato salvaje*?

Por el enmudecimiento de Borkman, impropio de él, todos comprendimos que, en efecto, *El (temido) pato salvaje* era la tercera opción del adusto noruego.

—En ese caso —se aventuró a decir Richard Abbott tras un revelador silencio—, ¿quién entre nosotros puede interpretar a la mal hadada Hedvig, la pobre niña esa?

—No había chicas de catorce años en la convocatoria de casting de aquel viernes por la noche, ninguna persona adecuada para el papel de la inocente Hedvig, que tanto amaba al pato (y tanto amaba a su padre).

—Ya hemos tenido... dificultades con el papel de Hedvig antes, Nils —se aventuró a decir el abuelo Harry.

¡Vaya que si las habíamos tenido! Algunas chicas tragicómicas de catorce años habían resultado ser actrices tan rematadamente malas que, llegado el momento de pegarse el tiro, ¡el público las vitoreaba! Algunas chicas de catorce años habían resultado ser tan cautivadoramente ingenuas e inocentes que, cuando se pegaban el tiro, ¡el público se indignaba!

—Y también está Gregers —agregó Richard Abbott—. El miserable moralizador. Yo podría encarnar a Gregers, pero sólo presentándolo como un necio entrometido... ¡Un payaso autocompasivo y mojigato!

Nils Borkman describía como «saltafiordos» a aquellos de sus compatriotas noruegos que se suicidaban. Por lo visto, la abundancia de fiordos en Noruega proporcionaba muchas oportunidades para suicidios prácticos y limpios. (Nils debía de haber advertido, para mayor taciturnidad suya, que no había fiordos en Vermont: un estado sin mar). De pronto, Nils lanzó una temible mirada a Richard Abbott: dio la impresión de que nuestro deprimido director deseara que ese advenedizo recién llegado encontrase el fiordo más cercano.

—Pero Gregers es un idealista —empezó a decir Borkman.

—Si *El pato salvaje* es una tragedia, Gregers es un necio y un payaso, y Hjalmar no es más que uno de esos patéticos maridos celosos de los hombres a quienes su mujer conoció antes que a él —prosiguió Richard—. Si, por otro lado, presentamos *El pato salvaje* como comedia, todos son necios y payasos. Pero ¿cómo puede ser una

obra una comedia cuando muere una niña por culpa del moralismo adulto? Hace falta una Hedvig conmovedora, y debe ser una niña de catorce años completamente inocente e ingenua; ¡y no sólo Gregers, sino Hjalmar y Gina, e incluso la señora Sørby y el viejo Ekdal y el villano Werle, deben ser actores brillantes! Aun así, la obra es defectuosa; no es la producción de Ibsen más asequible que se me ocurre para un grupo de aficionados.

—¡Defectuosa! —exclamó Nils Borkman, como si él (y su pato salvaje) hubiesen recibido un tiro.

—Yo hice de señora Sørby en la puesta en escena más reciente —dijo mi abuelo a Richard—. Aunque, por supuesto, cuando era más joven tuve ocasión de interpretar a Gina, pero sólo una o dos veces.

—Para el papel de Hedvig había pensado en la joven Laura Gordon —comentó Nils.

Laura era la hija menor de la familia Gordon. Jim Gordon era profesor de la academia Favorite River; su mujer, Ellen, y él habían sido antes actores de los Comediantes de First Sister, y las dos hijas mayores de Gordon ya se habían pegado antes un tiro en el papel de la pobre Hedvig.

—Perdona, Nils —terció mi tía Muriel—, pero Laura Gordon tiene unos pechos sumamente visibles.

Vi que yo no era el único en advertir el asombroso desarrollo de esa chica de catorce años; Laura apenas tenía un año más que yo, pero sus pechos excedían en mucho lo que cabía prever en una inocente e ingenua Hedvig.

Nils Borkman suspiró; dirigiéndose a Richard, dijo (con resignación casi suicida):

—¿Y qué consideraría el joven señor Abbott un Ibsen más asequible para nosotros, unos aficionados, unos mortales simples? —Nils quería decir «simples mortales», claro está.

—Ah... —empezó a decir el abuelo; de pronto se interrumpió.

Mi abuelo estaba pasándoselo bien. Sentía un profundo respeto y afecto por Nils Borkman como socio, pero todos los miembros de los Comediantes de First Sister, tanto los más entusiastamente entregados como los más displicentes, todos sin excepción, sabíamos que Nils era un absoluto tirano como director. (¡Y estábamos casi tan hartos de Henrik Ibsen, y del concepto que tenía Borkman del «arte dramático serio», como lo estábamos de Agatha Christie!).

—En fin... —empezó a decir Richard Abbott; siguió una pausa reflexiva—. Si ha de ser Ibsen... y en definitiva sólo somos aficionados... debería optarse por *Hedda Gabler* o *Casa de muñecas*. En la primera no salen niños y en la segunda los niños carecen de importancia como actores. Desde luego se necesitan una mujer muy fuerte y complicada..., en ambas obras..., y los habituales hombres débiles o antipáticos, o lo uno y lo otro.

—¿Débiles o antipáticos, o lo uno y lo otro? —preguntó Nils Borkman, incrédulo.

—El marido de Hedda, George, es un individuo inepto y convencional, una

pésima combinación de debilidades pero muy común entre los hombres —prosiguió Richard Abbott—. Eilert Løvborg es un calzonazos, muy inseguro, en tanto que el juez Brack, como su nombre, es despreciable. ¿Acaso Hedda no se pega un tiro por el previsible futuro que la espera con su inepto marido y con el despreciable Brack?

—¿Es que los noruegos siempre están pegándose tiros, Nils? —preguntó mi abuelo con cierta malicia.

Harry sabía cómo buscarle las cosquillas a Borkman; esta vez, no obstante, Nils se resistió a contar una anécdota de saltafiordos: pasó por alto las palabras de su viejo amigo y socio transformista. (El abuelo Harry había interpretado a Hedda muchas veces; también había sido Nora en *Casa de muñecas*, pero, a su edad, ya no era apto para ninguno de esos papeles femeninos).

—¿Y qué... debilidades y otros rasgos antipáticos presentan los personajes masculinos de *Casa de muñecas*..., si es que el joven señor Abbott me permite preguntarlo? —masculló Borkman, retorciéndose las manos.

—Los maridos no son las personas preferidas de Ibsen —empezó a decir Richard Abbott; ahora no introducía pausas para la reflexión: poseía todo el aplomo de la juventud y de una flamante educación—. Torvald Helmer, el marido de Nora..., en fin, no es muy distinto del marido de Hedda. Es aburrido y convencional..., el matrimonio resulta asfixiante. Krogstad es un hombre herido y corrupto; no está exento de cierta dignidad, y eso lo salva, pero la palabra «debilidad» nos trae también a la cabeza al personaje de Krogstad.

—¿Y el doctor Rank? —preguntó Borkman.

—El doctor Rank carece de importancia. Necesitamos una Nora o una Hedda —respondió Richard Abbott—. En el caso de Hedda, una mujer que valore su libertad hasta el punto de matarse por no perderla; su suicidio no es una debilidad sino una demostración de fuerza sexual.

Por desgracia —o por suerte, según se mirase—, Richard aprovechó ese momento para lanzar una ojeada a la tía Muriel. Pese a su buena presencia y el contoneo de su busto de cantante de ópera, Muriel no era un ciclón de fuerza sexual, se desmayó.

—¡Muriel, histrionismo no, por favor! —exclamó el abuelo Harry.

Pero Muriel (de forma consciente o inconsciente) había previsto que ella no estaba a la altura del aplomado y joven recién llegado, aquel súbito y radiante astro con madera de protagonista. Muriel se había retirado físicamente a sí misma de la pugna por Hedda.

—Y en el caso de Nora... —dijo Nils a Richard Abbott, deteniéndose apenas para observar las atenciones que mi madre dispensaba a su hermana mayor y dominante (pero ahora desmayada).

De repente, Muriel se incorporó con cara de aturdimiento, y su busto se agitó teatralmente.

—Toma aire por la nariz, Muriel, y expúlsalo por la boca —instó mi madre a su hermana.



—¡Ya lo sé, Mary, ya lo sé! —exclamó Muriel con exasperación.

—Pero lo haces al revés. Fíjate: tomas el aire por la boca y lo expulsas por la nariz —dijo mi madre.

—En fin... —comenzó a decir Richard Abbott, pero se interrumpió. Incluso yo vi cómo miraba a mi madre.

Richard, que había perdido los dedos de los pies a causa de un accidente con un cortacésped, que lo incapacitó para el servicio militar, había venido a dar clases a la academia Favorite River nada más doctorarse en historia del teatro y arte dramático. Richard había nacido y crecido en el oeste de Massachusetts. Conservaba gratos recuerdos de cuando iba a Vermont a pasar las vacaciones en la nieve con su familia, cuando era niño; aquel empleo (para el que poseía más cualificación de la necesaria) en First Sister, Vermont, lo había atraído por razones sentimentales.

Richard Abbott contaba sólo cuatro años más de los que tenía mi padre, el chico de los códigos, en aquella fotografía, cuando el sargento iba rumbo a Trinidad en 1945. Richard tenía veinticinco; mi madre, treinta y cinco. Los separaban nada menos que diez años. A mi madre debían de gustarle los hombres más jóvenes; desde luego yo le gustaba más cuando era más joven.

—¿Y usted actúa, señorita...? —volvió a empezar Richard, pero mi madre supo que le hablaba a ella, y lo atajó.

—No, yo soy sólo la apuntadora —contestó—. No actúo.

—Ah, pero, Mary... —empezó a decir el abuelo Harry.

—Yo no actúo, papá —insistió mi madre—. Las actrices sois Muriel y tú —añadió con énfasis nada inequívoco en la palabra «actrices»—. Yo soy siempre la apuntadora.

—¿Y en cuanto a Nora? —preguntó Nils Borkman a Richard—. Usted estaba diciendo algo...

—Nora tiene que ver con la libertad más aún que Hedda —afirmó Richard Abbott, muy seguro de sí mismo—. No sólo posee la fuerza necesaria para abandonar a su marido; ¡también abandona a sus hijos! En esas dos mujeres se observa una libertad tan indómita... Propongo una cosa: que sea la actriz quien elija si hará de Hedda o de Nora. Ambas mujeres son las dueñas de esas obras.

Mientras hablaba, Richard Abbott examinaba a nuestra agrupación de teatro amateur en busca de posibles Heddas y Noras, pero sus ojos se posaban una y otra vez en mi madre, quien, como yo sabía, era contumazmente (para siempre) la apuntadora. Richard no sacaría de mi madre, siempre apegada al texto, ni a una Hedda ni a una Nora.

—Ah, pues... —dijo el abuelo Harry; estaba planteándose aceptar el papel, fuera el de Nora o el de Hedda (pese a su edad).

—No, Harry, tú otra vez no —lo interrumpió Nils, aflorando de nuevo su consabido lado dictatorial—. El joven señor Abbott tiene razón. Debe haber cierta anarquía..., tanto una libertad incontenible como una fuerza sexual. Necesitamos una

mujer más joven, una mujer que inspire más actividad sexual que tú.

Richard Abbott observaba a mi abuelo con creciente respeto; Richard comprendió que el abuelo Harry había consolidado su posición como mujer a quien tener en cuenta entre los Comediantes de First Sister..., aunque quizá no como «mujer que inspire actividad sexual».

—¿No te lo plantearías, Muriel? —preguntó Borkman a mi tía, la del tono de superioridad.

—Eso, ¿querrá plantearse? —preguntó Richard Abbott, una década menor que Muriel—. Tiene usted una incuestionable presencia sexual... —comenzó a decir.

Lamentablemente, el joven señor Abbott no había pasado de ahí —la palabra «presencia» modificada por «sexual»— cuando Muriel volvió a desmayarse.

—Creo que eso es un «no», puestos a adivinar —aclaró mi madre al joven y deslumbrante recién llegado.

Yo me había encaprichado un poco de Richard Abbott, pero aún no conocía a la señorita Frost.

Dos años después, cuando, cumplidos ya los quince, asistiese a mi primera reunión matinal en la academia Favorite River como alumno de primero, oiría cómo el médico del colegio, el doctor Harlow, nos alentaba a los chicos a tratar agresivamente las afecciones más comunes de nuestra tierna edad. (Estoy seguro de que empleó la palabra «afecciones»; esto no me lo invento). En cuanto a cuáles eran esas afecciones «más comunes», el doctor Harlow explicó que se refería al acné y a «una atracción sexual impropia por otros chicos u hombres». Para los granos existían, nos aseguró el doctor Harlow, muy diversos remedios. En cuanto a esos iniciales asomos de anhelo homosexual... Bueno, el doctor Harlow o el psiquiatra del colegio, el doctor Grau, hablarían con nosotros gustosamente.

«Existe una cura para esas afecciones», nos aseguró el doctor Harlow a nosotros los chicos; en su voz se advertía la acostumbrada autoridad del médico, que era a la vez científica y engatusadora, e incluso la parte engatusadora la expresaba con aplomo, de hombre a hombre. Y la esencia de la alocución del doctor Harlow en esa reunión matinal fue de una claridad meridiana, incluso para los más inexpertos de los alumnos de primero; a saber, bastaba con que nos presentáramos y solicitáramos tratamiento. (Lo que también caía por su propio peso era que si no solicitábamos la curación, seríamos nosotros los únicos culpables).

Más tarde me preguntaría si eso hubiese cambiado en algo las cosas; es decir, si me hubiera visto expuesto a las payasadas del doctor Harlow (o el doctor Grau) cuando conocí a Richard Abbott, y no dos años después de conocerlo. Dado lo que ahora sé, dudo sinceramente de que mi encaprichamiento con Richard Abbott tuviera cura, por mucho que los individuos como el doctor Harlow y el doctor Grau —las autoridades más a mano en ciencias médicas por aquel entonces— creyeran a pie

juntillas que mi encaprichamiento con Richard Abbott se hallaba en la categoría de afección tratable.

Dos años después de la convocatoria de casting que cambiaría tantas vidas, ya sería tarde para la curación; en el futuro se abriría ante mí un mundo de encaprichamientos. La convocatoria de casting de ese viernes por la noche fue mi primer contacto con Richard Abbott; para todos los presentes —y no menos para la tía Muriel, que se desmayó dos veces— quedó patente que Richard se había puesto al frente de todos nosotros.

—Parece que necesitamos una Nora, o una Hedda, si es que realmente tenemos que hacer un Ibsen —le dijo Richard a Nils.

—¡Pero y las hogas! Ya están cambiando de color; seguirán cayendo —dijo Borkman—. ¡Es la época del año en que todo muere!

Borkman no era precisamente el hombre más fácil de entender, aparte del hecho de que su amor por Ibsen y el salto de fiordo guardaban cierta relación con el arte dramático serio, que era siempre nuestra representación de otoño, y con nada menos que la época del año en que todo muere, cuando las hogas caían sin cesar.

En retrospectiva, claro está, se me antoja una época de lo más inocente, tanto la época del año en que todo muere como esa época de mi vida relativamente libre de complicaciones.

## ENCAPRICHARSE DE QUIEN NO CONVIENE

¿Cuánto tiempo transcurrió, después de ese casting fallido, hasta que mi madre y el joven Richard Abbott empezaron a salir? «Conociendo a Mary, seguro que lo hicieron a la primera de cambio», había oído yo decir a la tía Muriel.

Mi madre sólo se aventuró a alejarse de casa una vez en la vida; fue a la universidad (nadie dijo nunca a cuál), pero colgó los libros. Su único logro fue quedarse embarazada: ¡ni siquiera terminó los estudios de secretariado! Además, para agravar su fracaso moral y educativo, durante catorce años mi madre y su hijo casi bastardo habían llevado el apellido Dean en atención a la legitimidad convencional, supongo.

Mary Marshall Dean ya no se atrevió a marcharse de casa nunca más; el mundo le había infligido una herida muy seria. Vivía con mi desdeñosa abuela, una mujer atrapada bajo el peso de las frases hechas, que se mostraba tan crítica con la oveja negra de su hija como mi tía Muriel, la del tono de superioridad. Sólo el abuelo Harry tenía palabras amables y alentadoras para su «niñita», como él la llamaba. Por su manera de decirlo, a mí me da la impresión de que él consideraba que mi madre había padecido daños duraderos. El abuelo Harry también salió siempre en mi defensa: me animaba cuando yo estaba alicaído, de igual manera que intentaba repetidamente reafirmar, una y otra vez, la siempre tambaleante seguridad en sí misma de mi madre.

Amén de sus responsabilidades como apuntadora al servicio de los Comediantes de First Sister, mi madre trabajaba de secretaria en el aserradero y maderería; como propietario y director del aserradero, el abuelo Harry decidió pasar por alto la circunstancia de que mi madre no había terminado sus estudios de secretariado (a él el nivel mecanográfico de su hija le parecía más que suficiente).

Acerca de mi madre debían de correr habladurías; entre los hombres del aserradero, quiero decir. No era de sus aptitudes mecanográficas de lo que hablaban, y seguro que ellos habían oído contar antes todas esas cosas a sus esposas o novias; los hombres del aserradero debían de haberse fijado en que mi madre era guapa, pero no me cabe duda de que las mujeres de sus vidas eran el origen de las habladurías que corrían sobre Mary Marshall en la maderería o, más peligroso aún, en las zonas de tala.

Digo «más peligroso» porque Nils Borkman supervisaba las zonas de tala; allí los hombres siempre acababan heridos, pero ¿se debían a veces esas «heridas» a las habladurías que circulaban acerca de mi madre? También en la maderería solía lesionarse siempre algún que otro hombre; a veces, muy posiblemente, se trataba de un hombre que repetía lo que le había oído decir a su esposa o a su novia acerca de

mi madre. (Su «marido», por llamarlo de algún modo, no se apresuró a casarse; casado o no, nunca había vivido con ella, y ese niño no tenía padre: ésas eran las habladurías que corrían acerca de mi madre, imagino).

El abuelo Harry no era hombre de peleas; sospecho que Nils Borkman salía en defensa de su apreciado socio y de mi madre.

—No podrá trabajar durante seis semanas, Nils, no con la clavícula rota —le había oído yo decir al abuelo Harry—. ¡Siempre que «enderezas» a alguien, como tú dices, al final tenemos que acabar pagando la indemnización!

—Podemos permitimos el coste de la indemnización, Harry..., y así la vez próxima medirá sus palabras, ¿no? —decía Nils.

—La «próxima vez», Nils —corregía el abuelo Harry con delicadeza a su viejo amigo.

Tal como yo lo veía, mi madre no sólo era dos años más joven que su malévola hermana, Muriel; mi madre era con diferencia la más guapa de las dos Marshall. Poco importaba que mi madre no tuviese el busto operístico o la voz atronadora de Muriel. Mary Marshall Dean tenía, en conjunto, proporciones más armoniosas. Para mí, casi parecía asiática, no sólo por lo menuda que era, sino por su cara almendrada y lo llamativamente abiertos (y separados) que tenía los ojos, así como por la extrema pequeñez de su boca.

«Una joya», decía Richard Abbott de ella cuando empezaron a salir. Y así pasó a llamarla Richard: no «Mary», sino «Joya». Y el apodo cuajó.

¿Y cuánto tiempo transcurrió, después de empezar a salir juntos, hasta que Richard Abbott descubrió que yo no tenía el carnet de la biblioteca? (No mucho; todavía era a principios de otoño, porque las hojas justo empezaban a cambiar de color).

Mi madre le había revelado a Richard que yo no era un gran lector, y a raíz de eso Richard descubrió que mi madre y mi abuela me traían libros a casa de la biblioteca del pueblo para que yo los leyera... o no, como solía ser el caso.

Los demás libros que habían introducido en mi vida los heredé de mi entrometida tía Muriel; éstos eran en su mayor parte novelas románticas, las que mi ordinaria prima, mayor que yo, había leído y desechado. En ocasiones, mi prima Geraldine expresaba su desprecio por esas novelas románticas (o por los protagonistas) en los márgenes de los libros.

Gerry —sólo la tía Muriel y mi abuela la llamaban Geraldine— tenía tres años más que yo. Ese mismo otoño en que Richard Abbott salía con mi madre, yo contaba trece años y Gerry dieciséis. Como Gerry era chica, no podía estudiar en la academia Favorite River. A ella le causaba una vehemente indignación el «factor exclusivamente masculino» del colegio privado, porque Gerry, para ir al colegio, debía viajar en autobús a diario hasta Ezra Falls, el instituto más cercano a First Sister.

Parte del odio que les tenía Gerry a los chicos quedaba reflejado en las notas al

margen aportadas por ella a esas novelas románticas que yo heredaba; parte de su desprecio a las chicas locas por los chicos también se aireaba en los márgenes de esas páginas. Cada vez que yo heredaba una novela romántica por gentileza de la tía Muriel, leía de inmediato los comentarios de Gerry en los márgenes. Las novelas en sí eran embrutecedoramente aburridas. Pero en una, junto a la tediosa descripción del primer beso de la heroína, Gerry escribió al margen: «¡Bésame a mí! ¡Te haré sangrar las encías! ¡Te mearás de gusto!».

En otra, la heroína era una santurrona muy pagada de sí misma que nunca permitía a su novio tocarle los pechos; la respuesta de Gerry en el margen fue: «¡Yo te frotaría las tetas hasta dejártelas en carne viva! ¡Intenta impedírmelo!».

En cuanto a los libros que mi madre y mi abuela traían a casa de la biblioteca pública de First Sister, eran (en el mejor de los casos) novelas de aventuras: historias de hazañas en la mar, por lo regular con piratas, o relatos del Oeste de Zane Grey; lo peor de todo eran las novelas de ciencia ficción en extremo inverosímiles, o los relatos futuristas igualmente poco creíbles.

¿Acaso no veían por sí mismas mi madre y Nana Victoria que la vida en la tierra ya me tenía perplejo y asustado? No necesitaba el estímulo de galaxias remotas y planetas desconocidos. Y el presente ya me generaba suficiente incompreensión, por no hablar del terror cotidiano de no ser entendido; el solo hecho de contemplar el futuro era una pesadilla ingrata.

—Pero ¿por qué no elige el propio Bill qué libros le gustan? —preguntó Richard Abbott a mi madre—. Bill, tienes trece años, ¿verdad? ¿Qué te interesa?

Salvo por el abuelo Harry y mi siempre amable tío Bob (el presunto bebedor), nadie me había formulado antes esa pregunta. Lo único que me gustaba leer eran las obras que ensayaba la compañía de los Comediantes de First Sister; yo me imaginaba que era capaz de aprender esos textos tan al pie de la letra como se los aprendía siempre mi madre. Algún día, si mi madre enfermaba, o tenía un accidente de tráfico —en Vermont chocaban coches cada dos por tres—, me imaginaba que podría sustituirla en su función de apuntadora.

—¡Billy! —dijo mi madre, y se rió de aquella manera en apariencia inocente tan suya—. Explícale a Richard qué te interesa.

—Me interesa mi propia persona —contesté—. ¿Qué libros hay sobre una persona como yo? —pregunté a Richard Abbott.

—Uy, Bill, te sorprenderías —respondió Richard—. El tema del paso de la infancia a la primera adolescencia... ¡En fin, hay muchas novelas maravillosas que han explorado el crucial territorio de la transición a la pubertad! Ven, vamos a echar un vistazo.

—¿A estas horas? ¿Echar un vistazo? ¿Dónde? —preguntó mi abuela, alarmada.

Esto ocurrió un día entre semana después de haber cenado temprano; fuera no había oscurecido del todo, pero pronto se haría de noche. Seguíamos sentados a la mesa del comedor.

—No veo ningún problema en que Richard lleve a Bill a la pequeña biblioteca de nuestro pueblo, Vicky —terció el abuelo Harry. Nana puso la misma cara que si la hubieran abofeteado; era hasta tal punto una Victoria (aunque sólo en su fuero interno) que nadie excepto mi abuelo la llamaba «Vicky», y cuando lo hacía, ella, invariablemente, se molestaba—. Seguro que la señorita Frost tiene la biblioteca abierta hasta las nueve casi todas las noches —añadió Harry.

—¡La señorita Frost! —declaró mi abuela con palpable aversión.

—Vamos, vamos..., tolerancia, Vicky, tolerancia —dijo mi abuelo.

—Ven —me repitió Richard Abbott—. Vamos a encargarnos de tu propio carnet para la biblioteca, empecemos por ahí. Los libros ya llegarán más adelante; puestos a adivinar, diría que pronto los libros fluirán uno tras otro.

—¡Fluirán! —exclamó mi madre, muy contenta pero con no poca incredulidad—. Tú no conoces a Billy, Richard: no es un gran lector, así de sencillo.

—Ya lo veremos, Joya —respondió Richard, pero me guiñó un ojo.

Yo me estaba encaprichando de él de manera cada vez más incurable; y si mi madre ya estaba enamorándose de Richard Abbott, no era la única.

Recuerdo esa noche cautivadora: incluso algo tan corriente como ir a pie por la acera de River Street con el fascinante Richard Abbott se me antojaba romántico. Era una noche húmeda, como de verano, y se preparaba una tormenta a lo lejos. Todos los niños y los perros del vecindario jugaban en los jardines traseros de River Street, y la campana de la torre del reloj de la academia Favorite River dio la hora. (Sólo eran las siete de una noche de entre semana de septiembre, y mi infancia, como Richard había dicho, daba paso a la primera adolescencia).

—¿Qué te interesa sobre ti exactamente, Bill? —me preguntó Richard Abbott.

—Me gustaría saber por qué tengo repentinos e inexplicables... encaprichamientos —dije.

—Ah, encaprichamientos... Pronto tendrás muchos más —auguró Richard con tono alentador—. Los encaprichamientos son normales, algo que cabe esperar... ¡y que hay que disfrutar! —añadió.

—A veces uno se encapricha de quien no conviene —intenté decirle.

—Pero, a la hora de encapricharse, no se puede decir si alguien te «conviene» o no, Bill —me aseguró Richard—. No puedes obligarte a encapricharte o no encapricharte de alguien.

—Ah —dije.

A mis trece años, debí de entender que un encaprichamiento era algo más serio de lo que creía.

Resulta curioso pensar que, sólo seis años después, cuando emprendí ese viaje durante todo un verano con Tom —ese viaje a Europa que tuvo en cierto modo un mal comienzo en Brujas—, la sola idea de enamorarme ya no me parecía probable; incluso me parecía imposible. Ese verano, yo sólo tenía diecinueve años, pero ya estaba convencido de que nunca volvería a enamorarme.

No sé muy bien qué expectativas tenía el pobre Tom para ese verano, pero yo era todavía tan inexperto que me imaginaba que ya había vivido por última vez un encaprichamiento tan serio como para hacerme daño. A decir verdad, era tan deplorablemente ingenuo —también Tom lo era— que me imaginaba, además, que disponía del resto de mi vida para recuperarme de las heridas, por leves que fueran, que me había causado a mí mismo en el transcurso de mi amor por la señorita Frost. No había tenido relaciones suficientes para comprender el efecto perdurable que tendría en mí la señorita Frost; las heridas no eran «leves».

En cuanto a Tom, simplemente pensaba que me convenía ser más discreto con las miradas que lanzaba a las jóvenes camareras de los hoteles, o a aquellas otras chicas y mujeres jóvenes de pechos pequeños con quienes Tom y yo nos cruzábamos en nuestro viaje.

Yo percibía las inseguridades de Tom; sabía lo susceptible que era a sentirse «marginado», como él lo describía; siempre le parecía que no lo tenían en cuenta o que daban por sentada su presencia, o simplemente que no le hacían el menor caso. Yo ya procuraba no posar la mirada en ninguna otra persona más tiempo del debido, o eso pensaba.

Pero una noche —estábamos en Roma—, Tom me dijo: «Preferiría que al menos miraras a las prostitutas. A ellas les gusta que las observen, Bill, y la verdad es que para mí supone un tormento saber qué piensas de ellas, en especial de esa tan alta con un asomo de bigote, ¡y sin embargo tú ni siquiera las miras!».

Otra noche —no recuerdo dónde estábamos, pero nos habíamos acostado y yo pensaba que Tom dormía— dijo en la oscuridad: «Bill, es como si te hubieran pegado un tiro en el corazón pero no fueras consciente del agujero ni de la pérdida de sangre. ¡Dudo que hayas oído siquiera el disparo!».

Pero me adelanto a los acontecimientos; lamentablemente, es lo que tiende a hacer un escritor que conoce el final de la historia. Será mejor que vuelva a Richard Abbott y el empeño de ese hombre encantador en conseguirme el primer carnet de la biblioteca, por no hablar ya de los valerosos esfuerzos de Richard para persuadirme, a mis trece años, de que, a la hora de encapricharse, no podía decirse si alguien «convenía» o no.

Esa noche de septiembre apenas había gente en la biblioteca; como más tarde descubriría, casi nunca había nadie. (Más sorprendente aún: nunca había niños en esa biblioteca; yo tardaría años en comprender por qué). Dos ancianas leían en un sofá visiblemente incómodo; un viejo, al final de una larga mesa, se había rodeado de pilas de libros, pero parecía que su objetivo, más que leer todos esos libros, era parapetarse ante las dos ancianas.

También había dos chicas alicaídas, estudiantes de instituto, a juzgar por su edad; ellas y la prima Gerry eran compañeras de fatigas en el instituto de Ezra Falls. Esas



chicas de instituto debían de estar haciendo lo que Gerry me había descrito como sus tareas «eternamente mínimas».

El polvo, acumulado desde hacía tiempo en los lomos de los innumerables libros, me provocó un estornudo.

—No serás alérgico a los libros, espero —dijo alguien; ésas fueron las primeras palabras que la señorita Frost me dirigió, y cuando me di media vuelta y la vi, me quedé sin habla.

—A este chico le gustaría tener el carnet de la biblioteca —explicó Richard Abbott.

—¿Y se puede saber quién es «este chico»? —preguntó la señorita Frost, sin mirarme.

—Bill Dean; seguro que conoce a Mary Marshall Dean —respondió Richard—. Pues bien, Bill es el hijo de Mary...

—Vaya, mira por dónde... ¡Sí! —exclamó la señorita Frost—. ¡Así que éste es ese chico!

Lo malo de un pueblo pequeño como First Sister, Vermont, era que todo el mundo conocía las circunstancias de cómo me tuvo mi madre: con uno de esos maridos sólo nominales. Tenía la sensación de que todo el mundo conocía la historia de mi padre, el chico de los códigos. William Francis Dean era de esos maridos y padres desaparecidos, y lo único que quedaba del sargento en First Sister, Vermont, era su nombre y apellido, con la palabra «hijo» añadida al final. Puede que la señorita Frost no me conociera oficialmente hasta esa noche de septiembre de 1955, pero desde luego lo sabía todo sobre mí.

—Y usted, supongo, no es el señor Dean, no es el padre de este chico, ¿verdad? —preguntó la señorita Frost a Richard.

—Ah, no... —comenzó a decir Richard.

—Ya me lo parecía a mí —dijo la señorita Frost—. Usted será, pues...

Esperó; no tenía intención de acabar la frase interrumpida.

—Richard Abbott —anunció Richard.

—¡El profesor nuevo! —declaró la señorita Frost—. Contratado con la ferviente esperanza de que alguien, en la academia Favorite River, sea capaz de enseñar Shakespeare a esos chicos.

—Sí —dijo Richard, sorprendido de que la bibliotecaria del pueblo conociera con tanto detalle la misión que el colegio privado le había encomendado al contratado: no sólo enseñar lengua, sino conseguir que los chicos leyeran y comprendieran a Shakespeare.

Yo estaba un tanto más sorprendido que Richard; si bien le había oído hablar con mi abuelo de su interés en Shakespeare, era la primera vez que oía hablar de su misión shakespeariana. ¡Por lo visto, Richard Abbott había sido contratado para entontecer a los chicos a golpe de Shakespeare!

—Pues le deseo mucha suerte —dijo la señorita Frost—. Lo creeré cuando lo vea

—añadió, sonriéndome—. ¿Y piensa montar alguna obra de Shakespeare? —preguntó a Richard.

—Creo que ésa es la única manera de que los chicos lean y entiendan a Shakespeare —respondió Richard—. Tienen que ver las obras representadas o, mejor aún, tienen que representarlas.

—Todos esos chicos interpretando a muchachas y mujeres... —especuló la señorita Frost con un cabeceo—. Para que luego hablen de «suspensión voluntaria de la incredulidad», y todo eso que dijo Coleridge —comentó la señorita Frost, aún sonriéndome. (Por lo general, me desagradaba que me alborotaran el pelo, pero cuando lo hizo la señorita Frost, me limité a devolverle una radiante sonrisa.)—. Porque lo dijo Coleridge, ¿no? —preguntó a Richard.

—Sí, exacto —contestó él.

La señorita Frost le había causado una impresión favorable, lo noté, y si no se hubiera enamorado tan recientemente de mi madre..., en fin, ¿quién sabe? La señorita Frost era despampanante, en mi opinión poco formada. Su mano, no la que me había alborotado el pelo sino la otra, descansaba ahora en la mesa junto a las manos de Richard Abbott; pero cuando la señorita Frost me vio mirarles las manos, retiró la suya de la mesa. Sentí el ligero roce de sus dedos en mi hombro.

—¿Y qué te interesa leer, William? —preguntó ella—. Porque es William, ¿no?

—Sí —contesté encantado.

«William» sonaba muy adulto. Me daba vergüenza haberme encaprichado del novio de mi madre; se me antojaba mucho más permisible encapricharme con mayor intensidad aún de la escultural señorita Frost.

Sus manos, había observado yo, tenían las palmas más anchas y los dedos más largos que las manos de Richard Abbott, y —allí de pie como estaban, uno al lado del otro— vi que la señorita Frost tenía la parte superior del brazo más robusta que Richard, y los hombros más amplios; además, era más alta que Richard.

Sí que advertí en ellos un rasgo común. Richard presentaba un aspecto muy juvenil, casi parecía un alumno de la academia Favorite River; no debía de necesitar afeitarse más de una o dos veces por semana. Y la señorita Frost, pese a sus anchos hombros y sus brazos fuertes, y (no me fijé hasta ese momento) la notable amplitud del pecho, tenía unos senos pequeños. La señorita Frost tenía unos senos juveniles, que apenas asomaban, o eso me pareció a mí, aunque, a mis trece años, me fijaba en los pechos sólo desde fecha relativamente reciente.

Mi prima Gerry los tenía más grandes. Incluso Laura Gordon, de catorce años, que era demasiado pechugona para interpretar a Hedvig en *El pato salvaje*, tenía unos pechos más «sumamente visibles» (como había comentado mi tía Muriel, siempre tan atenta en lo tocante a los pechos) que la por lo demás imponente señorita Frost.

Yo estaba tan impresionado que era incapaz de pronunciar una palabra —no pude contestar—, pero la señorita Frost (muy pacientemente) me repitió la pregunta.

—¿William? Te interesa la lectura, supongo, pero ¿podrías decirme si te gusta la

narrativa o el ensayo, y qué tema en particular prefieres? —Y de pronto le dijo a Richard—: ¡He visto a este chico en nuestro pequeño teatro! Me he fijado en que estabas entre bastidores, William. Se te ve muy observador.

—Sí, lo soy —apenas conseguí responder. De hecho, había observado a la señorita Frost hasta tal punto que podría haberme masturbado allí mismo; no obstante, reuní fuerzas para decir—: ¿Sabe de alguna novela sobre jóvenes que tengan... encaprichamientos peligrosos?

La señorita Frost me miró sin inmutarse.

—Encaprichamientos peligrosos —repitió—. Explícame qué hay de peligroso en un encaprichamiento.

—Por ejemplo, cuando uno se encapricha de quien no conviene —dije.

—Yo le he dicho que, en realidad, eso no pasa —intervino Richard Abbott—. No puede decirse que alguien no «conviene»; somos libres de encapricharnos de quien queramos.

—¿Cómo que no hay personas de quienes no conviene encapricharse? —preguntó la señorita Frost a Richard—. Al contrario, William, hay destacadas obras literarias sobre el tema de encapricharse de quien no conviene —me dijo.

—Pues eso es lo que atrae a Bill —explicó Richard a la señorita Frost—. Los encaprichamientos con quien no conviene.

—Eso constituye toda una categoría —dijo la señorita Frost, sin dejar de dirigirme su hermosa sonrisa—. Voy a iniciarte lentamente, William; créeme lo que te digo: no hay que precipitarse con eso de encapricharse de quien no conviene.

—¿Y qué le ronda por la cabeza? —preguntó Richard Abbott—. ¿No será *Romeo y Julieta*?

—Los problemas entre los Montesco y los Capuleto no eran problemas entre Romeo y Julieta —contestó la señorita Frost—. Romeo y Julieta se convenían mutuamente; eran sus familias las que andaban jodidas.

—Ya —dijo Richard; el comentario acerca de las «familias jodidas» nos sorprendió tanto a él como a mí. (Parecía impropio de una bibliotecaria).

—Me vienen a la cabeza dos hermanas —se apresuró a decir la señorita Frost.

Tanto Richard Abbott como yo la malinterpretamos. Pensamos que iba a dejar caer alguna ocurrencia sobre mi madre y la tía Muriel.

En otro tiempo yo me imaginaba que el pueblo de First Sister (o sea, «Primera Hermana») debía su nombre a Muriel; ella destilaba engreimiento más que suficiente para conseguir que todo un pueblo (por pequeño que fuera) llevara su nombre. Pero el abuelo Harry me aclaró los orígenes del nombre del pueblo.

El Favorite era un afluente del río Connecticut; cuando los primeros leñadores talaban los bosques del valle del río Connecticut, les cambiaron el nombre a algunos de los ríos por los que —primero hasta el Connecticut y luego por él— transportaban maderas desde ambas vertientes del gran río, la de New Hampshire y la de Vermont. (Quizá no les gustaron todos aquellos nombres indios). Esos primeros

gancheros le pusieron al río el nombre de Favorite, así llamado porque era un tramo recto en el recorrido hasta el Connecticut, con pocos recodos donde pudieran atascarse los troncos. En cuanto al nombre de nuestro pueblo, First Sister, se debía a la laguna del aserradero, formada por la represa del río Favorite. Con nuestro aserradero y nuestra maderería nos convertimos en la «primera hermana» de esos otros pueblos madereros más grandes a orillas del río Connecticut.

La explicación del abuelo Harry sobre los orígenes de First Sister me pareció menos interesante que mi anterior suposición, a saber, que nuestro pueblo llevaba el nombre de la marimandona hermana mayor de mi madre.

Pero el caso es que tanto Richard Abbott como yo pensamos en las dos hermanas Marshall cuando la señorita Frost hizo el comentario: «Me vienen a la cabeza dos hermanas». La señorita Frost debió de advertir mi perplejidad, y que Richard había perdido su aura de protagonista; ahora se lo veía confuso, incluso poco seguro de sí mismo. En ese momento la señorita Frost dijo:

—Me refiero a las hermanas Brontë, obviamente.

—¡Obviamente! —exclamó Richard con manifiesto alivio.

—Emily Brontë escribió *Cumbres borrascosas* —me explicó la señorita Frost—. Y Charlotte Brontë escribió *Jane Eyre*.

—Nunca te fíes de un hombre con una esposa demente en el desván —me dijo Richard—. Y recela de cualquiera que se llame Heathcliff.

—Ahí verás tú lo que es encapricharse —añadió la señorita Frost en un elocuente comentario.

—Pero ¿no son mujeres quienes se encaprichan? —preguntó Richard a la bibliotecaria—. Quizá Bill pensaba más bien en los encaprichamientos de un hombre joven.

—Un encaprichamiento es un encaprichamiento —repuso la señorita Frost sin titubeos—. Es el texto lo que cuenta. No estará insinuando que *Cumbres borrascosas* y *Jane Eyre* son novelas «sólo para mujeres», ¿verdad?

—¡Por supuesto que no! ¡Naturalmente que es el texto lo que cuenta! —exclamó Richard Abbott—. Sólo quería decir que una aventura más masculina...

—¡Más masculina! —repitió la señorita Frost—. Bueno, tenemos a Fielding, supongo —añadió.

—¡Ah, sí! —exclamó Richard—. ¿Se refiere a *Tom Jones*?

—Exacto —contestó la señorita Frost con un suspiro—. Si es que los enredos sexuales pueden considerarse resultado de los encaprichamientos...

—¿Por qué no? —se apresuró a decir Richard Abbott.

—¿Cuántos años tienes exactamente? —me preguntó la señorita Frost.

Una vez más me rozó el hombro con sus largos dedos. Recordé que la tía Muriel se había desmayado (dos veces), y por un momento temí estar a punto de perder el conocimiento.

—Trece —respondí.

—Con trece años, tres novelas son ya un buen comienzo —dijo a Richard—. No sería prudente saturarlo de encaprichamientos a una edad tan temprana. Veamos adónde lo llevan esas tres novelas, ¿de acuerdo? —La señorita Frost me sonrió de nuevo—. Empieza por la de Fielding —me aconsejó—. Es, digamos, la más primitiva. Las hermanas Brontë te parecerán más emotivas, más psicológicas. Son novelistas más maduras.

—¿Señorita Frost? —preguntó Richard Abbott—. ¿Usted ha subido alguna vez a un escenario? ¿Ha actuado alguna vez?

—Sólo en mi cabeza —contestó, casi coqueteando—. Cuando era más joven, continuamente.

Richard me lanzó una mirada de complicidad; yo sabía muy bien qué le rondaba por la mente al talentoso y joven actor recién incorporado a los Comediantes de First Sister. Teníamos ante nosotros un ciclón de fuerza sexual; para Richard y para mí, la señorita Frost era una mujer de una libertad indómita, sin duda la acompañaba cierta anarquía.

Para un hombre más joven que ella, como era Richard Abbott, y para mí —yo era un fantaseador de trece años que de pronto deseaba escribir la historia de mis encaprichamientos con quienes no convenía y, además, hacer el amor con una bibliotecaria de más de treinta años—, la señorita Frost era una *presencia* sexual incuestionable.

—Hay un papel para usted, señorita Frost —se aventuró a decir Richard Abbott mientras la seguía entre las estanterías, de donde ella entresacaba mis tres primeras novelas *literarias*.

—En realidad, uno de dos posibles papeles —señalé.

—Sí, tendrá que escoger —se apresuró a añadir Richard—. Puede ser Hedda en *Hedda Gabler*, o Nora en *Casa de muñecas*. ¿Conoce a Ibsen? Muchos las llaman «obras de tesis»...

—Difícil elección —dijo la señorita Frost, sonriéndome—. O tengo que pegarme un tiro en la sien, o tengo que ser una mujer que abandona a sus tres hijos en la tierna infancia.

—Creo que elija lo que elija será una decisión positiva —afirmó Richard Abbott para tranquilizarla.

—¡Sí, claro, muy positiva! —exclamó la señorita Frost, y se rió, trazando un amplio gesto con sus largos dedos. (Cuando se reía, algo ronco y grave asomaba a su voz, que casi de inmediato saltaba a un registro más agudo y diáfano).

—El director es Nils Borkman —previne a la señorita Frost; sentía ya la necesidad de protegerla, y eso que acabábamos de conocernos.

—Querido mío —dijo la señorita Frost—, como si en First Sister hubiera alguien que no supiera que el director de nuestro pequeño teatro es un noruego consumido por la neurosis..., y no precisamente un neófito del «arte dramático serio». —De pronto, le comentó a Richard—: Por simple curiosidad, si el Ibsen que elegimos es

*Casa de muñecas* y yo soy la muy incomprendida Nora, ¿qué papel hará usted, señor Richard Abbott? —Sin dar tiempo a Richard a contestar, la señorita Frost prosiguió —: Supongo que será Torvald Helmer, el marido gris y poco comprensivo de Nora, ese a quien Nora salva la vida, mientras que él no puede salvar la de ella.

—Supongo que sí, que ése es el papel que me asignarán —se aventuró a responder Richard con cautela—. Aunque, claro, yo no soy el director.

—Pero dígame una cosa, Richard Abbott: ¿tiene intención de coquetear conmigo? Y no me refiero a nuestros papeles en el escenario —dijo la señorita Frost.

—¡No, ni mucho menos! —exclamó Richard—. Coqueteo en serio con la madre de Bill.

—Muy bien, pues, ésa es la respuesta correcta —dijo ella, y me alborotó el pelo una vez más, aunque siguió hablándole a Richard—. Y si hacemos *Hedda Gabler* y yo soy Hedda... Bueno, ahí la elección de un papel para usted es más complicada, ¿no?

—Sí, imagino que sí —contestó Richard pensativamente—. En el caso de *Hedda Gabler*, espero no ser el marido gris y poco comprensivo; detestaría ser George —dijo Richard.

—¿Quién no detestaría ser George? —preguntó la señorita Frost.

—Está el escritor a quien destruye Hedda —especuló Richard—. No descarto la posibilidad de que Nils me asigne el papel de Eilert Løvborg.

—¡Usted no es el indicado para ese papel! —declaró la señorita Frost.

—Sólo nos queda, pues, el juez Brack —conjeturó Richard Abbott.

—Eso tendría su gracia —dijo la señorita Frost—. Me pego un tiro para huir de sus garras.

—No me cuesta imaginar que uno pueda acabar destruido por una situación así —comentó Richard Abbott con suma elegancia.

Estaban actuando, ya en ese momento —me daba cuenta—, y no eran aficionados. Con ellos, mi madre poco tendría que apuntar; me parecía inconcebible que Richard Abbott o la señorita Frost olvidaran una sola frase o se equivocaran con una sola palabra.

—Me lo pensaré y ya le diré algo —respondió la señorita Frost a Richard. Había un espejo alto, estrecho y mal iluminado en el vestíbulo de la biblioteca, donde una larga hilera de colgadores revelaba una solitaria gabardina, probablemente de la señorita Frost. Se miró el cabello en el espejo—. He estado pensando en dejarme crecer el pelo —comentó, como si hablara con su doble.

—Yo me imagino a Hedda con el pelo un poco más largo —dijo Richard.

—¿Ah, sí? —preguntó la señorita Frost, aunque volvía a sonreírme a mí—. Pero ¿tú te has visto bien, William? —dijo de pronto—. Hablando de «pubescencia»..., ¿ha visto usted bien a este chico?

Debí de ruborizarme, o desviar la mirada, a la vez que estrechaba contra mi corazón aquellas tres novelas sobre la pubescencia.

La señorita Frost eligió bien. Leí *Tom Jones*, *Cumbres borrascosas* y *Jane Eyre* —en ese orden—, y me convertí así, para sorpresa de mi madre, en lector. Y lo que esas novelas me enseñaron fue que la aventura no se restringía a las hazañas en la mar, con o sin piratas. Uno podía encontrar considerable emoción sin evadirse en la ciencia ficción o las fantasías futuristas; no era necesario leer un relato del Oeste o una novela romántica a fin de transportarse. Para leer, como para escribir, lo único que uno necesitaba —es decir, a fin de tener un viaje del todo absorbente— era una relación creíble pero formidable. ¿A qué llevaban en última instancia, si no, los encaprichamientos, sobre todo los encaprichamientos con quien no convenía?

—En fin, Bill, vamos a casa para que puedas empezar a leer —dijo Richard Abbott aquella templada noche de septiembre y, volviéndose hacia la señorita Frost en el vestíbulo de la biblioteca, pronunció (con una voz que no era la suya) las últimas palabras que el juez Brack dirige a Hedda en el acto IV—: «¡Nos llevaremos fantásticamente bien, nosotros dos!».

Ese otoño los ensayos para *Hedda Gabler* se prolongarían durante dos meses, así que esa frase acabaría resultándome muy familiar, y no digamos ya las últimas frases de Hedda a modo de respuesta. Aunque ya fuera del escenario —hablando desde bastidores, alto y claro, como dicen las acotaciones—, la señorita Frost (en el papel de Hedda) contesta: «Sí, ya puede hacerse ilusiones, juez Brack. Ahora que es el único gallo del gallinero...». Se oye un disparo en la habitación, indican las acotaciones.

¿Me encanta realmente esa obra, o acaso me apasionó porque Richard Abbott y la señorita Frost le dieron vida para mí? El abuelo Harry destacó en un papel menor, el de la tía de George, Juliana, la señorita Tesman, y mi tía Muriel fue la necesitada compañera de Eilert Løvborg, la señora Elvsted.

—En fin, ha sido toda una interpretación —me dijo Richard Abbott mientras caminábamos por la acera de River Street esa templada noche de septiembre.

Ya había oscurecido, y en el aire vibró un trueno lejano, pero los jardines traseros del vecindario estaban en silencio. Los niños y los perros ya habían entrado, y Richard me acompañaba a casa.

—¿Qué interpretación? —pregunté.

—¡Me refiero a la señorita Frost! —exclamó Richard—. ¡Me refiero a su interpretación! Los libros que debes leer, todo eso de los encaprichamientos, y su complicada danza en torno a si elegir el papel de Nora o el de Hedda...

—¿Quiere decir que ha estado actuando todo el tiempo? —pregunté. (Una vez más, sin saber por qué, sentí el deseo de protegerla).

—Deduzco que te ha caído bien —señaló Richard.

—¡Me ha encantado! —prorrumpí.

—Comprensible —dijo él, y movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—¿A usted no le ha caído bien? —pregunté.

—Ah, sí; sí me ha caído bien..., me cae bien y creo que será una Hedda perfecta —respondió Richard.

—Eso si acepta —lo previne.

—Ah, sí aceptará, ¡claro que aceptará! —declaró Richard—. Sólo estaba jugando conmigo.

—Jugando —repetí, sin saber si eso era una crítica a la señorita Frost.

No estaba muy seguro de si a Richard le había caído suficientemente bien.

—Escúchame, Bill —dijo Richard—. Deja que la bibliotecaria sea tu nueva mejor amiga. Si te gusta lo que te ha dado para leer, confía en ella. La biblioteca, el teatro, sentir pasión por las novelas y las obras dramáticas... En fin, Bill, eso podría ser la puerta a tu futuro. ¡Yo a tu edad vivía en una biblioteca! Ahora las novelas y las obras de teatro son mi vida.

Aquello era apabullante. Me asombraba imaginar que hubiera novelas sobre encaprichamientos, e incluso —quizás en especial— sobre encaprichamientos con quien no convenía. Además, la agrupación de teatro amateur del pueblo representaría *Hedda Gabler* de Ibsen con un flamante actor en el papel masculino principal y con un ciclón de fuerza sexual (y libertad indómita) en el papel femenino principal. Y no sólo mi madre herida tenía un «pretendiente», como llamaban a Richard Abbott la tía Muriel y Nana Victoria, sino que mi incómodo encaprichamiento con Richard había dado paso a otro. Ahora estaba enamorado de una bibliotecaria con edad para ser mi madre. A pesar de mi atracción aparentemente antinatural por Richard Abbott, sentí un desconocido anhelo por la señorita Frost, y encima de pronto tenía toda esa lectura seria por delante.

No es de extrañar que cuando Richard y yo entramos en casa después de nuestra incursión en la biblioteca, mi abuela me palpara la frente: debía de estar sonrojado, como si tuviera fiebre.

—Demasiadas emociones para una noche de entre semana, Billy —comentó Nana Victoria.

—Tonterías —intervino el abuelo Harry—. Enséñame esos libros que traes, Billy.

—Los ha elegido para mí la señorita Frost —le expliqué, entregándole las novelas.

—¡La señorita Frost! —volvió a declarar mi abuela con creciente desprecio.

—Vicky, Vicky —la previno el abuelo Harry, como si le diera sucesivos cachetes.

—Mamá, por favor, no empieces —dijo mi madre.

—Son grandes novelas —anunció mi abuelo—. De hecho, son clásicos. Seguro que la señorita Frost sabe muy bien qué novelas debe leer un joven.

—¡Sí, seguro! —repitió Nana altivamente.

Acto seguido mi abuela desgranó maliciosas alusiones de difícil comprensión sobre la verdadera edad de la señorita Frost.

—¡No me refiero a su edad admitida! —exclamó Nana Victoria.

Yo dije que echaba a la señorita Frost la edad de mi madre, o un poco menos,



pero el abuelo Harry y mi madre cruzaron una mirada. A continuación vino algo que yo conocía bien gracias al teatro: una pausa.

—No, la señorita Frost se acerca más a la edad de Muriel —afirmó mi abuelo.

—¡Esa mujer es mayor que Muriel! —replicó mi abuela.

—La verdad es que tienen más o menos la misma edad —terció mi madre en voz muy baja.

En su momento interpreté todo eso en el sentido de que la señorita Frost aparentaba menos edad que Muriel. De hecho, no le concedí mayor importancia. Saltaba a la vista que a Nana Victoria no le caía bien la señorita Frost, y Muriel veía algún inconveniente en los pechos o los sujetadores de la señorita Frost, o en las dos cosas.

Sería más tarde —no recuerdo cuándo exactamente, pero sí que fue varios meses más tarde, una vez que adquirí la costumbre de visitar con regularidad la biblioteca pública para recoger las novelas que me recomendaba la señorita Frost— cuando por casualidad oí a mi malévolá tía Muriel hablar sobre la señorita Frost (a mi madre) con el mismo tono de voz empleado por mi abuela. «¿Y supongo que esa mujer no ha pasado de esos ridículos sujetadores preparatorios?». (Ante lo cual, mi madre se limitó a negar con la cabeza).

Preguntaría a Richard Abbott al respecto, aunque indirectamente.

—¿Qué es un sujetador preparatorio, Richard? —dije como si tal cosa.

—¿Es por algo que estás leyendo, Bill? —preguntó Richard.

—No, es por curiosidad —contesté.

—Verás, Bill, no sé gran cosa acerca de los sujetadores preparatorios —empezó a decir Richard—, pero creo que están concebidos para las chicas que se ponen un sujetador por primera vez.

—¿Y por qué se llaman «preparatorios»?

—Verás, Bill —prosiguió Richard—. Supongo que lo que el sujetador tiene de preparatorio actúa del siguiente modo: una chica cuyos pechos empiezan a formarse usa un sujetador preparatorio para que sus pechos empiecen a hacerse a la idea de lo que es un sujetador.

—Ah —dije.

Me quedé atónito; no imaginaba qué necesidad tenían los pechos de la señorita Frost de prepararse, y el concepto de que los pechos tuvieran ideas también me resultó nuevo e inquietante. No obstante, al enamorarme de la señorita Frost había comprobado, sin lugar a dudas, que mi pene tenía ideas propias y que éstas parecían por completo independientes de mi pensamiento. Y si los penes podían tener ideas propias, tampoco era tan difícil (para un niño de trece años) imaginar que los pechos también pudieran pensar por sí mismos.

En la literatura que la señorita Frost me daba a conocer, a un ritmo cada vez mayor, aún no había encontrado ninguna novela narrada desde el punto de vista de un pene, ni ninguna en la que las ideas de los pechos de una mujer fueran de algún modo

perturbadoras para la propia mujer, o para sus familiares y amigos. Así y todo, tales novelas parecían posibles, aunque sólo fuera tal como parecía posible (si bien remotamente) que yo algún día llegara a hacer el amor con la señorita Frost.

¿Fue por clarividencia por lo que la señorita Frost me obligó a esperar para leer a Dickens, a prepararme para llegar hasta él, por así decirlo? Y el primer Dickens al que me dio acceso no fue el que he calificado de «crucial»; también me obligó a esperar antes de leer *Grandes esperanzas*. Empecé, como muchos lectores de Dickens, por *Oliver Twist*, esa novela juvenil y gótica: el nudo del ahorcado en Newgate proyecta su macabra sombra sobre varios de los personajes más memorables de la novela. Una cosa que tienen en común Dickens y Hardy es la fatalista convicción de que, sobre todo en el caso de los jóvenes e inocentes, el personaje de buen corazón e integridad inquebrantable es quien mayor riesgo corre en un mundo amenazador. (La señorita Frost tuvo el buen criterio de obligarme también a esperar para leer a Hardy. Thomas Hardy no es material para un niño de trece años).

En el caso de Oliver, me identifiqué con la evolución del huérfano capaz de rehacerse ante la adversidad. Los callejones infestados de ratas y delincuentes del Londres de Dickens estaban a una emocionante distancia de First Sister, Vermont, y yo era más indulgente que la señorita Frost, quien criticaba en esa primera novela el «chirriante engranaje de la trama», como ella decía.

«Se nota la inexperiencia de Dickens como novelista», señaló la señorita Frost.

A mis trece años, yendo para catorce, yo era poco crítico con la inexperiencia. Para mí, Fagin era un monstruo adorable. Bill Sikes era sencillamente aterrador; incluso su perro, *Certero*, era malvado. El Pillastre me sedujo, de hecho me besó, en sueños; no había existido jamás un descuidero más cautivador ni más ágil. Lloré cuando Sikes asesinaba a la bondadosa Nancy, pero también lloré cuando el leal *Certero* de Sikes salta desde el parapeto hacia los hombros del muerto. (*Certero* yerra el blanco; el perro cae en la calle, más abajo, reventándose el cráneo).

«Muy melodramático, ¿no te parece?», me preguntó la señorita Frost. «Y Oliver llora demasiado; más que un personaje plenamente desarrollado, es un símbolo de la desbordante pasión de Dickens por los niños lastimados». Me explicó que Dickens más adelante, en sus novelas más maduras, escribiría mejor acerca de tales temas y de niños como éstos, sobre todo en *David Copperfield*, el siguiente Dickens que me entregó, y en *Grandes esperanzas*, para el que aún tuve que esperar.

Cuando el señor Brownlow lleva a Oliver a aquellos «espantosos muros de Newgate, que han escondido tanto sufrimiento y angustia tan inefable» —donde Fagin espera la horca—, también lloré por el pobre Fagin.

—Es una buena señal cuando un chico llora mientras lee una novela —me aseguró la señorita Frost.

—¿Una buena señal? —pregunté.

—Significa que tienes más corazón que la mayoría de los chicos —fue lo único que dijo acerca de mi llanto.

Mientras yo leía con lo que la señorita Frost describió como «la temeraria desesperación de un ladrón desvalijando una mansión», ella me dijo un día: «Afloja la marcha, William. Saborea, no engullas. Y cuando te guste un libro, encomienda a la memoria una frase excelsa suya, quizá tu frase preferida. Así no olvidarás el lenguaje de la historia que te ha hecho llorar». (Si la señorita Frost opinaba que Oliver lloraba demasiado, me pregunté qué opinaba en realidad de mí). En el caso de *Oliver Twist*, lamentablemente, he olvidado qué frase decidí memorizar.

Después de *David Copperfield*, la señorita Frost me dio a probar por primera vez a Thomas Hardy. ¿Tenía yo entonces catorce e iba para los quince? (Sí, creo que sí; casualmente, Richard Abbott había dado a leer esa misma novela a sus alumnos de la academia Favorite River, pero éstos cursaban su último año preuniversitario y yo estaba todavía en un modesto octavo, eso seguro).

Recuerdo haberme quedado mirando, con relativa incertidumbre, el título —*Tess la de los d'Uverville*— y haber preguntado a la señorita Frost con ostensible decepción:

—¿Trata de una chica?

—Sí, William, una chica con muy mala suerte —se apresuró a contestar la señorita Frost—. Pero... lo más importante, para tu provecho en tanto joven..., es que también trata de los hombres a quienes ella conoce. Ojalá nunca seas como ninguno de los hombres a quienes Tess conoce, William.

—Ah —dije.

No tardaría en saber de qué me hablaba al hacer referencia a los hombres a quienes Tess conoce; de hecho, yo nunca desearía ser como uno de ellos.

En cuanto a Angel Clare, la señorita Frost se limitó a decir:

—Vaya un fideo mojado que está hecho. —Y cuando la miré con cara de incompreensión, añadió—: Espagueti demasiado hervido, William; piensa en algo blando, algo flojo.

—Ah.

Volvía a casa del colegio de prisa y corriendo para leer; leía de prisa y corriendo, incapaz de aflojar la marcha como me había ordenado la señorita Frost. Iba de prisa y corriendo a la biblioteca pública de First Sister todas las noches entre semana después de cenar. Me inspiré en lo que Richard Abbott me había contado de su infancia: vivía en la biblioteca, sobre todo los fines de semana. La señorita Frost me obligaba continuamente a cambiarme de sitio, a una silla o un sofá o una mesa donde la luz fuera mejor.

—No te estropees la vista, William. Necesitarás los ojos toda la vida si vas a ser lector.

De pronto tenía quince años. Había llegado el momento de *Grandes esperanzas* —también fue la primera vez que quise releer una novela—, y la señorita Frost y yo mantuvimos esa incómoda conversación sobre mi deseo de ser escritor. (No era mi único deseo, como ya saben, pero la señorita Frost y yo no hablamos del otro deseo, no en aquel momento).

También había llegado de pronto el momento de asistir a la academia Favorite River. Fue la señorita Frost, como correspondía —dado que ella desempeñaría una función determinante en el conjunto de mi educación—, quien me señaló el «favor» que mi madre y Richard Abbott me habían hecho. Como se casaron en el verano de 1957 —y más al caso, como Richard Abbott me adoptó legalmente—, cambié de nombre y dejé de ser William Francis Dean, hijo, para convertirme en William Marshall Abbott. Así que empezaría mis años preuniversitarios con un flamante apellido, ¡un apellido que me gustaba!

Richard, como profesor, disponía de uno de los apartamentos reservados al cuerpo docente en una de las residencias del internado, que compartían mi madre y él en su nueva vida juntos, y yo tenía allí mi propia habitación. A pie, por River Street, no quedaba muy lejos la casa de mis abuelos, donde me crié, y los visitaba con frecuencia. Pese a la poca simpatía que me inspiraba mi abuela, sentía un gran cariño por el abuelo Harry; naturalmente, seguiría viendo a mi abuelo en el escenario, en papeles de mujer, pero en cuanto empecé a estudiar en Favorite River, dejé de ser un asiduo espectador, entre bastidores, durante los ensayos de los Comediantes de First Sister.

En la academia me imponían muchos más deberes de los que había tenido antes, tanto en secundaria como primaria, y Richard Abbott estaba al frente del Club de Teatro (así se llamaba) del colegio. Las ambiciones shakespearianas de Richard me acercarían al Club de Teatro y me alejarían de las interpretaciones de los Comediantes de First Sister, que ya sólo vería en las funciones representadas ante el público. El escenario del Club de Teatro, la sala de la academia, era más amplio y más moderno que nuestro pequeño y pintoresco teatro. (Para mí, la palabra «pintoresco» era nueva. Durante los años que estudié en Favorite River me volví un poco esnob, o eso me haría saber la señorita Frost un día).

Y si mi encaprichamiento indebido por Richard Abbott «dio paso» (como ya he dicho) a mi deseo y ardiente anhelo por la señorita Frost, también dos aficionados con aptitudes (el abuelo Harry y la tía Muriel) cedieron su puesto a dos actores de talento muy superior. Richard Abbott y la señorita Frost pronto serían superestrellas en el escenario de los Comediantes de First Sister. La señorita Frost no sólo fue elegida para el papel de la neurótica Hedda frente al horrendamente controlador juez Brack interpretado por Richard; en otoño de 1956 encarnó a Nora en *Casa de muñecas*. Richard, como había previsto, fue elegido para el papel del marido gris y poco comprensivo, Torvald Helmer. La tía Muriel, por una vez sometida, no le dirigió la palabra a su padre durante casi un mes, porque el abuelo Harry (no Muriel) fue

elegido para el papel de la señora Linde. Y Richard Abbott y la señorita Frost convencieron a Nils Borkman para que interpretara al desventurado Krogstad, que el adusto noruego encarnó con una espeluznante mezcla de moralismo y sentido de la predestinación.

Más importante que el Ibsen surgido de esta amalgama de actores aficionados fue la llegada, al inicio del curso académico de 1956-1957, de una nueva familia al cuerpo docente de la academia Favorite River una pareja llamada Hadley. Sólo tenían una hija, Elaine, una chica no muy garbosa. El señor Hadley se incorporó como profesor nuevo de historia. La señora Hadley, que tocaba el piano, daba clases de voz y canto; dirigía los diferentes coros del colegio y la coral de la academia. Los Hadley entablaron amistad con Richard y mi madre y, por consiguiente, Elaine y yo acabamos forzosamente juntos. Yo tenía un año más, cosa que —en aquel entonces— me permitía sentirme mucho mayor que Elaine, que andaba muy rezagada en el apartado de desarrollo mamario. (Aunque Elaine nunca tendría mucho pecho, imaginaba yo, porque también me había fijado en que la señora Hadley era prácticamente plana, incluso cuando cantaba).

Elaine tenía una hipermetropía aguda; en aquella época no existía remedio para eso, salvo aquellas gafas de lentes supergruesas que aumentaban el tamaño de los ojos y producían la sensación de que estaban a punto de salirse de la cabeza con una explosión. Pero su madre la había enseñado a cantar, y Elaine poseía además una voz vibrante y una excelente dicción. Cuando hablaba, era casi como si cantara; se distinguían todas y cada una de las palabras.

«Elaine, desde luego, sabe proyectar», solía manifestar la señora Hadley. Se llamaba Martha, no era guapa, pero sí muy amable, y fue la primera persona en advertir con relativa precisión que había ciertas palabras que yo no pronunciaba bien. Le dijo a mi madre que podía probar determinados ejercicios vocales, o que quizá cantar fuera beneficioso para mí, pero ese otoño de 1956 yo aún estaba en secundaria, y era un lector voraz. No quería saber nada de «ejercicios vocales» ni de canto.

Todos estos cambios significativos en mi vida ocurrieron simultáneamente y evolucionaron con inesperado impulso: en otoño de 1957, yo era alumno de la academia Favorite River; seguía releyendo *Grandes esperanzas* y (como ya saben) había dejado caer en presencia de la señorita Frost que quería ser escritor. Yo tenía quince años, y Elaine Hadley era una hipermélope de pecho plano y voz sonora y diáfana de catorce años.

Una noche de ese mes de septiembre llamaron a la puerta del apartamento de Richard, pero ocurrió durante el rato destinado al estudio en la residencia: ningún chico venía a nuestro apartamento a esa hora, a menos que estuviera enfermo. Esperando ver allí, de pie en el rellano, a un alumno enfermo y angustiado, abrí la puerta; pero era Nils Borkman, el desazonado director, y daba la impresión de haber visto a un fantasma, posiblemente el de algún antiguo saltafiordos que él conocía.

—¡La he visto! ¡La he oído hablar! ¡Sería una Hedvig perfecta! —exclamó Nils

Borkman.

¡Pobre Elaine Hadley! Para su desgracia, era medio ciega, además de no tener pecho y hablar con voz estridente. (En *El pato salvaje* se da mucha importancia al problema de la vista de Hedvig). Elaine, esa niña asexuada pero cristalina, sería elegida para el papel de la desdichada Hedvig, y, una vez más, Borkman daría rienda suelta a *El* (temido) *pato salvaje* ante los horrorizados ciudadanos de First Sister. Reciente aún su sorprendente éxito como Krogstad en *Casa de muñecas*, Nils se asignaría a sí mismo el papel de Gregers.

«Ese miserable moralizador», había llamado Richard Abbott a Gregers.

Resuelto como estaba a encarnar al idealista que había en Gregers, Nils Borkman bordaría involuntariamente el aspecto bufonesco de su personaje.

Nadie, y menos aún el suicida noruego, era capaz de explicar a Elaine Hadley, a sus catorce años, si Hedvig se propone disparar contra el pato salvaje y por accidente dispara contra sí misma, o si —como dice el doctor Relling— Hedvig pretende matarse. Así y todo, Elaine fue una Hedvig extraordinaria, o al menos una Hedvig de voz alta y clara.

Resultó tristemente gracioso cuando el doctor declara, refiriéndose a la bala que atraviesa el corazón de Hedvig, que «La bola ha penetrado en su pecho». (La pobre Elaine no tenía pechos).

Sobresaltando al público, Hedvig, a sus catorce años, grita: «¡El pato salvaje!».

Esto ocurre justo antes de que Hedvig abandone el escenario. Las acotaciones dicen: «Se acerca sigilosamente y coge la pistola...» bueno, no fue del todo así. En realidad, Elaine Hadley blandía la pistola y salía de forma ruidosa del escenario.

Lo que más le molestaba a Elaine de la obra era que nadie dice una sola palabra sobre el destino del pato salvaje. «¡El pobre!», se lamentaba Elaine. «¡Está herido! Pretende ahogarse, pero ese perro horrendo lo saca del fondo del mar. ¡Y encierran al pato en una buhardilla! ¿Qué clase de vida puede llevar un pato salvaje en una buhardilla? Y después de hacer mutis la propia Hedvig, ¿quién sabe si ese viejo militar loco, o incluso Hjalmar, que menudo calzonazos está hecho, que tanto se autocompadece, no irá y le pegará un tiro sin más? ¡Es un verdadero horror cómo tratan a ese pato!».

Ahora sé, claro está, que no era compasión por el pato lo que Henrik Ibsen buscaba tan afanosamente, ni lo que Nils Borkman se proponía suscitar en un público tan poco sutil como el de First Sister, Vermont, pero Elaine Hadley quedaría marcada de por vida por su inmersión en exceso inocente, a una edad demasiado temprana, en el melodrama absurdo en que Borkman convirtió *El pato salvaje*.

A fecha de hoy no he visto ninguna producción profesional de la obra; verla bien representada, o al menos tan bien como podría representarse, quizá fuera insoportable. Pero Elaine Hadley se convertiría en una buena amiga, y no seré desleal con Elaine poniendo en tela de juicio su interpretación de la obra. Gina (la señorita Frost) fue con diferencia el ser humano más compasivo en el escenario, pero el que se

granjeó la parte del león por lo que se refería a la compasión de Elaine fue el propio pato salvaje, ¡y eso que ni llegamos a ver al ridículo pájaro! La pregunta no contestada o incontestable —«¿Cómo acaba el pato?»— es la que resuena dentro de mí. Incluso ha llegado a ser una forma de saludo entre Elaine y yo. Todos los niños aprenden a hablar en clave.

El abuelo Harry no quería ningún papel en *El pato salvaje*; habría fingido una laringitis para librarse de esa obra. Además, el abuelo Harry ya estaba harto de que lo dirigiera su socio de tantos años, Nils Borkman.

Richard Abbott salía adelante con su proyecto en la seria academia exclusivamente masculina; aparte de dar clases sobre Shakespeare a aquellos chicos soporíamente unisexuales de Favorite River, Richard ponía en escena a Shakespeare, y los papeles femeninos eran interpretados por chicas y mujeres. (O por un experto intérprete de papeles femeninos, como Harry Marshall, que al menos podía enseñar a esos muchachos preuniversitarios a actuar como chicas y mujeres). Richard Abbott no sólo se había casado con mi abandonada madre y me había provocado un encaprichamiento; también había encontrado un alma afín en el abuelo Harry, quien (sobre todo en papeles femeninos) prefería como director a Richard mil veces antes que al melancólico noruego.

Durante esos dos primeros años en que Richard Abbott actuó con los Comediantes de First Sister —a la vez que daba clases de Shakespeare y dirigía sus obras en la academia Favorite River—, hubo un momento en el que el abuelo Harry sucumbió a una tentación ya conocida. En la aparentemente inacabable lista de textos de Agatha Christie en espera de ser representados, se incluía más de un drama de misterio de Hercule Poirot; el gordo belga era un consumado maestro en el arte de inducir a los asesinos a delatarse. Tanto la tía Muriel como el abuelo Harry habían interpretado a Miss Marple en incontables ocasiones, pero existía una «carencia», como Muriel lo habría expresado, de belgas gordos dignos de incorporarse al reparto en First Sister, Vermont.

Richard Abbott no hacía papeles de gordo, y se negó en redondo a representar a Agatha Christie. Sencillamente no teníamos a ningún Hercule Poirot, y Borkman reaccionó con el hosco derrotismo de un saltafiordos. «Una idea acude de forma oportuna a mi cabeza, Nils», dijo el abuelo Harry al atribulado noruego un día. «¿Por qué tiene que ser Hercule Poirot? ¿No podrías contemplar la posibilidad de una Hermione?».

Fue así como los Comediantes de First Sister representaron *Café solo*, con el abuelo Harry en el papel de una mujer belga estilizada y ágil (casi como una bailarina), Hermione Poirot. De una caja fuerte se roba una fórmula para un nuevo explosivo; un personaje llamado sir Claud es envenenado, y así sucesivamente. No era más memorable de lo que es siempre Agatha Christie, pero Harry Marshall

obtuvo un éxito clamoroso en el papel de Hermione.

—Agatha Christie se revuelve en su tumba, papá —fue lo único que pudo decir la tía Muriel en su desaprobación.

—¡Eso seguro, Harold! —intervino mi abuela.

—Agatha Christie no ha muerto todavía, Vicky —dijo el abuelo Harry a Nana Victoria, guiñándome el ojo—. Agatha Christie está vivita y coleando, Muriel.

¡Ay, cuánto lo quería, sobre todo cuando asumía un papel de ella!

Sin embargo, durante esos dos años en que Richard Abbott fue un recién llegado en nuestro pueblo, no pudo convencer a la señorita Frost para que apareciera como actriz invitada en ninguna de las obras de Shakespeare que él dirigió para el Club de Teatro de la academia Favorite River.

—Creo que no, Richard —contestaba la señorita Frost—. No estoy muy segura de que sea bueno para esos chicos que «me exhiba ahí delante», por así decirlo... Quiero decir que son todos chicos, son todos jóvenes, y son todos impresionables.

—Pero Shakespeare puede ser divertido, señorita Frost —aducía Richard—. Podemos ofrecer una obra que sea estrictamente divertida.

—Creo que no, Richard —repetía ella, y ahí parecía acabar la discusión.

La señorita Frost no hizo Shakespeare, o no quiso, no para esos chicos tan tan impresionables. Yo no supe cómo interpretar su rechazo; para mí, verla en el escenario era emocionante, y no es que necesitara mayores incentivos para amarla y desearla.

Pero en cuanto empecé a estudiar en Favorite River, en primero, me vi rodeado de todos aquellos chicos mayores; no me trataban con especial cordialidad, y algunos fueron motivo de distracciones. Incurrí en un remoto enamoramiento de un atractivo chico del equipo de lucha, y no sólo porque tuviera un cuerpo hermoso. (Digo «remoto» porque inicialmente hice cuanto pude para mantenerme alejado de él, para mantenerme a la mayor distancia posible). ¡Eso sí que era encapricharse de quien no convenía! Y en absoluto eran imaginaciones mías si afirmo que de cada dos palabras que salían de las bocas de muchos de esos chicos mayores una era «homo» o «marica» o «sarasa»; estas palabras intencionadamente hirientes me parecían lo peor que podía decirse de otro chico en el colegio preuniversitario.

¿Eran esas «distracciones», mis encaprichamientos de quienes no convenía, parte de la dotación gen ética que yo había heredado de mi padre, el chico de los códigos? Curiosamente, lo dudaba; pensaba que esos encaprichamientos en concreto eran todos culpa mía, porque ¿acaso el sargento no había sido un redomado mujeriego? ¿Acaso mi combativa prima Gerry no lo había calificado de «mujeriego»? Puede que Gerry se lo hubiera oído decir a mi tío Bob o a mi tía Muriel, o que hubiera concebido esa impresión por influencia de ellos. (¿Acaso la palabra «mujeriego» no era propia del vocabulario de Muriel?).

Supongo que debería haber hablado de eso con Richard Abbott, pero no lo hice; tampoco me atreví a mencionárselo a la señorita Frost. Esos nuevos e infelices



encaprichamientos me los guardé enteramente para mí, tal y como —tan a menudo— hacen los chicos.

Empecé a distanciarme de la biblioteca pública de First Sister. Debí de tener la impresión de que la señorita Frost, inteligente como era, intuía que yo le era infiel, aunque sólo fuese en mi imaginación. De hecho, durante los dos primeros años que estuve como alumno de Favorite River viví en la imaginación, y la nueva biblioteca en mi vida fue la de la academia, más moderna y mejor iluminada. Allí hacía todas mis tareas, y también allí daría lo que en suma podría considerarse mis primeros pasos como escritor.

¿Era yo el único chico del colegio exclusivamente masculino para quien los combates de lucha tenían una carga homoerótica? Lo dudo, pero los chicos como yo manteníamos la cabeza gacha.

Pasé de tener esos encaprichamientos inmencionables con tal o cual chico a masturbarme con la dudosa ayuda de uno de los catálogos de ropa de venta por correo de mi madre. Los anuncios de sujetadores y fajas captaban mi atención. Los modelos para las fajas eran en su mayoría mujeres mayores. Para mí fue un primer ejercicio de escritura creativa; o al menos conseguí desarrollar cierta habilidad en el arte de cortar y pegar. Tomaba las caras de esas mujeres mayores y las trasladaba a las jovencísimas modelos de los sujetadores preparatorios; así cobraba vida para mí la señorita Frost, aunque (como casi todas las demás cosas) sólo en mi imaginación.

Por lo general, las chicas de mi edad no me interesaban. Aunque era plana y no era guapa, como ya he dicho, adquirí un extraordinario interés en la señora Hadley; supongo que se debió a que la tenía cerca a menudo, y ella mostró un sincero interés por mí (o al menos por mi creciente número de deficiencias del habla).

—¿Cuáles son las palabras que más te cuesta pronunciar, Billy? —me preguntó una vez cuando ella y el señor Hadley (y Elaine con su voz de trombón) cenaban con nosotros: mi madre, Richard y yo.

—Tiene problemas con la palabra «biblioteca» —intervino Elaine, con voz alta y clara, como siempre. (Mi interés sexual en Elaine era del todo nulo, pero cada vez me atraía más en otros sentidos. Nunca se burlaba de mí por mis fallos de pronunciación; parecía tan sinceramente interesada como su madre en ayudarme a decir bien talo cual palabra).

—Se lo he preguntado a Billy, Elaine —replicó la señora Hadley.

—Creo que Elaine sabe, mejor que yo, qué palabras me dan más problemas —tercié.

—Billy se hace un lío con las dos últimas sílabas de «ociosidad» —prosiguió Elaine.

—Digo «peve» —me aventuré a añadir.

—Ya veo —dijo Martha Hadley.

—Y no le pidas que diga el plural —informó Elaine a su madre.

Si la academia Favorite River hubiese admitido a chicas en esa época,

seguramente Elaine Hadley y yo habríamos sido amigos íntimos antes, pero yo nunca fui al colegio con Elaine. La veía tanto sólo porque los Hadley tenían mucho trato con mi madre y Richard, y los cuatro estaban convirtiéndose en muy buenos amigos.

Por eso, de vez en cuando, era la señora Hadley, poco agraciada y plana como una tabla, a quien yo imaginaba con esos sujetadores preparatorios; pensaba en los pequeños pechos de Martha Hadley cuando examinaba a las jovencísimas modelos en los catálogos de venta por correo de mi madre.

En la biblioteca de la academia, donde iba camino de ser escritor —o, más exactamente, soñaba con serlo—, me gustaba en particular la sala con la extensa colección de anuarios de Favorite River. Al parecer, los demás alumnos no tenían el menor interés por esa sala de lectura; a veces me encontraba allí a algún miembro del profesorado, ya fuera leyendo o corrigiendo trabajos y exámenes.

La academia Favorite River era antigua; se había fundado en el siglo XIX. Me gustaba mirar los anuarios antiguos. (Quizá todo pasado guardaba secretos; el mío sí los guardaba, como yo sabía). Si perseveraba con esa tarea, me imaginaba que quizás al final llegaría al anuario de mi propia promoción, pero no antes de la primavera del último curso que estudiaría allí. Durante el otoño de mi cuarto año en la academia, iba aún por los anuarios de 1914 y 1915. Había estallado la primera guerra mundial; aquellos chicos de Favorite River debían de estar asustados. Miraba detenidamente los rostros de los alumnos a punto de graduarse, las universidades que elegían y sus ambiciones profesionales; muchos de ellos se declaraban «indecisos» sobre lo uno y lo otro. Casi todos tenían apodos, incluso por aquel entonces.

Yo miraba con mucha atención las fotografías del equipo de lucha, y con un poco menos de atención las del Club de Teatro; entre estas últimas aparecían muchos chicos maquillados y vestidos de chica. Por lo visto, Favorite River siempre había tenido equipo de lucha y Club de Teatro. (No olviden que esta minuciosa revisión del anuario de 1914-1915 en concreto tuvo lugar en otoño de 1959; las admiradísimas tradiciones de los internados no mixtos perduraron de manera vigorosa a lo largo de los años cincuenta y hasta bien entrados los sesenta).

Supongo que me gustaba esa sala de lectura con todos sus anuarios, y con algún que otro miembro del profesorado, porque allí no había nunca ningún otro alumno; dicho de otro modo, no había matones, ni la distracción de los encaprichamientos. ¿Hasta qué punto era yo afortunado por disponer de mi propia habitación en el apartamento de mi madre y Richard en la residencia? Todos los alumnos internos de la academia compartían habitación. No imagino qué clase de malos tratos, o qué formas de crueldad más sutiles, habría padecido yo a manos de un compañero de habitación. ¿Y qué habría hecho con los catálogos de ropa de venta por correo de mi madre? (La mera idea de no poder masturbarme ya era de por sí maltrato suficiente, ¡y eso sólo imaginándomelo!).

A los diecisiete años, que cumplí en otoño de 1959, no tenía ningún motivo para regresar a la biblioteca pública de First Sister; es decir, ningún motivo que me

hubiese atrevido a expresar. Había descubierto un refugio donde hacer mis deberes; la sala de anuarios de la biblioteca de la academia era un lugar donde escribir, o donde imaginar sin más. Pero debía de echar de menos a la señorita Frost. Ésta no subía al escenario tan a menudo como para darme por satisfecho, y ahora que yo prescindía de los ensayos de los Comediantes de First Sister, sólo la veía cuando ella actuaba en una función propiamente dicha; éstas eran «de higos a brevas», como quizás habría dicho mi abuela, que siempre tenía a mano una frase hecha.

Habría podido hablar de ello con el abuelo Harry; él lo habría entendido. Habría podido explicarle que echaba de menos a la señorita Frost, mi encaprichamiento con ella y también con varios chicos mayores; incluso mi anterior e indebido encaprichamiento con mi padrastro, Richard Abbott. Pero con el abuelo Harry no hablé de nada de ello, no entonces.

¿Era Harry Marshall un auténtico travestido? ¿Era el abuelo Harry algo más que un transformista esporádico? ¿Diríamos hoy día que mi abuelo era un gay que no había salido del armario y sólo actuaba como mujer en las circunstancias más permisibles de su época? La verdad es que no lo sé. Si mi generación estaba reprimida, y desde luego lo estábamos, no puedo por menos de imaginar que la generación de mi abuelo —tanto si mi abuelo Harry era realmente homosexual como si no— volaba muy por debajo del radar existente.

No obstante, en su momento me pareció que mi añoranza de la señorita Frost no tenía remedio, a menos que me inventara una razón para verla. (Al fin y al cabo, si iba a ser escritor, debía ser capaz de inventar una razón verosímil para volver a frecuentar la biblioteca pública de First Sister). Y por tanto fragüé una historia: a saber, que el único sitio donde podía trabajar en mis textos era la biblioteca pública, donde mis amigos de la academia no me interrumpirían una y otra vez. Quizá la señorita Frost no supiera que yo no tenía muchos amigos, y los pocos amigos que tenía en Favorite River se quedaban al margen de todo y eran tan tímidos como yo. No se habrían atrevido a interrumpir a nadie.

Como le había dicho a la señorita Frost que quería ser escritor, quizás aceptara que fuese la biblioteca de First Sister el lugar donde yo quisiera ponerme a prueba. A última hora de la tarde, como yo sabía, allí había sobre todo ancianos, y no muchos; podía hallarse también alguna exigua representación de aquellas hoscas chicas de instituto, condenadas a proseguir su educación en Ezra Falls. Nadie me interrumpiría en la triste biblioteca de nuestro pueblo. (En particular, ningún niño).

Temía que la señorita Frost no me reconociese. Había empezado a afeitarme y me daba la impresión de que estaba un tanto cambiado; a mi juicio, tenía un aspecto mucho más adulto. Sabía que la señorita Frost estaba al corriente de mi cambio de apellido y que debía de haberme visto, aunque sólo alguna que otra vez, durante los últimos dos años, o bien entre bastidores, o bien entre el público en el pequeño teatro de los Comediantes de First Sister. Y sabía por supuesto que era el hijo de la apuntadora: era «ese chico».

La noche que me presenté en la biblioteca pública —no para sacar un libro en préstamo, ni siquiera para leer uno allí, sino para trabajar en mis propios textos— la señorita Frost fijó en mí la mirada durante un larguísimo momento. Di por hecho que le costaba recordarme, y se me partió el corazón, pero ella recordaba mucho más de lo que yo imaginaba.

—No me lo digas..., eres William Abbott —dijo de pronto la señorita Frost—. Supongo que querrás leer *Grandes esperanzas* la cifra récord de tres veces.

Le confesé que no había ido a la biblioteca a leer. Le expliqué a la señorita Frost que pretendía alejarme de mis amigos... para poder escribir.

—Has venido aquí, a la biblioteca, para escribir —repitió ella.

Recordé que la señorita Frost tenía la costumbre de repetir lo que uno decía. Nana Victoria sostenía que la señorita Frost debía de disfrutar con la repetición, porque repitiendo lo que uno le decía podía alargar un poco más la conversación. (La tía Muriel había afirmado que nadie quería hablar con la señorita Frost).

—Sí, así es —respondí a la señorita Frost—. Quiero escribir.

—Pero ¿por qué aquí? ¿Por qué en este lugar? —quiso saber la señorita Frost.

No supe qué decir. Acudió a mi cabeza una palabra (y después otra), y la señorita Frost me puso tan nervioso que dije la primera palabra espontáneamente, seguida de inmediato por la segunda.

—Nostalgia —dije—. Quizás estoy nostálgico.

—¡Nostalgia! —exclamó la señorita Frost—. ¡Estás nostálgico! —repitió—. ¿Qué edad tienes, William? —preguntó.

—Diecisiete —contesté.

—¡Diecisiete! —exclamó la señorita Frost, como si hubiera recibido una puñalada—. En fin, William Dean..., perdón, William Abbott..., ¡si estás nostálgico a los diecisiete, puede que sí vayas a ser escritor!

Fue la primera persona que lo dijo —durante un tiempo, fue la única que supo lo que yo quería ser—, y la creí. En aquel entonces la señorita Frost me parecía la persona más auténtica que conocía.

## PANTOMIMA

El luchador de cuerpo más hermoso se llamaba Kittredge. Tenía el torso lampiño, con unos pectorales absurdamente bien definidos; los músculos eran de una nitidez exagerada, propia de cómic. Un fino hilo de vello castaño oscuro, casi negro, descendía desde el ombligo hasta el pubis, y tenía uno de esos penes encantadores..., ¡cuánto me intimida ese plural! Su pene tendía a curvarse contra el muslo derecho, o parecía apuntar inusitadamente a la derecha. Yo no podía preguntarle a nadie el significado de esa inclinación a la derecha del pene de Kittredge. En las duchas, en el gimnasio, yo bajaba la vista; por lo general, no lo miraba por encima de aquellas piernas fuertes y peludas.

La barba le salía muy cerrada, pero tenía una piel perfecta y, por lo regular, iba bien afeitado. Para mí, cuando más arrebatadoramente guapo estaba era con una sombra de barba de dos o tres días; entonces parecía mayor que los demás alumnos, e incluso que algunos profesores de Favorite River, Richard Abbott y el señor Hadley inclusive. Kittredge jugaba al fútbol en otoño, y al lacrosse en primavera, pero la lucha era el mejor escaparate para su hermoso cuerpo, y la lucha parecía adecuarse bien a su crueldad innata.

Si bien rara vez lo vi maltratar a alguien —es decir, físicamente—, sí era agresivo e intimidatorio, y hablaba con un sarcasmo en extremo mordaz. En ese mundo exclusivamente masculino del internado, Kittredge gozaba del reconocimiento de un deportista, pero yo lo recuerdo más por la contundencia de sus ofensas. Kittredge se distinguía por su capacidad para infligir dolor verbal, y poseía el físico suficiente para respaldar sus palabras; nadie le plantaba cara. Si te inspiraba desprecio, te lo callabas. Yo lo despreciaba y a la vez lo adoraba. Por desgracia, la parte del desprecio no sirvió de mucho para atenuar mi encaprichamiento con él; mi atracción por él fue una carga que sobrellevé como pude durante todo el tercer año, cuando Kittredge estaba en el último curso, cuando yo creía que sólo me quedaba por delante un año de suplicio. Preveía un día, a la vuelta de la esquina, en que mi anhelo por él dejaría de atormentarme.

Para mí sería un golpe, y una carga añadida, descubrir que Kittredge no había superado el nivel mínimo en lengua extranjera; permanecería en el colegio un año más, cinco en total. Coincidiríamos en el mismo curso. Para entonces, Kittredge no sólo parecía mayor que los demás alumnos de Favorite River; era realmente mayor.

Sólo al principio de aquellos años aparentemente inacabables de nuestro encarcelamiento juntos confundí el matiz en la pronunciación del nombre de pila de Kittredge: «Jock», pensé que lo llamaban todos. Le pegaba. Sin duda, pensé, Jock era

un apodo; alguien tan deslumbrante como Kittredge por fuerza debía de tener uno. Pero su nombre de pila, su verdadero nombre, era Jacques.

«Zhak», llamábamos a Kittredge. En mi enamoramiento, yo me debí de imaginar que los otros alumnos lo encontraban tan hermoso como yo, ¡que instintivamente habíamos afrancesado la palabra «*jock*» por lo guapo que era Kittredge!

Nació y se crió en la ciudad de Nueva York, donde su padre tenía algo que ver con la banca internacional, o quizá fuera el derecho internacional. La madre de Kittredge era francesa. Era una tal Jacqueline: en francés, el femenino de «Jacques». «Mi madre, que no creo que sea mi verdadera madre, es muy vanidosa», decía Kittredge repetidamente, como si él no fuera vanidoso. Yo me preguntaba si el hecho de que Jacqueline Kittredge hubiera puesto su propio nombre a su hijo —su único hijo— era reflejo de su vanidad.

La vi sólo una vez, en un combate de lucha. Admiré su ropa. Desde luego era hermosa, aunque su hijo me parecía más guapo. La señora Kittredge poseía un atractivo un tanto masculino; era de rasgos angulosos, e incluso tenía la mandíbula prominente de su hijo. ¿Cómo podía pensar Kittredge que no era su madre? Eran casi idénticos.

—Parece Kittredge con pechos —me dijo Elaine Hadley con su autoridad característica y su voz sonora y diáfana—. ¿Cómo podría no ser su madre? —me preguntó Elaine—. A menos que sea una hermana mucho mayor. Vamos, Billy, ¡si fueran de la misma edad, podría ser su gemela!

Durante el combate de lucha, Elaine y yo nos quedamos mirando fijamente a la madre de Kittredge; ella no pareció inmutarse. Con su espléndida estructura ósea, sus pechos turgentes, su ropa a medida y muy favorecedora, la señora Kittredge estaba sin duda acostumbrada a que la miraran.

—Me pregunto si se depila la cara —le dije a Elaine.

—¿Por qué iba a depilarse? —preguntó Elaine.

—Me la imagino con bigote —respondí.

—Ya, pero sin vello en el pecho, como él —añadió ella.

Supongo que la madre de Kittredge nos fascinaba porque veíamos a Kittredge en ella, pero la señora Kittredge también era fascinante a su propia y perturbadora manera. Era la primera mujer mayor que me llevó a pensar que yo era demasiado joven e inexperto para entenderla. Recuerdo que pensé que tenerla como madre debía de resultar intimidatorio, incluso para Kittredge.

Sabía que Elaine estaba encaprichada de Kittredge porque ella misma me lo había dicho. (Para nuestra vergüenza, los dos habíamos memorizado el torso de Kittredge). Ese otoño de 1959, cuando yo contaba diecisiete años, no había sido sincero con Elaine respecto a mis encaprichamientos; aún no había tenido el valor de decirle que tanto la señorita Frost como Jacques Kittredge me excitaban. ¿Y cómo iba a hablarle a Elaine de mi desconcertante deseo por su madre? De vez en cuando todavía me masturbaba fantaseando con Martha Hadley, esa mujer poco agraciada y plana como

una tabla, alta, de huesos grandes, boca ancha y labios finos, cuyo rostro alargado imaginaba en aquellas chicas jóvenes que posaban con los sujetadores preparatorios en los catálogos de venta por correo de mi madre.

Quizás habría consolado a Elaine saber que yo compartía su sufrimiento por Kittredge, quien al principio fue igual de cáustico o indiferente (o las dos cosas) con ella como conmigo, aunque últimamente nos trataba un poco mejor, desde que Richard Abbott nos había incluido a los tres en el reparto de *La tempestad*. Fue sensato por parte de Richard asignarse a sí mismo el papel de Próspero, ya que entre los alumnos de Favorite River, todos ellos simples muchachos, no había nadie capaz de interpretar debidamente al «auténtico» duque de Milán, como lo llama Shakespeare, y afectuoso padre de Miranda. Durante los doce años que vivió en una isla, Próspero perfeccionó sus poderes mágicos, y son pocos los jóvenes preuniversitarios capaces de poner de manifiesto tales poderes en el escenario.

Sí, quizá Kittredge habría podido hacerla. Fue una buena elección para el papel de Fernando, un personaje cautivadoramente atractivo; Kittredge resultaba convincente en su amor por Miranda, aunque eso le causó a Elaine Hadley, elegida para el papel de Miranda, un sufrimiento infinito.

«En el mundo no deseo más compañero que tú»<sup>[1]</sup>, —le dice Miranda a Fernando.

Y Fernando le dice a Miranda: «Más allá de los límites del mundo yo te quiero, estimo y venero».

Qué duro debía de ser para Elaine oír eso —un ensayo tras otro—, para tener que soportar después la indiferencia (o el menosprecio) de Kittredge siempre que se cruzaban fuera del escenario. El hecho de que nos tratara «un poco mejor» desde el comienzo de los ensayos de *La tempestad* no significaba que Kittredge no pudiera seguir siendo un horror.

Richard me había asignado el papel de Ariel; en el dramatis personae de la obra, Shakespeare llama a Ariel «espíritu del aire».

No, no creo que Richard tuviera especial clarividencia con respecto a mi naciente y desconcertante orientación sexual. Explicó al reparto que el género de Ariel era «polimorfo; más una cuestión de atuendo que algo orgánico».

Desde el primer «Entra ARIEL» (acto I, escena 2), Ariel le dice a Próspero: «Con tus poderosas órdenes dirige a tu Ariel y las fuerzas que lo acompañan». Richard había pedido al reparto —sobre todo a mí— que se fijara en el pronombre masculino «lo». (En la misma escena, la acotación para Ariel reza: Él gesticula).

Para mí fue poco afortunado que Próspero ordene a Ariel: «Transfórmate en ninfa marina. Hazte invisible a todos, menos a ti y a mí».

Por desgracia, yo no sería invisible para el público. El «Entra ARIEL», en forma de ninfa marina siempre arrancaba grandes carcajadas, incluso antes de que yo apareciera con traje de escena y maquillaje. Fue esa acotación lo que llevó a Kittredge a empezar a llamarme «ninfa».

Recuerdo cómo lo expresó Richard exactamente: «Mantener el género masculino

en el personaje de Ariel es más sencillo que presentar a otro chico del coro con indumentaria de mujer». (¡Pero con indumentaria de mujer —bueno, al menos con peluca— era como me presentarían a mí!).

Kittredge tampoco pasó por alto la observación de Richard cuando éste dijo:

—Es posible que Shakespeare viese un espacio continuo desde Calibán hasta Ariel, pasando por Próspero, una especie de evolución espiritual. Calibán es todo tierra y agua, fuerza bruta y astucia. Próspero es control humano y perspicacia; es el alquimista por antonomasia. Y Ariel... —explicó Richard, sonriéndome (Kittredge jamás pasaba por alto una sonrisa)—. Ariel es un espíritu de aire y fuego, libre de las preocupaciones de los mortales. Quizá Shakespeare pensara que si presentaba a Ariel como un personaje explícitamente femenino, esta noción de espacio continuo se desvirtuaría. Creo que el género de Ariel es mutable.

—Dicho de otro modo, ¿es una decisión del director? —preguntó Kittredge a Richard.

Nuestro director y profesor miró a Kittredge con cautela antes de contestar.

—El sexo de los ángeles también es mutable —dijo Richard—. Sí, Kittredge; es una decisión del director.

—Pero ¿qué aspecto tendrá la supuesta ninfa marina? —preguntó Kittredge—. Aspecto de chica, ¿no?

—Probablemente —respondió Richard, aún con mayor cautela.

Yo intentaba imaginar cómo serían mi traje y mi maquillaje para interpretar a la ninfa marina invisible; jamás habría previsto la peluca de color verde alga que me puse, ni el calzón carmesí de luchador. (Carmesí y gris plata —«gris muerte», lo había llamado el abuelo Harry— eran los colores de la academia Favorite River).

—Así que el género de Billy es... mutable —dijo Kittredge, sonriente.

—El de Billy no, el de Ariel —contestó Richard.

Pero Kittredge había logrado su objetivo; el reparto de *La tempestad* no olvidaría la palabra «mutable». «Ninfa», el mote que me puso Kittredge, cuajó. Me quedaban aún por delante dos años en la academia Favorite River, y ya Ninfa quedaría instaurado hasta el final.

—Por bien que te sienten el traje y el maquillaje, Ninfa —me dijo Kittredge en privado—, nunca estarás tan bueno como tu madre.

Yo sabía que mi madre era guapa, y —a mis diecisiete años— era cada vez más consciente de cómo la veían los demás alumnos de una academia exclusivamente masculina como Favorite River. Pero ningún otro chico me había dicho que mi madre estaba «buena»; como me sucedía a menudo con Kittredge, me faltaron las palabras. Seguro que la expresión «estar buena o bueno» no se usaba todavía por aquel entonces, no como la había utilizado Kittredge. Pero sin duda Kittredge le dio ese sentido.

Cuando Kittredge hablaba de su propia madre, cosa que rara vez hacía, solía plantear la hipótesis de una posible confusión. «Quizá mi madre murió en el parto»,



decía Kittredge. «Mi padre encontró una madre soltera en el mismo hospital, una mujer desdichada (su hijo nació muerto, pero ella nunca lo supo), una mujer que se parecía a mi madre. Hubo un cambio de bebés. Mi padre sería muy capaz de un engaño así. No digo que la mujer sepa que es mi madrastra. ¡Puede que incluso crea que mi padre es mi padrastro! En aquella época quizás ella consumía muchas drogas; debía de estar deprimida, quizás al borde del suicidio. No dudo que ella cree que es mi madre; sólo que no siempre actúa como una madre. Ha hecho cosas contradictorias, en contradicción con la maternidad. Lo único que digo es que mi padre nunca se ha responsabilizado de su comportamiento con las mujeres, con ninguna mujer. Mi padre sencillamente hace tratos. Puede que esa mujer se parezca a mí, pero no es mi madre, no es madre de nadie en absoluto».

«Kittredge está en fase de negociación, a lo grande —me había comentado Elaine—. Por su aspecto, esa mujer podría ser su madre y su padre».

Cuando le repetí a Elaine las palabras de Kittredge acerca de mi madre, Elaine me propuso que le transmitiera a Kittredge nuestra opinión sobre su madre, fundada en las desvergonzadas miradas que le echamos durante uno de los combates de lucha en que participaba él.

—Dile que su madre es idéntica a él pero con tetas —sugirió Elaine.

—Díselo tú —repuse; los dos sabíamos que yo no lo haría. Tampoco Elaine le hablaría a Kittredge de su madre.

Al principio, Elaine le tenía a Kittredge casi tanto miedo como yo, y tampoco ella habría usado la palabra «tetas» en su presencia. Era muy consciente de haber heredado el pecho plano de su madre. Elaine no era ni mucho menos tan poco agraciada como su madre; Elaine era flaca y desgarbada, y no tenía delantera, pero sí una cara bonita, y a diferencia de su madre, nunca sería una mujer de huesos grandes. Elaine era una chica de aspecto delicado, por lo que aquel trombón que tenía por voz resultaba aún más sorprendente. Así y todo, al principio la presencia de Kittredge la intimidaba de tal modo que a menudo se le quebraba la voz o farfullaba; a veces decía incluso incoherencias. A Elaine le daba mucho miedo levantar la voz más de la cuenta ante él. «Con Kittredge se me empañan las gafas», según lo expresaba ella.

Su primer encuentro en el escenario —como Fernando y Miranda— fue de una transparencia deslumbrante; nunca se había visto a dos almas tan inconfundiblemente atraídas entre sí. Al ver a Miranda, Fernando la llama «maravilla»; pregunta:

—«¿Eres o no una muchacha?».

—«Maravilla, ninguna, pero sí una muchacha» —responde Elaine (en el papel de Miranda) con voz vibrante como el sonido de un gong.

Pero fuera del escenario Kittredge había conseguido que Elaine se sintiera cohibida por su voz atronadora. Al fin y al cabo, sólo tenía dieciséis años; Kittredge tenía dieciocho, e iba para treinta.

Elaine y yo volvíamos una noche a la residencia después del ensayo —los Hadley tenían un apartamento en la misma residencia donde yo vivía con Richard Abbott y

mi madre— cuando Kittredge apareció junto a nosotros como por arte de magia. (Cosa que Kittredge hacía continuamente).

—Menuda pareja formáis vosotros dos —nos dijo.

—¡No somos una pareja! —prorrumpió Elaine, levantando la voz mucho más de lo que pretendía.

Kittredge simuló tambalearse, como si hubiera recibido un golpe invisible; se llevó las manos a los oídos.

—Te prevengo, Ninfa: tu oído peligrará —dijo Kittredge—. Cuando esta damisela tenga su primer orgasmo, más vale que lleves puestos unos tapones. Y yo que tú no lo haría en la residencia —aconsejó Kittredge—. La oíría todo el mundo.

A continuación se apartó de nosotros y se alejó por otro camino, más oscuro; Kittredge vivía en la residencia para deportistas, la que estaba más cerca del gimnasio.

La oscuridad era tal que no vi si Elaine Hadley se había ruborizado. Le rocé la cara, lo justo para comprobar si lloraba; no lloraba, pero tenía la mejilla caliente y me retiró la mano.

—¡A mí nadie va a provocarme un orgasmo a corto plazo! —vociferó Elaine en dirección a Kittredge.

Nos encontrábamos en un patio delimitado por residencias; se veían luces en las ventanas circundantes, y se oyeron las aclamaciones y vítores de un coro de voces, como si cien chicos invisibles la hubieran oído. Pero cuando Elaine gritó, se hallaba en un estado de gran agitación; dudé que Kittredge (o cualquiera salvo yo) la hubiese entendido. Me equivocaba, pese a que la frase pronunciada por Elaine a voz en cuello, con la estridencia de una sirena de policía, sonó más bien a esto: «¡La mina de vapor evócame un espasmo a golpe de mazo!». (O algún otro disparate parecido e igual de ininteligible).

Pero Kittredge había captado el significado de las palabras de Elaine; su voz dulcemente sarcástica nos llegó desde algún rincón del patio a oscuras. De manera cruel, en el papel del sexy Fernando, Kittredge le habló desde la oscuridad a mi amiga Elaine, quien (en ese momento) no se sentía precisamente como Miranda.

—«Ah, si eres doncella, y a nadie más has dado tu corazón, yo te haré reina de Nápoles» —jura Fernando a Miranda, y ésa fue la amorosa alocución de Kittredge. De pronto se produjo un inquietante silencio en el patio rodeado de residencias; cuando esos chicos de Favorite River oyeron la voz de Kittredge, quedaron acallados por su propio sobrecogimiento y estupefacción—. ¡Buenas noches, Ninfa! —oí despedirse a Kittredge—. ¡Buenas noches, Nápoles!

Fue así como Elaine Hadley y yo adquirimos nuestros apodos. Cuando Kittredge te ponía un mote, por dudoso que fuera el honor, la designación era duradera y a la vez traumática.

—Mierda —dijo Elaine—. Podría haber sido peor; Kittredge podría haberme llamado «muchacha» o «doncella».

—¿Elaine? —dije—. Eres mi única y verdadera amiga.

—«Odioso esclavo» —me respondió.

Pronunció estas palabras con la aspereza de un ladrido; en el patio, entre las residencias, reverberó un eco canino. Los dos sabíamos que eso era lo que Miranda le decía a Calibán: «esclavo salvaje y deforme», lo llama Shakespeare, pero Calibán es un monstruo inacabado.

Próspero reprende a Calibán: «Pretendiste forzar la honra de mi hija».

Calibán no lo niega. Calibán detesta a Próspero y también a su hija («te asedien: escarabajos, sapos, murciélagos»), aunque en su día el monstruo deseó a Miranda y «habría poblado» la isla de pequeños Calibanes. Calibán es, sin duda, de sexo masculino, pero no está claro hasta qué punto es humano.

Cuando Trínculo, el bufón, ve a Calibán por primera vez, dice: «Pero ¿qué veo aquí? ¿Un hombre o un pez? ¿Vivo o muerto?».

Yo sabía que Elaine hablaba en broma —repetiendo las palabras de Miranda a Calibán, Elaine sólo tonteaba—, pero, al acercamos a nuestra residencia, las luces de las ventanas iluminaron su rostro bañado en lágrimas. Aunque fuera sólo por un minuto o dos, la parodia de los amores de Fernando y Miranda representada por Kittredge había surtido efecto; Elaine lloraba.

—¡Tú eres mi único amigo! —exclamó ella con un balbuceo.

Me dio pena y le rodeé los hombros con el brazo; eso dio pie a nuevas aclamaciones y vítores entre aquellos chicos invisibles que nos habían aclamado y vitoreado antes. ¿Sabía yo que esa noche era el principio de mi pantomima? ¿Era consciente de que estaba creando en esos chicos de Favorite River la impresión de que Elaine Hadley era mi novia? ¿Actuaba incluso entonces? Consciente o inconscientemente, estaba convirtiendo a Elaine Hadley en mi disfraz. Durante un tiempo engañaría a Richard Abbott y al abuelo Harry, así como al señor Hadley y a su poco agraciada esposa, Martha, y (aunque no por mucho tiempo y en menor medida) a mi madre.

Sí, yo me daba cuenta de que mi madre estaba cambiando. Había sido muy buena conmigo cuando yo era pequeño. En la adolescencia empecé a preguntarme qué había sido del niño a quien ella amó en otro tiempo.

Incluso empecé una primera novela con la siguiente frase atormentada y demasiado larga: «Según mi madre, yo era un escritor de ficción antes de escribir ficción, con lo que quería decir que no sólo inventaba cosas, o fabulaba, sino que prefería esa clase de fantaseo o imaginación pura a lo que por lo general gustaba a los demás; se refería a la realidad, claro está».

Mi madre no tenía una opinión precisamente halagüeña de la «imaginación pura». Para ella, la ficción era una frivolidad; no, algo peor que una frivolidad.

Una Navidad —creo que era la primera Navidad que volvía a Vermont, de visita, desde hacía años—, mientras yo anotaba algo en un cuaderno, mi madre me preguntó:

—¿Y ahora qué escribes, Billy?

—Una novela —dije.

—Vaya, eso a ti sí que debe de alegrarte —comentó de pronto dirigiéndose al abuelo Harry, que había empezado a perder el oído: lesión derivada de su trabajo en el aserradero, supongo.

—¿Yo? ¿Por qué iba a alegrarme que Bill escriba otra novela? Y no es que la última no me gustara, Bill. ¡Claro que me gustó! —se apresuró a asegurarme el abuelo Harry.

—Claro que te gustó —dijo mi madre—. Las novelas son otra clase de transformismo, ¿no?

—Ah, pues... —dijo el abuelo Harry, pero se interrumpió.

Con la edad, Harry había empezado a callarse lo que tenía intención de decir, y lo hacía cada vez más.

Yo conozco esa sensación. En la adolescencia, cuando comencé a percibir que mi madre ya no era tan buena conmigo como antes, contraí la costumbre de callarme lo que tenía intención de decir. Ahora ya no lo hago.

Muchos años más tarde, largo tiempo después de dejar la academia Favorite River, en la cúspide de mi interés por los travestis —me refiero a salir con ellos, no a serlo—, yo estaba cenando una noche con Donna, y le hablé de la vida en el escenario del abuelo Harry como intérprete de personajes femeninos.

—¿Sólo lo hacía en el escenario? —preguntó Donna.

—Que yo sepa, sí —contesté, pero a Donna no se le podía mentir.

Una de las dos o tres cosas molestas de ella era que cuando le escondías algo, siempre se daba cuenta.

Nana Victoria llevaba muerta más de un año cuando me enteré por Richard de que no había manera de convencer al abuelo Harry de que se desprendiera de la ropa de mi difunta abuela. (En el aserradero, naturalmente, Harry Marshall se vestía de maderero, de eso no cabía duda).

Al final, acabé sincerándome con Donna y le hablé de las veladas del abuelo Harry vestido con la indumentaria de su difunta esposa, aunque fuera sólo en la intimidad de su casa de River Street. Omitiría sus aventuras transformistas una vez instalado en el complejo asistencial para la tercera edad que él y Nils Borkman (años antes) habían construido generosamente para los ancianos de First Sister. Los demás residentes se habían quejado de que Harry los sorprendía una y otra vez vestido de mujer. (Como me diría un día el abuelo Harry: «Habrás notado, creo, que las personas rígidamente convencionales o ignorantes no ven con sentido del humor a los transformistas»).

Por suerte, cuando Richard Abbott me contó lo sucedido en el complejo asistencial para la tercera edad, la casa del abuelo Harry en River Street aún no había

encontrado comprador; seguía en venta. Richard y yo trasladamos a Harry de inmediato al entorno familiar de la casa donde había vivido con Nana Victoria durante tantos años. La ropa de Nana Victoria volvió a la casa de River Street con él, y la enfermera que Richard y yo contratamos, para atender al abuelo Harry las veinticuatro horas del día, no puso el menor reparo a la transformación, al parecer permanente, de Harry en mujer. La enfermera recordaba con afecto las muchas interpretaciones teatrales de Harry Marshall en papeles femeninos.

—¿Y a ti alguna vez te ha entrado el gusanillo del transformismo, Billy? —me preguntó Donna una noche.

—La verdad es que no —le contesté yo.

Mi atracción por los transexuales era bastante específica. (Lo siento, pero por entonces no usábamos el término «transgénero», no antes de los ochenta). Los travestidos nunca habían sido lo mío, y los transexuales tenían que ser lo que ellos llaman «pasables»: uno de los pocos adjetivos que todavía me causan problemas en el apartado de la pronunciación. Además, los pechos tenían que ser naturales —las hormonas me parecían bien, pero los implantes quirúrgicos no— y, como no es de extrañar, prefería los pechos pequeños.

A Donna le preocupaba su grado de feminidad. Era alta pero delgada —incluso tenía estilizada la parte superior de los brazos— y poseía una piel de una tersura impecable. (He conocido a muchas mujeres con más vello). Iba a menudo a la peluquería; tenía mucho estilo.

Donna estaba muy acomplexada por sus manos, pese a que no eran visiblemente grandes y fuertes como las de la señorita Frost. A Donna no le gustaba que fuéramos de la mano, porque las mías eran más pequeñas.

Era de Chicago, y probó a vivir en Nueva York —después de nuestra ruptura, supe que se había trasladado a Toronto—, pero Donna creía que Europa era el lugar idóneo para alguien como ella. Yo acostumbraba llevada en los viajes de promoción, cuando mis novelas se traducían a distintos idiomas europeos. Según Donna, Europa aceptaba mejor a los transexuales —en general, era más tolerante y sofisticada en cuestiones sexuales—, pero Donna se sentía insegura ante la idea de aprender otro idioma.

Había dejado la universidad, porque su época universitaria coincidió con lo que ella definía como su «crisis de identidad sexual», y dudaba de su capacidad intelectual. Eso era absurdo, porque leía a todas horas —era muy inteligente—, pero hay unos años en que supuestamente debemos alimentar y madurar el espíritu, y Donna pensaba que había perdido esos años en la difícil decisión de vivir como mujer.

Era sobre todo en Alemania, puesto que yo hablaba el idioma, donde Donna estuvo más a gusto; mejor dicho, cuando íbamos juntos en los viajes para promocionar la traducción en lengua alemana, no sólo en Alemania, sino también en Austria y la Suiza germanohablante. A Donna le encantó Zúrich; sé que le pareció,

como a todo el mundo, una ciudad muy próspera. También le encantó Viena; por mis tiempos de estudiante en Viena, yo aún me orientaba en sus calles (un poco). A Donna le complacía, muy en particular, Hamburgo; para ella, creo, Hamburgo era la ciudad alemana de apariencia más elegante.

En Hamburgo, mi editorial alemana siempre me alojaba en el Vier Jahreszeiten; era un hotel tan elegante que, pienso, el placer de Donna en Hamburgo tenía mucho que ver con él. Hasta aquella noche espantosa, tras la que Donna ya nunca se sintió a gusto en Hamburgo, o quizá no conmigo.

Todo empezó de la manera más inocente. Un periodista que me había entrevistado nos invitó a un local nocturno en la Reeperbahn; yo no conocía la Reeperbahn, ni la clase de local al que fuimos, pero ese periodista (y su mujer, o novia) nos invitó a Donna y a mí a salir con ellos y ver un espectáculo. Se llamaban Klaus (con «K») y Claudia (con «C»); fuimos al club todos en el mismo taxi.

Yo debería haber adivinado qué clase de local era cuando, nada más entrar, vi a aquellos chicos delgados en la barra. Un *Transvestiten-Cabaret*: un *cabaret* de travestis. (Deduzco que los chicos delgados de la barra eran los novios de los actores, porque no era un local de alterne y, a excepción hecha de los chicos de la barra, no se advertía presencia gay).

Era un espectáculo para turistas sexuales: hombres vestidos de mujer que entretenían a parejas heterosexuales. Los grupos íntegramente masculinos eran jóvenes que iban allí a reírse; los grupos íntegramente femeninos iban allí a ver penes. Los intérpretes eran actores; muy conscientes de que eran hombres. No eran ni la mitad de pasables que mi querida Donna; eran travestis a la antigua usanza, que en realidad no pretendían pasar por mujeres. Iban minuciosamente maquillados y lucían recargados atuendos; eran muy guapos, pero eran hombres guapos vestidos de mujer. Con sus vestidos y pelucas, eran hombres de aspecto muy femenino, pero no engañaban a nadie; ni siquiera se lo proponían.

Como es obvio, Klaus y Claudia no tenían la menor idea de que Donna era una de ellos (pese a ser mucho más convincente y estar infinitamente más comprometida).

—Yo no lo sabía —le dije a Donna—. De verdad que no. Lo siento mucho.

Donna se quedó sin habla. No se le había pasado siquiera por la cabeza —corrían los años setenta— que en Europa, precisamente por su sofisticación y tolerancia en lo relativo a las difíciles decisiones respecto a la identidad sexual, los europeos estaban tan habituados a las diferencias sexuales que ya habían empezado a reírse de ellas.

El hecho de que los intérpretes se rieran de sí mismos debió de resultar en extremo doloroso para Donna, que tanto se había esforzado en tomarse a sí misma en serio como mujer.

En uno de los *sketches*, un travesti muy alto conducía un coche imaginario, mientras su cita —un hombre más menudo, con actitud timorata— intenta chupársela. Lo que intimida al hombre menudo es el tamaño de la polla del travesti, y que sus inexpertas atenciones a esa polla monstruosa estorban al travesti mientras conduce.

Donna no entendía el alemán, claro; el travesti hablaba sin cesar, desgranando entrecortadas críticas a la pésima mamada que le estaban haciendo. En fin, no pude evitar reírme, y creo que Donna nunca me lo perdonó.

Sin duda, Klaus y Claudia pensaron que mi novia era una típica americana; pensaron que Donna no se divertía con el espectáculo por gazmoñería sexual. Era imposible explicarles nada, al menos allí.

Cuando nos marchamos, Donna estaba tan alterada que se sobresaltó cuando una de las camareras le dirigió la palabra. La camarera era un travestido alto; habría podido pasar por uno de los actores. Le dijo a Donna (en alemán):

—Está usted estupenda.

Era un cumplido, pero yo supe que el travesti sabía que Donna era transexual. (Casi nadie se daba cuenta, no por aquel entonces. Donna no lo pregonaba; concentraba todos sus esfuerzos en ser mujer, no en dar el pego).

—¿Qué ha dicho? —me preguntó Donna repetidamente mientras salíamos del club.

En los años setenta la Reeperbahn no era la trampa para el turismo que es hoy; sí circulaban los turistas sexuales, claro está, pero en aquellas fechas la propia calle era más sórdida, tal como lo era también Times Square, y no se congregaba allí tal tumulto de mirones.

—Te ha hecho un cumplido; le ha parecido que estás «estupenda». Quería decir que estás preciosa —le dije a Donna.

—Ya, «para ser un hombre». Eso ha querido decir, ¿no? —me preguntó. Lloraba. Klaus y Claudia seguían sin entender nada—. ¡Yo no soy una transformista de tres al cuarto! —exclamó Donna.

—Perdonadme si esto no ha sido una buena idea —se disculpó Klaus con cierta rigidez—. Se supone que es gracioso; no pretende ser ofensivo.

Yo no paraba de cabecear; era imposible salvar la velada, lo sabía.

—¡Oye, tú, tengo una polla más grande que el travesti que conducía el coche inexistente! —le dijo Donna a Klaus—. ¿Quieres verla? —preguntó Donna a Claudia.

—No lo hagas —insté.

Me constaba que Donna no era una gazmoña ¡Nada más lejos!

—Díselo tú —exigió.

Como es lógico, yo ya había escrito un par de novelas sobre las diferencias sexuales, sobre identidades sexuales conflictivas y, a veces, desconcertantes. Klaus había leído mis novelas; por Dios, pero si hasta me había entrevistado: él y su mujer (o novia) deberían haber sabido que mi novia no podía ser una gazmoña.

—Donna tiene la polla más grande que el travesti que conducía el coche imaginario, eso por descontado —les dije a Klaus y Claudia—. Por favor, no le pidáis que os la enseñe, aquí no.

—¿Aquí no? —exclamó Donna.

No sé por qué lo dije, la verdad; quizá viendo el denso tránsito en Reeperbahn,

tanto de coches como de peatones, me puse nervioso ante la idea de que Donna blandiera su pene allí. ¡Por supuesto no pretendí insinuar —como repetí a Donna una y otra vez ya de regreso en el hotel— que ella les enseñaría (o debía enseñarles) el pene en otro momento, o en otro lugar! Sencillamente me salió así.

—No soy una transformista aficionada —insistía Donna entre sollozos—. No lo soy, no lo soy...

—Claro que no lo eres —decía yo, viendo que Klaus y Claudia se escabullían.

Donna había apoyado sus manos en mis hombros; me sacudía, y supongo que Klaus y Claudia pudieron ver bien lo enormes que eran. (En efecto tenía la polla más grande que el travesti que asfixiaba al tipo que le hacía una mala mamada en aquel coche imaginario).

Esa noche, de vuelta en el Vier Jahreszeiten, Donna aún lloraba cuando se lavó la cara antes de acostarse. Dejamos encendida la luz del cuarto ropero y la puerta entreabierta; hacía las veces de luz nocturna, una manera de encontrar el cuarto de baño a oscuras. Me quedé despierto mirando a Donna, que dormía. En la penumbra, y sin maquillaje, se adivinaba en el rostro de Donna algo masculino. Quizá se debía a que cuando dormía no se esforzaba en ser mujer; o quizás era algo en los contornos de su mandíbula y sus pómulos..., algo anguloso.

Esa noche, mientras contemplaba a Donna dormida, me acordé de la señora Kittredge; también había algo de masculino en su atractivo, algo del propio Kittredge en ella, algo plenamente viril. Pero si una mujer es agresiva, puede parecer viril, incluso dormida.

Me dormí, y cuando me desperté, la puerta del cuarto ropero estaba cerrada; yo sabía que la habíamos dejado entornada. Donna no se hallaba a mi lado en la cama; a la luz del cuarto ropero, por la rendija de debajo de la puerta, vi las sombras de sus pies en movimiento.

Desnuda, se miraba en el espejo de cuerpo entero del ropero. Yo ya me conocía el proceso.

—Tienes unos pechos perfectos —dije.

—A la mayoría de los hombres les gustan más grandes —respondió Donna—. Tú no eres como la mayoría de los hombres que yo conozco, Billy. Por Dios, pero si a ti incluso te gustan las mujeres de verdad.

—No maltrates tus preciosos pechos; por favor, no te hagas nada en ellos —rogué.

—¿Qué más da si tengo la polla grande? Tú siempre te pones encima, Billy. Eso no cambiará nunca, ¿verdad? —me preguntó.

—Me encanta tu polla enorme —dije.

Donna se encogió de hombros; sus pechos pequeños eran lo que estaba en el punto de mira.

—¿Sabes cuál es la diferencia entre un transformista aficionado y alguien como yo? —preguntó Donna.



Yo conocía la respuesta: era su respuesta de siempre.

—Sí, la sé: para ti, cambiar tu cuerpo es un compromiso.

—Yo no soy una aficionada —repitió Donna.

—Lo sé, pero no te cambies los pechos. Son perfectos —insistí, y volví a acostarme.

—¿Sabes cuál es tu problema, Billy? —preguntó Donna.

Yo estaba ya en la cama, de espaldas a la luz procedente de debajo de la puerta del cuarto ropero. Conocía también la respuesta a esa pregunta, pero callé.

—Tú no te pareces a nadie, Billy; ése es tu problema —dijo Donna.

En cuanto al transformismo, Donna nunca consiguió despertar en mí el menor interés por probarme su ropa. A veces hablaba de la posibilidad aparentemente remota de la cirugía, no ya sólo de los implantes mamarios, tentadores para muchos transexuales, sino del asunto mucho más delicado de la cirugía para el cambio de sexo. En rigor, Donna —y todos los transexuales que me han atraído— era lo que ellos llaman «*pre-op*». (Sólo conozco a unos cuantos transexuales *post-op*. Los que conozco son muy valerosos. En su presencia, uno se acoquina, de tan bien como se conocen. ¡Lo que debe ser conocerse así de bien! ¡Lo que debe ser estar uno tan seguro de su identidad!).

—Supongo que nunca has sentido la curiosidad —comentaba Donna—; de ser como yo, quiero decir.

—Eso es verdad —respondí sinceramente.

—Supongo que toda tu vida has querido conservar el pene; de hecho, seguro que tu pene te gusta.

—También me gusta el tuyo —contesté, igual de sinceramente.

—Ya lo sé —dijo ella con un suspiro—. Sólo que a mí no siempre me gusta tanto. Pero el tuyo me gusta siempre —se apresuró a añadir Donna.

El pobre Tom habría encontrado a Donna demasiado «complicada», creo, pero a mí me parecía una persona de gran valentía.

Me intimidaba que Donna supiera con tal certeza quién era, pero a la vez ése era uno de los rasgos que adoraba en ella, eso y la coquetona inclinación a la derecha de su pene, que me recordaba a quien ustedes ya saben.

Como se vería con el paso del tiempo, mi único contacto con el pene de Kittredge fue algún que otro vistazo —siempre furtivo— en las duchas del gimnasio de Favorite River.

Con el pene de Donna tuve mucho más contacto. La vi tanto como quise, si bien —al principio— sentía tal anhelo insaciable por ella (y por otros transexuales, aunque sólo los que eran como ella) que no imaginaba que pudiera llegar el día en que me cansara de verla o poseerla. Al final, no pasé a otra cosa porque me hartase de Donna, ni porque ella se replantease o dudase de quién era. Al final, fue de mí de quien dudó.

Fue Donna quien pasó a otra cosa, y su desconfianza hacia mí me llevó a dudar de mí mismo.

Cuando dejé de ver a Donna (o más exactamente, cuando ella dejó de verme a mí), empecé a ser más cauto con los transexuales; no porque ya no los deseara (todavía los considero personas de una valentía extraordinaria), sino porque los transexuales (Donna en particular) me obligaban a reconocer un puto día tras otro los aspectos más confusos de mi bisexualidad. Donna era agotadora.

—Por lo general, los hombres heterosexuales me gustan —me recordaba Donna sin cesar—. También me gustan otros transexuales..., no sólo los que son como yo, ya sabes.

—Lo sé, Donna —aseguraba yo.

—Y puedo tratar con hombres heterosexuales a quienes también les gustan las mujeres; al fin y al cabo intento vivir, en todo momento, como una mujer. ¡Sólo soy una mujer con pene! —decía, levantando la voz.

—Lo sé, lo sé —contestaba yo.

—Pero a ti también te gustan otros hombres..., hombres sin más..., y te gustan las mujeres, Billy.

—Sí, así es, algunas mujeres —admitía yo—. Y los hombres guapos..., no todos los hombres guapos —le recordaba.

—Sí, ya..., y vete tú a saber qué significa eso de «todos», Billy —decía Donna—. Lo que me da que pensar es que no sé qué te gusta de mí, y qué hay en mí que no te gusta.

—No hay nada en ti que no me guste, Donna. Me gusta todo en ti —prometí.

—Sí, ya... En fin, si me dejaras por una mujer, como un día haría un hetero, lo entendería. O si volvieras con los hombres, como un día haría un gay... En fin, eso también lo entendería —dijo Donna—. El problema contigo, Billy..., y eso no lo entiendo para nada..., es que no sé por quién o por qué vas a dejarme.

—Tampoco yo lo sé —decía yo, sinceramente.

—Sí, ya..., por eso te dejo, Billy —anunció Donna.

—Voy a echarte de menos con desesperación —respondí. (También eso era verdad).

—Yo ya estoy superando lo nuestro, Billy —fue lo único que ella dijo.

Pero hasta esa noche en Hamburgo creí que Donna y yo teníamos posibilidades juntos.

También creía que mi madre y yo teníamos posibilidades juntos. Me refiero a algo más que la «posibilidad» de seguir siendo amigos; me refiero a que pensaba que nada nos separaría. En otro tiempo mi madre se preocupaba de mis heridas más insignificantes; imaginaba que mi vida corría peligro a la primera tos o estornudo. Había algo infantil en sus temores por mí; mis pesadillas le provocaban pesadillas a

ella, dijo una vez.

Mi madre me contaba que yo, de niño, tenía «sueños febriles»; si era así, persistieron hasta entrada la adolescencia. Fueran lo que fuesen, parecían más reales que los sueños. Si los más recurrentes de esos sueños contenían algo de realidad, se me escapó durante larguísimo tiempo. Pero una noche, estando enfermo —para ser exactos, convaleciente de la escarlatina—, tuve la impresión de que Richard Abbott me contaba una anécdota bélica, y, sin embargo, la única anécdota bélica de Richard era el accidente con el cortacésped que lo incapacitó para el servicio militar. Aquella no era la anécdota bélica de Richard Abbott; era la anécdota bélica de mi padre, o una de ellas, y era imposible que me la hubiera contado Richard.

La anécdota (o el sueño) empezaba en Hampton, Virginia: Hampton Roads, Puerto de Embarque, fue el lugar donde mi padre, el chico de los códigos, subió a bordo del buque de transporte con rumbo a Italia. Los transportes eran buques de clase Liberty. La dotación de tierra del 760 Escuadrón de Bombarderos zarpó de Virginia un día lóbrego y amenazador de enero; dentro de aquel puerto abrigado, los soldados tomaron su primera comida en el mar: chuletas de cerdo, me contaron (o soñé). Cuando el convoy de mi padre salió a mar abierto, los buques Liberty se encontraron con una tempestad invernal en el Atlántico. Los soldados rasos ocupaban las bodegas de proa y popa; cada hombre tenía el casco colgado junto a la litera; los cascos pronto se convertirían en bacines donde vomitaban los soldados mareados. Pero el sargento no se mareó. Mi madre me había contado que él se crió en Cape Cod; de niño, fue marinero: era inmune al mareo.

Por consiguiente, mi padre, el chico de los códigos, cumplió con su deber: vació los cascos de los soldados mareados. En medio del barco, a la altura de la cubierta —un trabajoso ascenso desde las literas, por debajo de la cubierta—, había una enorme secreta. (Incluso en el sueño tuve que interrumpir el relato y preguntar qué era una «secreta»; la persona que, según yo creía, era Richard pero no podía ser Richard, me explicó que la secreta era una letrina enorme: los inodoros se extendían de parte a parte del buque).

En medio de aquel tormento del vaciado de cascos, durante una de sus muchas idas y venidas, mi padre se detuvo para sentarse en un inodoro. No tenía sentido intentar mear de pie; el buque se mecía y cabeceaba: había que sentarse. Mi padre se sentó en el inodoro y se agarró a la taza con las dos manos. El agua de mar, encharcada, se agitaba en torno a sus tobillos y le empapaba los zapatos y los pantalones. En el extremo opuesto de la larga hilera de inodoros, otro soldado se aferraba a la taza, pero su sujeción era precaria. Mi padre advirtió que ese otro soldado también era inmune al mareo; de hecho, leía aferrado a la taza del inodoro con una sola mano. Cuando de pronto el buque cabeceó de manera más acusada, el ratón de biblioteca se vio obligado a soltarse. Saltó de inodoro en inodoro —su culo fue produciendo, al entrar en contacto con las sucesivas tazas, una especie de palmoteo— hasta que fue a chocar con mi padre, en el otro extremo de la hilera de

inodoros.

—Lo siento, ¡pero no podía dejar de leer! —se disculpó.

En ese momento el buque cabeceó en dirección contraria, y el soldado, saliendo despedido, saltó otra vez de inodoro en inodoro. Cuando resbaló hasta el último inodoro, o bien perdió el control del libro, o bien lo soltó para agarrarse a la taza del inodoro con las dos manos. El libro se alejó flotando en el agua del mar.

—¿Qué leías? —preguntó el chico de los códigos.

—¡*Madame Bovary*! —contestó el soldado en medio de la tempestad.

—Puedo contártelo —se ofreció el sargento.

—¡No, por favor! —respondió el ratón de biblioteca—. ¡Quiero leerlo yo!

En el sueño, o en la anécdota que alguien (que no era Richard Abbott) me contaba, mi padre ya no volvía a ver al soldado durante el resto de la travesía. «Dejamos atrás Gibraltar, apenas visible», recuerdo que decía el sueño (o alguien), «y el convoy se adentró en el Mediterráneo».

Una noche, frente a la costa siciliana, los soldados bajo cubierta se despertaron por el sonido de la artillería y el ruido de impactos; el convoy se hallaba bajo el ataque aéreo de la *Luftwaffe*. Posteriormente, mi padre se enteró de que un buque Liberty contiguo había sido alcanzado y hundido con todos sus hombres. En cuanto al soldado que leía *Madame Bovary* durante la tempestad, no se presentó a mi padre antes de que el convoy avistara Taranta. La anécdota bélica del chico de los códigos continuaba y concluía sin que mi desaparecido padre volviera a coincidir jamás con el hombre que viajaba de inodoro en inodoro.

«Años más tarde», decía el sueño (o el narrador), mi padre «estaba acabando la carrera» en Harvard. Iba en metro, el MTA de Boston; se había subido en la parada de Charles Street y regresaba a Harvard Square.

Un hombre que se subió en Kendall Square empezó a lanzarle miradas. El sargento sintió cierta «turbación» por el extraño interés de aquel hombre en él; «se le antojaba un interés poco natural, augurio de algo violento, o al menos desagradable». (Era el lenguaje del relato lo que creaba una mayor sensación de realidad en ese sueño recurrente que en otros. Era un sueño con un narrador en primera persona, un sueño con voz).

El hombre del metro empezó a cambiarse de asiento; se acercaba cada vez más a mi padre. Cuando estuvieron en contacto físico, y el metro aminoró la velocidad para detenerse en la siguiente estación, el desconocido se volvió hacia mi padre y dijo: «Hola, soy Bovary. ¿Te acuerdas de mí?». Al cabo de un momento el metro paró en Central Square, donde se apeó el ratón de biblioteca, y el sargento siguió su viaje a Harvard Square.

Me dijeron que en la escarlatina la etapa de fiebre remite en el plazo máximo de una semana, normalmente entre tres y cinco días. Estoy bastante seguro de que ya había

superado la etapa de fiebre cuando le pregunté a Richard Abbott si me había contado alguna vez esa anécdota, quizás al principio del sarpullido, o durante la etapa del dolor de garganta, que empieza un par de días antes del sarpullido. Tenía la lengua de color fresa, pero cuando hablé por primera vez con Richard acerca de ese sueño tan vívido y recurrente, tenía la lengua de un rojo carne oscuro —tirando más a color frambuesa— y el sarpullido comenzaba a desaparecer.

—No conozco esa anécdota, Bill —contestó Richard—. Es la primera vez que la oigo.

—Ah.

—A mí me suena a las historias del abuelo Harry —añadió Richard.

Pero cuando pregunté a mi abuelo si me había contado él la anécdota de *Madame Bovary*, el abuelo me salió con la cantinela del «Ah, pues», y a fuerza de titubeos y circunloquios respondió a la pregunta. No, esa anécdota no me la contó él «con toda seguridad», dijo mi abuelo. Sí, Harry había oído la anécdota —«una versión por medio de terceros, si la memoria no me engaña»—, pero, muy oportunamente, no recordaba quién se la había contado.

—Quizá fue el tío Bob, Bill; puede que te la contara el tío Bob. —A continuación, mi abuelo me palpó la frente y, entre dientes, comentó que se me había pasado la fiebre o algo por el estilo. Cuando me examinó la boca, anunció—: Esta lengua aún tiene muy mala pinta, aunque diría que el sarpullido ha aflojado un poco.

—Era demasiado real para ser un sueño... Al menos el principio —le dije al abuelo Harry.

—Ah, pues... En fin, si se te da bien imaginar las cosas, y creo que a ti sí se te da bastante bien, Bill, yo diría que algunos sueños pueden ser muy reales —respondió mi abuelo con sus titubeos y circunloquios.

—Se lo preguntaré al tío Bob —dije.

Bob siempre andaba metiéndome pelotas de squash en los bolsillos, o en los zapatos, o bajo la almohada. Era un juego; cuando yo encontraba las pelotas, se las devolvía. «¡Vaya! ¡He buscado esta pelota de squash por todas partes, Billy!, decía Bob. Me alegro de que la hayas encontrado».

—¿De qué trata *Madame Bovary*? —le pregunté al tío Bob.

Éste había venido a ver cómo iba recuperándome de la escarlatina, y yo le había dado la pelota de squash que había encontrado en el vaso de mi cepillo de dientes, en el cuarto de baño que compartía con el abuelo Harry.

Nana Victoria «preferiría la muerte» antes que compartir el cuarto de baño con él, me había asegurado Harry, pero a mí me gustaba compartir el cuarto de baño con mi abuelo.

—En realidad no he leído *Madame Bovary*, Billy, la verdad sea dicha —contestó Bob; se asomó a echar un vistazo al pasillo, desde mi habitación, para cerciorarse de que mi madre (o mi abuela, o la tía Muriel) no lo oían. Pese a que no había moros en la costa, Bob bajó la voz—: Creo que trata sobre el adulterio, Billy, una esposa infiel.

—Debí de poner cara de perplejidad, de absoluta incompreensión, porque el tío Bob se apresuró a añadir—: Sería mejor que preguntaras a Richard de qué trata *Madame Bovary*; la literatura, como ya sabes, es la especialidad de Richard.

—¿Es una novela? —pregunté.

—No creo que sea una historia real —respondió el tío Bob—. Pero eso lo sabrá Richard.

—O también podría preguntárselo a la señorita Frost —propuse.

—Ajá, sí, podrías..., pero no digas que ha sido idea mía —dijo el tío Bob.

—Conozco una anécdota —empecé a decir—. Quizá me la contaste tú.

—¿Te refieres a aquella de un hombre que lee *Madame Bovary* sobre cien inodoros al mismo tiempo? —preguntó Bob, levantando la voz—. ¡Esa anécdota me encanta!

—A mí también —dije—. ¡Es muy graciosa!

—¡Para morirse de risa! —declaró el tío Bob—. No, esa anécdota no te la he contado yo, Billy. O al menos no recuerdo habértela contado —se apresuró a añadir.

—Ah.

—¿No te la habrá contado tu madre? —preguntó Bob. Debí de mirarlo con cara de incredulidad, porque de pronto agregó—: Seguramente no.

—Es un sueño que tengo una y otra vez, pero primero debió de contármelo alguien —dije.

—Una conversación durante una cena, quizás, una de esas historias que los niños escuchan a escondidas cuando los adultos creen que se han acostado o que no los oyen —sugirió el tío Bob. Si bien esa versión era más creíble que la posibilidad de que fuera mi madre la fuente de la anécdota de los inodoros, ni Bob ni yo parecíamos muy convencidos—. No todos los misterios tienen que resolverse —dijo con mayor convicción.

Poco después de marcharse Bob, descubrí otra pelota de squash, o la misma pelota de squash, bajo la colcha.

Yo sabía de sobra que mi madre no me había contado la anécdota de *Madame Bovary* y los múltiples inodoros, pero lógicamente se lo pregunté.

—No le veo la menor gracia a esa anécdota —contestó ella—. Jamás te habría contado una anécdota así, Billy.

—Ah.

—Quizá te la contó el abuelo —dijo mi madre—. ¡Le pedí que no lo hiciera!

—No, el abuelo con toda seguridad no me la contó —respondí.

—Seguro que fue el tío Bob —aventuró mi madre.

—El tío Bob dice que no recuerda habérmela contado —afirmé.

—Bob bebe; no se acuerda de todo —dijo mi madre—. Y tú has tenido fiebre hace poco —me recordó—. Ya sabes que con la fiebre se sueñan cosas raras, Billy.

—En cualquier caso, yo sí le vi la gracia a la anécdota, eso del palmoteo que producía el culo de aquel hombre al saltar de inodoro en inodoro —dije.

—Yo no le veo la menor gracia, Billy.

—Ah.

Cuando me recuperé plenamente de la escarlatina, le pedí a Richard Abbott su opinión sobre *Madame Bovary*.

—Creo que valorarás más ese libro cuando seas mayor, Bill —dijo Richard.

—¿A qué edad? —pregunté. (Yo debía de tener catorce años, deduzco. Aún no había leído y releído *Grandes esperanzas*, pero la señorita Frost me había iniciado ya en la vida de lector, eso me consta).

—¿Y si le pregunto a la señorita Frost qué edad debería tener? —propuse.

—Yo esperaré un poco antes de preguntárselo, Bill —aconsejó Richard.

—¿Cuánto? —pregunté.

Richard Abbott, quien yo creía que lo sabía todo, contestó:

—No lo sé exactamente.

No sé exactamente cuándo empezó mi madre a ser apuntadora en las producciones teatrales de Richard Abbott en el Club de Teatro de la academia Favorite River, pero sí tuve plena conciencia de que en *La tempestad* la apuntadora era ella. Surgió algún que otro conflicto con los horarios, porque mi madre seguía apuntando para los Comediantes de First Sister; no obstante, los apuntadores podían perderse algún ensayo, y las representaciones —las funciones reales de nuestra agrupación de teatro amateur y el Club de Teatro de Favorite River— nunca coincidían.

En los ensayos, Kittredge fingía pifiarla en una frase sólo para que lo apuntara mi madre.

—Mi dulce muchacha —erró Fernando en un parlamento dirigido a Miranda durante un ensayo, justo cuando empezábamos a interpretar sin el texto a la vista.

—No, Jacques —corrigió mi madre—. Debería ser «Mi dulce amada», no «muchacha».

Pero Kittredge simulaba: sólo fingía confundirse para entablar conversación con mi madre.

—Perdone, señora Abbott. No volverá a ocurrir —dijo, ya renglón seguido se coló otra vez en el diálogo asignado a él.

«No, celestial criatura», debe decirle Fernando a Miranda, y en cambio Kittredge declamó:

—No, celestial amada.

—Esta vez no, Jacques —rectificó mi madre—. Es «No, celestial criatura», no «amada».

—Creo que me esfuerzo demasiado en complacerla; quiero caerle bien, pero me temo que no lo consigo, señora Abbott —dijo Kittredge a mi madre.

Coqueteaba con ella, y ella se ruborizó. Me avergonzaba pensar tan a menudo lo fácil que resultaba seducir a mi madre; casi se diría que la consideraba una especie de

retrasada, o tan sexualmente ingenua que cualquiera podía conquistarla por medio de la adulación.

—Y me caes bien, Jacques, ¡mal no me caes, te lo aseguro! —prorrumpió mi madre, mientras Elaine (en el papel de Miranda) se subía por las paredes.

Elaine sabía que Kittredge había empleado la palabra «buena» en alusión a mi madre.

—En su presencia me pongo muy nervioso —le dijo Kittredge a mi madre, aunque no se lo veía en absoluto nervioso, sino cada vez más seguro de sí mismo.

—¡Vaya sarta de gilipollecés! —graznó Elaine.

Kittredge se encogió al oír su voz, y mi madre dio un respingo, como si la hubiesen abofeteado.

—Elaine, cuida ese vocabulario —amonestó mi madre.

—¿Podemos seguir con la obra? —preguntó Elaine.

—Va, Nápoles, no seas tan impaciente —dijo Kittredge con una sonrisa de lo más encantadora, que dirigió primero a Elaine y luego a mi madre—. Elaine se muere de ganas por llegar a la parte en que nos damos la mano —explicó Kittredge a mi madre.

En efecto, la escena que estaban ensayando —acto III, escena 2— termina con Fernando y Miranda cogidos de la mano. Esta vez le tocó a Elaine ruborizarse, pero Kittredge, que ejercía pleno control sobre las circunstancias, había fijado su más seria mirada en mi madre.

—Tengo una pregunta, señora Abbott —como si Elaine y Miranda no existieran, como si nunca hubieran existido—. Cuando Fernando dice: «He mirado a muchas damas bien atento, y muchas veces la armonía de su voz ha cautivado mis ávidos oídos»..., ya sabe, esa frase..., pues me pregunto si eso significa que he estado con muchas mujeres, y si no debería insinuar de algún modo que soy..., en fin, usted ya me entiende, un hombre sexualmente experimentado.

Mi madre se ruborizó aún más intensamente que antes.

—¡Por Dios! —exclamó Elaine Hadley.

Y yo..., ¿dónde estaba yo? Yo era Ariel: un «espíritu del aire». Esperaba a que Fernando y Miranda hicieran mutis, por separado, como indicaban las acotaciones. Yo estaba allí mismo, con Calibán, Esteban («un dispensero borracho», lo llama Shakespeare) y Trínculo; salíamos todos en la siguiente escena, en la que yo era invisible. Con mi madre ruborizada por las sagaces manipulaciones de Kittredge, me sentía invisible, o deseaba serlo.

—No soy más que la apuntadora —se apresuró a decir mi madre a Kittredge—. Ésa es una pregunta para el director. Deberías preguntárselo al señor Abbott.

La desazón de mi madre saltaba a la vista, y de pronto la vi tal como debía de ser años atrás, cuando estaba embarazada de mí o ya era mi madre, y vio al mujeriego de mi padre besar a otra persona. Recordé su entonación al pronunciar la palabra «otra» cuando me lo contó, de la misma manera mecánica con que había corregido las pifias intencionadas de Kittredge. (En cuanto iniciamos las representaciones de *La*



*tempestad*, Kittredge no confundió ninguna frase, ni una sola palabra. Me doy cuenta de que no le he reconocido el mérito a Kittredge, pero era muy bueno en el escenario).

Me resultaba doloroso ver la facilidad con que sucumbía mi madre a la mínima insinuación sexual, ¡y de un adolescente! Me odiaba a mí mismo, porque era consciente de que me avergonzaba de mi propia madre, y sabía que esa vergüenza, grande o pequeña, se originaba en la continua condescendencia y los chismorreos desaprobatorios de Muriel. Como es natural, yo aborrecí a Kittredge por haber conseguido alterar a mi vulnerable madre con tan nimio esfuerzo, por la desenvoltura con que era capaz de alterarnos a Elaine y a mí, y de pronto mi madre pidió ayuda:

—¡Richard! —llamó—. ¡Jacques tiene una pregunta acerca de su personaje!

—¡Por Dios! —repitió Elaine, esta vez en un susurro apenas audible, pero Kittredge la oyó.

—Paciencia, querida Nápoles —le dijo Kittredge, agarrándola de la mano.

Lo hizo tal como Fernando toma de la mano a Miranda, antes de separarse al final del acto III, escena 1, pero Elaine la apartó de un tirón.

—¿Qué pasa con tu personaje, Fernando? —preguntó Richard Abbott a Kittredge.

—Más gilipolleces —dijo Elaine.

—¡Elaine, cuida ese vocabulario! —exclamó mi madre.

—A Miranda le sentaría bien un poco de aire fresco —dijo Richard a Elaine—. Basta con un par de inhalaciones y luego quizá la necesaria expulsión de cualquier palabra que acuda espontáneamente a tu cabeza. Tómate un respiro, Elaine; tú también deberías tomártelo, Bill —añadió Richard—. Queremos que nuestra Miranda y nuestro Ariel actúen en consonancia con sus papeles. —(Richard, supongo, se dio cuenta de que yo también estaba alterado).

Había un muelle de carga y descarga delante del taller de carpintería, situado al fondo de la zona de bastidores, y Elaine y yo salimos al muelle en el aire fresco de la noche. Intenté cogerle la mano; al principio ella la retiró, aunque no con la misma violencia con que la había apartado de Kittredge. Luego, con la puerta del muelle de carga y descarga todavía abierta, Elaine me ofreció la mano. Apoyó la cabeza en mi hombro.

—Hacen buena pareja, ¿no? —oí que decía Kittredge a alguien, o a todos, antes de cerrarse la puerta.

—¡Capullo! —exclamó Elaine Hadley—. ¡Soplapollas! —vociferó; después inhaló el aire frío a bocanadas hasta que empezó a respirar casi acompasadamente, y volvimos a entrar en el teatro, donde a Elaine se le empañaron al instante las gafas.

—Fernando no está diciéndole a Miranda que es un hombre sexualmente experimentado —explicaba Richard a Kittredge—. Fernando está diciendo que siempre ha prestado mucha atención a las mujeres, y que las mujeres a menudo le han causado una profunda impresión. Lo único que quiere decir es que ninguna lo ha impresionado tan poderosamente como Miranda.

—Es un parlamento sobre impresiones, Kittredge —consiguió decir Elaine—. No es un parlamento sobre sexo.

«Entra ARIEL, invisible»: ésa era la acotación de mi inminente escena (acto III, escena 2). Pero yo era invisible de verdad; a saber cómo, había creado la impresión general de que Elaine Hadley era mi objeto de interés romántico. Elaine, por su parte, parecía seguirme el juego, quizá por una cuestión de autoprotección. Pero Kittredge nos sonreía de aquella manera desdeñosa y superior tan suya. No creo que la palabra «impresiones» significara gran cosa para Kittredge. Creo que para él todo tenía que ver con el sexo, el sexo real. Y si bien los presentes estaban convencidos de que Elaine y yo sentíamos un mutuo interés sexual, posiblemente Kittredge fuera el único que no se dejó convencer, o al menos ésa fue la impresión que nos transmitió a Elaine y a mí con su desdeñosa sonrisa.

Quizá por eso Elaine le dio la espalda de pronto y me besó. Apenas me rozó los labios, pero hubo un contacto real (aunque fugaz); supongo que incluso dio la sensación de que le devolvía el beso, si bien brevemente. Eso fue todo. No fue un gran beso; a ella ni se le empañaron las gafas.

Dudo que Elaine tuviese siquiera una pizca de interés sexual en mí, y creo que ella sabía desde el principio que yo sólo simulaba mi interés en ese sentido. Éramos actores de lo más inexpertos —su inocente Miranda y mi Ariel en gran medida invisible—, pero actuábamos, y en nuestro engaño existía una complicidad tácita.

A fin de cuentas, los dos teníamos algo que esconder.

## EL SUJETADOR DE ELAINE

Hasta el día de hoy no sé qué pensar del desdichado Calibán, el monstruo que, con su tentativa de violar a Miranda, se gana la implacable condena de Próspero. Éste asume mínimamente la responsabilidad sobre él: «Este ser de tiniebla es mío».

Para alguien tan egocéntrico como Kittredge, *La tempestad* trataba de forma exclusiva de Fernando, por supuesto; es una historia de amor en la que Fernando corteja y conquista a Miranda. Pero Richard Abbott definió la obra como «tragicomedia». Y durante esos dos (casi tres) meses del otoño de 1959 en que Elaine Hadley y yo participamos en los ensayos de la obra, tuvimos la sensación de que la proximidad entre nosotros y Kittredge, a quien teníamos tan cerca que podíamos tocarlo, fue nuestra auténtica tragicomedia, pese a que *La tempestad* tiene un final feliz para Miranda y Ariel.

Mi madre, que siempre sostenía que no era más que la apuntadora, tenía la costumbre curiosamente matemática de cronometrar a cada actor; utilizaba un temporizador barato de cocina y, en los márgenes de su copia del texto, anotaba el porcentaje aproximado del tiempo real en escena de cada personaje. A mí él mérito de los cálculos de mi madre se me antojaba dudoso, aunque tanto Elaine como yo observamos complacidos que Fernando estaba en escena sólo durante el diecisiete por ciento de la obra.

—¿Y Miranda? —preguntó Elaine a mi madre, aprovechando aposta un momento en que Kittredge las tenía a las dos al alcance de su oído en extremo competitivo.

—El veintisiete por ciento —respondió mi madre.

—¿Y yo? —pregunté.

—Ariel está en el escenario un treinta y uno por ciento del tiempo —me dijo.

Kittredge se mofó de esta degradante noticia.

—¿Y Próspero, nuestro director sin par..., el de los tan cacareados poderes mágicos? —inquirió Kittredge con tono sarcástico.

—¡Cacareados! —exclamó Elaine Hadley como un eco atronador.

—Próspero está en escena aproximadamente el cincuenta y dos Por ciento del tiempo —le dijo mi madre a Kittredge.

—Aproximadamente —repitió Kittredge con desdén.

Richard nos había explicado que *La tempestad* era la «obra de despedida» de Shakespeare, que en ella el bardo decía adiós de forma consciente al teatro, pero yo no entendía la necesidad del acto V, en especial del epílogo añadido, declamado por Próspero.

Quizás eso fuera una pequeña señal de que yo llegaría a ser escritor (aunque

nunca de obras teatrales), el hecho de que, a mi juicio, *La tempestad* debería haber terminado en el parlamento de Próspero a Fernando y Miranda; el parlamento «Nuestra fiesta ha terminado» en el acto IV, escena 1. Y, sin duda, Próspero tendría que haber concluido ese parlamento (y la obra) con el maravilloso: «Somos de la misma sustancia que los sueños, y nuestra breve vida culmina en un dormir». ¿Por qué Próspero necesita añadir algo más? (Tal vez sí se sienta responsable de Calibán).

Pero cuando le expresé este parecer a Richard, me contestó:

—En fin, Bill, si estás reescribiendo a Shakespeare a los diecisiete años, ¡espero mucho de ti!

Richard no era propenso a emplear la sátira a mi costa, y me dolió; a Kittredge le faltó tiempo para cebarse en el pesar ajeno.

—¡Eh, Reescritor! —me llamó Kittredge desde el otro extremo del patio delimitado por las residencias. Por desgracia, ese mote no cuajó; Kittredge nunca lo repitió, y prefirió Ninfa. Yo habría preferido Reescritor, al menos se correspondía con la clase de escritor que un día llegaría a ser.

Pero me he desviado del personaje de Calibán; he divagado, rasgo propio también de la clase de escritor que llegaría a ser. Calibán permanece en escena el veinticinco por ciento del tiempo. (En sus estimaciones, mi madre no se ceñía a las frases declamadas, sino que calculaba el tiempo en escena de los personajes). Ésa fue mi primerísima experiencia con *La tempestad*, pero todas las veces que he visto la obra representada, y han sido muchas, Calibán siempre me ha parecido un personaje hondamente perturbador; en cuanto escritor, yo lo definiría como personaje «desdibujado». Por la aspereza con que Próspero trata a Calibán, sabemos lo severo que es al juzgarlo, pero me pregunto qué quería Shakespeare que sintiéramos ante el monstruo. Compasión, quizá; cierta culpabilidad, tal vez.

Ese otoño de 1959, no sé muy bien qué pensaba Richard Abbott de Calibán; el hecho de que Richard asignara el papel del monstruo al abuelo Harry transmitía mensajes contradictorios. Harry nunca se había subido al escenario para encarnar el papel de un ente masculino; la circunstancia de que Calibán no llegase siquiera a humano quedó aún más «desdibujada» por la interpretación rotundamente femenina del abuelo Harry. Es posible que Calibán deseara a Miranda —¡sabemos que el monstruo ha intentado violarla!—, pero Harry Marshall nunca, ni aun cuando desempeñaba el papel de villano, aparecía exento de compasión en el escenario, ni era del todo masculino.

Quizá Richard había comprendido que Calibán era un monstruo confuso, y Richard sabía que el abuelo Harry encontraría la manera de potenciar esa confusión. «Tu abuelo es raro», fue como me lo describió Kittredge de manera inequívoca. («La reina Lear», lo llamó Kittredge).

En cuanto a rareza, incluso yo creo que Harry se superó a sí mismo en el papel de Calibán; el abuelo Harry ofreció una actuación sexualmente ambigua: encarnó a Calibán como bruja andrógina.

La peluca (el abuelo Harry era calvo) habría servido para cualquier sexo. El traje era la indumentaria propia de cualquier vagabunda urbana excéntrica: pantalón de chándal deforme y sudadera muy holgada, ambos grises como la peluca, de ese gris tan característico de la ropa deportiva. Para rematar esa imagen de género indefinido, Harry se había pintado a lo fulana las uñas de los pies, e iba descalzo. Llevaba un aro de estrás hombrunamente grueso prendido del lóbulo de una oreja —más del agrado de un pirata o un luchador profesional que de una buscona— y un collar de perlas falsas (la bisutería más barata) encima de la sudadera.

—¿Qué es Calibán, exactamente? —preguntaría Kittredge a Richard Abbott.

—Tierra y agua, Kittredge, fuerza bruta y astucia —había repetido Richard.

—Pero ¿de qué sexo se supone que es la astucia? —preguntó Kittredge—. ¿Calibán es un monstruo lesbiano? Lo que intentó violar a Miranda ¿es una ella o un él?

—¡Sexo, sexo, sexo! —vociferó Elaine Hadley—. ¡Sólo piensas en el sexo!

—No te olvides de esos tapones para los oídos, Ninfa —dijo Kittredge, sonriéndome.

Elaine y yo no podíamos mirarlo sin ver a su madre, con las piernas perfectamente cruzadas en aquellas incómodas gradas durante el combate de lucha de Kittredge; la señora Kittredge parecía contemplar las sistemáticas arremetidas de su hijo contra el adversario, muy inferior a él, como si de una película pornográfica se tratara, pero con la distanciada seguridad en sí misma de una mujer experimentada que se sabía capaz de hacerlo mejor. «Tu madre es un hombre con pechos», deseé decirle a Kittredge, pero no me atreví, claro está.

Ya imaginaba la respuesta de Kittredge. «¿Te refieres a mi madrastra?», habría preguntado antes de romperme los brazos y las piernas.

Hablé con mi madre y con Richard en la intimidad de nuestro apartamento de la residencia.

—¿Qué pasa con el abuelo Harry? —pregunté—. Sé que Ariel es de género polimorfo, más una cuestión de atuendo que algo orgánico, como tú dices —le dije a Richard—. Sí, también mi aderezo, mi equipo..., la peluca, el calzón..., indica que el género de Ariel es mutable. Pero ¿no es Calibán un monstruo masculino? ¿No interpreta el abuelo Harry a Calibán como una especie de...? —me interrumpí. Me negué a llamar a mi abuelo «reina Lear», porque así era como lo había motejado Kittredge—. ¿Una especie de tortillera? —Así lo expresé. La palabra «tortillera» estaba de moda en Favorite River, entre aquellos alumnos (como Kittredge) que repetían hasta la saciedad, y con saña, «homo», «manca» y «sarasa».

—¡Mi padre no es una tortillera! —repuso con brusquedad mi madre.

Antes la brusquedad parecía algo impropio de ella; ahora, cada vez más, cuando reaccionaba con brusquedad, reaccionaba contra mí.

—En fin, Bill... —comenzó a decir Richard Abbott; de pronto se interrumpió—. No te alteres, Joya —le dijo a mi madre, cuya desazón había descentrado a Richard

—. Lo que de verdad pienso, Bill —empezó de nuevo Richard—, es que el género importaba a Shakespeare mucho menos de lo que nos importa a nosotros.

Una respuesta poco convincente, pensé, pero no lo dije. ¿Crecía mi decepción con Richard, o simplemente crecía yo?

—Supongo que ésa no era la respuesta a tu pregunta, ¿no? —me preguntó Elaine Hadley más tarde cuando le confesé que encontraba confusa la identidad sexual del abuelo Harry en el papel de Calibán.

Curiosamente, cuando Elaine y yo estábamos solos, no nos dábamos la mano ni esas cosas; pero cuando estábamos en público, tendíamos la mano de forma espontánea el uno hacia el otro, y permanecíamos en contacto sólo mientras teníamos espectadores. (Ése era otro tipo de código entre nosotros, como cuando alguno de los dos preguntaba al otro: «¿Cómo acaba el pato?»).

Aun así, en nuestra primera visita juntos a la biblioteca pública de First Sister, Elaine y yo no nos cogimos de la mano. Sospechaba que la señorita Frost no caería en el engaño de que Elaine y yo manteníamos una relación romántica..., ni por un momento. Elaine y yo sólo buscábamos un sitio donde repasar nuestros diálogos de *La tempestad*. Nuestros apartamentos en la residencia eran claustrofóbicos y muy públicos, a menos que repasásemos nuestros diálogos en su habitación o en la mía, con la puerta cerrada. Nuestro noviazgo simulado había sido demasiado convincente. A mi madre y a Richard, y a los Hadley, les habría dado un soponcio si hubiésemos cerrado las puertas de nuestras habitaciones cuando estábamos juntos.

En cuanto a la sala de anuarios de la biblioteca de la academia, a veces trabajaba allí algún miembro del profesorado, y no era una sala con una puerta que se pudiera cerrar; nuestras voces se habrían oído en otras partes del edificio. (¡Elaine y yo temíamos también que nos oyeran en toda la biblioteca pública de First Sister, mucho más pequeña!).

—Nos preguntábamos si no hay aquí una sala más privada —expliqué a la señorita Frost.

—Más privada —repitió la bibliotecaria.

—Donde no se nos oyera —aclaró Elaine con la explosión sónica de su voz—. ¡Queremos repasar nuestros diálogos de *La tempestad*, pero no queremos molestar a nadie! —añadió Elaine de inmediato, por temor a que la señorita Frost pensara que buscábamos un refugio insonorizado para el antedicho primer orgasmo de Elaine.

La señorita Frost me miró.

—Queréis repasar vuestros diálogos en una biblioteca —dijo, como si eso fuera una pieza que encajaba en el rompecabezas de mi anterior deseo de escribir en una biblioteca.

Pero la señorita Frost no delató mis intenciones, a saber, llegar a ser escritor. (Yo aún no me había sincerado con mi buena amiga Elaine respecto al asunto de escribir;

todavía le ocultaba mi anhelo de ser escritor y mis otros anhelos).

—Procuraremos repasar nuestros diálogos en voz baja —prometió Elaine con anormal suavidad... para lo que era ella.

—No, no, querida, debéis repasar vuestros diálogos como tienen que decirse en el escenario con entera libertad —dijo la señorita Frost a Elaine, dando palmadas a mi amiga en la mano con su mano mucho más grande—. Creo que sé de un sitio donde podríais gritar sin que nadie os oyera.

Si ya era de por sí un milagro la noción misma de que hubiera en la biblioteca pública de First Sister un espacio bien delimitado donde uno pudiera gritar sin ser oído, la habitación propiamente dicha, como se vio, era un milagro aún mayor.

La señorita Frost nos llevó a Elaine y a mí por la escalera del sótano a lo que, a primera vista, parecía la sala de la caldera de la vieja biblioteca. Era un edificio de obra vista del periodo georgiano, y la caldera original del edificio había sido de carbón; los restos ennegrecidos de la tolva pendían aún de un tragaluz en lo alto de la pared. Pero la voluminosa caldera, ahora volcada y apartada en un rincón no utilizado del sótano, había sido sustituida por una más moderna de petróleo. Cerca de la caldera de petróleo se alzaba un calentador de agua de propano aparentemente nuevo, y se había habilitado una habitación independiente (con puerta) a corta distancia del tragaluz. En la pared de dicha habitación se veía una ranura rectangular, cerca del techo del sótano, allí donde los restos de la tolva colgaban del tragaluz solitario. En su día, la tolva descendía desde el tragaluz hasta esa habitación, que entonces era la carbonera. Ahora era un dormitorio amueblado y un cuarto de baño.

Contenía una cama de hierro antigua, en cuya cabecera, formada por barras de hierro de aspecto tan sólido como los barrotes de una cárcel, había una lámpara de lectura prendida. Contenía también un pequeño lavabo y un espejo en un rincón, y en otro rincón, totalmente a la vista, se erguía un centinela solitario: no un guardia real sino un inodoro con asiento de madera. Y contenía una mesilla de noche junto a la cama, donde vi una ordenada pila de libros y una baja y ancha vela aromatizada. (En la habitación olía a canela; supuse que la vela disimulaba el olor a vapores de petróleo de la caldera cercana).

Había asimismo un ropero sin puertas, donde Elaine y yo vimos estantes y perchas, con lo que parecía una mínima expresión de la ropa de la señorita Frost. El elemento incuestionablemente central de la pequeña habitación —«mi carbonera reconvertida», la llamó la señorita Frost— era una bañera de opulencia victoriana, con las tuberías muy visibles. (El suelo de la habitación era de madera contrachapada sin pulir, y el cableado también era muy visible).

—Cuando hay ventisca y no me apetece volver a casa en coche o a pie —dijo la señorita Frost, como si eso explicara todo lo que esa habitación del sótano tenía de acogedor y a la vez de rudimentario. (Ni Elaine ni yo sabíamos dónde vivía la señorita Frost, pero dedujimos que debía de ser a una distancia que podía recorrerse a pie desde la biblioteca).

Elaine se quedó mirando la bañera; las patas eran zarpas de león; y los grifos, cabezas de león. Yo, lo confieso, estaba absorto en la cama de hierro con barrotes carcelarios en la cabecera.

—Por desgracia, no hay más sitio donde sentarse que la cama —dijo la señorita Frost—, a menos que queráis repasar vuestros diálogos en la bañera.

No parecía preocuparle en absoluto que Elaine y yo pudiéramos llegar a hacer algo en la cama, o bañarnos juntos.

La señorita Frost se disponía a dejarnos solos —en su dormitorio improvisado, su práctico «hogar lejos del hogar»—, a salir y, de hecho, cerrar la puerta, cuando Elaine Hadley exclamó:

—¡Esta habitación es perfecta! Gracias por ayudarnos, señorita Frost.

—No hay de qué, Elaine —respondió la señorita Frost—. Te aseguro que William y tú podéis gritar hasta desgañitaros aquí dentro y nadie os oirá. —Pero antes de cerrar la puerta, la señorita Frost me miró y sonrió—. Si necesitas ayuda para repasar los diálogos..., si te surge alguna duda en cuanto al énfasis o la pronunciación..., bueno, ya sabes dónde encontrarme.

Yo ignoraba que la señorita Frost se había fijado en mis problemas de pronunciación; en realidad, había hablado muy poco en su presencia.

Abochornado, no fui capaz de hablar; Elaine, en cambio, no vaciló.

—Ahora que lo dice, señorita Frost, Billy ha topado sólo con una dificultad en el vocabulario de Ariel, e intentamos resolverla —explicó Elaine.

—¿Qué dificultad es ésa, William? —me preguntó la señorita Frost con su mirada más penetrante. (¡Gracias a Dios, no aparecía la palabra «penes» en el vocabulario de Ariel!).

Cuando Calibán llama a Próspero tirano, Ariel (invisible) dice: «¡Mientes!». Como Ariel es invisible, Calibán cree que ha sido Trínculo quien lo ha acusado de mentir. En la misma escena, Ariel le dice «¡Mientes!» a Esteban, quien cree también que ha sido Trínculo el que lo ha acusado de mentir; Esteban golpea a Trínculo.

—Tengo que decir «Mientes» dos veces —respondí a la señorita Frost, cuidándome de pronunciar bien la palabra «mientes», como palabra llana.

—A veces dice «mientés», tónica en la segunda sílaba, rimando con «cortés» —aclaró Elaine a la señorita Frost.

—¡Cielos! —exclamó la bibliotecaria, y cerró los ojos por un momento, horrorizada—. Mírame, William —dijo la señorita Frost. Obedecí; por una vez, no necesité mirarla furtivamente—. Di «sobresaliente», William.

Eso no me costó. La señorita Frost era el más sobresaliente entre mis muy diversos objetos de enamoramiento.

—Sobresaliente —repetí, mirándola aún a la cara.

—Bien, William, basta con que recuerdes que «mientes» rima con «sobresalientes» —dijo la señorita Frost.

—Vamos, dilo —me instó Elaine.



—Mientes —dije, tal como debe decidirlo el invisible Ariel. Pronuncié una palabra llana perfecta, tónica en la primera sílaba.

—Ojalá todas tus dificultades tengan tan fácil solución, William —observó la señorita Frost—. Me encanta repasar diálogos —le dijo a Elaine mientras cerraba la puerta.

Me impresionó el hecho mismo de que la señorita Frost mostrara tal familiaridad con la idea de repasar diálogos. Cuando Richard le preguntó si había actuado alguna vez, ella se apresuró a contestar: «Sólo en mi cabeza. Cuando era más joven, continuamente». Sin embargo, se había labrado un nombre como actriz destacada de los Comediantes de First Sister. «¡La señorita Frost es una auténtica mujer ibseniana!», le había dicho Nils a Richard, pero ella no había interpretado muchos papeles, aparte de las mujeres de *Hedda Gabler*, *Casa de muñecas* y *El (puto) pato salvaje*, todas ellas sometidas a severas pruebas.

Baste decir: para alguien que hasta entonces sólo había actuado en su cabeza, pero que parecía encarnar con tanta naturalidad a las mujeres de Ibsen, la señorita Frost conocía bien todo lo que conllevaba «repasar un diálogo», y no podría habernos brindado más apoyo a Elaine Hadley y a mí.

Al principio fue violento, la manera en que Elaine y yo nos acomodamos en la cama de la señorita Frost. Aunque era un colchón de tamaño medio, el armazón de hierro de la cama era bastante alto; cuando Elaine y yo nos sentamos (un tanto remilgadamente) uno al lado del otro, los pies no nos llegaban al suelo. Pero cuando nos tumbamos boca abajo, teníamos que contorsionarnos para mirarnos; sólo cuando apoyamos las almohadas contra el cabezal (aquellas barras de hierro como barrotes carcelarios) pudimos tendernos de costado, cara a cara, y repasar los diálogos, sosteniendo las copias de la obra entre nosotros, a modo de referencia.

—Parecemos un matrimonio de muchos años —comentó Elaine; yo estaba pensando lo mismo.

La primera tarde que pasamos en la habitación para ventiscas de la señorita Frost, Elaine se quedó dormida. Yo sabía que madrugaba más que yo; debido al trayecto en autobús hasta Ezra Falls siempre estaba cansada. Cuando la señorita Frost llamó a la puerta, Elaine se sobresaltó; me echó los brazos al cuello, y seguía abrazada a mí cuando la señorita Frost entró en la pequeña habitación. Pese a estas circunstancias de apariencia amorosa, dudo que la señorita Frost llegara a la conclusión de que nos pegábamos el lote. Desde luego, Elaine y yo no ofrecíamos el aspecto de haber estado magreándonos, y la señorita Frost se limitó a decir:

—Estoy a punto de cerrar la biblioteca. Incluso Shakespeare tiene que irse a casa y dormir un poco.

Como sabe todo aquel que ha participado alguna vez en una producción teatral, después del sinfín de estresantes ensayos y la memorización interminable —quiero decir cuando uno ya ha repasado a fondo los diálogos—, incluso Shakespeare tiene su punto final. Representamos cuatro funciones de *La tempestad*. Conseguí que

«mientes» rimara con «sobresalientes» en todas las actuaciones, aunque la noche del estreno estuve a punto de decir «pechos sobresalientes» cuando me pareció ver entre el público a la madre de Kittredge, exquisitamente vestida, para descubrir luego, en el intermedio, por mediación del propio Kittredge, que me había equivocado. Aquella mujer no era su madre.

—La mujer que crees que es mi madre está en París —dijo Kittredge con displicencia.

—Ah.

—Debes de haber visto a otra mujer de mediana edad que gasta demasiado dinero en ropa —añadió Kittredge.

—Tu madre es muy guapa —afirmé.

Lo dije sinceramente, de la manera más amable posible.

—Tu madre está más buena —respondió Kittredge con toda naturalidad.

No había en su comentario el menor sarcasmo ni tono insinuante alguno; habló del mismo modo empírico con el que había dicho que su madre (o la mujer que no era su madre) estaba en París. Pronto, la expresión «estar buena», con el sentido que le daba Kittredge, causaría furor en Favorite River.

Más tarde, Elaine me diría:

—¿Qué haces, Billy? ¿Intentas ser amigo de él?

Elaine era una Miranda excelente, pero la noche del estreno no tuvo su mejor actuación; necesitó que la apuntaran. Probablemente la culpa fue mía.

«La buena entraña ha dado malos hijos», dice Miranda a su padre, en alusión a Antonio, el hermano de Próspero.

Yo le había hablado a Elaine sobre esa idea de las buenas entrañas, es posible que demasiado. Le había contado mis ideas con respecto a mi padre biológico, lo de que todo lo malo que había en mí se lo atribuía al chico de los códigos, a los genes del sargento (no a los de mi madre). Por aquel entonces, yo todavía consideraba a mi madre entre las buenas entrañas de este mundo. Podía ser una mujer vergonzosamente «seducible» —la palabra exacta que usé para describir a mi madre ante Elaine—, pero Mary Marshall Dean o Abbott era en esencia inocente de cualquier mala acción. Quizá mi madre fuera crédula, de vez en cuando «torpe» —ésa fue la palabra que le dije a Elaine, en lugar de «retrasada»— pero nunca «mala».

Reconozco que mi incapacidad para pronunciar la palabra «entrañas» era graciosa, incluso en singular. Elaine y yo nos habíamos reído de lo mucho que me costaba pronunciar la letra ñe.

—¡Es un solo sonido, Billy! —había exclamado Elaine—. ¡No se dice «entrانيا»!

Incluso a mí me resultaba cómico. ¿Para qué necesito yo la palabra «entraña» (o «entrañas»)?

Pero estoy seguro de que ésa fue la razón por la que Elaine tenía en la cabeza la palabra «extrañas» la noche del estreno: «La buena extraña ha dado malos hijos», estuvo a punto de decir Elaine (en el papel de Miranda). Elaine debió de verse venir

la palabra «entraña»; se interrumpió poco después de «La buena». Se produjo entonces lo que teme todo actor: un silencio comprometedor.

—Entraña —susurró mi madre; tenía el susurro perfecto de un apuntador: era casi inaudible.

—¡Entraña! —vociferó Elaine Hadley. Richard (en el papel de Próspero) se sobresaltó—. ¡La buena entraña ha dado malos hijos! —dijo Miranda, metida otra vez en el personaje, con excesivo énfasis.

No volvió a ocurrir.

Como es natural, Kittredge no se abstuvo de decirle algo a Elaine al respecto después de nuestra actuación en la noche del estreno.

—Vas a tener que trabajar la palabra «entraña», Nápoles —le dijo—. Probablemente sea una palabra que te provoca excitación nerviosa. Deberías decirlo para ti: «Toda mujer tiene entrañas, incluso yo tengo entrañas. Las entrañas no son nada del otro mundo». Podemos trabajarlo juntos, si te sirve de algo. O sea, yo digo «entraña», tú dices «las entrañas no son nada del otro mundo», o yo digo «entrañas», y tú dices; «¡Yo también tengo!», cosas así.

—Gracias, Kittredge —respondió Elaine—. Muy amable por tu parte.

Se mordía el labio inferior, gesto que, como yo sabía, ella hacía sólo cuando se consumía de anhelo por él y se odiaba a sí misma a causa de ello. (Yo estaba acostumbrado a esa sensación).

Y de pronto, después de meses de esa proximidad histriónica, nuestro contacto con Kittredge terminó; Elaine y yo nos sumimos en el desánimo. Richard intentó hablarnos de la depresión posparto que en ocasiones se abate sobre los actores después de una obra.

—*La Tempestad* no la parimos nosotros —dijo Elaine con impaciencia—. ¡Eso fue cosa de Shakespeare!

Hablando exclusivamente por mí, yo también echaba de menos repasar los diálogos en la cama de hierro de la señorita Frost, pero cuando se lo confesé a Elaine, ella repuso:

—¿Por qué? Tampoco es que nos hayamos metido mano ni nada por el estilo.

Yo sentía cada vez más afecto por Elaine, aunque no en ese sentido, pero uno debe andarse con cuidado con lo que les dice a sus amigos, cuando se esfuerza más de la cuenta en conseguir que se sientan mejor.

—Bueno, no será porque yo no quisiera meterte mano —dije.

Estábamos en el dormitorio de Elaine —con la puerta abierta— un sábado por la noche, a principios del trimestre de invierno. Eso debía de ser a comienzos del nuevo año de 1960, y todavía no habíamos cumplido años: yo aún contaba diecisiete y Elaine dieciséis. Era noche de cine en la academia Favorite River, y desde la ventana del dormitorio de Elaine veíamos la parpadeante luz del proyector en el nuevo gimnasio bulbiforme, contiguo al viejo gimnasio, donde los fines de semana de invierno Elaine y yo, a menudo, veíamos luchar a Kittredge. No ese fin de semana;

los luchadores estaban fuera, compitiendo en algún lugar al sur de allí, en Mount Hermon, tal vez, o en Loomis.

Cuando volvían los autocares del equipo, Elaine y yo los veíamos desde la ventana de su dormitorio de la cuarta planta. Incluso en el frío de enero, con todas las ventanas cerradas, las voces de los chicos reverberaban en el patio de las residencias. Los luchadores, y los demás deportistas, acarreaban su equipo desde los autocares hasta el nuevo gimnasio, donde tenían las taquillas y las duchas. Si la película aún no había acabado, algunos se quedaban en el gimnasio para ver el final.

Pero la noche de ese sábado ponían un western; sólo los memos veían el final de un western sin haber visto el principio: todos los finales eran iguales. (Habría un tiroteo, el previsible ajuste de cuentas). Elaine y yo habíamos apostado acerca de si Kittredge se quedaría o no en el gimnasio para ver el final del western; es decir, en el supuesto de que el autocar del equipo de lucha regresara antes de acabar la película.

—Kittredge no es tonto —dijo Elaine—. No se quedará en el gimnasio para ver los últimos quince minutos de una ópera de caballos. —(Elaine tenía mala opinión de los westerns, a los que llamaba «óperas de caballos», y eso sólo cuando estaba de buenas; lo más frecuente era que los calificara de «propaganda machista»).

—Kittredge es un deportista; se quedará en el gimnasio con los otros deportistas —le aseguré yo—. Da igual qué película sea.

Los deportistas que no se quedaban en el gimnasio después de sus desplazamientos no tenían muchos sitios adonde ir. La residencia de los deportistas, que se llamaba Tilley, era un rectángulo de obra vista de cinco plantas contiguo al gimnasio. Por alguna absurda razón, los deportistas armaban jarana en el patio de las residencias cuando iban al Tilley, caminando o corriendo, desde el gimnasio.

El señor Hadley y su poco agraciada esposa, Martha, no estaban; habían salido con Richard y mi madre, como hacían a menudo, sobre todo cuando pasaban una película extranjera en Ezra Falls. Cuando una película tenía subtítulos, la marquesina del cine de Ezra Falls resaltaba ese dato. Eso no era sólo un aviso a los habitantes de Vermont poco predispuestos a leer subtítulos (o incapaces de leerlos); implicaba otra clase de advertencia: a saber, que era muy probable que una película extranjera tuviera más contenido sexual del que acostumbraban ver muchos habitantes de Vermont.

Cuando mi madre y Richard y los Hadley iban a Ezra Falls para ver esas películas subtituladas, por lo general no nos invitaban a Elaine y a mí. Por tanto, mientras nuestros padres veían películas de sexo, Elaine y yo nos quedábamos solos, en su habitación o en la mía, siempre con la puerta abierta.

Elaine nunca asistía a la noche de cine en el gimnasio de Favorite River, ni siquiera cuando no ponían un western. La noche de cine, el ambiente en el gimnasio de la academia era demasiado masculino para el gusto de Elaine. A partir de cierta edad, las hijas de los profesores se sentían incómodas en ese entorno de muchachos jóvenes. Se oían pedos intencionados y se observaban muestras aún peores de

conductas groseras. Elaine tenía la hipótesis de que si algún día llegaban a pasar películas extranjeras de sexo en el gimnasio de la academia las noches de cine, más de un chico se la pelaría en la cancha de baloncesto.

En general, cuando nos quedábamos solos, Elaine y yo preferíamos su dormitorio al mío. El apartamento de los Hadley en la cuarta planta de la residencia ofrecía una mejor vista del patio. El apartamento de Richard y mi madre y mi dormitorio se encontraban en la segunda planta de la residencia. Nuestra residencia se llamaba Bancroft, y tenía un busto del viejo Bancroft —un profesor emérito de Favorite River muerto hacía mucho tiempo— en la sala común de la planta baja, bautizada como la «sala de las colillas». Bancroft (o al menos su busto) era calvo, y tenía las cejas muy pobladas.

Yo empezaba a conocer el pasado de la academia Favorite River. Había encontrado fotografías del verdadero profesor Bancroft. En su día fue un joven miembro del cuerpo docente, y yo había visto sus fotos —cuando conservaba toda su mata de pelo— en los antiguos anuarios de la biblioteca de la academia. (Uno no debe especular sobre el pasado de otro; si uno no tiene pruebas, el pasado de una persona le es desconocido).

Cuando Elaine me acompañó a la sala de los anuarios, demostró poco interés en los anuarios más antiguos, que a mí me fascinaban. En mi lento avance, yo apenas había pasado de la primera guerra mundial. Elaine, en cambio, había comenzado por los anuarios contemporáneos; le gustaba ver las fotografías de chicos que seguían en el colegio, o que acababan de graduarse hacía muy poco. Al paso que íbamos, Elaine y yo calculamos que coincidiríamos en el mismo anuario cuando llegásemos al de los primeros años de la segunda guerra mundial, o tal vez poco antes de la guerra.

—Bueno, es guapo —decía Elaine cuando le gustaba tal o cual chico en las fotos de los anuarios.

—A ver —decía yo, siempre su amigo leal, pero sin delatarme aún ante ella. (Teníamos gustos parecidos en chicos).

Es asombroso que yo me atreviese a insinuar que había deseado meterle mano a Elaine. Aunque era una mentira bien intencionada, quizá también pretendía despistarla; acaso me preocupara que Elaine de algún modo intuyera que yo era propenso a aquellos anhelos homosexuales que el doctor Harlow y el doctor Grau se proponían tratar «agresivamente».

Al principio, Elaine no me creyó.

—¿Qué has dicho? —me preguntó.

Habíamos estado retozando perezosamente en su cama, desde luego no de manera sexual. Aburridos, escuchábamos una emisora de *rock and roll* en la radio de Elaine, a la vez que permanecíamos atentos al patio desde su ventana de la cuarta planta. Pese a que el regreso de los autocares de los equipos no significaba gran cosa para nosotros, ese suceso intrascendente implicaba que Kittredge volvía a rondar por el patio.

En el alféizar de la ventana de Elaine había una lamparilla de lectura con la pantalla de color azul oscuro; la pantalla era de cristal, tan gruesa como el vidrio de una botella de Coca-Cola. Kittredge sabía que la luz de color azul oscuro en la ventana de la cuarta planta del Bancroft procedía de la habitación de Elaine. Desde que habíamos actuado juntos en *La tempestad*, Kittredge de vez en cuando daba serenatas bajo la luz azul del dormitorio de Elaine, que veía desde cualquier punto del patio de las residencias e incluso desde el Tilley, la residencia de los deportistas. Yo no había localizado al profesor Tilley buscando entre las fotografías del personal docente en la sala de anuarios. Si Tilley era profesor emérito de Favorite River, debía de haber dado clases en el colegio en épocas más recientes, no antaño cuando el viejo Bancroft danzaba por allí.

Yo no me había dado cuenta de lo mucho que significaban para Elaine las infrecuentes serenatas de Kittredge; como es lógico, eran de tono burlón: «dialecto shakespeariano», lo describía Elaine. Pero yo sabía que Elaine a menudo se dormía con la lámpara de color azul oscuro encendida, y que cuando Kittredge no le daba serenatas, ella se entristecía.

Fue en ese ambiente de espera ociosa, en la soledad del dormitorio azul oscuro de Elaine Hadley, acompañados por el *rock and roll* de la radio, donde introduje la idea de mi deseo de meterle mano. Tampoco es que fuera mala idea; sencillamente no era verdad. No es de extrañar que la reacción inicial de Elaine fuese de incredulidad.

—¿Qué has dicho? —preguntó mi amiga Elaine.

—No quiero hacer ni decir nada que ponga en peligro nuestra amistad —dije.

—¿Quieres meterme mano a mí? —preguntó Elaine.

—Sí, eso quiero..., un poco —contesté.

—Sin penetración, ¿te refieres a eso? —preguntó ella.

—No, sí, me refiero a eso —dije.

Elaine sabía que yo tenía un pequeño problema con la palabra «penetración»; era uno de esos sustantivos que podía causarme dificultades de pronunciación, pero pronto las superaría.

—Dilo, Billy —instó Elaine.

—No..., sin llegar hasta el final —respondí.

—Pero ¿a qué te refieres concretamente con eso de «meter mano»? —preguntó ella.

Me tumbé boca abajo en su cama y me cubrí la cabeza con una almohada. Eso debió de ser inaceptable para ella, porque se sentó a horcajadas sobre mis riñones. Sentí su respiración en mi nuca; me acarició la oreja con los labios.

—¿A besar? —susurró—. ¿A tocar?

—Sí —contesté con voz ahogada.

Elaine apartó la almohada de mi cabeza.

—A tocar ¿qué? —preguntó.

—No lo sé —respondí.

—No todo —dijo Elaine.

—¡No! Claro que no —contesté.

—Puedes tocarme los pechos —dijo ella—. En cualquier caso, no tengo pechos.

—Sí, sí tienes —afirmé.

Algo tenía allí, y admito que deseaba tocarle los pechos. (Confieso que deseaba tocar toda clase de pechos, en especial los pequeños).

Elaine se tendió a mi lado en la cama, y yo me volví de costado para mirarla.

—¿Te la pongo dura? —me preguntó.

—Sí —mentí.

—Ay, por Dios, ¡qué calor hace en esta habitación! —exclamó de pronto, y se incorporó.

Cuanto más arreciaba el frío fuera, más calor hacía dentro de aquellas viejas residencias, y a mayor altura en el edificio, más aumentaba la temperatura. A la hora de acostarse, o después de apagarse las luces, los estudiantes siempre abrían las ventanas, aunque fuera sólo un dedo, para dejar entrar un poco de aire frío, pero los antiquísimos radiadores producían aún más calor.

Elaine llevaba una camisa de chico —blanca, con botón en el cuello, aunque ella nunca se lo abotonaba, y siempre se dejaba los dos botones superiores desabrochados—. A continuación se sacó la camisa de la cintura del pantalón vaquero; pellizcó la tela de la camisa con el pulgar y el índice para separarla de su cuerpo flaco y se sopló en el pecho para refrescarse.

—¿La tienes dura ahora? —me preguntó; había abierto la ventana un dedo antes de tenderse en la cama a mi lado.

—No, debo de estar nervioso —respondí.

—No te pongas nervioso. Sólo estamos besándonos y tocándonos, ¿no? —me preguntó Elaine.

—Sí —dije.

Sentí una corriente de aire frío afilada como una cuchilla, procedente de la rendija de la ventana abierta, cuando Elaine me besó, un casto y leve contacto en los labios, que debió de ser tan decepcionante para ella como para mí, porque dijo:

—Se permite el morreo. Vale la lengua.

El siguiente beso fue mucho más interesante: la lengua lo cambia todo. En el morreo se produce un impulso creciente; Elaine y yo ignorábamos qué hacer con eso. Quizá para distraerme, pensé en el momento en que mi madre sorprendió a mi díscolo padre besando a otra persona. El morreo con lengua tiene algo de díscolo, recuerdo que pensé. Elaine también debía de necesitar distraerse. Interrumpió nuestro beso y, sin aliento, dijo:

—¡Otra vez los Everly Brothers no! Yo no me había dado cuenta de lo que ponían en la emisora de *rock and roll*, pero Elaine, rodando, se apartó de mí, alargó el brazo hacia la mesilla de noche y apagó la radio.

—Quiero oír nuestra respiración —dijo Elaine y, rodando, volvió a mis brazos.

Sí, pensé: la respiración es algo muy distinto cuando te morreas con alguien. Le levanté los faldones sueltos de la camisa y, vacilante, le toqué el vientre desnudo; ella me agarró la mano y me la deslizó hasta su pecho —mejor dicho, hasta su sujetador —, que era suave y pequeño y que yo abarcaba fácilmente con la palma de la mano.

—¿Esto es un... sujetador preparatorio? —pregunté.

—Es un sujetador con relleno —contestó Elaine—. En cuanto a si es preparatorio o no, no sé qué decirte.

—Tiene un tacto agradable —comenté.

No mentía; la palabra «preparatorio» había desencadenado algo, pese a que yo no sabía exactamente qué tenía en la palma de la mano. (Es decir, qué parte de lo que palpaba era pecho, ¿o acaso era sobre todo sujetador?).

Elaine, como si presagara en qué se convertiría nuestra relación en el futuro, debió de leerme el pensamiento, ya que dijo, tan alto y claro como siempre:

—Si quieres que te diga la verdad, Billy, hay más relleno que pecho. Verás, voy a enseñártelo —dijo; se incorporó, se desabotonó la camisa blanca y se descubrió los hombros.

Era un sujetador bonito, más nacarado que blanco, y cuando se llevó las manos a la espalda para desabrochárselo, el sujetador pareció expandirse. Apenas vislumbré sus pequeños y puntiagudos pechos antes de que volviera a ponerse la camisa; tenía los pezones más grandes que un chico, y esos anillos de color más oscuro en torno a los pezones —las areolas, ¡otro plural impronunciable!— eran casi tan grandes como los propios pechos. Pero mientras Elaine se abotonaba la camisa, fue su sujetador —ahora en la cama entre nosotros— lo que captó mi atención. Eché mano de él; los rellenos blandos en forma de pecho estaban cosidos a la sedosa tela. Para mi sorpresa, deseé probármelo al instante: quería saber qué se sentía al llevar puesto un sujetador. Pero no fui más sincero respecto a esa sensación de lo que había sido anteriormente respecto a los otros deseos que le había ocultado a mi amiga Elaine.

Sólo fue una ligera desviación de la norma lo que me indicó que se había desmoronado una barrera en nuestra naciente relación: como siempre, Elaine se había dejado desabrochados los dos botones superiores de su camisa de chico, pero en esta ocasión también se había dejado desabrochado el botón inferior. Así pude deslizarse sin dificultad la mano por debajo de los faldones de su camisa; aquello (lo poco que había) sí era lo auténtico, y lo abarcaba perfectamente con la palma de la mano.

—No sé qué pensarás tú, Billy —dijo Elaine mientras yacíamos cara a cara con las cabezas en una de sus almohadas—, pero siempre había imaginado que la primera vez que un chico me tocara los pechos todo sería más descontrolado.

—Descontrolado —repetí, seguramente para ganar tiempo.

Estaba acordándome de la charla anual que nos daba el doctor Harlow a los chicos en la reunión matinal, acerca de nuestras afecciones tratables; recordaba que una «atracción sexual impropia por otros chicos u hombres» entraba en la categoría de dudosa curación.



Debía de haber reprimido toda reminiscencia de la presentación anual del doctor Grau en la reunión matinal; «*Herr Doktor*» Grau, tal como llamábamos al psiquiatra escolar los chicos de Favorite River. El doctor Grau nos soltaba el mismo discurso demencial todos los años: que estábamos en una etapa de atrofia, «inmovilizados», decía *Herr Doktor*, «como bichos en ámbar». (Por nuestros semblantes amedrentados advertíamos que, entre nosotros, no todos habíamos visto bichos en ámbar, y algunos ni siquiera sabíamos qué eran). «Estáis en la fase del perverso polimorfo», nos aseguraba el doctor Grau. «Es natural, en esta fase, que manifestéis tendencias sexuales infantiles, en las que los genitales no se han identificado aún como los únicos o principales órganos sexuales». (Pero ¿cómo no íbamos a ser conscientes de algo tan obvio sobre nuestros genitales?, pensábamos los chicos, alarmados). «En esta fase», proseguía el doctor Grau, «el coito no se reconoce necesariamente como meta de la actividad erótica». (Entonces, ¿por qué pensábamos sin cesar en el coito?, nos preguntábamos con pavor los chicos). «Experimentáis fijaciones libidinales pregenitales», nos decía el viejo Grau, como si eso, de algún modo, fuera tranquilizador. (También daba clases de alemán en la academia, en esa misma línea ininteligible). «Debéis venir a hablar conmigo de esas fijaciones», concluía siempre el viejo austriaco. (Ningún chico de Favorite River de los que yo conocía admitió tener tales fijaciones; ¡nadie había hablado jamás con el doctor Grau de nada!).

Richard Abbott nos explicó a mí y al reparto de *La tempestad* que el género de Ariel era «polimorfo, más una cuestión de atuendo que algo orgánico». A Richard esto le llevó a la conclusión de que el personaje que yo interpretaba era «mutable», y entonces me sentí más confuso aún respecto a mi orientación sexual (y la de Ariel).

Aun así, cuando le pregunté a Richard si él se refería a algo parecido a la «fase del perverso polimorfo» de los «bichos en ámbar», todas esas gilipolleces sobre las que el doctor Grau había perorado (y perorado) en la reunión matinal, Richard negó porfiadamente que existiera relación alguna.

«Nadie hace caso al viejo Grau, Bill», me había dicho Richard. «Tú tampoco le hagas caso».

Un consejo sensato, pero si bien era posible no prestar atención a lo que el doctor Grau decía, nosotros los chicos estábamos obligados a oírlo. Y yo, tendido al lado de Elaine, con la mano en su pecho desnudo, y nuestras lenguas enredadas una vez más de tal modo que nos inducía a imaginar lo siguiente más erótico que podíamos hacer mutuamente, tomé conciencia de mi creciente erección.

Con las bocas aún unidas, Elaine consiguió preguntar:

—¿Ya se te ha puesto dura?

Sí, así era, y había advertido la impaciencia de Elaine en su tono, más alto, al pronunciar la palabra «ya», pero estaba tan confuso que no sabía bien qué había originado mi erección.

Sí, el morreo era excitante, y (aún hoy) tocar los pechos desnudos de una mujer no es algo que me deje indiferente; no obstante, creo que mi erección empezó cuando

me imaginé a mí mismo con el sujetador de Elaine puesto. ¿Acaso no exhibía en ese momento las «tendencias sexuales infantiles» acerca de las cuales nos había prevenido el doctor Grau?

Pero lo único que le dije a Elaine, en medio de nuestras lenguas en movimiento, fue un «¡Sí!» ahogado.

Esta vez, cuando Elaine se apartó bruscamente de mí, me mordió el labio inferior en la premura del proceso.

—Es verdad que la tienes tiesa —verificó Elaine, muy seria.

—Sí, la verdad es que sí —reconocí.

Me palpé el labio inferior para asegurarme de que no sangraba. (Yo buscaba su sujetador por todas partes).

—¡Por Dios! ¡No quiero verla! —exclamó Elaine.

También eso se me antojó desconcertante desde el punto de vista sexual. ¡Yo no me había ofrecido a enseñarle mi erección! No quería que la viera. De hecho, me habría dado vergüenza que la viera; pensé que probablemente la defraudaría, o se echaría a reír (o vomitaría).

—Quizá podría tocarla y ya está —se planteó Elaine, más pensativamente—. ¡No me refiero a tu pene tieso desnudo! —se apresuró a añadir—. Quizá podría palparlo y ya está..., por encima de la ropa, quiero decir.

—Claro..., ¿por qué no? —dije con toda la naturalidad posible, pese a que me preguntaría (durante años) si alguien había llevado a cabo alguna vez una iniciación sexual tan sujeta a negociación.

A los chicos de la academia Favorite River no se les permitía vestir vaqueros; los pantalones de mezclilla, como se llamaban entonces, estaban prohibidos en clase y en el comedor, donde nos obligaban a ir con chaqueta y corbata. La mayoría de los chicos se ponían pantalones de algodón caqui o —en los meses de invierno— de franela o pana. La noche de ese sábado de enero yo llevaba un pantalón de pana holgado. Era una prenda cómoda para tener una erección, pero también llevaba un slip, y éste me resultaba cada vez más incómodo. Quizá fuera la única clase de calzoncillos que podía comprarse en Vermont en 1960: slips blancos. (No lo sé; por aquel entonces aún me compraba toda la ropa mi madre).

Yo había visto los calzoncillos de Kittredge, en el gimnasio: bóxers de algodón azul, el mismo azul que el de una camisa de vestir. Tal vez su madre francesa se los había comprado en París o Nueva York. «Esa mujer tiene que ser su madre», había dicho Elaine. «Podría ser Kittredge si no tuviera pechos; por fuerza una mujer así sabe dónde comprar bóxers como éstos». Y los bóxers azules de Kittredge estaban planchados; eso no era una afectación de Kittredge, porque en la lavandería del colegio lo planchaban todo, no sólo los pantalones y las camisas, sino incluso los calzoncillos y hasta unos ridículos calcetines. (En torno a eso corrían comentarios igual de desdeñosos que los que se oían sobre los consejos del doctor Harlow y el doctor Grau).

Dejando de lado la historia social, mi primera erección inspirada por Elaine Hadley (o por su sujetador) iba en aumento bajo un ajustado slip, que amenazaba con cortar el riego sanguíneo a mi pene en su «inspirado» endurecimiento. Elaine —con un ímpetu para el que no estaba preparado— apoyó de pronto la mano en esos mismos genitales que, según el doctor Grau, ¡no habíamos «identificado aún» como nuestros condenados órganos sexuales! A mí personalmente no me cabía la menor duda de cuáles eran los «únicos o principales órganos sexuales» ni dónde estaban, y cuando Elaine me los agarró, di un respingo.

—¡Uy! ¡Dios... bendito! —exclamó Elaine, ensordeciéndome momentáneamente el oído más cercano a ella—. ¡Ni me imagino lo que debe de sentirse teniendo una cosa así!

También eso me desconcertó desde el punto de vista sexual. ¿Quería decir Elaine que no se imaginaba qué se sentía teniendo dentro un pene? ¿O quería decir Elaine que no se imaginaba qué se sentía siendo chico y teniendo una su propio pene? No se lo pregunté. Para mí fue un alivio cuando dejó de estrujarme las bolas con semejante fuerza, pero siguió agarrándome el pene, y yo continué acariciándole los pechos. Si hubiésemos reanudado el morreo en el punto donde lo habíamos interrumpido, a saber adónde podría habernos llevado el antedicho «impulso creciente», pero en realidad habíamos empezado a besarnos otra vez desde cero, al principio de manera vacilante, entrando en contacto sólo las puntas de las lenguas. Vi que Elaine cerraba los ojos, y yo los cerré también.

Fue así como descubrí que era posible tener las manos en los pechos de Elaine Hadley e imaginar a la vez que acariciaba a una señorita Frost igual de permisiva. (Los pechos de la señorita Frost serían sólo un poco más grandes que los de Elaine, imaginaba yo desde hacía tiempo). Con los ojos cerrados, incluso podía representarme que el furibundo apretón de Elaine en mi pene con su pequeña mano en realidad era de la señorita Frost, con su mano más grande, y siendo así, la señorita Frost debía de estar conteniéndose. Y a medida que el morreo se aceleró —tanto Elaine como yo pronto nos quedamos sin aliento— fantaseé con que era la larga lengua de la señorita Frost la que empujaba la mía, y que estábamos entrelazados en la cama de hierro de su escondrijo del sótano de la biblioteca pública de First Sister.

Cuando los gases de escape de los primeros autocares de los equipos recién llegados penetraron por la rendija de la ventana abierta de la habitación de Elaine en la cuarta planta, conseguí pensar que era el olor de la caldera de petróleo contigua al dormitorio de la señorita Frost, la antigua carbonera. Cuando abrí los ojos, medio esperaba hallarme cara a cara ante la señorita Frost, pero allí estaba mi amiga Elaine Hadley, con los ojos muy cerrados.

Mientras yo me imaginaba a la señorita Frost, no se me ocurrió que quizás Elaine también se dejaba llevar por sus propias imaginaciones. Como no era de extrañar, el nombre en sus labios, que de algún modo consiguió decir en mi boca, fue «¡Kittredge!». (Elaine había identificado correctamente los gases de escape del

autocar del equipo recién llegado; se preguntaba si era el del autocar del equipo de lucha, porque había estado imaginando a Kittredge mientras yo imaginaba a la señorita Frost).

Ahora Elaine tenía los ojos abiertos del todo. En mi rostro debía de haber aparecido la misma expresión de culpabilidad que en el suyo. Notaba pulsaciones en el pene; si yo lo sentía palpar, sabía que Elaine lo sentía también.

—Te late el corazón, Billy —dijo.

—Eso no es el corazón —contesté.

—Sí, lo es; te late el corazón en el pene —insistió Elaine—. ¿A todos los chicos les late el corazón ahí?

—No puedo hablar por los demás —respondí. Pero Elaine me había soltado el pene y, rodando, se había apartado de mí.

Había más de un autocar aparcado ante el gimnasio con el motor diésel encendido; la vacilante luz del proyector seguía parpadeando desde la cancha de baloncesto, y el griterío carente de sentido de los deportistas recién llegados reverberaba en el patio de las residencias; los luchadores estaban entre ellos, quizás, o quizá no.

Ahora Elaine, tendida aún en la cama, rozaba con la frente el alféizar, allí donde la corriente de aire frío que entraba por la rendija de la ventana abierta era más fría.

—Cuando te besaba, cogiéndote el pene, y tú me tocabas los pechos, yo pensaba en Kittredge, el muy cabrón —admitió Elaine.

—Lo sé, no importa —dije.

Yo sabía que era una buena amiga, y sincera; aun así, no pude contarle que yo había estado pensando en la señorita Frost.

—No, sí importa —repuso Elaine; lloraba.

Elaine yacía de costado en los pies de su cama, de cara a la ventana, y yo me tendí detrás de ella, rozando su espalda con el pecho; así podía besarle la nuca, y (con una mano) podía tocarle los pechos por debajo de los faldones de la camisa. El pene me latía aún vigorosamente. Dudé que Elaine percibiera las pulsaciones de mi pene a través del vaquero de ella y de mi pantalón de pana, aunque me había apretado contra su espalda y ella empujaba hacia mí su pequeño trasero.

Elaine tenía un inexistente pompis de chico, y apenas un asomo de caderas; llevaba un pantalón de peto de chico (acompañando la camisa de chico), y de pronto pensé, mientras le besaba el cuello y el pelo húmedo, que en realidad Elaine también olía como un chico. Al fin y al cabo, había sudado; no usaba perfume, ni maquillaje alguno, ni siquiera carmín, y allí estaba yo restregándome contra su trasero de chico.

—Todavía la tienes dura, ¿no? —me preguntó.

—Sí —contesté. Me daba vergüenza no poder parar de restregarme contra ella, pero Elaine movía las caderas; también ella se restregaba contra mí.

—Eso que haces... no importa —dijo Elaine.

—No, sí importa —respondí, pero carecía de la convicción que había percibido

en la voz de Elaine cuando, hacía sólo un momento, me había dicho eso mismo a mí. (Lo que quise decir, naturalmente, era que yo también estaba pensando en Kittredge).

La señorita Frost era una mujer grande; tenía los hombros anchos y las caderas amplias. La señorita Frost no tenía el trasero de un chico; por más que forzara la imaginación me habría sido imposible pensar en la señorita Frost mientras me restregaba contra Elaine Hadley, que lloraba en silencio.

—No, de verdad, no importa... A mí también me gusta —decía Elaine en voz baja, y entonces los dos oímos a Kittredge vociferar desde el patio.

—Mi dulce Nápoles, ¿es eso que brilla tu luz azul? —vociferó Kittredge.

Sentí que el cuerpo de Elaine se tensaba. En el patio se oían las voces de otros chicos —en las inmediaciones del Tilley, la residencia de los deportistas—, pero sólo se distinguía con nitidez la de Kittredge.

—Ya te he dicho que no se quedaría a ver el final de un western, el muy cabrón —me susurró Elaine.

—Oh, Nápoles, ¿es acaso la luz azul una señal para mí? —vociferó Kittredge—. ¿Sigues siendo doncella, Nápoles, o ya no? —vociferó. (Un día yo tomaría conciencia de que Kittredge era una imitación de Shakespeare —un Shakespeare de pega, por así decirlo— hasta la médula).

Elaine sollozaba cuando tendió la mano para apagar la lámpara de pantalla azul oscuro. Cuando volvió a arrimarse a mí, sus sollozos eran más sonoros; gruñía mientras se restregaba contra mí. Sus sollozos y sus gruñidos se entremezclaban extrañamente, no muy distintos de los gruñidos de un perro cuando sueña.

—No permitas que te perturbe, Elaine; es un gilipollas —le susurré al oído.

—¡Chist! —me mandó callar—. Nada de charla —dijo con la respiración entrecortada en medio de su llanto casi ahogado.

—¿Eres tú, Nápoles? —vociferó Kittredge—. ¿Tan pronto apagas la luz? ¡Y te acuestas sola, para mi pesar!

Yo ya tenía los faldones de la camisa por fuera del pantalón de pana; debían de haberseme salido a fuerza de tanto restregón. Llevaba una camisa azul, del mismo color que los bóxers de Kittredge, pensé. Elaine empezó a gemir.

—¡Sigue así! ¡Más fuerte! —chilló mientras gemía—. ¡Sí, así! ¡Dios, no pares!

Veía su aliento en la cuchilla fría de aire que penetraba por la ventana abierta; me froté contra ella durante lo que se me antojó una eternidad, antes de darme cuenta de lo que le decía. «¿Así?», le preguntaba una y otra vez. «¿Así?». (Nada de charla, había pedido Elaine, pero nuestras voces se propagaban por el patio de las residencias, llegando incluso al Tilley y al gimnasio, donde los autocares de los equipos recién llegados seguían descargando).

La vacilante luz del proyector se había apagado; las ventanas de la cancha de baloncesto estaban a oscuras. El western había terminado; el humo de las armas del tiro se había dispersado, como se dispersaban los chicos de Favorite River, camino de sus residencias, pero no así Kittredge.

—¡Corta ya, Nápoles! —vociferó Kittredge—. ¿Tú también estás ahí, Ninfa? —vociferó, dirigiéndose a mí.

Elaine había iniciado un prolongado grito orgásmico. Después diría: «Parecía más un parto que un orgasmo, o eso imagino: nunca tendré hijos. ¿Has visto el tamaño de las cabezas de los bebés?», me preguntó.

Sus maullidos quizá le sonaran a Kittredge a orgasmo. Elaine y yo todavía estábamos arreglando la ropa de la cama cuando oímos llamar a la puerta desde el rellano de la residencia.

—Dios mío, ¿dónde está mi sujetador? —preguntó Elaine.

No lo encontraba bajo la colcha, pero en todo caso tampoco habría tenido tiempo para ponérselo. (Debía ir a abrir la puerta).

—Es él —la previne.

—Claro que es él —dijo ella.

Salió a la sala del apartamento; en el recibidor, se miró en el espejo alargado antes de abrir la puerta.

Encontré el sujetador en la cama, camuflado entre el delirante dibujo del edredón arrugado, pero me lo escondí rápidamente bajo el slip. La erección había remitido por completo; ahora quedaba más espacio en mis calzoncillos para el pequeño sujetador de Elaine del que había antes para mi pene tieso.

—Quería asegurarme de que estabas bien —oí que Kittredge decía a Elaine—. Temía que hubiera un incendio o algo así.

—Había un incendio, eso desde luego, pero estoy bien —respondió Elaine.

Salí de la habitación de Elaine. Ella no había invitado a Kittredge a entrar en el apartamento; él estaba en la puerta del rellano. Algunos de los chicos del Bancroft pasaron a toda prisa por detrás, lanzando miradas al recibidor.

—Así que tú también estás aquí, Ninfa —me dijo Kittredge.

Vi que tenía en la mejilla una rozadura reciente por efecto de una caída en el tapiz, pero no por eso se lo veía menos ufano que antes.

—Has ganado el combate, supongo —le dije.

—Exacto, Ninfa —respondió, pero seguía mirando a Elaine.

Como la camisa de ella era blanca, la tela transparentaba los pezones, y los anillos más oscuros en torno a los pezones —esas impronunciables areolas— semejaban manchas de vino en su piel clara.

—Esto no pinta bien, Nápoles. ¿Dónde está tu sujetador? —le preguntó Kittredge. Elaine me sonrió.

—¿Lo has encontrado? —me preguntó.

—La verdad es que no lo he buscado mucho —mentí.

—Deberías pensar en tu reputación, Nápoles —aconsejó Kittredge.

Aquello fue un cambio de táctica; a Elaine y a mí nos pilló desprevenidos.

—Mi reputación está intacta —repuso Elaine a la defensiva.

—Tú también deberías pensar en la reputación de ella, Ninfa —me dijo Kittredge

—. Una chica no puede reparar su reputación... No sé si me entiendes.

—No sabía que fueras tan puritano —replicó Elaine, pero advertí que la palabra «reputación» (o todo aquello que Kittredge había insinuado al usarla) la había alterado de verdad.

—No soy un puritano, Nápoles —dijo él, sonriéndole.

Era una de esas sonrisas que uno dirige a una chica cuando está a solas con ella; vi que Elaine había permitido que la perturbara.

—¡Yo sólo fingía, Kittredge! —exclamó ella—. ¡Sólo actuaba, y él también!

—A mí no me ha sonado a actuación, no del todo —dijo él—. Ninfa, ten cuidado con lo que finges ser —me dijo Kittredge, pero seguía mirando a Elaine como si estuviera a solas con ella.

—En fin, Kittredge, si me disculpas, debería buscar mi sujetador y ponérmelo antes de que mis padres vuelvan a casa; tú también deberías marcharte, Billy —me dijo Elaine, pero no apartó la mirada de Kittredge. Ninguno de los dos me miró.

Aún no habían dado las once cuando Kittredge y yo salimos al rellano de la cuarta planta de la residencia; era obvio que los chicos del Bancroft que deambulaban ociosamente por el rellano, o miraban embobados a Kittredge desde los umbrales de sus habitaciones, estaban asombrados de verlo.

—¿Has vuelto a ganar? —le preguntó un muchacho.

Kittredge se limitó a asentir con la cabeza.

—He oído que el equipo de lucha ha perdido —comentó otro chico.

—Yo no soy el equipo —contestó Kittredge—. Sólo puedo ganar en mi peso.

Bajamos por la escalera hasta la segunda planta, donde me despedí de él. El toque de queda de la residencia —incluso para alumnos de último curso, los sábados por la noche— era a las once.

—Supongo que Richard y tu madre han salido con los Hadley —dijo Kittredge con toda naturalidad.

—Sí, dan una película extranjera en Ezra Falls —respondí.

—Folleteo en francés, italiano o sueco —dijo Kittredge. Me reí, pero él no pretendía hacerse el gracioso—. Mira, Ninfa, no estás en Francia, ni en Italia ni en Suecia. Debes llevar más cuidado con esa chica que estás follándote, o no estás follándote.

En ese momento me pregunté si Kittredge de verdad estaba preocupado por la «reputación» de Elaine, como había dicho, pero con Kittredge nunca se sabía; a menudo era difícil ver adónde quería ir a parar con sus comentarios.

—Yo nunca haría nada que perjudicara a Elaine —repliqué.

—Oye, Ninfa —dijo—. Puedes perjudicar a una persona teniendo relaciones sexuales con ella y no teniendo relaciones sexuales con ella.

—Eso es verdad, supongo —respondí con cautela.

—¿Tu madre duerme desnuda o se pone algo? —preguntó Kittredge, como si no hubiera cambiado de tema repentinamente.

—Se pone algo —contesté.

—En fin, así son las madres —dijo—. O al menos la mayoría de las madres —añadió.

—Son casi las once —le advertí—. No te conviene llegar después del toque de queda.

—¿Elaine duerme desnuda? —preguntó Kittredge.

Por supuesto, debería haberle contestado que mi deseo de no perjudicar a Elaine en modo alguno me impedía decir a individuos como Kittredge si dormía desnuda o no, pero en realidad yo no sabía si Elaine dormía desnuda. Pensé que quedaría en extremo misterioso decir a Kittredge (como en efecto dije):

—Cuando Elaine está conmigo, no duerme.

A lo que Kittredge sencillamente respondió:

—Eres todo un misterio, ¿eh, Ninfa? No acabo de calarte, pero algún día sabré de qué pie cojeas, te lo aseguro.

—No te conviene llegar después del toque de queda —repetí.

—Voy a la enfermería, voy a que me miren esta rozadura —dijo, señalándose la mejilla. No era una gran rozadura, en mi opinión, pero Kittredge agregó—: Me gusta la enfermera de los fines de semana; la rozadura es sólo un pretexto para verla. La noche del sábado es una buena noche para pasada en la enfermería.

Con ese tono de provocación se marchó; así era Kittredge. Si él aún no sabía de qué pie cojeaba yo, tampoco yo sabía de qué pie cojeaba él. ¿De verdad había una «enfermera de los fines de semana» en la enfermería de Favorite River? ¿Tenía Kittredge un lío con una mujer mayor? ¿O actuaba, como habíamos hecho Elaine y yo? ¿Estaba simplemente fingiendo?

No llevaba mucho rato en nuestro apartamento de la residencia, apenas un par de minutos, cuando mi madre y Richard llegaron del cine. Apenas había tenido tiempo para sacarme el sujetador con relleno de Elaine de debajo del slip. (Elaine me telefoneó nada más poner el sujetador bajo mi almohada).

—Mi sujetador lo tienes tú, ¿verdad? —preguntó.

—¿Cómo acaba el pato? —pregunté, pero ella no estaba de humor para eso.

—¿Tienes mi sujetador, Billy?

—Sí —respondí—. Lo he cogido sin pensar.

—Da igual —dijo ella—. Quiero que te lo quedes.

No le conté que Kittredge me había preguntado si dormía desnuda.

En ese preciso momento llegaron a casa Richard y mi madre, y les pregunté por la película extranjera.

—¡Era repugnante! —exclamó mi madre.

—No sabía que fueras tan puritana —le dije.

—Tómatelo con calma, Bill —terció Richard.



—¡No soy una puritana! —me dijo mi madre.

Se la veía injustificadamente alterada. Yo lo había dicho en broma. Era sólo una frase que había oído decir a Elaine mientras hablaba con Kittredge.

—Yo no sabía de qué trataba la película, Joya —le dijo Richard—. Lo siento.

—¡Mira qué pinta traes! —me dijo mi madre—. Estás más arrugado que una cama deshecha. Creo que deberías mantener esa conversación con Billy, Richard.

Mi madre entró en su dormitorio y cerró la puerta.

—¿Qué conversación? —pregunté a Richard.

—Sobre la necesidad de tener cuidado con Elaine, Bill —respondió Richard—. Es más joven que tú. Sobre la necesidad de asegurarnos de que la proteges.

—¿Te refieres a las gomas? —le pregunté—. Porque sólo pueden comprarse en Ezra Falls, y el gilipollas del farmacéutico no vende condones a los chicos jóvenes.

—No digas «gilipollas», Bill —me amonestó Richard—, al menos delante de tu madre. ¿Quieres gomas? Yo te conseguiré gomas.

—No hay ningún peligro con Elaine —contesté.

—¿Es posible que haya visto a Kittredge salir del Bancroft cuando llegábamos a casa? —preguntó Richard.

—No lo sé —contesté—. ¿Lo has visto?

—Estás en... una edad crítica —dijo Richard—. Sólo queremos que tengas cuidado con Elaine.

—Ya tengo cuidado —contesté.

—No dejes que Kittredge se le acerque demasiado —dijo Richard.

—¿Y eso cómo lo consigo? —pregunté.

—Bueno, Bill... —había empezado a decir Richard cuando mi madre salió del dormitorio.

Pensé, recuerdo, que a Kittredge lo habría defraudado ver lo que llevaba puesto: un pijama de franela, en absoluto *sexy*.

—Seguís hablando de sexo, ¿no? —nos preguntó mi madre a Richard y a mí. Estaba enfadada—. Sé que hablabais de eso. Pues no tiene gracia.

—No nos estábamos riendo, Joya —intentó explicarle Richard, pero ella no le permitió continuar.

—¡Tú guárdate la pilila en el pantalón, Billy! —me instó mi madre—. Ve poco a poco con Elaine, y dile que se cuide de Jacques Kittredge. ¡Más vale que se ande con ojo! Ese Kittredge no sólo quiere seducir a las mujeres; ¡quiere que las mujeres se sometan a él! —afirmó mi madre.

—Joya, Joya, déjalo ya —decía Richard.

—Tú no lo sabes todo —le dijo mi madre.

—No, eso es verdad —admitió Richard.

—Yo conozco a los chicos como Kittredge —dijo mi madre; me lo dijo a mí, no a Richard. Aun así, se ruborizó.

Se me ocurrió que, cuando mi madre se enfadaba conmigo, era porque veía en mí

algo del mujeriego de mi padre; quizá me parecía cada vez más a él. (¡Como si yo pudiera hacer algo para evitarlo!).

Pensé en el sujetador de Elaine, que me esperaba debajo de la almohada: «más una cuestión de atuendo que algo orgánico», como había dicho Richard con relación al género de Ariel. (Si ese pequeño sujetador con relleno no entraba en la categoría de «atuendo», ¿qué entraba?).

—¿De qué iba la película extranjera? —pregunté a Richard.

—No es un tema apropiado para ti —me dijo mi madre—. No se lo digas, Richard —instó mi madre.

—Lo siento, Bill —respondió Richard, sumiso.

—Nada que Shakespeare hubiese rehuido, seguro —le dije a Richard, pero seguí mirando a mi madre.

Ella no me miraba a mí; volvió a entrar en su dormitorio y cerró la puerta.

Si yo no era del todo comunicativo con mi única verdadera amiga, Elaine Hadley, me bastaba con ver cómo era mi madre; si yo no podía hablarle a Richard de mi encaprichamiento con Kittredge, o reconocer ante la señorita Frost que la amaba, a la vista estaba de dónde procedía mi falta de franqueza. (De mi madre, incuestionablemente, pero tal vez también del mujeriego de mi padre. Quizá de los dos, se me ocurrió en ese momento).

—Buenas noches, Richard; te quiero —le dije a mi padrastro.

Él se apresuró a darme un beso en la frente.

—Buenas noches, Bill; yo también te quiero —dijo Richard.

Me dedicó una sonrisa, como de disculpa. Era verdad que lo quería, pero al mismo tiempo luchaba contra la decepción que me causaba.

Además, sentía un cansancio extremo: es agotador tener diecisiete años y no saber quién eres, y el sujetador de Elaine me llamaba desde mi cama.

## ABANDONAR A ESMERALDA

Quizás uno necesite que su mundo, todo su mundo, cambie para entender por qué alguien escribiría un epílogo, y ya no digamos para entender por qué en *La tempestad* hay un acto V, y por qué el epílogo de esa obra (recitado por Próspero) es del todo pertinente. Cuando planteé esa crítica pueril respecto a *La tempestad*, mi mundo no había cambiado.

«Ahora magia no me queda», declara Próspero al comienzo del epílogo, de manera no muy distinta a cómo acaso Kittredge habría iniciado una conversación, espontáneamente y con supuesta inocencia.

Ese invierno de 1960, mientras Elaine y yo proseguíamos con nuestra pantomima, llegando al extremo de ver los combates de Kittredge cogidos de la mano, estuvo marcado por los primeros esfuerzos oficiales de Martha Hadley para abordar la causa probable (o causas) de mis problemas de pronunciación. Uso la palabra «oficiales», porque concerté citas regulares con la señora Hadley, y me reuní con ella en su despacho, que estaba en el edificio de música de la academia.

A mis diecisiete años, yo aún no había visitado a un psiquiatra; si alguna vez hubiera sentido la tentación de hablar con *Herr Doktor* Grau, sin duda mi querido padrastro, Richard Abbott, me habría disuadido. Además, ese mismo invierno, cuando acudía puntualmente a mis citas con la señora Hadley, el viejo Grau murió. Con el tiempo, la academia Favorite River lo sustituyó por un psiquiatra escolar más joven (aunque no menos moderno), pero no antes del trimestre de otoño del siguiente curso académico.

Por otro lado, mientras veía a Martha Hadley no tenía necesidad de psiquiatra; en su afanosa búsqueda de ese sinfín de palabras que yo no podía pronunciar, y en sus especulaciones de largo alcance con relación al motivo (o motivos) de mis errores de pronunciación, la señora Hadley, experta profesora de voz y canto, se convirtió en mi primera psiquiatra.

Gracias a ese contacto más estrecho con ella, comprendí mejor la atracción que despertaba en mí, pese a lo poco agraciada que era. Martha Hadley era poco agraciada a la manera masculina: labios finos pero boca grande, y dientes grandes. Tenía la mandíbula tan prominente como Kittredge, pero el cuello largo y, en contraste, femenino, y los hombros anchos y las manos grandes, como la señorita Frost. La señora Hadley llevaba el pelo más largo que la señorita Frost, y se lo peinaba con una austera coleta. Su pecho plano me recordaba invariablemente los desproporcionados pezones de Elaine, y aquellos anillos de piel oscura alrededor: las areolas, que, imaginaba yo, eran un rasgo común de madre e hija. Pero, a diferencia

de Elaine, la señora Hadley ofrecía un aspecto de mujer fuerte. Yo empezaba a tomar conciencia de lo mucho que me gustaba ese aspecto.

Cuando las palabras «areola» y «areolas» se sumaron a mi larga lista de pronunciaciones conflictivas, Martha Hadley me preguntó:

—¿Reside la dificultad en lo que son?

—Es posible —contesté—. Por suerte, no son palabras que se usen a diario.

—Mientras que «biblioteca» o «bibliotecas», por no hablar ya de «pene»... —comenzó a decir la señora Hadley.

—El problema está más en el plural —le recordé.

—Supongo que no haces mucho uso de «penes», quiero decir el plural, Billy —señaló Martha Hadley.

—No todos los días —contesté.

Me refería a que la ocasión de decir la palabra «penes» surgía rara vez, aunque eso no significaba que no pensara en los penes a diario, porque sí pensaba. Y, por tanto —quizá porque no se lo había contado a Elaine ni a Richard Abbott ni al abuelo Harry, y probablemente porque no me atreví a contárselo a la señorita Frost—, se lo conté todo a la señora Hadley. (Bueno, *casi* todo).

Empecé por mi encaprichamiento con Kittredge.

—¡Primero Elaine y ahora tú! —exclamó Martha Hadley. (¡Elaine sí había sido comunicativa al respecto, incluso con su madre!).

Conté a la señora Hadley que, aun antes de ver a Kittredge, experimentaba una atracción homoerótica por otros luchadores, y que —en mi atento examen de los antiguos anuarios guardados en la biblioteca de la academia Favorite River— sentía especial inclinación por las fotografías del equipo de lucha, en comparación con mi interés meramente superficial por las fotos del Club de Teatro del colegio. («Entiendo», dijo la señora Hadley).

Incluso le conté lo de mi encaprichamiento, ya en ligero declive, con Richard Abbott; había alcanzado su punto culminante antes de convertirse él en mi padrastro. («¡Cielos, eso sí debió de ser violento!», exclamó Martha Hadley).

Pero a la hora de confesar mi amor por la señorita Frost me interrumpí; los ojos se me arrasaron en lágrimas. «¿Qué te pasa, Billy? Puedes contármelo», dijo la señora Hadley. Tomó mis manos entre las suyas, más grandes y fuertes. Su largo cuello, su garganta, era posiblemente su único rasgo atractivo; sin apenas pruebas, sólo podía conjeturar que los pequeños pechos de Martha Hadley eran como los de Elaine.

En el despacho de la señora Hadley sólo había un piano con una banqueta, un sofá viejo (donde siempre nos sentábamos) y un escritorio con una silla de respaldo recto. La vista desde la ventana de su despacho de la segunda planta era poco sugerente: los troncos retorcidos de dos viejos arces, un poco de nieve en las ramas más horizontales de los árboles, el cielo veteado de nubes grisáceas. La foto del señor Hadley (en el escritorio de la señora Hadley) también era poco sugerente.

El señor Hadley —he olvidado hace mucho su nombre de pila, si es que alguna

vez lo supe— parecía poco apto para la vida en un internado. El señor Hadley —greñudo, de barba irregular— se convertiría con el tiempo en una figura más activa en el campus de Favorite River, donde puso su pericia para la enseñanza de la historia al servicio de los debates (que después dieron pie a las manifestaciones) sobre la guerra de Vietnam. Más memorable, de lejos, que el señor Hadley fue el día de mi confesión en el despacho de Martha Hadley, cuando concentré toda mi atención en la garganta de la señora Hadley.

—Nada de lo que me cuentes, Billy, saldrá de este despacho, te lo juro —aseguró.

En algún lugar del edificio de música, un alumno practicaba con el piano, sin gran aptitud, me pareció, o quizás había dos alumnos tocando en pianos distintos.

—Miro los catálogos de venta por correo de mi madre —confesé a la señora Hadley—. La imagino a usted entre las modelos de los sujetadores preparatorios —dije—. Me masturbo —admití: uno de los pocos verbos que me creaban ciertos problemas, aunque no en esa ocasión.

—Bah, Billy, ¡eso no es una actividad delictiva! —exclamó Martha Hadley con desenfado—. Sólo me sorprende que pienses en mí... Yo no soy guapa ni mucho menos, y me causa también cierta sorpresa que te resulte tan fácil pronunciar «sujetador preparatorio». No distingo en esto ninguna pauta definida —dijo agitando la creciente lista de palabras que me representaban un reto.

—No sé qué me pasa con usted —confesé.

—¿Y qué hay de las chicas de tu edad? —me preguntó la señora Hadley. Hice un gesto de negación con la cabeza—. ¿Con Elaine no? —preguntó. Vacilé, pero Martha Hadley apoyó sus fuertes manos en mis hombros; se colocó de cara a mí en el sofá—. Tranquilo, Billy. Elaine no cree que estés interesado en ella en ese sentido. Y esto es algo que queda estrictamente entre tú y yo, ¿recuerdas? —Se me saltaron otra vez las lágrimas; la señora Hadley atrajo mi cabeza contra su pecho duro—. Billy, Billy, ¡no has hecho nada malo! —exclamó.

Quienquiera que fuese el que llamó en ese momento a la puerta de su despacho había oído sin duda la palabra «malo».

—¡Adelante! —contestó la señora Hadley con tal estridencia que comprendí de quién había sacado Elaine aquella voz suya ante la que uno se quedaba paralizado.

Era Atkins, un reconocido perdedor, pero yo no sabía que estudiara música. Quizás Atkins tenía un problema de voz; quizá no podía pronunciar ciertas palabras.

—Puedo volver en otro momento —le dijo Atkins a Martha Hadley, pero no paraba de mirarme, o era incapaz de mirarla a ella, lo uno o lo otro.

Cualquier idiota se habría dado cuenta de que yo había llorado.

—Vuelve dentro de media hora —le pidió la señora Hadley a Atkins.

—De acuerdo, pero no tengo reloj —contestó él, sin apartar de mí la mirada.

—Llévate el mío —propuso ella.

Cuando se quitó el reloj y se lo entregó, vi qué era lo que me atraía de ella. Martha Hadley no sólo tenía un aspecto masculino; era dominante, como un hombre,

en todos sus actos. Sólo podía imaginar que, sexualmente, también debía de ser dominante, que impondría sus deseos a cualquiera, y que sería difícil resistirse a lo que ella deseaba que uno hiciera. Pero ¿por qué habría de atraerme eso? (Como es natural, omitiría estos pensamientos en mi selectiva confesión a la señora Hadley).

Atkins, mudo, miraba fijamente el reloj. Llegué al extremo de preguntarme si hasta tal punto era un perdedor y un idiota que no sabía siquiera leer la hora.

—Dentro de media hora —le recordó Martha Hadley.

—Son números romanos —dijo Atkins con visible desánimo.

—Tú estate atento al minuterero. Cuenta treinta minutos. Vuelve entonces —indicó la señora Hadley. Atkins se marchó, con la mirada fija aún en el reloj; dejó la puerta del despacho abierta. La señora Hadley se levantó del sofá y la cerró—. Billy, Billy —dijo, volviéndose hacia mí—. Sentir lo que sientes no tiene nada de malo; no pasa nada.

—He pensado en hablar de ello con Richard —dije.

—Buena idea. Con Richard puedes hablar de cualquier cosa, seguro que sí —convino Martha Hadley.

—Pero no con mi madre —reconocí.

—Tu madre, Mary. Mi querida amiga Mary... —empezó a decir la señora Hadley; pero se interrumpió—. No, con tu madre no. A ella no le cuentes nada todavía —dijo.

—¿Por qué? —pregunté. Creía saber por qué, pero quería oírlo de labios de la señora Hadley—. ¿Porque es una mujer un poco agraviada? —pregunté—. ¿O porque parece enfadada conmigo? No sé muy bien por qué.

—En cuanto a si está agraviada, no sé qué decir —respondió Martha Hadley—. Pero tu madre sí que parece enfadada contigo, tampoco sé muy bien por qué. Estaba pensando sobre todo en que se desquicia muy fácilmente... por ciertos asuntos, ante ciertos temas.

—¿Qué asuntos? —pregunté—. ¿Qué temas?

—Ciertas cuestiones sexuales la alteran —explicó la señora Hadley—. Billy, sé que hay cosas que te ha ocultado.

—Ah.

—¡El secretismo no es lo que más me gusta de Nueva Inglaterra! —exclamó de pronto la señora Hadley; se miró la muñeca, donde antes tenía el reloj, y se rió de sí misma—. Me pregunto qué tal se las apañará Atkins con los números romanos —comentó, y los dos nos reímos—. Puedes contárselo también a Elaine, ya lo sabes —dijo Martha Hadley—. A Elaine puedes contárselo todo. Además, creo que ya lo sabe.

Yo también lo creía, pero no lo dije. Pensaba en eso de que mi madre se desquiciaba muy fácilmente. Me arrepentí de no haber consultado con el doctor Grau antes de su muerte, aunque sólo fuera para familiarizarme con esa doctrina suya de que la homosexualidad tenía cura. (Tal vez me habría indignado menos en años posteriores, cuando me viera expuesto a esa doctrina punitiva y más tonta que una

cagada de perro).

—Me ha sido de gran ayuda hablar con usted —le dije a la señora Hadley; se apartó de la puerta de su despacho para dejarme pasar.

Temí que me agarrara de las manos o los hombros, o incluso que atrajera de nuevo mi cabeza contra su pecho duro, y que yo fuera incapaz de contenerme y la abrazara..., o la besara, aunque para eso habría tenido que ponerme de puntillas. Pero Martha Hadley no me tocó; se limitó a quedarse a un lado.

—No tienes ningún problema de voz, Billy; no tienes ningún defecto físico en la lengua o el paladar —dictaminó.

Yo ya no me acordaba de que me había examinado la boca en nuestra primera entrevista.

Me había pedido que me tocara el paladar con la lengua, y ella me había sujetado la punta de la lengua con una gasa, y —con otra gasa— me había hurgado en la base de la boca, al parecer buscando algo que no estaba allí. (Abochornado, había advertido que tanto toqueteo en la boca me producía una erección: otra prueba de lo que el viejo Grau había llamado «tendencias sexuales infantiles»).

—No es mi intención faltar al respeto a los muertos —dijo la señora Hadley cuando me marchaba—, pero espero que sepas, Billy, que el difunto doctor Grau y el único representante de las ciencias médicas que nos queda en el cuerpo docente..., me refiero al doctor Harlow..., son los dos unos imbéciles.

—Eso dice Richard —señalé.

—Tú hazle caso a Richard —dijo la señora Hadley—. Es un encanto de hombre.

Ya pasados muchos años, me asaltó este pensamiento: un internado pequeño, no precisamente de primera categoría, presentaba diversos indicios de cómo era el mundo adulto. Por un lado, había unas cuantas personas mayores sensibles de verdad y con buen corazón que intentaban ofrecer a los jóvenes una imagen más comprensible y soportable del mundo adulto; por otro, estaban aquellos dinosaurios de rectitud inflexible (los doctores Grau y los doctores Harlow) y los homófobos incansablemente intratables engendrados por los hombres de esa calaña y generación.

—¿Cómo murió en realidad el doctor Grau? —pregunté a la señora Hadley.

La versión que nos habían dado a los chicos —que nos había dado el doctor Harlow en la reunión matinal— era que Grau se había caído en el patio una noche de invierno a causa de un resbalón. Los caminos estaban helados; el viejo austriaco debió de golpearse la cabeza. El doctor Harlow no contó que, en realidad, *Herr Doktor* Grau murió por congelación; la palabra que usó el doctor Harlow, creo, fue «hipotermia».

Los chicos que trabajaban en la cocina encontraron el cadáver por la mañana. Uno de ellos declaró que Grau estaba blanco como la nieve, y otro nos dijo que el viejo austriaco tenía los ojos abiertos, pero un tercero aseguró que el muerto los tenía cerrados; sin embargo hubo consenso entre los chicos de la cocina en que el sombrero tirolés del doctor Grau (con una pluma de faisán un tanto grasienta) se descubrió a

cierta distancia del cadáver.

—Grau estaba bebido —explicó Martha Hadley—. Se había celebrado una cena de profesores en una de las residencias. Probablemente Grau, en efecto, resbaló y se cayó; puede que se diera un golpe en la cabeza, pero desde luego estaba bebido. ¡Se pasó toda la noche inconsciente en la nieve! Se congeló.

El doctor Grau, como no pocos miembros del cuerpo docente de Favorite River, se había presentado al empleo en la academia atraído por la proximidad de las pistas de esquí, pero el viejo Grau no esquiaba desde hacía años. El doctor Grau era de una gordura atroz; decía que aún esquiaba muy bien, pero admitía que cuando se caía, luego era incapaz de levantarse sin quitarse antes los esquís. (Yo solía imaginarme a Grau caído en la pista, agitando brazos y piernas para desprenderse las fijaciones, vociferando «tendencias sexuales infantiles» en inglés y alemán).

Yo había elegido el alemán como lengua extranjera opcional en Favorite River, pero sólo porque me aseguraron que había otros tres profesores de alemán en la academia; *Herr Doktor* Grau nunca me dio clases. Los otros profesores de alemán eran también austriacos, dos de ellos esquiadores. Mi preferida, *Fräulein* Bauer, era la única que no esquiaba.

Cuando me marchaba del despacho de Martha Hadley, de pronto me acordé de lo que *Fräulein* Bauer me había dicho; yo cometía muchos errores gramaticales en alemán, y el asunto del orden de las palabras me sacaba de quicio, pero tenía una pronunciación perfecta. No había palabra alemana que no pudiera pronunciar. Con todo, cuando informé de ello a Martha Hadley, apenas pareció interesarle, si es que le interesó.

—Es psicológico, Billy. Puedes decir cualquier cosa, en el sentido de que eres capaz de pronunciarla. Pero o bien no dices una palabra porque desencadena algo, o bien...

La interrumpí.

—Desencadena algo sexual, quiere decir.

—Quizá —contestó la señora Hadley; se encogió de hombros.

Apenas pareció interesarle el aspecto sexual de mis problemas de pronunciación, como si las especulaciones sexuales (de cualquier clase) pertenecieran a una categoría tan poco interesante para ella como mi excelente pronunciación en alemán. Yo tenía acento austriaco, naturalmente.

—Creo que estás tan enfadado con tu madre como ella contigo —dictaminó Martha Hadley—. A veces, Billy, creo que estás demasiado enfadado para hablar.

—Ah.

Oí que alguien subía por la escalera. Era Atkins, aún con la mirada fija en el reloj de la señora Hadley. Me sorprendió que no tropezase en los escalones.

—Todavía no han pasado treinta minutos —informó Atkins.

—Ya me voy; puedes entrar —le dije, pero Atkins había hecho un alto en la escalera, a un peldaño de la segunda planta.



Pasé junto a él al bajar.

El hueco de la escalera era amplio; ya debía de estar cerca de la planta baja cuando oí decir a la señora Hadley:

—Entra, por favor.

—Pero si no han pasado treinta minutos. Aún no ha pasado todo el... —Atkins no acabó de expresar este pensamiento, o no pudo.

—¿Aún no ha pasado todo el qué? —Oí que preguntaba Martha Hadley. Recuerdo que me detuve en la escalera—. Sé que puedes decirlo —instó con delicadeza—. Tú eres un buen tipo... Puedes decir «tipo», ¿no?

—No ha pasado todo el... tipo —consiguió decir Atkins.

—Ahora di emmm, como cuando comes algo bueno —le pidió la señora Hadley.

—¡No puedo! —prorrumpió Atkins.

—Entra, por favor —repitió la señora Hadley.

—¡Aún no ha pasado todo el tiemmm... po! —dijo Atkins con esfuerzo.

—Bien, o al menos mejor. Ahora entra, por favor —dijo Martha, y yo seguí escalera abajo y salí del edificio de música, donde también había oído fragmentos de canciones, voces corales y, en el primer piso, unos acordes de instrumentos de cuerda, y (en la planta baja) alguien más practicaba al piano.

Pero yo tenía el pensamiento puesto en Atkins, todo un perdedor y un idiota: ¡era incapaz de pronunciar la palabra «tiempo»! ¡Vaya memo!

Hacia la mitad del patio, allí donde había muerto Grau, comprendí de pronto que esa idea que acababa de concebir acerca de Atkins estaba en total consonancia con el odio a los homosexuales. Yo era incapaz de pronunciar «penes», y sin embargo me sentía netamente superior a un chico que era incapaz de decir «tiempo».

Recuerdo haber pensado que, a lo largo de la vida, iba a necesitar encontrar a más personas como Martha Hadley, y rodearme de ellas, pero que siempre habría gente que me odiaría y vilipendiaría, o incluso intentaría infligirme daño físico. Esta idea fue tan vigorizante como el aire invernal que mató al doctor Grau. Tenía mucho que asimilar para una sola sesión con una profesora de voz y canto comprensiva, y a eso se añadía mi perturbadora percepción de la señora Hadley como personalidad dominante, así como el hecho de que algo relacionado con esa tendencia a la dominación me atraía sexualmente. ¿O había algo en su tendencia a la dominación que no me atraía? (Sólo entonces se me ocurrió que quizá yo no deseaba estar con la señora Hadley, sino ser como ella, es decir, sexualmente).

Quizá Martha Hadley era una *hippie* adelantada a su tiempo; la palabra «*hippie*» no se empleaba en 1960. Por aquel entonces, yo apenas había oído la palabra «*gay*»; era una palabra poco utilizada en la comunidad de la academia Favorite River. Quizá «*gay*» era un término demasiado amistoso para Favorite River, o al menos demasiado neutro para todos aquellos chicos homófobos. Yo sabía qué significaba «*gay*», claro está —sólo que no se decía mucho en los restringidos círculos en que me movía—, pero, como persona sexualmente inexperta que era, había prestado escasa atención a

lo que significaba «dominante» y «sumiso» en el mundo en apariencia inalcanzable del sexo gay.

No muchos años más tarde, cuando convivía con Larry —entre todos los hombres y mujeres con quienes he intentado convivir, fue con Larry con quien más tiempo pasé—, él se complacía en reírse a mi costa contando a todos lo «atónito» que me quedé por su manera de abordarme en aquella cafetería gay de Viena, un establecimiento de lo más misterioso.

Era mi tercer año de carrera, el primero en el extranjero. Dos años de alemán en la universidad —además de haber estudiado esa lengua en la academia Favorite River— me habían preparado para un año en un país germanohablante. Esos mismos dos años de vida universitaria en Nueva York me habían preparado y no me habían preparado para lo clandestina que sería una cafetería gay en Viena en ese año académico de 1963-1964. En aquella época estaban cerrando los bares gays neoyorquinos; la Exposición Universal de Nueva York tuvo lugar en el 64, y el alcalde se propuso limpiar la ciudad de cara a los turistas. Un bar de Nueva York, el Julius, permaneció abierto en todo momento —quizás hubo otros—, pero ni siquiera en el Julius se permitía a los hombres tocarse dentro del bar.

No estoy diciendo que Viena fuera más clandestina que Nueva York en esa época; la situación era parecida. Pero en aquel local donde me abordó Larry había ciertos toqueteos entre los hombres, permitidos o no. Yo sólo recuerdo que fue Larry quien me dejó atónito, no Viena.

—¿Lo tuyo es arriba o abajo, bello Bill? —me había preguntado Larry. (Yo me quedé atónito, pero no por la pregunta).

—Arriba —contesté sin vacilar.

—¡No me digas! —exclamó Larry, sinceramente sorprendido o afectando sorpresa; con Larry, eso costaba saberlo—. Habría jurado que lo tuyo era abajo —dijo, y al cabo de un silencio, un silencio tan largo que creí que iba a proponer a otro que se fuera a casa con él, añadió—: Venga, Bill, vámonos ya.

Yo estaba atónito, desde luego, pero sólo porque era un estudiante universitario, y Larry era mi profesor, eso en el Institut Für Europäische Studien de Viena: «das Institut», lo llamaban los alumnos. Éramos norteamericanos, de todas partes del país, pero el profesorado era un cajón de sastre: unos cuantos norteamericanos (Larry era con diferencia el más conocido entre ellos), un inglés maravilloso y excéntrico y varios austriacos del cuerpo docente de la Universidad de Viena.

En aquellas fechas el Instituto de Estudios Europeos se hallaba en el extremo de Wollzeile más próximo a Doktor-Karl-Lueger-Platz y Stubenring. Los alumnos se quejaban de lo lejos que estaba «das Institut» de la universidad; muchos de nuestros estudiantes (los que sabían más alemán) cursaban asignaturas adicionales en la Universidad de Viena. Yo no; no me interesaba ninguna asignatura más. Había ido a

la universidad en Nueva York porque quería estar en Nueva York; ahora estudiaba en el extranjero, en Viena, por estar en Viena. Me daba igual si la universidad se encontraba más cerca o más lejos.

Mis conocimientos de alemán bastaron para proporcionarme un empleo en un excelente restaurante en la Weihburggasse, cerca de Kärntnerstrasse, la calle en cuyo extremo opuesto estaba la ópera. Se trataba del restaurante Zufall y conseguí el puesto porque había trabajado de camarero en Nueva York y porque, poco después de mi llegada a Viena, me enteré de que el único camarero anglohablante del Zufall había sido despedido.

Lo oí en aquella misteriosa cafetería gay de la Dorotheergasse, una de las calles adyacentes al Graben. Se llamaba Kaffee Käfig: la «Jaula del Café». De día daba la impresión de que era un establecimiento frecuentado por estudiantes; también iban chicas. De hecho, era de día cuando una chica me contó que el camarero del Zufall había sido despedido. Pero al anochecer aparecían en el Kaffee Käfig hombres mayores, y no había chicas a la vista. Ésa era la situación la noche que me encontré con Larry, y me soltó de pronto la pregunta de si arriba o abajo.

Aquel primer trimestre de otoño en el Instituto yo no era alumno de Larry. Él daba clases sobre el teatro de Sófocles. Larry era poeta, y yo quería ser novelista: creía haber dejado atrás el teatro y no escribía poemas. Pero sabía que Larry era un escritor respetado, y le había preguntado si estaría dispuesto a plantearse dar un curso de escritura en el 64, en el trimestre de invierno o de primavera.

—¡Dios mío, un curso de escritura creativa no! —exclamó Larry—. Lo sé, no me lo digas. ¡Algún día se darán clases de escritura creativa en todas partes!

—Yo sólo quería poder enseñar mis textos a otro escritor —dije—. No soy poeta —admití—. Soy escritor de narrativa. Si no le interesa, me haré cargo.

Cuando empezaba a alejarme —pretendía mostrarme dolido—, me detuvo.

—Espera, espera... ¿Cómo te llamas, joven escritor de narrativa? —preguntó Larry—. Sí leo narrativa.

Le di mi nombre: dije «Bill», porque la señorita Frost era la dueña del nombre «William». (Firmaría mis novelas como William Abbott, pero no permitiría a nadie más llamarme William).

—Bueno, Bill, me lo pensaré —dijo Larry.

Entonces supe que era gay, y todo lo que le rondaba por la cabeza, pero yo no sería alumno suyo hasta enero de 1964, cuando dio un curso de escritura creativa en el Instituto durante el trimestre de invierno.

Larry era ya un distinguido poeta, *Lawrence Upton* para sus colegas y alumnos, pero sus amigos gais (y un círculo de admiradoras) lo llamaban Larry. Para entonces, yo había estado con unos cuantos hombres mayores —no había convivido con ellos, pero habían sido amantes míos— y sabía quién era yo en lo concerniente al asunto de si arriba o abajo.

No fue la crudeza de la pregunta de Larry, eso de si arriba o abajo, lo que me dejó

atónito; incluso quienes eran alumnos suyos por primera vez sabían que Lawrence Upton era un esnob y que a la vez podía llegar a ser decididamente vulgar. Lo que me dejó atónito fue el hecho de que mi profesor, una figura literaria tan renombrada, me hubiera echado los tejas. Pero no era así como Larry contaba la anécdota, y no había quien le llevara la contraria.

Según Larry, él no me había preguntado si lo mío era arriba o abajo. «En los sesenta, querido Bill, no decíamos “arriba” y “abajo”; decíamos “dante” y “tomante”, aunque, claro, a lo mejor vosotros los de Vermont erais clarividentes», decía Larry, «o estabais tan por delante de todos los demás que ya preguntabais “¿positivo o negativo?”, mientras que nosotros, menos evolucionados, seguíamos anclados en la pregunta del “dante” y el “tomante”, que pronto se convertiría en la pregunta de si arriba o abajo. Pero no en los sesenta, querido Bill. En Viena, cuando te abordé, me consta que te pregunté si eras dante o tomante».

Luego, volviéndose hacia nuestros amigos —sus amigos, mayoritariamente; tanto en Viena como después, ya de regreso en Nueva York, casi todos los amigos de Larry eran mayores que yo—, Larry decía: «Bill es escritor de narrativa, pero escribe en primera persona, con un estilo como de confesión íntima o algo así; de hecho, da a su narrativa una apariencia de memorias en la medida que le es posible darle tal apariencia».

Luego, volviéndose otra vez hacia mí —únicamente hacia mí, como si estuviéramos solos—, Larry decía: «Pero insistes en los anacronismos, querido Bill; en los sesenta, las palabras “arriba” y “abajo” son anacronismos».

Así era Larry; así hablaba: siempre tenía razón. Aprendí a no discutir por las pequeñeces. Yo decía: «Sí, profesor», porque si hubiese dicho que se equivocaba, que con toda certeza había empleado las palabras «arriba» y «abajo», Larry habría dejado caer alguna que otra ocurrencia sobre Vermont, mi lugar de origen, o habría salido con que yo era un dante cuando, desde el principio, a él le había parecido un tomante. (¿Acaso no pensaba todo el mundo que yo parecía un tomante?, acostumbraba preguntar Larry a sus amigos).

El poeta Lawrence Upton pertenecía a esa generación de homosexuales mayores que creían, en esencia, que casi todos los homosexuales eran de los de abajo, dijeran lo que dijeren, o que aquellos de nosotros que decíamos que éramos de los de arriba, acabaríamos siendo de los de abajo. Como Larry y yo nos conocimos en Viena, nuestra perdurable disconformidad en lo relativo a qué se dijo exactamente en nuestra primera «cita» se enturbió aún más por lo que muchos europeos opinaban en los sesenta y opinan aún hoy; a saber, que los norteamericanos le dan demasiada importancia al asunto de si arriba o abajo. Los europeos siempre han creído que somos demasiado rígidos respecto a esas distinciones, como si todos los homosexuales fueran lo uno o lo otro, que es lo que sostienen hoy día, en su presunción, algunos jóvenes.

Larry —que era de los de abajo como el que más— podía reaccionar con

irritación y a la vez andarse con remilgos por lo incomprendido que se sentía. «¡Soy más versátil que tú!», me dijo una vez, con lágrimas en los ojos. «Tú puedes decir que también te gustan las mujeres, o fingir que te gustan, ¡pero en esta relación yo no soy el verdaderamente inflexible!».

A finales de los setenta, en Nueva York, cuando aún nos veíamos pero ya no vivíamos juntos —Larry describía los años setenta como la «Dichosa Era de la Promiscuidad»—, uno sólo podía estar absolutamente seguro del rol sexual de alguien en esos bares *leather*, donde, sin más tapujos, un pañuelo en el bolsillo trasero izquierdo significaba que eras de los de arriba y un pañuelo en el bolsillo trasero derecho significaba que eras de los de abajo. Un pañuelo azul era para follar, uno rojo para follar con el puño... En fin, ¿y ahora todo eso qué más da? Otra señal, en extremo molesta, tenía que ver con el sitio donde uno se prendía el llavero: en la trabilla del vaquero, a la derecha o la izquierda de la hebilla del cinturón. Como en Nueva York yo me prendía el llavero en un sitio u otro sin concederle mayor importancia, siempre venía alguno de los de arriba, atento a las señales, y me echaba los tejas, ¡y yo era de los de arriba! (Podía resultar irritante).

Aun a finales de los setenta, casi una década después de la liberación gay, los gais de mayor edad, me refiero no sólo a los mayores que yo, sino también a los mayores que Larry, expresaban su disgusto ante esa necesidad de anunciar si arriba o abajo. («Chicos, ¿por qué queréis quitarle todo el misterio? ¿No es el misterio una parte emocionante del sexo?»).

A mí me gustaba ofrecer aspecto de chico gay, o al menos en la medida en que me sirviera para conseguir que otros chicos gais, y hombres, me miraran dos veces. Pero también quería despertar el interés de chicas y mujeres, conseguir que ellas me miraran dos veces. Quería conservar algo provocadoramente masculino en mi apariencia. («¿Pretendes parecer de los de arriba esta noche?», me preguntó una vez Larry. Sí, quizá lo pretendía).

Recordé que, cuando ensayábamos para *La tempestad*, Richard había dicho que el género de Ariel era «mutable»; había añadido que el sexo de los ángeles también era mutable.

«¿Es una decisión del director?», preguntó Kittredge a Richard con relación a la mutabilidad de Ariel.

Supongo que yo intentaba parecer sexualmente mutable, capturar algo de la sexualidad no resuelta de Ariel. Sabía que era bajo de estatura pero guapo. Por otra parte, podía ser invisible cuando me lo proponía; como Ariel, podía ser un «espíritu del aire». No existía una única manera de parecer bisexual, pero ésa era la imagen que buscaba.

A Larry le gustaba reírse a mi costa por tener lo que él definía como una «noción utópica de la androginia»; en su generación, creo, los supuestos gais liberados ya no debían dar la imagen de «mariquitas». Sé que, a juicio de Larry, yo tenía el aspecto (y la indumentaria) de un mariquita; probablemente por eso le pareció que lo mío era

abajo, no arriba.

Pero yo me veía a mí mismo casi como un hombre normal; con eso de «normal» sólo quiero decir que nunca me dio por el cuero o el absurdo código de los pañuelos. En Nueva York —como en la mayoría de las ciudades durante los setenta— había mucho ligoteo entre homosexuales en determinados espacios públicos. Entonces, como ahora, me gustaba la imagen andrógina; ni «andrógino» ni «androginia» fueron palabras que me crearan nunca problemas de pronunciación.

—Eres una monada, Bill —me decía Larry a menudo—, pero no pienses que vas a seguir siendo superdelgado toda la vida. Y no creas que puedes vestir con ropa entallada, o incluso de mujer, y apenas ejercer un efecto real en los códigos machistas contra los que te rebelas. ¡No cambiarás la manera de ser de los hombres reales, ni serás nunca uno de ellos!

—Sí, profesor —me limitaba yo a responder.

En los fabulosos años setenta, cuando yo me ligaba a un hombre, o dejaba que alguno se me ligara, siempre llegaba ese momento en que le echaba la mano al culo; si le gustaba que se lo follaran, empezaba a gemir y retorcerse, sólo para darme a entender que había acertado en el punto mágico. Pero si resultaba que era de los de arriba, nos contentábamos con un 69 superrápido y dábamos la noche por concluida; a veces acababa siendo un 69 superrudo. (Los «códigos machistas», como Larry los llamaba, podían imponerse; mi «noción utópica de la androginia», quizá no).

Fueron los tremendos celos de Larry lo que finalmente me apartó de él; incluso cuando se es tan joven como yo lo era entonces, la perdurable admiración como sucedáneo del amor tiene un límite. Cuando Larry pensaba que yo había estado con otra persona, intentaba tocarme el ojo del culo: para comprobar si lo tenía húmedo, o al menos lubricado. «Soy de los de arriba, ¿recuerdas? —decía yo—. Deberías olerme la polla». Pero los celos de Larry adolecían de una falta de lógica delirante; aun conociéndome tan bien como me conocía, estaba realmente convencido de que yo era capaz de estar abajo con otra persona.

Cuando conocí a Larry en Viena, se dedicaba al estudio de la ópera; la ópera era la razón por la que había ido allí. La ópera era también, en parte, la razón por la que yo había elegido Viena. Al fin y al cabo, la señorita Frost había hecho de mí un ferviente lector de novelas decimonónicas. ¡Las óperas que yo adoraba eran novelas decimonónicas!

Lawrence Upton era un poeta consagrado, pero siempre había deseado escribir un libreto. («Al fin y al cabo, Bill, sé rimar»). Larry albergaba el deseo de escribir una ópera gayo. Era muy severo consigo mismo como poeta; quizá se imaginaba que como libretista podría relajarse más. Puede que quisiera escribir una ópera gay, pero Lawrence Upton nunca escribió un poema manifiestamente gay; eso me cabreaba, y no poco.

En la ópera de Larry, la narradora es una reina cínica, muy parecida a Larry. La narradora canta una lamentación: es intencionadamente absurda, y no me acuerdo de

la rima. «Demasiados indios, pocos jefes», se lamenta la narradora. «Demasiadas gallinas, pocos gallos». Se relajaba mucho, eso desde luego.

Hay un coro formado por los de abajo —numeroso, por supuesto— y un coro mucho menor, tanto que resulta cómico, formado por los de arriba. Si Larry hubiera continuado su ópera, es posible que hubiera añadido un coro de osos de tamaño medio, pero el movimiento de los osos —esos hombres grandes y peludos, deliberadamente abandonados, que se rebelaban contra los hombres impecables y bien esculpidos, con los huevos afeitados y cuerpos de gimnasio— no nació hasta mediados de los ochenta. (Esos osos eran muy refrescantes, al principio).

El libreto de Larry nunca llegó a representarse como ópera, ni que decir tiene; Larry abandonó la carrera de libretista a medio camino. Sería recordado sólo como poeta, aunque yo guardo en la memoria su idea de la ópera gay, y aquellas muchas noches en la Staatsoper, el enorme palacio de la ópera de Viena, cuando yo era aún muy joven.

Fue una valiosa lección para el joven aspirante a escritor que yo era: ver fracasar a un gran hombre, un poeta consumado. Uno debe andarse con cuidado cuando se desvía de una disciplina adquirida; cuando me enrollé con Larry, yo empezaba a descubrir que escribir es una disciplina en ese sentido. Puede que la ópera sea una forma de narración exuberante, pero un libretista se ciñe también a unas normas; escribir bien no es una tarea «relajada».

En honor de Larry debo admitir que fue el primero en reconocer su fracaso como libretista. También ésa fue una lección valiosa. «Cuando pongas en entredicho tu nivel, Bill, no le echas la culpa a la forma. La ópera no tiene la culpa de nada. Yo no soy la víctima de este fracaso, Bill; soy el perpetrador».

Uno puede aprender mucho de sus amantes, pero —en general— conserva a los amigos durante mucho más tiempo, y aprende más de ellos. (Al menos ése ha sido mi caso). Incluso diría que la madre de mi amiga Elaine, Martha Hadley, tuvo mayor influencia en mí que la que en realidad tuvo Lawrence Upton.

De hecho, en la academia Favorite River, donde cursaba tercero en el invierno de 1960 —y dada mi ingenuidad, como chico de Vermont que era—, nunca había oído las palabras «arriba» y «abajo» empleadas tal como Larry (o cualquiera de los muchos amigos y amantes gays que tuve) las usaría más tarde, pero yo sabía que lo mío era arriba antes de mantener relaciones sexuales con nadie.

El día en que le hice mi confesión parcial a Martha Hadley, cuando la manifiesta tendencia a la dominación de la señora Hadley me causó una impresión tan honda como desconcertante, supe con total certeza que deseaba follarme a otros chicos y hombres, incesantemente, pero siempre con mi pene metido en sus culos; nunca deseé que el pene de otro chico u hombre me penetrara. (En la boca, sí; en el culo, no).

Incluso cuando deseaba a Kittredge, sabía eso de mí mismo: quería follármelo, y tener su pene en mi boca, pero no quería que él me follara a mí. Conociendo a

Kittredge, eso era un absoluto disparate, porque si Kittredge llegaba a contemplar alguna vez la posibilidad de una relación homosexual, era evidente qué rol adoptaría. Si Kittredge fuera homosexual, yo juraría que lo suyo era arriba.

Resulta revelador que, en este salto en el tiempo hasta mi tercer año de carrera y primero en el extranjero, en Viena, haya decidido iniciar la narración de ese interludio de mi vida futura hablándoles de Larry. Quizá piensen que debería haber iniciado la narración de ese interludio en Viena hablándoles de mi primera verdadera novia, Esmeralda Soler, porque conocí a Esmeralda poco después de llegar a Viena (en septiembre de 1963), y llevaba varios meses conviviendo con Esmeralda antes de pasar a ser alumno de escritura de Larry y, no mucho tiempo después, amante de Larry.

Pero creo saber por qué he aplazado el momento de hablarles de Esmeralda. Para los homosexuales de mi generación es algo corriente afirmar que hoy día resulta mucho más fácil «salir del armario» en la adolescencia. Por mi parte, deseo decir esto: a esa edad, nunca es fácil.

En mi caso, me avergonzaba de mis anhelos sexuales por otros chicos y hombres; luché contra esos sentimientos. Quizá piensen que he hecho demasiado hincapié en mi atracción por la señorita Frost y la señora Hadley en un esfuerzo desesperado por ser «normal»; quizá tengan la impresión de que en realidad nunca me han atraído las mujeres. Pero sí me atraían las mujeres, y me atraen. Lo que pasó fue, ni más ni menos, que tuve que reprimir mi atracción por otros chicos y hombres, sobre todo en la academia Favorite River, sin duda porque era un colegio exclusivamente masculino.

Después de ese verano en Europa con Tom, tras mi graduación en Favorite River, y, más adelante, cuando estaba solo —en la universidad, en Nueva York—, por fin fui capaz de reconocer mi lado homosexual. (Sí, ya seguiré hablando de Tom; sólo que con Tom me cuesta). Y después de Tom tuve muchas relaciones con hombres. A los diecinueve y veinte años —cumplí veintiuno en marzo de 1963, poco antes de enterarme de que había sido aceptado en el Instituto de Estudios Europeos de Viena — yo ya había «salido del armario». Cuando fui a Viena, llevaba dos años viviendo en Nueva York como joven homosexual.

No era que ya no me atraieran las mujeres; sí me atraían. Pero sucumbir a mi atracción por las mujeres se me antojaba un retroceso con respecto al muchacho homosexual reprimido que antes había sido. Y aparte de eso, por entonces, mis amigos y amantes homosexuales creían, todos sin excepción, que cualquiera que se presentase como bisexual era en realidad un homosexual con un pie en el armario. (Supongo que una parte de mí también lo creía cuando tenía diecinueve y veinte años, y acababa de cumplir los veintiuno).

Aun así, sabía que era bisexual, con la misma certeza con que en su día supe que



me atraía Kittredge, y supe exactamente cómo me atraía. Pero poco antes y poco después de cumplir los veinte yo contenía mi atracción por las mujeres, del mismo modo que en otro tiempo había reprimido mis deseos por otros chicos y hombres. Pese a mi extrema juventud debí de percibir que los hombres bisexuales no inspiraban confianza; quizá nunca lleguemos a inspirarla, pero desde luego entonces no la inspirábamos.

Nunca me avergoncé de sentirme atraído por las mujeres, pero en cuanto tuve amantes homosexuales —y en Nueva York tuve cada vez más amigos homosexuales— descubrí enseguida que la circunstancia de sentirme atraído por las mujeres me convertía en alguien que despertaba desconfianza y celos, o incluso temores, entre otros homosexuales. Así que me contuve, o lo llevé con discreción; me limitaba a mirar a muchas mujeres. (Aquel verano de 1961 en Europa —durante mi viaje con Tom— el pobre Tom me sorprendió mirándolas).

Éramos un grupo pequeño: me refiero a los estudiantes norteamericanos admitidos en el Institut für Europäische Studien de Viena durante el año académico de 1963-1964. Nos embarcamos en un buque de línea en el puerto de Nueva York e hicimos la travesía del Atlántico, como habíamos hecho Tom y yo dos veranos antes. Enseguida llegué a la conclusión de que no había chicos gays entre los alumnos del Instituto ese año, o ninguno que hubiera salido del armario, o al menos ninguno que me interesara en ese sentido.

Cruzamos Europa occidental en autocar hasta Viena, un recorrido turístico mucho más educativo —en dos precipitadas semanas— que el que realizamos Tom y yo en todo un verano. Yo carecía de una historia común con mis compañeros de estudios del tercer año de carrera y primero en el extranjero. Trabé amistad con chicos y chicas heterosexuales, o eso me parecían. Pensé en algunas de las chicas, pero incluso antes de llegar a Viena decidí que aquél era un grupo excesivamente reducido; desde luego no habría sido muy inteligente acostarme con una de las chicas del Instituto. Además, ya había empezado con la farsa de que me «proponía» ser fiel a una novia que había dejado en Estados Unidos. Me había presentado ante mis compañeros de Instituto como heterosexual, propenso en apariencia a mantener una actitud reservada.

En cuanto conseguí aquel trabajo como único camarero anglohablante en el Zufall, en la Weihburgasse, me distancié ya plenamente del Instituto de Estudios Europeos: era un restaurante demasiado caro para los otros estudiantes. Salvo cuando asistía a clase en Doktor-Karl-Lueger Platz, podía seguir representando la aventura de ser un joven escritor en un país extranjero; a saber, ese tan necesario ejercicio de encontrar tiempo para estar a solas.

Conocí a Esmeralda por azar. Me había fijado en ella en la ópera; y si me había llamado la atención se debía a su tamaño (las chicas y mujeres altas, de hombros anchos, me atraían) y a que tomaba notas. De pie al fondo de la Staatsoper, escribía frenéticamente. La primera noche que vi a Esmeralda la tomé por un crítico; pese a

tener sólo tres años más que yo (Esmeralda contaba veinticuatro en el otoño de 1963), aparentaba más edad.

Cuando volví a verla —siempre de pie, al fondo—, caí en la cuenta de que si se hubiera dedicado a la crítica, al menos habría dispuesto de una butaca. Pero no, se quedaba en la parte de atrás, como yo y los demás estudiantes. En aquella época, si uno era estudiante, se le permitía quedarse de pie al fondo; para los estudiantes, la entrada a la ópera sin derecho a butaca era gratuita.

La Staatsoper dominaba el cruce de las calles Kärntnerstrasse y Opernring. El palacio de la ópera se hallaba a menos de diez minutos a pie del Zufall. Cuando había representación en la Staatsoper, el Zufall ofrecía dos turnos de cena. Servíamos una cena temprana antes de la ópera, y servíamos después otra cena, más prohibitiva. Cuando yo hacía los dos turnos, cosa que ocurría la mayoría de las noches, llegaba a la ópera con el primer acto ya empezado y me marchaba antes de terminar el último acto.

Una noche, durante un intermedio, Esmeralda me dirigió la palabra. Yo debía de tener aspecto de norteamericano —cosa que me decepcionó profundamente—, ya que me habló en inglés.

—¿A ti qué te pasa? —me preguntó Esmeralda—. ¡Siempre llegas tarde y siempre te marchas antes de tiempo! —(Era a todas luces norteamericana; y como más tarde se vio, de Ohio).

—Trabajo, soy camarero —contesté—. ¿Ya ti qué te pasa? ¿Cómo es que siempre estás tomando notas? ¿Quieres ser escritora? Yo sí —admití.

—Sólo soy cantante suplente: quiero ser soprano —respondió Esmeralda—. Tú quieres ser escritor —repitió lentamente. (Me sentí atraído por ella de inmediato).

Una noche que no hacía el segundo turno en el Zufall me quedé en la ópera hasta que bajó el telón y me ofrecí a acompañar a Esmeralda a su casa.

—Pero yo no quiero ir a «casa»; no me gusta el sitio donde vivo. No paso allí mucho tiempo —dijo Esmeralda.

—Ah.

Tampoco a mí me gustaba el sitio donde residía en Viena; al igual que Esmeralda, no pasaba mucho tiempo allí. Pero casi todas las noches trabajaba en ese restaurante de Weihburgasse; por entonces todavía no conocía muy bien la vida nocturna de Viena.

Llevé a Esmeralda a aquella cafetería gay de la Dorotheergasse; estaba cerca de la Staatsoper, y yo sólo había ido allí de día, cuando la frecuentaban sobre todo estudiantes, chicas incluidas. Aún no había descubierto que la clientela nocturna del Kaffee Käfig se componía sólo de hombres, sólo de homosexuales.

Esmeralda y yo no tardamos mucho en darnos cuenta de mi error.

—De día no es así —le dije cuando nos marchamos. (Gracias a Dios, Larry no estaba allí esa noche, porque yo ya le había planteado la posibilidad de dar un curso de escritura en el Instituto; Larry aún no me había comunicado su decisión).

Esmeralda se reía de que yo la hubiera llevado al Kaffee Käfig. «¡En nuestra primera cita!», exclamó, mientras recorriamos el Graben hasta el Kohlmarkt. Había una cafetería en el Kohlmarkt; yo no había estado allí pero parecía cara.

—Conozco un sitio en mi barrio —dijo Esmeralda—. Podríamos ir allí, y después sí podrías acompañarme a casa.

Para sorpresa de ambos, vivíamos en el mismo barrio: más allá de la Ringstrasse, fuera del primer distrito, en las inmediaciones de la Karlskirche. En la esquina de las calles Argentinierstrasse y Schwindgasse había un café-bar, como tantos en Viena. Era una cafetería y un bar al mismo tiempo; también era mi sitio preferido en el barrio, le dije a Esmeralda cuando nos sentamos. (A menudo escribía allí).

Y fue así como empezamos a describir las circunstancias no precisamente felices de nuestro alojamiento. Resultó que los dos vivíamos en la Schwindgasse, en el mismo edificio. La vivienda de Esmeralda se parecía más a un apartamento que la mía. Tenía un dormitorio, su propio baño y una pequeña cocina, pero compartía el recibidor con su casera; casi cada noche, cuando Esmeralda volvía a «casa», tenía que pasar por delante de la sala de estar de su casera, donde la vieja, una mujer proclive a la desaprobación, se hallaba cómodamente arrellanada en su sofá con su pequeño y desagradable perro. (Siempre estaban viendo la televisión).

El monótono zumbido del televisor se oía sin cesar desde la habitación de Esmeralda, donde ella escuchaba óperas (normalmente en alemán) en un viejo tocadiscos. Tenía orden de poner su música a bajo volumen, aunque «bajo volumen» no era lo idóneo para la ópera. La ópera sonaba a un volumen suficiente para imponerse al sonido del televisor de la casera, y Esmeralda escuchaba y escuchaba las voces alemanas, cantando para sí, también a bajo volumen. Necesitaba mejorar su acento alemán, me había dicho.

Como yo necesitaba mejorar mi gramática alemana y el orden de las palabras —aparte de mi vocabulario—, enseguida vi cómo Esmeralda y yo podíamos ayudarnos mutuamente. Mi acento era el único aspecto de mi alemán en el que superaba a Esmeralda.

El personal del Zufall había intentado prevenirme: acabado el otoño —cuando llegara el invierno y se fueran los turistas—, habría noches en que no entraría en el restaurante ningún cliente anglohablante. Más me valía mejorar mi alemán antes de los meses de invierno, me habían advertido. Los austriacos eran poco cordiales con los extranjeros. En Viena, *Ausländer* («extranjero») nunca se decía amablemente; los vieneses tenían algo de auténticos xenófobos.

En aquel café-bar de la Argentinierstrasse empecé a describirle las circunstancias de mi alojamiento a Esmeralda, en alemán. Ya habíamos decidido que debíamos hablar en alemán.

Esmeralda tenía nombre español, pero no hablaba español. Su madre era italiana, y Esmeralda hablaba (y cantaba) en italiano, pero si quería ser cantante de ópera, tenía que mejorar su acento alemán. Me explicó que antes, en la Staatsoper, bromeaba

al presentarse como suplente de soprano; Esmeralda se definió como soprano «en espera». Si alguna vez la dejaban subir al escenario en Viena, sería porque la soprano oficial —la soprano «titular», la llamó Esmeralda— se había muerto. (O porque la ópera estaba en italiano).

Aun mientras me contaba esto en un alemán gramaticalmente perfecto, yo percibía un marcado dejo de su acento de Cleveland. Un profesor de música de un colegio de primaria en Cleveland había descubierto que Esmeralda cantaba bien; ella había ido a Oberlin con una beca. Su tercer año de universidad y primero en el extranjero lo había pasado en Milán; había trabajado en La Scala como estudiante en prácticas, y allí se había enamorado de la ópera italiana.

Pero Esmeralda, al hablar alemán, según decía, se sentía como si tuviera astillas de madera en la boca. Su padre las abandonó, a su madre y a ella; se marchó a Argentina y allí conoció a otra mujer. Esmeralda había llegado a la conclusión de que la mujer con quien su padre se había liado en Argentina debía de ser descendiente de nazis.

—¿Cómo se explica, si no, que me sea imposible adquirir el acento? —preguntó Esmeralda—. ¡Me he dejado la piel estudiando alemán!

Todavía pienso en los lazos que nos unieron a Esmeralda y a mí: los dos teníamos padres fugados, vivíamos en el mismo edificio de la Schwindgasse, y hablábamos de todo eso, con nuestro alemán defectuoso, en un café-bar de la Argentinierstrasse. *Unglaublich!* («¡Increíble!»).

Los alumnos del Instituto se alojaban por toda Viena. Era habitual tener tu propio dormitorio y compartir el baño; las caseras de un considerable número de alumnos eran viudas, y alquilaban sin derecho a cocina. Mi casera era viuda, y yo disponía de mi propio dormitorio, pero compartía el baño con la hija divorciada de la viuda y Siegfried, el hijo de cinco años de ésta. La cocina se utilizaba de manera permanente y caótica, pero a mí me permitían prepararme allí el café, y guardaba alguna cerveza en la nevera.

Mi casera viuda se pasaba muchos años llorando; día y noche rondaba de aquí para allá envuelta en un albornoz deshilachado. La divorciada era una mujer de pechos grandes, proclive a asumir el mando; no era su culpa si me recordaba a mi autoritaria tía Muriel. El niño de cinco años, Siegfried, tenía una manera ladina y demoníaca de mirarme; desayunaba todas las mañanas un huevo pasado por agua, cascarón incluido.

La primera vez que vi a Siegfried hacer eso, fui de inmediato a mi habitación y consulté mi diccionario de inglés-alemán. (Desconocía la palabra alemana para «cascarón»). Cuando dije a la madre de Siegfried que su hijo de cinco años se había comido el cascarón, ella se encogió de hombros y respondió que probablemente lo alimentaba más que el huevo. Por las mañanas, cuando me preparaba el café y veía al pequeño Siegfried comerse el huevo pasado por agua con cascarón incluido, la divorciada ofrecía cierto aire de dejadez, vestida con un holgado pijama de hombre,

propiedad, cabía pensar, de su exmarido. La madre de Siegfried siempre llevaba demasiados botones desabrochados y tenía el deplorable hábito de rascarse.

Lo extraño del cuarto de baño que compartíamos era que la puerta tenía mirilla, cosa común en las puertas de las habitaciones de hotel, pero no en las puertas de los cuartos de baño. Conjeturé que la mirilla se había instalado en la puerta del cuarto de baño para que la persona que se disponía a salir del baño —quizá medio desnuda o envuelta en una toalla— pudiera ver si en el pasillo el panorama estaba despejado (en otras palabras, si había alguien allí fuera). Pero ¿por qué? ¿Quién querría pasearse desnudo por el pasillo, aun si el panorama estaba despejado?

El misterio se vio agravado por la curiosa circunstancia de que el cilindro de la mirilla del cuarto de baño podía invertirse. Descubrí que el cilindro estaba invertido a menudo; dicha inversión se convirtió en algo habitual: ¡podía observarse el interior del baño desde el pasillo y verse claramente quién había dentro y qué hacía!

Intenten explicarle eso a alguien en alemán y comprobarán lo bien o lo mal que lo hablan, pero de algún modo yo conseguí transmitírselo a Esmeralda —en alemán— en nuestra primera cita.

—¡Jolines! —exclamó Esmeralda en un momento dado, en inglés.

Tenía la piel de color café con leche y un levísimo asomo de bigote. Su pelo era negro azabache, y sus ojos, castaños, muy oscuros, casi negros. Tenía las manos más grandes que las mías (también era un poco más alta que yo), pero sus pechos (para alivio mío) eran «normales», lo que para mí significaba «perceptiblemente más pequeños» que el resto de su cuerpo.

Vale, lo diré. Si yo había vacilado a la hora de embarcarme en mi primera experiencia real con una novia, parte de la razón era que, como había descubierto, me gustaba el coito anal. (¡Me gustaba mucho!). Sin duda una parte de mí temía cómo pudiera ser el coito vaginal.

Aquel verano que pasé en Europa con Tom —cuando el pobre Tom empezó a sentirse tan inseguro y amenazado, cuando en realidad lo único que yo hacía era mirar a las chicas y las mujeres— recuerdo haber dicho, no sin cierta exasperación: «Por el amor de Dios, Tom, ¿no has notado lo mucho que me gusta el sexo anal? ¿Cómo crees que imagino que sería hacer el amor a una vagina? ¡Tal vez sea como tener relaciones sexuales con un salón de baile!».

Naturalmente, fue la palabra «vagina» la que obligó al pobre Tom a ir al cuarto de baño, donde oí sus arcadas. Pero si bien yo sólo hablaba en broma, las palabras «salón de baile» se me quedaron grabadas. No podía quitármelas de la cabeza. ¿Y si el sexo vaginal era en verdad como hacer el amor a un salón de baile? Aun así, siguieron atrayéndome las mujeres de tamaño mayor que la media.

Las circunstancias de alojamiento no precisamente ideales no eran los únicos obstáculos que se interponían entre Esmeralda y yo. Nos habíamos visitado uno al otro con cautela en nuestras respectivas habitaciones.

«Puedo sobrellevar lo de la mirilla invertida en la puerta del cuarto de baño», me

había dicho Esmeralda, «pero ese crío me pone la carne de gallina». Ella llamaba a Siegfried «devorador de cascarones»; pero, conforme avanzó mi relación con Esmeralda, descubrí que no era Siegfried, propiamente dicho, quien ponía la carne de gallina a Esmeralda.

Para Esmeralda, más perturbador que esa mirilla invertida en la puerta del cuarto de baño era su conflicto respecto a los niños. Le aterrizzaba la posibilidad de tener un hijo; como muchas mujeres jóvenes por aquel entonces, Esmeralda sentía un miedo atroz a quedarse embarazada, y con razón.

Si Esmeralda se quedaba embarazada, supondría el fin de su esperanza profesional de llegar a ser cantante de ópera. «No estoy dispuesta a ser una soprano ama de casa», así fue como ella lo planteó. Los dos sabíamos que había países en Europa donde se practicaba el aborto. (No en Austria, un país católico). Pero, para la mayoría de la gente, el aborto era inasequible, o inseguro e ilegal. Eso también lo sabíamos. Además, la madre italiana de Esmeralda era muy católica; Esmeralda habría tenido reparos a la hora de abortar, aun si el procedimiento hubiera sido asequible y seguro y también legal.

—No existe un condón capaz de impedir que yo me quede preñada —dijo Esmeralda—. Soy fértil a la enésima potencia.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

—Me siento fértil, a todas horas. Lo sé, y punto —respondió ella.

—Ah.

Estábamos castamente sentados en la cama de Esmeralda; su terror al embarazo se me antojó un obstáculo insalvable. En cuanto a qué habitación elegir para intentar hacerla, la decisión la tomaron otros por nosotros; si íbamos a vivir juntos, compartiríamos el pequeño apartamento de Esmeralda. Mi viuda llorona se había quejado al Instituto: ¡me había acusado de invertir la mirilla en la puerta del cuarto de baño! *Das Institut* aceptó mi declaración de inocencia respecto a esa conducta desviada, pero tuve que mudarme.

«Seguro que fue el devorador de cascarones», dijo Esmeralda. No se lo discutí, pero el pequeño Siegfried habría tenido que subirse a un taburete o a una silla sólo para llegar a esa absurda mirilla. Yo me inclinaba a pensar que había sido la divorciada de los botones desabrochados.

La casera de Esmeralda se alegraba de recibir un dinero extra del alquiler; probablemente nunca habría imaginado que el apartamento de Esmeralda, con una cocina tan pequeña, podían compartirlo dos personas, pero Esmeralda y yo nunca cocinábamos; siempre comíamos fuera.

Esmeralda me dijo que el talante de su casera había mejorado desde que yo vivía allí; si la vieja veía con malos ojos que Esmeralda conviviera con su novio, el dinero extra del alquiler parecía atenuar su desaprobación. Incluso el desagradable perro me había aceptado.

Esa noche que Esmeralda y yo estábamos sentados, sin tocarnos, en su cama, la

vieja nos había invitado poco antes a su sala de estar; quería que fuéramos testigos de que ella y su perro veían una película americana por televisión. Esmeralda y yo nos hallábamos aún en pleno *shock* cultural; no es fácil recuperarse después de oír a Gary Cooper hablar en alemán.

—¿Cómo han sido capaces de doblar *Solo ante el peligro*? —repetía yo una y otra vez.

El monótono zumbido del televisor llegaba a la habitación de Esmeralda. Tex Ritter cantaba *Do Not Forsake Me*.

—Al menos no han doblado a Tex Ritter —decía Esmeralda cuando yo, con actitud muy vacilante, toqué sus pechos perfectos—. He aquí el asunto, Billy —dijo, dejándome tocarla. (Se notaba que aquello era algo que ya había dicho antes; en el pasado, como descubriría, esa alocución había actuado como disuasorio para otros posibles novios. No esta vez).

No me había fijado en el condón hasta que me lo entregó; seguía en su reluciente envoltorio de papel de aluminio.

—Tienes que ponértelo, Billy; aun si el condenado se rompe, siempre es más higiénico.

—Vale —dije, y cogí el condón.

—Pero el asunto es que..., y aquí viene la parte difícil, Billy..., sólo puedes hacerla por vía anal. Ésa es la única clase de coito que permito: anal —repitió, esta vez en un susurro avergonzado—. Sé que es imponerte restricciones, pero así son las cosas. Anal o nada —declaró Esmeralda.

—Ah.

—Lo entenderé si no es lo tuyo, Billy —dijo.

No debía hablar más de la cuenta, pensé. Para mí, lo que me proponía no era precisamente una «restricción»: ¡me chiflaba el coito anal! En cuanto a eso de que «anal o nada» fuera un disuasorio para novios... En fin, para mí fue, muy al contrario, todo un alivio. ¡La temida experiencia del «salón de baile» se aplazaría una vez más! Sabía que me convenía ser cauto, no mostrar demasiado entusiasmo.

No fue del todo falso cuando dije:

—Estoy un poco nervioso. Para mí es la primera vez. —(De acuerdo, no añadí «con una mujer»... ¡De acuerdo, de acuerdo!).

Esmeralda encendió el tocadiscos. Puso la famosa grabación de *Lucia di Lammermoor*, de Donizetti, realizada en el 61, con Joan Sutherland como soprano enloquecida. (Comprendí entonces que esa noche Esmeralda no tenía la atención puesta en mejorar su acento alemán). Sin duda, Donizetti ofrecía un fondo musical más romántico que Tex Ritter.

Y fue así como emprendí, muy excitado, mi primera experiencia con una novia, bajo la restricción —que para mí no era una restricción— de que el sexo fuera «anal o nada». La parte o nada no era rigurosamente cierta; practicaríamos mucho sexo oral. El sexo oral no me daba miedo, y a Esmeralda le chiflaba: la hacía cantar, decía.

Y fue así como conocí una vagina, con una limitación; sólo quedó excluida la parte del salón de baile (o no salón de baile), y en lo referente a esa parte, yo no tenía inconveniente en esperar, incluso me alegraba de esperar. Para alguien que había contemplado esa parte con desazón, fue una manera de conocer la vagina de lo más fascinante y atractiva. Realmente me gustaba hacer el amor con Esmeralda, y también me gustaba ella.

Se daban esos momentos posteriores al sexo en que, en duermevela u olvidando que estaba con una mujer, tendía la mano y le tocaba la vagina... y la retiraba bruscamente, como sorprendido. (Había tendido la mano hacia el pene de Esmeralda).

—Pobre Billy —decía Esmeralda, malinterpretando mi fugaz contacto; pensaba que yo quería estar dentro de su vagina, que yo sentía una punzada de dolor por todo lo que se me negaba.

—No soy el «pobre Billy»; soy el Billy feliz, soy el Billy plenamente satisfecho —le aseguraba siempre.

—Eres muy comprensivo —decía Esmeralda. No tenía ni idea de lo feliz que yo era, y cuando tendía la mano y le tocaba la vagina —dormido, a veces, o en todo caso de manera inconsciente—, Esmeralda ni se imaginaba hacia qué tendía yo la mano, hacia lo que ella no tenía y lo que yo debía de echar en falta.

*Der Oberkellner* («el camarero jefe») del Zufall era un joven de aspecto severo que aparentaba más años de los que tenía. Había perdido un ojo y llevaba un parche; aún no había cumplido los treinta, pero ya fuera por el parche en el ojo, o por la manera en que lo perdió, poseía la circunspección de un hombre mucho mayor. Se llamaba Karl, y nunca hablaba del ojo perdido; me habían contado la historia los otros camareros: al final de la segunda guerra mundial, cuando Karl tenía diez años, había presenciado la violación de su madre a manos de unos soldados rusos y había tratado de intervenir. Un ruso golpeó al niño con el fusil y, como consecuencia del impacto, Karl perdió la visión de un ojo.

En las postrimerías del otoño de mi tercer año de carrera y primer año en el extranjero —cerca de finales de noviembre—, Esmeralda tuvo su primera oportunidad de aparecer como primera soprano en el triple escenario de la Staatsoper. Como ella había vaticinado, fue en una ópera italiana —el *Macbeth* de Verdi—, y Esmeralda, que había aguardado pacientemente su turno (en realidad pensaba que su turno nunca llegaría), había sido la soprano suplente para el papel de Lady Macbeth durante casi todo el otoño (de hecho, desde que vivíamos juntos).

«*Vieni, t'affretta*», había oído cantar a Esmeralda en sus sueños, el momento en que Lady Macbeth lee la carta de su marido, donde le habla de su primer encuentro con las brujas.

Pedí permiso a Karl para abandonar antes de hora el primer turno del restaurante



y llegar con retraso al turno posterior a la ópera; mi novia iba a ser Lady Macbeth el viernes por la noche.

—Tienes novia... La suplente es de verdad tu novia, ¿correcto? —preguntó.

—Sí, correcto, Karl —respondí.

—Me alegro, Bill; corrían rumores en sentido contrario —dijo Karl, trasasándome con su único ojo.

—Esmeralda es mi novia, e interpreta el papel de Lady Macbeth este viernes —le contesté al camarero jefe.

—Ésa es una oportunidad única, Bill, no permitas que la pifíe —aconsejó Karl.

—Lo que pasa es que no quiero perderme el principio, y quiero quedarme hasta el final, Karl —expliqué.

—Claro, claro. Sé que es viernes, pero no hay mucho ajetreo. Ya ha pasado el buen tiempo. Los turistas, como las hojas de los árboles, se los lleva el viento. Puede que éste sea el último fin de semana que necesitemos un camarero anglohablante, pero ya nos las arreglaremos sin ti, Bill —dijo Karl.

Tenía la habilidad de infundirme cierto malestar, incluso cuando se ponía de mi lado. Karl me recordaba a Lady Macbeth en su invocación a los ministros del infierno.

«*Or tutti, sorgete*». También eso se lo había oído cantar a Esmeralda en sus sueños; era escalofriante, y de poca ayuda a mi alemán.

«*Fatal mia donna!*», dice Lady Macbeth al calzonazos de su marido; coge la daga que ha utilizado Macbeth para matar a Duncan y mancha de sangre a los guardias dormidos. ¡Yo estaba impaciente por ver a Esmeralda acogotar a Macbeth! Y todo eso sucede en el primer acto. Es lógico que no quisiera llegar tarde: no quería perderme ni un segundo de las brujas.

—Estoy muy orgulloso de ti, Bill. Por tener una novia, quiero decir, y no me refiero a esa novia grandullona en concreto, la soprano, sino una novia en general. Con eso pones fin a las habladurías —dijo Karl.

—¿Las habladurías de quién, Karl? —pregunté.

—Algunos camareros, un subjefe de cocina..., ya sabes cómo habla la gente, Bill.

—Ah.

En realidad, si alguien en la cocina del Zufall necesitaba pruebas de que yo no era gay, probablemente era Karl; si corrían habladurías de que yo era homosexual, sin duda era Karl quien las hacía correr.

Yo había permanecido atento a Esmeralda mientras dormía. En tanto que Lady Macbeth aparecía cada noche sonámbula en el acto IV —lamentándose de tener aún las manos manchadas de sangre—, Esmeralda no padecía el menor asomo de sonambulismo. Cuando cantaba (casi todas las noches) «*Una macchia*», estaba acostada y dormía profundamente.

La primera soprano, que se tomaba libre la noche del viernes, tenía un pólipo de no era raro entre los cantantes de ópera, el diminuto pólipo de Gerda Mühle se había

convertido en foco de gran atención. (¿Debía extirparse el pólipo quirúrgicamente o no?).

Esmeralda tenía a Gerda Mühle en un pedestal; ésta poseía una voz resonante, aunque nunca la forzaba, y abarcaba un impresionante registro. Gerda Mühle era capaz de ejecutar un canto vibrante pero sin esfuerzo, elevándose vertiginosamente desde un *sol* grave hasta más allá del *do* de pecho. Su voz de soprano tenía la amplitud y la profundidad suficientes para Wagner, y sin embargo lograba asimismo la agilidad necesaria para las rápidas carrerillas y los complicados trinos del estilo italiano de principios del siglo XIX. Pero Esmeralda me había contado que Gerda Mühle no paraba de dar la lata a todas horas con lo de su pólipo.

—El pólipo se ha adueñado de su vida, está adueñándose de la vida de todos nosotros —me contó Esmeralda.

Había pasado de venerar a Gerda Mühle, la soprano, a aborrecer a Gerda Mühle, la mujer; «el Pólipo», la llamaba ahora Esmeralda.

Ese viernes por la noche el Pólipo daba un descanso a sus cuerdas vocales. Esmeralda estaba eufórica por disfrutar de lo que ella llamaba su «primera oportunidad» en la Staatsoper. Pero Esmeralda no se había dejado impresionar por el pólipo de Gerda Mühle. Allá en Cleveland, Esmeralda se había sometido a una intervención quirúrgica en los senos faciales, muy arriesgada para una futura cantante. En la adolescencia padeció de congestión crónica en los conductos nasales; a veces se preguntaba si esa intervención quirúrgica en los senos faciales era la causa del persistente acento norteamericano al hablar alemán. Esmeralda no se compadecía en absoluto de Gerda Mühle pese a los grandes espavientos de ésta a causa del pólipo.

Yo había aprendido a pasar por alto los chistes del personal de cocina y los camareros sobre cómo era eso de tener una novia soprano. Todos me tomaban el pelo, todos salvo Karl: él no se andaba con bromas.

«A veces debe de ser un verdadero escándalo», había comentado el chef del Zufall, arrancando risas generalizadas en la cocina.

No les expliqué, claro está, que Esmeralda sólo tenía orgasmos cuando me bajaba al pilón. Según ella misma, sus orgasmos eran «bastante espectaculares», pero yo estaba protegido contra el ruido. Esmeralda me atenazaba los oídos con los muslos; no oía nada de nada.

«Dios mío, creo que he alcanzado un *mi bemol* agudo, ¡y lo he sostenido de verdad!», exclamó Esmeralda después de uno de sus orgasmos más prolongados, pero yo tenía las orejas calientes y sudorosas y la cabeza sujeta tan firmemente entre sus muslos que no había oído nada.

No recuerdo qué tiempo hacía en Viena ese viernes de noviembre en particular. Sólo recuerdo que cuando Esmeralda salió de nuestro pequeño apartamento en la Schwindgasse, llevaba su pin de la campaña de JFK. Era su amuleto de la suerte, me había dicho. Estaba muy orgullosa de haberse ofrecido voluntaria en la campaña

electoral de Kennedy en Ohio en 1960; Esmeralda se había llevado un cabreo monumental cuando Ohio, por un estrecho margen, pasó a ser un estado republicano. (Ohio había votado a Nixon).

A mí no me interesaba la política tanto como a Esmeralda. En 1963 consideraba que, en mi determinación por llegar a ser escritor, no podía tener vida política; le había hecho a Esmeralda algún comentario grandilocuente al respecto. Le dije que no pensaba tender una red de seguridad para llevar a cabo mi proyecto de ser escritor; afirmé que, para los jóvenes, la implicación política era una manera de dejar la puerta abierta al fracaso en sus empeños artísticos, o alguna gilipollez por el estilo.

—Billy, ¿quieres decir que a mí, por mi implicación política, me preocupa menos llegar a ser soprano de lo que te preocupa a ti ser escritor? —preguntó Esmeralda.

—¡No quiero decir eso, claro que no! —respondí.

En realidad debería haberle dicho, pero no me atreví, que era bisexual. No era escribir lo que me impedía implicarme en política; era que, en 1963, no podía hacer frente a más cuestiones políticas que mi doble sexualidad. Créanme: cuando uno tiene veintiún años, el hecho de ser sexualmente mutable tiene muchas implicaciones políticas.

Dicho esto, añadiré que, ese viernes de noviembre, pronto lamentaría haber inducido a Esmeralda a pensar que, a mi juicio, ella tenía una red de seguridad en sus esfuerzos para ser soprano —o dejaba la puerta abierta al fracaso como cantante de ópera— por estar tan interesada en la política.

En el primer turno del Zufall vinieron más norteamericanos de los que esperábamos Karl o yo. No había más turistas extranjeros —al menos, no anglohablantes—, pero sí varias parejas norteamericanas que ya habían pasado la edad de jubilación y una mesa con diez ginecólogos y obstetras (todos norteamericanos), que me contaron que estaban en Viena para un congreso de OB-GIN.

Recibí una generosa propina de los médicos, porque les dije que habían elegido una buena ópera para obstetras y ginecólogos. Les expliqué la escena de *Macbeth* (acto III) en que las brujas hacen que aparezca un niño ensangrentado: el niño dirige a Macbeth las conocidas palabras de que «nadie nacido de mujer» puede causarle daño. (Naturalmente, Macbeth lo tiene crudo. Macduff, que mata a Macbeth, anuncia que nació por cesárea).

—Es probablemente la única ópera que trata el tema de la cesárea —dije a la mesa de los diez OB-GIN.

Karl fue contando a todo el mundo que mi novia era la soprano que esa noche cantaba la parte de Lady Macbeth, así que yo estuve muy solicitado por los clientes del primer turno, y Karl cumplió su promesa de dejarme salir del restaurante con tiempo de sobra para llegar al principio del primer acto. Pero algo andaba mal.

Tenía la extraña impresión de que el público no se tranquilizaba, en especial los

desconsiderados estadounidenses. Una pareja parecía al borde del divorcio; ella sollozaba, y su marido no encontraba manera de aplacarla. Supongo que muchos de ustedes saben ya qué viernes era aquél: el 22 de noviembre de 1963. Eran las 12:30 horas, hora de la zona central de Estados Unidos, cuando mataron al presidente Kennedy a tiros en Dallas. En Viena eran siete horas más que en Texas, y *Macbeth* — para mi sorpresa— no empezó puntualmente. Esmeralda me había dicho que en la Staatsoper las funciones siempre empezaban a la hora en punto, pero esa noche no fue así.

Yo no podía saberlo, pero entre bastidores reinaba la misma intranquilidad que observaba entre el público. La pareja de estadounidenses que había identificado como candidata al divorcio ya se había marchado; los dos se habían sumido en el mayor desconsuelo. Ahora había más estadounidenses aparentemente afectados. De pronto me fijé en las butacas vacías. ¡Pobre Esmeralda! Era su debut, pero el aforo de la sala no estaba al completo. (Debían de ser las 13:00 horas en Dallas cuando JFK murió, las 20:00 horas en Viena).

Al ver que el telón no se levantaba para dejar a la vista el páramo yermo de Escocia, empecé a preocuparme por Esmeralda. ¿Sufría acaso un ataque de miedo escénico? ¿Había perdido la voz? ¿Había cambiado Gerda Mühle de idea respecto a la noche libre? (El programa incluía un encarte donde se anunciaba que, el viernes 22 de noviembre de 1963, Esmeralda Soler sería Lady Macbeth. Yo ya había decidido enmarcar ese encarte; se lo regalaría a Esmeralda por Navidad ese año). Entre el público, otros irritantes estadounidenses no paraban de hablar; otros se marchaban también, algunos llorando. ¡Decidí que los estadounidenses tenían carencias culturales, padecían de imbecilidad social o eran todos unos ignorantes!

Por fin se levantó el telón, y allí estaban las brujas. Cuando aparecieron Macbeth y Banquo —éste, como yo sabía, pronto sería un fantasma—, pensé que ese Macbeth era demasiado viejo y estaba demasiado gordo para ser el marido de Esmeralda (incluso en una ópera).

Ya se pueden imaginar mi sorpresa cuando, justo en la siguiente escena del primer acto, no era mi Esmeralda quien cantaba «*Vieni, t'affretta!*». Ni era Esmeralda quien invocaba a los ministros del infierno en su auxilio («*Or tutti, sorgete*»). En el escenario estaban Gerda Mühle y su pólipo. Imaginé el asombro de la clientela anglohablante de nuestro primer turno en el Zufall, incluidos los diez obstetras y ginecólogos. Debieron de pensar: ¿cómo es posible que esa soprano mastodóntica con pinta de matrona sea la novia de nuestro joven y atractivo camarero?

Cuando Lady Macbeth manchó a los guardias dormidos con la daga ensangrentada, imaginé que Esmeralda había sido asesinada entre bastidores, o que le había sucedido algo no menos espantoso.

Al final del segundo acto daba la impresión de que la mitad del público lloraba. ¿Se debía su llanto a la noticia del asesinato de Banquo, o a la presencia del fantasma de Banquo en la mesa? Para cuando Macbeth vio al fantasma de Banquo esa segunda

vez, cerca del final del segundo acto, yo debía de ser el único en la Ópera Estatal de Viena que no sabía que el presidente Kennedy había sido asesinado. Hasta el intermedio no me enteré de lo ocurrido.

Después del intermedio me quedé para ver otra vez a las brujas, y a ese aterrador niño ensangrentado que le anuncia a Macbeth que «nadie nacido de mujer» puede causarle daño. Me quedé hasta la mitad del cuarto acto, porque quería ver la escena del sonambulismo: Gerda Mühle, y su pólipo, cantando «Una macchia» (acerca de la sangre que aún tiñe las manos de Lady Macbeth). Quizá me había imaginado que Esmeralda saldría de entre bastidores y se reuniría conmigo y con los demás estudiantes que permanecían de pie, fielmente, al fondo de la Staatsoper, pero — hacia el cuarto acto— eran tantas las butacas vacías que la mayoría de mis compañeros habían encontrado sitio donde sentarse.

Yo ignoraba que entre bastidores había un televisor sin sonido, y que Esmeralda estaba pegada a él; después me diría que no era necesario el sonido para entender qué le había ocurrido a JFK.

No esperé hasta el final del cuarto acto, el último. No necesité ver «hasta que el bosque de Birnam se mueva hacia Dunsinane», como lo expresa Shakespeare, ni oír a Macduff anunciar a Macbeth lo del nacimiento por cesárea. Corrí por la concurrida Kärntnerstrasse hasta la Weihburggasse, y en el trayecto fui dejando atrás a personas con el rostro bañado en lágrimas, en su mayoría no estadounidenses.

En la cocina del Zufall, todos, el personal y los camareros, veían la televisión; teníamos un pequeño aparato en blanco y negro. Vi las mismas imágenes sin sonido del atentado de Dallas que Esmeralda debía de haber visto.

—Llegas pronto, no tarde —observó Karl—. ¿La ha pifiado, tu novia?

—No ha cantado ella; ha sido Gerda Mühle —respondí.

—*Blöde Kuh!* —exclamó Karl—. ¡Esa vaca estúpida! —(Entre los vieneses que frecuentaban el palacio de la ópera, aquellos que estaban hartos de Gerda Mühle la llamaban «vaca estúpida» ya mucho antes de que Esmeralda empezara a llamarla Pólipo).

—Seguro que Esmeralda estaba demasiado alterada para actuar; seguro que se ha venido abajo entre bastidores —dije a Karl—. Era una gran admiradora de Kennedy.

—O sea que sí la ha pifiado —sentenció Karl—. Tendrás que vivir con las secuelas de eso, no te envidio.

Ya había unos cuantos clientes anglohablantes, me advirtió Karl; obviamente, no asiduos a la ópera.

—Más obstetras y ginecólogos —comentó Karl con desdén. (En su opinión, nacían demasiados niños en el mundo. «La superpoblación es el mayor problema», decía Karl una y otra vez)—. Y hay una mesa de maricas —me dijo Karl—. Acaban de llegar y ya están borrachos. Salta a la vista que son «mariposones». ¿No los llamáis así?

—Es una de nuestras maneras de llamarlos —dije a nuestro camarero jefe tuerto.

No me resultó difícil localizar la mesa de OB-GIN; eran doce, ocho hombres, cuatro mujeres, todos médicos. Como el presidente Kennedy acababa de ser asesinado, no me pareció oportuno romper el hielo comentando que se habían perdido la escena de la cesárea en *Macbeth* por no ir a la ópera.

En cuanto a la mesa de los maricas —o «mariposones», como los había llamado Karl—, había cuatro hombres, todos borrachos. Uno de ellos era el conocido poeta estadounidense que daba clases en el Instituto, Lawrence Upton.

—No sabía que trabajabas aquí, joven escritor de narrativa —dijo Larry—. Bill, te llamabas, ¿no?

—Así es —contesté.

—Dios mío, Bill. Se te ve fatal. ¿Es por Kennedy, o te ha pasado algo? —preguntó Larry.

—Esta noche he visto *Macbeth*... —comencé a decir.

—Ah, he oído que era la noche de la soprano suplente; me la he saltado —me interrumpió Larry.

—Sí, era..., debería haber sido la noche de la suplente —respondí—. Pero es estadounidense: imagino que estaba demasiado alterada por lo de Kennedy. No ha salido al escenario; ha actuado Gerda Mühle, como de costumbre.

—Gerda es extraordinaria —afirmó Larry—. Debe de haber sido maravilloso.

—Para mí no —repuse—. La soprano suplente es mi novia; esperaba verla en el papel de Lady Macbeth. He estado oyéndola cantar mientras sueña —le conté a la mesa de maricas borrachos—. Se llama Esmeralda Soler —informé a los mariposones—. Quizás algún día todos ustedes sepan quién es.

—Tienes novia —señaló Larry con la misma incredulidad maliciosa que expresaría después cuando sostuve que lo mío era arriba.

—Esmeralda Soler —repetí—. Debía de estar demasiado alterada para cantar.

—Pobre —dijo Larry—. Imagino que a los suplentes no se les presentan oportunidades a centenares.

—Imagino que no —coincidí.

—Sigo pensando en tu idea sobre el curso de escritura —me dijo Larry—. No lo he descartado, Bill.

Karl había dicho que no me envidiaba por tener que «vivir con las secuelas» de que Esmeralda no cantara la parte de Lady Macbeth, pero —mirando a Lawrence Upton y sus amigos maricas— de pronto preví otras secuelas no muy gratas en mi vida con Esmeralda.

Después de la representación del *Macbeth* de Verdi de aquel viernes por la noche fueron ya pocos los aficionados a la ópera anglohablantes que vinieron al Zufall. Deduzco que el asesinato de JFK dejó sin ganas de cenas tardías a aquellos de mis compatriotas norteamericanos que se hallaban en Viena durante ese noviembre. En la mesa de los OB-GIN se palpaba el abatimiento; se marcharon temprano. Sólo Larry y los mariposones se quedaron hasta tarde.

Karl me instó a que me fuera a casa.

—Ve a buscar a tu novia; no debe de andar muy animada —me dijo el camarero jefe tuerto.

Pero yo sabía que Esmeralda estaba con sus compañeros de la ópera o ya había vuelto a nuestro pequeño apartamento en la Schwindgasse. Esmeralda sabía dónde trabajaba yo; si quería verme, sabía dónde encontrarme.

—Los mariposones no se marcharán nunca; han decidido morir aquí —decía Karl una y otra vez—. Por lo visto, conoces al guapo: el conversador —añadió Karl.

Le expliqué quién era Lawrence Upton, y que daba clases en el Instituto, pero no era profesor mío.

—Vete a casa con tu novia, Bill —decía Karl una y otra vez.

Pero la sola idea de ver la información ya repetitiva del asesinato de JFK en aquel televisor de la sala de estar del apartamento de la casera de Esmeralda me daba grima; pensar en el desagradable perro me inducía a quedarme en el Zufall, donde podía permanecer atento al pequeño televisor en blanco y negro de la cocina del restaurante.

—Esto es la muerte de la cultura norteamericana —decía Larry a los otros tres mariposones—. Tampoco es que exista una cultura favorable al libro en Estados Unidos, pero Kennedy nos daba ciertas esperanzas con respecto a tener una cultura favorable a los escritores. He ahí a Frost: el poema de la investidura. No estaba mal; al menos Kennedy tenía buen gusto. ¿Cuándo volveremos a tener un presidente con, al menos, buen gusto?

Lo sé, lo sé: ésta no es la manera más sugerente de presentar a Larry. Pero lo asombroso de él era que siempre decía la verdad, sin tomar en consideración las «sensibilidades» de los demás como parte del contexto.

Podría haber ocurrido que a Larry lo oyera alguien abstraído en sus sentimientos por el presidente asesinado, o que tuviera la sensación de haber naufragado en una costa extranjera, embestido por las impetuosas olas del patriotismo. A Larry eso le traía sin cuidado; si creía que algo era cierto, lo decía. Ese atrevimiento no me inspiró el menor rechazo por Larry.

Pero, en algún momento durante el discurso de Larry, Esmeralda se presentó en el restaurante. No era capaz de comer antes de cantar, como ella misma me había dicho, por lo cual me constaba que no había cenado, y ya había tomado vino blanco: no muy buena idea con el estómago vacío. Esmeralda se sentó primero a la barra, llorando; Karl se apresuró a llevarla a la cocina, donde ella se sentó en un taburete ante el pequeño televisor. Karl le sirvió una copa de vino blanco antes de decirme que estaba en la cocina; yo no había visto a Esmeralda en la barra porque estaba abriendo una botella de vino tinto más para la mesa de Larry.

—Es tu novia, Bill; deberías llevarla a casa —me aconsejó Karl—. Está en la cocina.

El alemán de Larry no era malo; había entendido lo que Karl me había dicho.

—¿Es tu suplente de soprano, Bill? —me preguntó Larry—. Que venga a sentarse con nosotros: ¡la animaremos! —(Yo tuve mis dudas; estaba casi seguro de que una conversación sobre la muerte de la cultura norteamericana no habría animado a Esmeralda).

Pero fue así como sucedió, así como Larry llegó a ver a Esmeralda cuando salimos del restaurante.

—Ya me ocuparé yo de los mariposones. Nos repartiremos la propina. Lleva a la chica a casa, Bill.

—Creo que voy a vomitar si sigo viendo la televisión —me dijo Esmeralda, aún en la cocina.

Se la veía un poco tambaleante en el taburete. Supe que, en cualquier caso, probablemente vomitaría a causa del vino blanco. En el camino de vuelta ofreceríamos una imagen deplorable, por toda Ringstrasse hasta Schwindgasse, pero confiaba en que el paseo le sentara bien.

—Una Lady Macbeth anormalmente guapa —oí decir a Larry mientras ayudaba a Esmeralda a salir del restaurante—. ¡Eh, joven escritor de narrativa, sigo pensando en ese curso de escritura! —me recordó Larry alzando la voz mientras Esmeralda y yo nos marchábamos.

—Creo que al final vaya vomitar —decía Esmeralda.

Cuando llegamos a la Schwindgasse ya era tarde; Esmeralda había vomitado mientras cruzábamos la Karlsplatz, pero una vez en el apartamento dijo que se sentía mejor. La casera y su desagradable perro se habían ido a dormir; la sala estaba a oscuras, el televisor apagado..., o estaban todos tan muertos como JFK, incluido el aparato.

—Verdi no —dijo Esmeralda cuando me vio plantado ante el tocadiscos, indeciso.

Puse a Joan Sutherland en lo que, según todo el mundo, era su «papel emblemático»; yo sabía lo mucho que Esmeralda adoraba *Lucia di Lammermoor*, que puse a un volumen muy bajo.

—Es tu gran noche, Billy; también la mía. Yo tampoco he practicado nunca el sexo vaginal. Da igual si me quedo embarazada. Cuando una suplente se raja, está lista, se acabó —dijo Esmeralda; se había lavado los dientes y la cara, pero seguía un poco ebria, creo.

—No digas disparates —la reprendí—. No da igual si te quedas embarazada. Te saldrán otras muchas oportunidades, Esmeralda.

—Oye, ¿quieres probar mi vagina o no? —preguntó Esmeralda—. Yo sí quiero probar mi vagina, Billy. ¡Te lo estoy pidiendo, por el amor de Dios! ¡Quiero saber qué se siente en la vagina!

—Ah.

Por supuesto, usé condón; me habría puesto dos si ella hubiera querido. (Desde luego, seguía un poco ebria, de eso no cabía duda).

Fue así como ocurrió. La noche de la muerte de nuestro presidente conocí el sexo



vaginal: me gustó muchísimo. Creo que fue durante la escena de locura de Lucia cuando Esmeralda alcanzó su orgasmo, muy estridente; para ser sincero con ustedes, nunca sabré si aquel mi bemol agudo fue de Joan Sutherland o de Esmeralda. Esta vez sus muslos no protegían mis orejas; pese a vibrarme los oídos, llegué a oír los ladridos del perro de la casera.

—¡La Virgen! —oí decir a Esmeralda—. ¡Ha sido asombroso!

Yo mismo sentí asombro (y alivio); no sólo me había gustado muchísimo: ¡me había encantado! ¿Era tan bueno como el sexo anal (o mejor)? Bueno, era distinto. Por pura diplomacia, siempre digo —cuando me lo preguntan— que el sexo anal y el sexo vaginal me gustan «por igual». Mis anteriores inquietudes ante las vaginas eran infundadas.

Pero, por desgracia, estuve un poco lento a la hora de ese «¡La Virgen!» de Esmeralda y su «¡Ha sido asombroso!». Pensaba en lo mucho que me había encantado, pero no lo dije.

—¿Billy? —me preguntó Esmeralda—. ¿A ti cómo te ha ido? ¿Te ha gustado?

Verán, este problema no lo tienen sólo los escritores, pero los escritores lo tienen mucho, muchísimo; para nosotros, una secuencia de pensamiento, como se la llama, es imparabile aunque no se exprese.

—Ciertamente —dije— no es un salón de baile. —Eso le contesté a Esmeralda después del día que había tenido, la pobre.

—No es ¿qué? —preguntó.

—¡Ah, es sólo una expresión de Vermont! —me apresuré a responder—. En realidad no significa nada. Ni siquiera sé muy bien qué quiere decir que tal o cual cosa «no es un salón de baile»; no me resulta fácil traducirlo.

—¿Por qué has tenido que decir algo negativo? —preguntó Esmeralda—. «No es un» lo que sea es negativo; «no es un salón de baile» suena a gran decepción, Billy.

—No, no. No estoy decepcionado. ¡Me ha encantado tu vagina! —exclamé.

El desagradable perro volvió a ladrar; Lucia se repetía: había vuelto al principio, cuando era aún una joven novia, confiada pero poco estable.

—Yo no soy un «salón de baile», como si dijeras que sólo soy un gimnasio, o una cocina, o algo así —decía Esmeralda.

Y en ese momento asomaron las lágrimas (lágrimas por Kennedy, por su única oportunidad de ser soprano «titular», por su vagina poco valorada), muchas lágrimas.

Uno no puede retirar algo como «Desde luego, no es un salón de baile»; sencillamente no es lo que debe decir después de su primera experiencia con el sexo vaginal. Por supuesto, tampoco podía retirar lo que le había dicho a Esmeralda sobre la política: sobre su escaso compromiso con la posibilidad de llegar a ser soprano.

Viviríamos juntos hasta esa Navidad y el principio del año entrante, pero el daño —la desconfianza— ya estaba allí. Una noche yo debí de decir algo en sueños. Por la mañana, Esmeralda me preguntó: «Aquel hombre mayor del Zufall, uno bastante atractivo..., ya sabes, el de aquella noche espantosa, ¿qué quiso decir con lo del curso

de escritura? «¿Por qué te llamó joven escritor de narrativa», Billy? ¿Te conoce? ¿Tú lo conoces a él?».

En fin, eso no tenía una respuesta fácil. Luego, otra noche —durante ese enero de 1964, cuando salí del trabajo— crucé la Kärntnerstrasse y doblé por la Dorotheergasse para ir al Kaffee Käfig. Yo sabía perfectamente qué clientela acudía allí entrada la noche: eran todos hombres, todos gais.

«Vaya, pero si es el escritor de narrativa», podría haber dicho Larry, o tal vez sólo se limitó a preguntar: «Te llamas Bill, ¿no?». (Esto sucedería la noche que me dijo que había decidido dar el curso de escritura que yo le había propuesto, pero antes de las dos o tres primeras clases tuyas a las que asistí).

Esa noche en el Kaffee Käfig —no mucho antes de que me echara los tejos—, tal vez Larry me preguntó:

—¿Esta noche no tenemos suplente de soprano? ¿Dónde está aquella chica tan tan guapa? No es una Lady Macbeth corriente, Bill, ¿verdad que no?

—No, no es corriente —tal vez farfullé.

Sólo hablamos; esa noche no sucedió nada.

De hecho, más tarde esa misma noche, cuando yo estaba en la cama con Esmeralda, ella me hizo una pregunta clave.

«Ese acento alemán tuyo... es perfectamente austriaco..., me supera. No tienes un alemán extraordinario, pero lo hablas de una manera muy auténtica. ¿De dónde has sacado ese alemán, Billy? ¿Cómo es posible que no te lo haya preguntado nunca?».

Acabábamos de hacer el amor. Cierto es que no había sido muy espectacular: el perro de la casera no ladró y los oídos no me vibraron, pero había sido sexo vaginal y a los dos nos encantó. «Se acabó el sexo anal para nosotros, Billy. Lo he dejado atrás», había dicho Esmeralda.

Como es natural, yo sabía que, por mi parte, no había dejado atrás el sexo anal. También era consciente de que no me encantaba sólo la vagina de Esmeralda; había aceptado la idea esclavizadora de que tampoco «dejaría atrás» nunca las vaginas. Lógicamente, no era sólo la vagina de Esmeralda la que me había esclavizado. No podía culpada de no tener pene.

La culpa se la atribuyo a la pregunta: «¿De dónde has sacado ese alemán?». Lo cual me llevó a plantearme de dónde «sacamos» los deseos; ése es un camino oscuro y tortuoso. Y esa noche supe que abandonaré a Esmeralda.

## LAS FOTOGRAFÍAS QUE CONSERVÉ DE ELAINE

Cuando cursaba tercero en la academia Favorite River, estudiaba Alemán III. Ese invierno, después de la muerte del viejo Grau, la clase de Alemán III de *Fräulein* Bauer incorporó a algunos de los alumnos del doctor Grau, entre ellos a Kittredge. Era un grupo mal preparado; *Herr* Doktor Grau era un profesor que generaba confusión. En Favorite River, para obtener la graduación, era obligatorio estudiar una misma lengua durante tres cursos; si Kittredge hacía Alemán III en cuarto, significaba que había cateado el alemán en uno de los años anteriores o que había empezado estudiando otra lengua extranjera y, por alguna razón desconocida, había cambiado al alemán.

—¿Tu madre no es francesa? —le pregunté. (Daba por supuesto que él hablaba francés en casa).

—Me cansé de hacer lo que quería mi presunta madre —contestó Kittredge—. ¿A ti eso aún no te ha pasado, Ninfa?

Como Kittredge poseía un ingenio cáustico, me sorprendió que fuese tan mal estudiante de alemán; menos me sorprendió descubrir que era holgazán. Era una de esas personas con facilidad para las cosas, pero no se esforzaba en demostrar que era merecedor de sus dotes. Las lenguas extranjeras requerían voluntad para memorizar y tolerancia a la repetición; el hecho de que Kittredge fuera capaz de aprenderse los diálogos que le tocaban en una obra de teatro era prueba de su capacidad para esa clase de autoperfeccionismo: en el escenario era un intérprete con gran desenvoltura. Pero carecía de la disciplina necesaria para el estudio de una lengua extranjera, en particular el alemán. Los artículos —«*Der, die, das, den, dem*, toda esa puta mierda!», como afirmaba Kittredge con ira— colmaban su paciencia.

Ese año, en que Kittredge debería haberse graduado, no le sirvió de nada para la nota final que yo accediera a ayudarlo con los deberes; la circunstancia de que Kittredge prácticamente copiara mis traducciones en nuestras tareas diarias no le sería de ninguna utilidad en los exámenes presenciales, que tenía que realizar él solo. En verdad, yo no deseaba que Kittredge suspendiera el Alemán III; preveía las repercusiones de que repitiera su último año y coincidiera conmigo en cuarto. Pero era difícil negarle algo cuando pedía ayuda.

«Es difícil negarle nada, y punto», diría Elaine más tarde. Me siento culpable de no haber sabido que mantenían una relación.

Ese trimestre de invierno hubo audiciones para lo que Richard Abbott llamó el «Shakespeare de primavera», a fin de diferenciarlo de la obra de Shakespeare que había dirigido durante el trimestre de otoño. En Favorite River, Richard, a veces,

también nos imponía un Shakespeare a los alumnos en el trimestre de invierno.

Aunque me pese admitirlo, creo que la participación de Kittredge en el Club de Teatro fue la causa del auge en la popularidad de las representaciones de nuestro colegio, a pesar de tanto Shakespeare. En la reunión matinal, cuando Richard leyó en voz alta el reparto para *Noche de reyes*, hubo más interés que de costumbre; la lista se colgó después en el comedor de la academia, donde los estudiantes llegaron a formar cola para tener la oportunidad de echar un vistazo al *dramatis personae*.

Nuestro profesor y director, Richard Abbott, sería Orsino, duque de Illiria. Richard, en el papel del duque, empieza *Noche de reyes* con esa frase familiar y lírica: «Si el amor se alimenta de música, seguid tocando», sin la menor necesidad de que mi madre lo apuntara.

En primer lugar, Orsino declara su amor por Olivia, una condesa representada por la quejica de mi tía Muriel. Olivia rechaza al duque, quien (sin pérdida de tiempo) se enamora de Viola; con lo que Orsino pasa a ser un personaje descomedido en sus declaraciones: «quizá más enamorado del amor que de cualquiera de las dos damas», como planteó Richard Abbott.

Siempre pensé que, como Olivia rechaza a Orsino en tanto que amante, Muriel no debió de ver ningún inconveniente en aceptar el papel de condesa.

Richard seguía teniendo, como hombre, demasiada madera de protagonista para Muriel, que nunca se relajó del todo en presencia de su apuesto cuñado.

A Elaine le asignaron el papel de Viola, que después aparecería disfrazada de Cesario. Elaine dedujo de inmediato que Richard había previsto el necesario transformismo de Viola para convertirse en Cesario: «Viola no debe tener pecho, porque es un hombre durante casi toda la obra», fue como Elaine me lo planteó.

De hecho, me dio cierto repelús que Orsino y Viola acabaran enamorados —dado que Richard era considerablemente mayor que Elaine—, pero a Elaine no pareció importarle. «Creo que por entonces las chicas se casaban más jóvenes», se limitó a decir al respecto. (¡Si hubiera tenido dos dedos de frente, me habría dado cuenta de que Elaine andaba liada en la vida real con un amante que era mayor que ella!).

A mí me asignaron el papel de Sebastián, el hermano gemelo de Viola. «Eso a vosotros dos os viene que ni pintado», nos dijo Kittredge a Elaine y a mí con actitud condescendiente. «Como puede verse, ya tenéis uno de esos rollos hermano-hermana». (En ese momento, no lo capté; Elaine debía de haberle dicho a Kittredge que ella y yo no estábamos mutuamente interesados en ese sentido).

Admito que yo estaba confuso; el hecho de que Muriel, en el papel de Olivia, primero se quedara prendada de Elaine (disfrazada de Cesario) y después se sintiera atraída por mí, Sebastián... En fin, eso ponía a prueba la antedicha cuestión de la incredulidad. En cuanto a mí, me resultaba imposible imaginarme enamorado de Muriel; de ahí que mantuviese la mirada fija en el busto operístico de mi tía. Ese Sebastián no miró ni una sola vez a los ojos a esa Olivia, ni siquiera cuando Sebastián exclama: «Si esto es soñar, siga yo durmiendo».

O cuando Olivia, cuyo carácter dominante le venía a Muriel que ni hecho de encargo, afirma: «Ojalá obedezcas».

Yo, en el papel de Sebastián, con la mirada al frente, fija en los pechos de mi tía Muriel, que me quedaban cómicamente a la altura de los ojos, le contesto rendido de amor: «Señora, obedezco».

—En fin, Bill, te conviene recordar —me dijo el abuelo Harry—, que *Noche de reyes* es una comedia, eso por supuesto.

Cuando yo fuera un poco más alto, y un poco mayor, Muriel pondría reparos a que yo fijara la mirada en sus pechos. Pero esa última obra no era una comedia, y sólo ahora se me ocurre pensar que cuando nos asignaron los papeles de Olivia y Sebastián en *Noche de reyes*, probablemente Muriel no podía ver que yo mantenía la mirada fija en sus pechos, ¡porque sus pechos se lo impedían! (Dada mi estatura por aquel entonces, los pechos de Muriel obstaculizaban su propio campo visual).

El marido de la tía Muriel, mi querido tío Bob, entendió bien el factor cómico de *Noche de reyes*. El hecho de que la afición de Bob por la bebida fuese una carga tan pesada para Muriel pareció objeto de burla cuando Richard asignó al tío Bob el papel de don Tobías Regüeldo, pariente de Olivia y —en sus momentos más memorables de la obra— un borracho de mal comportamiento. Pero Bob era tan apreciado por los alumnos de Favorite River como por mí; al fin y al cabo, era un encargado de admisiones excesivamente permisivo. Bob no le concedía gran valor a la circunstancia de caer bien a los alumnos. («¿Cómo no voy a caerles bien, Billy? ¡Me conocieron cuando los entrevisté, y los acepté!»).

Bob era, además, entrenador de los deportes de raqueta, tenis y squash, de ahí las pelotas de squash. Las pistas de squash, en el sótano del gimnasio, eran subterráneas y húmedas. Cuando una de las pistas de squash apestaba a cerveza, los chicos decían que el entrenador Bob debía de haber jugado allí, exudando los venenos de la noche anterior.

Tanto la tía Muriel como Nana Victoria se quejaron al abuelo Harry de que asignar a Bob el papel de don Tobías Regüeldo «fomentaba» la inclinación a la bebida de Bob. Acusarían a Richard Abbott de «tomarse a la ligera» el deplorable sufrimiento que le causaba a la pobre Muriel ver que Bob bebía. Pero si bien Muriel y mi abuela despotricarían de Richard ante el abuelo Harry, jamás habrían dirigido una palabra de descontento al propio Richard.

Al fin y al cabo, Richard Abbott había llegado «que ni llovido del cielo» (por usar una frase hecha de Nana Victoria) para salvar a mi agraviada madre; hablaban de ese rescate como si nadie más hubiera sido capaz de llevar a cabo la misión. Ni Nana Victoria ni la tía Muriel consideraban ya a mi madre responsabilidad suya, porque Richard había aparecido y se la había quitado de las manos.

Al menos ésa era en gran medida la impresión que a mí me daban mi tía y mi abuela: Richard no podía hacer nada malo, o todo aquello malo que Nana Victoria y la tía Muriel pensaran que Richard había hecho lo desgranarían pormenorizadamente

ante el abuelo Harry, como si esperaran que él sí pudiera hablar de ello con Richard. Mi prima Gerry y yo lo oíamos todo, porque cuando Richard y mi madre no estaban presentes, mi desaprobadora abuela y mi entrometida tía hablaban incesantemente de ellos. ¡Tenía la sensación de que seguirían llamándolos «los recién casados», aunque fuera en tono de mofa, cuando mi madre y Richard llevaran veinte años de matrimonio! Conforme me hacía mayor, tomaba conciencia de que todos ellos —no sólo Nana Victoria y la tía Muriel, sino también el abuelo Harry y Richard Abbott— trataban a mi madre como a una niña temperamental. (Se andaban con grandes miramientos, tal como habrían actuado con una niña en peligro de causarse a sí misma algún daño sin querer).

El abuelo Harry jamás criticaba a Richard Abbott; quizás Harry coincidía en que Richard era el salvador de mi madre, pero creo que el abuelo Harry tenía inteligencia suficiente para saber que Richard había salvado a mi madre sobre todo de Nana Victoria y de la tía Muriel, más que del siguiente hombre que se hubiera presentado y hubiera hecho perder el seso a mi madre, tan fácilmente seducible.

Así y todo, en el caso de esta malhadada producción de *Noche de reyes*, incluso el abuelo Harry tenía sus dudas acerca del reparto. A él le asignaron el papel de María, la dama de compañía de Olivia. Tanto el abuelo Harry como yo nos imaginábamos a María mucho más joven, aunque la principal dificultad de Harry con el papel era que tenía que casarse con don Tobías Regüeldo.

—No me puedo creer que vaya a prometerme en matrimonio con mi yerno, tanto más joven que yo —dijo el abuelo Harry con tristeza un domingo de invierno que yo cenaba con él y Nana Victoria.

—En fin, abuelo, te conviene recordar que *Noche de reyes* es una comedia, eso está claro —le recordé.

—Menos mal que sólo es en el escenario, imagino —había dicho Harry.

—«Sólo en el escenario»: tú y tu cantinela de siempre —le reprochó Nana Victoria con brusquedad—. A veces pienso que tu único objetivo en la vida es ser raro, Harold.

—Tolerancia, debes tener más tolerancia, Vicky —declamó el abuelo Harry, guiñándome un ojo.

Tal vez por eso decidí contarle lo que le había contado a la señora Hadley: mi encaprichamiento con Richard, ya un tanto apagado, mi creciente atracción por Kittredge, e incluso mi masturbación con el inverosímil recurso de Martha Hadley como modelo de sujetadores preparatorios. Pero no (todavía no) mi amor silenciado por la señorita Frost.

—Eres un encanto de chico, Bill, con lo que quiero decir, claro está, que albergas sentimientos por los demás, y haces todo lo posible para no herir sus sentimientos. Eso es admirable, muy admirable —me dijo el abuelo Harry—, pero cuidado no vayan a herir tus sentimientos. Es menos arriesgado sentirse atraído por unas personas que por otras.

—¿Por otros chicos, querrás decir? —pregunté.

—Quiero decir por determinados chicos. Sí. Se necesita un chico especial... para hablarle con el corazón en la mano sin peligro. Algunos chicos te harían daño —dijo el abuelo Harry.

—Kittredge, probablemente —sugerí.

—Yo diría que sí. Sí —respondió Harry. Dejó escapar un suspiro—. Quizás aquí no convenga, Bill, no en este colegio, no en este momento. Quizás esa atracción por otros chicos, u hombres, deba esperar.

—¿Esperar hasta cuándo? ¿Y dónde? —pregunté.

—Ah, pues... —había comenzado a contestar el abuelo Harry, pero se interrumpió—. Creo que la señorita Frost estuvo muy acertada en las lecturas que te aconsejó —comenzó de nuevo el abuelo Harry—. Seguro que podría recomendarte algún libro... O sea, sobre el tema de sentirse atraído por otros chicos, u hombres, y en lo referente a cuándo y dónde es posible actuar en respuesta a esa atracción. Ojo, Bill, yo no he leído ese libro, pero seguro que hay historias así; me consta que esos libros existen, y quizá la señorita Frost los conozca.

Estuve a punto de contarle en ese mismo instante que la señorita Frost era uno de los objetos de atracción que me tenían confundido, pero por alguna razón me contuve; quizá me impidió hablar el hecho de que ella fuera la más poderosa de todas mis atracciones.

—Pero si se lo digo a la señorita Frost ¿por dónde empiezo? —pregunté al abuelo Harry—. No sé por dónde comenzar..., o sea, ¿qué digo antes de llegar a la cuestión de si hay libros sobre el tema o no?

—Creo que puedes explicarle a la señorita Frost lo que me has contado a mí, Bill —contestó el abuelo Harry—. Me da que será comprensiva.

Me dio un beso en la frente y un abrazo; la expresión de mi abuelo traslucía tanto afecto como preocupación. De repente lo vi como lo había visto tantas veces: en el escenario, donde casi siempre era una mujer. Fue su manera de usar la palabra «comprensiva» lo que despertó un recuerdo muy lejano; acaso se tratara de algo totalmente imaginado por mí, pero habría jurado que era un recuerdo.

No sabría decir qué edad tenía por aquel entonces: diez u once años, a lo sumo. Ocurrió mucho antes de aparecer Richard Abbott; yo era Billy Dean, y en la vida de mi madre soltera no había ningún pretendiente. Pero Mary Marshall Dean era ya la apuntadora oficial de los Comediantes de First Sister, y fuera cual fuese mi edad, y al margen de mi inocencia, mi presencia entre bastidores era un hecho aceptado desde hacía tiempo. Podía moverme libremente de aquí para allá, siempre y cuando no estorbara a los actores y permaneciese callado. «No estás entre bastidores para andar de charla, Billy», recuerdo que me decía mi madre. «Estás aquí para observar y escuchar».

Creo que fue uno de esos poetas ingleses —¿Auden, quizá?— quien dijo que, antes de poder escribir cualquier cosa, uno debía fijarse en algo. (Debo reconocer que

fue Lawrence Upton quien me lo dijo; doy por supuesto que la cita es de Auden sólo porque él admiraba a Auden).

En realidad da igual quien lo dijera; cae por su propio peso: antes de escribir cualquier cosa, uno debe fijarse en algo. En mi caso, la etapa de fijarme en algo, dentro del proceso de convertirme en escritor, fue esa parte de mi infancia: cuando yo estaba entre bastidores en el pequeño teatro de la agrupación de teatro amateur de nuestro pueblo. Una de las cosas en que me fijé, quizá la primera, fue que no todo el mundo consideraba magnífico o gracioso que mi abuelo encarnara tantos papeles femeninos en las producciones de los Comediantes de First Sister.

A mí me encantaba estar entre bastidores, limitándome a observar y escuchar. También me gustaban las transiciones; por ejemplo, ese momento en que todos los actores empezaban a ensayar sin el texto a la vista y emplazaban a mi madre para comenzar a apuntar. Luego venía ese intervalo mágico, incluso entre los aficionados, en que los actores parecían haber entrado por completo en sus personajes; aunque fueron muchos los ensayos a los que asistí, esa efímera ilusión en que la obra de pronto parecía real era inolvidable en todas las producciones. Y, sin embargo, uno siempre veía u oía algo en el ensayo general que le resultaba totalmente nuevo. Por último, la noche del estreno, uno sentía la emoción de ver y oír la obra por primera vez con público.

Recuerdo que, incluso de niño, la noche del estreno yo me ponía tan nervioso como los actores. Desde mi escondrijo entre bastidores veía bastante bien (aunque parcialmente) a los actores. Pero veía mejor al público, pese a que sólo alcanzaba a distinguir las caras de las dos o tres primeras filas de butacas. (Según el lugar donde se situaba mi madre en su función de apuntadora, yo veía a los espectadores de las primeras dos o tres filas a la derecha o a la izquierda del escenario).

Veía esas caras del público un poco más de frente que de perfil, aunque los espectadores miraban a los actores en el escenario; nunca me miraban a mí. A decir verdad, era como escuchar a escondidas: yo me sentía como si estuviera espiando al público, o sólo a ese pequeño segmento. Las luces de la sala estaban apagadas, pero las caras en el primer par de filas de butacas quedaban iluminadas por la exigua luz del escenario: naturalmente, durante el transcurso de la obra, variaba la intensidad de la luz en los espectadores, aunque yo casi siempre podía ver sus caras y distinguir sus expresiones.

La sensación de estar «espiando» a esos aficionados al teatro de First Sister al alcance de mi vista derivaba del hecho de que cuando uno está entre el público en un teatro, con la atención puesta en los actores y el escenario, nunca imagina que alguien lo mira. Pero yo sí los observaba; en sus expresiones veía todo lo que pensaban y oían. Llegada la noche del estreno, me conocía la obra de memoria; al fin y al cabo, había estado presente en casi todos los ensayos. A esas alturas, la reacción del público me interesaba mucho más que lo que hacían los actores en el escenario.

En la noche del estreno —al margen de cuál fuera la mujer, o la clase de mujer,



que interpretara el abuelo Harry— siempre me fascinaba observar las reacciones del público a la actuación de Harry Marshall en un papel femenino.

Estaba el encantador señor Poggio, el dueño de la tienda de alimentación de nuestro barrio. Era tan calvo como el abuelo Harry, pero lamentablemente miope; siempre era de los que se sentaban en la primera fila, e incluso en la primera fila el señor Poggio entornaba los ojos. En cuanto el abuelo Harry subía al escenario, el señor Poggio se sacudía en convulsiones de risa contenida; las lágrimas resbalaban por sus mejillas, y yo tenía que apartar la mirada de su sonriente rostro boquiabierto y mellado para no prorrumpir en carcajadas.

Curiosamente, la señora Poggio no tenía en tanta estima las encarnaciones femeninas del abuelo Harry; cuando lo veía por primera vez fruncía el entrecejo y se mordía el labio inferior. Al parecer, tampoco le complacía ver tan contento a su marido ante el abuelo Harry representando un papel femenino.

Y estaba el señor Ripton, Ralph Ripton, el aserrador. Manejaba la sierra principal en el aserradero y maderería del abuelo Harry; el puesto de operario de la sierra principal era un trabajo de alta cualificación (y gran peligro) en el aserradero. A Ralph Ripton le faltaban el pulgar y las dos primeras falanges del índice de la mano izquierda. Yo había oído la historia del accidente muchas veces; tanto al abuelo Harry como a su socio, Nils Borkman, les gustaba contar la sanguinolenta anécdota.

Yo siempre había creído que el abuelo Harry y el señor Ripton eran amigos; debían de ser algo más que compañeros de trabajo. Sin embargo, Ralph no veía con buenos ojos al abuelo Harry en papeles de mujer; el señor Ripton adoptaba una expresión colérica y condenatoria siempre que veía al abuelo Harry interpretar en el escenario a un personaje femenino. La mujer del señor Ripton —totalmente inexpresiva— permanecía sentada junto a su marido hipercrítico como si hubiese sufrido daños cerebrales por la mera idea de ver a Harry Marshall actuar en un papel de mujer.

Ralph Ripton poseía una gran habilidad para cebar la pipa con tabaco sin apartar nunca su severa mirada del escenario. Yo suponía, al principio, que el señor Ripton llenaba la pipa para fumar en el intermedio —siempre utilizaba el muñón del dedo índice cercenado para apisonar bien el tabaco en la cazoleta de la pipa—, pero después reparé en que los Ripton nunca regresaban después del intermedio. Venían al teatro con el firme propósito de detestar lo que veían y marcharse antes de hora.

El abuelo Harry me había contado que Ralph Ripton tenía que sentarse en la primera o segunda fila para poder oír; la sierra principal del aserradero emitía un gemido tan agudo que lo había ensordecido. Pero yo vi con mis propios ojos que la sordera no era el único problema del aserrador.

Otros rostros formaban parte de ese público colectivo —muchos espectadores asiduos en esas butacas de las primeras filas—, y si bien en la mayoría de los casos yo no conocía sus nombres ni sus profesiones, no me resultaba difícil (ni siquiera de niño) reconocer su pertinaz aversión por el abuelo Harry en el papel de mujer. Pero,

en honor a la verdad, debo decir que cuando Harry Marshall besaba en un papel femenino —o sea, cuando besaba a otro hombre en el escenario—, la mayor parte del público se reía o jaleaba o aplaudía. Pero yo tenía un don para localizar los rostros hostiles; siempre había unos cuantos. Veía encogerse a algunos espectadores, o apartar la mirada con indignación; los veía entornar los ojos con repugnancia ante la imagen del abuelo Harry besando en un papel femenino.

Harry Marshall encarnaba a toda clase de mujeres: era una loca que se mordía repetidamente las manos; una novia llorosa abandonada ante el altar; una asesina en serie (una peluquera) que envenenaba a sus novios; una policía coja. Mi abuelo adoraba el teatro, y yo adoraba sus actuaciones, pero quizás había individuos en First Sister, Vermont, con una imaginación muy limitada; sabían que Harry Marshall era maderero: no podían aceptarlo como mujer.

De hecho, en los rostros de los vecinos del pueblo yo no sólo veía expresiones de ostensible desagrado y condena; yo no sólo veía burla, ni sólo malevolencia. Veía odio en algunos de esos rostros.

No conocería el nombre de uno de esos rostros hasta que lo vi en la primera reunión matinal a la que acudí como alumno de la academia Favorite River. Era el doctor Harlow, el médico del colegio, aquel que, cuando nos hablaba a los chicos, siempre se mostraba muy campechano y engatusador. En el rostro del doctor Harlow se reflejaba la convicción de que el gusto de Harry Marshall por interpretar papeles femeninos era una afección; en la expresión del doctor Harlow se reflejaba la arraigada creencia de que el transformismo del abuelo Harry era tratable. Por lo tanto, yo temía y detestaba al doctor Harlow antes de saber quién era.

Y pese a ser sólo un niño entre bastidores, pensaba: «¡Por favor! ¿Es que no lo entienden? ¿Cómo no se dan cuenta de que es todo pura fábula?». Pero esos rostros de mirada severa entre el público no se dejaban persuadir. Esos rostros decían: «Esto no puede presentarse como pura fábula; aquello otro tampoco puede presentarse como pura fábula».

De niño me asustaba lo que veía en esos rostros del público desde mi posición invisible entre bastidores. No podía olvidar algunas de las expresiones de esa gente. A los diecisiete años, cuando le conté a mi abuelo lo de mis encaprichamientos con los chicos y los hombres, y mi contradictoria atracción por la versión que me inventaba de Martha Hadley como modelo de sujetador preparatorio, seguía asustado por lo que había visto en aquellos rostros entre el público durante las representaciones de los Comediantes de First Sister.

Le conté al abuelo Harry que me había dedicado a observar a algunos de nuestros vecinos del pueblo mientras lo observaban a él.

—Les daba igual que fuera pura fábula —dije—. Sólo sabían que no les gustaba. Te detestaban: Ralph Ripton y su mujer, incluso la señora Poggio, y sin duda el doctor Harlow. Detestaban que te hicieras pasar por mujer.

—¿Sabes qué te digo, Bill? —preguntó el abuelo Harry—. Que uno puede

presentar como fábula lo que le dé la gana.

Por entonces yo tenía lágrimas en los ojos, porque temía por mí mismo, de manera no muy distinta a como, de niño, había temido entre bastidores por el abuelo Harry.

—¡Le robé el sujetador a Elaine porque quería ponérmelo! —prorrumpí.

—Ah, pues..., esas debilidades puede tenerlas cualquiera, Bill. Yo no me preocuparía por eso —dijo el abuelo Harry.

Curiosamente, viendo que no podía escandalizarlo, sentí un gran alivio. A Harry Marshall sólo le preocupaba mi seguridad, del mismo modo que en otro tiempo yo había temido por la suya.

—¿Te lo ha explicado ya Richard? —me preguntó de pronto el abuelo Harry—. Ha habido cretinos que han prohibido *Noche de reyes*... ¡O sea, a lo largo de la historia algún que otro imbécil absoluto ha llegado al extremo de prohibir *Noche de reyes* de Shakespeare, y eso muchas veces!

—¿Por qué? —pregunté—. ¡Eso es un disparate! ¡Es una comedia, es una comedia romántica! ¿Qué razón podría haber para prohibirla? —exclamé.

—Ah, pues..., en cuanto al porqué, sólo puedo hacer suposiciones —contestó el abuelo Harry—. La hermana gemela de Sebastián, Viola..., se parece mucho a su hermano; de eso trata la historia, ¿no? Por eso la gente confunde a Sebastián con Viola cuando ella se disfraza de hombre y va de aquí para allá haciéndose llamar Cesaría. ¿No te das cuenta, Bill? ¡Viola es una transformista! ¡Por eso Shakespeare tuvo problemas! Por todo lo que me has contado, imagino que habrás observado que las personas ignorantes o rígidamente convencionales no tienen sentido del humor en lo referente a los transformistas.

—Sí, lo he observado —convine.

Pero lo que me obsesionaría sería precisamente aquello que no había observado. Durante todos esos años entre bastidores, cuando veía esos rostros de las primeras filas desde la perspectiva del apuntador, me había olvidado de mirar a la propia apuntadora. Ni una sola vez había observado la expresión de mi madre cuando veía y oía a su padre en el escenario en el papel de mujer.

La noche de aquel domingo de invierno, cuando regresé a Bancroft después de mi breve charla con el abuelo Harry, me juré que observaría el rostro de mi madre mientras Harry interpretaba el papel de María en *Noche de reyes*.

Sabía que dispondría de oportunidades —cuando Sebastián no estaba en el escenario pero María sí— para espiar a mi madre entre bastidores y observar la expresión de su cara. Temía lo que pudiera ver en su bonito rostro; dudaba que sonriera.

Con *Noche de reyes* tuve un mal presentimiento desde el principio. Kittredge había convencido a unos cuantos compañeros suyos del equipo de lucha para que se presentaran a la audición. Richard había elegido a cuatro de ellos para lo que había llamado «papeles menores».

Pero Malvolio no es un papel menor; el peso pesado del equipo de lucha, un hosco quejica, recibió el papel del mayordomo de alivia, un pretendiente que cae en el engaño de creer que alivia lo desea. Debo decir que Madden, el peso pesado que se consideraba una víctima permanente, estuvo bien elegido; Kittredge nos había dicho a Elaine y a mí que padecía el «síndrome de ser siempre el último».

En aquella época todos los dobles enfrentamientos en lucha empezaban por la categoría de peso inferior; los pesos pesados eran los últimos en luchar. Si el enfrentamiento estaba muy reñido, el resultado se decidía en el combate entre los pesos pesados: por lo común, Madden perdía. Tenía todo el aspecto de alguien sometido a un permanente agravio. Era perfecto que Malvolio, que acaba encarcelado por demencia, lamentara su destino: «Jamás agraviaron tanto a un hombre», gimoteaba Madden en el papel de Malvolio.

—Si quieres entrar en el personaje, Madden —oí que le decía Kittredge a su desventurado compañero de equipo—, sólo tienes que pensar en lo injusto que es ser peso pesado.

—¡Pero es verdad que ser peso pesado es injusto! —se lamentó Madden.

—Vas a ser un Malvolio excelente. Sé que lo serás —dijo Kittredge con su habitual tono condescendiente.

Otro luchador —un peso ligero que se afanaba por permanecer en su peso con vistas a cada nuevo pesaje— fue elegido para el papel del compañero de don Tobías, don Andrés de Carapálida. El chico, que se llamaba Delacorte, era de una delgadez espectral. A menudo, de lo muy deshidratado que estaba a fuerza de perder peso, tenía la boca estropajosa. Se enjuagaba con agua de un vaso de papel; escupía el agua en otro vaso. «No confundas los vasos, Delacorte», le decía Kittredge. (El «Dos Vasos», oí que lo llamaba Kittredge una vez).

No nos habría extrañado ver a Delacorte desmayarse de hambre; apenas se lo veía en el comedor. Se pasaba continuamente los dedos entre el pelo para asegurarse de que no se le caía.

—La pérdida del pelo es señal de inanición —nos informó Delacorte, muy serio.

—La pérdida del sentido común es otra señal —le advirtió Elaine, pero Delacorte no se dio por aludido.

—¿Por qué Delacorte no sube a la categoría siguiente? —le había preguntado yo a Kittredge.

—Porque lo harían picadillo —había contestado Kittredge.

—Ah.

Eligieron a otros dos luchadores para los papeles de capitanes de barco. Uno de los capitanes no es muy importante; es el capitán del buque naufragado, el que entabla amistad con Viola. No recuerdo el nombre del luchador que lo interpretó. El segundo capitán de barco es Antonio, el amigo de Sebastián. Al principio yo temía que Richard asignara a Kittredge el papel de Antonio, que es el típico aventurero valiente. Había algo tan genuinamente afectuoso en la amistad entre Sebastián y

Antonio que me preocupaba ver cómo se manifestaba ese afecto; es decir, en el caso de que Kittredge fuera Antonio.

Pero Richard o bien percibió mi preocupación, o bien supo que habría sido un desperdicio elegir a Kittredge para interpretar a Antonio. Con toda probabilidad, Richard tenía pensado desde el principio un papel mejor para Kittredge.

El luchador que Richard escogió para Antonio era un atractivo chico llamado Wheelock; todo lo que Antonio tuviera de aventurero, Wheelock podía transmitirlo.

«Wheelock no puede transmitir mucho más», me comentó Kittredge sobre su compañero de equipo. Me sorprendió que Kittredge se sintiera, al parecer, superior a sus compañeros del equipo de lucha; hasta entonces pensaba que sólo se sentía superior a las personas como Elaine y yo. Vi que había subestimado a Kittredge: se sentía superior a todo el mundo.

Richard asignó a Kittredge el papel del bufón, Feste: un bufón muy astuto y un tanto cruel. Al igual que otros payasos de Shakespeare, Feste es listo y superior. (No es un secreto que los bufones de Shakespeare a menudo son más sabios que las damas y caballeros con quienes comparten escenario; el de *Noche de reyes* es uno de esos bufones listos). De hecho, en la mayoría de las producciones que he visto de *Noche de reyes*, Feste acapara la escena; Kittredge la acaparaba, eso por descontado. A finales de ese invierno de 1960 Kittredge acaparó algo más que la escena.

Esa noche, mientras cruzaba el patio de las residencias después de mi conversación con el abuelo Harry, debería haber sabido que la luz azul en la ventana del dormitorio de Elaine en la cuarta planta era —como la había llamado Kittredge— una «señal». Kittredge no se equivocaba: esa lámpara de pantalla azul estaba encendida para él.

En su día imaginé que la luz azul en la ventana de la habitación de Elaine fue la última luz que vio el viejo Grau, aunque fuera débilmente, mientras se congelaba allí tendido. (Una idea muy traída por los pelos, quizás. El doctor Grau se había dado un golpe en la cabeza; había perdido el conocimiento en la nieve. Es muy probable que el viejo Grau no viera luz alguna, ni siquiera débilmente).

Pero ¿qué había visto Kittredge en esa luz azul? ¿Qué lo había alentado en esa señal? «Yo lo alenté, Billy», me diría Elaine más tarde, pero en su momento no me lo dijo. Yo no tenía la menor idea de que ella estaba tirándoselo.

Y, entretanto, el buenazo de mi padrastro, Richard Abbott, me traía condones a mí: «Sólo para ir sobre seguro, Bill», decía Richard al obsequiarme con otra docena de condones. No los necesitaba para nada, pero los guardaba orgullosamente; de vez en cuando me masturbaba con uno puesto.

Lógicamente, tendría que haberle dado una docena de condones (o más) a Elaine. ¡De haberlo sabido, me habría armado de valor de un modo u otro y se los habría dado todos a Kittredge!

Cuando Elaine se enteró de que estaba embarazada, no me lo dijo. Era el trimestre

de primavera y faltaban sólo unas semanas para el estreno de *Noche de reyes*; ya llevábamos un tiempo interpretando sin el texto a la vista, y los ensayos nos salían cada vez mejor. El tío Bob (en el papel de don Tobías Regüeldo) nos arrancaba risotadas cada vez que decía: «¿Te crees que, porque seas virtuoso, ya no ha de haber vino y fiesta?».

Y Kittredge poseía una potente voz para el canto: era un cantante más que aceptable. La canción que el bufón, Feste, le canta a don Tobías y a don Andrés de Carapálida, la canción «Amada mía, ¿adónde vas?»..., en fin, es una canción dulce pero melancólica. Es la que acaba así: «Siempre joven no serás». Costaba oír a Kittredge cantar esa canción tan bellamente, pese a que el ligero tono de sorna en su voz —en el personaje de Feste, o en el de Kittredge— era inconfundible. (Cuando me enteré del embarazo de Elaine, recordé un verso de una de las estrofas centrales de esa canción: «siempre acaba el caminar cuando te encuentra el amor»).

No cabe duda de que a Elaine y a Kittredge el amor los encontró en el dormitorio de ella en la cuarta planta. Los Hadley mantenían la costumbre de ir al cine a Ezra Falls con Richard y mi madre. Recuerdo que pasaron unas cuantas películas extranjeras con subtítulos que no entraban en la categoría de películas de sexo. Ese año dieron en Vermont una película de Jacques Tati —¿Era *Mi tío*, o quizá la anterior, *Las vacaciones del señor Hulot*?— y fui a Ezra Falls con mi madre y Richard y con los señores Hadley.

Elaine no quiso ir; se quedó en casa.

—No es una película de sexo, Elaine —le había asegurado mi madre—. Es francesa, pero es una comedia, muy ligera.

—No me apetece algo ligero, no me apetece una comedia —había contestado Elaine.

Ya vomitaba en los ensayos de *Noche de reyes*, pero nadie había deducido que tenía náuseas matutinas a causa del embarazo.

Tal vez fue entonces cuando Elaine le comunicó a Kittredge que la había dejado preñada, mientras su familia y la mía veían la película de Jacques Tati, con subtítulos, en Ezra Falls.

Cuando Elaine se enteró de que estaba embarazada, acabó contándoselo a su madre; Martha Hadley o el señor Hadley debieron de contárselo a Richard y a mi madre. Yo estaba en la cama —naturalmente, llevaba puesto el sujetador de Elaine— cuando mi madre irrumpió en la habitación.

—No, Joya, procura tomártelo con calma —oí decir a Richard, pero mi madre ya había encendido la luz de mi habitación.

Me incorporé en la cama, cubriéndome el sujetador de Elaine con las manos como si ocultara mis inexistentes pechos.

—¡Mírate! —exclamó mi madre—. ¡Elaine está embarazada!

—Yo no he sido —respondí; ella me abofeteó.

—¡Claro que no has sido tú! ¡Ya sé que no has sido tú, Billy! —dijo mi madre—.

Pero ¿por qué no has sido tú? ¿Por qué no? —exclamó.

Salió de la habitación, sollozando, y entró Richard.

—Debe de haber sido Kittredge —dije a Richard.

—En fin, Bill..., claro que ha sido Kittredge —contestó Richard. Se sentó en el borde de mi cama, haciendo un colosal esfuerzo por no fijarse en el sujetador—. Tendrás que perdonar a tu madre; está alterada —dijo.

No respondí. Pensaba en lo que me había dicho la señora Hadley, aquello de que «ciertas cuestiones sexuales» alteraban a mi madre. («Billy, sé que hay cosas que te ha ocultado», me había dicho Martha Hadley).

—Creo que Elaine tendrá que marcharse a otro sitio durante un tiempo —decía Richard Abbott.

—Marcharse, ¿adónde? —pregunté, pero Richard o bien no lo sabía, o bien no quiso decírmelo; se limitó a mover la cabeza de un lado al otro—. Lo siento mucho, Bill. Lo siento mucho por todo —dijo Richard.

Yo acababa de cumplir dieciocho años.

Fue entonces cuando me di cuenta de que ya no estaba encaprichado de Richard, ni siquiera un poco. Sabía que quería a Richard Abbott —todavía lo quiero—, pero esa noche descubrí algo en él que me desagradaba. En cierto modo era débil, se dejaba dominar por mi madre. Comprendí que aquello que mi madre me ocultaba, fuera lo que fuese, también me lo ocultaba Richard.

Les pasa a muchos adolescentes: ese momento en que uno rebosa resentimiento o desconfianza hacia los adultos a quienes antes quería incondicionalmente. Les pasa a algunos adolescentes cuando son más jóvenes de lo que yo era entonces, pero yo tenía dieciocho años recién cumplidos cuando me desligué de mi madre y de Richard. Confiaba más en el abuelo Harry, y aún quería al tío Bob. Pero Richard Abbott y mi madre se habían desplazado a esa zona desprestigiada que ocupaban la tía Muriel y Nana Victoria; en el caso de ellas, una zona de quejas injustificadas y comentarios destinados a minar mi seguridad que convenía pasar por alto o eludir. En el caso de Richard y mi madre era su secretismo lo que yo rehuía.

En cuanto a los Hadley, mandaron a Elaine a «otro sitio» por etapas. En cuanto a lo ocurrido entre la señora Kittredge y los Hadley, sólo puedo hacer conjeturas —a menudo los acuerdos entre adultos no se explican a los chicos—, pero los señores Hadley accedieron a que la madre de Kittredge llevara a Elaine a Europa. No me cabía duda de que Elaine quería abortar. Martha Hadley y el señor Hadley debieron de coincidir en que era lo mejor. Con toda certeza era lo que la señora Kittredge deseaba. Deduzco que, como era francesa, sabía adónde ir en Europa; y como era la madre de Kittredge, es posible que tuviera alguna experiencia anterior con embarazos no deseados.

Por aquel entonces yo me imaginaba que un chico como Kittredge por fuerza ya

habría dejado embarazadas a varias chicas; habría podido hacerlo fácilmente. Pero también pensaba que quizá la señora Kittredge hubiera necesitado salir ella misma de algún que otro lío; cuando era más joven, quiero decir. No sabría explicar de dónde saqué esa idea. Había oído cierta conversación en un ensayo de *Noche de reyes*: aparecí de pronto mientras Kittredge y su compañero de equipo Delacorte hablaban, Delacorte, el enjuagador y escupidor. Daba la impresión de que habían estado discutiendo; me pareció que Delacorte temía a Kittredge, pero a Kittredge lo temía todo el mundo.

—No, no me refería a eso. Sólo decía que es la madre más guapa de todas las madres que he conocido. Tu madre es la más atractiva, sólo decía eso —explicaba Delacorte con manifiesto nerviosismo; acto seguido, se enjuagó y escupió.

—Eso si es madre de alguien, querrás decir —repuso Kittredge—. No tiene un aspecto muy maternal, ¿verdad que no? Parece alguien que anda buscándose problemas, eso parece.

—Yo no he dicho nada del aspecto de tu madre —insistió Delacorte—. Sólo he dicho que es guapísima. ¡Es la madre más atractiva de todas las madres!

—Quizá no tiene aspecto de madre porque no lo es —continuó Kittredge.

Daba la impresión de que Delacorte temía tanto a Kittredge que no podía ni hablar; se limitaba a enjuagarse y a escupir una y otra vez, aferrado a los dos vasos de papel.

Mi idea de que quizá la señora Kittredge había necesitado salir ella misma de algún que otro lío procedía del propio Kittredge; fue él quien dijo: «Parece alguien que anda buscándose problemas».

Es muy posible que la señora Kittredge tuviera algo más en mente que el mero hecho de ayudar a Elaine a salir de un lío; el acuerdo al que llegó con los Hadley seguramente permitió a Kittredge seguir en el colegio. La «bajeza moral» se incluía entre las razones expresas para la expulsión de un alumno de la academia Favorite River. Que un alumno del último curso del colegio dejara embarazada a la hija de un miembro del cuerpo docente —recuerden que Elaine aún no había cumplido los dieciocho, no había alcanzado la mayoría de edad— se me antojaba sin duda una conducta vil o depravada o innoble, pero Kittredge se quedó.

—¿Vas a viajar con la madre de Kittredge, vosotras dos solas? —pregunté a Elaine.

—Nosotras dos solas, por supuesto, Billy. ¿Quién más habría de venir? —respondió Elaine.

—¿A qué lugar de Europa? —pregunté.

Elaine se encogió de hombros; todavía vomitaba, aunque con menor frecuencia.

—¿Qué más da el lugar, Billy? Es un sitio que Jacqueline conoce.

—¿La llamas Jacqueline?

—Me pidió que la llamara Jacqueline, no señora Kittredge.

—Ah.



Richard había asignado el papel de Viola a Laura Gordon; Laura ahora estudiaba cuarto en el instituto de Ezra Falls. Según mi prima Gerry, Laura era una «facilona»; tampoco es que yo tuviera constancia de eso, pero Gerry parecía bien informada sobre tales cuestiones. (Gerry ya iba a la universidad, liberada por fin de Ezra Falls).

Si Laura Gordon tenía en su día los pechos demasiado desarrollados para asignarle el papel de Hedvig en *El pato salvaje*, esos mismos pechos deberían haberla descartado para Viola, quien, de algún modo, tiene que disfrazarse de hombre. (Sería necesario envolver a Laura con vendas elásticas para que quedara plana, y aun así no habría manera de aplanarla). Pero Richard sabía que Laura era capaz de aprender sus diálogos en poco tiempo; pese a no parecer mi gemela en absoluto, no sería una mala Viola. El espectáculo continuó, aunque Elaine se perdería nuestras representaciones; prolongaría su estancia en Europa, para recuperarse, conjeturé.

La canción del bufón pone fin a *Noche de reyes*. Feste está solo en el escenario, «Pues un día y otro lloverá», cantaba Kittredge cuatro veces.

«La pobre...», me dijo Kittredge, refiriéndose a Elaine. «Qué mala suerte, siendo para ella la primera vez, y tal...». Como ya me había sucedido antes, me quedé sin habla.

No me fijé en si las tareas de alemán de Kittredge empeoraban o mejoraban. No me fijé siquiera en la expresión de mi madre cuando vio a su padre en el escenario en un papel femenino. Estaba tan preocupado por Elaine que olvidé mi plan de observar a la apuntadora.

Cuando digo que los Hadley mandaron a Elaine a otro sitio «por etapas», me refiero a que el viaje a Europa —dejando de lado la razón evidente de ese viaje— fue sólo el principio.

Los Hadley habían decidido que su apartamento en la residencia del colegio exclusivamente masculino no era el lugar indicado para que Elaine completara sus años de secundaria. La enviarían a un internado exclusivamente femenino, pero no hasta el otoño. Esa primavera de 1960 fue un tiempo muerto para Elaine, y tendría que repetir segundo.

De cara al exterior, se dijo que Elaine había sufrido una «crisis nerviosa», pero en un pueblo tan pequeño como First Sister, Vermont, todo el mundo sabía cuál era la verdadera causa cuando una adolescente abandonaba el colegio. Todo el mundo en la academia Favorite River sabía asimismo qué le había ocurrido a Elaine. Incluso Atkins lo entendió. Me lo encontré un día, no mucho después de desembarcar Elaine para irse a Europa con la señora Kittredge, cuando salía del despacho de la señora Hadley en el edificio de música. Martha Hadley se había quedado de una pieza por la facilidad con la que yo había pronunciado la palabra «aborto»; había puesto fin a nuestra entrevista veinte minutos antes, y me topé con Atkins en la escalera entre el primer piso y la planta baja. Percibí qué se le pasaba por la cabeza: que yo había acabado antes de tiempo, pero saltó a la vista que su pugna con la palabra «tiempo» le impidió decirlo. Optó por preguntar:

—¿Qué clase de crisis fue? ¿Qué razón tiene Elaine para estar nerviosa?

—Creo que ya lo sabes —contesté.

Atkins tenía una expresión animal, desasosegada, pero unos deslumbrantes ojos azules y la tez suave de una chica. Estaba en tercero, como yo, pero parecía menor; aún no se afeitaba.

—Está embarazada, ¿verdad? Fue Kittredge, ¿verdad? Eso dice todo el mundo, y él no lo niega —dijo Atkins—. Elaine era muy amable; al menos, siempre me decía algo amable —añadió.

—Elaine es muy amable —confirmé.

—Pero ¿qué hace con la madre de Kittredge? ¿Tú has visto a la madre de Kittredge? No parece una madre. ¡Parece una de esas actrices de cine antiguo que en secreto es una bruja o un dragón! —declaró Atkins.

—No sé a qué te refieres —respondí.

—Una mujer que fue tan guapa nunca aceptará el paso del... —Atkins se interrumpió.

—¿El paso del tiempo? —adiviné.

—¡Sí! —respondió—. Las mujeres como la señora Kittredge detestan a las chicas. Me lo dijo Kittredge —añadió Atkins—. Su padre dejó a su madre por una mujer más joven; no era más guapa, sólo más joven.

—Ah.

—¡No me imagino lo que debe de ser viajar con la madre de Kittredge! —exclamó Atkins—. ¿Tendrá Elaine su propia habitación? —me preguntó.

—No lo sé —contesté.

No me había planteado que Elaine pudiera compartir habitación con la señora Kittredge; se me puso la carne de gallina sólo de pensado. ¿Y si no era la madre de Kittredge, ni la madre de nadie? Pero la señora Kittredge tenía que ser la madre de Kittredge; era imposible que esos dos no estuvieran emparentados.

Atkins se había deslizado junto a mí escalera arriba, avanzando centímetro a centímetro. Yo bajé un peldaño o dos; ya había dado la conversación por concluida. De pronto, Atkins dijo:

—Aquí no todo el mundo entiende a las personas como nosotros, pero Elaine sí nos entendía; la señora Hadley también.

—Sí —me limité a contestar, sin dejar de bajar por la escalera.

Intenté no darle muchas vueltas a lo que había querido decir con «las personas como nosotros», pero estaba seguro de que Atkins no se refería únicamente a nuestros problemas de pronunciación. ¿Se me había insinuado Atkins?, me pregunté mientras cruzaba el patio. ¿Fue ésa la primera vez que se me insinuaba un chico como yo?

Ahora el cielo estaba más claro —por las tardes no oscurecía tan pronto—, pero en Europa ya habría anochecido, como yo sabía. Elaine pronto se acostaría, en su propia habitación o no. Además, empezaba a hacer más calor —aunque tampoco es

que en Vermont se notara mucho la primavera—, pero me estremecí al cruzar el patio, de camino al ensayo de *Noche de reyes*. Debería haber estado repasando mis diálogos, lo que dice Sebastián, pero sólo podía pensar en esa canción que canta el bufón antes de bajar el telón: la canción de Feste, la que cantaba Kittredge. («Pues un día y otro lloverá»).

Justo en ese momento empezó a llover, y pensé en cómo había cambiado la vida de Elaine para siempre, mientras que yo sólo seguía actuando.

He conservado las fotografías que me mandó Elaine; no eran muy buenas, sólo instantáneas en blanco y negro o en color. Como estas imágenes han estado sobre un gran número de escritorios —a menudo expuestas a la luz del sol, y durante muchos años—, se ven muy descoloridas, pero, como es lógico, no me cuesta recordar las circunstancias.

Sólo lamento que Elaine no me enviara fotos de su viaje a Europa con la señora Kittredge, pero ¿quién habría tomado esas fotografías? No me imagino a Elaine fotografiando a la madre de Kittredge, esa modelo de pasarela, ¿ocupada en qué? ¿Cepillándose los dientes, leyendo en la cama, vistiéndose o desvistiéndose? ¿Y qué habría podido hacer Elaine para inspirar a la artista, en funciones de fotógrafa, que la señora Kittredge llevaba dentro? ¿Vomitara en un váter de rodillas? ¿Esperar, con náuseas, en el vestíbulo de tal o cual hotel porque su habitación —o la habitación que compartía con la madre de Kittredge— no estaba preparada?

Dudo que fueran muchas las oportunidades fotográficas que despertasen la imaginación de la señora Kittredge. La visita a la consulta del médico —¿o fue una clínica?— no fue una de ellas, y, desde luego, tampoco lo fue el propio procedimiento, sucio pero práctico. (Elaine estaba de menos de tres meses. No me cabe duda de que fue el habitual procedimiento de dilatación y legrado; ya me entienden, el raspado normal y corriente).

Elaine me contaría más tarde, después del aborto, que cuando todavía tomaba los analgésicos —cuando la señora Kittredge comprobaba regularmente la cantidad de sangre en la compresa, para asegurarse de que la hemorragia era «normal»—, la madre de Kittredge le tocaba la frente para cerciorarse de que no tenía fiebre, y que fue entonces cuando la señora Kittredge le contó aquellas historias atroces.

Yo, al principio, pensaba que quizá los analgésicos habían incidido en lo que Elaine recordaba haber oído, o creía haber oído, de esas historias.

—Los analgésicos no eran tan potentes, y los tomé sólo durante un día o dos —aclaraba siempre Elaine—. No tenía mucho dolor, Billy.

—Pero ¿no bebías vino? Me contaste que la señora Kittredge te daba todo el vino tinto que querías —recordaba yo a Elaine—. Seguro que no hay que mezclar los analgésicos y el alcohol.

—Nunca tomé más de una copa o dos de vino tinto, Billy —me decía siempre

Elaine—. Oí lo que Jacqueline me contó palabra por palabra. O esas historias son ciertas, o Jacqueline me mentía, y ¿por qué iba a mentir una madre sobre una cosa así?

Debo reconocer que no sé por qué se inventaría «una madre» historias sobre su único hijo —al menos, de esa clase—, pero no tengo un concepto moral muy elevado de Kittredge o su madre. Al margen de lo que yo creyera, o no creyera, sobre esas historias que la señora Kittredge le contó a Elaine, ésta pareció creérselas a pies juntillas.

Según la señora Kittredge, su único hijo era un niño enfermizo; no tenía seguridad en sí mismo y los demás niños se metían con él, sobre todo los varones. Si bien costaba mucho imaginarse algo así, resultaba aún más difícil creer que a Kittredge lo hubieran intimidado en otro tiempo las niñas; por lo visto, era tan tímido que tartamudeaba cuando intentaba hablar con una niña, y las niñas le tomaban el pelo o no le hacían caso.

En séptimo, Kittredge fingía estar enfermo para poder quedarse en casa en lugar de ir al colegio —eran «colegios muy competitivos», en París y Nueva York, le había contado la señora Kittredge a Elaine—, y a comienzos de octavo él había dejado de hablarse tanto con los niños como con las niñas de su clase.

—Así que lo seduje; tampoco es que tuviera muchas más opciones —dijo la señora Kittredge a Elaine—. ¡El pobre tenía que aumentar de alguna manera un poco su seguridad en sí mismo!

—Deduzco que aumentó mucho su seguridad —se aventuró a decir Elaine a la madre de Kittredge, quien se limitó a encogerse de hombros.

La señora Kittredge realizaba ese gesto con el mayor desenfado; uno se preguntaba si era innato, o si —después de abandonarla su marido por una mujer más joven pero indiscutiblemente menos atractiva— había desarrollado una indiferencia instintiva a toda clase de rechazo.

La señora Kittredge le confesó a Elaine con la mayor naturalidad que se había acostado con su hijo «tanto como él había deseado», pero sólo hasta que Kittredge manifestó falta de fervor o un nivel de atención sexual oscilante.

—No puede evitar perder interés cada veinticuatro horas —le explicó la madre de Kittredge a Elaine—. La seguridad que tiene en sí mismo no aumentó tanto porque se aburría, créeme.

¿Imaginaba la señora Kittredge que estaba ofreciendo a Elaine lo que equivalía a una disculpa por el comportamiento de su hijo? Mientras hablaba, la señora Kittredge siguió comprobando una y otra vez que la sangre en la compresa de Elaine era «normal», o tocándole la frente para asegurarse de que no tenía fiebre.

No hay fotos del tiempo que pasaron juntas en Europa, sólo me queda lo que he conseguido (a lo largo de los años) sonsacar a Elaine, y lo que inevitablemente he imaginado de mi querida amiga al abortar el hijo de Kittredge, y su posterior convalecencia en compañía de la madre de éste. Si la señora Kittredge había seducido

a su propio hijo para que aumentara un poco la seguridad en sí mismo, ¿explicaba eso por qué Kittredge estaba tan convencido de que su madre era menos (o quizá más) que maternal?

—¿Durante cuánto tiempo mantuvo Kittredge relaciones sexuales con su madre? —le pregunté a Elaine.

—Durante todo el curso de octavo, cuando él debía de tener trece y catorce años —contestó Elaine—, y quizá tres o cuatro veces después de empezar él en Favorite River; debía de tener quince años cuando eso acabó.

—¿Por qué acabó? —le pregunté a Elaine, ¡aunque no me creía del todo que hubiera sucedido!

Quizá la despreocupación del gesto de Elaine al encogerse de hombros era algo que había aprendido de la señora Kittredge.

—Conociendo a Kittredge, supongo que se cansó —había dicho Elaine.

Estaba haciendo las maletas para lo que sería su segundo año en Northfield —trimestre de otoño de 1960— y nos hallábamos en su habitación del Bancroft. Debía de ser a finales de agosto; en la habitación hacía calor. La lámpara con la pantalla azul había sido sustituida por otra sin color, como una lámpara de escritorio de un despacho anónimo, y Elaine llevaba ahora el pelo corto, casi como un chico.

Si bien las etapas de su marcha quedarían señaladas por una masculinidad cada vez más consciente en su apariencia, Elaine me dijo que nunca iniciaría una relación lésbica; y sin embargo me contó que había experimentado con el lesbianismo. ¿Había «experimentado» con la señora Kittredge? Si Elaine se había sentido alguna vez atraída por las mujeres, imaginé cómo podía haber puesto fin a eso la señora Kittredge, pero Elaine fue poco precisa al respecto. Pienso en mi querida amiga como una persona condenada a sentirse atraída por hombres que no le convenían, pero Elaine también fue poco precisa a ese respecto. «Simplemente no son la clase de hombres que duran», fue como ella lo expresó.

En cuanto a las fotografías: conservo las que me envió Elaine de sus tres años en Northfield. Aunque sean instantáneas de simple aficionado, en blanco y negro o en color, no son tan elementales como parecen a simple vista.

Empezaré por la foto en la que aparece Elaine de pie en el porche de una casa de madera de tres plantas; da la impresión de que ése no es su lugar, quizá sólo está de visita. Junto con el nombre del edificio, y la fecha de construcción —«Moore Cottage, 1899»—, aparece expresado al dorso de la fotografía, con la cuidada caligrafía de Elaine, el siguiente deseo: «Ojalá ésta fuera mi residencia». (Por lo visto no lo era, ni lo sería).

En la planta baja de Moore Cottage, las paredes eran de tablonos largos y anchos, pintados de blanco, pero en el primer y en el segundo piso estaban revestidas de tablas cortas pintadas de blanco, como dando a entender no sólo el paso del tiempo

sino una indecisión persistente. Posiblemente esta incertidumbre tenía que ver con el uso de Moore Cottage. A lo largo de los años se utilizaría como residencia para chicas; más adelante, como hospedaje para los padres de visita. Por el amplio aspecto que ofrecía el edificio por fuera, debía de tener una docena de habitaciones o más — muchos menos cuartos de baño, juraría— y una espaciosa cocina con una sala común contigua.

Quizá más cuartos de baño habrían complacido a los padres que estaban de visita, mientras que las estudiantes (cuando vivían allí) estaban ya más que acostumbradas a apañarse con los que había. El porche, donde Elaine se hallaba —su expresión traslucía una inseguridad en sí misma impropia de ella—, ofrecía un aspecto contradictorio. ¿Qué utilidad tienen los porches para los estudiantes? En un buen colegio, como lo era Northfield, los alumnos están demasiado ocupados para andar recreándose en porches, más apropiados para personas con tiempo de ocio, como, por ejemplo, los invitados.

En la foto en la que aparece en el porche de Moore Cottage —era una de las primeras que me envió Elaine desde Northfield— tal vez se sintiera como una invitada. Curiosamente, desde la ventana de una de las habitaciones de la planta baja alguien observa el porche: una mujer de edad indeterminada, a juzgar por su vestimenta y lo largo de su cabello, el rostro desdibujado entre las sombras u oculto por un reflejo en la ventana.

Entre las primeras fotos que me envió Elaine desde su nuevo colegio —que era, de hecho, un colegio muy antiguo—, también se incluía la imagen del lugar de nacimiento de Dwight L. Moody. «El lugar de nacimiento de nuestro fundador, según dicen, habitado por fantasmas», había escrito Elaine al dorso de esta foto, si bien aquello que se ve en una pequeña ventana del piso superior de la casa natal no puede ser el espectro del propio D. L. Es el rostro de una mujer de perfil —ni joven ni vieja, pero sin duda guapa—, de expresión desconocida. Elaine, sonriente, ocupa el primer plano de la fotografía; parece señalar en dirección a esa ventana del piso superior. (Quizá la chica era amiga suya, o eso me imaginé al principio).

Luego está la foto con el rótulo: «El Auditorio, 1894, en una ligera pendiente». Supongo que Elaine quería decir «ligera» para los parámetros de Vermont. (La recuerdo como la primera foto donde la misteriosa mujer aparece posando conscientemente; después de ver esa imagen, empecé a buscarla). El Auditorio era un edificio de obra vista con ventanas y puertas en arco, y dos torres grandes como las de un castillo. La sombra de una de las torres se proyectaba sobre el césped donde Elaine se hallaba de pie, cerca del tronco de un árbol imponente. Por detrás del árbol —a la luz del sol, no a la sombra de la torre— asomaba la pierna bien torneada de una mujer. El pie, apuntado hacia Elaine, calzaba un zapato oscuro y cómodo; el calcetín largo estaba perfectamente extendido hasta la rodilla desnuda, sobre la cual la falda larga y gris se veía recogida a la altura de medio muslo.

—¿Quién es la otra chica, o mujer? —le pregunté a Elaine.

—No sé a quién te refieres —me contestó ella—. ¿Qué chica o mujer?

—En las fotos. Siempre sale alguien más en las fotografías —dije—. Va, puedes decírmelo. ¿Quién es? ¿Una amiga tuya, quizás, o una profesora?

En la imagen de East Hall, el rostro de la mujer se ve muy pequeño —y tapado a medias por un pañuelo— en una ventana del piso superior. East Hall era, obviamente, una residencia, pese a que Elaine no lo decía. La escalera de incendios lo delataba.

En la imagen de Stone Hall hay una torre con reloj de ese peculiar color verde cobre y ventanas muy altas; la iluminación interior debía de ser cálida en los contados días que el cielo estaba despejado durante los meses del año lectivo en el oeste de Massachusetts. Elaine aparece en una posición un tanto incómoda al fondo de la fotografía; mira hacia la cámara, pero detrás de ella hay otra persona, y las dos están casi perfectamente espalda con espalda. En la mano izquierda de Elaine pueden contarse dos o tres dedos más; sujetándole la cadera derecha, se ve una tercera mano.

Está la de la capilla del colegio, como supongo que se la llamaba: una iglesia de aspecto sólido con una de esas grandes puertas de madera con tachones incrustados de hierro fundido. El brazo desnudo de una mujer mantiene abierta la puerta de aspecto macizo para Elaine, quien parece no ver el brazo —una pulsera en la muñeca, sortijas en los dedos meñique e índice—, o quizás a Elaine le daba igual si la mujer estaba allí o no. Se lee el rótulo en latín grabado en la capilla: ANNO DOMINI MDCCCXVIII. Elaine lo había traducido en el dorso de la foto: «En el año del Señor 1908». (Había añadido: «Donde quiero casarme, si alguna vez estoy tan desesperada como para casarme; si llega el caso, por favor, pégame un tiro»).

Creo que la que más me gusta es la foto del Margaret Olivia Hall, el edificio de música de Northfield, porque sabía lo mucho que le gustaba cantar a Elaine: su gran voz había nacido para el canto. «(Me encanta cantar hasta llorar, y luego cantar un poco más», me escribió una vez).

Entre las hileras de ventanas de los pisos superiores del edificio de música aparecían grabados nombres de compositores: los he memorizado. Palestrina, Bach, Handel, Beethoven, Wagner, Gluck, Mozart, Rossini. En la ventana que hay encima de la «u» de Gluck, labrada en forma de «v», había una mujer sin cabeza —sólo el torso— sin más ropa que un sujetador. A diferencia de Elaine, que está apoyada en el edificio, la mujer sin cabeza de la ventana tiene unos pechos muy visibles: grandes.

—¿Quién es? —pregunté a Elaine, una y otra vez.

Por si no lo saben ya, el edificio de música con los nombres de esos compositores era un certero indicador del nivel de sofisticación del colegio de Northfield. A su lado, un sitio como la academia Favorite River desmerecía. Era un salto cuántico hacia el cielo respecto a aquello a lo que Elaine estaba acostumbrada en el instituto público de Ezra Falls.

Por aquel entonces, la mayoría de los centros de secundaria privados de Nueva Inglaterra no eran mixtos. Muchos de los colegios exclusivamente masculinos financiaban los gastos escolares de las hijas del profesorado; las chicas podían asistir

a internados exclusivamente femeninos, sin quedar a merced de cómo fuera el instituto público que se ofrecía a la comunidad. (En honor a la verdad, diré que no todos los centros públicos de Vermont eran tan malos como el de Ezra Falls).

A raíz del envío de Elaine a Northfield —al principio a cargo de los Hadley—, Favorite River hizo lo que debía hacer: proporcionó lo que equivalía a vales canjeables para las hijas del profesorado. Tuve que oír a mi ordinaria prima Gerry hablar de ello hasta la saciedad: a saber, que este cambio de política se había producido demasiado tarde para rescatarla a ella del instituto de Ezra Falls. Como he dicho, Gerry era ya universitaria la primavera en que Elaine viajó a Europa con la señora Kittredge. Gerry lo expresaba así: «Supongo que lo sensato habría sido quedarme preñada hace unos años; siempre y cuando el afortunado tuviera una madre francesa», (No me costaba imaginar a Muriel diciendo esto mismo en su adolescencia, bien que, después de fijar incesantemente la mirada en los pechos de mi tía en *Noche de reyes*, resultaba aterrador representarme a la tía Muriel como adolescente).

Podría describir otras fotografías que Elaine me envió desde Northfield —las conservo todas—, pero la tónica era siempre la misma. En las fotos de Elaine y aquellos imponentes edificios del campus de Northfield aparecía de forma invariable la imagen parcial, imperfecta, de otra mujer.

—¿Quién es esa mujer? Sé que sabes a quién me refiero: sale siempre, Elaine —dije repetidamente—. No te vayas por la tangente.

—Yo no me voy por la tangente, Billy. Mira quién fue a hablar con eso de irse por la tangente, si es que con «irse por la tangente» quieres decir «andarse con evasivas», o no hablar de las cosas directamente. Tú ya me entiendes —decía Elaine.

—Vale, vale, así que tengo que adivinar quién es, ¿no? O sea, que estás vengándote de mí por no ser del todo franco contigo. ¿Voy bien encaminado? —pregunté a mi querida amiga.

Elaine y yo intentaríamos vivir juntos, aunque eso sería muchos años después, tras haber sufrido decepciones suficientes en la vida tanto ella como yo. No saldría bien —no por mucho tiempo—, pero éramos tan buenos amigos que debíamos intentarlo. También teníamos edad suficiente, cuando nos embarcamos en esa aventura, para saber que los amigos eran más importantes que los amantes, sobre todo porque en general las amistades duraban más que las relaciones. (Es mejor no generalizar, pero desde luego ése era el caso de Elaine y mío).

Vivíamos en San Francisco, donde ocupábamos un sórdido apartamento en una séptima planta de un edificio de Post Street, en el tramo de Post Street entre Taylor y Mason, cerca de Union Square. Elaine y yo teníamos cada uno nuestra propia habitación, para escribir. Nuestro dormitorio era amplio y cómodo: daba a unos tejados de Geary Street y al letrero vertical del Hotel Adagio. Por la noche, el neón de



la palabra HOTEL permanecía apagado —fundido, supongo—, de modo que sólo se encendía ADAGIO. Cuando padecía insomnio, me levantaba de la cama, me acercaba a la ventana y contemplaba el letrero ADAGIO de color rojo sangre.

Una noche, al volver a la cama, desperté sin querer a Elaine y le pregunté por la palabra «adagio». Sabía que era un término italiano; no sólo se lo había oído decir a Esmeralda, sino que lo había visto escrito en sus anotaciones. En mis incursiones en el mundo de la ópera y otras músicas —tanto con Esmeralda como con Larry, en Viena—, descubrí que la palabra se utilizaba en música. Sabía que Elaine conocería su significado; como su madre, Elaine era muy aficionada a la música. (Northfield había sido una buena elección para ella: era un colegio excelente para la música).

—¿Qué significa? —pregunté a Elaine mientras yacíamos despiertos en el sórdido apartamento de Post Street.

—*Adagio* significa despacio, suavemente, delicadamente —contestó Elaine.

—Ah.

Eso sería lo máximo que podría decirse acerca de nuestros esfuerzos por hacer el amor, cosa que también intentamos, sin más resultados que en lo concerniente a vivir juntos, pero lo intentamos. «Adagio», decíamos cuando intentábamos hacer el amor, o después, cuando intentábamos dormirnos. Aún lo decimos; lo dijimos cuando nos marchamos de San Francisco, y lo decimos ahora al final de las cartas o los mensajes de correo electrónico que nos enviamos. Es lo que el amor significa para nosotros, supongo: sólo adagio. (Despacio, suavemente, delicadamente). En cualquier caso, sirve para los amigos.

—Así pues, ¿quién era ella, la mujer de aquellas fotos? —preguntaba a Elaine, en ese cómodo dormitorio que daba al hotel Adagio con el neón estropeado.

—Verás, Billy, ella sigue cuidándome. Siempre rondará cerca, comprobando mi temperatura con la mano, mirando la mancha en mi compresa para ver si la hemorragia todavía es «normal». Fue siempre «normal», por cierto, pero ella aún la mira: quería que yo supiera que nunca estaría lejos de sus cuidados, ni de su pensamiento —dijo Elaine.

Me quedé allí tumbado, pensando en ello, sin más iluminación al otro lado de la ventana que el débil resplandor de las luces de Union Square y el letrero de neón averiado, el ADAGIO vertical en color rojo sangre, la palabra HOTEL apagada.

—¿Quieres decir que la señora Kittredge aún...?

—¡Billy! —me interrumpió Elaine—. Nunca he tenido una relación tan íntima con nadie como con esa mujer espantosa. Nunca volveré a estar tan estrechamente unida a nadie.

—¿Y Kittredge? —pregunté, aunque debería haberlo sabido ya, después de tantos años.

—¡A la mierda Kittredge! —exclamó Elaine—. ¡Fue su madre quien me marcó! ¡Es a ella a quien nunca olvidaré!

—Íntima, ¿hasta qué punto? Marcada, ¿en qué sentido? —pregunté, pero ella se

había echado a llorar, y pensé que sólo debía abrazada (despacio, suavemente, delicadamente), sin decir nada.

Ya le había preguntado por el aborto; no era eso. Había tenido otro aborto, después del de Europa.

«Tampoco es para tanto, cuando te planteas la alternativa», fue lo único que dijo Elaine sobre sus abortos. La manera en que la señora Kittredge la había marcado, fuera cual fuese, no tenía que ver con eso. Y si Elaine había experimentado con el lesbianismo —es decir, con la señora Kittredge—, seguiría hablando vagamente al respecto hasta la tumba.

Las fotografías que conservé de Elaine eran lo único que yo podía imaginar sobre la madre de Kittredge, o sobre lo «unida» que había estado Elaine a ella. Las sombras y las partes del cuerpo de la mujer (o mujeres) de esas fotos permanecen en mi recuerdo más vívidas que la imagen de la señora Kittredge en un combate de lucha, la primera y única vez que la vi realmente. Conozco mejor a esa «mujer espantosa» por su efecto en mi amiga Elaine, igual que me conozco mejor a mí mismo por mis persistentes encaprichamientos con quienes no me convenía, igual que incidió en mi personalidad todo el tiempo que oculté el secreto sobre mí a las personas a quienes quería.

## MIS ÁNGELES ATERRADORES

Si un embarazo no deseado era el «abismo» en el que podía caer una chica intrépida —la palabra «abismo» era de mi madre, aunque seguro que antes se la había oído a la condenada Muriel—, sin duda el abismo para un chico como yo era sucumbir a la actividad homosexual. En esa clase de amor residía la locura; al llevar a la práctica mis fantasías más osadas descendería con toda certeza al pozo sin fondo del universo del deseo. O eso creía yo en el otoño de mi último año en la academia Favorite River, cuando una vez más me aventuré a visitar la biblioteca pública de First Sister, en esta ocasión, pensaba, para salvarme. Contaba dieciocho años, pero mis dudas sexuales eran innumerables; mi aborrecimiento de mí mismo era inmenso.

Si ustedes hubieran estado, como yo, en un internado exclusivamente masculino en el otoño de 1960, se habrían sentido en la más absoluta soledad —no habrían confiado en nadie, y menos en otro chico de su misma edad— y se habrían detestado a sí mismos. Yo siempre había sido solitario, pero el aborrecimiento de uno mismo es peor que la soledad.

Como Elaine había iniciado su nueva vida en Northfield, yo pasaba cada vez más tiempo en la sala de los anuarios de la biblioteca de la academia. Cuando mi madre o Richard me preguntaban adónde iba, siempre contestaba: «Voy a la biblioteca». No les decía a cuál biblioteca. Y ahora que Elaine no me obstaculizaba —ella nunca podía resistirse a enseñarme a los chicos más sexys de los anuarios contemporáneos—, avanzaba a toda marcha de promoción en promoción en el pasado cada vez menos lejano. Había dejado atrás la primera guerra mundial; iba muy por delante de mis cálculos imaginados. Al paso al que examinaba esos anuarios, llegaría al presente bastante antes de la primavera de 1961 y de mi propia graduación en Favorite River.

De hecho, sólo iba treinta años por detrás del mío; la noche de septiembre que decidí salir de la biblioteca de la academia y hacer una visita a la señorita Frost había empezado a hojear el anuario de la promoción del 31. Al ver a un chico que tiraba de espaldas en la foto del equipo de lucha cerré repentinamente el anuario. Me dije: No puedo seguir pensando en Kittredge y en chicos como él; no debo ceder a esos sentimientos o estoy perdido.

¿Qué era exactamente lo que me libraba de la perdición? La imagen reconstruida de Martha Hadley como modelo de sujetadores preparatorios en un catálogo de venta por correo ya no surtía efecto. Ya no me resultaba fácil masturbarme ni siquiera con las trasposiciones más imaginativas del rostro poco agraciado de la señora Hadley a las menos dotadas de aquellas chicas de pechos pequeños. Lo único que me libraba de Kittredge (y de chicos como él) era mi ardiente fantaseo con la señorita Frost.

El anuario de la academia Favorite River se llamaba *El Búho*. («Cualquiera que conozca la razón probablemente ya esté muerto», había contestado Richard Abbott cuando le pregunté por qué). Dejé a un lado *El Búho* del 31. Recogí mis cuadernos y mis deberes de alemán y lo apretujé todo, menos *El Búho*, en mi cartera.

Estudiaba Alemán IV, pese a que no era obligatorio. Todavía ayudaba a Kittredge con el Alemán III, que había suspendido pero repetía forzosamente. Me resultaba un tanto más llevadero ayudarlo, porque ya no íbamos juntos a Alemán III. En esencia, lo único que yo hacía era ahorrarle a Kittredge un poco de tiempo. En Alemán III, lo difícil era la introducción a Goethe y Rilke; en Alemán IV, volvían a estudiarse. Cuando Kittredge se atascaba con una frase, yo le ahorraba tiempo ofreciéndole una traducción rápida y rudimentaria. El hecho de que algunos de los mismos textos de Goethe y Rilke confundieran a Kittredge por segunda vez lo sacaba de sus casillas, pero, para ser sinceros, las notas y comentarios apresurados que ahora cruzábamos eran más fáciles para mí que nuestras conversaciones anteriores. Yo procuraba estar en presencia de Kittredge lo menos posible.

Con ese propósito abandoné la obra de Shakespeare de otoño, para decepción de Richard, como él a menudo me recordaba. Richard había asignado a Kittredge el papel de Edgar en *El rey Lear*. Por otra parte, me eligió a mí para el papel del bufón de Lear, y surgió un fallo imprevisto. Mientras yo le contaba a la señora Hadley que no deseaba participar en la obra, porque Kittredge tenía un «papel de héroe» —a lo cual había que añadir que después Edgar se disfraza del Pobre Tom, con lo que, en esencia, Kittredge tenía un «papel doble»—, Martha Hadley quiso saber si había estudiado los diálogos muy detenidamente. Habida cuenta de que crecía el número de palabras impronunciables para mí, ¿preveía yo alguna dificultad con el vocabulario en las frases del bufón? ¿Insinuaba la señora Hadley que mis problemas de pronunciación podían ser una excusa para no intervenir en la obra?

—¿Adónde quiere ir a parar? —pregunté—. ¿Cree que no puedo con «rateros» o «cortesano», o piensa que me haré un lío con «braguetero» sólo porque el cómo se diga va oculto bajo el braguetero, o porque tengo dificultades con la propia palabra cómo se diga?

—No te pongas a la defensiva, Billy —dijo Martha Hadley.

—¿O teme que tropiece en la combinación «puta innoble»? —le pregunté—. ¡O tal vez en «gorro», sea en singular o en plural, o en los dos!

—Tranquilízate, Billy —dijo la señora Hadley—. Los dos estamos disgustados a causa de Kittredge.

—¡Kittredge pronunciaba las frases finales de *Noche de reyes*! —exclamé—. ¡Y ahora Richard ha vuelto a darle las frases finales! Tenemos que oír a Kittredge declamar: «Me toca llevar este grave peso; decir lo que siento y no lo que debo».

«Los más viejos fueron los que más penaron», prosigue Kittredge en el papel de Edgar.

En la historia de *El rey Lear* —visto todo lo que le pasa a Lear, por no hablar ya

de la ceguera de Gloster (Richard se había asignado el papel de Gloster)—, desde luego semejante frase no es cierta. Pero cuando Edgar concluye la obra declarando que «jamás podrá el joven vivir ni ver tanto»..., en fin, no sé si eso es universalmente cierto.

¿Pongo en duda la moraleja de esa gran obra porque no soy capaz de diferenciar a Edgar de Kittredge? ¿Puede saber alguien (siquiera Shakespeare) en qué medida sufrirán o no las futuras generaciones?

—Richard está haciendo lo que cree mejor para la obra, Billy —dijo Martha Hadley—. Richard no está recompensando a Kittredge por seducir a Elaine.

Sin embargo, por algún motivo, ésa era la impresión que yo tenía. ¿Por qué tenía que conceder a Kittredge un papel tan bueno como el de Edgar, que más adelante se disfraza de Pobre Tom? Después de lo sucedido en *Noche de reyes*, ¿por qué tenía que concederle siquiera un papel a Kittredge en *El rey Lear*? Yo quería dejar la obra; el problema no era ser o no ser el bufón de Lear.

—Basta con que le digas a Richard que no quieres estar cerca de Kittredge, Billy —me aconsejó la señora Hadley—. Richard lo entenderá.

No podía explicarle a Martha Hadley que tampoco quería estar cerca de Richard. ¿Y qué sentido tenía, en esa representación de *El rey Lear*, observar la expresión de mi madre mientras ella veía a su padre en el escenario en un papel femenino? Al abuelo Harry le fue asignado el papel de Goneril, la hija mayor de Lear; Goneril es una hija tan horripilante que ¿cómo no iba a mirar mi madre a cualquiera en el papel de Goneril con la más absoluta desaprobación? (La tía Muriel era Regan, la otra hija espantosa de Lear; di por sentado que mi madre miraría también con expresión ceñuda a su hermana Muriel).

No era sólo por Kittredge por lo que yo no quería saber nada de ese *Rey Lear*. No me sentía con valor para ver al tío Bob incapaz de dar la talla en la categoría de protagonista masculino, porque el papel del rey Lear fue asignado al bondadoso Bob, alias «el Pelota de Squash», como lo llamaba Kittredge. El hecho de que Bob carecía de dimensión trágica saltaba a la vista para todos menos para Richard Abbott; o quizá Richard compadecía a Bob y lo consideraba trágico porque estaba casado (trágicamente) con Muriel.

Era el cuerpo de Bob lo que fallaba, ¿o era acaso la cabeza? Bob tenía el cuerpo grande, y atléticamente robusto; en comparación con su cuerpo, la cabeza se veía demasiado pequeña, de una redondez inverosímil: una pelota de squash perdida entre dos hombros descomunales. El tío Bob era demasiado afable y a la vez demasiado fuerte para ser Lear.

Relativamente pronto en la obra (acto I, escena 4), Bob, en el papel de Lear, brama: «¿Hay alguien que pueda decirme quién soy?».

¿Quién podría olvidar la respuesta del bufón de Lear al rey? Pero yo la olvidé; me olvidé incluso de que tenía una frase.

—¿Hay alguien que pueda decirme quién soy, Bill? —me preguntó Richard

Abbott.

—Es tu frase, Ninfa —me susurró Kittredge—. Ya imaginaba yo que tendrías algún problemilla con ella. —Todos aguardaron mientras yo buscaba la frase del bufón. Al principio, ni siquiera fui consciente del problema de pronunciación; mi dificultad para pronunciar esa palabra era tan reciente que no había reparado en ella, como tampoco Martha Hadley. Pero Kittredge, obviamente, había detectado su impronunciabilidad potencial—. Oigámoslo, Ninfa —me instó Kittredge—. Oigamos al menos cómo lo intentas.

«¿Hay alguien que pueda decirme quién soy?», pregunta Lear.

El bufón contesta: «La sombra de Lear».

¿Desde cuándo era un trastorno para mí la palabra «sombra» en el apartado de la pronunciación? Desde que Elaine regresó de su viaje a Europa con la señora Kittredge, con un aspecto tan etéreo como el de una sombra, al menos en comparación con cómo era antes. Desde que Elaine regresó de Europa y parecía que una sombra desconocida seguía sus pasos, una sombra que guardaba un parecido espectral pero ultrasofisticado con la propia señora Kittredge. Desde que Elaine se marchó otra vez, a Northfield, y conmigo se quedó una sombra que me acompañaba a todas partes, quizá la sombra inquietante, no vengada, de mi mejor amiga ausente.

—La sobra de... —dije.

—¡La sobra! —exclamó Kittredge.

—Vuelve a intentado, Bill —pidió Richard.

—No puedo —contesté.

—Tal vez necesitemos otro bufón —propuso Kittredge.

—Esa decisión me corresponde a mí, Kittredge —afirmó Richard.

—O a mí —dije.

—Ah, pues... —comenzó a decir el abuelo Harry, pero el tío Bob lo interrumpió.

—Opino, Richard, que Billy podría contestar el «reflejo de Lear», o incluso el «espectro de Lear» si, a tu juicio, coincide con lo que quiere decir o dar a entender el bufón —sugirió el tío Bob.

—En ese caso no sería Shakespeare —opinó Kittredge.

—La frase es «La sombra de Lear», Billy —dijo mi madre, la apuntadora—. O puedes decirla o no puedes.

—Por favor, Joya... —comenzó Richard, pero yo lo interrumpí.

—Lear debería tener un bufón como es debido, capaz de decirlo todo —le dije a Richard Abbott.

Supe, cuando me marché, que me iba de mi último ensayo como alumno de la academia Favorite River, mi última obra de Shakespeare quizá. (Como al final se vio, *El rey Lear* fue mi última obra de Shakespeare como actor).

La hija de un profesor de la academia a quien Richard asignó el papel de Cordelia era para mí una desconocida, tanto entonces como ahora, hasta el punto de que no recuerdo su nombre. «Una chica amorfa pero con una memoria de elefante», había

dicho de ella el abuelo Harry.

«No es una belleza en el presente ni lo será en el futuro», fue lo único que dijo mi tía Muriel de la malhadada Cordelia, dando a entender que en *El rey Lear* nadie se habría casado jamás con esa Cordelia ni en el supuesto de que hubiera vivido.

El bufón de Lear sería interpretado por Delacorte. Como Delacorte era del equipo de lucha, seguramente se enteró de que el papel quedaba vacante porque Kittredge se lo había dicho. Kittredge me informaría más tarde de que, como los ensayos y la representación de la obra de Shakespeare de otoño eran anteriores al inicio de la temporada de lucha, Delacorte no estaba tan afectado como de costumbre por las complicaciones de perder peso. Sin embargo, ese peso ligero que, según Kittredge, acabaría hecho picadillo si ascendía a la categoría superior, padecía aún de boca estropajosa incluso cuando no estaba deshidratado, o quizá Delacorte soñaba con perder peso incluso fuera de temporada. Por lo tanto, Delacorte se enjuagaba continuamente la boca con agua de un vaso de papel; permanentemente escupía el agua en otro vaso de papel. Si Delacorte viviera ahora, estoy seguro de que aún se pasaría los dedos entre el pelo. Pero Delacorte ha muerto, como tantos otros. El futuro me depararía presenciar la muerte de Delacorte.

Delacorte, en el papel del bufón de Lear, diría sabiamente: «Guarda más de lo que enseñas, di menos de lo que sepas, presta menos de lo que tengas». Buen consejo, pero no salvaría al bufón de Lear, ni salvó a Delacorte.

Kittredge se comportaba de una manera extraña en presencia de Delacorte; podía mostrarse afectuoso e impaciente con él al mismo tiempo. Era como si Delacorte hubiese sido un amigo de la infancia, pero uno que había defraudado a Kittredge, uno que no había «salido» como Kittredge esperaba o preveía.

A Kittredge, insólitamente, le gustaba mucho aquella costumbre de enjuagarse y escupir de Delacorte; incluso llegó a sugerirle a Richard que los reiterados enjuagues y escupidas del bufón de Lear podrían beneficiar a la representación.

—En ese caso no sería Shakespeare —declaró el abuelo Harry.

—Yo no pienso apuntar los enjuagues y escupidas, Richard —dijo mi madre.

—Delacorte, ¿tendrías la bondad de enjuagarte y escupir entre bastidores? —instó Richard al peso ligero compulsivo.

—Era sólo una idea —había dicho Kittredge, encogiéndose de hombros en un gesto de desdén—. Supongo que basta con tener un bufón que al menos sea capaz de decir la palabra «sombra».

Conmigo Kittredge sería más filosófico.

—Tú míralo de la siguiente manera, Ninfa: no existe un actor en activo con un vocabulario restringido. Pero es un descubrimiento positivo, eso de tomar una conciencia de sus limitaciones a una edad tan temprana —me aseguró Kittredge—. Qué buen augurio, a decir verdad: ahora ya sabes que nunca serás actor.

—No es una opción profesional, quieres decir —respondí, como había dicho en una ocasión la señorita Frost cuando le comenté por primera vez que deseaba ser

escritor.

—Yo diría que no, Ninfa, no si quieres tener una mínima posibilidad.

—Ah.

—Y puede que te convenga aclararte respecto a otra opción, Ninfa; antes de plantearte lo de la profesión, quiero decir —dijo Kittredge. Yo callé; me limité a esperar. Conocía a Kittredge de sobra para saber cuándo preparaba una arremetida—. Primero está el asunto de tus inclinaciones sexuales —prosiguió Kittredge.

—Mis inclinaciones sexuales están claras como el agua —contesté, sorprendiéndome un poco a mí mismo, porque, pese a estar actuando, no me tropecé con el menor problema de pronunciación.

—No lo sé, Ninfa —dijo Kittredge con una palpitación intencionada o involuntaria de los amplios músculos de su cuello de luchador—. En lo que se refiere a las inclinaciones sexuales, a mí me pareces una obra en curso.

—¡Ah, eres tú! —dijo la señorita Frost alegremente cuando me vio; parecía sorprendida—. Pensaba que eras tu amigo. Ha estado aquí, acaba de irse. Pensaba que eras él, que volvía.

—¿Quién? —pregunté. (Yo tenía en mente a Kittredge, claro está, no precisamente un amigo).

—Tom —dijo la señorita Frost—. Tom acaba de estar aquí. No entiendo bien por qué viene; siempre anda preguntando por tal o cual libro que, según dice, no encuentra en la biblioteca de la academia, pero me consta que el colegio los tiene. Además, nunca tengo lo que busca. A lo mejor viene buscándote a ti.

—Tom ¿qué más? —pregunté. No creía conocer a ningún Tom.

—Atkins..., ¿no se apellida así? —preguntó la señorita Frost—. Yo lo conozco por Tom.

—Yo lo conozco por Atkins —dije.

—En fin, William, me pregunto cuánto tiempo durará la cultura de los apellidos en ese colegio espantoso —exclamó la señorita Frost.

—¿No deberíamos hablar en susurros? —susurré.

Al fin y al cabo, estábamos en una biblioteca. Me desconcertaba que la señorita Frost levantara tanto la voz, pero también me excitaba oír la decir que la academia Favorite River era un «colegio espantoso»: yo, en el fondo, pensaba lo mismo, pero, a causa de mis lazos familiares con miembros del profesorado, nunca lo habría dicho por lealtad a Richard Abbott y al tío Bob.

—Aquí no hay nadie más, William —me susurró la señorita Frost—. Podemos levantar la voz tanto como queramos.

—Ah.

—Has venido para escribir, supongo —dijo la señorita Frost en voz alta.

—No, necesito que me recomiende una lectura —contesté.



—¿El tema todavía es encapricharse de quien no conviene, William?

—De quien no conviene en absoluto —susurré.

Ella se inclinó hacia mí, para estar más cerca. Seguía siendo mucho más alta que yo; a su lado tenía la sensación de no haber crecido.

—De eso podemos hablar en susurros si quieres —susurró ella.

—¿Conoce a Jacques Kittredge? —pregunté.

—Todo el mundo conoce a Kittredge —respondió la señorita Frost con tono neutro; no pude adivinar qué pensaba de él.

—Estoy encaprichado de Kittredge, pero procuro no estarlo —dije—. ¿Hay alguna novela sobre eso?

La señorita Frost apoyó las dos manos en mis hombros. Yo temblaba, y noté que se daba cuenta.

—En fin, William, hay cosas peores —dijo—. Sí, tengo justo la novela que debes leer —susurró.

—Sé por qué viene Atkins —prorrumpí—. No me busca a mí. ¡Seguramente se ha encaprichado de usted!

—¿Y eso por qué? —preguntó la señorita Frost.

—¿Y por qué no? ¿Por qué no iba a encapricharse él o cualquier chico de usted? —pregunté.

—Bueno, nadie se encapricha de mí desde hace tiempo —contestó—. Pero es muy halagador; es muy amable por tu parte decir algo así, William.

—Yo también estoy encaprichado de usted —anuncié—. Siempre lo he estado, y es un encaprichamiento más fuerte que el que tengo con Kittredge.

—¡Querido mío, eso sí que no te conviene! —declaró la señorita Frost— ¿No te he dicho que había cosas peores que encapricharse de Jacques Kittredge? Atiéndeme, William: ¡encapricharse de Kittredge es menos peligroso!

—¿Cómo puede ser Kittredge menos peligroso que usted? —exclamé.

Advertí que empezaba a temblar de nuevo; esta vez, cuando la señorita Frost apoyó sus grandes manos en mis hombros, fue para estrecharme contra su amplio pecho. Empecé a sollozar de manera incontrolable.

Me detesté a mí mismo por llorar, pero no pude evitarlo. El doctor Harlow nos había dicho, en otra de las deplorables reuniones matinales, que en los niños el llanto excesivo era una tendencia homosexual de la que debíamos protegernos. (¡Naturalmente, el muy cretino nunca nos dijo cómo debíamos protegernos de algo que no éramos capaces de controlar!). Y yo había oído a mi madre decirle a Muriel: «¡La verdad, no sé qué hacer cuando Billy llora como una niña!».

Así que allí estaba yo, en la biblioteca pública de First Sister, llorando como una niña entre los fuertes brazos de la señorita Frost, tras decirle que mi encaprichamiento con ella era más fuerte que el que tenía con Jacques Kittredge. ¡Debía de parecerle una auténtica nenaza!

—Querido mío, tú en realidad no me conoces —decía la señorita Frost—. No

sabes quién soy. No sabes nada de nada de mí, ¿verdad que no? ¿William? No lo sabes, ¿verdad que no?

—¿Qué es lo que no sé? —farfullé—. No conozco su nombre de pila —admití; seguía sollozando.

Yo también la abrazaba a ella, pero no con la misma intensidad con que ella me abrazaba a mí. Percibía lo fuerte que era y —una vez más— la pequeñez de sus pechos contrastaban sorprendentemente con su fuerza. Percibía asimismo lo blandos que eran; sus pequeños y blandos pechos se me antojaban en contradicción con sus anchos hombros, sus brazos musculosos.

—No me refería a mi nombre, William; mi nombre de pila no tiene ninguna importancia —dijo la señorita Frost—. Me refiero a que no me conoces a mí.

—Pero ¿cuál es su nombre de pila? —insistí.

La manera en que la señorita Frost suspiró tuvo algo de teatral; la manera en que se desprendió de mí, casi apartándome de un empujón, tuvo algo de exageración escénica.

—Para mí, William, hay mucho en juego en el hecho de ser la señorita Frost —dijo—. No adquirí el título de «señorita» por azar.

A mí no me era ajeno sentir rechazo por el propio nombre, porque yo mismo había rechazado el mío, William Francis Dean, hijo.

—¿No le gusta su nombre de pila? —pregunté.

—Podríamos empezar por ahí —contestó, sonriente—. ¿Tú pondrías Alberta a una chica?

—¿Como la provincia de Canadá? —pregunté.

¡No me imaginaba a la señorita Frost con el nombre de Alberta!

—Es un nombre más apropiado para una provincia —afirmó—. Todo el mundo me llamaba Al.

—Al —repetí.

—Ya ves por qué me gusta más «señorita» —dijo, y se echó a reír.

—A mí me encanta todo en usted —declaré.

—Para el carro, William —instó la señorita Frost—. Uno no puede precipitarse al encapricharse de personas que no le convienen.

Como es lógico, no entendí por qué consideraba que ella no me «convenía», ¿y cómo concebía siquiera que mi encaprichamiento de Kittredge fuera menos peligroso? Creí que la señorita Frost sólo pretendía prevenirme sobre nuestra diferencia de edad; quizá para ella la relación entre un chico de dieciocho años y una mujer de más de cuarenta era tabú. Yo, por mi parte, pensaba que, en definitiva, ya había alcanzado la mayoría de edad, aunque por poco, y si era verdad que la señorita Frost rondaba la edad de mi tía Muriel, debía de tener unos cuarenta y dos o cuarenta y tres años.

—Las chicas de mi edad no me interesan —dije a la señorita Frost—. Según parece, me atraen las mujeres mayores.

—Querido mío —repitió ella—. Lo que cuenta no son los años; es lo que soy. William tú no sabes qué soy, ¿verdad que no?

Por si esa pregunta de connotaciones existenciales no me hubiera confundido ya bastante, Atkins eligió ese momento para entrar en el vestíbulo tenuemente iluminado de la biblioteca, donde pareció sobresaltarse. (Después me contó que se había asustado al ver su propia imagen reflejada en el espejo, que colgaba mudamente en el vestíbulo como un guardia de seguridad mudo).

—Ah, eres tú, Tom —dijo la señorita Frost, sin sorprenderse.

—¿Lo ve? ¿Qué le he dicho? —pregunté a la señorita Frost mientras Atkins seguía contemplándose de forma temerosa en el espejo.

—Estás muy equivocado —dijo la señorita Frost, sonriendo.

—Kittredge te busca, Bill —anunció Atkins—. He ido a la sala de los anuarios, pero allí me han dicho que acababas de marcharte.

—La sala de los anuarios —repitió la señorita Frost; parecía sorprendida.

La miré; advertí en su expresión un nuevo desasosiego.

—Bill lleva a cabo un estudio de los anuarios de Favorite River desde el pasado hasta el presente —le dijo Atkins a la señorita Frost—. Me lo contó Elaine —me aclaró a mí.

—Por el amor de Dios, Atkins; parece que tú estás llevando a cabo un estudio sobre mí —le reproché.

—Es Kittredge quien quiere hablar contigo —dijo Atkins con semblante hosco.

—¿Desde cuándo eres el mensajero de Kittredge? —pregunté.

—¡Ya he oído bastantes insultos por una noche! —exclamó Atkins teatralmente, levantando sus descarnadas manos—. Una cosa es que Kittredge me maltrate; maltrata a todo el mundo. Pero que ahora encima me maltrates tú, Bill... ¡Eso ya se pasa de la raya!

En un esfuerzo por abandonar la biblioteca pública de First Sister con una ostentosa pose de despecho, Atkins se encontró de nuevo con el amenazador espejo del vestíbulo, donde se detuvo para declamar unas palabras de despedida:

—No soy tu sombra, Bill; lo es Kittredge —afirmó Atkins.

Salió antes de oírme decir:

—Por mí, Kittredge puede irse a la mierda.

—Cuida ese vocabulario —dijo la señorita Frost, apoyando sus largos dedos en mis labios—. Al fin y al cabo, estamos en una biblioteca, joder.

«Joder» no era una palabra que me viniera a la cabeza cuando pensaba en ella —del mismo modo que la señorita Frost era una Alberta inverosímil—, pero cuando la miré, sonreía. Sólo me tomaba el pelo; de pronto me rozó la mejilla con sus largos dedos.

—Una curiosa alusión a la palabra «sombra», William —comentó—. ¿No será ésa la palabra impronunciable que provocó tu abandono de *El rey Lear*?

—Lo es —contesté—. Supongo que ya se habrá enterado. ¡En un pueblo tan

pequeño como éste, todo el mundo se entera de todo!

—Quizá no todo el mundo, William, y seguramente no de todo —corrigió la señorita Frost—. Me da la impresión, por ejemplo, de que tú no te has enterado de todo... en cuanto a mí, quiero decir.

Yo sabía que Nana Victoria no sentía la menor simpatía por la señorita Frost, pero ignoraba la razón. Yo sabía que la tía Muriel tenía sus más y sus menos con la elección de sujetadores de la señorita Frost, pero ¿cómo podía yo sacar a relucir el tema del sujetador preparatorio cuando acababa de expresar mi amor por todo en la señorita Frost?

—Mi abuela —comencé a decir— y mi tía Muriel...

Pero la señorita Frost volvió a tocarme levemente los labios con sus largos dedos.

—Chist, William —susurró—. No necesito oír qué piensan de mí esas señoras. Me interesa oír mucho más lo de ese proyecto tuyo en la sala de los anuarios antiguos.

—Ah, la verdad es que no es un proyecto —respondí—. Miro las fotos del equipo de lucha, básicamente..., y las de las obras representadas por el Club de Teatro.

—¿Ah, sí? —preguntó la señorita Frost un tanto distraídamente.

¿Por qué tenía yo la sensación de que ella a ratos actuaba, con una especie de intermitencia? ¿Qué había contestado cuando Richard Abbott le preguntó si había subido alguna vez al escenario, si había actuado alguna vez?

«Sólo en mi cabeza», le había respondido, casi coqueteando. «Cuando era más joven, continuamente».

—¿Y por qué año vas con esos anuarios antiguos, William, por qué promoción? —preguntó a continuación la señorita Frost.

—Por 1931 —contesté.

Ella había retirado los dedos de mis labios; me tocaba el cuello de la camisa, casi como si algo en una camisa de chico con el cuello abotonado la hubiera afectado, como si sintiera un apego sentimental, tal vez.

—Estás muy cerca —dijo la señorita Frost.

—¿Cerca de qué? —pregunté.

—Cerca, sencillamente —contestó—. Tenemos poco tiempo.

—¿Es hora de cerrar la biblioteca? —pregunté, pero la señorita Frost se limitó a sonreír; luego, como si se detuviera a pensar en ello, consultó su reloj de pulsera—. Bueno, qué más da si esta noche cerramos un poco antes —dijo de pronto.

—Claro, ¿por qué no? —respondí—. Aquí no hay nadie más. Dudo que Atkins vuelva.

—Pobre Tom —comentó la señorita Frost—. No se ha encaprichado de mí, William. ¡Tom Atkins se ha encaprichado de ti!

En cuanto lo dijo, supe que era verdad. El «pobre Tom», que es como yo acabaría pensando en Atkins, seguramente intuía mi encaprichamiento con la señorita Frost; debía de estar celoso de ella.

—Lo único que hace el pobre Tom es espiarme, a mí y también a ti —dijo la señorita Frost—. ¿Y de qué quiere hablarte Kittredge? —me preguntó de pronto.

—Ah, de nada, por una cosa de alemán. Ayudo a Kittredge con el alemán —expliqué.

—Tom Atkins sería para ti una elección menos peligrosa que Jacques Kittredge —declaró la señorita Frost.

También yo sabía que eso era cierto, pese a que no encontraba atractivo a Atkins, salvo en el sentido de que, con el paso del tiempo, uno puede encontrar un poco atractivo a alguien que lo adora. (Pero eso casi nunca sale bien, ¿verdad?).

Comoquiera que fuese, cuando me disponía a decir a la señorita Frost que en realidad Atkins no me atraía —que no me atraían todos los chicos, sino en realidad sólo unos pocos—..., bueno, en ese momento unió sus labios a los míos. Me besó sin más. Fue un beso bastante firme, moderadamente agresivo, sólo una embestida energética, una única incursión de su lengua caliente. Créanme: pronto cumpliré los setenta; han sido muchos los besos a lo largo de mi vida, y ése transmitió más aplomo que el apretón de manos de cualquier hombre.

—Lo sé, lo sé —musitó contra mis labios—. Tenemos poquísimo tiempo; no hablemos del pobre Tom.

—Ah.

La seguí al vestíbulo, donde aún pensaba que su preocupación por el «tiempo» tenía que ver sólo con la hora de cierre de la biblioteca, pero la señorita Frost dijo:

—Supongo que el toque de queda de la residencia para los alumnos de último curso continúa siendo a las diez, William, excepto el sábado por la noche, cuando imagino que continúa siendo a las once. En ese colegio espantoso nunca cambia nada, ¿verdad?

Me impresionó que la señorita Frost conociese siquiera la existencia del toque de queda en las residencias de la academia Favorite River, y más aún que hubiera acertado con la hora exacta.

La observé mientras echaba la llave a la puerta de la biblioteca y apagaba la luz exterior. Dejó encendida la tenue iluminación del vestíbulo y, recorriendo la sala principal, apagó las demás luces. Yo me había olvidado por completo de que le había pedido consejo —una lectura sobre mi encaprichamiento con Kittredge, y mi deseo de «evitarlo»— cuando la señorita Frost me entregó una delgada novela. Tenía sólo unas cuarenta y cinco páginas más que *El rey Lear*, que daba la casualidad de que era la historia que había leído más recientemente.

Era una novela de James Baldwin titulada *La habitación de Giovanni*, pero apenas alcancé a leer el título porque la señorita Frost había dejado la sala principal a oscuras. Quedaba sólo la luz del vestíbulo tenuemente iluminado, que apenas bastó para que la señorita Frost y yo viéramos dónde pisábamos de camino a la escalera del sótano.

En la oscura escalera, iluminada sólo por la escasa luz que nos seguía desde el

vestíbulo de la biblioteca —y un débil resplandor al frente, que nos atraía hacia el cubículo de la señorita Frost, separado de la sala de calderas por un tabique—, recordé de pronto que había otra novela sobre la que quería pedir consejo a la aplomada bibliotecaria.

Tenía el nombre de «Al» en los labios, pero era incapaz de obligarme a pronunciarlo. En lugar de eso, dije:

—Señorita Frost, ¿qué puede decirme de *Madame Bovary*? ¿Cree que me gustaría?

—Cuando seas mayor, William, creo que te encantará.

—Eso es más o menos lo que me dijo Richard, y también el tío Bob —respondí.

—¿Tu tío Bob ha leído *Madame Bovary*? ¡No te referirás al Bob de Muriel! —exclamó la señorita Frost.

—Bob no la ha leído; sólo me contó de qué iba —expliqué.

—Alguien que no ha leído una novela en realidad no puede saber de qué va, William.

—Ah.

—Tú espera, William —dijo la señorita Frost—. El momento de leer *Madame Bovary* será cuando tus esperanzas y deseos románticos se hayan estrellado y creas que tus relaciones futuras van a tener consecuencias decepcionantes, o incluso devastadoras.

—Pues esperaré a leerla hasta entonces —aseguré.

Su dormitorio y cuarto de baño —antiguamente la carbonera— no tenía más iluminación que una lámpara de lectura, prendida en el cabezal de barrotes de la anticuada cama de hierro. La señorita Frost encendió la vela con aroma a canela de la mesilla de noche y apagó la lámpara. A la luz de la vela, me dijo que me desvistiera.

—Eso significa del todo, William; por favor, no te dejes los calcetines puestos.

Obedecí, de espaldas a la señorita Frost, mientras ella decía que agradecería «cierta intimidad». Utilizó brevemente el inodoro con asiento de madera —me pareció oírla orinar y tirar de la cadena—; luego, a juzgar por el ruido del agua que corría en el pequeño lavabo, creo que se lavó a toda prisa y se cepilló los dientes.

Me tendí desnudo en su cama de hierro; a la luz vacilante de la vela leí que *La habitación de Giovanni* se publicó en 1956. Según la tarjeta adjunta de la biblioteca, sólo un socio de la biblioteca pública de First Sister había solicitado en préstamo la novela y me pregunté si el solitario lector del señor Baldwin habría sido de hecho la señorita Frost. No había terminado los dos primeros párrafos cuando la señorita Frost dijo:

—Por favor, William, no leas eso ahora. Es muy triste, y seguro que te afectará.

—Afectarme ¿cómo? —pregunté.

La oí colgar sus prendas en el ropero; al imaginarla desnuda me costó concentrarme, pero seguí leyendo.

—Evitar encapricharse de Kittredge es imposible, William; no lo evitarás por más

que lo intentes —aseguró la señorita Frost.

Fue entonces cuando llegué a la penúltima frase del segundo párrafo y me interrumpí; me limité a cerrar el libro y los ojos.

—Te he dicho que dejaras de leer, ¿no? —dijo la señorita Frost.

La frase empezaba así: «Habrà una chica sentada frente a mí que se preguntará por qué no he coqueteado con ella». Me detuve ahí con la duda de si me atrevería a continuar.

—Ésta es una novela que tu madre no debe ver —decía la señorita Frost—, y si no estás preparado para hablarle a Richard de tu encaprichamiento con Kittredge, pues..., bueno, mejor que Richard tampoco se entere de que la estás leyendo.

Noté que se tendía en la cama, detrás de mí; su piel desnuda me rozó la espalda, pero no se había quitado toda la ropa. Con delicadeza, me cogió el pene en su mano grande.

—¿Sabes qué es un tusón? —dijo la señorita Frost.

—¿Un tusón? —pregunté; mi pene se endurecía.

—Sí, un tusón —contestó la señorita Frost—. Es un potro de menos de dos años. Y algunos son bragados. Sabes qué es un animal bragado, imagino —añadió.

—Cuando es de otro color por debajo, ¿no?

—Sí, en la entrepierna, lo que se conoce como bragadura —explicó la señorita Frost.

—Ah.

—Di «tusón bragado» para mí, William.

—Tusón bragado —dije.

—Ahora dilo seguido, juntando las palabras —indicó la señorita Frost.

—Tusonbragado.

—Ahora quita la primera sílaba y las dos últimas —me pidió.

—Son-bra —dije, sin pensar; mi pene y su mano habían acaparado casi toda mi atención.

—¿Como la sombra de Lear? —preguntó.

—La sombra de Lear —dije—. De todos modos, yo no quería ese papel en la obra —expliqué.

—Bueno, al menos no dijiste la «siembra» de Lear —comentó la señorita Frost.

—La sombra de Lear —repetí.

—¿Y qué es esto que tengo en la mano? —me preguntó.

—Mi peve —contesté.

—Yo no cambiaría ese peve por nada del mundo, William —dijo la señorita Frost—. Creo que debes decir esa palabra como te salga de los huevos.

Lo sucedido a continuación sería el preludio de lo inalcanzable; lo que hizo por mí la señorita Frost sería, como se demostró, inimitable. De repente me atrajo hacia sí —yo estaba tendido de espaldas— y me besó en la boca. Llevaba sujetador, no con relleno, como el de Elaine, sino un sujetador transparente de copas sólo algo mayores

de lo que yo preveía. La tela era vaporosa y mucho más sedosa que el suave algodón del sujetador de Elaine, y —por compararlo con las prendas interiores más prácticas de los catálogos de venta por correo de mi madre— el sujetador de la señorita Frost no entraba en la categoría de sujetador preparatorio; era, en conjunto, más *sexy* y sofisticado. La señorita Frost llevaba también un viso, de esos ajustados que usan las mujeres debajo de la falda —éste era de color beige—, y cuando se sentó a horcajadas en torno a mis caderas pareció remangarse bien el viso por encima de medio muslo. Su peso, y la firmeza con que me sujetaba, me comprimieron contra la cama.

Ahuequé una mano en torno a uno de sus pequeños y blandos pechos; con la otra mano intenté tocarla por debajo del viso, pero la señorita Frost dijo:

—No, William, no me toques ahí, por favor.

Me retiró la mano descarriada y me la llevó a su otro pecho.

Fue mi pene lo que ella guió bajo el viso. Yo nunca había penetrado a nadie, y cuando percibí esa asombrosa fricción, creí, naturalmente, que la penetraba. Experimenté una sensación resbaladiza —no hubo el menor dolor, y sin embargo nunca había sentido tal presión en torno al pene—, y cuando eyaculé, dejé escapar un grito contra sus pechos pequeños y blandos. Me sorprendió descubrir que tenía la cara apretada contra sus pechos y el sedoso sujetador, porque no recordaba el momento en que la señorita Frost había dejado de besarme. (Había dicho: «No, William, no me toques ahí, por favor»). Obviamente, no podía besarme y hablarme al mismo tiempo).

Era mucho lo que yo deseaba decirle, y preguntarle, pero la señorita Frost no estaba de humor para charlas. Quizá sentía de nuevo aquel curioso apremio por el «poco tiempo» del que disponíamos, o de eso conseguí convencerme.

Me preparó un baño; yo esperaba que se quitara el resto de la ropa y se metiera en la gran bañera conmigo, pero no fue así. Se arrodilló junto a esa bañera con las patas en forma de zarpas de león, y los grifos en forma de cabeza de león, y me bañó con delicadeza; trató con especial delicadeza mi pene. (Incluso habló de él con afecto, empleando la palabra «peve» de una manera que hizo que los dos nos riéramos).

Pero la señorita Frost seguía consultando su reloj de pulsera.

—Si llegas después del toque de queda, te imponen una sanción, William. Una sanción podría conllevar el adelanto del toque de queda. El fin de las visitas a la biblioteca pública de First Sister pasada la hora de cierre, y eso no nos gustaría, ¿verdad?

Cuando eché un vistazo a su reloj, vi que no eran ni las nueve y media. Estaba a unos minutos a pie del Bancroft Hall, cosa que señalé a la señorita Frost.

—Bueno, podrías toparte con Kittredge y tener una conversación sobre el alemán, nunca se sabe, William —se limitó a decir.

Yo había notado una sensación húmeda, sedosa, y después de tocarme el pene —antes de meterme en la bañera—, me quedó en los dedos un vago olor a perfume.



Quizá la señorita Frost había utilizado algún lubricante, imaginé, algo que yo recordaría años después, cuando olí por primera vez esos jabones líquidos hechos de aceite de almendra o aguacate. Pero, fuera lo que fuese, el baño lo eliminó.

—Nada de rodeos hacia la sala de los anuarios antiguos; no esta noche, William —decía la señorita Frost; me ayudó a vestirme, como si fuera un niño el primer día de colegio. Incluso se puso un poco de pasta de dientes en el dedo y me lo metió en la boca—. Ve a enjuagarte la boca en el lavabo —me indicó—. Supongo que sabrás encontrar el camino de salida; yo volveré a echar la llave cuando me vaya.

Entonces me besó: un beso largo, interminable, que me indujo a apoyar las dos manos en sus caderas.

La señorita Frost se apresuró a interceptarme las manos, me las apartó de su ajustado viso hasta la rodilla y me las ciñó a sus pechos, que era el sitio (tuve la clara impresión) donde, a juicio de ella, les correspondía estar. O quizás, a juicio de ella, el sitio donde no les correspondía estar era por debajo de su cintura: yo no podía, o no debía, tocarla «ahí».

Mientras subía por la oscura escalera del sótano hacia el exiguo resplandor procedente del vestíbulo de la biblioteca recordé una advertencia absurda formulada en una reunión matinal hacía mucho tiempo: la advertencia del doctor Harlow, tan soporífera como todas, fue con ocasión de un baile que íbamos a celebrar un fin de semana con las alumnas visitantes de un colegio exclusivamente femenino. «No las toquéis por debajo de la cintura», dijo el incomparable médico de nuestro colegio, «¡y así vosotros y vuestras parejas estaréis más contentos!».

Pero eso no podía ser cierto, pensaba, y en ese momento oí la voz de la señorita Frost; yo aún estaba en la escalera.

—Vete directo a casa, William, ¡y no tardes en venir a verme!

¡Tenemos muy poco tiempo!, estuve a punto de contestarle: una de esas premoniciones que más adelante recordaría, para siempre, aunque entonces se me ocurrió decírselo, imaginé, sólo para ver qué respondía ella. La señorita Frost era quien parecía pensar que teníamos muy poco tiempo, por la razón que fuese.

Ya en la calle, pensé fugazmente en el pobre Atkins, el pobre Tom. Lamentaba haberme portado mal con él, aunque me reía de mí mismo sólo de recordar que había concebido la posibilidad de que él se hubiera encaprichado de la señorita Frost. Me resultaba gracioso imaginarlos juntos: Atkins con su problema de pronunciación, su absoluta incapacidad para decir la palabra «tiempo», ¡y la señorita Frost diciéndola a cada instante!

Había pasado ante el espejo del vestíbulo tenuemente iluminado sin apenas mirarme, pero —en la estrellada noche de septiembre— me dije que se me veía mucho mayor (que antes de mi encuentro con la señorita Frost, quiero decir). Con todo, mientras recorría River Street hacia el campus de Favorite River, llegué a la conclusión de que, por la expresión de mi rostro en el espejo, no se notaba que había tenido relaciones sexuales por primera vez.

Y esa reflexión llegó acompañada de una idea perturbadora, desconcertante: de pronto imaginé que quizá no había tenido relaciones sexuales. (No auténticas relaciones sexuales, no con una auténtica penetración, quiero decir). Luego me dije: ¿cómo puedo pensar una cosa así sobre lo que ha sido la noche más placentera de mi joven vida?

Yo todavía ignoraba que era posible no tener auténticas relaciones sexuales (o con auténtica penetración) y aun así gozar de un placer sexual insuperable, placer que, hasta el día de hoy, no ha tenido parangón.

Pero ¿qué sabía yo? Tenía sólo dieciocho años; esa noche, con *La habitación de Giovanni* de James Baldwin en la cartera, mis encaprichamientos con quienes no me convenía no habían hecho más que empezar.

A la sala común del Bancroft Hall, como las salas comunes de otras residencias, se la llamaba la «sala de las colillas»; los alumnos fumadores del último curso estaban autorizados a pasar allí sus horas de estudio. Muchos no fumadores del último curso lo consideraban un privilegio demasiado importante para renunciar a él; incluso ellos optaban por pasar allí sus horas de estudio.

En aquellos años de temeridad nadie nos prevenía de los riesgos que corrían los fumadores pasivos, y menos el imbécil del médico de nuestro colegio. ¡No recuerdo una sola reunión matinal que abordase la afección del tabaco! El doctor Harlow había dedicado su tiempo y su talento al tratamiento del exceso de llanto en los chicos, conforme a su inquebrantable convicción de que existía una cura para las tendencias homosexuales que pudieran padecer los hombres jóvenes en que estábamos convirtiéndonos.

Llegué quince minutos antes del toque de queda; al entrar en la familiar bruma gris azulada a causa del humo de la sala de las colillas del Bancroft, Kittredge se acercó a mí. No sé qué llave me aplicó. Más tarde intentaría describírsela a Delacorte, quien, dicho sea de paso, no lo hizo mal en el papel del bufón de Lear, según supe. Entre enjuagues y escupidas, Delacorte dijo: «Me suena que debió de ser una presa a un solo brazo. Kittredge nos lleva a todos a mal traer con sus presas a un solo brazo».

Fuera cual fuese el nombre de la llave, no me dolió. Yo sólo sabía que no podría zafarme de él, así que ni lo intenté. Fue en extremo abrumador verme abrazado tan estrechamente por Kittredge cuando acababa de abrazarme la señorita Frost.

—Hola, Ninfa —dijo Kittredge—. ¿Dónde has estado?

—En la biblioteca —contesté.

—Me han dicho que te has ido de la biblioteca hace un rato —dijo Kittredge.

—He ido a la otra biblioteca —repliqué—. Hay una biblioteca pública, la biblioteca del pueblo.

—Supongo que una biblioteca no basta para un chico tan ocupado como tú, Ninfa. *Herr* Steiner nos ha puesto un examen para mañana; supongo que saldrá más

Rilke que Goethe, pero ¿tú qué opinas?

Yo había tenido a *Herr Steiner* en Alemán II; se trataba de uno de los esquiadores austriacos. No era mal profesor, ni mala persona, pero era muy previsible. Kittredge tenía razón en que saldría más Rilke que Goethe; a Steiner le gustaba Rilke, pero ¿a quién no? A *Herr Steiner* también le gustaban las palabras grandilocuentes, al igual que a Goethe. Kittredge tenía problemas en alemán porque siempre se andaba con suposiciones. Uno no puede andarse con suposiciones en una lengua extranjera, y menos en una lengua tan precisa como el alemán. Lo sabes o no lo sabes.

—También debes conocer las palabras grandilocuentes de Goethe, Kittredge. En el examen no saldrá sólo Rilke —previne.

—Las frases que a Steiner le gustan de Rilke son las largas —se quejó Kittredge—. Son difíciles de recordar.

—Rilke también tiene frases cortas. A todo el mundo le gustan, no sólo a Steiner —le advertí—. «*Musik: Atem der Statuen*».

—¡Mierda! —exclamó Kittredge—. Ésa la sé. ¿Qué era?

—«Música: el aliento de las estatuas» —traduje, pero estaba pensando en la presa a un solo brazo, si es que era ésa la llave; tenía la esperanza de que me mantuviera inmovilizado eternamente—. Y también esta otra: «*Du, fast noch Kind*», ¿ésa la conoces?

—¡Toda esa mierda de la infancia! —exclamó Kittredge—. ¿Es que el puto Rilke nunca superó la infancia o qué?

—«Tú, casi un niño todavía». Te aseguro que ésa entrará en el examen, Kittredge.

—¡Y «*reine Übersteigerung*»! ¡Esa gilipollez de la «trascendencia pura»! —exclamó Kittredge, sujetándose aún con más fuerza—. ¡Ésa saldrá!

—Con Rilke, dar por hecho que el rollo de la infancia sale, eso seguro —previne.

—«*Lange Nachmittage der Kindheit*» —me cantó Kittredge al oído—. «Largas tardes de la infancia». ¿No te impresiona que me sepa ésa, Ninfa?

—Si lo que te preocupan son las frases largas, no te olvides de ésta: «*Weder Kindheit noch Zukunft werden weniger*». «Ni la infancia ni el futuro se hacen más pequeños». ¿Ésa la recuerdas? —pregunté.

—¡Mierda! —exclamó Kittredge—. ¡Pensaba que ésa era de Goethe!

—Es sobre la infancia, ¿no? Es Rilke —dije. *Dass ich dich fassen möcht*: ¡si al menos pudiera agarrarte!, pensaba yo. (Eso sí era Goethe). Pero me limité a decir—: «*Schöpfungskraft*».

—¡Mierda por partida doble! —protestó Kittredge—. Ésa sí es de Goethe, lo sé.

—Pero no significa «mierda por partida doble» —advertí. No sé qué hizo con la presa a un solo brazo, pero empezó a dolerme—. Significa «fuerza creativa», o algo así —expliqué, y el dolor cesó; casi me había gustado—. Me juego algo a que no sabes qué es «*Stossgebet*»..., el año pasado la fallaste —le recordé. Volvió el dolor de la presa; fue una sensación bastante placentera.

—Esta noche estás muy intrépido, ¿eh, Ninfa? Las dos bibliotecas deben de

haberte potenciado la seguridad en ti mismo —dijo Kittredge.

—¿Qué tal le va a Delacorte con «la sombra de Lear»... y demás? —pregunté.

Aflojó la presa a un solo brazo; parecía estrecharme casi con intención reconfortante.

—¿Qué es el puto «*Stossgebet*», Ninfa? —preguntó.

—Una jaculatoria —contesté.

—Mierda por partida triple —dijo con una resignación impropia de él—. Puto Goethe.

—El año pasado también tuviste problemas con «*überschlechter*»; lo digo por si Steiner se pasa de listo y cuela un adjetivo. Sólo pretendo ayudarte —afirmé.

Kittredge me soltó.

—Creo que ésa la sé: significa «muy mal», ¿no? —preguntó. (Como ustedes comprenderán, durante todo el rato que pasamos no exactamente luchando, ni exactamente conversando, los asiduos de la sala de las colillas del Bancroft nos observaron fascinados. Kittredge siempre era un imán para la vista, en cualquier grupo de personas, y allí estaba yo, que al menos fingía que me defendía).

—No te dejes engañar por «*Demut*», eh —aconsejé—. Es una palabra corta, pero, aun así, es Goethe.

—Ésa la conozco, Ninfa —respondió Kittredge, sonriente—. Es «humildad», ¿no?

—Sí —dije, me sorprendió que conociera la palabra, incluso en su propia lengua—. Pero recuerda: si suena a sermón o proverbio, seguramente es Goethe.

—«La vejez es un caballero muy cortés», te refieres a gilipolleces como ésa, ¿no? —Para mi mayor sorpresa, Kittredge incluso conocía la frase en alemán, que a continuación recitó—: «*Das Alter ist ein höflich' Mann*».

—Hay una que suena a Rilke pero es de Goethe —advertí.

—Es la del puto beso —aventuró Kittredge—. Dila en alemán, Ninfa —me ordenó.

—«*Der Kuss, der letzte, grausam süß*» —dije, pensando en los besos sinceros de la señorita Frost.

No pude por menos de pensar en besar también a Kittredge; empezaba a temblar otra vez.

—«El beso, el último, cruelmente dulce» —tradujo Kittredge.

—Exacto, o podrías decir «el último de todos los besos», si prefieres —añadí—. «*Die Leidenschaft bringt Leiden!*» —dije a continuación, poniendo el corazón en cada palabra.

—¡Puto Goethe! —exclamó Kittredge.

Adiviné que no lo sabía; ahí tampoco valían las suposiciones.

—«La pasión acarrea dolor» —traduje para él.

—Ah, sí —dijo—. Mucho dolor.

—Eh, chicos —intervino uno de los fumadores—, es casi el toque de queda.

—Mierda por partida cuádruple —se lamentó Kittredge.

Yo sabía que él era capaz de cruzar a todo correr el patio de las residencias hasta el Tilley, o podía contarse con que, si llegaba con retraso, inventara una excusa brillante.

—«*Ein jeder Engel ist schrecklich*» —dije a Kittredge cuando él ya se marchaba de la sala de las colillas.

—Rilke, ¿no? —me preguntó.

—Rilke, sí. Es muy famosa —añadí—. «Todo ángel es aterrador».

Al oírme, Kittredge se detuvo en la puerta de la sala de las colillas. Me miró antes de salir corriendo; su mirada me asustó, porque me pareció adivinar en su agraciado rostro una total comprensión y un absoluto desprecio. Fue como si, repentinamente, Kittredge lo supiera todo sobre mí, no sólo quién era y qué escondía, sino todo lo que me aguardaba en el futuro. (Mi amenazador *Zukunft*, como Rilke lo habría llamado).

—Eres un chico especial, ¿eh, Ninfa? —se apresuró a preguntarme Kittredge. Pero salió corriendo, sin esperar respuesta.

—¡Seguro que todos tus putos ángeles serán aterradores! —dijo gritando mientras se alejaba.

Sé que no era eso a lo que Rilke se refería al decir «todo ángel», pero yo pensaba en Kittredge y en la señorita Frost, y tal vez en el pobre Tom Atkins —y cuantos se aparecieran en mi futuro—, como mis ángeles aterradores.

¿Y qué había dicho la señorita Frost al aconsejarme que esperara para leer *Madame Bovary*? ¿Y si mis ángeles aterradores, empezando por la señorita Frost y Jacques Kittredge (mis «relaciones futuras», así era como la señorita Frost lo había expresado), tenían todos «consecuencias decepcionantes, o incluso devastadoras», como ella también había dicho?

—¿Qué te pasa, Bill? —me preguntó Richard Abbott cuando entré en nuestro apartamento de la residencia. (Mi madre ya se había acostado; o al menos la puerta de su habitación estaba cerrada, como de costumbre.)—. ¡Cualquiera diría que acabas de ver a un fantasma!

—Un fantasma no —contesté—. Sólo mi futuro, quizá —añadí.

Opté por dejarlo con el misterio de mi comentario; fui derecho a mi habitación y cerré la puerta.

Allí estaba el sujetador con relleno de Elaine, donde estaba casi siempre, bajo mi almohada. Me quedé mirándolo durante largo rato, viendo en él poco de mi futuro, o de mis ángeles aterradores.

## GRAN AL

«Es la crueldad de Kittredge lo que más me desagrada», escribí a Elaine ese otoño.

«Es herencia genética», me contestó en su carta. Como es lógico, no podía discutirle a Elaine su superior conocimiento de la señora Kittredge. Elaine y «esa espantosa mujer» habían llegado a un grado de intimidad que permitía a Elaine hacer valer su autoridad en lo tocante a esos genes transmitidos de madre a hijo. «Kittredge puede negar que ella es su madre hasta que las ranas críen pelo, Billy, ¡pero te aseguro que es una de esas madres que le dio el pecho al muy cabrón hasta que ya se afeitaba!».

«De acuerdo», escribí a Elaine, «pero ¿por qué estás tan segura de que la crueldad es genética?».

«Ahí tienes los besos», contestó Elaine en su carta. «Esos dos besan igual, Billy. La manera de besar es decididamente genética».

La disertación genética de Elaine sobre Kittredge aparecía en la misma carta donde me anunciaba su intención de ser escritora; incluso en lo referente a esa ambición tan sagrada, Elaine había sido más sincera conmigo de lo que yo había conseguido serio con ella. Ahí estaba yo, iniciando mi largamente deseada aventura con la señorita Frost, ¡y sin embargo aún no había hablado de eso con Elaine!

No se lo había contado a nadie, por supuesto. También me había resistido a seguir leyendo *La habitación de Giovanni* hasta que me di cuenta de que quería ver de nuevo a la señorita Frost —lo antes posible—, y consideré que no debía presentarme en la biblioteca pública de First Sister sin prepararme antes para comentar el texto de James Baldwin con ella. Así que me zambullí en la novela, aunque, de hecho, no había llegado aún muy lejos cuando tuve que detenerme ante otra frase. Ésta aparecía poco después del principio del segundo capítulo, y me dejó incapacitado para continuar con la lectura durante todo un día.

«Ahora entiendo que el desprecio que sentí por él guardaba relación con el desprecio por mí mismo», leí. Pensé de inmediato en Kittredge, en que el desagrado que me producía se entretejía plenamente con el desagrado que yo mismo me inspiraba al verme atraído por él. Pensé que el texto de James Baldwin era quizá demasiado veraz para mí, pero me obligué a intentarlo de nuevo la noche siguiente.

Está, además, esa descripción, también en el segundo capítulo, de «los habituales chicos delgados como hojas de cuchilla, con sus pantalones ajustados», ante la que me retraje íntimamente; pronto tomaría a esos chicos como modelo y buscaría su compañía, y la perspectiva de innumerables «chicos como hojas de cuchilla» en mi futuro me asustó.

De pronto, a pesar del miedo, había llegado ya a la mitad de la novela y no podía dejar de leer. Incluso esa parte donde el odio del narrador por su amante masculino es tan poderoso como su amor por él, y «se alimenta a través de las mismas raíces»; o esa parte donde Giovanni aparece descrito como alguien en cierto modo siempre deseable, y al mismo tiempo su aliento provoca en el narrador «ganas de vomitar». Esos pasajes los aborrecí con toda mi alma, pero sólo por lo mucho que detesté y temí esos sentimientos dentro de mí.

Sí, sentir esa perturbadora atracción por otros chicos y hombres me llevó a temer lo que Baldwin llama «el atroz azote de la moralidad pública», pero me asustó mucho más el pasaje que describe la reacción del narrador ante el sexo con una mujer: «Me intimidaron extraordinariamente sus pechos, y cuando entré en ella, tuve la sensación de que nunca saldría vivo».

¿Por qué eso no me había pasado a mí?, me pregunté. ¿Se debía sólo a que la señorita Frost tenía los pechos pequeños? Si hubiesen sido grandes, ¿me habrían «intimidado» en lugar de causarme tan increíble excitación? Y una vez más me asaltó espontáneamente la duda: ¿de verdad había «entrado» en ella? Si no lo había hecho, y lo hacía la próxima vez, ¿sentiría después repugnancia en lugar de quedar del todo satisfecho?

Como ustedes comprenderán, antes de leer *La habitación de Giovanni* nunca había leído una novela que me hubiera conmocionado, y (a los dieciocho años) yo ya había leído un gran número de novelas, muchas excelentes. James Baldwin escribía un material excelente —y me conmocionó—, sobre todo cuando Giovanni grita a su amante: «Quieres dejar a Giovanni porque te impregna de ese hedor.Quieres despreciar a Giovanni porque él no teme el hedor del amor». Esa expresión, «el hedor del amor», me conmocionó, y me sentí horriblemente ingenuo. ¿Qué olor pensaba yo que quedaría después de hacer el amor a un chico o a un hombre? ¿Se refería Baldwin en realidad al olor de la mierda? Porque ¿acaso no te olería así la polla después de follarte a un hombre o a un chico?

Me invadió una profunda agitación al leerlo; quería hablar con alguien sobre el tema, y estuve a punto de despertar a Richard para hablar con él.

Pero recordé el consejo de la señorita Frost. Yo no estaba preparado para hablar con Richard Abbott sobre mi encaprichamiento con Kittredge. Sencillamente me quedé en la cama; llevaba puesto el sujetador de Elaine, como de costumbre, y seguí leyendo *La habitación de Giovanni* hasta bien entrada la noche.

Recordé el olor a perfume en mis dedos después de tocarme el pene y antes de meterme en la bañera que la señorita Frost me había llenado; aquel aroma a almendras o aguacate no era ni mucho menos olor a mierda. Pero, claro está, la señorita Frost era una mujer, y si yo, en efecto, la había penetrado, ¡no la había penetrado ahí, eso por descontado!

La señora Hadley quedó debidamente impresionada al ver que yo ahora dominaba la palabra «sombra», pero como no podía (o no quería) hablarle a Martha Hadley de la señorita Frost, no me resultó fácil explicar cómo había conseguido imponerme a una de mis impronunciables.

—¿Cómo se te ocurrió decir «tusón bragado» juntando las dos palabras y quitando la primera sílaba y las dos últimas, Billy?

—Ah, pues... —comencé a decir, y me interrumpí, a la manera del abuelo Harry.

La señora Hadley y yo descubrimos con asombro que la «técnica del tusón bragado» (como la llamó Martha Hadley) podía aplicarse a mis otros problemas de pronunciación.

Como era de esperar, al salir del despacho de la señora Hadley me topé —una vez más en la escalera del edificio de música— con Atkins.

—Ah, eres tú, Tom —dije con la mayor naturalidad posible.

—Así que ahora soy «Tom», ¿eh? —observó Atkins.

—Es que estoy harto de la cultura de los apellidos de este colegio espantoso, ¿tú no? —pregunté.

—Ahora que lo dices... —dijo Atkins con amargura; noté que Tom seguía molesto tras nuestro roce en la biblioteca pública de First Sister.

—Oye, siento mucho lo de la otra noche —me disculpé—. Cuando te llamé «mensajero», no era mi intención agravar el posible tormento que Kittredge te hubiera causado antes. Perdóname.

Atkins adolecía de cierta propensión a parecer al borde de las lágrimas. Si el doctor Harlow hubiese querido presentarnos una temblorosa muestra de lo que él definía como «llanto excesivo en chicos», el médico del colegio, imaginé, sólo habría tenido que chasquear los dedos y pedir a Tom Atkins que rompiera a llorar en la reunión matinal.

—Tuve la impresión de que quizás os había interrumpido a ti y a la señorita Frost —dijo Atkins a modo de tanteo.

—La señorita Frost y yo hablamos mucho de literatura —expliqué—. Me recomienda libros que debo leer. Yo le digo qué me interesa, y ella me da una novela.

—¿Qué novela te dio la otra noche? —preguntó Tom—. ¿Qué es lo que te interesa, Bill?

—El problema de encapricharse de quien no conviene —respondí a Atkins.

Me asombraba que mi primera relación sexual, con alguien, me hubiese infundido audacia de manera tan inmediata. Sentía el impulso —incluso la obligación— de decir cosas que hasta ese momento era reacio a decir, no sólo a un alma tímida como Tom Atkins, sino incluso a un enemigo poderoso y a un amor prohibido como Jacques Kittredge.

Sí, reconozco que me resultaba mucho más fácil ser valiente con Kittredge en



alemán. No me sentía tan «audaz» como para expresarle mis auténticos sentimientos y mis verdaderos pensamientos; ante Kittredge no me habría atrevido a pronunciar las palabras «encapricharse de quien no conviene», ni siquiera en alemán. (No a menos que fingiese que era un texto escrito por Goethe o Rilke).

Advertí que Atkins pugnaba por decir algo, quizá sobre el tiempo que faltaba para su sesión, o cualquier otra cosa que incluyese la palabra «tiempo». Pero me equivocaba; era «encapricharse» lo que el pobre Tom no podía decir.

De pronto, Atkins soltó a borbotones:

—Encarrilarse de quien no conviene..., ¿ese tema también me interesa a mí!

—He dicho «encapricharse», Tom.

—No puedo pronunciar esa palabra —reconoció Atkins—. Pero el tema me interesa mucho. Tal vez cuando hayas acabado de leer la novela que te dio la señorita Frost sobre el tema, sea cual sea, podrías pasármela. A mí me gusta leer novelas, ¿sabes?

—Es una novela de James Baldwin —dije a Atkins.

—¿De qué trata? ¿Es sobre enamorarse de una persona negra? —preguntó Atkins.

—No. ¿De dónde has sacado esa idea, Tom?

—James Baldwin es negro, ¿no, Bill? ¿O estoy pensando en otro Baldwin?

James Baldwin era negro, por supuesto, pero yo no lo sabía. No había leído ninguno de sus otros libros; nunca había oído hablar de él. Y *La habitación de Giovanni* era un libro de la biblioteca; como tal, no llevaba cubierta. No había visto ninguna foto de James Baldwin.

—Es una novela sobre un hombre que está enamorado de otro hombre —le dije a Tom en voz baja.

—Sí —susurró Atkins—. Ya he pensado que trataba de eso cuando has dicho «de quien no conviene».

—Te dejaré leerla cuando la acabe —prometí.

Yo ya había acabado *La habitación de Giovanni*, claro está, pero quería releerla, y hablar con la señorita Frost sobre el libro antes de dejárselo a Atkins para que lo leyera, aunque estaba seguro de que no se hacía mención alguna de que el narrador fuera negro, y el propio Giovanni, como yo sabía, era italiano.

De hecho, incluso recordaba esa frase próxima al final de la novela en la escena en que el narrador se mira en el espejo: «mi cuerpo es insulso y blanco y seco». Pero, sencillamente, quería releer de inmediato *La habitación de Giovanni*, tal era el profundo efecto que el libro había ejercido en mí. Era la primera novela que deseé releer después de *Grandes esperanzas*.

Ahora, a mis casi setenta años, hay pocas novelas que pueda releer y seguir apreciando —quiero decir, entre esas novelas que leí y aprecié por primera vez en la adolescencia—, pero recientemente releí *Grandes esperanzas* y *La habitación de Giovanni* y no sentí menos admiración por esas novelas que antes.

Bueno, es cierto que hay pasajes en Dickens que se prolongan demasiado, pero

¿qué más da? ¿Y quiénes eran los travestis en París durante la etapa que pasó el señor Baldwin allí? Probablemente eran travestidos no muy pasables. Al narrador de *La habitación de Giovanni* no le gustan. «Me costaba creer que se fueran a la cama con alguien alguna vez, porque un hombre que deseaba a una mujer sin duda preferiría a una mujer auténtica y un hombre que deseaba a un hombre sin duda no preferiría a uno de éstos», escribió Baldwin.

De acuerdo, es muy posible que el señor Baldwin no conociese nunca a uno de esos transexuales muy pasables que uno encuentra hoy día. No conoció a una Donna, uno de esos travestis con pechos y sin asomo de vello facial: una de esas mujeres totalmente convincentes. Uno juraría que no hay ni una pizca de masculinidad en la clase de transexual de la que hablo, ¡salvo por ese peve con todas sus funciones entre las piernas!

También es muy posible que el señor Baldwin nunca deseara un amante con pechos y polla. Pero, créanme, entiendo que James Baldwin no sintiera atracción por los travestis de su tiempo: «*les folles*», o sea, las locas, los llamaba él.

Sólo digo esto: dejemos a *les folles* en paz; dejémoslas tranquilas. No las juzguen. Ustedes no son superiores a ellas, no las denigren.

Al releer recientemente *La habitación de Giovanni*, la novela no sólo me pareció tan perfecta como la recordaba; también descubrí algo que a los dieciocho años había pasado por alto, o leído sin fijarme en ello. Me refiero a la parte en que Baldwin escribe que «la gente no puede, por desgracia, inventar sus postes de amarre, sus amantes y sus amigos, más de lo que puede inventar a sus padres».

Sí, eso es verdad. Como es natural, cuando yo tenía dieciocho años, aún me inventaba a mí mismo incesantemente; no quiero decir sólo en sentido sexual. Y no era consciente de necesitar «postes de amarre», y menos aún de cuántos necesitaría, o de quiénes serían mis postes de amarre.

El pobre Tom Atkins necesitaba un poste de amarre, con desesperación. Eso me pareció evidente mientras Atkins y yo conversábamos, o lo intentábamos, sobre el tema de encapricharse (¡o encarrilarse!) de quien no convenía. Por un momento tuve la impresión de que continuaríamos siempre allí donde estábamos, en la escalera del edificio de música, y que lo que pasaba por ser nuestra conversación se había quedado atrás para siempre.

—¿Has tenido algún progreso con tus problemas de pronunciación, Bill? —preguntó Atkins, incómodo.

—Sólo uno, la verdad —contesté—. Según parece, he logrado dominar la palabra «sombra».

—Bravo por ti —me felicitó Atkins con sinceridad—. Yo no logro dominar ninguna de las mías, o al menos desde hace tiempo.

—Lo siento, Tom —dije—. Debe de ser duro tener dificultades con una de esas palabras que se utilizan todo el tiempo. Como la palabra «tiempo».

—Sí, ésa es dura —admitió Atkins—. Y de las tuyas, ¿cuál es de las peores?

—La palabra que usamos para el cómo se diga —contesté—. Ya sabes: minga, cipote, polla, nabo, pepino, dedo sin uña, estilográfica, periscopio —añadí.

—¿No puedes decir «pene»? —susurró Atkins.

—Me sale «peve» —admití.

—Bueno, al menos se te entiende, Bill —dijo Atkins para darme ánimos.

—¿Tú tienes alguna peor que «tiempo»?

—El equivalente femenino a tu pene —contestó Atkins—. No puedo decirlo ni por aproximación; me supera sólo intentarlo.

—¿«Vagina», quieres decir, Tom?

Atkins movió la cabeza en un vigoroso gesto de asentimiento; pensé que el pobre Tom parecía una vez más al borde de las lágrimas, por cómo asentía sin parar, pero la señora Hadley lo salvó del llanto, aunque sólo momentáneamente.

—¡Tom Atkins! —lo llamó Martha Hadley desde lo alto de la escalera—. ¡Oigo tu voz, pero llegas tarde a tu cita! ¡Te estoy esperando!

Atkins, sin pensárselo, echó a correr escalera arriba. Me lanzó una mirada cordial pero vagamente incómoda por encima del hombro; yo lo oí contestar con toda claridad a la señora Hadley mientras subía por la escalera.

—¡Lo siento! ¡Ya voy! —vociferó Atkins—. ¡Es que he perdido la noción del tiempo!

Tanto Martha Hadley como yo lo oímos nítidamente.

—¡Eso a mí me suena a progreso, Tom! —grité escalera arriba.

—¿Qué acabas de decir, Tom Atkins? —oí preguntar a la señora Hadley—. ¡Repítelo!

—¡Tiempo! ¡Tiempo! ¡Tiempo! —sentí que exclamaba Atkins antes de sumirse en el llanto.

—¡Bah, no llores, tonto! —decía Martha Hadley—. Tom, Tom, deja de llorar, por favor. ¡Deberías alegrarte!

Pero yo oía el incesante gimoteo de Atkins; en cuanto sucumbía al llanto, era incapaz de contenerse. (Yo conocía bien esa sensación).

—¡Escúchame, Tom! —dije, levantando la voz escalera arriba—. Estás en vena, chaval. Es el momento de probar con «vagina». ¡Tú puedes! Si has logrado dominar «tiempo», «vagina» es pan comido, créeme. ¡A ver cómo dices la palabra «vagina», Tom! ¡Vagina! ¡Vagina! ¡Vagina!

—Cuidado con ese vocabulario, Bill —gritó la señora Hadley escalera abajo.

Habría seguido animando al pobre Tom, pero no quería que Martha Hadley, o algún otro miembro del profesorado que estuviera en el edificio de música, me impusiera una sanción.

Tenía una cita —¡una puta cita!— con la señorita Frost, así que no repetí la palabra «vagina». Me limité a seguir mi camino escalera abajo; mientras salía del edificio de música, aún oía llorar a Tom Atkins.

Qué fácil es ver, en retrospectiva, cómo me delaté. Yo no tenía por costumbre ducharme y afeitarme antes de ir a la biblioteca a última hora de la tarde. Si bien tenía por costumbre no decirle a Richard ni a mi madre a qué biblioteca iba, debería haber tenido la inteligencia supongo, de llevarme *La habitación de Giovanni*. (Dejé la novela debajo de la almohada, con el sujetador de Elaine, pero fue porque no pensaba devolver el libro a la biblioteca. Quería prestárselo a Tom Atkins pero sólo después de preguntar a la señorita Frost si le parecía oportuno).

—Qué arreglado vas, Billy —comentó mi madre cuando salía de nuestro apartamento en la residencia.

Casi nunca me hacía cumplidos sobre mi aspecto; si bien más de una vez había dicho que «sería guapo», llevaba un par de años sin decírmelo. Supongo que yo ya era demasiado guapo, en opinión de mi madre, porque dijo la palabra «arreglado» en un tono no muy halagüeño.

—¿Vas a la biblioteca, Bill? —preguntó Richard.

—Así es —contesté.

Fue una estupidez por mi parte no echar mano de las tareas de alemán. Debido a Kittredge, casi nunca andaba por ahí sin mi Goethe y mi Rilke. Pero esa noche llevaba la cartera prácticamente vacía. Contenía uno de mis cuadernos de escritura, nada más.

—Vas demasiado arreglado para ir a la biblioteca, Billy —comentó mi madre.

—No voy a ir por el mundo con la pinta de la sombra de Lear, ¿no? —pregunté a los dos.

Estaba alardeando, pero, volviendo la vista atrás, me doy cuenta de que no era muy aconsejable exhibir mi recién adquirida seguridad ante mi madre y Richard Abbott.

Poco después, esa misma tarde —yo debía de estar aún en la sala de los anuarios de la biblioteca de la academia—, Kittredge fue a buscarme al Bancroft Hall. Mi madre abrió la puerta del apartamento, pero cuando vio quién era, casi con toda certeza no lo invitó a pasar.

—¡Richard! —llamó sin duda—. ¡Está aquí Jacques Kittredge!

—Tenía la esperanza de poder cruzar unas palabras con el experto en alemán —dijo Kittredge con su tono más encantador.

—¡Richard! —debió de llamar mi madre otra vez.

—Ya voy, Joya —debió de contestar Richard.

Era un apartamento pequeño; si bien mi madre no quería hablar con Kittredge por nada del mundo, con toda certeza oyó hasta la última palabra de la conversación que mantuvieron Kittredge y Richard.

—Si es al experto en alemán a quien buscas, Jacques, me temo que se ha ido a la biblioteca —informó Richard a Kittredge.

—¿Qué biblioteca? —preguntó Kittredge—. Es un estudiante de dos bibliotecas, el experto en alemán. La otra noche estuvo rondando por la biblioteca del pueblo; ya

sabe, la pública.

—¿Qué hace Billy en la biblioteca pública, Richard? —puede que preguntara mi madre. (O como mínimo lo pensó; se lo preguntaría a Richard más tarde, si no lo hizo cuando Kittredge estaba aún allí).

—Imagino que la señorita Frost lo aconseja aún sobre sus lecturas —contestó acaso Richard Abbott, o bien en ese momento, o bien más tarde.

—Tengo que irme —anunció probablemente Kittredge—. Dígale al experto en alemán que el examen me fue bastante bien..., mi mejor nota hasta la fecha. Dígale que dio en el blanco con aquello de «la pasión acarrea dolor». Dígale que incluso acertó con lo del «ángel aterrador», eso lo bordé —le pidió Kittredge a Richard.

—Se lo diré —debió de contestar Richard—. Te salió lo de «la pasión acarrea dolor»; bordaste también el «ángel aterrador». Se lo diré, descuida.

Para entonces, mi madre ya debía de haber encontrado el libro de la biblioteca en mi habitación. Ella sabía que yo guardaba el sujetador de Elaine bajo la almohada; estoy seguro de que fue el primer sitio donde miró.

Richard Abbott era un hombre bien informado; puede que supiera ya de qué trataba *La habitación de Giovanni*. Mis tareas de alemán —los omnipresentes Goethe y Rilke— también debían de estar a la vista en mi habitación, por supuesto. Obviamente, lo que acaparaba mi atención en esos momentos, fuera lo que fuese, y tanto si estaba en una biblioteca como en la otra, no eran mis tareas de alemán. Y, además, entre las hojas de la magnífica novela del señor Baldwin debían de estar, plegadas, mis anotaciones a mano, incluidas, por supuesto, las citas textuales de *La habitación de Giovanni*. Como es natural, el «hedor del amor» debía de estar entre mis notas, como también esa otra frase que me venía a la cabeza cada vez que pensaba en Kittredge: «Y mientras todo dentro de mí gritaba “¡No!”, la suma de lo que yo decía era “Sí” en un suspiro».

Kittredge debía de haberse marchado ya del Bancroft hacía rato cuando Richard y mi madre extrajeron sus conclusiones y avisaron a los demás. Quizá no a la señora Hadley —es decir, no al principio—, pero sí desde luego a mi entrometida tía Muriel y mi muy maltratado tío Bob, y por supuesto a Nana Victoria y al más famoso intérprete de papeles femeninos de First Sister, el abuelo Harry. Todos debieron de extraer sus conclusiones, e incluso concebir un plan rudimentario, mientras yo me disponía a abandonar la sala de los antiguos anuarios; para cuando su plan de ataque cobró forma definitiva, con toda seguridad yo ya iba camino de la biblioteca pública de First Sister, adonde llegué poco antes de la hora de cierre.

Muchas cosas me rondaban por la cabeza con relación a la señorita Frost, sobre todo después de ver *El Búho* de 1935. Hice lo posible para no entretenerme más de la cuenta con el guaperas del equipo de lucha del 31; en el anuario de 1932 de la academia Favorite River nadie captó mi atención, ni siquiera entre los luchadores. En

las fotos del Club de Teatro del 33 y el 34 había algunos chicos vestidos de chica que ofrecían una imagen convincentemente femenina —al menos en el escenario—, pero no presté mucha atención a esas fotografías, y pasé por alto a la señorita Frost en las fotos del equipo de lucha del 33 y el 34, cuando estaba en la fila de atrás.

Fue *El Búho* del 35 —lo que debió de ser el último curso de la señorita Frost en la academia Favorite River— el que me dejó de una pieza. Ese año la señorita Frost —incluso de chico— era inconfundible. Ocupaba un asiento en el centro de la fila delantera, porque «A. Frost» constaba como capitán del equipo de lucha del 35; sólo la inicial «A» aparecía en el pie de la foto. Incluso sentada, con su largo torso, sacaba una cabeza de altura a cualquiera de los otros chicos de la fila delantera, e identifiqué sus anchos hombros y sus grandes manos tan fácilmente como sin duda los habría identificado si hubiese estado maquillada y vestida de chica.

Su alargado y bonito rostro no había cambiado, si bien llevaba desacostumbradamente corto su espeso pelo. Salté de inmediato a los retratos individuales de la promoción de ese año. Para mi sorpresa, Albert Frost era natural de First Sister, Vermont, estudiante en régimen de media pensión —no de interno—, y si bien Albert, a sus dieciocho años, en la elección de universidad indicaba «sin decidir» la carrera escogida por el joven resultaba reveladora. Albert había especificado «ficción»: muy apropiado para una futura bibliotecaria y un apuesto muchacho camino de convertirse en una mujer pasable (aunque de pechos pequeños).

Supuse que la tía Muriel debía de acordarse de Albert Frost, el apuesto capitán del equipo de lucha —promoción de 1935—, y que cuando Muriel pensaba que la señorita Frost «antes era muy guapa», lo hacía pensando en un chico. (Albert sin duda lo era).

No me sorprendió ver el apodo de Albert Frost en la academia Favorite River. Era «Gran Al».

La señorita Frost no hablaba en broma al decirme que «antes todo el mundo» la llamaba Al, incluida, muy probablemente, mi tía Muriel.

Me sorprendió reconocer otra cara entre los retratos individuales de los alumnos de la promoción de 1935. Robert Fremont —mi tío Bob— se había graduado con la clase de la señorita Frost. Bob, cuyo apodo era «Hombre de la Raqueta», debió de conocer a la señorita Frost cuando ésta era el Gran Al. (Fue por una de esas pequeñas coincidencias de la vida por lo que, en *El Búho* del 35, Robert Fremont aparecía en la página contigua a la de Albert Frost).

Tomé conciencia, en ese corto paseo desde la sala de los anuarios hasta la biblioteca pública de First Sister, de que todos los miembros de mi familia, que desde hacía unos años incluía a Richard Abbott, sabían por fuerza que la señorita Frost era al nacer —y con toda probabilidad todavía lo era— un hombre. Naturalmente, nadie me había dicho a mí que la señorita Frost era un hombre; al fin y al cabo, la falta de sinceridad era un mal endémico en mi familia.

Mientras observaba, sin poder moverme, mi semblante asustado en aquel espejo

del vestíbulo tenuemente iluminado de la biblioteca del pueblo, donde Tom Atkins se había sobresaltado hacía tan poco, caí en la cuenta de que casi todos los habitantes ya de cierta edad de First Sister, Vermont, debían de saber que la señorita Frost era un hombre; eso incluía, con absoluta certeza, a todos los vecinos mayores de cuarenta años que habían visto a la señorita Frost interpretar en el escenario papeles de mujeres ibsenianas en las producciones de aficionados de los Comediantes de First Sister.

Posteriormente encontré a la señorita Frost entre las fotos del equipo de lucha de los anuarios del 33 y el 34, donde A. Frost no era tan grande y ancha de espaldas; de hecho, se la veía tan poco segura de sí misma en la última fila de aquellas fotos de equipo que la había pasado por alto. También la había pasado por alto en las fotografías del Club de Teatro. Al Frost recibió siempre papeles de mujer; había subido al escenario para interpretar diversos personajes femeninos, pero con pelucas tan absurdas y pechos tan desacertadamente grandes que no la reconocí. Cómo debían de reírse los chicos viendo al capitán del equipo de lucha, el Gran Al, pavonearse por el escenario ¡haciéndose pasar por chica! Aun así, cuando Richard preguntó a la señorita Frost si se había subido a un escenario alguna vez —si había actuado alguna vez—, ella había contestado: «Sólo en mi cabeza».

¡Cuántas mentiras!, pensaba yo mientras veía cómo me temblaba todo en el espejo.

—¿Hay alguien ahí? —oí preguntar a la señorita Frost—. ¿Eres tú, William? —dijo levantando la voz lo suficiente para que yo supiera que estábamos solos en la biblioteca.

—Sí, soy yo, Gran Al —contesté.

—Vaya por Dios —oí decir a la señorita Frost con un exagerado suspiro—. Ya te dije que no teníamos mucho tiempo.

—¡Pero hay muchas cosas que no me dijiste! —repuse.

Ví que la señorita Frost, en previsión de mi llegada, ya había apagado las luces de la sala principal. El resplandor procedente de la escalera del sótano —la puerta del sótano estaba abierta— envolvía a la señorita Frost en una luz suave y favorecedora. Estaba sentada tras la mesa de préstamos con sus grandes manos entrecruzadas sobre el regazo. (Digo que la luz era «favorecedora» porque la rejuvenecía; aunque eso, claro está, también podía ser por influencia de aquellos antiguos anuarios en que acababa de verla).

—Ven a besarme, William —dijo la señorita Frost—. No hay ninguna razón para que no me beses, ¿o sí la hay?

—Eres un hombre, ¿no? —pregunté.

—¡Válgame! ¿Qué lo convierte a uno en hombre? —preguntó—. ¿Acaso Kittredge no es un hombre? A él sí quieres besarlo. ¿Ya no quieres besarme a mí, William?

Sí quería besarla a ella; quería hacerlo todo con ella, pero sentía rabia y disgusto,

y sabía por mi manera de temblar que estaba muy cerca del llanto, y no quería llorar.

—¡Eres transexual! —dije.

—Querido mío —repuso la señorita Frost con aspereza—. Querido mío, por favor, no me etiquetes, ¡no me conviertas en una categoría antes de conocerme!

Cuando se levantó de su mesa, pareció alzarse imponente ante mí; cuando abrió los brazos, no vacilé: corrí hacia ella, recibí su fuerte abrazo y la besé. La señorita Frost me devolvió el beso, con gran intensidad. No pude llorar, porque me cortó la respiración.

—Vaya, vaya, qué ocupado has estado, William —dijo, guiándome hacia la escalera del sótano—. Has leído *La habitación de Giovanni*, ¿verdad que sí?

—¡Dos veces! —conseguí decir.

—¡Ya dos veces! Y todavía has encontrado tiempo para mirar esos anuarios antiguos, ¿eh, William? Sabía que no tardarías en llegar de 1931 a 1935. ¿Fue esa foto del equipo de lucha del 35? ¿Fue ésa la que te llamó la atención, William?

—¡Sí! —logré apenas contestar.

La señorita Frost encendía la vela con aroma a canela en su habitación; luego apagó la lámpara de lectura prendida al cabezal de la cama de hierro, donde ya había retirado la colcha.

—No podía impedirte que vieras esos anuarios antiguos, ¿verdad que no, William? —prosiguió—. Mi presencia no es grata en la biblioteca de la academia. Y aunque no hubieras visto esa foto mía de cuando era luchador, seguro que alguien te lo habría contado más pronto o más tarde. Lo que me asombra, para serte sincera, es que nadie te lo haya contado antes —dijo la señorita Frost.

—Mi familia no me cuenta gran cosa —respondí.

Me desvestía tan deprisa como me era posible, y la señorita Frost ya se había desabrochado la blusa y quitado la falda. Esta vez, cuando usó el inodoro, no mencionó la cuestión de su intimidad.

—¡Sí, ya conozco a esa familia tuya! —exclamó, y se echó a reír.

Se remangó el viso, y, levantando primero el asiento de madera del inodoro, meó de pie, muy ruidosamente, pero de espaldas a mí. No le vi el pene, pero no cabía duda, a juzgar por el vigoroso chorro, de que lo había.

Me tumbé desnudo en la cama de hierro y la observé mientras se lavaba las manos y la cara, y se cepillaba los dientes, en el pequeño lavabo. La vi guiñarme el ojo en el espejo.

—Imagino que fuiste un luchador bastante bueno —comenté— si te hicieron capitán del equipo.

—Yo no pedí ser capitán —contestó—. Sencillamente ganaba a todo el mundo; los ganaba a todos, y por eso me hicieron capitán. Era una de esas cosas a las que no podías negarte.

—Ah.

—Además, con eso de la lucha no despiertas dudas en nadie —dijo la señorita



Frost. Estaba colgando la falda y la blusa en el ropero; esta vez también se quitó el sujetador—. No despiertas dudas..., desde el punto de vista sexual, quiero decir..., si eres luchador. Los despista... No sé si me entiendes, William.

—Te entiendo —contesté.

Sus pechos me parecieron maravillosos: pequeños, y con unos pezones perfectos, pero eran más grandes que los de la pobre Elaine. La señorita Frost tenía los pechos de una chica de catorce años, y a ella le quedaban pequeños sólo por lo grande y fuerte que era.

—Me encantan tus pechos —dije.

—Gracias, William. No me crecerán más, pero es increíble el efecto que pueden tener las hormonas. Supongo que en realidad no necesito unos pechos más grandes —dijo la señorita Frost, sonriéndome.

—En mi opinión, son del tamaño perfecto —afirmé.

—Cuando luchaba, no los tenía, te lo aseguro; no habría sido del todo práctico —dijo la señorita Frost—. Seguí luchando, y así seguí eludiendo toda posible duda, hasta que acabé la universidad —me explicó—. Sin pechos, sin vivir como una mujer, William, hasta después de la universidad.

—¿A qué universidad fuiste? —pregunté.

—A una de Pensilvania —respondió—. No habrás oído hablar de ella.

—¿Luchabas tan bien como Kittredge? —pregunté.

Se tendió a mi lado en la cama, pero esta vez, cuando me cogió el pene en su gran mano yo estaba de cara a ella.

—Kittredge no es nada del otro jueves —contestó la señorita Frost—. Lo que pasa es que no se ha cruzado con ningún rival a su altura. Nueva Inglaterra no es precisamente una cantera de luchadores. No tiene ni punto de comparación con Pensilvania.

—Ah.

Le toqué el viso, allí donde pensé que encontraría su pene; me dejó tocarla. No intenté deslizar la mano bajo el viso. Me limité a tocarle el pene a través de la ajustada tela del viso; éste era gris perla, casi del mismo color que el sujetador de Elaine. Al pensar en el sujetador de Elaine, me acordé de *La habitación de Giovanni*, que guardaba bajo la misma almohada.

La novela de James Baldwin era tan insoportablemente triste que de pronto perdí todo interés en hablar de ella con la señorita Frost; opté por preguntarle:

—¿No resultaba difícil ser luchador cuando querías ser chica y te atraían otros chicos?

—No era tan difícil cuando ganaba. Me gusta estar encima —respondió—. En lucha, cuando ganas, estás encima. En Pensilvania fue más difícil, porque allí no siempre ganaba. Estuve debajo más de lo que habría deseado —dijo—, pero para entonces yo ya era mayor: sabía perder. Detestaba quedar inmovilizada, pero me inmovilizaron sólo dos veces, las dos el mismo cabrón. La lucha era mi tapadera,

William. En aquellos tiempos los chicos como nosotros necesitaban una tapadera. ¿No era Elaine una tapadera, William? A mí me parecía que era tu tapadera —dijo la señorita Frost—. ¿No necesitan los chicos como nosotros, aún hoy día, una pequeña tapadera?

—Sí —susurré.

—¡Vaya, volvemos a susurrar! —susurró la señorita Frost—. Susurrar también viene a ser una especie de tapadera, supongo.

—Algo debiste de estudiar en esa universidad de Pensilvania, aparte de luchar —dije—. Según el anuario, tu elección profesional era «ficción». Curiosa vía profesional, ¿no? —pregunté. (Creo que hablaba sin ton ni son para no fijar la atención en el pene de la señorita Frost).

—En la universidad estudié técnicas bibliotecarias —explicaba la señorita Frost mientras seguíamos cogiéndonos el pene mutuamente. Ella no lo tenía tan duro como yo, o al menos todavía no. Me pareció que su pene, a pesar de no estar duro, era más grande que el mío, pero si uno carece de experiencia, no es fácil calcular el tamaño de un pene ajeno, no si no lo ve—. Pensé que una biblioteca sería un sitio suficientemente seguro y tolerante para un hombre que iba camino de convertirse en mujer —continuó la señorita Frost—. Incluso sabía en qué biblioteca quería trabajar, la biblioteca de la academia donde están esos anuarios antiguos, William. Pensé: ¿qué otra biblioteca me valoraría tanto como la biblioteca de mi antiguo colegio? Había sido un buen estudiante en Favorite River, y había sido muy buen luchador, no tanto quizá para los parámetros de Pennsylvania, pero sí muy bueno en Nueva Inglaterra. Cuando volví a First Sister como mujer, la academia Favorite River no quiso saber nada de una persona como yo, por supuesto, ¿no en medio de todos esos chicos impresionables! Todo el mundo es ingenuo en algún sentido, William, y yo lo fui en ése. Sabía que mi antigua escuela me apreciaba cuando era el Gran Al; tan ingenua era que no estaba preparada para verme rechazada como señorita Frost. Y aquí me dieron el empleo sólo gracias a que tu abuelo Harry formaba parte del consejo de administración de la biblioteca del pueblo, esta curiosa y vieja biblioteca pública, para la que yo tenía cualificación de sobra como bibliotecaria.

—Pero ¿por qué quisiste quedarte en First Sister, o estar en la academia Favorite River, que, según has dicho tú misma, es un colegio espantoso? —pregunté.

Yo tenía sólo dieciocho años, pero ya sentía el deseo de no volver nunca más a la academia Favorite River o a ese pueblo perdido de First Sister, Vermont. Me moría de ganas de marcharme, de estar en algún sitio —estar en cualquier sitio— donde pudiera hacer el amor con quien quisiera sin que me miraran raro y me juzgaran todas esas personas que creían conocerme y se tomaban tantas confianzas.

—Tengo a mi madre enferma, William —explicó la señorita Frost—. Mi padre murió el año que empecé a estudiar en la academia Favorite River; si no hubiese fallecido, probablemente habría muerto al enterarse de que yo me convertía en mujer. Pero mi madre anda mal de salud desde hace mucho tiempo; por poco no pude acabar

mis estudios debido a sus problemas de salud. Es una de esas personas que llevan tanto tiempo enfermas que si alguna vez se restableciera, no sabría que se ha curado. Su enfermedad está en la cabeza, William; ni siquiera se da cuenta de que soy una mujer, o quizá no recuerda que su hijito fue alguna vez un hombre. Estoy segura de que no recuerda que tuvo un hijito.

—Ah.

—Mi padre era empleado de tu abuelo Harry. Harry sabía que era yo quien cuidaba de mi madre. Ésa era la única razón por la que yo tenía que volver a First Sister, William, me aceptara o no la academia Favorite River.

—Lo siento —dije.

—Bah, tampoco es para tanto —contestó la señorita Frost, ahora adoptando aquella pose suya, como si actuara—. En los pueblos pueden ponerte como un trapo, pero tienen que quedarse contigo: no pueden echarte. Y he tenido ocasión de conocerte a ti, William. ¿Quién sabe? Quizá se me recuerde como la bibliotecaria transformista loca que te inició como escritor. Te has iniciado, ¿no? —preguntó ella.

Pero la historia de su vida, hasta ese punto, me pareció extraordinariamente desdichada. Mientras yo seguía tocándole el pene a través del viso de color gris perla, pensé en *La habitación de Giovanni*, que estaba envuelto en el sujetador de Elaine, bajo mi almohada, y dije:

—Me ha encantado la novela de James Baldwin. No la he traído a la biblioteca porque quería prestársela a Tom Atkins. Él y yo hemos hablado sobre el libro; creo que a él también le encantará *La habitación de Giovanni*. ¿Te parece bien que se la deje?

—¿Llevas *La habitación de Giovanni* en la cartera, William? —preguntó de pronto la señorita Frost—. ¿Dónde está el libro ahora?

—En casa —contesté.

De repente me dio miedo decir que lo tenía guardado debajo de mi almohada, y más aún que la novela estaba en contacto con el sujetador gris perla con relleno de Elaine Hadley.

—No debes dejar esa novela en casa —dijo la señorita Frost—. Claro que puedes prestársela a Tom. Pero dile a Tom que no permita que la vea su compañero de habitación.

—No sé quién es el compañero de habitación de Atkins —dije.

—Da igual quién sea el compañero de habitación de Tom; sencillamente, su compañero de habitación no puede ver esa novela. Te dije que no debías permitir que la viera tu madre, o Richard Abbott. Yo que tú procurarías que ni siquiera el abuelo Harry se enterase de que la tienes.

—El abuelo sabe que me he encaprichado de Kittredge —le confesé a la señorita Frost—. Nadie, aparte de ti, sabe que me he encaprichado de ti.

—Espero que así sea, William —susurró ella.

Se inclinó sobre mí y se metió mi pene en la boca en menos tiempo del que yo he

tardado en escribir esta frase. Pero cuando deslicé la mano bajo el viso en busca de su pene, me detuvo.

—No, eso no vamos a hacerlo —dijo.

—Yo quiero hacerlo todo —repliqué.

—Claro que sí, William, pero tendrás que hacerlo todo con otra persona. No está bien que un joven de tu edad lo haga todo con alguien de mi edad —dijo la señorita Frost—. Prefiero no ser responsable de la primera vez que lo pruebas todo.

Dicho esto, volvió a meterse mi pene en la boca; de momento no me daría más explicaciones. Mientras aún estaba chupándomela, dije:

—Dudo que lo de la otra vez fuera sexo auténtico... Me refiero a la parte de la penetración. Hicimos otra cosa, ¿verdad?

—No es muy fácil hablar en medio de una mamada, William —dijo la señorita Frost, y mientras se tendía a mi lado, colocándose cara a cara ante mí, suspiró de tal manera que presentí que probablemente ése era el punto final de la mamada, y así fue—. Parece que te gustó la «otra cosa» que hicimos la última vez, William —dijo.

—¡Sí, claro que me gustó! —exclamé—. Sólo sentía curiosidad por la parte de la penetración.

—Puedes sentir toda la curiosidad que quieras, William, pero no cuentes conmigo para la «parte de la penetración». ¿Es que no lo ves? —me preguntó de pronto—. Pretendo protegerte del «sexo auténtico». Al menos un poco —añadió la señorita Frost con una sonrisa.

—¡Pero yo no quiero que me protejas! —exclamé.

—William, no pienso cargar en mi conciencia con la iniciación al «sexo auténtico» de un chico de dieciocho años. En cuanto a qué acabarás siendo, ¡seguramente ya he ejercido demasiada influencia! —declaró la señorita Frost.

Respecto a eso no le faltaba razón, desde luego, aunque ella debía de imaginar que sus palabras eran más teatrales que proféticas, y yo no sabía aún hasta qué punto la señorita Frost ejercería «influencia» (¡el resto de mi vida!).

Esta vez me enseñó la loción que usaba, me dejó olerla en sus dedos. Emanaba una fragancia a almendras. No se sentó a horcajadas sobre mí; nos quedamos tendidos de costado con los penes en contacto. Yo aún no veía su pene, pero la señorita Frost frotaba su pene y el mío entre sí. Cuando se dio la vuelta, se metió mi pene entre los muslos y apretó las nalgas contra mi vientre. Tenía el viso remangado hasta la cintura; yo rodeé uno de sus pechos desnudos con una mano y su pene con la otra. La señorita Frost deslizó mi pene entre sus muslos hasta que eyaculé en la palma de su mano.

Después me dio la impresión de que yacíamos el uno en brazos del otro durante una eternidad, pero ahora comprendo que no pudimos estar así, solos, tanto rato como yo imaginé; realmente no nos quedaba mucho tiempo juntos. Creo que si imaginé que el tiempo pasaba más despacio, se debió a que me encantaba oírla hablar, y el sonido de su voz.

Me preparó un baño, como la primera vez, pero tampoco entonces se desnudó del todo, y cuando le propuse que se metiera en la gran bañera conmigo, se echó a reír y dijo:

—Todavía pretendo protegerte, William. ¡No me gustaría correr el riesgo de ahogarte!

Yo me contentaba con que ella tuviera los pechos desnudos y me hubiera permitido cogerle el pene, que aún no le había visto. Se le había puesto más duro y más grande en mi mano, pero yo tenía la sensación de que incluso su pene se contenía un poco. No soy capaz de explicarlo, pero estaba seguro de que la señorita Frost sencillamente no permitía que su pene se pusiera más duro o más grande; quizás ésa era, en su cabeza, otra manera de protegerme.

—¿Se llama de alguna manera... el sexo tal como lo hemos hecho? —pregunté.

—Sí, William. ¿Puedes pronunciar la palabra intercrural? —me preguntó.

—Intercrural —contesté sin vacilar—. ¿Qué significa?

—Estoy segura de que conoces el prefijo «inter», en el sentido de «entre», William —contestó la señorita Frost—. En cuanto a «crural», significa «perteneciente o relativo a la pierna»; en otras palabras, entre los muslos.

—Ya —dije.

—Era una práctica habitual entre los homosexuales de la antigua Grecia, o eso he leído —explicó la señorita Frost—. Esto no formó parte de mis estudios de técnicas bibliotecarias, ¡pero sí he pasado mucho tiempo libre en una biblioteca!

—¿Qué era lo que gustaba de eso a los antiguos griegos? —pregunté.

—Lo leí hace mucho; puede que haya olvidado todas las razones —contestó la señorita Frost—. Lo de hacerla por detrás, quizá.

—Pero nosotros no vivimos en la antigua Grecia —le recordé a la señorita Frost.

—Créeme, William. Es posible el sexo intercrural sin imitar exactamente a los griegos —explicó la señorita Frost—. Uno no tiene que hacerla siempre por detrás. Entre los muslos, también puede hacerse de lado o en otras posiciones, incluso en la postura del misionero.

—¿La qué? —pregunté.

—La probaremos la próxima vez, William —susurró.

Tal vez fuera en medio de su apagado susurro cuando me pareció oír el primer crujido en la escalera del sótano. O la señorita Frost también lo había oído, o fue pura coincidencia que eligiera ese momento para consultar su reloj.

—Nos dijiste a Richard y a mí que habías subido a un escenario, que habías actuado, sólo en tu cabeza. Pero yo te vi en esas fotos del Club de Teatro. Ya habías subido a un escenario, habías actuado antes —dije.

—Una licencia poética, William —respondió la señorita Frost con uno de sus teatrales suspiros—. Además, eso no era actuar. Eso era disfrazarse, ¡eso era sobreactuar! Aquellos chicos eran payasos; ¡sólo hacían el tonto! En aquellos tiempos no había ningún Richard Abbott en la academia Favorite River. No había nadie al

frente del Club de Teatro que supiera la mitad de lo que sabe Nils, ¡y Nils Borkman es un pedante de la dramaturgia!

Se oyó un segundo crujido en la escalera del sótano, tanto la señorita Frost como yo lo oímos; esta vez fue inconfundible. Lo que más me sorprendió fue que la señorita Frost no pareció sorprenderse.

—William, con las prisas, ¿no nos habremos olvidado de echar la llave de la puerta de la biblioteca? —susurró—. Vaya por Dios, creo que sí.

Teníamos muy poco tiempo, como la señorita Frost sabía desde el principio.

Al tercer crujido en la escalera de aquel sótano, en aquella memorabilísima noche en la biblioteca pública de First Sister a todas luces abierta, la señorita Frost —que, arrodillada junto a su gran bañera, atendía mi pene esmeradamente mientras charlábamos de toda clase de temas interesantes— se irguió y, con una voz sonora y diáfana que habría impresionado a mi amiga Elaine y su madre profesora de voz, la señora Hadley, preguntó:

—¿Eres tú, Harry? Ya imaginaba yo que esas cobardes te mandarían a ti. Eres tú, ¿no?

—Ah, pues..., sí, soy yo —oí decir tímidamente a mi abuelo Harry desde la escalera del sótano.

Me incorporé en la bañera. La señorita Frost permaneció muy erguida, con los hombros hacia atrás y los pechos pequeños pero puntiagudos orientados hacia la puerta abierta de la habitación. La señorita Frost tenía los pezones bastante largos, y sus impronunciables areolas eran del intimidatorio tamaño de dólares de plata.

Cuando mi abuelo entró con actitud vacilante en la habitación del sótano de la señorita Frost, no era el personaje seguro de sí mismo que yo había visto tan a menudo en el escenario; no era aquella mujer cuya presencia imponía, sino sólo un hombre, calvo y pequeño. Saltaba a la vista que el abuelo Harry no acudía en mi rescate voluntariamente.

—Me decepciona que Richard no haya tenido huevos para venir —dijo la señorita Frost a mi abochornado abuelo.

—Richard se ha ofrecido, pero Mary no lo ha dejado —respondió el abuelo.

—A Richard lo tienen acogotado, como a todos los que os casasteis con una Winthrop —afirmó la señorita Frost.

Mi abuelo era incapaz de mirarla, al estar la señorita Frost con los pechos al descubierto, pero ella no se daba la vuelta, ni iba en busca de su ropa. Vestía sólo el viso gris perla ante él, como si fuera un traje de noche y se hubiera engalanado en exceso para la ocasión.

—Dudo mucho que Muriel estuviera dispuesta a dejar venir a Bob —prosiguió la señorita Frost.

El abuelo Harry se limitó a negar con la cabeza.

—Ese Bobby es un encanto, pero ha sido siempre un encogido, incluso antes de que lo acogotaran —continuó la señorita Frost.

Yo nunca había oído llamar «Bobby» al tío Bob, pero ahora sabía que Robert Fremont había sido compañero de clase de Albert Frost en la academia Favorite River, y cuando los chicos están en un internado a esa formativa edad, se llaman entre sí por nombres que uno ya no vuelve a oír o utilizar nunca más. (A mí ya nadie me llama Ninfa, por ejemplo).

Yo trataba de salir de la bañera sin mostrarme desnudo ante mi abuelo cuando la señorita Frost me entregó una toalla. Incluso con la toalla era complicado salir de la bañera, y secarse, e intentar vestirse.

—Permíteme decirte una cosa acerca de tu tía Muriel, William —dijo la señorita Frost, colocándose como una barrera entre mi abuelo y yo—. Muriel, de hecho, se encaprichó de mí antes de empezar a salir con su «primer y único pretendiente», tu tío Bob. Imagínate si hubiera aceptado a Muriel... O sea, ¡cuando se me ofreció! —exclamó la señorita Frost con su mejor estilo ibseniano.

—Al, por favor, un poco de respeto —rogó el abuelo Harry—. Al fin y al cabo, Muriel es mi hija.

—Harry, Muriel es una marimandona, la muy bruja. Si hubiese llegado a conocerme, tal vez ahora sería más considerada —aventuró la señorita Frost—. A mí nadie me acogota, William —dijo, volviéndose a ver cómo me las arreglaba para vestirme: mal.

—No, nadie, Al, ¡y que lo digas! —exclamó el abuelo Harry—. ¡A ti no te acogota nadie!

—Tu abuelo es un buen hombre, William —me dijo la señorita Frost—. Él me construyó esta habitación. Cuando volví al pueblo, mi madre creía que yo aún era un hombre. Necesitaba donde cambiarme antes de empezar a trabajar vestida de mujer, y antes de volver a casa cada noche, junto a mi madre, vestida de hombre. Podría considerarse una bendición, o al menos a mí me facilita las cosas, que mi pobre madre ya no se dé cuenta, según parece, de cuál es, o debería ser, mi sexo.

—Ya podrías haberme dejado acabar esto como es debido, Al —decía el abuelo Harry—. Diantres, al menos tendría que haber una pared alrededor de ese váter.

—La habitación es demasiado pequeña para más paredes —respondió la señorita Frost.

Esta vez, cuando se plantó ante el inodoro y levantó el asiento de madera, no nos volvió la espalda ni a mí ni al abuelo Harry. No tenía el pene siquiera un poco duro, pero era bastante grande, como todo en ella, excepto los pechos.

—Vamos, Al, eres una persona decente. Yo siempre he salido en tu defensa —dijo el abuelo Harry—. Pero esto no está bien... Lo tuyo con Bill, quiero decir.

—¡Ella estaba protegiéndome! —prorrumpí—. No ha habido sexo. No ha habido penetración —añadí.

—Diantres, Bill. ¡No quiero que me cuentes que lo has hecho! —exclamó el

abuelo Harry y se tapó los oídos con las manos.

—¡Pero si no lo hemos hecho! —aseguré.

—Aquella noche que Richard te trajo aquí por primera vez, William, cuando te sacaste el carnet de la biblioteca y Richard me ofreció aquellos papeles en las obras de Ibsen..., ¿te acuerdas? —preguntó la señorita Frost.

—¡Sí, claro que me acuerdo! —susurré.

—Richard pensó que ofrecía el personaje de Nora, y el personaje de Hedda, a una mujer. Pero cuando te llevó a casa, debió de hablar con tu madre..., quien a su vez habló con Muriel, estoy segura..., en fin, el caso es que fue entonces cuando le contaron lo mío. ¡Así y todo, Richard se empeñó en incluirme en el reparto! Las Winthrop tuvieron que aceptarme, al menos en el escenario, como han tenido que aceptarte a ti, Harry, cuando sólo actuabas. ¿No fue eso lo que pasó? —preguntó a mi abuelo.

—Ah, pues..., en el escenario la cosa cambia, ¿no, Al? —preguntó el abuelo Harry a la señorita Frost.

—También a ti te tienen acogotado, Harry —dijo la señorita Frost—. ¿No estás ya harto?

—Vamos, Bill —me dijo mi abuelo—. Deberíamos marcharnos.

—Siempre te he respetado, Harry —afirmó la señorita Frost.

—¡Y yo siempre te he respetado a ti, Al! —declaró mi abuelo.

—Lo sé, por eso te han mandado esas cobardes de mierda —dijo la señorita Frost—. Ven aquí, William —me ordenó de pronto. Me acerqué a ella. Estrechó mi cabeza contra sus pechos desnudos y allí me retuvo; supe que notaba mi temblor—. Si quieres llorar, hazlo en tu habitación, pero no permitas que te oigan —me indicó—. Si quieres llorar, cierra la puerta y tápate la cabeza con la almohada. Lloro con tu buena amiga Elaine, si quieres, William, pero no llores delante de ellos. ¡Prométemelo!

—¡Te lo prometo! —respondí.

—Hasta pronto, Harry... Sí lo he protegido, que conste —dijo la señorita Frost.

—Te creo, Gran Al. ¡Yo siempre te he protegido a ti, que conste! —exclamó el abuelo Harry.

—Lo sé, Harry —contestó ella—. Quizás esta vez no te sea posible protegerme. No te mates —añadió.

—Haré lo que pueda, Al.

—Lo sé, Harry. Adiós, William, o «hasta la vista», como dicen —se despidió la señorita Frost.

Yo temblaba aún más, pero no lloré; el abuelo Harry me agarró de la mano y subimos juntos por la escalera oscura de aquel sótano.

—Imagino que debió de ser una maravilla de libro el que te dio la señorita Frost, Bill..., sobre el tema del que hablamos —comentó el abuelo Harry mientras recorríamos River Street en dirección al Bancroft Hall.



—Sí, es una novela buenísima —contesté.

—Estoy pensando que a lo mejor también a mí me gustaría, si Al me deja leerla —dijo el abuelo Harry.

—Prometí prestársela a un amigo —respondí—. Luego podría dártela a ti.

—Pienso que será mejor que se la pida a la señorita Frost, Bill. ¡No querría meterte en un lío por dejármela! Si es por líos, creo que de momento ya vas servido —susurró el abuelo Harry.

—Entiendo —dije, yendo aún de su mano.

Pero no lo entendía; a duras penas arañaba la superficie de todos ellos. En cuanto a la parte de entender, escasamente había empezado.

Cuando llegamos al Bancroft, los chicos idólatras presentes en la sala de las colillas parecieron defraudados al vernos. Supongo que esperaban la aparición de su idolatrado Kittredge acompañado por mí, y allí estaba yo con mi abuelo, calvo y bajo, vestido con la indumentaria de faena de un maderero. El abuelo Harry no ofrecía el típico aspecto de un profesor, ni que decir tiene, y no había estudiado en la academia Favorite River; había ido al instituto de Ezra Falls y no había pasado por la universidad. A mi abuelo y a mí los chicos de la sala de las colillas no nos prestaron atención; estoy seguro de que al abuelo Harry le dio igual. Además, ¿cómo iban aquellos chicos a reconocer a Harry? Los que lo habían visto antes alguna vez habían visto a Harry Marshall en el escenario, donde era una mujer.

—No hace falta que subas conmigo a la segunda planta —dije a mi abuelo.

—Si no subo contigo, Bill, tendrás que ocuparte tú de las explicaciones —recordó el abuelo Harry—. Ya has tenido una noche de abrigo... ¿Por qué no me dejas las explicaciones a mí?

—Te quiero... —comencé a decir, pero Harry no me dejó continuar.

—Claro, y yo también te quiero a ti —dijo—. Confías en que diga lo correcto, ¿verdad, Bill?

—Claro —respondí.

Confiaba en él, y estaba cansado; sólo quería irme a la cama. Necesitaba llevarme el sujetador de Elaine a la cara y llorar de manera que ninguno de ellos me oyera.

Pero cuando el abuelo Harry y yo entramos en aquel apartamento de la segunda planta, los familiares allí reunidos —incluida la señora Hadley, como yo averiguaría más tarde— se habían dispersado. Mi madre estaba en su habitación, con la puerta elocuentemente cerrada; quizás esa noche mi madre ya no me *apuntaría* nada. Allí sólo quedaba Richard Abbott para recibirnos, y se le veía casi tan cómodo como un perro con pulgas.

Fui derecho a mi habitación, sin dirigirle la palabra a Richard —¡ese cobarde acogotado!—, y allí estaba *La habitación de Giovanni*, encima de la almohada, no debajo. No tenían derecho a husmear en mi habitación, a manosear mis cosas, pensé yo; luego miré debajo de la almohada; el sujetador gris perla de Elaine había desaparecido.

Regresé a la sala de estar de nuestro pequeño apartamento, donde advertí que el abuelo Harry no había empezado aún a «ocuparse de las explicaciones», como él lo habría expresado.

—¿Dónde está el sujetador de Elaine, Richard? —pregunté a mi padrastro—. ¿Lo ha cogido mi madre?

—La verdad, Bill, es que tu madre no parecía la misma de siempre —me dijo Richard—. Lamento decir que ha hecho trizas ese sujetador, Bill; lo ha cortado en pedacitos.

—Diantres... —empezó a decir el abuelo Harry, pero lo interrumpí.

—No, Richard —dije—. Mi madre sí era la misma de siempre, ¿verdad que sí? Ésa no era mi madre comportándose como otra persona. Mi madre es así.

—Ah, pues... Bill —terció el abuelo Harry—. Para guardar tu ropa de mujer hay sitios más discretos que debajo de la almohada... Lo digo por experiencia.

—Me asqueáis los dos —le espeté a Richard Abbott, sin mirar al abuelo Harry; no me refería a él, y mi abuelo lo sabía.

—Yo mismo estoy bastante asqueado de todos nosotros, Bill —declaró el abuelo Harry—. ¿Y ahora por qué no te vas a la cama y me dejas a mí las explicaciones?

Antes de abandonarlos, oí a mi madre llorar en su habitación; lloraba con tal estridencia que todos la oíamos. Ésa era la finalidad de llorar con semejante estridencia, claro está: que todos la oyéramos, y que Richard entrara en su habitación para atenderla, como hizo Richard. Mi madre no había acabado de apuntar.

—Conozco a mi Mary —me susurró el abuelo Harry—. Quiere estar presente en la parte de las explicaciones.

—Yo también la conozco —le dije a mi abuelo, pero aún tenía mucho que descubrir sobre mi madre, más de lo que suponía.

Di un beso al abuelo Harry en lo alto de la calva, y sólo entonces tomé conciencia de que ya superaba en estatura a mi diminuto abuelo. Entré en mi habitación y cerré la puerta. Oía a mi madre, que seguía sollozando. Fue en ese momento cuando decidí firmemente que nunca permitiría que ellos me oyeran llorar, tal como había prometido a la señorita Frost.

Sobre mi almohada había una biblia del conocimiento y la compasión en materia de amor homosexual, pero mi cansancio y mi rabia eran tales que no pude seguir consultando a James Baldwin.

Habría estado mejor informado si hubiese releído cierto pasaje cerca del final de esa delgada novela; me refiero a ése sobre el «corazón que se enfría con la muerte del amor». Como escribe Baldwin: «Es un proceso digno de mención. Es más horrendo que todo aquello que he leído al respecto, más horrendo que todo aquello que seré capaz de expresar en la vida».

Si hubiera releído ese pasaje aquella noche horrenda, tal vez habría comprendido que la señorita Frost se había despedido de mí, y que, con aquel curioso «hasta la vista», había querido decir que nunca volveríamos a vernos como amantes.

Quizá fue mejor que no relejera ese pasaje entonces, o que no supiera todo eso entonces. Aquella noche, cuando me metí en la cama, oyendo a través del tabique el llanto manipulador de mi madre, ya me rondaban bastantes cosas por la cabeza.

Oía también de forma indistinta la voz insólitamente aguda del abuelo Harry, aunque no lo que decía. Sólo sabía que había empezado a «ocuparse de las explicaciones», proceso que, como también sabía, había arrancado de pronto, y en serio, dentro de mí.

«¡De ahora en adelante», pensé a los dieciocho años, mientras yacía en la cama, colérico, «seré yo quien “se ocupe de las explicaciones”!».

## DOBLE FATALIDAD

No quiero abusar de las palabras «otro sitio», y ya les he contado que enviaron a Elaine Hadley a otro sitio «por etapas». Como en cualquier pueblo pequeño o aldea donde la población coexiste con un colegio privado, a veces surgían discrepancias comunidad-centro docente entre los vecinos de First Sister, Vermont, por un lado, y el profesorado y el cuerpo administrativo de la academia Favorite River, por otro, cosa que sin embargo no ocurrió en el caso de la señorita Frost, que fue despedida por el consejo de gestión de la biblioteca pública de First Sister.

El abuelo Harry no pertenecía ya a ese consejo; pero, aun si Harry hubiese sido presidente del consejo, difícilmente habría conseguido persuadir a sus convecinos de que mantuvieran en el puesto a la señorita Frost. En el caso de la bibliotecaria transexual, los mandamases de la academia Favorite River coincidieron con el ayuntamiento: los pilares del colegio privado y sus equivalentes en la municipalidad consideraron que habían demostrado ya una muy encomiable tolerancia con la señorita Frost. Era la señorita Frost quien se había «pasado de la raya»; era la señorita Frost quien se había «extralimitado».

La tendencia a escandalizarse y la indignación moral no son las únicas actitudes que arraigan en los pueblos y los colegios de poco fuste, y la señorita Frost no carecía de defensores. Richard Abbott, pese a que ello le valió el «trato de silencio» por parte de mi madre durante varias semanas, abogó por la causa de la señorita Frost. Richard adujo que la señorita Frost, ante el resuelto enamoramiento de un joven ardiente, había en efecto salvaguardado al joven de un amplio surtido de posibilidades sexuales.

El abuelo Harry, pese a que ello le valió el más desaforado menosprecio de Nana Victoria, también habló en favor de la señorita Frost. Ésta había manifestado una contención y una sensibilidad admirables, sostuvo Harry, por no hablar ya del hecho de que la señorita Frost era una fuente de inspiración para los lectores de First Sister.

Incluso el tío Bob, a riesgo de incurrir en la mofa aún más enérgica de la indignadísima tía Muriel, dijo que el Gran Al merecía una oportunidad. Martha Hadley, que siguió ofreciéndome orientación psicológica tras truncarse por la fuerza mi relación con la señorita Frost, declaró que la bibliotecaria transexual había reforzado la confianza que yo tenía en mí mismo, crónicamente débil. La señorita Frost incluso había logrado ayudarme a vencer un problema de pronunciación, que, según la señora Hadley, se debía a mi inseguridad psicológica y sexual.

Si alguien hubiera escuchado en algún momento a Tom Atkins, acaso el pobre Tom habría expresado una opinión favorable sobre la señorita Frost, pero Atkins —

como la señorita Frost bien había comprendido— estaba celoso de la cautivadora bibliotecaria, y cuando ésta fue víctima de aquella persecución, Tom Atkins, como correspondía a su timidez natural, guardó silencio.

Tom sí que me dijo a mí, cuando terminó de leer *La habitación de Giovanni*, que la novela de James Baldwin lo había conmovido y a la vez perturbado, si bien más tarde descubrí que Atkins, como consecuencia de esa estimulante lectura, había desarrollado varios problemas de pronunciación nuevos. (Como no era de extrañar, la palabra «hedor» estuvo entre las principales culpables).

Quizá resultó contraproducente que el más rotundo defensor de la señorita Frost fuese un conocido excéntrico de origen foráneo. El adusto silvicultor, ese leñador demente, el dramaturgo noruego con una vena suicida —no otro que Nils Borkman— se presentó en una reunión del consistorio de First Sister y se declaró el «más grande admirador» de la señorita Frost. (Tal vez la defensa de Borkman en pro de la señorita Frost se viera socavada por ser de conocimiento público que Nils había molido a palos a varios trabajadores del aserradero y a varios leñadores en escarmiento por hacer comentarios desconsiderados sobre las interpretaciones del abuelo Harry en papeles femeninos; y muy especialmente a aquellos ofensores que habían puesto reparos a los besos de Harry cuando hacía de mujer).

A juicio de Borkman, la señorita Frost no sólo era una mujer ibseniana —para Nils, esto equivalía a decir que la señorita Frost pertenecía a determinada clase de mujer, la mejor imaginable y a la vez la más complicada—, sino que además el noruego, obsesionado, llegó al extremo de aseverar que la señorita Frost era más mujer que cualquiera de las mujeres que Nils había conocido en el estado de Vermont. La única mujer que no se ofendió por la injuriosa afirmación de Borkman fue, muy posiblemente, la señora Borkman, porque Nils había conocido a su esposa en Noruega; ella no era natural del estado de la Montaña Verde.

A la señora Borkman se la veía poco, y se la había oído aún menos. En First Sister casi nadie tenía presente cómo era la señora Borkman, ni podía recordar nadie si ella —al igual que su marido, Nils— hablaba con acento noruego.

Con todo, el daño causado por Nils fue instantáneo. Se endurecieron las posturas contra la señorita Frost, que se encontró con una resistencia más irreductible porque Nils Borkman había proclamado que ella era más mujer que cualquiera de las mujeres que él había conocido en Vermont.

«Esto no va bien, Nils, nada bien, nada bien», había susurrado Harry Marshall a su viejo amigo en la reunión del consistorio de First Sister, pero el daño ya estaba hecho.

Por buen corazón que tenga, un matón es un matón, pero Nils Borkman era objeto de resentimiento por otras razones. Antiguo biatleta, Nils había introducido en el sur de Vermont su pasión por el biatlón, la curiosa práctica deportiva que une el esquí de

fondo y el tiro al blanco. Eso ocurrió en una época en que el esquí de fondo no había adquirido aún la popularidad de que ahora goza en la región nororiental de Estados Unidos. En Vermont ya existían por aquel entonces muchos y animosos fanáticos del esquí de fondo, pero, que yo supiera, no había un solo hombre (ni mujer) que llevara al hombro un rifle cargado cuando esquiaba.

Nils había introducido a su socio, Harry Marshall, en la caza del venado sobre unos esquís de fondo. Se inició así una suerte de biatlón de la caza del venado; con sus esquís, Nils y Harry persiguieron en silencio (y abatieron) muchos ciervos. A pesar de que eso no tenía nada de ilegal, el guardabosque de la zona —un individuo falto de imaginación— se había quejado.

De otras cosas sí debería haberse quejado el guardabosque, y esas cosas, en cambio, le suscitaban sólo cierta hosquedad no exenta de autocomplacencia. Se llamaba Chuck Beebe y supervisaba una estación de control de ciervos, una hipotética estación biológica, donde recopilaba datos tales como las edades y las medidas de los ciervos.

El primer sábado de la temporada de caza del venado, la estación de control se convertía en un desfile de mujeres, muchas de ellas, si el tiempo acompañaba, calzadas con zapatos de puntera abierta. Dichas mujeres presentaban otros indicios de no haber participado en la caza del venado, y sin embargo allí estaban —con su carmín, sus vestidos sin espalda y demás—, plantando ante Chuck Beebe venados rígidos cubiertos de sangre coagulada. Esas mujeres tenían licencia de caza, y habían obtenido sus correspondientes etiquetas para ciervos, pero *no* habían abatido aquellos venados, eso a Chuck le constaba. Sus maridos o padres o hermanos, o sus novios, habían abatido aquellos venados el día que se levantaba la veda, y en ese momento se hallaban en el monte abatiendo más venados. (Se concedía una sola etiqueta por cazador con licencia, lo cual autorizaba a cazar un único ciervo).

«¿Dónde ha cazado este macho que me trae?», preguntaba Chuck a una mujer detrás de otra.

Las mujeres contestaban «En la montaña» o «En el bosque» o «En un prado», cosas por el estilo.

El abuelo Harry les pedía a Muriel y a Mary que lo hicieran, es decir, que declararan haber cazado ellas los dos primeros ciervos de Harry en la temporada. (Nana Victoria no se prestaba). El tío Bob se lo había pedido en su día a mi prima Gerry, hasta que Gerry tuvo edad para negarse. Yo lo había hecho por Nils Borkman alguna que otra vez, como también la esquivaba señora Borkman.

Chuck Beebe consentía desde hacía tiempo esa permanente falsedad, pero que Nils Borkman y Harry Marshall cazaran venados mientras esquiaban... En fin, eso el guardabosque lo consideraba impropio.

En Vermont la regulación para la caza del venado era hartamente primitiva; todavía lo es. No se permite disparar contra un ciervo desde un vehículo motorizado; en cuanto a casi todo lo demás, hay manga ancha. Existe la temporada del arco, la temporada

del rifle, la temporada de la pólvora. «¿Por qué no una temporada del machete?», había preguntado Nils Borkman en una anterior reunión del consistorio, ahora ya famosa. «¿Por qué no una temporada del tirachinas? Hay demasiados ciervos, ¿o no? Deberíamos matar más, ¿sí o no?».

Hoy día, además, escasean los cazadores; la cantidad disminuye anualmente. Con el paso de los años, la regulación para la caza del venado ha abordado el problema de la población de ciervos, pero la superpoblación persiste. Aun así, hay vecinos de First Sister, Vermont, que recuerdan a Nils Borkman como un capullo de remate por proponer una temporada del machete y una temporada del tirachinas para ciervos, pese a que Nils lo decía en broma, claro está.

Recuerdo cuando únicamente podían cazarse machos, luego machos y hembras, luego machos y una sola hembra; es decir, si se disponía de una licencia especial, y no podían ser machos con cercetas.

«¿Y si cazamos sólo a los de fuera del estado, sin limitaciones?», había preguntado Nils Borkman en una ocasión. (La caza ilimitada de animales de fuera del estado tal vez habría sido una propuesta bien acogida en Vermont, pero Borkman también hablaba en broma respecto a los ciervos de fuera del estado).

—Nils tiene un sentido del humor europeo —había dicho el abuelo Harry en defensa de su viejo amigo.

—¡Europeo! —había exclamado Nana Victoria con desdén; no, con algo más que desdén.

Mi abuela hablaba del origen europeo de Borkman de manera análoga, quizás, a como habría expresado su repugnancia al ver que Nils tenía mierda de perro en las suelas de los zapatos. Pero el tono con que Nana Victoria pronunció la palabra «europeo» fue comedido en comparación con la sorna que insuflaba a la palabra «ella», formándose espuma en sus labios, cada vez que aludía a la señorita Frost.

Podría decirse que, como consecuencia de no haber practicado sexo auténtico conmigo, la señorita Frost fue desterrada de First Sister, Vermont; también a ella, como a Elaine, la mandarían a otro sitio «por etapas», y la primera etapa de su ostracismo empezó con el despido de la biblioteca.

Al perder su empleo, la señorita Frost ya no pudo mantener a su madre enferma en lo que había sido el hogar de la familia; la casa se vendería, pero eso requirió cierto tiempo, y la señorita Frost organizó el traslado de su madre al complejo asistencial para la tercera edad que Harry Marshall y Nils Borkman habían construido y puesto al servicio del pueblo.

Es más que probable que el abuelo Harry y Nils concedieran un trato de favor a la señorita Frost, pero no debió de ser un trato de la magnitud del que la academia Favorite River acordó con la señora Kittredge, el trato que permitió a Kittredge continuar en el colegio y graduarse pese a haber dejado preñada a la hija de un profesor, que además era menor de edad. Nadie ofrecería a la señorita Frost un trato así.

Cuando me encontraba casualmente con la tía Muriel, me saludaba con su acostumbrada falta de sinceridad:

—Vaya, Billy. Hola. ¿Cómo va eso? ¡Espero que los entretenimientos propios de un joven de tu edad te resulten tan gratificantes como deberían!

A lo que yo contestaba sistemáticamente:

—No hubo penetración; en otras palabras, no fue lo que la mayoría de la gente llama sexo. A mi modo de ver, tía Muriel, todavía soy virgen.

Ante esto, Muriel debía de acudir sin pérdida de tiempo a mi madre para quejarse de mi incalificable conducta.

En cuanto a mi madre, nos tenía sometidos al «trato de silencio» tanto a Richard como a mí; sin darse cuenta, en mi caso, de que me gustaba que no me hablara. A decir verdad, prefería, con mucho, su silencio a su continua y convencional desaprobación; además, el hecho de que ahora mi madre no tuviera nada que decirme no me impedía a mí hablarle a ella.

—Vaya, mamá. Hola. ¿Qué tal? Querría decirte que, contrariamente a sentirme violado, mi sensación es que la señorita Frost me protegía; es verdad que me impidió penetrada, ¡y de más está decir, espero, que ella no me penetró a mí!

Por lo regular, no conseguía decir nada más antes de que mi madre entrara corriendo en su habitación y cerrara la puerta.

—¡Richard! —invocaba, olvidando que tenía a Richard sometido al «trato de silencio» por haber abogado en pro de la causa perdida de la señorita Frost.

—No fue lo que la mayoría de la gente llama sexo, mamá, sólo te digo eso —continuaba yo, al otro lado de la puerta cerrada de su habitación—. Lo que la señorita Frost me hizo se redujo en realidad a una especie de masturbación, sólo que más elaborada. Hasta tiene nombre y todo, ¡pero te ahorraré los detalles!

—¡Basta, Billy! ¡Basta, basta, basta! —exclamaba mi madre. (Olvidaba, supongo, que también a mí me tenía sometido al «trato de silencio»).

—Tómalo con calma, Billy —me advertía Richard Abbott—. Creo que tu madre se siente un tanto frágil últimamente.

—Un tanto frágil últimamente —repetí, y lo miré a la cara hasta que Richard apartó la vista.

«Créeme lo que te digo, William», me había advertido la señorita Frost mientras nos tocábamos uno al otro el pene. «En cuanto se cae en el hábito de repetir lo que la gente dice, es difícil abandonarlo».

Pero yo no quería abandonar ese hábito; era un hábito de ella, y decidí adoptarlo.

—No te juzgo, Billy —dijo la señora Hadley—. Yo misma veo, sin necesidad de extendernos en los detalles, que tu experiencia con la señorita Frost ha ejercido en ti ciertos efectos positivos.

—Extendernos en los detalles —repetí—. Efectos positivos.

—Así y todo, Billy, considero que es mi deber informarte de que en una situación



sexual tan embarazosa como ésta, se crea en la cabeza de muchos adultos cierta expectativa. —Aquí Martha Hadley guardó silencio; también yo. Estaba planteándome repetir eso de «en una situación sexual tan embarazosa como ésta», pero de pronto la señora Hadley reanudó sus laboriosas elucubraciones—. Lo que muchos adultos esperan oírte expresar, Billy, es algo que, por ahora, no has expresado.

—Se crea la expectativa de que exprese ¿qué? —pregunté.

—Remordimientos —respondió Martha Hadley.

—Remordimientos —repetí, y miré a la señora Hadley a la cara hasta que apartó la vista.

—Eso de las repeticiones es molesto, Billy —dijo Martha Hadley.

—Sí, ¿verdad? —pregunté.

—Siento que te hayan mandado a ver al doctor Harlow —añadió.

—¿Cree que el doctor Harlow espera oírme expresar remordimientos? —pregunté a la señora Hadley.

—Eso diría yo, Billy —contestó ella.

—Gracias por avisarme —dije.

Atkins estaba una vez más en la escalera del edificio de música.

—Es de lo más trágico —comenzó—. Anoche, mientras pensaba en eso, vomité.

—¿Mientras pensabas en qué? —pregunté.

—¡En *La habitación de Giovanni*! —exclamó; ya habíamos comentado la novela, pero deduje que el pobre Tom no había dado la conversación por concluida—. Esa parte sobre el olor del amor...

—El hedor del amor —corregí.

—El tufo —dijo Atkins, y basqueó.

—Es hedor, Tom.

—La peste —dijo Atkins, y vomitó en la escalera.

—Pero, hombre, Tom...

—¡Y esa mujer horrible, la del coño cavernoso! —exclamó Atkins.

—¿El qué? —pregunté.

—Esa novia espeluznante... Ya sabes de quién hablo, Bill.

—Imagino que ése es el quid, Tom: la idea de que alguien a quien antes deseaba ahora le repugna —dije.

—Huelen a pescado, ¿sabías? —continuó Atkins.

—¿Te refieres a las mujeres? —pregunté.

Basqueó otra vez, pero enseguida se recuperó.

—Me refiero a su cosa —respondió Atkins.

—¿Su vagina, Tom?

—¡No digas esa palabra! —exclamó el pobre Tom, y le sobrevino una arcada.

—Tengo que irme, Tom —dije—. He de prepararme para una charla con el doctor Harlow.

—Habla con Kittredge, Bill. A Kittredge lo mandan a hablar con el doctor Harlow cada dos por tres. Kittredge sabe manejar al doctor Harlow —me aconsejó Atkins.

A mí no me cabía ninguna duda al respecto; sólo que no quería hablar con Kittredge de nada.

Pero, como es natural, Kittredge ya estaba al corriente del asunto de la señorita Frost. No se le escapaba el menor detalle de carácter sexual. Si uno era alumno de Favorite River y le imponían una sanción, Kittredge no sólo se enteraba del delito; se enteraba asimismo de quién la había impuesto y de las condiciones de confinamiento que dicha restricción conllevaba.

No sólo se me había prohibido el acceso a la biblioteca pública; me habían dicho que no debía ver a la señorita Frost, aunque tampoco sabía dónde encontrarla. Desconocía las señas del hogar familiar que había compartido con su madre demente. Además, esa casa ya estaba en venta; que yo supiera, la señorita Frost (y su madre) ya la habían abandonado.

Iba a hacer los deberes, y a escribir en la medida de lo posible, a la sala de los anuarios de la biblioteca de la academia. Poco antes del toque de queda siempre atravesaba, tan deprisa como podía, la sala de las colillas, donde todos los chicos, tanto los fumadores como los no fumadores, parecían inquietarse de un modo anormal al verme. Mi reputación sexual los alteraba, imagino; fuera cual fuese la categoría en la que antes me habían encasillado, quizá ya no se correspondía con la idea que ahora tenían de mí.

Si esos chicos me habían considerado hasta entonces un maricón despreciable, ¿qué debían de opinar de mi aparente amistad con Kittredge? Y ahora, para colmo, estaba el asunto con la bibliotecaria transexual del pueblo. De acuerdo, resultaba que era un hombre disfrazado; no era una mujer de verdad, pero se presentaba como una mujer. Y lo que quizá venía más al caso: yo había adquirido un incuestionable halo de misterio, aunque fuera sólo entre los chicos de la sala de las colillas del Bancroft. No olvidemos que la señorita Frost era una mujer mayor, y eso cunde mucho entre los chicos, ¡incluso si la mujer mayor tiene pene!

Tampoco olvidemos que la rumorología no se interesa por una historia si no va acompañada de sensacionalismo; a la rumorología le trae sin cuidado la verdad. La verdad era que yo no había experimentado lo que la mayoría de la gente considera «relación sexual»: ¡no había habido penetración! Pero eso aquellos chicos de la sala de las colillas no lo sabían, ni se lo habrían creído. En las cabezas de mis compañeros de la academia Favorite River, la señorita Frost y yo lo habíamos hecho todo.

Subí por la escalera del Bancroft y, de pronto, cuando llegué a la primera planta, Kittredge me tomó en brazos; a todo correr, Kittredge cargó conmigo por el siguiente tramo de escalera hasta el rellano de la residencia. Los chicos nos miraban boquiabiertos, con cara de veneración, desde las puertas de sus habitaciones; yo percibía su triste envidia, un patético anhelo que conocía bien.

—¡La hostia, Ninfa! ¡Eres el rey del quiqui! —me susurró Kittredge al oído—.

¡Eres el artista del foqui-foqui! ¡Bien hecho, Ninfa! ¡Me tienes impresionadísimo! ¡Eres mi nuevo héroe! ¡Atended! —vociferó Kittredge, dirigiéndose ahora a los chicos que nos miraban, pasmados, en el pasillo de la segunda planta y desde los umbrales de sus puertas—. Mientras vosotros os la pelabais, capullos, y sólo soñabais con tiraros a alguien, este chaval lo hacía de verdad. ¡Eh, tú! —dijo de pronto Kittredge a un alumno de primero que estaba en el pasillo, paralizado de terror; se llamaba Trowbridge, iba en pijama y sostenía en alto el cepillo de dientes (ya con un pegote de pasta) como si albergara la esperanza de que el cepillo fuera una varita mágica.

—Me llamo Trowbridge —dijo el chico, embobado.

—¿Adónde vas, Trowbridge? —preguntó Kittredge.

—Voy a lavarme los dientes —respondió Trowbridge con voz trémula.

—¿Y después, Trowbridge? —preguntó Kittredge al chico—. Enseguida empezarás a cascártela, eso sin duda, imaginándote que tienes la cara hundida entre un buen par de globos. —Pero a juzgar por la cara de estupefacción de Trowbridge, me pareció improbable que se atreviera ya a sacudírsela en la residencia; con toda seguridad tenía un compañero de habitación, y muy posiblemente le daba miedo pelársela en el Bancroft—. Mientras que este muchacho, Trowbridge —prosiguió Kittredge, sosteniéndome aún en sus fuertes brazos—, este muchacho no sólo ha puesto en tela de juicio la imagen pública de los estereotipos de género. Este rey del quiqui, este artista del foqui-foqui —exclamó Kittredge, lanzándome arriba y abajo—, ¡este semental se ha cepillado de verdad a un transexual! ¿Te haces una vaga idea, Trowbridge, de lo que es un casquete transexual?

—No —contestó Trowbridge con un hilo de voz.

Pese a sostenerme en brazos, Kittredge consiguió encogerse de hombros a su manera característica; era el desenfadado gesto de indiferencia de su madre, el que Elaine había aprendido.

—Mi querido Ninfa —susurró Kittredge, llevándome aún en brazos por el pasillo—. ¡Me tienes impresionadísimo! —repitió—. Un auténtico transexual..., ¡y nada menos que en Vermont! Yo he visto a alguno, claro, pero en París... y en Nueva York. Los travestidos de París tienden a moverse en sus círculos, son de lo más pintorescos, pero da la sensación de que lo hacen todo juntos. Yo lamento no haberlo probado con ninguno —susurró Kittredge—, pero tengo la impresión de que si te ligas a uno, luego ya vendrán otros. ¡Eso sí tiene que ser distinto!

—¿Te refieres a *les folles*? —pregunté.

No podía quitarme de la cabeza a *les folles*, «parloteando a gritos como cotorras de los detalles de sus últimas aventuras amorosas», como Baldwin las describe. Pero o bien Kittredge no me había oído, o bien mi acento francés era tan inexacto que ni siquiera se molestó en prestarme atención.

—En Nueva York, los transexuales son otro cantar, claro —continuó Kittredge—. A mí me da que van más a la suya; muchos hacen la calle, quizá. Hay uno que ronda

por la Séptima Avenida; ése seguro que hace la calle. ¡Es altísimo! Según he oído, hay un club al que van todos... No sé por dónde para. Por algún sitio donde no conviene ir solo, sospecho. Me parece que si yo lo probase, lo probaría en París. ¡En cambio tú, Ninfa, tú ya lo has hecho! ¿Cómo fue? —me preguntó, en apariencia con la mayor sinceridad, pero, como yo bien sabía, debía andarme con cautela. Tratándose de Kittredge, uno nunca tenía muy claro qué derrotero tomaría la conversación.

—Fue una absoluta maravilla —respondí—. Dudo mucho que vuelva a tener una experiencia sexual exactamente igual que ésa.

—Seguro —afirmó Kittredge de forma categórica. Nos habíamos detenido frente a la puerta del apartamento reservado al profesorado donde yo vivía con Richard Abbott y mi madre, pero Kittredge no parecía nada cansado de llevarme en brazos, ni dio la menor señal de tener la intención de dejarme en el suelo—. Tenía pene, supongo —añadió Kittredge a continuación—, y se lo viste, y lo tocaste, e hiciste todo eso que uno hace con un pene, ¿no, Ninfa?

Algo había cambiado en su voz, y me asusté.

—Para serte sincero, estaba tan inmerso en la propia situación que perdí de vista, digamos, los detalles —contesté.

—¿Ah, sí? —me preguntó Kittredge en voz baja, pero no parecía muy interesado. Era como si conociera ya los detalles de cualquier aventura sexual y le aburrieran. Por un momento dio la impresión de que se sorprendía de tenerme en brazos, o quizá sentía repugnancia. De repente me soltó—. Oye, Ninfa, van a mandarte a hablar con Harlow, lo sabes, ¿no? —preguntó.

—Sí —respondí—. He estado planteándome qué decirle.

—Me alegra que me lo preguntes —dijo Kittredge—. Te explicaré cómo manejar a Harlow —empezó Kittredge.

Se advertía en su voz un tono extrañamente tranquilizador y (al mismo tiempo) indiferente; por su manera de aleccionarme, percibí que nuestros papeles se habían invertido. Yo había sido el experto en Goethe y Rilke, instruyéndolo acerca de las partes enrevesadas.

En la academia Favorite River, cuando a uno lo sorprendían en un desatino carnal, lo interrogaba el doctor Harlow; Kittredge, quien (presuponía yo) poseía dilatada experiencia en actos carnales, era un experto en tratos con el doctor Harlow.

Escuché con atención los consejos de Kittredge; sorbí (como suele decirse) sus palabras. A ratos resultaba doloroso oírlo, porque Kittredge insistía en contarme con pelos y señales su percance sexual con Elaine.

«Perdona el ejemplo concreto, Ninfa, pero es sólo para que sepas cómo funciona Harlow», había dicho Kittredge antes de iniciar el relato de su pérdida auditiva temporal, resultado de lo sonoros que eran los orgasmos de Elaine Hadley.

—Lo que Harlow quiere oírte decir es lo mucho que te remuerde la conciencia, Ninfa. Espera que te arrepientas. Lo que tú tienes que darle, en cambio, es excitación

sin tregua. El objetivo de Harlow será que te sientas culpable —dijo Kittredge—. No te dejes llevar al huerto con eso, Ninfa; tú haz como si le recitaras una novela pornográfica.

—Entiendo —respondí—. Nada de remordimientos, ¿es eso?

—Nada de remordimientos, Ninfa, exactamente eso. Pero ojo —dijo Kittredge con aquel inquietante cambio en el tono de voz, aquel que me asustaba—. Ojo, Ninfa: en mi opinión, lo que hiciste es asqueroso. No obstante, te aplaudo por tener el valor de hacerlo, ¡y tienes todo el derecho a hacerlo!

Entonces, tan súbitamente como me había levantado en brazos en la escalera de la residencia, se marchó; desapareció corriendo por el pasillo de la segunda planta, observado por todos aquellos chicos con cara de admiración desde los umbrales de las puertas. Había sido una salida muy propia de Kittredge. Uno podía andarse con cautela, pero con él toda cautela era poca; sólo Kittredge sabía cómo acabaría la conversación. Con frecuencia me daba la sensación de que él sabía cómo acabaría la conversación antes de iniciarla.

En ese preciso momento se abrió la puerta de nuestro apartamento reservado al profesorado; allí estaban Richard Abbott y mi madre, los dos, como si llevaran ya un rato al otro lado de la puerta.

—Hemos oído voces, Bill —dijo Richard.

—He oído la voz de Kittredge —añadió mi madre—; reconocería su voz en cualquier sitio.

Eché un vistazo al pasillo repentinamente vacío.

—Pues serán imaginaciones tuyas —dije a mi madre.

—Yo también he oído la voz de Kittredge, Bill; se le notaba un tanto exaltado —comentó Richard.

—Tendríais que ir los dos a que os miren el oído, a que os hagan una prueba de audición o algo así —les recomendé.

Pasando junto a ellos, entré en la sala de estar de nuestro apartamento.

—Sé que mañana te recibirá el doctor Harlow, Bill —dijo Richard—. Quizá deberíamos hablar de eso.

—Ya sé qué voy a decirle al doctor Harlow, Richard; de hecho, los detalles son muy recientes —contesté.

—¡Cuidado con lo que le dices al doctor Harlow, Billy! —exclamó mi madre.

—Cuidado ¿por qué? —pregunté—. No tengo nada que esconder, ya no.

—Tómalo con calma, Bill —comenzó a decir Richard, pero no lo dejé acabar.

—No expulsaron a Kittredge por tener relaciones sexuales, ¿verdad que no? —pregunté a Richard—. ¿Temes que me expulsen a mí por no tener relaciones sexuales? —pregunté a mi madre.

—No digas tonterías... —comenzó a decir mi madre.

—¿Qué temes, pues? —pregunté—. Algún día tendré todo el sexo que quiera... y como quiera. ¿Es eso lo que temes?

No me respondió, pero vi que sí temía que tuviera todo el sexo que quisiera y como quisiera. Esta vez Richard no terció en la conversación; no intentó acudir en su ayuda. Mientras me dirigía a mi habitación, entraba y cerraba la puerta, pensé que seguramente Richard Abbott sabía algo que yo no sabía.

Me tendí en mi cama y traté de imaginar todo lo que quizá yo ignoraba. Debía de ser algo que mi madre me había ocultado, pensé, y quizá Richard desaprobaba que ella no me lo contase. Eso explicaría por qué Richard no se había apresurado a acudir en su ayuda para sacarla del lío en que ella misma se había metido. (¡Richard ni siquiera se había descolgado con su consabido «Tómalo con calma»!).

Más tarde, mientras intentaba conciliar el sueño, pensé que si algún día llegaba a tener hijos, se lo contaría todo. Pero la palabra «todo» no hizo más que recordarme los detalles de mi experiencia sexual con la señorita Frost. Esos detalles, que transmitiría —de un modo tan excitante (incluso tan pornográfico) como pudiera— al doctor Harlow a la mañana siguiente, me llevaron luego a imaginar el sexo que no había practicado con la señorita Frost. Como es lógico, con todo lo que había por imaginar, seguí en vela hasta muy entrada la noche.

Kittredge me había preparado tan bien para mi reunión con el doctor Harlow que la reunión en sí fue un anticlímax. Me limité a decir la verdad; no omití un solo detalle. Hasta incluí la parte de que yo, al principio, no sabía si había mantenido con la señorita Frost lo que la mayoría de la gente considera relaciones sexuales, si había existido alguna forma de penetración. La palabra «penetración» captó la atención del doctor Harlow hasta tal punto que dejó de escribir en su cuaderno de papel pautado; me pidió una aclaración *ipso facto*:

—Veamos, ¿hubo alguna forma de penetración o no? —preguntó el doctor Harlow con impaciencia.

—Todo a su debido tiempo —respondí—. Esa parte de la historia no admite apremios.

—¡Quiero saber qué pasó exactamente, Bill! —exclamó el doctor Harlow.

—¡Y lo sabrá! —respondí con gran agitación—. No saber forma parte de la historia.

—¡Esa parte, la de no saber, me trae sin cuidado! —declaró el doctor Harlow, señalándome con el lápiz.

Pero yo no estaba dispuesto a dejarme apremiar. Cuanto más hablase, tanto más tendría que escucharme aquel calvorota jodebúhos.

En la academia Favorite River, los miembros del personal docente y no docente que más profunda antipatía nos inspiraban recibían el apelativo de «calvorota jodebúhos». El origen de esta expresión es impreciso. Habida cuenta de que el anuario de Favorite River se llamaba *El Búho*, me figuro que era una alusión a la supuesta sabiduría de esa ave, el búho, cuestionable mente atribuida por ciertos

dichos y tradiciones. (A los absurdos equipos de Favorite River de los distintos deportes los llamaban Águilas Calvas, lo que añadía aún más confusión: las águilas no son búhos).

—La referencia a la calva puede guardar relación con el aspecto físico de un pene circuncidado —había comentado el señor Hadley en una ocasión, cuando toda la familia Hadley cenaba con nosotros, Richard, mi madre y yo.

—¿De dónde demonios has sacado esa idea? —preguntó la señora Hadley a su marido.

Recuerdo que Elaine y yo seguíamos la conversación con los cinco sentidos, y nuestro embelesamiento se debía en parte al evidente malestar que le causaba a mi madre la palabra «pene».

—Verás, Martha, lo de «jodebúhos» está relacionado con la cultura homófoba propia de un colegio exclusivamente masculino —prosiguió el señor Hadley, a la manera de un profesor de historia—. Los chicos llaman «calvorota jodebúhos» a aquellos de nosotros a quienes más detestan porque presuponen que los peores de nosotros son homosexuales que se tiran, o sueñan con tirarse, a los chicos.

Elaine y yo soltamos una carcajada; lo encontramos graciosísimo. ¡Nunca se nos había pasado por la cabeza que la expresión «calvorota jodebúhos» significara realmente algo!

Pero de pronto mi madre intervino.

—No es más que una de esas vulgaridades que dicen los chicos, porque siempre andan diciendo vulgaridades; así es como piensan —dijo mi madre con saña.

—Pero en su origen sí tuvo un significado, Mary —había insistido el señor Hadley—. Sin duda se originó por alguna razón —había declamado el profesor de historia.

En mi reflexivo y pormenorizado relato de la experiencia sexual con la señorita Frost, recordé con placer las especulaciones históricas del señor Hadley respecto a lo que era en realidad un calvorota jodebúhos. El doctor Harlow era a todas luces uno de éstos, y —mientras me explayaba con el descubrimiento de que la señorita Frost y yo habíamos tenido una experiencia sexual intercrural—, tomé prestadas, lo admito, algunas de las selectas palabras de James Baldwin.

—No hubo penetración —informé al doctor Harlow, a su debido tiempo—, ni por tanto «hedor del amor», pero ¡cuánto habría deseado yo que la hubiera!

—¡Hedor del amor! —repitió el doctor Harlow; observé que tomaba nota de esto, y que de pronto tenía mal aspecto.

—Puede que nunca tenga un orgasmo mejor —le dije al doctor Harlow—, pero aún deseo hacerla todo, me refiero a todas esas cosas de las que me protegía la señorita Frost. Ella despertó en mí el deseo de hacer todas esas cosas; de hecho, ¡me muero de ganas de hacerlas!

—¿Todas esas cosas homosexuales, Bill? —preguntó el doctor Harlow.

Vi el sudor en su cuero cabelludo a través del pelo ralo y sin lustre.

—Sí, esas cosas homosexuales, claro, pero también otras, tanto con hombres como con mujeres —contesté con vehemencia.

—¿Con unos y con otras, Bill? —preguntó el doctor Harlow.

—¿Por qué no? —le repliqué al calvo rota jodebúhos—. Cuando me sentía atraído por la señorita Frost, creía que era una mujer. Al descubrir que era un hombre, no me sentí menos atraído por ella.

—¿Y hay otras personas, de uno y otro sexo, en este colegio y en este pueblo, por las que también te sientas atraído, Bill? —preguntó el doctor Harlow.

—Claro. ¿Por qué no? —repetí.

El doctor Harlow había dejado de escribir; quizá se le antojó interminable el esfuerzo que le exigiría la obra que tenía por delante.

—¿Alumnos, Bill? —preguntó el calvorota jodebúhos.

—Claro —dije.

Cerré los ojos en busca de un efecto teatral, pero eso ejerció en mí mayor efecto del que preveía. De repente me vi entre los poderosos brazos de Kittredge; me tenía inmovilizado mediante una presa a un solo brazo, pero desde luego ahí no acababa la cosa.

—¿Esposas de profesores? —apuntó el doctor Harlow, de forma no precisamente espontánea.

Sólo tuve que pensar en el rostro poco agraciado de la señora Hadley, superpuesto una y otra vez a aquellas modelos de sujetadores preparatorios de los catálogos de venta por correo de mi madre.

—¿Por qué no? —pregunté por tercera vez—. La esposa de un único profesor, mejor dicho —añadí.

—¿Sólo una? —preguntó el doctor Harlow, pero adiviné que el calvorota jodebúhos quería preguntarme qué esposa en concreto.

En ese instante me vino a la cabeza cómo habría reaccionado Kittredge a la insinuante pregunta del doctor Harlow. En primer lugar aparenté aburrimiento, como si tuviera mucho más que decir pero no fuese a tomarme la molestia.

Mi carrera interpretativa casi había terminado. (En ese momento, cuando era el centro de atención en la consulta del doctor Harlow, no lo sabía, pero sólo me quedaba un papel por interpretar, en extremo secundario). Aun así, fui capaz de lograr mi mejor imitación del gesto de indiferencia de Kittredge y las evasivas del abuelo Harry.

—Ah, pues... —empecé a decir; de pronto me interrumpí.

En lugar de hablar, bordé aquel desenfadado gesto de indiferencia, el que Kittredge había heredado de su madre, el que Elaine había aprendido de la señora Kittredge.

—Entiendo, Bill —dijo el doctor Harlow.

—Lo dudo —contesté.

Percibí que el viejo homófobo se tensaba.



—¡Lo dudas! —exclamó el médico, indignado.

El doctor Harlow tomaba nota airadamente de mis respuestas.

—Créame lo que le digo, doctor Harlow —dije, recordando Con toda exactitud las palabras que me había dicho la señorita Frost—. En cuanto se contrae el hábito de repetir lo que la gente dice, es difícil abandonarlo.

Así fue mi reunión con el doctor Harlow, quien envió una lacónica nota a mi madre y a Richard Abbott en la que me describía como «un pobre candidato a la rehabilitación»; el doctor Harlow no ahondó en su evaluación salvo para decir que, en su opinión profesional, mis problemas sexuales eran «más una cuestión de actitud que de acción».

Por mi parte, yo sólo le dije a mi madre que, en mi opinión profesional, la conversación con el doctor Harlow había sido todo un éxito.

El pobre Richard Abbott, siempre bien intencionado, trató de mantener un amistoso *tête-à-tête* conmigo acerca de la reunión.

—¿Qué crees que quiso decir el doctor Harlow con eso de tu actitud, Bill? —me preguntó el bueno de Richard.

—Ah, pues... —dije a Richard, e intercalé el mínimo silencio necesario para encogerme de hombros en un elocuente gesto de indiferencia—. Sospecho que la evidente ausencia de remordimientos está presente en el fondo del asunto.

—La evidente ausencia de remordimientos —repitió Richard.

—Créeme lo que te digo, Richard —empecé a decir, convencido de que conseguía reproducir con toda exactitud la entonación imperiosa de la señorita Frost—. En cuanto se contrae el hábito de repetir lo que dice la gente, es difícil abandonarlo.

A la señorita Frost la vi sólo otras dos veces; y en ninguna de las dos ocasiones yo estaba ni remotamente preparado; no esperaba verla.

La secuencia de acontecimientos que precedió a mi graduación en la academia Favorite River, y a mi marcha de First Sister, Vermont, se desarrolló con cierta rapidez.

El Club de Teatro representó *El rey Lear* antes del puente de Acción de Gracias. Durante un tiempo, no más de una semana o dos, Richard Abbott se sumó a mi madre en el «trato de silencio»; a todas luces había herido los sentimientos de Richard al no ir a ver la obra de Shakespeare de ese otoño. No me cabe duda de que habría disfrutado de la interpretación del abuelo Harry en el papel de Goneril, más de lo que me habría complacido ver a Kittredge en el doble papel de Edgar y el Pobre Tom.

El *otro* «Pobre Tom» —a saber, Atkins— me contó que Kittredge había conseguido hacer los dos papeles con una indiferencia aparentemente noble, y que el abuelo Harry se había abandonado con exuberancia a la descarada infamia de la hija mayor de Lear.

—¿Y qué tal Delacorte? —pregunté a Atkins.

—Delacorte me pone la carne de gallina —contestó Atkins.

—Me refiero a qué tal estuvo en el papel del bufón de Lear, Tom.

—Delacorte no estuvo mal, Bill —reconoció Atkins—. Lo único que no me explico es por qué siempre da la impresión de que necesita escupir.

—Porque Delacorte, Tom, realmente necesita escupir —expliqué a Atkins.

Fue después de Acción de Gracias —por lo tanto, los equipos de los deportes de invierno habían iniciado ya sus primeros entrenamientos— cuando me tropecé con Delacorte, que iba camino del entrenamiento de lucha. Tenía una rozadura supurante a causa de una caída en el tapiz y una profunda herida en el labio inferior; llevaba el consabido vaso de papel. (Advertí que Delacorte tenía sólo un vaso, y confié en que no fuera un vaso multiuso, es decir, para enjuagarse y escupir).

—¿Cómo es que no fuiste a ver la obra? —me preguntó Delacorte—. Kittredge dijo que no la viste.

—Lamento habérmela perdido —respondí—. Ando con muchas cosas entre manos.

—Sí, ya lo sé —dijo Delacorte—. Kittredge me lo contó.

—Delacorte tomó un sorbo de agua del vaso de papel; se enjuagó la boca y escupió el agua en el montículo de nieve sucia acumulado a un lado del camino.

—Me dijeron que estuviste muy bien en el papel de bufón de Lear —comenté.

—¿Ah, sí? —preguntó Delacorte; parecía sorprendido—. ¿Quién te lo dijo?

—Lo decía todo el mundo —mentí.

—Procuré interpretar todas las escenas con plena conciencia de que me moría —explicó Delacorte, muy serio—. Veo cada escena en la que interviene el bufón de Lear como una especie de muerte en curso —añadió.

—Muy interesante. Lamento habérmela perdido —repetí.

—Bah, da igual. Seguro que tú lo habrías hecho mejor —dijo Delacorte; bebió otro sorbo de agua y lo escupió en la nieve. Antes de seguir apresuradamente camino del entrenamiento de lucha, Delacorte me preguntó de pronto—: ¿Era guapa? Me refiero a la bibliotecaria transexual.

—Sí, guapísima —contesté.

—Me cuesta imaginarlo —admitió Delacorte con cara de preocupación, y echó a correr.

Años después, cuando me enteré de que Delacorte se moría, pensé a menudo en él interpretando al bufón de Lear como una muerte en curso. Ciertamente, lamento habérmela perdido. Ay, Delacorte, qué mal te juzgué: ¡eras una muerte en curso más de lo que yo habría podido imaginar!

Fue Tom Atkins quien me contó, ese diciembre de 1960, que Kittredge andaba diciéndole a todo el mundo que yo era un «héroe sexual».

—¿Kittredge te ha dicho eso, Tom? —pregunté.

—Se lo dice a todo el mundo —respondió Atkins.

—A saber qué piensa Kittredge realmente —le dije a Atkins. (Yo todavía sufría por la manera en que Kittredge había pronunciado la palabra «asqueroso» cuando yo menos me la esperaba).

Ese diciembre, el equipo de lucha no tenía combates en casa —los primeros combates eran fuera, en otros colegios—, pero Atkins había manifestado su interés en ir a ver los combates de lucha en casa conmigo. Yo había decidido previamente no ver más combates de lucha, en parte porque Elaine se había ido y ya no podía ver los combates conmigo, pero también porque me engañaba con la idea de que intentaba boicotear a Kittredge. Sin embargo, Atkins estaba interesado en ver la lucha, y su interés había reavivado el mío.

Un día, esa Navidad de 1960, Elaine volvió a casa; las residencias de Favorite River se habían vaciado por las vacaciones de Navidad, y Elaine y yo teníamos el campus prácticamente para nosotros solos. Le conté a Elaine lo de la señorita Frost sin omitir el menor detalle; mi sesión con el doctor Harlow me había proporcionado práctica narrativa más que suficiente, y deseaba resarcir a mi querida amiga Elaine de aquellos años en que no había sido del todo sincero con ella. Supo escuchar, y ni una sola vez trató de hacerme sentir culpable por no haberle hablado antes de mis atracciones sexuales.

También pudimos hablar con franqueza sobre Kittredge, e incluso le conté a Elaine que «en su día» me había encaprichado de su madre. (Como la señora Hadley ya no me atraía de esa manera, me fue más fácil hablarle de ello a Elaine).

Elaine era tan buena amiga mía que, de hecho, se ofreció a actuar como intermediaria; es decir, en caso de que yo quisiera organizar un encuentro con la señorita Frost. Yo pensaba en ese posible encuentro a todas horas, claro está, pero la señorita Frost me había dejado clarísima su firme intención de despedirse de mí: su «hasta la vista» tenía un tono muy formal. Yo no concebía que la señorita Frost estuviera refiriéndose a algo clandestino o haciendo alguna insinuación respecto a cómo vemos otra vez.

Agradecía la buena disposición de Elaine a actuar como intermediaria, pero ni por un momento acaricié la ilusión de que la señorita Frost volviera a ofrecérseme alguna vez.

—Debes entenderlo —le dije a Elaine—. Me parece que la señorita Frost se ha tomado muy en serio eso de protegerme.

—Para lo que suelen ser las primeras experiencias, Billy, creo que la tuya ha sido bastante buena —me aseguró Elaine.

—¡Salvo por la intromisión de toda mi puta familia! —exclamé.

—Eso sí que es extraño —comentó Elaine—. No puede ser que todos ellos teman sólo a la señorita Frost. Me cuesta creer que pensarán que la señorita Frost fuera capaz de hacerte daño.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Temen algo en ti, Billy —aclaró Elaine.

—Que sea homosexual, o que sea bisexual..., ¿es eso lo que quieres decir? —pregunté—. Porque me parece que eso ya lo han deducido, o al menos lo sospechan.

—Temen algo que tú todavía no sabes, Billy —dijo Elaine.

—¡Estoy harto de que todo el mundo pretenda protegerme! —me lamenté a voz en cuello.

—Puede que ésa fuera la motivación de la señorita Frost —continuó Elaine—. No estoy tan segura de que sea también eso lo que motiva a toda tu puta familia, como tú dices.

Esas mismas navidades, la ordinaria de mi prima Gerry volvió de la universidad a casa. En el caso de Gerry, empleo la palabra «ordinaria» afectuosamente. No caigan en el error de considerar a Gerry una de esas lesbianas de ira estridente que aborrecen a sus padres y a todos los heterosexuales; siempre había detestado a los chicos, pero yo, tonto de mí, había imaginado que quizá por mí sentiría cierto aprecio, porque me constaba que se había enterado de mi escandalosa relación con la señorita Frost. Aun así, como mínimo durante unos años más, Gerry no sentiría más aprecio por los chicos gays o bisexuales que por los heterosexuales.

Hoy día oigo decir a mis amigos que nuestra sociedad tiende a aceptar más a las mujeres gays o bi que a los hombres gays o bi. En el caso de nuestra familia hubo poca reacción, en apariencia, ante el lesbianismo de Gerry, al menos en comparación con el soponcio que les dio a casi todos al conocerse mi relación con la señorita Frost, y no hablemos ya del horror de mi madre por lo que yo iba «camino de ser», desde un punto de vista sexual. Sí, ya lo sé, es verdad que muchas personas tratan a las lesbianas y a las mujeres bi de manera distinta a como tratan a los hombres gays y bi, pero nuestra familia, más que aceptar a Gerry, hacía como si no existiera.

El tío Bob adoraba a Gerry, pero Bob era un cobarde; adoraba a su hija, en parte, porque ella era más valiente que él. Creo que Gerry se comportaba mal adrede, y no sólo para levantar una barrera en torno a ella; creo que era agresiva y ordinaria porque así llamaba la atención de la familia.

A mí Gerry siempre me había inspirado simpatía, pero mantenía en secreto mi afecto por ella. Ojalá le hubiese dicho que me inspiraba simpatía; es decir, antes de cuando lo hice.

De mayores seríamos mejores amigos; hoy día estamos muy unidos. Siento un verdadero afecto por Gerry —sí, de acuerdo, en un sentido extraño—, pero Gerry, de joven, no era muy simpática. Sólo digo que se mostraba antipática aposta. Elaine no la soportaba, y nunca sentiría simpatía por ella, ni siquiera un poco.

Esas navidades, Elaine y yo nos dedicábamos a nuestras habituales pero independientes actividades en la sala de anuarios de la biblioteca de la academia. La biblioteca permanecía abierta durante las vacaciones navideñas, excepto el día de Navidad. A muchos profesores les gustaba trabajar allí, y las fiestas navideñas eran el

momento en que muchos posibles futuros alumnos y sus padres visitaban la academia Favorite River. Durante los tres últimos veranos, yo había trabajado allí de guía; enseñaba mi espantoso colegio a los posibles futuros alumnos y a sus padres. Trabajaba de guía a tiempo parcial también en navidades; eso era frecuente entre aquellos que teníamos lazos familiares con miembros del profesorado. El tío Bob, el encargado de Admisiones, era nuestro jefe demasiado permisivo.

Elaine y yo estábamos en la sala de anuarios cuando nos encontró mi prima Gerry.

—Me he enterado de que eres sarasa —me dijo Gerry, haciendo como si Elaine no estuviera.

—Eso parece —contesté—, pero también me atraen algunas mujeres.

—No me interesa —dijo Gerry—. A mí nadie va a meterme nada por el culo, ni por ningún otro sitio.

—Nunca se sabe hasta que se prueba —intervino Elaine—. A lo mejor te gusta, Gerry.

—Veo que no estás preñada —repuso Gerry—, a no ser que ya estés preñada otra vez, Elaine, y aún no se te note.

—¿Tienes novia? —preguntó Elaine.

—Podría hacerte picadillo, Elaine —aseguró Gerry—. A ti también, posiblemente —me dijo a mí.

Yo podía juzgar a Gerry con indulgencia, teniendo en cuenta que su madre era Muriel; eso no debía de resultar fácil, y menos a una lesbiana. Me sentía menos inclinado a la indulgencia por la dureza con que Gerry trataba a su padre, porque el tío Bob siempre me había caído bien. Pero Elaine no era en absoluto indulgente con Gerry. Algo debía de haber sucedido entre ellas; tal vez Gerry le había echado los tejas, o es muy posible que cuando Elaine se quedó embarazada de Kittredge, Gerry le dijera o escribiera algo cruel.

—Mi padre te busca, Billy —informó Gerry—. Quiere que le enseñes el colegio a una familia. Para mí que el chico es un meacamas, pero igual es homo y os la podéis chupar el uno al otro en alguna habitación vacía de las residencias.

—¡Dios mío, mira que eres basta! —le dijo Elaine a Gerry—. Yo, ingenua de mí, imaginaba que la universidad te habría civilizado..., al menos hasta cierto punto. Pero me parece que la poca y chabacana cultura que adquiriste durante tu experiencia en el instituto de Ezra Falls es la única cultura que eres capaz de adquirir.

—Y yo supongo que la cultura que tú adquiriste no te enseñó a mantener los muslos juntos, Elaine —replicó Gerry—. ¿Por qué no le pides a mi padre que te dé la llave maestra del Tilley cuando enseñes el colegio al meacamas y sus padres? —me preguntó Gerry—. Así, Elaine y tú podréis echarle un vistazo a escondidas a la habitación de Kittredge. A lo mejor podéis masturbaros mutuamente en la cama de Kittredge, par de pajilleros —nos dijo Gerry—. Lo que quiero decir, Billy, es que necesitas la llave maestra para enseñar a alguien la habitación de una residencia, ¿no?

¿Por qué no usar la llave del Tilley?

Dicho esto, Gerry nos dejó a Elaine y a mí en la sala de anuarios. Al igual que Muriel, su madre, Gerry podía ser un mal bicho sin la menor sensibilidad, pero, a diferencia de su madre, Gerry no era convencional. (Tal vez yo admiraba la ira de Gerry).

—Supongo que toda tu puta familia, como tú dices, Billy, habla de ti —comentó Elaine—. Sólo que no te habla a ti.

—Supongo que sí —contesté, pero pensé que probablemente la tía Muriel y mi madre eran las principales culpables; es decir, cuando se trataba de hablar de mí, y no hablarme a mí.

—¿Quieres ver la habitación de Kittredge en el Tilley? —me preguntó Elaine.

—Si tú quieres —contesté.

Claro que quería ver la habitación de Kittredge, y Elaine también.

Yo había perdido algo de mi entusiasmo por hojear los antiguos anuarios después de descubrir que la señorita Frost había sido capitán del equipo de lucha de Favorite River en 1935. Desde ese momento apenas había avanzado, como tampoco Elaine.

Elaine seguía atascada en los anuarios contemporáneos; en concreto, estaba subyugada por lo que ella llamaba «los años Kittredge». Se dedicaba a localizar fotos de Kittredge cuando era más joven y tenía un aspecto más inocente. Ahora que Kittredge cursaba su quinto y último año en Favorite River, Elaine buscaba las fotografías de él en primero y segundo. Sí, por entonces se le veía más joven; ahora bien, en cuanto a lo del aspecto inocente, ya no era tan obvio.

Si uno daba crédito a la historia de la señora Kittredge —si era verdad que la propia madre de Kittredge había mantenido relaciones sexuales con él en la época que ella decía—, Kittredge no era inocente desde hacía mucho tiempo, y por descontado ya no era inocente cuando ingresó en Favorite River. Ni siquiera en primero —el mismísimo día de su llegada a First Sister, Vermont— Kittredge era inocente. (A mí me resultaba casi imposible concebir que alguna vez hubiera sido inocente). Aun así, Elaine seguía mirando esas primeras fotografías en busca de alguna prueba de la inocencia de Kittredge.

No recuerdo al chico que Gerry calificó de «meacamas». Éste era (con toda probabilidad) prepubescente, probablemente camino de ser hetero o gay, pero no camino de ser *bi*, o eso imagino. Tampoco me acuerdo de los padres del presunto meacamas. Mi conversación con el tío Bob sobre la llave maestra del Tilley es más memorable.

—Claro, enséñales el Tilley, ¿por qué no? —dijo mi tío, siempre tan tratable—. Pero no les muestres la habitación de Kittredge: no es representativa.

—No es representativa —repetí.

—Puedes verla con tus propios ojos, Billy; pero a ellos enséñales otra —dijo el

tío Bob.

No recuerdo de quién era la habitación que enseñé al meacamas y a sus padres; era la clásica doble, con dos de todo: dos camas, dos escritorios, dos cómodas.

—¿Todo el mundo comparte la habitación? —preguntó la madre del meacamas; solían ser las madres quienes formulaban la pregunta de la habitación compartida.

—Sí, todo el mundo... sin excepción —respondí; ésas eran las normas.

Una vez terminada la visita de esa familia, Elaine preguntó:

—¿Qué tiene de «no representativo» la habitación de Kittredge?

—Pronto lo veremos —contesté—. El tío Bob no me lo ha dicho.

—¡Dios mío, en tu familia nadie te dice nada, Billy! —exclamó Elaine.

Eso mismo venía pensando yo. En la sala de anuarios sólo había llegado a la promoción de 1940. Me faltaban veinte años para mi propia promoción, y acababa de descubrir que había desaparecido el anuario de 1940. Salté de *El Búho* de 1939 a los de 1941 y 1942 antes de darme cuenta de que el de 1940 no estaba.

Cuando pregunté por él al bibliotecario de la academia, dije:

—Nadie puede sacar de aquí un anuario. *El Búho* de 1940 deben de haberlo robado.

El bibliotecario de la academia era uno de esos viejos solterones maniáticos; todo el mundo pensaba que los hombres solteros tan mayores del personal de la academia eran lo que se llamaba por entonces «homosexuales no practicantes». ¿Quién sabía si «practicaban» o no, o si eran homosexuales o no? Lo único que habíamos observado era que vivían solos y ponían especial esmero en la manera de vestir y en la manera de comer y hablar; de ahí que imaginásemos que eran de un afeminamiento poco natural.

—Los alumnos no pueden sacar anuarios, Billy; los miembros del personal, sí —informó el bibliotecario de la academia remilgadamente; se llamaba señor Lockley.

—Los miembros del personal, sí —repetí.

—Sí, claro que pueden —dijo el señor Lockley; rebuscaba entre unas fichas—. *El Búho* de 1940, Billy, lo sacó el señor Fremont.

—Ah.

El señor Fremont —Robert Fremont, promoción del 35, compañero de clase de la señorita Frost— era mi tío Bob, claro. Pero cuando pregunté a Bob si había acabado con *El Búho* de 1940, porque yo estaba esperando para echarle un vistazo, el bueno de Bob, siempre tan tratable, esta vez no lo fue tanto.

—Estoy casi seguro de que devolví el anuario a la biblioteca, Billy —dijo mi tío; en esencia era un buen hombre, pero no sabía mentir.

El tío Bob era bastante franco, pero supe que se había guardado *El Búho* de 1940, por alguna razón desconocida.

—El señor Lockley cree que todavía lo tienes, tío Bob —dije.

—Bueno, ya lo buscaré, Billy, pero juraría que lo devolví a la biblioteca —afirmó Bob.

—¿Para qué lo querías? —pregunté.

—Acaba de fallecer un miembro de esa promoción —contestó el tío Bob—. Quería decir cosas agradables sobre él cuando escribí a la familia.

—Ah.

El pobre tío Bob nunca sería escritor, me constaba; era incapaz de inventar una historia aunque le fuera la vida en ello.

—¿Cómo se llamaba? —pregunté.

—¿Cómo se llamaba quién, Billy? —preguntó Bob con voz medio ahogada.

—El difunto, tío Bob.

—Caray, Billy, ¡no recordaría el nombre por nada del mundo!

—Ah.

Cuando se lo conté a Elaine, dijo:

—Más putos secretos. Pídele a Gerry que busque el anuario y te lo dé. Ella detesta a sus padres; lo hará por ti.

—Creo que Gerry me detesta también a mí —aduje.

—Gerry detesta más a sus padres —repuso Elaine.

Habíamos localizado la puerta de la habitación de Kittredge en el Tilley, y entramos con la llave maestra que el tío Bob me había dado. Al principio, el único elemento «no representativo» en la habitación de la residencia era la pulcritud, pero ni Elaine ni yo nos sorprendimos al ver que Kittredge era ordenado.

La única estantería contenía muy pocos libros, quedaba espacio de sobra. En el único escritorio apenas había nada; de la única silla no colgaba ropa. Sólo había un par de marcos con fotografías encima de la solitaria cómoda, y el armario, sin puerta, ni siquiera cortina —rasgo representativo—, mostraba la ropa ya conocida (y a todas luces cara) de Kittredge. Ni siquiera en la solitaria cama individual había ninguna prenda tirada, y la cama estaba hecha de manera impecable: las sábanas y la manta alisadas, la funda de la almohada sin una sola arruga.

—Dios mío —exclamó de pronto Elaine—. ¿Cómo se las ha apañado ese cabrón para agenciarse una individual?

Era una habitación individual; Kittredge no la compartía con nadie: por eso «no era representativa». Especulando, Elaine y yo llegamos a la conclusión de que acaso la habitación individual formara parte del trato entre la señora Kittredge y la academia cuando ella anunció a sus responsables —y a los señores Hadley— que se llevaría a Elaine a Europa y le procuraría un aborto sin riesgo. También cabía la posibilidad de que Kittredge hubiese sido un compañero de habitación proclive a la intimidación y los malos tratos; quizá nadie había querido compartir habitación con Kittredge, pero eso nos pareció improbable a Elaine y a mí. En la academia Favorite River habría sido motivo de prestigio compartir habitación con Kittredge; nadie habría renunciado a ese honor ni aun siendo víctima de malos tratos. La habitación individual, unida a la pulcritud obviamente compulsiva de Kittredge, olía a privilegio. Kittredge exudaba privilegio, como si hubiese conseguido (incluso antes de nacer)



crear su propio sentido del derecho.

Lo que más disgustó a Elaine de la habitación de Kittredge fue que no contuviera la menor prueba de que la había conocido; tal vez esperaba ver una fotografía suya. (Reconoció ante mí que le había dado varias).

No pregunté si le había regalado a Kittredge uno de sus sujetadores, pero eso fue porque albergaba la esperanza de pedirle otro.

Había fotografías procedentes del periódico del colegio, y de los anuarios, en que aparecía Kittredge luchando. No había retratos de novias (ni exnovias). No había fotografías de Kittredge en la infancia; si había tenido un perro, no había retratos del perro. No había fotos de nadie que pudiera haber sido su padre. El único retrato de la señora Kittredge se había tomado aquella vez que ella acudió a Favorite River para ver luchar a su hijo. Esa foto debió de sacarse después del combate; Elaine y yo habíamos asistido a ese combate: fue la única ocasión en que vi a la señora Kittredge. Elaine y yo no recordábamos haber visto a nadie fotografiar a Kittredge y a su madre en el combate, pero alguien lo hizo.

Lo que Elaine y yo sí advertimos, simultáneamente, fue que una mano invisible —debió de ser la de Kittredge— había recortado la cara de la señora Kittredge y la había pegado al cuerpo de Kittredge. Allí estaba la madre de Kittredge con el calzón y la malla de lucha de Kittredge. Y allí estaba el agraciado rostro de Kittredge pegado al hermoso y exquisitamente vestido cuerpo de su madre. Era una fotografía graciosa, pero Elaine y yo no nos reímos.

La verdad es que la cara de Kittredge armonizaba bien con el cuerpo de una mujer, con la indumentaria de una mujer, y la cara de la señora Kittredge quedaba bien con el cuerpo de luchador de Kittredge (en calzón y malla).

—Supongo que cabe la posibilidad —dije a Elaine— de que la señora Kittredge haya cambiado las caras de la fotografía. —(En realidad no lo pensaba, pero lo dije).

—No —afirmó Elaine tajantemente—. Sólo Kittredge podría hacer una cosa así. Esa mujer no tiene ni la imaginación ni el sentido del humor.

—Si tú lo dices —concedí a mi querida amiga. (Como ya les he dicho, no pondría en duda la autoridad de Elaine en lo que se refiere a la señora Kittredge. ¿Cómo iba a hacerla?).

—Más vale que te ganes a Gerry y encuentres ese anuario de 1940, Billy —me dijo Elaine.

Me ocupé de ello en nuestra cena familiar de Navidad, cuando mi madre, Richard Abbott y yo coincidíamos con la tía Muriel, el tío Bob y Gerry en casa del abuelo Harry en River Street. Nana Victoria siempre insistía con grandes alharacas en el esencial y necesario apego a esas «anticuadas tradiciones» de la cena de Navidad.

También era costumbre en nuestra familia que los Borkman nos acompañaran en la cena de Navidad. Según recuerdo, la Navidad era uno de los pocos días del año en

que yo veía a la señora Borkman. A instancias de Nana Victoria, todos la llamábamos «señora» Borkman; nunca supe su nombre de pila. Cuando digo «todos», no me refiero sólo a los niños. Sorprendentemente, así es como la tía Muriel y mi madre se dirigían a la señora Borkman, y también el tío Bob y Richard Abbott, cuando hablaban con la supuesta «mujer ibseniana» con quien se había casado Nils. (Ella no había abandonado a Nils, ni se había pegado un tiro en la sien, pero dábamos por sentado que Nils Borkman nunca se habría casado con una mujer que no fuese una mujer ibseniana, y, por tanto, no nos habría sorprendido descubrir que la señora Borkman hubiera cometido alguna atrocidad).

Los Borkman no tenían hijos, indicio para mi tía Muriel y Nana Victoria de que en su relación existía algún problema (o, de hecho, una atrocidad).

—¡La puta madre de Dios! —me dijo Gerry ese día de Navidad de 1960—. ¿No es muy pero que muy posible que Nils y su mujer no tengan hijos por lo muy deprimidos que están? A mí la perspectiva de tener hijos me deprime un huevo, ¡y eso que no soy suicida ni noruega!

Dentro de este ánimo de cordialidad decidí dar a conocer a Gerry el misterioso asunto de *El Búho* de 1940 que se había perdido y que —según los registros del señor Lockley— el tío Bob había sacado de la biblioteca de la academia y no había devuelto.

—No sé qué hace tu padre con ese anuario —dije a Gerry—. Pero lo quiero.

—¿Qué hay en él? —preguntó Gerry.

—Ciertos miembros de nuestra ilustre familia no quieren que yo vea lo que hay en él —le contesté a Gerry.

—Tú tranquilo. Encontraré el puto anuario; yo misma me muero de ganas de ver qué hay en él —dijo Gerry.

—Debe de ser un asunto delicado —señalé.

—¡Ja! —exclamó Gerry—. ¡Ningún asunto que cae en mis manos es «delicado» durante mucho tiempo!

Cuando le repetí a Elaine las palabras de Gerry, mi querida amiga comentó:

—La sola idea de mantener relaciones sexuales con Gerry me resulta nauseabunda.

A mí también, estuve a punto de contestar. Pero no fue eso lo que dije. Consideraba que mi horizonte sexual estaba poco despejado; tenía muchas dudas acerca de mi futuro sexual.

—El deseo sexual es algo bastante específico —le dije a Elaine—, y por lo general es bastante determinante, ¿no?

—Supongo —contestó Elaine—. ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que, hasta hoy, mi deseo sexual ha sido muy específico, mi atracción por alguien muy determinante —dije a Elaine—. Pero parece que todo eso está cambiando. Tus pechos, por ejemplo: me encantan de manera específica porque son tuyos, no porque sean pequeños. Esos círculos oscuros —intenté explicarle.

—Las areolas —apuntó Elaine.

—Sí, me encantan esos círculos. Y besarte, también me encanta besarte —dije.

—¡Dios mío, y me lo dices ahora, Billy! —exclamó Elaine.

—No lo he sabido hasta ahora. Estoy cambiando, Elaine, pero no sé muy bien cómo —expliqué—. Por cierto, ¿no me darías un sujetador tuyo? Mi madre hizo trizas el otro.

—¡No me digas! —exclamó Elaine.

—Quizá tengas alguno que se te haya quedado pequeño o del que te hayas cansado —añadí.

—Mis ridículos pechos crecieron sólo un poco, incluso en el embarazo —dijo—. Creo que ya han dejado de crecer. Puedo darte todos los sujetadores que quieras, Billy —ofreció Elaine.

Una noche, después de Navidad, estábamos en mi habitación. Con la puerta abierta, claro. Nuestros padres habían ido al cine de Ezra Falls; nos habían invitado a acompañarlos, pero no quisimos. Elaine acababa de empezar a besarme, y yo le acariciaba los pechos —había conseguido sacar uno de sus pechos del sujetador—, cuando alguien aporreó la puerta del apartamento.

—¡Abre la puta puerta, Billy! —vociferaba mi prima Gerry—. Sé que tus padres y los Hadley están en el cine: los capullos de mis padres han ido con ellos.

—¡Dios mío, es ese horror de chica! —susurró Elaine—. Tiene el anuario, me juego lo que quieras.

Gerry no había necesitado mucho tiempo para encontrar *El Búho* de 1940. Puede que el anuario lo hubiera sacado de la biblioteca de la academia el tío Bob, pero Gerry lo encontró debajo de la cama de sus padres, en el lado de su madre. Sin duda había sido idea de mi tía Muriel mantener fuera de mi alcance el anuario de esa promoción, o quizá Muriel y mi madre habían urdido la idea juntas. El tío Bob se había limitado a seguir las órdenes de las Winthrop; según la señorita Frost, el tío Bob había sido siempre un encogido, incluso antes de que lo tuvieran acogotado.

—No sé a qué viene tanto jaleo —comentó Gerry, y me entregó el anuario—. Vale, es la promoción de tu padre fugitivo, ¿y qué, joder?

—¿Mi padre estudió en Favorite River? —pregunté a Gerry. Yo sabía que William Francis Dean entró en Harvard a los quince años, pero nadie me había dicho que antes de eso estudió en Favorite River—. ¡Debió de conocer a mi madre aquí, en First Sister!

—¿Y qué, joder? —dijo Gerry—. ¿Qué más da dónde se conocieron?

Pero mi madre era mayor que mi padre; eso implicaba que, cuando se conocieron, William Francis Dean era incluso más joven de lo que yo creía. Si se había graduado en Favorite River en 1940 —y contaba sólo quince años cuando inició su primer curso en Harvard en otoño de ese mismo año—, debía de tener sólo doce o trece cuando se conocieron. Debía de ser un chico prepubescente.

—¿Y qué, joder? —seguía diciendo Gerry.

Obviamente no había examinado el anuario con mucho detalle, ni había visto los anuarios anteriores (37, 38, 39), que debían de contener fotografías de William Francis Dean cuando sólo contaba doce, trece y catorce años. ¿Cómo se me había pasado por alto? Si en el 40 era alumno de cuarto, debió de empezar en Favorite River en otoño de 1936, ¿cuando William Francis Dean tenía sólo once años!

¿Y si mi madre lo había conocido entonces, cuando él era un chico de once años? Su «idilio», si puede llamarse así, habría sido muy distinto de lo que yo había imaginado.

—¿Has visto en él algo del supuesto mujeriego? —pregunté a Gerry mientras Elaine y yo buscábamos rápidamente entre los retratos individuales de los alumnos graduados en la promoción de 1940.

—¿Quién ha dicho que fuera un mujeriego? —preguntó Gerry.

—Creía que tú —respondí—, o quizá se lo hayas oído decir a tu madre.

—No recuerdo la palabra «mujeriego» —repuso Gerry—. Yo sólo he oído decir que era más bien un mariposón.

—Un mariposón —repetí.

—Dios mío, Billy, esas repeticiones. Déjalo ya de una vez —me reprendió Elaine.

—¡No era un mariposón! —prorrumpí indignado—. Era un mujeriego: ¡mi madre lo sorprendió besando a otra persona!

—Ya, a otro chico, quizás —observó mi prima Gerry—. Al menos, eso es lo que yo he oído, y desde luego vaya pinta de moñas que tiene.

—¡Moñas! —exclamé.

—Según mi padre, tu padre era un marica con toda la pluma —declaró Gerry.

—Un marica con toda la pluma —repetí.

—Por lo que más quieras, Billy, ¡para ya, por favor! —dijo Elaine.

Ahí estaba: William Francis Dean, el chico más mono que yo había visto en la vida; podía pasar por chica con mucho menos esfuerzo del que la señorita Frost había dedicado a su transformación. Era comprensible que yo no me hubiera fijado en él en los anuarios anteriores. William Francis Dean se parecía a mí; sus facciones me resultaban tan familiares que debía de haberlo visto sin fijarme realmente en él. Elección de universidad: «Harvard». Vía profesional: «artista».

—Artista —repetí. (Eso fue antes de que Elaine y yo viéramos las demás fotografías; sólo habíamos visto el retrato individual de rigor).

El sobrenombre de William Francis Dean era «Franny».

—Franny —repetí.

—Oye, Billy, creía que ya lo sabías —decía Gerry—. Según mi padre, esto tuyo es una doble fatalidad.

—¿El qué? —pregunté.

—Esto de que hayas salido sarasa: es el resultado de una doble fatalidad —contestó Gerry—. Por el lado materno de tu familia, tenías los genes homo del abuelo Harry, y por el lado paterno... En fin, ¡a la vista está, joder! —afirmó Gerry,

señalando la foto del niño mono de la promoción de 1940—. ¡Por el lado paterno de tu puto banco genético tenías a Franny Dean, el de la pluma! Ésa es la doble fatalidad —explicó Gerry—. Con razón el abuelo Harry adoraba a ese hombre.

—Franny, el de la pluma —repetí.

Yo estaba leyendo la biografía abreviada de William Francis Dean en *El Búho* de 1940. «Club de Teatro (4).» Apenas me cabía duda de que Franny había interpretado exclusivamente papeles femeninos; sentía impaciencia por ver las fotos. «Equipo de lucha, utilero (4).» Lógicamente, no había sido luchador, sino sólo utilero, el encargado de que los luchadores tuvieran a su disposición agua y naranjas, y un cubo donde escupir, y también de la distribución y recogida de toallas, tal como correspondía al utilero de un equipo de lucha.

—Desde el punto de vista genético, Billy, lo tuyo estaba cantado —decía Gerry—. Mi padre no es lo que se dice un lince, pero tú tenías todos los números, eso desde luego.

—Dios mío, Gerry, ya basta —intervino Elaine—. ¿Te importaría dejarnos solos?

—Cualquiera vería que os habéis estado pegando el lote, Elaine —le dijo Gerry—. Tienes las tetas tan pequeñas que se te ha salido una del sujetador y ni siquiera te has dado cuenta.

—Me encantan los pechos de Elaine —anuncié a mi prima—. Vete a la mierda, Gerry, eso por no decirme lo que yo no sabía.

—¡Pensaba que sí lo sabías, capullo! —vociferó Gerry—. Joder, Billy, ¿cómo es posible que no lo supieras? ¡Cae por su propio peso! ¿Cómo es posible que, siendo tan sarasa como eres, no lo supieras?

—¡Eso no es justo, Gerry! —vociferaba Elaine, pero Gerry ya se había ido.

Al salir dejó abierta de par en par la puerta que daba al pasillo de la residencia. A Elaine y a mí no nos importó; abandonamos el apartamento poco después de Gerry. Queríamos llegar a la biblioteca de la academia antes de que cerrase; queríamos ver todas las fotografías de William Francis Dean que encontrásemos en los anuarios anteriores, donde lo había pasado por alto.

Ahora sabía dónde mirar: Franny Dean sería la chica más guapa en las fotos del Club de Teatro incluidas en *El Búho* de 1937, 1938 y 1939; sería el chico de aspecto más afeminado en las fotos del equipo de lucha, donde no aparecería con el pecho al descubierto y calzones de lucha. (Llevaría chaqueta y corbata, la indumentaria habitual para el utilero del equipo de lucha en aquellos años).

Antes de que Elaine y yo entráramos en la sala de los antiguos anuarios en la biblioteca de la academia, llevamos *El Búho* de 1940 a la cuarta planta del Bancroft Hall, donde lo escondimos en la habitación de Elaine. Sus padres no registraban sus cosas, me había dicho Elaine. Los había sorprendido con las manos en la masa poco después de regresar del viaje a Europa con la señora Kittredge. Elaine sospechaba que pretendían descubrir si mantenía relaciones sexuales con alguien más.

Después de eso Elaine puso condones por toda la habitación. Naturalmente, los

condones se los había dado la señora Kittredge. Quizá los señores Hadley interpretaron los condones como señal de que Elaine era sexualmente activa con un regimiento de chicos; muy probablemente la señora Hadley no era tan tonta como para eso, pensaba yo. Martha Hadley debió de comprender el significado de esa colección de condones: ¡fuera de mi habitación, joder! (Después de aquello, los señores Hadley no volvieron a hacerlo).

*El Búho* de 1940 estaba a buen recaudo en la habitación de Elaine Hadley, contrariamente a lo que habría ocurrido en la mía. Elaine y yo podíamos contemplar todas las fotos de Franny Dean, el de la pluma, en ese anuario, pero los dos queríamos ver antes los retratos de William Francis Dean más joven. Tendríamos el resto de las navidades para averiguar lo máximo posible sobre la promoción de 1940 en Favorite River.

En esa misma cena de la Navidad de 1960, cuando le pedí a Gerry que me consiguiera *El Búho* de 1940, Nils Borkman había encontrado un momento —mientras estábamos brevemente a solas— para confiarse a mí.

—Tu amiga bibliotecaria..., ¡están dilapidándola, Bill! —me susurró Borkman con aspereza.

—Lapidándola, sí —dije.

—¡Son tipos estéreo-sexuales! —exclamó Borkman.

—¿Estereotipos sexuales? —pregunté.

—¡Sí, eso he dicho! —declaró el dramaturgo noruego—. Es una lástima; yo tenía los papeles idóneos para vosotros dos —susurró el director—. Pero, naturalmente, ahora no puedo sacar a la señorita Frost al escenario; ¡esos tipos puritano-sexuales la apedrearían, o algo así!

—Los papeles idóneos ¿para qué? —pregunté.

—¡Para el Ibsen norteamericano! —dijo Borkman—. Es el nuevo Ibsen de vuestro atrasado sur de Estados Unidos.

—¿Quién es? —pregunté.

—Tennessee Williams, el autor de teatro más importante desde Ibsen —declamó Borkman con tono reverencial.

—¿Qué obra es? —pregunté.

—*Verano y humo* —contestó Nils, temblando—. Dentro del personaje femenino reprimido arde otra mujer.

—Entiendo —dije—. ¿Ése sería el personaje de la señorita Frost?

—¡La señorita Frost habría sido un Alma perfecta! —exclamó Nils.

—Pero ahora... —comencé a decir; Borkman no me dejó acabar.

—Ahora no tengo alternativa: o pongo a la señora Fremont en el papel de Alma, o no pongo a nadie —masculló Nils sombríamente. Yo conocía a la señora Fremont como la tía Muriel.

—Creo que Muriel puede hacer de reprimida —le dije a Nils para alentarle.

—Pero Muriel no arde —susurró Nils.

—No, eso no —concedí—. ¿Y cuál iba a ser mi papel? —pregunté.

—Y aún lo es, si lo quieres —contestó Nils—. Es un papel pequeño; no será un pedimento para tus estudios.

—Impedimento —le corregí.

—¡Sí, eso he dicho! —declaró otra vez el dramaturgo noruego—. Tú interpretas a un viajante de comercio, uno joven. Haces una insinuación al personaje de Alma en la última escena de la obra.

—Hago una insinuación a mi tía Muriel, quieres decir —precisé al vehemente director.

—Pero no en el escenario, ¡por eso no te preocupes! —exclamó Borkman—. El magreo es todo imaginado; la actividad sexual propicia ocurre después, fuera del escenario.

Estaba casi seguro de que Nils Borkman no había querido decir que la actividad sexual era «propicia», ni siquiera fuera del escenario.

—¿La actividad sexual subrepticia? —pregunté al director.

—¡Sí, pero no hay magreo en el escenario! —me aseguró Borkman, agitado—. Si la señorita Frost hubiese podido hacer de Alma, habría sido muy simbólico.

—¿Muy insinuante, quieres decir? —pregunté.

—¡Insinuante y simbólico! —afirmó Borkman levantando la voz—. Pero con Muriel lo dejaremos en insinuante..., no sé si me entiendes.

—Quizás estaría bien que antes leyera la obra. Ni siquiera sé cómo se llama mi personaje —dije a Nils.

—Tengo un ejemplar para ti —susurró Borkman. El libro en rústica estaba muy ajado: las hojas se habían despegado del lomo, como si el excitable director hubiese leído el pequeño tomo hasta la saciedad—. Te llamas Archie Kramer, Bill —me informó Borkman—. En principio el joven viajante lleva bombín, ¡pero en tu caso podemos rescindir del bombín!

—Prescindir del bombín —repetí—. Y como viajante, ¿qué vendo?

—Calzado —dijo Nils—. Al final, quedas con Alma y la llevas a un casino; ¡tienes la última frase de la obra, Bill!

—¿Que es? —pregunté al director.

—«¡Taxi!» —vociferó Borkman.

De pronto ya no estábamos solos. Los presentes en la cena navideña se sobresaltaron al oír a Nils Borkman pedir un taxi a voz en cuello. Mi madre y Richard Abbott miraban fijamente el ejemplar en rústica de *Verano y humo* de Tennessee Williams, que yo sostenía entre mis manos; temían sin duda que fuera una secuela de *La habitación de Giovanni*.

—¿Necesitas un taxi, Nils? —preguntó el abuelo Harry a su viejo amigo—. ¿No has venido en tu coche?

—No pasa nada, Harry; Bill y yo sólo estábamos repartiendo de cosas de trabajo —explicó Nils a su colega.

—Querrás decir, más bien, «departiendo», Nils —le corrigió el abuelo Harry.

—¿Qué papel tiene el abuelo Harry? —pregunté al dramaturgo noruego.

—No me has ofrecido ni un solo papel, Nils —declaró el abuelo Harry.

—Bueno, ¡estaba a punto! —exclamó Borkman—. Tu abuelo sería una excelente señora Winemiller, la madre de Alma —me dijo el sagaz director.

—Si tú lo haces, yo lo hago —le dije al abuelo Harry.

Sería la producción de primavera de los Comediantes de First Sister, el estreno de un drama serio en primavera: mi última interpretación en el escenario antes de marcharme de First Sister y antes de mi verano en Europa con Tom Atkins. No sería con Richard Abbott y el Club de Teatro; entonaría mi canto del cisne con Nils Borkman y los Comediantes de First Sister: la última vez que mi madre tendría ocasión de apuntarme.

La idea ya me gustaba incluso antes de leer la obra. Sólo había echado un vistazo a la portadilla, donde Tennessee Williams había incluido un epígrafe de Rilke. A mí me bastó con el texto de Rilke. «¿Quién, si yo gritase, me oiría desde los coros de los ángeles?». Parecía que, allí donde mirase, me topaba una y otra vez con los aterradores ángeles de Rilke. Me pregunté si Kittredge conocía la versión alemana.

—De acuerdo, Bill. Si tú lo haces, yo lo hago —dijo el abuelo Harry; cerramos el trato con un apretón de manos.

Después encontré una manera discreta de preguntar a Nils si ya había fichado a Muriel y Richard Abbott para los papeles de Alma y John.

—No te preocupes, Bill —contestó Borkman—. Tengo a Muriel y Richard comiendo en la mano de la palma.

—En la palma de la mano, sí —dije al hábil acechador de venados sobre esquís.

Esa noche de Navidad en que Elaine y yo atravesamos a todo correr el desierto campus de Favorite River hasta la biblioteca de la academia —impacientes por llegar a la sala de los antiguos anuarios—, vimos las zigzagueantes huellas de los esquís de fondo en el campus. (La caza del venado se daba bien en el circuito de carreras campo a través de la academia y en las pistas de deporte exteriores cuando los alumnos de Favorite River volvían a sus casas en navidades).

Como eran las vacaciones de Navidad, no esperaba ver forzosamente al señor Lockley en el mostrador de préstamos de la biblioteca de la academia, pero allí estaba: como si fuese la noche de un día laborable, o quizás el supuesto «homosexual no practicante» (como llamaban al señor Lockley a sus espaldas) no tenía otra cosa que hacer.

—¿Qué? El tío Bob no ha encontrado *El Búho* de 1940, ¿eh? No ha habido suerte —pregunté.

—El señor Fremont cree que lo devolvió, pero no es así; es decir, no que yo sepa —contestó el señor Lockley con tirantez.



—Seguiré insistiéndole al respecto —dije.

—Hazlo, Billy —respondió el señor Lockley con severidad—. El señor Fremont no frecuenta la biblioteca.

—Seguro que no —dije con una sonrisa.

El señor Lockley no sonrió, o al menos no a Elaine, eso desde luego. Era uno de esos hombres mayores que vivían solos; no aceptaría de buen grado la evolución que se produciría durante las siguientes dos décadas, periodo en el que la mayoría de los internados (si no todos) exclusivamente masculinos de Nueva Inglaterra acabarían siendo mixtos.

A mi modo de ver, la educación mixta tendría un efecto humanizador en esos internados; Elaine y yo podíamos dar fe de que los chicos tratan mejor a los otros chicos cuando hay chicas alrededor, y las chicas no son tan malas entre sí en presencia de chicos.

Lo sé, lo sé: están los recalcitrantes que sostienen que la educación unisexual era más estricta, o propiciaba menos las distracciones, y que la educación mixta ha tenido un coste: una pérdida de «pureza», he oído afirmar a los señores Lockley del mundo de los internados. (Menos concentración en lo «académico», quieren decir en general).

Aquella noche de Navidad, lo único que el señor Lockley consiguió dirigir a Elaine fue una inclinación de cabeza mínimamente cordial, como si soltara las impronunciadas palabras: «Buenas noches, hija de profesor preñada. ¿Qué tal te va ahora, putilla maloliente?».

Pero Elaine y yo nos dedicamos a lo nuestro, sin prestar atención al señor Lockley. Estábamos solos en la sala de anuarios, y más solos que de costumbre en la biblioteca de la academia por lo demás abandonada. Los viejos Búhos del 37, 38 y 39 reclamaban nuestra atención tentadoramente, y pronto encontramos muchas cosas de las que maravillamos en sus reveladoras páginas.

En *El Búho* de 1937, cuando debía de tener doce años, William Francis Dean era un niño risueño. Ofrecía el aspecto de un utilero encantadoramente delicado, el del equipo de lucha de 1936-1937, y el otro único indicio que Elaine y yo encontramos de él fue la imagen de una niña monísima en las fotos del Club de Teatro de ese año académico tan lejano, apenas cinco años antes de mi nacimiento.

Si Franny Dean había conocido a Mary Marshall, mayor que él, en 1937, no quedaba constancia de ello en *El Búho* de ese año, ni quedaba constancia de que se conocieran en los Búhos de 1938 y 1939, etapa en que el utilero del equipo de lucha creció sólo un poco en estatura pero mucho, por lo visto, en seguridad en sí mismo.

Elaine y yo advertimos en esos anuarios de 1938 y 1939 que en el escenario, con el Club de Teatro, ese futuro chico de Harvard, que elegiría «artista» como vía profesional, se había convertido en una arrebatadora *femme fatale*: como una ninfa.

—Era guapo, ¿no? —pregunté a Elaine.

—Se parece a ti, Billy; es atractivo pero distinto —respondió Elaine.

—Por esas fechas debía de estar saliendo con mi madre —dije cuando ya habíamos acabado con *El Búho* de 1939 y volvíamos a toda prisa al Bancroft Hall. (¡Mi padre tenía quince años cuando mi madre tenía diecinueve!).

—Si «salir» es la palabra adecuada, Billy —señaló Elaine.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Tienes que hablar con tu abuelo, Billy, si consigues encontrarlo a solas —me aconsejó Elaine.

—Podría intentar hablar antes con el tío Bob, si consigo encontrar a Bob a solas. Bob no es tan listo como el abuelo Harry —dije.

—¡Se me ocurre una idea! —propuso de pronto Elaine—. Habla primero con el encargado de Admisiones, pero le dices que ya has hablado con el abuelo Harry... y que Harry te ha contado todo lo que sabe.

—Bob no es tan tonto —le dije a Elaine.

—Sí lo es —aseguró Elaine.

Dispusimos de aproximadamente una hora para estar a solas en la habitación de Elaine en la cuarta planta antes de que los señores Hadley volvieran del cine de Ezra Falls. Como era Navidad, supusimos que los Hadley y mi madre y Richard —junto con la tía Muriel y el tío Bob— habrían parado a tomar una copa en algún sitio después del cine, y así fue.

Habíamos tenido tiempo de sobra para hojear *El Búho* de 1940 y mirar todas las fotos de Franny Dean, el de la pluma, el chico más mono de la clase. William Francis Dean era un transformista despampanante en las fotos del Club de Teatro de ese año, y allí, en el Baile de Graduación, aparecía por fin la foto perdida que Elaine y yo habíamos buscado con tanto afán. Allí estaba el pequeño Franny abrazado a mi madre, Mary Marshall, en un baile lento. Muriel, la hermana mayor, los observaba con manifiesta desaprobación. Ah, esas jóvenes Winthrop, «esas Winthrop», como había etiquetado la señorita Frost a mi madre y mi tía Muriel, llamándolas por el apellido de soltera de Nana Victoria, Winthrop. (En lo referente a quién tenía cojones en la familia Marshall, eran sin duda los genes Winthrop los portadores de cojones).

No tuve que esperar mucho para acorrallar al tío Bob. Justo al día siguiente, un posible alumno y sus padres visitarían la academia Favorite River; el tío Bob me telefoneó para preguntarme si me apetecía hacer de guía.

Cuando acabé la visita, encontré al tío Bob a solas en la oficina de Admisiones; como eran las vacaciones de Navidad, las secretarías no estaban obligadas a trabajar.

—¿Qué hay, Billy? —preguntó el tío Bob.

—Supongo que te olvidaste de que en realidad sí devolviste *El Búho* de 1940 a la biblioteca —empecé.

—¿Ah, sí? —preguntó el tío Bob.

Advertí que se preguntaba cómo le explicaría eso a Muriel.

—No ha aparecido en la sala de anuarios por sí solo —dije—. Además, el abuelo Harry ya me lo ha contado todo sobre «Franny Dean», el de la pluma, y lo mono que era. Lo que no entiendo es cómo empezó la historia con mi madre; quiero decir, por qué y cuándo. Quiero decir: en primer lugar, ¿cómo se inició?

—Franny no era mala persona, Billy —se apresuró a decir el tío Bob—. Sólo era un poco del ramo del agua, no sé si me entiendes.

Yo había oído la expresión —a Kittredge, claro—, pero me limité a decir:

—En primer lugar, ¿por qué mi madre se enamoró de él? ¿Cómo empezó todo?

—Era jovencísimo cuando conoció a tu madre; ella tenía cuatro años más, lo que a esa edad, Billy, es una gran diferencia —explicó el tío Bob—. Tu madre lo vio en una obra de teatro; en un papel de chica, claro. Después, él le elogió la ropa.

—La ropa —repetí.

—Según parece, le gustaba la ropa de chica; le gustaba probársela, Billy —dijo el tío Bob.

—Ah.

—Un día, después de volver tu madre del instituto de Ezra Falls, tu abuela los sorprendió en la habitación de tu madre. Ella y Franny Dean estaban probándose la ropa de tu madre. No era más que un juego infantil, pero tu tía Muriel me contó que Franny se probó también la ropa de ella, de Muriel. Y al poco tiempo nos enteramos de que Mary se había encaprichado de él, pero para entonces Franny debía de saber que le gustaban más los chicos. Sentía un afecto sincero por tu madre, Billy, pero básicamente le gustaba su ropa.

—Así y todo, ella consiguió quedarse embarazada —señalé—. ¡Uno no deja embarazada a una chica follándose su ropa!

—Hazte cargo, Billy: siempre andaban vistiéndose y desvistiéndose —explicó el tío Bob—. Debían de quedarse mucho rato en ropa interior, ya me entiendes.

—Me cuesta imaginarlo —dije.

—Tu abuelo tenía un gran concepto de Franny Dean, Billy; creo que Harry pensaba que aquello podía salir bien —prosiguió el tío Bob—. Tu madre siempre ha sido un poco inmadura, no lo olvides.

—Un poco corta de alcances, ¿es eso lo que quieres decir? —lo interrumpí.

—Cuando Franny era casi un niño, tu madre más o menos lo dominaba, creo; ya me entiendes, Billy, podía mangonearlo, digamos.

—Pero Franny se hizo mayor —observé.

—Por otro lado, está aquel individuo, el que Franny conoció en la guerra, y con el que después volvió a conectar —empezó el tío Bob.

—Fuiste tú quien me contó esa historia, ¿verdad, tío Bob? —pregunté—. Ya sabes, la del salta-inodoros, el hombre del barco: el que perdió el control de *Madame Bovary*; el que resbaló por los inodoros de taza en taza. Más tarde, se encontraron en el MTA. El individuo se subió en la estación de Kendall Square; se apeó en Central Square y le dijo a mi padre: «Hola. Soy Bovary. ¿Te acuerdas de mí?». Me refiero a

ese individuo. Esa historia me la contaste tú, ¿no, tío Bob?

—Pues no, Billy —contestó el tío Bob—. Esa historia te la contó tu padre personalmente, y ese individuo no se bajó en la estación de Central Square; ese individuo siguió en el tren, Billy. Tu padre y ese individuo eran pareja. Por lo que yo sé, puede que todavía lo sean —dijo el tío Bob—. Pensaba que tu abuelo te lo había contado todo —añadió con recelo.

—Según parece tengo más preguntas para el abuelo Harry —le dije al tío Bob.

El encargado de Admisiones mantenía la mirada fija en el suelo de su despacho con expresión triste.

—¿Ha ido bien la visita, Billy? —preguntó, un poco distraídamente—. ¿Dirías que ese chico es un candidato que promete?

Por supuesto, no guardaba recuerdo del posible alumno futuro ni de sus padres.

—Gracias por todo, tío Bob —dije; lo apreciaba realmente, y me daba lástima—. ¡Creo que eres una buena persona! —declaré a voz en cuello mientras salía corriendo de la oficina de Admisiones.

Sabía dónde encontrar al abuelo Harry; era un día laborable, así que no debía de estar en casa, acogotado por Nana Victoria. Harry Marshall no tenía las vacaciones navideñas de un profesor. Sabía que el abuelo Harry estaba en el aserradero y maderería, donde enseguida lo localicé.

Le dije que había visto a mi padre en los anuarios de la academia Favorite River; le conté que el tío Bob había admitido todo lo que sabía sobre Franny Dean, el de la pluma, el chico transformista y afeminado que en su día se probó la ropa de mi madre, ¡e incluso, según había oído, la ropa de mi tía *Muriel*!

Pero ¿qué era eso de que, según había oído, mi padre me visitó una vez...? Cuando tuve la escarlatina, ¿no? ¿Y cómo era posible que mi padre me hubiera contado la historia del soldado al que conoció en la secreta del buque de clase Liberty durante un temporal de invierno en el Atlántico? El transporte acababa de salir a mar abierto —el convoy iba camino de Italia desde Hampton Roads, Virginia, puerto de embarque— cuando mi padre entabló contacto con el salta-inodoros que leía *Madame Bovary*.

—¿Quién demonios era ese individuo? —pregunté al abuelo Harry.

—Debía de ser la otra persona a quien besaba Franny cuando tu madre lo vio, Bill —contestó el abuelo Harry—. Tú tenías la escarlatina, Bill. Tu padre se enteró de que estabas enfermo y quiso verte. Sospecho, conociendo a Franny, que también quiso echarle una ojeada a Richard Abbott —continuó el abuelo Harry—. Franny sólo quería saber que estabas en buenas manos, supongo. Franny no era mal hombre, Bill, ¡sencillamente no era un hombre!

—Y nadie me lo contó —dije.

—Ah, pues... ¡Ninguno de nosotros se enorgullece de eso, Bill, creo yo! —exclamó el abuelo Harry—. Pienso que las cosas salen así, y ya está. Tu madre estaba dolida. La pobre Mary nunca entendió lo de los disfraces; creía que a Franny se le

pasaría con la edad, supongo.

—¿Y qué fue del individuo de *Madame Bovary*? —pregunté a mi abuelo.

—Ah, pues..., uno va cruzándose con talo cual persona, Bill —respondió el abuelo Harry—. A veces son simples encuentros, nada más, pero en otros casos conoces al amor de tu vida, y eso es distinto, ¿entiendes?

Yo sólo dispondría de otras dos ocasiones para ver a la señorita Frost. Y no sabía nada de los efectos duraderos de «conocer al amor de tu vida», todavía no.

## UNA SOLA MANIOBRA

La penúltima vez que vi a la señorita Frost fue en un combate de lucha: un doble enfrentamiento en la academia Favorite River en enero de 1961. Se trataba del primer encuentro en casa de la temporada: Tom Atkins y yo fuimos juntos. El pabellón de lucha —en su día fue el único gimnasio en el campus de Favorite River— era un antiguo edificio de obra vista comunicado con el actual gimnasio, más amplio y moderno, por medio de una pasarela de cemento cubierta pero sin calefacción.

Una pista de atletismo de madera, suspendida sobre el pabellón de lucha, circundaba el antiguo gimnasio; la pista tenía las cuatro curvas en pendiente descendente. Los espectadores del alumnado se sentaban en la pista de madera con los brazos apoyados en el barrote central de la baranda de hierro. Aquel sábado en particular, Tom Atkins y yo nos hallábamos entre ellos, observando desde arriba a los luchadores.

El tapiz, la mesa de jueces y los banquillos de los dos equipos ocupaban casi todo el espacio del gimnasio. En un extremo del pabellón de lucha se alzaba un rectángulo de gradas inclinado, sin más de una docena de filas de asientos. Los alumnos consideraban las gradas los asientos apropiados para la «gente mayor». Allí se sentaban los espectadores del profesorado y los padres que estaban de visita. Algunos lugareños asistían regularmente a los combates de lucha y se sentaban en las gradas. El día que Elaine y yo vimos a la señora Kittredge presenciar el combate de su hijo, la señora Kittredge ocupaba un asiento en las gradas, mientras Elaine y yo la observábamos con atención desde arriba, sentados en la pista de madera en pendiente.

Precisamente estaba recordando la única vez que vi a la señora Kittredge cuando Tom Atkins y yo advertimos la presencia de la señorita Frost. Ocupaba un asiento en la primera grada, la más cercana al tapiz de lucha. (En su día, la señora Kittredge se sentó en la última grada, como para simbolizar su distanciamiento en apariencia inmortal respecto a los gruñidos y las muecas de la pugna humana).

—Mira quién está ahí, Bill, en la primera grada. ¿La ves? —Preguntó Atkins.

—Ya lo sé, Tom, la veo —respondí.

Al instante me pregunté si la señorita Frost asistía a menudo, o siempre, a los combates de lucha. Si era una espectadora asidua en los enfrentamientos en casa, ¿por qué Elaine y yo no la habíamos visto nunca? La señorita Frost no sólo era alta y ancha de hombros; como mujer, su envergadura no era lo único que imponía. Si había ocupado con frecuencia un asiento de primera fila en los combates de lucha, ¿cómo era que nadie la había visto?

Allí, la señorita Frost parecía en su salsa, junto al borde del tapiz de lucha,

contemplando a los luchadores durante el calentamiento. Dudé que nos hubiese visto a Tom Atkins y a mí, porque en ningún momento miró en dirección a la pista de atletismo circundante, ni siquiera durante los ejercicios de calentamiento. Y en cuanto empezó la competición, ¿acaso no fijaban todos su atención en los luchadores sobre el tapiz?

Como Delacorte era peso ligero, luchó en uno de los primeros combates. Si Delacorte había interpretado al bufón de Lear como una muerte en curso, desde luego también era así al luchar; verlo resultaba toda una agonía. Delacorte conseguía que un combate de lucha pareciese una muerte en curso. Sus esfuerzos por perder peso le pasaban factura. Estaba tan chupado que era todo pellejos y huesos muy prominentes. Delacorte parecía al borde de la muerte por inanición.

Era considerablemente más alto que la mayoría de sus adversarios; solía aventajarlos por puntos en el primer periodo, y por regla general iba en cabeza al final del segundo periodo, cuando empezaba a cansarse. El tercer periodo era el momento en que Delacorte pagaba las consecuencias de la pérdida de peso.

Delacorte terminaba todos los enfrentamientos intentando defender a la desesperada una ventaja menguante. Perdía tiempo, abandonaba el tapiz; daba la impresión de que las manos de sus adversarios le pesaban cada vez más. Le colgaba la cabeza y le asomaba la lengua por la comisura de los labios abiertos. Según Kittredge, Delacorte se quedaba sin mecha en el tercer periodo; los combates de lucha siempre se le hacían un par de minutos demasiado largos.

—¡Aguanta, Delacorte! —exclamaba inevitablemente uno de los alumnos que había entre los espectadores; en breve, todos nos hacíamos eco del mismo ruego.

—¡Aguanta! ¡Aguanta! ¡Aguanta!

En ese punto, durante los combates de Delacorte, Elaine y yo habíamos adquirido la costumbre de mirar al entrenador de lucha de Favorite River: un vejete de aspecto duro con orejas deformes y nariz torcida. Casi todo el mundo llamaba al entrenador Hoyt por su nombre de pila, que era Herm.

Cuando Delacorte se moría en el tercer periodo, Herm Hoyt sistemáticamente se hacía con una toalla de la pila que había en el extremo del banquillo del equipo de lucha más cercano a la mesa de los jueces. El entrenador Hoyt se sentaba de forma invariable junto a las toallas, tan cerca como podía de la mesa de los jueces.

Mientras Delacorte intentaba «aguantar» un poco más, Herm extendía la toalla; era patizambo, al igual que muchos viejos luchadores, y cuando se levantaba del banquillo, daba la impresión (sólo por un momento) de que deseaba estrangular al moribundo Delacorte con la toalla, la cual, sin embargo, se ponía encima de la cabeza. El entrenador Hoyt llevaba la toalla como si se tratase de una capucha; contemplaba desde debajo de la toalla los momentos últimos, terminales, de Delacorte, el reloj en la mesa de jueces, al árbitro (quien, en los ya escasos segundos restantes del tercer periodo, solía advertir primero a Delacorte, y luego penalizado, por pérdida de tiempo).

Mientras Delacorte moría, cosa que me resultaba insoportable ver, yo prefería mirar a Herm Hoyt, quien, bajo la toalla, parecía morir tanto de ira como de empatía. Naturalmente, aconsejé a Tom Atkins que mantuviera la mirada fija en el viejo entrenador en lugar de sobrellevar la agonía de Delacorte, porque Herm Hoyt sabía, antes que nadie (incluido Delacorte), si Delacorte aguantaría y ganaría o moriría por fin y perdería.

Ese sábado, después de su experiencia al borde de la muerte, Delacorte aguantó, de hecho, y ganó. Salió del tapiz y se desplomó en los brazos de Herm Hoyt. El viejo entrenador hizo lo que siempre hacía con Delacorte, ganara o perdiera. Herm cubrió la cabeza de Delacorte con la toalla, y Delacorte, tambaleante, fue hasta el banquillo del equipo, donde se sentó sollozando y jadeando bajo aquel manto que todo lo ocultaba.

—Por una vez, Delacorte ni se enjuaga ni escupe —comentó Atkins con tono sarcástico, pero yo miraba a la señorita Frost, quien de pronto alzó la vista hacia mí y sonrió.

Fue una sonrisa natural, acompañada de un espontáneo y mínimo saludo con la mano, apenas un ligero movimiento con los dedos. Lo supe al instante: la señorita Frost sabía desde el principio que yo estaba allí, y había previsto que estuviera.

Me quedé tan desarmado por su sonrisa, y por el saludo con la mano, que temí desmayarme y resbalar por debajo de la baranda; me imaginé cayendo desde la pista de madera al pabellón de lucha. Con toda probabilidad, mi vida no habría peligrado en la caída; la pista de atletismo no se hallaba a gran altura por encima del suelo del gimnasio. Simplemente habría sido humillante caer desmadejado en el tapiz de lucha, o aterrizar sobre uno o más luchadores.

—No me siento bien, Tom —le dije a Atkins—. Estoy un poco mareado.

—Yo te sujeto, Bill —se ofreció Atkins, rodeándome con el brazo—. No mires abajo por un momento.

Mantuve la vista fija en el extremo opuesto del gimnasio, donde estaban las gradas, pero la señorita Frost había concentrado de nuevo la atención en la lucha; se había iniciado otro combate, mientras Delacorte se agitaba aún entre sollozos y jadeos, cabeceando bajo la toalla consoladora.

El entrenador Herm Hoyt había vuelto a sentarse en el banquillo del equipo junto a la pila de toallas limpias. Vi a Kittredge, que empezaba a desentumecerse; de pie detrás del banquillo, saltaba de puntillas y giraba la cabeza a uno y otro lado. Kittredge hacía estiramientos de cuello, pero no dejaba de mirar a la señorita Frost.

—Estoy bien, Tom —dije, pero el peso de su brazo permaneció en mi nuca unos segundos más; conté hasta cinco para mis adentros antes de que Atkins retirara el brazo de mis hombros.

—Deberíamos plantearnos ir a Europa juntos —le propuse a Atkins, sin dejar de observar a Kittredge, que saltaba a la comba.

Kittredge no podía apartar los ojos de la señorita Frost; mantenía la mirada fija en



ella mientras saltaba rítmicamente, sin alterar en ningún momento la velocidad de rotación de la cuerda.

—Fíjate quién se ha dejado cautivar por ella ahora, Bill —comentó Atkins, picajoso.

—Ya lo sé, Tom; lo estoy viendo —respondí. (¿Era mi mayor temor imaginar a Kittredge y la señorita Frost juntos, o en el fondo me excitaba?).

—Ir a Europa este verano..., ¿es eso lo que quieres decir, Bill? —preguntó Atkins.

—¿Por qué no? —contesté con la mayor naturalidad posible; seguía observando a Kittredge.

—Si tus padres dan el visto bueno y los míos también... Podríamos preguntárselo, ¿no? —dijo Atkins.

—Está en nuestras manos, Tom, tenemos que hacerles entender que es una prioridad —afirmé.

—¡Te está mirando, Bill! —anunció Atkins con la voz entrecortada.

Cuando dirigí la mirada (con la mayor naturalidad posible) hacia la señorita Frost, me sonreía otra vez. Se llevó los dedos índice y corazón a los labios y se los besó. Antes de que yo pudiera lanzarle un beso, ella había vuelto ya a concentrarse en la lucha.

—¡Vaya, eso sí ha captado la atención de Kittredge! —exclamó Atkins con gran agitación.

Yo seguí mirando a la señorita Frost, pero sólo por un momento; sabía que Kittredge me miraba sin necesidad de que me lo dijera Atkins.

—Bill, Kittredge te está... —empezó Atkins.

—Ya lo sé, Tom —lo interrumpí.

Recreé la vista aún por unos segundos en la señorita Frost antes de lanzar una ojeada (como si tal cosa) a Kittredge. Éste había dejado de saltar a la comba y me observaba. Me limité a sonreírle, con la sonrisa más inexpresiva que nunca le había dirigido, y Kittredge empezó a saltar a la comba otra vez; había aumentado el ritmo, consciente o inconscientemente, pero volvía a tener la mirada fija en la señorita Frost. No pude evitar preguntarme si Kittredge estaba reconsiderando la palabra «asqueroso». Quizás ese «todo» que Kittredge imaginaba que yo había hecho con la señorita Frost ya no le asqueaba, ¿o eran imaginaciones mías?

Cuando se inició el combate de Kittredge, de pronto cambió el ambiente en el pabellón de lucha. Los dos banquillos contemplaban el vapuleo con objetivo discernimiento. Generalmente, Kittredge acostumbraba sacudir el polvo a sus adversarios antes de inmovilizarlos. Para un no luchador como yo, no resultaba nada fácil diferenciar entre las exhibiciones de maestría técnica de Kittredge, sus facultades atléticas y la fuerza bruta de su superioridad física; Kittredge dominaba plenamente al adversario antes de inmovilizarlo. Siempre había un momento en el tercer y último periodo en que Kittredge lanzaba un vistazo al reloj de la mesa de

jueces; en ese preciso momento el público del equipo local empezaba a corear: «¡Inmoviliza! ¡Inmoviliza! ¡Inmoviliza!». Para entonces, la tortura se había prolongado tanto tiempo que, imaginaba yo, el adversario de Kittredge tenía ya la esperanza de ser inmovilizado; poco después, cuando el árbitro señalaba la caída, la inmovilización parecía llegar con retraso y, a la vez, ser un acto de misericordia. Nunca vi perder a Kittredge; ni una sola vez lo vi amenazado.

No recuerdo los otros combates de ese sábado por la tarde, ni qué equipo ganó el doble enfrentamiento. El resto de la competición ha quedado eclipsado en mi memoria porque Kittredge no paraba de mirar a la señorita Frost, la cual permaneció en el pabellón hasta mucho después de que hubiera acabado el combate de éste; Kittredge sólo desviaba la mirada para intercalar expeditivos (y ocasionales) vistazos dirigidos a mí.

Yo, por supuesto, seguía mirando alternativamente a Kittredge y a la señorita Frost; era la primera vez que los veía a los dos de forma simultánea en el mismo sitio, y reconozco que me alteró en grado sumo imaginar esa milésima de segundo en que la señorita Frost miraría a Kittredge. No lo hizo, ni una sola vez. Continuó observando la lucha y, aunque de manera fugaz, sonriéndome mientras Tom Atkins preguntaba sin cesar:

—¿Quieres marcharte, Bill? Si esto te incomoda, deberíamos irnos sin más; yo estoy dispuesto a acompañarte, ya lo sabes.

—Estoy bien, Tom; de verdad que quiero quedarme —repetía yo una y otra vez.

—Europa... ¡Bueno, nunca había imaginado que vería Europa! —exclamó Atkins en un momento dado—. Me pregunto qué parte de Europa, y en qué viajaríamos. En tren, supongo; en autobús, quizás. Ojalá supiera qué ropa necesitaríamos...

—Será verano, Tom; necesitaremos ropa de verano —dije.

—Sí, pero formal o no, me refiero a eso, Bill. ¿Y cuánto dinero necesitaríamos? ¡No tengo la menor idea, la verdad! —exclamó Atkins con pánico en la voz.

—Ya se lo preguntaremos a alguien —sugerí—. Mucha gente ha estado en Europa.

—No vayas a preguntárselo a Kittredge, Bill —continuó Atkins, aún atezada por el pánico—. Seguro que no podríamos permitirnos ninguno de los sitios a los que va Kittredge, ni los hoteles en los que se aloja. Además, no nos conviene que Kittredge sepa que vamos a Europa juntos, ¿no?

—Déjate de tonterías, Tom —atajé.

Vi que Delacorte había salido de debajo de la toalla; parecía respirar ya con normalidad, vaso de papel en mano. Kittredge le comentó algo, y Delacorte miró en el acto hacia la señorita Frost.

—Delacorte me pone la... —empezó Atkins.

—¡Ya lo sé, Tom! —lo interrumpí.

Advertí que el utilero del equipo de lucha era un chico con gafas, de aspecto escurridizo y servil; no me había fijado en él antes. Entregó a Kittredge una naranja

cortada en cuartos; Kittredge se hizo con la naranja sin mirar al utilero ni dirigirle la palabra. (El utilero se llamaba Merryweather; con un apellido así, como cabe imaginar, nadie lo llamaba por su nombre de pila).

Merryweather entregó a Delacorte un vaso de papel limpio; Delacorte dio a Merryweather el vaso usado, con sus escupitajos, que Merryweather tiró a la escupidera. Kittredge se comía la naranja mientras Delacorte y él miraban a la señorita Frost. Observé a Merryweather, que recogía las toallas usadas y desechadas; intentaba imaginar a mi padre, Franny Dean, realizando las tareas propias del utilero de un equipo de lucha.

—Debo decir, Bill, que te muestras un tanto distante para acabar de proponerme que pasemos el verano en Europa —comentó Atkins, lloroso.

—Un tanto distante —repetí.

Lamentaba ya haber propuesto a Tom Atkins ir a Europa conmigo durante todo un verano; su desvalimiento empezaba a irritarme. Pero de pronto los combates de lucha habían terminado; los alumnos espectadores descendían en fila por las escaleras de hierro acanalado, desde la pista de atletismo hasta el gimnasio. Padres y profesores —y los restantes espectadores adultos, procedentes de las gradas— deambulaban por el tapiz, donde los luchadores charlaban con sus familiares y amigos.

—No irás a hablar con ella, ¿verdad, Bill? Creía que lo tenías prohibido —decía Atkins, inquieto.

Yo debía de querer ver qué ocurría si me tropezaba con la señorita Frost por azar, si le decía «hola» o algo así sin más. (Elaine y yo solíamos deambular por el tapiz después de ver luchar a Kittredge, probablemente con la esperanza, y el temor, de tropezarnos con Kittredge «por azar»).

No me fue difícil localizar a la señorita Frost entre la multitud, de tan alta y erguida que era, mientras Tom Atkins cuchicheaba a mi lado con la nerviosa persistencia de un perro perdiguero.

—Allí está, Bill, allí. ¿La ves?

—La veo, Tom.

—No veo a Kittredge —dijo Atkins, preocupado.

Yo sabía que Kittredge poseía un don de la oportunidad fuera de toda duda; cuando me abrí paso hasta donde se hallaba la señorita Frost (en el intimidatorio centro del círculo de inicio en el tapiz de lucha, y eso no por casualidad), me detuve ante ella en el preciso instante en que Kittredge aparecía a mi lado. Seguramente la señorita Frost se dio cuenta de que yo era incapaz de despegar los labios; Atkins, que hasta ese momento había balbuceado de manera compulsiva, de pronto había enmudecido por la incómoda gravedad del momento.

Sonriendo a la señorita Frost, Kittredge —a quien nunca faltaban las palabras— me dijo:

—¿No vas a presentarme a tu amiga, Ninfa?

La señorita Frost siguió sonriéndome: no miró a Kittredge cuando le habló.

—Te conozco de verte en el escenario, gran Kittredge, y también en este escenario —dijo la señorita Frost, señalando el tapiz de lucha con un largo dedo. (Su esmalte de uñas era de un color nuevo para mí magenta, quizá, más violáceo que rojo.)—. Pero tendrá que presentarnos Tom Atkins. William y yo —añadió, sin apartar de mí la mirada ni una sola vez mientras hablaba— no estamos autorizados a cruzar palabra, ni a interactuar de ningún otro modo.

—Lo siento, yo no... —comenzó a decir Kittredge, pero se vio interrumpido.

—¡Señorita Frost, le presento a Jacques Kittredge! ¡Jacques, te presento a la señorita Frost! —prorrumpió Atkins—. La señorita Frost es una gran... ¡lectora! —le dijo Atkins a Kittredge; el pobre Tom se detuvo entonces a pensar en otras opciones. La señorita Frost tendió la mano hacia Kittredge sin gran convicción; como seguía mirándome, Kittredge tal vez no sabía si le ofrecía la mano a él o a mí—. Kittredge es nuestro mejor luchador —prosiguió Atkins, como si la señorita Frost no tuviera ni la más remota idea de quién era Kittredge—. Ésta será su tercera temporada invicto... Es decir, si permanece invicto —continuó Atkins a trancas y barrancas—. Será un récord en el colegio: ¡tres temporadas invicto! ¿No? —preguntó Atkins a Kittredge, titubeante.

—De hecho —respondió Kittredge, sonriendo a la señorita Frost—, si permanezco invicto, sólo igualaré el récord del colegio. Lo alcanzó un tipo en los años treinta —explicó Kittredge—. Claro que entonces no existía el torneo de Nueva Inglaterra. Dudo que se celebraran tantos combates como hoy día, y a saber lo reñida que era la competición...

La señorita Frost lo interrumpió.

—No estaba mal —dijo, y se encogió de hombros, gesto que desarmó a Kittredge.

Viendo lo bien que había asimilado ese gesto de indiferencia tan propio de Kittredge, de pronto caí en la cuenta de que la señorita Frost venía observándolo desde hacía mucho tiempo (y muy atentamente).

—¿Quién fue ese tipo? ¿Quién tiene el récord? —preguntó Tom Atkins a Kittredge.

Por la respuesta de Kittredge, supe claramente que no tenía ni la menor idea de quién era la persona cuyo récord intentaba igualar.

—Un tal Al Frost —respondió Kittredge con displicencia.

Me temí lo peor de Tom Atkins: llanto ininterrumpido, vómitos explosivos, repeticiones delirantes e incomprensibles de la palabra «vagina». Pero Atkins permaneció mudo y tembloroso.

—¿Qué tal, Al? —preguntó el entrenador Hoyt a la señorita Frost; su maltrecha cabeza le llegaba a ella a la clavícula.

La señorita Frost apoyó afectuosamente su mano con esmalte magenta en la nuca del viejo entrenador y atrajo su rostro hacia sus pechos pequeños pero muy visibles.

(Delacorte me explicaría más adelante que los luchadores llamaban a eso «presa al cuello»).

—¿Cómo estás, Herm? —saludó la señorita Frost con cariño a su antiguo entrenador.

—Vamos tirando, Al —contestó Herm Hoyt.

Una toalla errante asomaba de uno de los bolsillos laterales de su arrugada americana; llevaba la corbata torcida, y el último botón de la camisa desabrochado. (Con su cuello de luchador, Herm Hoyt nunca podía abrocharse el último botón).

—Estábamos hablando de Al Frost y el récord del colegio —le dijo Kittredge a su entrenador, pero Kittredge siguió sonriendo a la señorita Frost—. Lo único que Hoyt dirá de Frost es que era «bastante bueno»... Aunque, claro, eso es lo que siempre dice Herm de cualquier luchador que sea muy bueno o bastante bueno —explicó Kittredge a la señorita Frost. Y luego añadió—: ¿Usted no vería nunca luchar a Frost, supongo?

No creo que la verdad se pusiera de manifiesto debido a la repentina y evidente incomodidad de Herm Hoyt; pienso sinceramente que Kittredge cayó en la cuenta de quién era Al Frost en la décima de segundo posterior al momento en que preguntó a la señorita Frost si había visto alguna vez luchar a Frost. En esa décima de segundo vi cómo Kittredge miraba las manos de la señorita Frost; no fue el esmalte de uñas en lo que se fijó.

—Al, Al Frost —dijo la señorita Frost. Esta vez tendió la mano a Kittredge inequívocamente; sólo entonces lo miró. Yo reconocí esa mirada: era la mirada penetrante que en una ocasión me dirigió a mí, cuando yo tenía quince años y quería releer *Grandes esperanzas*. Tanto Tom Atkins como yo advertimos lo pequeña que parecía la mano de Kittredge entre los dedos de la señorita Frost—. Por supuesto, no habríamos estado..., mejor dicho, no estamos... en la misma categoría por peso —dijo la señorita Frost a Kittredge.

—El Gran Al era mi luchador de ochenta —explicaba Herm Hoyt a Kittredge—. Te faltaba un poco para luchar en los pesos pesados, Al, pero te incluí en la categoría un par de veces. Siempre insistías en que te dejara luchar con los grandullones.

—Era bastante buena..., bastante buena a secas —dijo la señorita Frost a Kittredge—. O al menos después, cuando llegué a Pensilvania, no me consideraron muy buena.

Tanto Atkins como yo vimos que Kittredge era incapaz de articular palabra. El apretón de manos se había acabado, pero Kittredge o bien no podía desprenderse de la mano de la señorita Frost, o bien ella no le permitía desprenderse.

La señorita Frost había perdido mucha masa muscular desde su época de luchador; aun así, con las hormonas que había tomado, seguramente tenía la cadera más amplia que cuando pesaba ochenta kilos. Calculo que la señorita Frost, ya cuarentona, pesaba ahora unos cinco kilos más, pero medía un metro ochenta y cinco —con tacones, me había dicho, llegaba al metro noventa—, y llevaba bien esos kilos extra. No parecía una persona de ochenta y cinco kilos.

Jacques Kittredge era un luchador de sesenta y cinco kilos. Calculo que el peso «natural», de Kittredge —cuando no era temporada de lucha— rondaba los setenta

kilos. Medía un metro setenta y siete (y un poco más); Kittredge había dicho a Elaine en cierta ocasión que le faltaba poco para el metro ochenta.

El entrenador Hoyt debió de reparar en lo incómodo que Kittredge se sentía —aquello era una situación ajena a él—, así como en el prolongado apretón de manos entre Kittredge y la señorita Frost, que inducía a Atkins a respirar desacompasadamente.

Herm Hoyt empezó a divagar; su improvisada disertación sobre la historia de la lucha llenó el vacío (nuestra conversación interrumpida repentinamente) de una extraña combinación de nerviosismo y nostalgia.

—Justo ahora estaba pensando, Al, que en tus tiempos sólo llevabais los calzones; todos ibais con el pecho al descubierto, ¿no te acuerdas? —preguntó el viejo entrenador a su antiguo luchador de ochenta.

—Claro que me acuerdo, Herm —contestó la señorita Frost.

Soltó la mano de Kittredge; con sus largos dedos, la señorita Frost se arregló la chaqueta de punto, que llevaba abierta encima de una ajustada blusa. Nada más oír las palabras «pecho al descubierto», Kittredge había fijado la atención en los pechos de adolescente de la señorita Frost.

Tom Atkins resollaba: nadie me había dicho que Atkins sufriera de asma, amén de sus problemas de pronunciación. Quizás el pobre Tom simplemente hiperventilaba en lugar de romper a llorar.

—Empezamos a llevar mallas, además de calzones, en 1958, como recordarás, Jacques —dijo Herm Hoyt, pero Kittredge no había recuperado el habla; sólo consiguió responder con un apagado gesto de asentimiento.

—Llevar mallas además de calzones es redundante —afirmó la señorita Frost; se examinaba el esmalte de uñas con desaprobación, como si el color lo hubiera elegido otra persona—. Debería usarse sólo malla, sin calzón, o sólo calzón, con el pecho al descubierto —comentó la señorita Frost—. Personalmente —añadió, dirigiéndose en un aparte escénico al silente Kittredge—, prefiero el pecho al descubierto.

—Algún día se llevará sólo malla, sin calzón, me juego lo que quieras —presagió el viejo entrenador—. No se permitirá el pecho al descubierto.

—Lástima —dijo la señorita Frost con un suspiro teatral.

Atkins emitió un sonido de ahogo; había visto al ceñudo doctor Harlow quizá medio segundo antes de que yo advirtiera la presencia del calvorota jodebúhos. Dudaba que el doctor Harlow fuese aficionado a la lucha, o al menos Elaine y yo nunca lo habíamos visto al asistir a anteriores combates de Kittredge. (Pero ¿por qué íbamos a fijarnos por entonces en el doctor Harlow?).

—Esto está estrictamente prohibido, Bill; no debe haber el menor contacto entre vosotros dos —dijo el doctor Harlow.

No miró a la señorita Frost. El «vosotros dos» era lo más cerca de pronunciar su nombre a lo que pudo llegar el doctor Harlow.

—La señorita Frost y yo no nos hemos dirigido la palabra —aseguré al calvorota

jodebúhos.

—No debe haber el menor contacto, Bill —farfulló el doctor Harlow; seguía sin mirar a la señorita Frost.

—¿De qué contacto hablas? —preguntó la señorita Frost con aspereza; agarró al médico por el hombro con su enorme mano, y el doctor Harlow se apartó de ella de un brinco—. El único contacto que he tenido ha sido con el joven Kittredge aquí presente —dijo la señorita Frost al doctor Harlow; acto seguido apoyó las dos manos en los hombros de Kittredge—. Mírame —le ordenó; cuando Kittredge alzó la vista hacia ella, pareció de pronto tan impresionable como un niño sumiso. (Si Elaine hubiese estado allí, habría visto por fin la inocencia que buscaba, en vano, en las fotografías de Kittredge más joven.)—. Te deseo suerte, espero que iguales ese récord —dijo la señorita Frost.

—Gracias —consiguió mascullar Kittredge.

—Ya nos veremos, Herm —dijo la señorita Frost a su viejo entrenador.

—Cuídate, Al —se despidió Herm Hoyt.

—Hasta la vista, Ninfa —me dijo Kittredge, pero no me miró.

Tampoco miró a la señorita Frost. Kittredge se alejó del tapiz al trote y alcanzó a uno de sus compañeros de equipo.

—Hablábamos de lucha, doctor —le dijo Herm Hoyt al doctor Harlow.

—¿Qué récord? —preguntó el doctor Harlow al viejo entrenador.

—Mi récord —respondió la señorita Frost al médico.

Cuando se disponía a marcharse, Tom dejó escapar una especie de arcada; ahora que Kittredge se había ido, Atkins no pudo contenerse. El pobre Tom ya no temía decirlo.

—¡Señorita Frost! —prorrumpió Atkins—. ¡Este verano Bill y yo nos vamos a Europa juntos!

La señorita Frost me sonrió afectuosamente antes de depositar su atención en Tom Atkins.

—Me parece una idea magnífica, Tom —dijo—. Seguro que os lo pasaréis en grande. —La señorita Frost ya se alejaba cuando de pronto se detuvo y se volvió hacia nosotros, aunque quedó claro, al hablamos, que miraba directamente al doctor Harlow—. Espero que los dos lleguéis a hacerlo todo juntos —dijo la señorita Frost.

Y al cabo de un momento habían desaparecido tanto la señorita Frost como el doctor Harlow. (Este último no me miró al marcharse). Tom Atkins y yo nos quedamos solos con Herm Hoyt.

—Bueno, chicos, he de irme —dijo el viejo entrenador—. Tengo una reunión con el equipo...

—Entrenador Hoyt —dije, deteniéndolo—. Por pura curiosidad... En un combate entre Kittredge y la señorita Frost..., ¿quién ganaría? Quiero decir, si fueran de la misma edad y estuvieran en la misma categoría. Ya me entiende..., si todo estuviera igualado.

Herm Hoyt miró alrededor, tal vez para cerciorarse de que ninguno de sus luchadores lo oía. Sólo Delacorte permanecía en el pabellón de lucha, pero estaba lejos, junto a la puerta de salida, como si esperara a alguien. A esa distancia, Delacorte no podía oírnos.

—Escuchad, chicos —gruñó el viejo entrenador—, pero que quede entre nosotros: el Gran Al mataría a Kittredge. A cualquier edad, fuera cual fuese la categoría, Al haría picadillo a Kittredge.

No negaré que me resultó gratificante oírlo, pero habría preferido oírlo en privado; no era algo que deseara compartir con Tom Atkins.

—¿Te imaginas, Bill...? —empezó Atkins en cuanto el entrenador Hoyt se marchó camino del vestuario.

Interrumpí a Atkins.

—Sí, claro que me lo imagino, Tom —dije.

Cuando estábamos en la salida del viejo gimnasio, Delacorte nos detuvo. Era a mí a quien esperaba.

—La he visto. ¡Es guapísima! —me dijo Delacorte—. Me ha hablado al salir; me ha dicho que estuve «magnífico» en el papel de bufón de Lear. —En ese punto Delacorte se interrumpió para enjuagarse y escupir; sostenía dos vasos de papel y ya no parecía una muerte en curso—. También me ha dicho que debería pasar a una categoría superior, pero lo ha expresado de una forma curiosa. «Quizá perderías más combates si pasaras a una categoría superior, pero no sufrirías tanto». Antes era Al Frost, ¿sabes? —me confió Delacorte—. ¡Antes luchaba!

—¡Ya lo sabemos, Delacorte! —replicó Tom Atkins, irritado.

—No hablaba contigo, Atkins —dijo Delacorte, y se enjuagó y escupió—. Y entonces nos ha interrumpido el doctor Harlow —me contó Delacorte—. Le ha dicho algo a tu amiga. ¡Que su sola presencia aquí es «inapropiada» o alguna tontería por el estilo! Pero ella ha seguido hablándome sin más, como si el calvorota jodebúhos no estuviese delante. Ha dicho: «Por cierto, ¿qué le dice Kent a Lear... en el primer acto, primera escena, cuando Lear lo malinterpreta todo con relación a Cordelia? Ay, ¿cómo era esa frase? ¡Vi la obra hace nada! ¡Tú salías!». Pero yo no sabía a qué frase se refería; yo era el bufón de Lear, no era Kent, y el doctor Harlow seguía allí plantado. De pronto ella ha exclamado: «Ya me acuerdo. Kent dice: “Mata a tu médico”. ¡Ésa es la frase que buscaba!». Y el calvorota jodebúhos va y le dice: «Muy gracioso, supongo que eso le parecerá muy gracioso». Pero ella se ha vuelto hacia el doctor Harlow y, hablándole a la cara, le ha dicho: «¿Gracioso? Usted sí me parece un hombrecillo *gracioso*, doctor Harlow, eso me parece». Y el calvorota jodebúhos se ha escabullido. ¡El doctor Harlow ha salido corriendo! ¡Tu amiga es maravillosa! —me dijo Delacorte.

Alguien le dio un empujón. En un vano esfuerzo por recuperar el equilibrio, por evitar desplomarse, Delacorte soltó los dos vasos de papel. Pero al final se cayó en medio del charco formado por el contenido de los vasos, el de enjuagarse y el de



escupir. Era Kittredge quien lo había empujado. Kittredge llevaba una toalla ceñida a la cintura y tenía el pelo mojado de la ducha.

—Hay una reunión de equipo después de la ducha, y tú ni siquiera te has duchado. Durante el tiempo que había que esperarte, Delacorte, podría echarme dos polvos —dijo Kittredge.

Delacorte se puso en pie y se echó a correr por la pasarela de cemento cubierta hacia el nuevo gimnasio, donde estaban las duchas.

Tom Atkins intentaba volverse invisible; temía que Kittredge lo empujara a él a continuación.

—¿Cómo es posible que no te dieras cuenta de que era un hombre, Ninfa? —me preguntó de pronto Kittredge—. ¿No le viste la nuez, no te fijaste en lo grande que es toda ella? Excepto por las tetas. ¡Dios mío! ¿Cómo no te diste cuenta de que era un hombre?

—Quizá sí me di cuenta —respondí. (Sencillamente me salió así como ocurre con la verdad sólo de vez en cuando).

—Dios mío, Ninfa —dijo Kittredge.

Empezaba a temblar; llegaba una corriente de aire frío de la pasarela sin calefacción que conducía al gimnasio más nuevo y amplio, y Kittredge sólo llevaba la toalla. No era habitual ver a Kittredge mostrarse vulnerable, pero iba medio desnudo y temblaba de frío. Tom Atkins no era un chico valiente, pero incluso él debió de percibir la vulnerabilidad de Kittredge, incluso Atkins fue capaz de su momento de temeridad.

—¿Cómo es posible que tú no te dieras cuenta de que era un luchador? —le preguntó Atkins. Kittredge avanzó un paso hacia él, y Atkins, de nuevo temeroso, retrocedió con un trompicon, casi cayéndose—. ¿Te has fijado en sus hombros, su cuello, sus manos? —preguntó Atkins a Kittredge levantando la voz.

—Tengo que irme —se limitó a decir Kittredge.

Se dirigió a mí; no contestó a Atkins. Incluso Tom Atkins advirtió que el aplomo de Kittredge se había tambaleado.

Atkins y yo observamos a Kittredge mientras se alejaba corriendo por la pasarela; iba agarrándose la toalla sujeta en torno a la cintura mientras corría. Era una toalla pequeña, ceñida a su cadera como una minifalda. Con la toalla, Kittredge corría como una chica.

—Tú no crees que Kittredge vaya a perder un combate esta temporada, ¿verdad, Bill? —preguntó Atkins.

Al igual que Kittredge, no contesté a Atkins. ¿Cómo podía Kittredge perder un combate de lucha en Nueva Inglaterra? Me habría encantado hacerle esa pregunta, entre otras, a la señorita Frost.

Ese momento en que uno se cansa de que lo traten como a un niño —se cansa

también de la adolescencia—, en que uno irreversiblemente quiere crecer, ese pasadizo que se abre de pronto pero enseguida vuelve a cerrarse, es una etapa peligrosa. En una novela futura (una de las primeras), yo escribiría: «La ambición te despoja de la infancia. En el momento en que quieres ser adulto —en cualquier sentido— muere algo de tu infancia». (Puede que estuviera pensando en ese deseo simultáneo de ser escritor y hacer el amor con la señorita Frost, no necesariamente en ese orden).

En una novela posterior abordaría esta idea de manera un poco distinta, quizá con un poco más de cautela. «En incrementos que tanto pueden medirse como no, nos roban la infancia, no siempre en un suceso trascendental, sino a menudo en una serie de pequeños hurtos, que unidos representan la misma pérdida». Supongo que podría haber escrito «traiciones» en lugar de «hurtos»; en el caso de mi propia familia, podría haber usado la palabra «engaños», aludiendo a mentiras tanto por obra como por omisión. Pero me atengo a lo que escribí; eso basta.

En otra novela —muy cerca del comienzo del libro, de hecho— escribí: «La memoria es un monstruo: tú olvidas; ella no. Sencillamente lo archiva todo; lo conserva todo para ti, o te lo oculta. La memoria evoca recuerdos por voluntad propia. Imaginas que tienes memoria, ¡pero la memoria te tiene a ti!». (También me atengo a eso).

Debíamos de estar a finales de febrero o principios de marzo de 1961 cuando la comunidad de la academia Favorite River supo que Kittredge había perdido; en realidad, había perdido dos veces. El Campeonato de Lucha Interescolar de Nueva Inglaterra se celebraba ese año en East Providence, Rhode Island. Kittredge sufrió una severa derrota en las semifinales. «Ni siquiera estuvo cerca», me dijo Delacorte en una frase casi incomprensible. (Detecté las vocales pero no las consonantes, porque Delacorte hablaba con seis puntos en la lengua).

Kittredge había vuelto a perder en la ronda de consolación para establecer el tercer puesto, esta vez con un chico a quien había vencido anteriormente.

«Fue como si con esa primera derrota Kittredge se desinflara; a partir de ese momento dio la impresión de que ya le traía sin cuidado acabar tercero o cuarto», fue lo único que consiguió decir Delacorte.

«Kittredge acabó *cuarto*», le dije a Tom Atkins.

Al vencedor de dos campeonatos consecutivos eso debió de dolerle. El Campeonato de Lucha Interescolar de Nueva Inglaterra se había fundado en 1949, catorce años después de terminar Al Frost su tercera temporada invicto, pero en el periódico escolar de Favorite River no se mencionó el récord de Al Frost, ni el fracaso de Kittredge en su intento de igualarlo. En trece años hubo dieciocho luchadores que quedaron dos veces campeones en años consecutivos en Nueva Inglaterra, entre los cuales se hallaba Kittredge. Si él hubiese ganado un tercer campeonato, habría sido el primero en lograrlo. «El primero y el último», había declarado el entrenador Hoyt, según una cita textual recogida en el periódico escolar.

Como se vio, 1961 fue el último año en que participaron todos los centros educativos en el campeonato de lucha masculino de Nueva Inglaterra; a partir de 1962, los institutos públicos y los colegios privados tendrían torneos independientes.

Pregunté al respecto a Herm Hoyt un día de principios de primavera, cuando coincidimos en el patio.

—Algo se perderá: un único torneo para todos pone las cosas más difíciles —me contestó el viejo entrenador.

También pregunté al entrenador Hoyt por Kittredge, si había algo que explicara esas dos derrotas.

—A Kittredge ese combate de consolación se la traía floja —respondió Herm—. Si no podía ganado todo, le importaba un carajo quedar tercero o cuarto.

—¿Y la primera derrota? —pregunté al entrenador Hoyt.

—Yo le decía a Kittredge una y otra vez que siempre hay alguien mejor —contestó el viejo entrenador—. La única manera de vencer a un luchador mejor es ser más duro. El otro era mejor, y Kittredge no era más duro.

Al parecer, a eso se redujo todo. Para Atkins y para mí, la derrota de Kittredge fue un anticlímax. Cuando se lo mencioné a Richard Abbott, dijo:

—Eso es shakespeariano, Bill. En Shakespeare muchas de las cosas importantes ocurren fuera del escenario: uno sólo oye hablar de ellas.

—Eso es shakespeariano —repetí.

Cuando le conté a Atkins lo que había dicho Richard, él comentó:

—Aun así, es un anticlímax.

En cuanto a Kittredge, se lo veía sólo un poco apagado; no lo noté muy afectado por las derrotas. Además era la época, durante el último curso que pasaríamos en Favorite River, en que nos enterábamos de qué universidades nos habían admitido. La temporada de lucha había terminado.

Favorite River no se hallaba en lo alto del escalafón entre los colegios preparatorios de Nueva Inglaterra; comprensiblemente, los chicos de la academia no solicitaban plazas en las universidades de lo alto del escalafón. La mayoría de nosotros entrábamos en pequeños centros de humanidades, pero Tom Atkins consideró que su lugar estaba en una universidad pública; él ya sabía cómo era lo pequeño, y lo que quería era algo más grande; «un sitio donde poder perderse», me dijo Atkins con tono melancólico.

A mí me preocupaba menos que a Tom Atkins el factor «perderse». Me preocupaba el Departamento de Lengua y Literatura, poder seguir leyendo a los escritores que la señorita Frost me había dado a conocer. Me preocupaba estar en la ciudad de Nueva York o cerca.

«¿A qué universidad fuiste?», le había preguntado yo a la señorita Frost.

«A una de Pensilvania», respondió. «No habrás oído hablar de ella». (Me gustaba eso de «No habrás oído hablar de ella», pero para mí lo más importante era el factor ciudad de Nueva York).

Solicité plaza en todos los centros y universidades de la zona de Nueva York que se me ocurrieron; de algunos se oía hablar, de otros no. También puse especial empeño en ponerme en contacto con alguien del Departamento de Alemán. En todos los casos me aseguraron que me ayudarían a buscar la manera de estudiar en un país germanohablante.

Ya presentía que un verano en Europa con Tom Atkins sólo serviría para avivar mi deseo de estar muy, muy lejos de First Sister, Vermont. Me parecía que eso era lo que debía hacer un aspirante a escritor; es decir, vivir en un país extranjero, donde se hablara una lengua extranjera, mientras (al mismo tiempo) llevaba a cabo mis primeros intentos serios de escribir en mi propia lengua, como si fuese la primera y única persona que lo hacía.

Tom Atkins acabó en la Universidad de Massachusetts, en Amherst; era un centro grande, y allí Atkins conseguiría perderse, quizá más de lo que pretendía o deseaba.

Sin duda, mi solicitud de plaza en la Universidad de New Hampshire despertó recelos en casa. Había corrido el rumor de que la señorita Frost se trasladaba a New Hampshire. Eso indujo a la tía Muriel a comentar que ojalá la señorita Frost se trasladara aún más lejos de Vermont, a lo que yo respondí que esperaba trasladarme también más lejos de Vermont. (Eso debió de desconcertar a Muriel, quien sabía que yo había solicitado plaza en la Universidad de New Hampshire).

Pero esa primavera no se confirmó el rumor de que el traslado de la señorita Frost a New Hampshire fuera cierto, ni nadie dijo a qué lugar de New Hampshire se trasladaría. En realidad, las razones por las que yo solicité plaza en la Universidad de New Hampshire no tenían nada que ver con el futuro paradero de la señorita Frost. (Yo sólo había solicitado plaza allí para inquietar a mi familia; no tenía la menor intención de ir a esa universidad).

Más misterioso fue, hablando con franqueza —sobre todo para Tom Atkins y para mí—, que Kittredge ingresara en Yale. Ciertamente Atkins y yo habíamos obtenido calificaciones en la prueba de acceso universitario con las que era imposible entrar en Yale, o en cualquier otra universidad de élite. Aun así, yo había sacado mejores notas que Kittredge, ¿y cómo podía Yale haber pasado por alto que Kittredge había tenido que repetir el último curso? (Tom Atkins era irregular en sus notas, pero se había graduado a su debido tiempo). Atkins y yo sabíamos que Kittredge tenía buenos resultados en la prueba de acceso pero Yale debió de tener otras razones para aceptado; eso también lo sabíamos Atkins y yo.

Atkins aludió a las aptitudes de Kittredge para la lucha, pero creo saber lo que la señorita Frost habría dicho a ese respecto: no fueron las aptitudes de Kittredge para la lucha lo que le valió el ingreso en Yale. (En todo caso, como luego se vio, en la universidad no practicó la lucha). Sus calificaciones en la prueba de acceso probablemente contribuyeron, pero el padre de Kittredge, con quien él no mantenía relación, había estudiado en Yale.

—Créeme —dije a Tom—, Kittredge no ha entrado en Yale por su alemán, yo

sólo te digo eso.

—¿Y a ti, Billy, qué más te da en qué universidad estudie Kittredge? —me preguntó la señora Hadley. (Yo tenía un problema de pronunciación con la palabra «Yale», motivo por el cual salió a relucir el tema).

—No es por envidia —respondí—. Eso se lo aseguro, yo no quiero ir a esa universidad. ¡Ni siquiera soy capaz de decir su nombre!

Como luego se vio, aquello era intrascendente —dónde estudiara Kittredge o dónde estudiara yo—, pero en su día me indignó que Kittredge fuera aceptado en Yale.

—Aun dejando de lado la cuestión de la equidad —le dije a Martha Hadley—, ¿acaso el mérito no cuenta?

Era una pregunta propia de un chico de dieciocho años, si bien yo había cumplido ya los diecinueve (en marzo de 1961); a su debido tiempo, claro está, dejaría de importarme a qué universidad iba Kittredge. Ya en esa primavera de 1961, Tom Atkins y yo estábamos más interesados en planear nuestro verano en Europa que obsesionados con la flagrante injusticia de que Kittredge entrara en Yale.

Lo reconozco: era más fácil olvidarse de Kittredge desde que no lo veía casi nunca. O bien no necesitaba mi ayuda con el alemán, o bien había dejado de pedírmela. A partir del momento en que Kittredge fue admitido en Yale, dejó de preocuparle qué nota sacaba en alemán; le bastaba con graduarse.

—¿Me permites que te recuerde un detalle? —me preguntó Tom Atkins con cierto tonillo de superioridad—. A Kittredge el año pasado también le bastaba con graduarse.

Pero en 1961 Kittredge sí se graduó, como todos nosotros. Para ser sinceros, también la graduación nos pareció un anticlímax. No ocurrió nada, pero ¿qué esperábamos? Por lo visto, la señora Kittredge no esperaba nada; no asistió. Tampoco Elaine hizo acto de presencia, pero eso era comprensible.

¿Por qué no fue la señora Kittredge a ver la graduación de su único hijo? («No es muy maternal, ¿no?», fue lo único que Kittredge tuvo que decir al respecto). Kittredge no parecía sorprendido; era obvio que la graduación no le impresionaba. Exhibía el aura de alguien que ya iba un paso por delante de nosotros.

«Es como si ya estuviera en Yale; como si ya se hubiese ido de aquí», observó Atkins.

En la graduación conocí a los padres de Tom. Su padre me lanzó una mirada de desesperación y rehusó estrecharme la mano; no me llamó «marica», pero percibí que lo pensaba.

—Mi padre es muy... primario —dijo Atkins.

—Deberíamos presentárselo a mi madre —me limité a decir—. Nos vamos juntos a Europa, Tom, eso es lo único que cuenta.

—Eso es lo único que cuenta —repitió Atkins.

No le envidié los días que pasó en su casa antes de marcharnos; era evidente que

su padre no pararía de jorobado por mi causa mientras el pobre Tom estuviera allí. Atkins vivía en Nueva Jersey. Como yo sólo había visto a la gente de Nueva Jersey que venía a Vermont a esquiar, tampoco eso se lo envidié a Atkins.

Delacorte me presentó a su madre.

—Éste es el que iba a hacer de bufón de Lear —empezó Delacorte.

Al ver que aquella mujer menuda y bonita, con un vestido sin mangas y un sombrero de paja, se negaba también a estrecharme la mano, caí en la cuenta de que haber sido el bufón original de Lear posiblemente se había vinculado a la historia de mis relaciones sexuales con la bibliotecaria transexual del pueblo.

—Lamento mucho tus dificultades —me dijo la señora Delacorte.

Sólo entonces recordé que no sabía en qué universidad estudiaría Delacorte. Ahora que ha muerto, siento no habérselo preguntado. Puede que a Delacorte eso, a qué universidad iba, le importara, quizá tanto como a mí me era indiferente a cuál iba yo.

Los ensayos para la obra de Tennessee Williams no requerían mucho tiempo, al menos no para mi pequeño papel. Yo sólo intervenía en la última escena, que se centraba plenamente en Alma, la mujer reprimida para la que, a juicio de Nils Borkman, la señorita Frost habría sido la intérprete perfecta. El papel de Alma lo hacía la tía Muriel, la mujer más reprimida que he conocido en la vida, pero conseguí dar fuerza a mi personaje de «el joven» imaginando a la señorita Frost en el papel de Alma.

Parecía acorde con la actitud del joven enamorado de Alma que yo fijara la mirada en los pechos de mi tía Muriel, pese a que eran gigantescos (en mi opinión, repulsivamente grandes) en comparación con los de la señorita Frost.

—¿Es necesario que me mires los pechos, Billy? —me preguntó Muriel en un ensayo memorable.

—Se supone que estoy enamorado de ti —contesté.

—De toda yo, diría —replicó la tía Muriel.

—Creo que es adecuado que el joven le mire el busto a Alma —declamó nuestro director, Nils Borkman—. Al fin y al cabo, es un vendedor de calzado; no es un hombre muy refinera.

—¡No es saludable que mi sobrino me mire de esa manera! —insistió la tía Muriel, indignada.

—¡Seguro que el busto de la señora Fremont ha atraído las miradas de muchos jóvenes! —dijo Nils en un mal concebido intento de halagar a Muriel. (Había olvidado momentáneamente por qué mi tía no se quejaba cuando le miraba los pechos en *Noche de reyes*. Ah, sí: entonces yo era un poco más bajo, y Muriel no me veía, oculto como estaba tras sus pechos).

Mi madre suspiró. El abuelo Harry, a quien se había asignado el papel de la madre

de Alma —en consonancia, llevaba unos pechos postizos enormes—, afirmó que era «lo más natural» que cualquier joven fijara la mirada en los pechos de una mujer «bien dotada».

—¿Estás diciéndome a mí, a tu propia hija, que estoy «bien dotada»? ¡Esto es increíble! —exclamó Muriel.

Mi madre volvió a suspirar.

—Todo el mundo te mira los pechos, Muriel —dijo mi madre—. En otros tiempos querías que todo el mundo te los mirara.

—No te conviene seguir por ese camino conmigo: en otros tiempos tú querías cierta cosa, Mary —advirtió Muriel.

—Chicas, chicas —terció el abuelo Harry.

—¡Tú calla, viejo transformista! —le chilló mi madre al abuelo Harry.

—Tal vez podría mirar sólo uno de los pechos —propuse.

—¡Como si a ti te importara mucho si es el uno o el otro, Billy! —gritó mi madre.

Esa primavera me vi obligado a oír muchos gritos y suspiros por parte de mi madre; al anunciar mis planes de ir a Europa con Tom Atkins en verano tuve que oír tanto el suspiro como el grito. (Primero el suspiro, claro, y a renglón seguido: «¡Tom Atkins, ese mariquita!»).

—Señoras, señoras —decía Nils Borkman—. El joven, el señor este Archie Kramer, es un descarado; pregunta a Alma: «¿Qué puede hacerse en este pueblo cuando anochece?», Eso ya suena bastante descarado, ¿no?

—Ah, sí —saltó el abuelo Harry—, y hay una acotación sobre Alma: «hace acopio de aplomo ante la falta de tacto propia de la juventud de él» y luego hay otra, cuando Alma «se echa atrás y lo mira con los párpados entornados, quizá de manera un poco insinuante». ¡Creo que Alma está, digamos, animando a ese joven a mirarle los pechos!

—Sólo puede haber un director, papá —le recriminó mi madre al abuelo Harry.

—Yo no voy de «insinuante»: no animo a nadie a mirarme los pechos —dijo Muriel a Nils Borkman.

—Estás cargada de puñetas, Muriel —declaró mi madre.

En esa última escena hay una fuente para que, cuando Alma da uno de sus somníferos al joven, éste se lo tome con agua de la fuente. Originalmente había también bancos en esa escena, pero a Nils no le gustaban los bancos. (Muriel, debido a su agitación porque yo le miraba los pechos, era incapaz de quedarse sentada y quieta).

Yo preví un problema derivado de la pérdida de los bancos. El joven, al enterarse de la existencia de un casino, que ofrece «toda clase de entretenimientos cuando anochece» (como dice Alma), pregunta a Alma: «¿Qué demonios hacemos aquí sentados, pues?». Pero no había bancos; Alma y el joven no podían estar sentados.

Cuando se lo señalé a Nils, dije:

—¿No debería decir «¿Qué demonios hacemos aquí, pues?»». Porque Alma y yo

no estamos sentados, no hay dónde sentarse.

—Tú no estás escribiendo esta obra, Billy; ya está escrita —dijo mi madre (la impenitente apuntadora).

—Pues volveremos a poner los bancos —intervino Nils con hastío—. Tendrás que quedarte sentada y quieta, Muriel. Acabas de absorber un somnífero, ¿recuerdas?

—¡Absorber! —exclamó Muriel—. ¡Debería haber absorbido un frasco entero de somníferos! ¿Cómo voy a quedarme quieta, ahí sentada, si Billy está mirándome los pechos?

—A Billy no le interesan los pechos, Muriel —gritó mi madre. (Eso no era verdad, como me consta que ustedes ya saben; sencillamente no me interesaban los pechos de Muriel).

—Sólo estoy actuando, ¿recordáis? —pregunté a la tía Muriel y a mi madre.

Al final, abandono el escenario; me marché llamando un taxi. Se queda sólo Alma: «Se vuelve lentamente hacia el público, con la mano todavía en alto en un gesto de asombro e irrevocabilidad mientras... baja el telón».

Yo no me imaginaba cómo iba a conseguir eso Muriel: «un gesto de asombro» parecía del todo imposible dadas sus aptitudes. En cuanto al aspecto de la «irrevocabilidad», no me cabía duda que mi tía Muriel era capaz de transmitir irrevocabilidad.

—Intentémoslo una más vez —nos suplicó Nils Borkman. (Cuando a nuestro director lo vencía el cansancio, el orden de las palabras escapaba a su control).

—Intentémoslo una vez más —rectificó el abuelo Harry servicialmente, pese a que la señora Winemiller no aparece en esa última escena. (En *Verano y humo* es casi de noche en el parque; en el escenario sólo están Alma y el joven viajante de comercio).

—Compórtate, Billy —me dijo mi madre.

—Por última vez —contesté, sonriendo con la mayor dulzura posible, tanto a Muriel como a mi madre.

—El agua... está... fría —empezó Muriel.

—¿Ha dicho usted algo? —pregunté a sus pechos... con actitud anhelante, como indica la acotación.

Los Comediantes de First Sister estrenaron *Verano y humo* en el teatro de nuestra pequeña comunidad más o menos una semana después de mi graduación en Favorite River. Los alumnos de la academia nunca asistían a las producciones de nuestra agrupación de teatro amateur, así que dio igual que los internos, Kittredge y Atkins entre ellos, se hubieran marchado del pueblo.

Yo me quedé durante toda la obra entre bastidores, hasta la duodécima y última escena. A esas alturas ya no me interesaba observar la desaprobación de mi madre al ver al abuelo Harry en un papel femenino; a ese respecto ya había visto todo lo que



necesitaba saber. En las acotaciones se describe a la señora Winemiller como «una muchacha malcriada y egoísta que eludió las responsabilidades de la vida futura refugiándose en un pertinaz estado de infantilismo. Se la conoce como “la Cruz” del señor Winemiller».

Para mi madre y para mí fue evidente que el abuelo Harry se había inspirado en Nana Victoria —y menuda «Cruz» era la abuela para él— a la hora de encarnar su picajoso retrato de la señora Winemiller. (También fue evidente para Nana Victoria; mi abuela, en su desaprobación, permaneció sentada en primera fila con la misma cara que si hubiese recibido un mazazo, mientras Harry arrancaba ovaciones del público con sus payasadas).

Mi madre tuvo que apuntar hasta la saciedad a los dos niños actores, que prácticamente echaron a perder el prólogo. Pero en la primera escena —en concreto, la tercera vez que la señora Winemiller preguntaba a voz en cuello: «¿Dónde está el heladero?»— el público se desternillaba, y la señora Winemiller cerraba la quinta escena mofándose de su acogotado marido. «La cruz insoportable eres tú, viejo... charlatán...», graznaba el abuelo Harry mientras bajaba el telón.

Fue la mejor producción de los Comediantes de First Sister bajo la dirección de Nils Borkman. Debo reconocer que la tía Muriel estuvo excelente en el papel de Alma; me cuesta imaginar que la señorita Frost hubiese estado a la altura de Muriel en el aspecto reprimido de la nerviosa interpretación de mi tía.

Aparte de apuntar a los niños actores en el prólogo, mi madre no tuvo nada que hacer; nadie erró ni una sola frase. Fue una suerte que mi madre no tuviera que apuntar a nadie más, porque muy al principio de la obra los dos advertimos la presencia de la señorita Frost en primera fila. (El hecho de que Nana Victoria descubriera que ocupaba un asiento en la misma fila que la señorita Frost puede que contribuyera a la apariencia conmocionada de mi abuela; además de padecer el zahiriente retrato ofrecido por su marido de una esposa y madre gruñona, ¡Nana Victoria tuvo que sentarse a no más de dos asientos del luchador transexual!).

Tras ver a la señorita Frost, mi madre bien habría podido equivocarse al apuntar, e indicar a su madre, por error, que cagara en la caja de arena del gato. La señorita Frost, por supuesto, había elegido el asiento de primera fila a sabiendas. Sabía dónde se colocaba la apuntadora entre bastidores; sabía que yo siempre rondaba cerca de la apuntadora. Si nosotros la veíamos a ella, como mi madre y yo sabíamos, la señorita Frost nos veía a nosotros. De hecho, durante escenas enteras de *Verano y humo*, la señorita Frost no prestó atención a los actores en el escenario; la señorita Frost me sonreía sin cesar, mientras mi madre se contagiaba gradualmente de la inexpresividad de Nana Victoria, como descalabrada por efecto de un golpe de tablón.

Cada vez que Muriel en el papel de Alma salía al escenario, la señorita Frost sacaba una polvera del bolso. Mientras Alma se reprimía, la señorita Frost admiraba su lápiz de labios en el espejito de la polvera o se empolvaba la nariz y la frente.

Al caer el telón, cuando yo salía apresuradamente del escenario llamando a un

taxi —dejando allí a Muriel mientras buscaba el gesto que sugiere (sin palabras) «asombro e irrevocabilidad»—, me topé con mi madre. Ella sabía por dónde hacía yo mutis, y había abandonado su silla de apuntadora para cortarme el paso.

—No vas a hablar con esa criatura, Billy —dijo mi madre.

Yo había previsto ese enfrentamiento; había ensayado las muchas cosas que deseaba decirle a mi madre, pero no esperaba que me proporcionara una oportunidad tan perfecta para arremeter contra ella. Richard Abbott, que había interpretado el papel de John, debía de haber ido al lavabo; no estaba entre bastidores para acudir en su ayuda. Muriel siguió en el escenario durante unos segundos más, tras lo cual se oyeron los clamorosos aplausos que ahogaron todo sonido.

—Sí hablaré con ella, mamá —empecé, pero el abuelo Harry no me dejó continuar. La señora Winemiller llevaba la peluca torcida y los enormes pechos postizos demasiado juntos, pero la señora Winemiller ya no pedía helados. No era la cruz de nadie —no en esa escena—, y el abuelo Harry no necesitaba que lo apuntaran.

—Basta ya, Mary —dijo el abuelo Harry a mi madre—. Olvídate ya de Franny. Deja de compadecerte por una vez en la vida. ¡Al final se casó contigo un buen hombre, por el amor de Dios! ¿A qué viene tanto enfado?

—Estoy hablando con mi hijo, papá —comenzó a decir mi madre, pero le faltó convicción.

—Pues trátalo como a tu hijo —repuso mi abuelo—. Respeta a Bill por ser quien es, Mary. ¿Qué vas a hacer? ¿Cambiarle los genes o algo así?

—Esa criatura... —repitió mi madre, refiriéndose a la señorita Frost. Pero justo en ese momento Muriel salió del escenario. Se oían unos aplausos atronadores; a Muriel se le agitaba el descomunal seno. A saber si el asombro y la irrevocabilidad habían agotado sus fuerzas—. ¡Esa criatura está aquí... entre el público! —anunció mi madre a Muriel a voz en grito.

—Ya lo sé, Mary. ¿Crees que no lo he visto? —contestó Muriel.

—La has visto —corregí a mi tía Muriel.

—¡La! —dijo Muriel con desdén.

—Y tú no la llames «criatura» —reprendí a mi madre.

—Ella hizo cuanto pudo por cuidar de Bill, Mary —intervino el abuelo Harry (en el papel de la señora Winemiller)—. De verdad cuidaba de él.

—Señoras, señoras —decía Nils Borkman.

Intentaba preparar a Muriel y el abuelo Harry para que volvieran a salir al escenario y saludaran. Nils era un tirano, pero agradecí que me permitiera ausentarme del saludo final de toda la compañía desde el escenario; Nils sabía que yo tenía que interpretar un papel más importante entre bastidores.

—Por favor, no hables con... esa mujer, Billy —suplicaba mi madre. Richard estaba con nosotros, preparándose para salir a saludar, y mi madre se echó a sus brazos—. ¿Has visto quién ha venido? ¡Ella está aquí! ¡Billy quiere hablar con ella!

¡No lo soporto!

—Déjalo hablar con ella, Joya —sugirió Richard antes de volver corriendo al escenario.

El público obsequiaba a la compañía con renovados y entusiastas aplausos cuando la señorita Frost apareció entre bastidores, segundos después de que Richard saliese.

—Kittredge perdió —informé a la señorita Frost.

Llevaba meses imaginando que hablaba con ella, y ahora eso era lo único que se me ocurría decirle.

—Dos veces —dijo la señorita Frost—. Me lo contó Herm.

—Pensaba que te habías ido a New Hampshire —le dijo mi madre—. No deberías estar aquí.

—Nunca debería haber estado aquí, Mary; no debería haber nacido aquí —repuso la señorita Frost.

Richard y el resto del reparto habían abandonado el escenario.

—Debemos irnos, Joya; debemos dejar a estos dos solos un momento —decía Richard Abbott a mi madre.

La señorita Frost y yo nunca más volveríamos a estar «solos», eso era evidente.

Para sorpresa de todos, fue a Muriel a quien la señorita Frost se dirigió.

—Buen trabajo —elogió la señorita Frost a mi altiva tía—. ¿Está Bob? Necesito hablar un momento con el Hombre de la Raqueta.

—Aquí estoy, Al —respondió el tío Bob, incómodo.

—Tú tienes las llaves de todo, Bob —dijo la señorita Frost—. Me gustaría enseñarle una cosa a William antes de marcharme de First Sister —explicó la señorita Frost; no se advertía la menor teatralidad en su alocución—. Necesito enseñarle algo en el pabellón de lucha —continuó la señorita Frost—. Podría haberle pedido a Herm que nos dejara entrar, pero no quería poner a Herm en un aprieto.

—¡En el pabellón de lucha! —exclamó Muriel.

—Tú y Billy en el pabellón de lucha —dijo el tío Bob lentamente a la señorita Frost, como si le costara representárselo.

—Puedes acompañarnos, Bob —dijo la señorita Frost, pero miraba a mi madre—. También podéis venir Muriel y tú, Mary..., si consideras que William y yo necesitamos más de una carabina.

Pensé que toda mi puta familia iba a caerse muerta allí mismo —sólo de oír la palabra «carabina»—, pero el abuelo Harry una vez más estuvo a la altura de las circunstancias.

—Dame a mí las llaves, Bob. Ya iré yo de carabina.

—¿Tú? —exclamó Nana Victoria. (Nadie había reparado en su aparición entre bastidores.)—. ¡Con esa pinta, Harold! ¡Eres un payaso sexual! ¡No estás en condiciones de ser carabina de nadie!

—Ah, pues... —comenzó a decir el abuelo Harry, pero no pudo continuar.

Estaba rascándose debajo de uno de los pechos postizos; se abanicaba la calva

con la peluca. Hacía calor entre bastidores.

Fue así exactamente como se desarrollaron los hechos, aquella última vez que vi a la señorita Frost. Bob fue a buscar las llaves del gimnasio a la oficina de Admisiones; tendría que acompañarnos, explicó mi tío, porque sólo Herm Hoyt y él sabían dónde estaban las luces del gimnasio nuevo. (Era necesario entrar en el gimnasio nuevo y cruzar hasta el gimnasio viejo por la pasarela de cemento; no existía ningún otro acceso al pabellón de lucha).

—En mis tiempos no había gimnasio nuevo, William —decía la señorita Frost mientras recorríamos el oscuro campus de Favorite River con el tío Bob y el abuelo Harry (no con la señora Winemiller, por desgracia, porque Harry vestía una vez más sus galas de maderero). Nils Borkman había decidido acompañarnos también.

—¿Me interesa ver qué de va eso de la lucha! —dijo el ansioso noruego.

—Ver de qué va eso de la lucha —repitió el abuelo Harry.

—Vas a salir al mundo, William —dijo la señorita Frost con naturalidad—. Hay homófobos capullos en todas partes.

—¿Homocapullos? —preguntó Nils.

—Homófobos capullos —corrigió el abuelo Harry a su viejo amigo.

—Nunca he dejado entrar a nadie en el gimnasio de noche —comentaba el tío Bob sin venir a cuento.

Alguien corría en la oscuridad para alcanzarnos. Era Richard Abbott.

—Aumenta el interés popular en ver de qué va eso de la lucha, Bill —me dijo el abuelo Harry.

—No contaba con dar un taller de lucha, William; procura prestar atención, por favor. Tenemos poco tiempo —añadió la señorita Frost en el preciso momento en que el tío Bob encontraba el interruptor de la luz, y vi que la señorita Frost me sonreía.

Era nuestro destino: tener poco tiempo juntos.

Contar con la presencia del tío Bob, el abuelo Harry, Richard Abbott y Nils Borkman a modo de público no convertía forzosamente en un deporte espectáculo lo que la señorita Frost tenía que enseñarme. La iluminación en el gimnasio viejo era irregular, y nadie limpiaba los tapices desde el final de la temporada de 1961; había en ellos polvo y arenilla, y unas cuantas toallas sucias en el suelo cerca de los banquillos de los equipos. Bob, Harry, Richard y Nils se sentaron en el banquillo del equipo local; era donde la señorita Frost les había indicado que se sentaran, y los hombres obedecieron. (Cada uno a su manera, y por sus propias razones, esos cuatro hombres eran auténticos admiradores de la señorita Frost).

—Descálzate, William —empezó la señorita Frost.

Vi que ella ya se había descalzado. La señorita Frost se había pintado las uñas de los pies de color turquesa, o quizá fuese de color aguamarina, una especie de azul verdoso.

Como era una noche cálida de junio, la señorita Frost llevaba una camiseta sin mangas blanca y pantalones capri; éstos, de un color verde azulado a juego con su

esmalte de uñas, le venían un poco ajustados para la lucha. Yo vestía unas bermudas holgadas y una camiseta.

—Hola —dijo de pronto Elaine.

Yo no había advertido su presencia en el teatro. Nos había seguido desde allí hasta el gimnasio viejo (a una distancia discreta, sin duda) y ahora nos observaba sentada en la pista de atletismo de madera por encima del pabellón de lucha.

—Más lucha —me limité a decir a Elaine, pero me alegré de ver allí a mi querida amiga.

—Algún día te cruzarás con un matón, William —dijo la señorita Frost. Me aplicó desde atrás lo que Delacorte había llamado una presa al cuello—. Tarde o temprano, te zarandearán.

—Supongo —dije.

—Cuanto más grande y agresivo sea él, más te conviene arrimarte, más te conviene acercarte a él —indicó la señorita Frost. Yo percibía su olor; notaba su aliento a un lado de mi cara—. Te conviene obligado a inclinarse hacia ti; te conviene tenerlo mejilla con mejilla, así. En ese momento le inmovilizas un brazo contra su propia garganta. Así —dijo; la sangría de mi codo me dificultaba la respiración—. Te conviene obligarlo a empujar hacia ti; te conviene obligarlo a levantar ese brazo —dijo la señorita Frost.

Cuando empujé contra ella —cuando levanté el brazo para apartar la sangría de mi propio codo de la garganta—, la señorita Frost se deslizó por debajo de mi axila. En una milésima de segundo estaba al mismo tiempo a un lado y detrás de mí. Agarrándome por la nuca con una mano me forzó a bajar la cabeza y, con todo su peso, me derribó, con el hombro por delante, en el tapiz tibio y blando. Sentí un tirón en el cuello. Por la forma de caer, en un ángulo forzado, noté que se acumulaba mucha tensión en ese hombro, y en la zona de la clavícula.

—Imagínate que el tapiz es una acera de cemento, o un sencillo suelo de madera —dijo ella—. No sería tan agradable, ¿verdad?

—No —contesté.

Yo veía las estrellas; nunca antes las había visto.

—Otra vez —dijo la señorita Frost—. Déjame hacértelo unas cuantas veces más. Luego me lo harás tú a mí.

—Vale —accedí. Lo repetimos una y otra vez.

—Se llama «presa de arrastre» —explicó la señorita Frost—. Puedes hacérselo a cualquiera; basta con que esté empujándote. Puedes hacérselo a cualquiera que se ponga agresivo.

—Entiendo —dije.

—No, William; estás empezando a entender —me corrigió la señorita Frost.

Estuvimos en el pabellón de lucha más de una hora, ejercitando sólo la presa de arrastre.

—Es más fácil hacérselo a alguien más alto —explicó la señorita Frost—. Cuanto

más alto sea, y más se incline hacia ti, más fuerte será el cabezazo contra el tapiz..., o la acera, o el suelo, o la tierra. ¿Lo entiendes?

—Empiezo a entender —contesté.

Recordaré el contacto de nuestros cuerpos mientras aprendía la presa de arrastre; como en casi todo, uno encuentra cierto ritmo a partir del momento en que comienza a hacerlo bien. Sudábamos, y la señorita Frost decía:

—Cuando lo consigas otras diez veces, sin un solo fallo, podrás irte a casa, William.

—No quiero irme a casa; quiero seguir con esto —le susurré.

—¡Por nada del mundo habría querido privarme de conocerte, William! —me respondió la señorita Frost también en susurros.

—¡Te quiero! —declaré.

—Ahora no, William —dijo ella—. Si no puedes meterle al tipo su propio codo en la garganta, méteselo en la boca —me indicó.

—En la boca —repetí.

—¡No os matéis! —gritaba el abuelo Harry.

—¿Qué está pasando aquí? —oí preguntar al entrenador Hoyt.

Herm había visto las luces encendidas. Para él, el gimnasio viejo y ese pabellón de lucha eran sagrados.

—Al está enseñando a Billy la presa de arrastre, Herm —explicó el tío Bob al viejo entrenador.

—Ah, pues a Al se la enseñé yo —dijo Herm—. Así que bien debe de saber cómo se hace.

El entrenador Hoyt se sentó en el banquillo del equipo local, lo más cerca posible de la mesa de los jueces.

—¡Nunca te olvidaré! —le susurraba yo a la señorita Frost.

—William, si no puedes concentrarte en la presa de arrastre, me temo que hemos acabado —advirtió la señorita Frost.

—Vale, me concentraré: ¡otras diez presas de arrastre! —dije.

Ella se limitó a sonreírme, y me alborotó el pelo empapado en sudor. Creo que no me alborotaba el pelo desde que yo tenía trece o quince años; en todo caso, no desde hacía mucho tiempo.

—No, ya hemos acabado, William; Herm está aquí. El entrenador Hoyt puede ocuparse de la presa de arrastre —dijo la señorita Frost. De pronto la noté cansada; nunca antes la había visto cansada.

—Abrázame, pero no me beses, William; juguemos conforme a las reglas, y todos contentos —indicó la señorita Frost.

La abracé con todas mis fuerzas, pero ella no me devolvió el abrazo, o no con la fuerza con que podría haberlo hecho.

—Que vaya bien, Al —dijo el tío Bob.

—Gracias, Bob —respondió la señorita Frost.

—Tengo que irme a casa antes de que Muriel mande a la policía y los bomberos a buscarme —anunció el tío Bob.

—Ya cerraré yo, Bob —dijo el entrenador Hoyt a mi tío—. Billy y yo practicaremos unas cuantas presas de arrastre más.

—Unas cuantas más —repetí.

—Hasta que vea qué tal se te da —dijo el entrenador Hoyt—. ¿Y si todos vosotros os volvéis a casa? —preguntó el viejo entrenador—. Tú también, Richard; tú también, Harry —añadió Herm.

El entrenador probablemente no reconoció a Nils Borkman, y si reconoció a Elaine Hadley, sólo debía de saber que era la desdichada hija de un profesor que había quedado preñada de Kittredge.

—Hasta luego, Richard. ¡Te quiero, Elaine! —me despedí en voz alta cuando se iban.

—¡Y yo te quiero a ti, Billy! —oí decir a Elaine.

—Nos veremos en casa, Bill; dejaré alguna luz encendida —oí decir a Richard.

—Cuídate, Al —dijo el abuelo Harry a la señorita Frost.

—Te echaré de menos, Harry —contestó la señorita Frost.

—¡Yo también voy a echarte de menos! —oí que decía el abuelo Harry.

Comprendí que no debía mirar a la señorita Frost cuando se marchaba, y no lo hice. A veces sabes que no volverás a ver a alguien.

—En la presa de arrastre, Billy, el truco está en conseguir que el otro se la haga a sí mismo; ésa es la clave —explicaba el entrenador Hoyt. Cuando nos aplicábamos la cada vez más conocida presa al cuello, tenía la sensación de que agarrar a Herm Hoyt era como agarrar el tronco de un árbol: tenía la nuca tan gruesa que apenas podías abarcársela—. Hay que meterle al otro tipo su propio codo en cualquier sitio que lo incomode, Billy —decía Herm—. En la garganta, en la boca; méteselo por la nariz si le cabe. Sólo estás metiéndole el codo en la cara para obligarlo a reaccionar. Lo que quieres es que reaccione más de la cuenta, Billy, eso es lo único que pretendes.

El viejo entrenador me aplicó unas veinte presas de arrastre; eran muy fluidas, pero yo ya tenía el cuello machacado.

—Vale, ahora te toca a ti. Veamos cómo lo haces —me indicó Herm Hoyt.

—¿Veinte veces? —pregunté. (Se dio cuenta de que yo lloraba).

—Empezaremos a contar las veces en cuanto dejes de llorar, Billy. Calculo que llorarás durante las primeras cuarenta presas poco más o menos; entonces empezaremos a contar —propuso el entrenador Hoyt.

Permanecimos en el gimnasio viejo durante otras dos horas por lo menos, quizá tres. Yo había dejado de contar las presas de arrastre, pero empezaba a tener la sensación de que sería capaz de realizar una presa de arrastre dormido, o borracho, lo cual era una idea extraña porque nunca me había emborrachado. (Había una primera vez para todo, y yo tenía muchas primeras veces por delante).

En un momento dado cometí el error de decirle al viejo entrenador:

—Creo que sería capaz de hacer una presa de arrastre con los ojos vendados.

—¿Ah, sí, Billy? —preguntó Herm—. Quédate aquí, no te muevas del tapiz.

Se fue a algún sitio; lo oía en la pasarela, pero no lo veía. De pronto se apagaron las luces, y el pabellón de lucha quedó totalmente a oscuras.

—¡No te preocupes, tú quédate donde estás! —me indicó el entrenador a voz en cuello—. Ya te encontraré yo, Billy.

No tardé en percibir su presencia; me echó una presa al cuello con su fuerte mano y quedamos trabados en la negrura envolvente.

—Si puedes tocarme, no necesitas verme —dijo Herm—. Si me has agarrado por el cuello, ya sabes más o menos dónde tengo los brazos y las piernas, ¿no?

—Sí, entrenador —contesté.

—Más te vale que me hagas la presa de arrastre antes de que te la haga yo, Billy —dijo Herm. Pero me faltó rapidez. El entrenador Hoyt aplicó su presa de arrastre antes; me di de pleno en la cabeza—. Supongo que ahora te toca a ti, Billy; pero no me hagas esperar toda la noche —dijo el viejo entrenador.

—¿Usted sabe adónde se va ella? —le pregunté al cabo de un rato.

El gimnasio viejo se hallaba oscuro como boca de lobo, y los dos descansábamos tendidos en el tapiz.

—Al me ha pedido que no te lo diga, Billy —respondió Herm.

—Entiendo —dije.

—Yo siempre supe que Al quería ser una chica. —La voz del viejo entrenador procedía de la oscuridad—. Lo que no sabía era que tuviera los huevos para hacerla realidad, Billy.

—¡Uy, que si tiene huevos! ¡Vaya uno! —exclamé.

—Una, Billy. ¡Vaya una! —corrigió Herm Hoyt, y soltó una vehemente carcajada.

Alrededor de la pista de madera suspendida encima de nosotros había ventanas; la primera luz del alba les confería un resplandor apagado.

—Óyeme, Billy —dijo el viejo entrenador—. Sabes una sola maniobra. Es una presa de arrastre bastante buena, pero es sólo una maniobra. Con ella puedes tumbar a un tipo, quizá hacerle un poco de daño. Pero un tipo duro se levantará y volverá a ir a por ti. Una sola maniobra no te convierte en luchador, Billy.

—Ya —contesté.

—Una vez aplicada la presa de arrastre, sal por piernas, donde quiera que estés, Billy. ¿Captas? —preguntó el entrenador Hoyt.

—Es una sola maniobra. La aplico y salgo corriendo. ¿Es eso lo que me está diciendo? —pregunté.

—La aplicas y sales corriendo. Sabes correr, ¿no? —dijo el viejo entrenador.

—¿Qué va a ser de ella? —pregunté de pronto.

—Eso no puedo decírtelo, Billy —respondió Herm con un suspiro.

—Ella conoce más de una maniobra, ¿no? —pregunté.

—Sí, pero Al ya tiene una edad —afirmó el entrenador Hoyt—. Será mejor que te



vayas a casa, Billy; ya hay luz suficiente para ver el camino.

Le di las gracias. Luego atravesé el campus de Favorite River, absolutamente vacío. Deseaba ver a Elaine, y abrazarla y besarla, pero no creía que ése fuera nuestro futuro. Tenía un verano por delante para explorar el tan cacareado todo sexual con Tom Atkins, pero a mí me gustaban los chicos y las chicas; sabía que Atkins no podía proporcionármelo todo.

¿Era yo tan romántico para creer que la señorita Frost sabía eso de mí? ¿Creía yo que ella había sido la primera que entendió que ninguna persona podría dárme todo jamás?

Sí, probablemente. Al fin y al cabo, sólo tenía diecinueve años: era un chico bisexual con una presa de arrastre bastante buena. Era una sola maniobra, y yo no era luchador, pero uno puede aprender mucho de buenos maestros.

## ESPAÑA

«Tú espera, William», había dicho la señorita Frost. «El momento de leer *Madame Bovary* es cuando tus esperanzas y deseos románticos se han estrellado y crees que tus relaciones futuras tendrán consecuencias decepcionantes, o incluso devastadoras».

«Pues esperaré a leerla hasta entonces», le había asegurado yo.

¿Tiene algo de raro, pues, que fuera ésa la novela que me llevé a Europa durante el verano de 1961, a mi viaje con Tom?

Nada más empezar a leer *Madame Bovary*, Atkins me preguntó: «¿Quién es ella, Bill?». Por su tono de voz, y por cómo se mordía lastimeramente el labio inferior, percibí que el pobre Tom tenía celos de Emma Bovary. ¡Yo ni siquiera conocía aún a esa mujer! (Aún estaba leyendo sobre el patán de Carlos).

Incluso compartí con Atkins el fragmento en que el padre de Carlos anima al chico a «echarse al colete buenos tragos de ron y a insultar a las procesiones». (Una educación prometedora, concluí yo, muy muy erróneamente). Pero cuando le leí al pobre Tom la observación que definía a Carlos —«la audacia de su deseo protestó contra el servilismo de su conducta»—, comprendí lo hiriente que podía resultarle. No sería la última vez que subestimara el complejo de inferioridad de Atkins. Después de esa primera vez no pude leer *Madame Bovary* para mí solo; se me permitía leer esa novela únicamente si se la leía en voz alta palabra por palabra a Tom Atkins.

Admito que no todo nuevo lector de *Madame Bovary* desarrolla a partir de esa novela un sentimiento de desconfianza (rayana en el aborrecimiento) hacia la monogamia, pero mi desprecio por la monogamia nació en el verano de 1961. Para ser justos con Flaubert, fue la timorata necesidad de monogamia del pobre Tom lo que yo detestaba.

¡Qué manera tan espantosa de leer esa maravillosa novela: en voz alta a Tom Atkins, quien temía la infidelidad incluso cuando la primera aventura sexual de su joven vida acababa de iniciarse! La aversión de Atkins por el adulterio de Emma era equiparable a su reflejo nauseoso ante la palabra «vagina»; no obstante, el pobre Tom sentía ya repulsión por Emma mucho antes de que ella cayera en la infidelidad: la descripción de sus «zapatos de raso, cuya suela se había amarilleado con la resbaladiza cera del suelo» le asqueó.

—¿A quién le importan los pies de esa mujer repugnante? —exclamó Atkins.

Naturalmente era el corazón de Emma lo que Flaubert ponía al descubierto: «en el frote con la riqueza, se le había pegado algo que ya jamás se borraría».

—Como la cera en sus zapatos, ¿es que no lo ves? —pregunté al pobre Tom.

—Emma es nauseabunda —contestó Atkins.

Lo que a mí pronto me pareció nauseabundo fue su convicción de que hacer el amor conmigo era el único remedio a su «sufrimiento» después de escuchar *Madame Bovary*.

—¡Pues déjame que lo lea yo solo! —rogué.

Pero entonces me habría reprochado que no le prestara atención o, peor aún, ¡que prefiriese la compañía de Emma a la suya!

Por tanto, leí en voz alta para Atkins —«estaba llena de furiosas apetencias, de rabia, de odio»— mientras él se retorció; era como si lo torturara.

Cuando le leí en voz alta esa parte en que Emma se deleita con la idea misma de tener su primer amante —«como si estuviera reviviendo la pubertad»—, temí que Atkins vomitara en nuestra cama. (Pensé que Flaubert habría sabido valorar la ironía de que el pobre Tom y yo estuviésemos en Francia en ese momento y no hubiera inodoro en nuestra habitación de la pensión, sino sólo bidet).

Mientras Atkins iba a vomitar al bidet, reflexioné sobre lo excitante que a mí me resultaba esa misma infidelidad que el pobre Tom en realidad temía, a saber, la mía. Con la ayuda accidental de *Madame Bovary*, comprendo ahora por qué añadí la monogamia a la lista de cosas desagradables que relacionaba con la vida exclusivamente heterosexual, pero —para ser más exactos— fue Tom Atkins el culpable. Allí estábamos, en Europa —experimentando el todo sexual del que me había privado de forma tan protectora la señorita Frost—, y Atkins ya se reconcomía ante la contingencia de que yo lo abandonara (quizá, pero no necesariamente, por otra persona).

Mientras Atkins arrojaba en aquel bidet de Francia, yo le seguía leyendo en voz alta acerca de Emma Bovary. «Y recordó a las heroínas de los libros que había leído, la lección lírica de aquellas mujeres adúlteras se puso a cantar en su memoria con voces de hermanas que la seducían». (¿No les parece magnífico?).

Sí, de acuerdo, era cruel —cómo levantaba la voz al llegar a eso de las «mujeres adúlteras»—, pero las arcadas de Atkins eran muy ruidosas, y yo quería que se me oyera por encima del agua que corría en el bidet.

Tom y yo nos hallábamos en Italia cuando Emma se envenenaba y moría. (Coincidió más o menos con el momento en que sentí el impulso de seguir mirando a aquella prostituta con un levísimo asomo de bigote, y el pobre Tom advirtió que la miraba).

—«No tardó en vomitar sangre» —leí en voz alta.

Para entonces creía entender ya qué cosas desaprobaba Atkins —cosas que a la vez a mí me atraían—, pero no había previsto la vehemencia con que él era capaz de desaprobarnos. Atkins prorrumpió en vítores cuando se acercaba el final, y Emma vomitaba sangre.

—A ver si te entiendo, Tom —dije, interrumpiendo la lectura poco antes del momento en que Emma comienza a gritar—. Tus vítores me inducen a pensar que

Emma está recibiendo su merecido. ¿Es eso lo que quieres decir?

—Por favor, Bill, claro que se lo merece. ¡Fíjate en lo que ha hecho! ¡Fíjate en cómo se ha portado!

—Se ha casado con el hombre más aburrido de Francia, pero como anda follando por ahí, se merece una muerte con sufrimiento, ¿es así como tú lo ves, Tom? —pregunté—. Emma Bovary se aburre, Tom. ¿Debe seguir aburiéndose y ganarse así el derecho a morir plácidamente, mientras duerme?

—Tú te aburres, ¿no, Bill? Tú te aburres conmigo, ¿no? —preguntó Atkins lastimeramente.

—No todo tiene que ver con nosotros, Tom —dije.

Yo lamentaría esa conversación. Años más tarde, cuando Tom Atkins se moría —en un tiempo en que muchos moralistas creían que el pobre Tom, y otros como él, se merecían la muerte—, lamenté haber abochornado a Atkins, o haberle dado motivos para avergonzarse.

Tom Atkins era buena persona, sólo que era un tipo inseguro y un amante empalagoso. Era uno de esos chicos que nunca se habían sentido amados, y volcó expectativas poco realistas en nuestra relación veraniega. Atkins era manipulador y posesivo, pero sólo porque quería que yo fuese el amor de su vida. Creo que el pobre Tom temía no ser amado nunca; imaginaba que podía constreñir la búsqueda del amor de su vida a una sola visita al mercado en un único verano.

En cuanto a eso de encontrar uno el amor de su vida, mis ideas eran muy distintas de las de Tom Atkins; ese verano de 1961 no tenía la menor prisa por salir del mercado: ¡acababa de entrar!

En *Madame Bovary*, no muchas páginas después, leería en voz alta la escena de la muerte de Emma, su última convulsión, cuando oye el golpeteo del bastón del ciego y su canto ronco. Emma muere imaginando «la horrible faz del mísero, que se levantaba en las tinieblas eternas como un endriago».

Atkins temblaba de culpabilidad y terror.

—¡Eso no se lo desearía a nadie, Bill! —exclamó el pobre Tom— ¡No quería decir eso, no quería decir que se mereciera eso, Bill!

Recuerdo que lo abracé mientras lloraba. *Madame Bovary* no es una historia de terror, pero ése fue el efecto que ejerció la novela en Tom Atkins. Tenía la piel muy clara, con pecas en el pecho y la espalda, y cuando se disgustaba y lloraba, su cara enrojecía —como si lo hubieran abofeteado— y daba la impresión de que se le inflamaban las pecas.

Cuando seguí leyendo *Madame Bovary* —esa parte donde Carlos encuentra la carta de Rodolfo a Emma (Carlos, en su extrema estupidez, se dice que su esposa infiel y Rodolfo debían de haberse amado «platónicamente») —, Atkins se estremecía, como si le doliera algo.

—«Carlos no era de los que llegan al fondo de las cosas» —proseguí, mientras el pobre Tom gemía.

—¡Ay, Bill, no, no, no! Por favor, dime que no soy como Carlos. ¡A mí sí me gusta llegar al fondo de las cosas! —exclamó Atkins—. ¡Ay, Bill, te juro que sí, te lo juro, te lo juro!

De nuevo se deshizo en lágrimas, como volvería a ocurrirle en la hora de su muerte, cuando el pobre Tom llegara, en efecto, al fondo de las cosas. (No era el fondo que todos veíamos venir).

—¿Existen las tinieblas eternas, Bill? —me preguntaría Atkins un día—. ¿Hay una faz de endriago esperándonos allí?

—No, no, Tom —contestaría yo en un intento de tranquilizarlo—. O bien son sólo tinieblas..., sin endriago ni nada..., o es una luz muy intensa, lo que se dice fabulosa de verdad, y hay muchas cosas extraordinarias que ver.

—En cualquier caso, nada de endriagos, ¿verdad, Bill? —me preguntaría el pobre Tom.

—Exacto, Tom, nada de endriagos.

Seguíamos en Italia, ese verano de 1961, cuando llegué al final de *Madame Bovary*; para entonces, Atkins estaba tan sumido en la autocompasión que yo me había encerrado disimuladamente en el cuarto de baño y había leído el final para mí solo. Llegada la hora de leerlo en voz alta, me salté el párrafo de la autopsia de Carlos: ese fragmento horripilante en que lo abren y no encuentran nada. Prefería no vérmelas con la angustia del pobre Tom ante la palabra «nada». («¿Cómo podía no haber nada, Bill?», imaginé que preguntaría Atkins).

Tal vez fuera por culpa del párrafo que omití en la lectura, pero Tom Atkins no se quedó conforme con el final de *Madame Bovary*.

—No es muy satisfactorio —se quejó Atkins.

—¿Y qué tal una mamada, Tom? —pregunté—. Ya verás tú lo que es satisfactorio.

—Hablaba en serio, Bill —respondió Atkins, irritado.

—Yo también, Tom, yo también —dije.

Después de ese verano, no supuso una sorpresa ni para él ni para mí que cada uno siguiera su camino. Por un tiempo, mantener una correspondencia limitada pero cordial fue más fácil que vemos. Mientras íbamos a la universidad no supe nada de Atkins durante un par de años; supuse que tal vez había intentado buscarse una novia, pero alguien me contó que Tom había perdido el norte a causa de las drogas, y que su homosexualidad había salido a la luz de manera desagradable y muy pública. (¡En Amherst, Massachusetts!). Eso ocurrió muy a principios de los sesenta, y por entonces la palabra «homosexual» sonaba a algo intimidatoriamente clínico; en esa época, huelga decir, los homosexuales carecían de «derechos», ni siquiera formaban un «grupo». En el 68 yo aún vivía en Nueva York, y ni en Nueva York existía lo que yo habría llamado una «comunidad» gay, no una auténtica comunidad. (Todo se reducía al ligoteo en determinados espacios públicos).

Supongo que la frecuencia con que los homosexuales coincidían en las consultas

de los médicos tal vez constituyera otra clase de comunidad; lo digo en broma, pero tenía la impresión de que entre nosotros la gonorrea era una verdadera plaga. De hecho, un médico homosexual (que me trataba por unas purgaciones) me dijo que los hombres bisexuales deberían usar condón.

No recuerdo si el médico de las purgaciones me explicó por qué, ni si yo se lo pregunté; debí de tomar su consejo poco amistoso como una prueba más de los prejuicios contra los bisexuales, o tal vez ese médico me recordó al doctor Harlow en versión gay. (En 1968 conocía a muchos homosexuales; a ellos sus médicos no les decían que usaran condón).

La única razón por la que recuerdo este incidente es que estaba a punto de publicar mi primera novela, y acababa de conocer a una mujer que me interesaba en ese sentido; al mismo tiempo, claro, me veía continuamente con hombres homosexuales. No fue sólo por el médico de las purgaciones (con su aparente prejuicio contra los bisexuales) por lo que empecé a usar condón; atribuyo a Esmeralda el mérito de mi aceptación de los condones, y añoraba a Esmeralda, sin duda la añoraba.

Comoquiera que fuese, cuando volví a saber de Tom Atkins, yo ya usaba condones y el pobre Tom tenía mujer e hijos. Como si eso no fuera de por sí asombroso, ¡nuestra correspondencia había degenerado en postales navideñas! Así descubrí, por medio de una foto navideña, que Tom Atkins tenía familia: un niño —el mayor— y una niña. (No me invitaron a la boda, ni que decir tiene).

En el invierno de 1969 me convertí en un novelista publicado. Me había visto arrastrado a Los Ángeles por la mujer a quien conocí en Nueva York más o menos en la época en que me dejé convencer sobre el uso del condón; se llamaba Alice, y era guionista. Que Alice me dijera que no tenía interés en «adaptar» mi primera novela me tranquilizó en cierto modo.

—No voy por ahí —aseguró Alice—. Para mí, nuestra relación es más importante que un trabajo.

Yo le había repetido a Larry las palabras de Alice, pensando que tal vez eso lo tranquilizara en cuanto a ella. (Larry había coincidido con Alice sólo una vez; no le había caído bien).

«Quizá deberías plantearte, Bill, el verdadero significado de la afirmación de Alice», sugirió Larry. «¿y si ya ha repartido tu novela por todos los estudios y nadie se ha interesado?».

El caso es que fue mi viejo amigo Larry el primero en decirme que nadie querría llevar al cine mi primera novela; también fue él quien me dijo que yo detestaría la vida en Los Ángeles, aunque Larry, sospecho, quería decir en realidad que detestaría vivir con Alice (o eso esperaba él). «Ésta no es tu soprano suplente, Bill», dijo Larry.

Pero a mí sí me gustó la vida con Alice: Alice era la primera mujer con quien vivía que estaba enterada de que yo era bisexual. Decía que no le importaba. (Alice era bisexual).

También fue Alice la primera mujer con quien hablé de tener un hijo; pero, al igual que yo, no era una entusiasta de la monogamia. Nos habíamos trasladado a Los Ángeles con una fe bohemía en la perdurable superioridad de la amistad. Alice y yo éramos amigos, y ambos creíamos que el concepto de «la pareja» era una idea antediluviana. Nos habíamos dado permiso para tener amantes, aunque con limitaciones; a saber, Alice no tenía inconveniente en que yo me viera con hombres pero sí con otras mujeres, y yo le dije que no tenía inconveniente en que ella se viera con mujeres pero sí con otros hombres.

«Uy, uy, uy», había dicho Elaine. «Dudo que esa clase de apaños salga bien».

En ese momento no debí de considerar a Elaine una autoridad en «apaños»; también sabía que ya por entonces, en 1969, Elaine había manifestado un interés intermitente en que viviéramos juntos. Pero Elaine se mantenía firme en su determinación de no tener hijos; no había cambiado de idea respecto al tamaño de la cabeza de los bebés.

Alice y yo creíamos asimismo, muy ingenuamente, en la perdurable superioridad de los escritores. Como es lógico, no nos considerábamos rivales. Ella era guionista, yo novelista. ¿Qué podía torcerse? («Uy, uy, uy», como diría Elaine).

Había olvidado que mi primera conversación con Alice había sido sobre el reclutamiento. Cuando me emplazaron para la revisión médica —no recuerdo cuándo fue exactamente, ni muchos otros detalles, porque ese día tenía una resaca espantosa—, marqué la casilla que decía algo así como «tendencias homosexuales», palabras que, si la memoria no me engaña, pronuncié para mí en susurros con acento austriaco, como si *Herr Doktor Grau* siguiera vivo y me hablara.

El psiquiatra castrense era un teniente muy carca; a él sí lo recuerdo. Dejó la puerta de la consulta abierta mientras me interrogaba —para que los reclutas que esperaban su turno nos oyeran—, pero yo ya había pasado anteriormente por tácticas de intimidación muchísimo más sagaces. (Kittredge, sin ir más lejos).

«¿Y entonces qué pasó?», había preguntado Alice mientras le contaba la anécdota. Era la persona ideal para contarle una anécdota; siempre daba la impresión de que Alice se moría de ganas de oír qué ocurría a continuación. Pero Alice empezaba a impacientarse por la vaguedad de mi anécdota sobre el reclutamiento.

—¿No le gustan las chicas? —me había preguntado el teniente.

—Sí, sí, sí me gustan las chicas —respondí.

—¿Cuáles son exactamente sus «tendencias homosexuales», pues? —preguntó el psiquiatra castrense.

—También me gustan los hombres —contesté.

—¿Ah, sí? —preguntó él—. ¿Le gustan los hombres más que las chicas? —prosiguió el psiquiatra en voz muy alta.

—En fin, es que es muy difícil elegir —declaré casi con arrobo—. ¡De verdad, de verdad que me gustan los dos!

—Ajá —dijo el teniente—. ¿Y considera que esa tendencia continuará?

—¡Pues sí, eso espero, desde luego! —respondí con todo el entusiasmo que conseguí reunir. (A Alice le encantaba esta anécdota, o al menos eso decía. Opinaba que sería una escena divertida en una película).

«La palabra “divertida” debería haberte puesto sobre aviso, Bill», me diría Larry mucho después, cuando ya había regresado a Nueva York. «O la palabra “película”, quizá».

Lo que debería haberme puesto sobre aviso acerca de Alice era que tomaba notas mientras hablábamos. «¿Quién toma notas en las conversaciones?», me había preguntado Larry; sin esperar respuesta, había preguntado también: «¿Y a cuál de vosotros dos le gusta que ella no se afeite las axilas?».

Un par de semanas después de haber marcado la casilla de «tendencias homosexuales», o lo que fuera que decía aquel impreso absurdo, recibí mi comunicado de clasificación, o tal vez fuera mi comunicado de *reclasificación*. Me parece que era el 4-F; fui declarado «no apto»; añadía algo sobre los «parámetros físicos, mentales o morales establecidos».

—Pero ¿qué decía textualmente la notificación? ¿Cuál era tu clasificación exacta? —me había preguntado Alice—. No es posible que sólo te parezca que era el 4-F.

—No me acuerdo, ni me importa —contesté.

—¡Pero eso es una vaguedad! —se quejó Alice.

La palabra «vaguedad», naturalmente, debería haberme puesto también sobre aviso.

Hubo una carta posterior, tal vez del Servicio de Selección, pero quizá no, indicándome que visitara a un psiquiatra; no a cualquier psiquiatra, sino a uno en particular.

Yo le había enviado la carta al abuelo Harry; Nils y él conocían a un abogado, el que les llevaba los asuntos del negocio maderero. El abogado dijo que no podían obligarme a visitar a un psiquiatra; no lo hice, y no volví a saber nada de la oficina de reclutamiento. El problema fue que había escrito sobre esto —aunque de pasada— en mi primera novela. No caí en la cuenta de que era *mi novela* lo que interesaba a Alice; yo pensaba que le interesaba hasta el último detalle de mí.

«Casi todos los sitios que abandonamos en la infancia se vuelven menos fascinantes, no más», escribí en la novela. (Alice me había comentado lo mucho que le encantaba esa frase). El narrador en primera persona es un homosexual salido del armario que se enamora del protagonista, quien se niega a marcar la casilla «tendencias homosexuales»; el protagonista, que es un homosexual que no ha salido del armario, muere en Vietnam. Cabría afirmar que la historia plantea que no salir del armario puede costar la vida.

Un día noté muy nerviosa a Alice. Siempre parecía trabajar en muchos proyectos de manera simultánea; yo nunca sabía qué guión estaba escribiendo en un momento dado. Sencillamente di por supuesto que la causa de su nerviosismo era uno de esos guiones en curso, pero me confesó que un ejecutivo de los estudios al que ella



conocía había estado «agobiándola» por mí y mi primera novela.

Era un tipo a quien ella se empeñaba en menospreciar de manera sistemática. «Don Sharpie», lo llamaba a veces, apodo que yo interpretaba literalmente: «Don Peripuesto». O, de un tiempo a esa parte, «Don Pastel». Yo me imaginaba a un hombre vestido de forma impecable, pero con ropa de golfista, o al menos de colores claros. (Ya saben, pantalones verde lima, polos rosa: colores pastel).

Alice me dijo que Don Pastel le había preguntado si yo intentaría «entrometerme» en una película basada en mi novela, en el supuesto de que se llevara al cine. Don Sharpie debía de saber que ella vivía conmigo; le había preguntado si yo me «avendría» a introducir cambios en la historia.

—Sólo los cambios habituales en el paso de una novela a un guión, supongo — comentó Alice vagamente—. Es que ese tipo me hace muchas preguntas.

—¿Como qué? —quise saber.

«¿Dónde encaja en la historia lo del “servicio a la patria”?», había preguntado a Alice el ejecutivo de los estudios con ropa de colores claros. A mí la pregunta me confundió un poco; yo creía haber escrito una novela anti-Vietnam.

Pero, en opinión del ejecutivo, la razón por la que el protagonista homosexual todavía en el armario no marca la casilla «tendencias homosexuales» es que se siente obligado a servir a su patria, ¡no que está dispuesto a arriesgar la vida en una guerra injusta por miedo a salir del armario!

En opinión de dicho ejecutivo de los estudios, «nuestro personaje de la voz en *off*» (se refería a mi narrador en primera persona) admite las tendencias homosexuales porque es un cobarde; el ejecutivo llegó incluso a decir: «Deberíamos dar a entender que finge». Con esa idea de «que finge», Don Sharpie sustituía *mi* idea en la novela: ¡que mi narrador en primera persona sale del armario en un acto de valentía!

—Pero ¿quién es ese individuo? —pregunté a Alice. Nadie me había hecho una oferta por los derechos cinematográficos de mi novela; dichos derechos seguían en mi poder—. Da la impresión de que alguien está escribiendo un guión —comenté.

Alice me daba la espalda.

—No hay ningún guión —masculló—. Es que ese tipo me hace muchas preguntas para saber cómo sería el trato contigo —explicó Alice.

—Yo no conozco a ese individuo —dije—. ¿Cómo sería el «trato» con él, Alice?

—Quería ahorrarte una entrevista con él, Bill —se limitó a decir Alice.

Vivíamos en Santa Mónica; siempre conducía ella, así que también me ahorraba conducir. Yo me quedaba en el apartamento y escribía. Podía acercarme a pie a Ocean Avenue y ver a los indigentes; podía correr por la playa. ¿Qué me había dicho Herm Hoyt sobre la presa de arrastre? «La aplicas y sales corriendo. Sabes correr, ¿no?», había dicho el viejo entrenador.

Empecé a correr en 1969 cuando vivía en Santa Mónica. No tardaría en cumplir veintisiete años; ya estaba escribiendo mi segunda novela. Hacía ocho años que la

señorita Frost y Herm Hoyt me habían enseñado a aplicar la presa de arrastre; seguramente estaba un poco oxidado. De pronto lo de correr me pareció buena idea.

Alice me llevó en coche a la entrevista. En torno a una mesa oval en un edificio de cristal de Beverly Hills había cuatro o cinco ejecutivos de los estudios reunidos, un sol casi cegador entraba por las ventanas, pero sólo habló Don Sharpie.

—Éste es William Abbott, el novelista —me presentó Don Sharpie; puede que fuera por lo incómodo que me sentía ante aquellos ejecutivos, pero me pareció que la palabra «novelista» los inquietaba a todos.

Para mi sorpresa, Don Sharpie era un desastrado. La palabra «Sharpie» no era un cumplido al modo de vestir de aquel hombre; aludía a la marca de rotuladores que hacía girar en la mano. Detesto esos resaltadores de tinta permanente. Con ellos en realidad no se puede escribir: se desangran a través de la hoja, lo ensucian todo. Sólo sirven para anotaciones breves en los anchos márgenes de los guiones; o sea, para palabras manejables como «¡Esto es una mierda!», o «¡Al carajo con esto!».

En cuanto al origen del mote «Don Pastel»..., en fin, no se veía por ningún lado. El tipo ese era un desastrado, iba sin afeitar y vestía todo de negro. Era uno de esos ejecutivos que pretenden dar una vaga imagen de artista; llevaba un chándal negro con manchas de sudor, encima de una camiseta negra, y zapatillas de deporte negras. Don Pastel parecía muy en forma; como yo había empezado a correr, advertí a simple vista que corría más que yo. El golf no era su deporte; habría sido ejercicio insuficiente para él.

—Quizás el señor Abbott nos explique sus planteamientos —dijo Don Sharpie, haciendo girar el rotulador.

—Se los explicaré cuando, quizá, me tome en serio la idea de servir a mi patria —empecé—: cuando se revoque la legislación municipal, estatal y federal que en la actualidad penaliza los actos homosexuales entre adultos con mutuo consentimiento; cuando se deroguen las arcaicas leyes antisodomía del país; cuando los psiquiatras dejen de etiquetarnos a mis amigos y a mí con el diagnóstico de anomalías clínicas, de bichos raros deficientes desde el punto de vista médico y necesitados de «rehabilitación»; cuando los medios de comunicación dejen de presentarnos como pederastas perversos, locas, mariquitas, mariposones. De hecho, a mí me gustaría tener hijos algún día —dije. Guardé silencio por un momento para mirar a Alice, pero ella había agachado la cabeza y permanecía sentada a la mesa con una mano en la frente, tapándose los ojos. Vestía vaqueros y una camisa de faena azul remangada: su uniforme de costumbre. A la luz del sol, le destellaban los brazos velludos—. En pocas palabras —proseguí—: ¡Quizá me tome en serio la idea de servir a mi patria cuando mi patria empiece a demostrar que yo le importo mínimamente! —(Había ensayado este discurso mientras corría por la playa, desde el muelle de Santa Mónica hasta el punto donde Chautauqua Boulevard confluye con la autopista de la costa del Pacífico, ida y vuelta, pero no era consciente de que la velluda madre de mis futuros hijos y el ejecutivo de los estudios según el cual mi narrador en primera persona

debía fingir sus tendencias homosexuales actuaban en connivencia).

—¿Sabes qué es lo que más me gusta? —dijo el mismo ejecutivo de los estudios—. Me gusta esa voz en *off* sobre la infancia. ¿Cómo era, Alice? —preguntó aquel mierdecilla, el muy cobarde.

Fue entonces cuando supe que estaban liados; fue por cómo había hecho él la pregunta. Y si la «voz en *off*» existía, *alguien* ya había empezado a escribir el guión.

Alice supo que la habían descubierto. Con la mano en la frente, tapándose todavía los ojos, recitó con resignación:

—«Casi todos los sitios que abandonamos en la infancia se vuelven menos fascinantes, no más».

—¡Sí, eso es! —exclamó el ejecutivo—. Eso me encanta, tanto que debería abrir y cerrar la película, creo. Admite la repetición, ¿verdad? —me preguntó, pero no esperó respuesta—. Es el tono de voz lo que nos interesa, ¿no, Alice? —preguntó.

—Ya sabes cómo me encanta esa frase, Bill —dijo Alice, todavía tapándose los ojos.

Quizás era la ropa interior lo que Don Pastel tenía de color claro, pensé, o tal vez las sábanas.

No podía marcharme sin más. No sabía cómo volver a Santa Mónica desde Beverly Hills; Alice era la conductora de nuestra potencial familia.

«Míralo así, querido Bill», dijo Larry cuando regresé a Nueva York en otoño de 1969. «Si hubieses tenido hijos con ese simio maquinador, los niños habrían nacido con los sobacos peludos. ¡Las mujeres que quieren hijos están dispuestas a hacer y decir cualquier cosa!».

Pero creo que mi deseo de tener hijos con alguien —de acuerdo, quizá con cualquiera— era tan sincero como el de Alice. Con el tiempo, renunciaría a la idea de tener hijos, pero es más difícil poner fin al deseo de tener hijos.

—¿Crees que yo habría sido una buena madre, William? —me había preguntado la señorita Frost tiempo atrás.

—¿Tú? ¡Creo que serías una madre fantástica! —contesté.

—He dicho «habría sido», William; no «sería». Ya nunca seré madre —dijo la señorita Frost.

—Creo que habrías sido una madre extraordinaria —afirmé.

En su momento no entendí por qué la señorita Frost concedía tanta importancia a lo de «habría sido» o «sería», pero ahora sí lo comprendo. Ella había renunciado a la idea de tener hijos, pero no podía poner fin en lo que se refería al deseo de tenerlos.

Lo que realmente me cabreó del asunto de Alice y la puta película es que yo vivía en Los Ángeles cuando se produjo la redada de la policía en el Stonewall Inn, un bar gay del Greenwich Village, en junio de 1969. ¡Me perdí los disturbios en protesta por lo del Stonewall! Sí, ya sé que los primeros en contraatacar fueron chaperos y *drag*

*queens*, pero la concentración resultante en Sheridan Square —la noche posterior a la redada— fue el principio de algo. No me hizo ninguna gracia estar aislado en Santa Mónica, todavía corriendo por la playa y dependiendo de Larry para saber qué pasaba en Nueva York. Es cierto que Larry no había ido al Stonewall conmigo —ni una sola vez— y dudo que se hallara entre la clientela aquella noche de junio en que unos cuantos homosexuales se resistieron a la ya famosa redada. Pero oyendo hablar a Larry, cualquiera habría dicho que fue el primer homosexual en salir a ligar por Greenwich Avenue y Christopher Street, y que se contaba entre los parroquianos del Stonewall, o incluso que lo habían metido en un furgón para llevarlo a la cárcel junto con los *drag queens*, resistiéndose como éstos a puñetazos y patadas, cuando en realidad (como más tarde supe) Larry había estado en los Hamptons con sus mecenas de poetas, o en Fire Island con aquel joven poetastro de Wall Street al que se tiraba. (Éste se llamaba Russell).

Y sólo cuando volví a Nueva York mi queridísima amiga, Elaine, admitió que Alice le había echado los tejas la única vez que Elaine nos visitó en Santa Mónica.

—¿Por qué no me lo dijiste? —pregunté a Elaine.

—Billy, Billy —empezó Elaine, usando el mismo prefacio que su madre en sus admoniciones—, ¿no sabías que un amante inseguro siempre intenta desacreditar a los amigos de uno?

Claro que lo sabía, o debería haberlo sabido. Ya lo había descubierto por medio de Larry, y no digamos por medio de Tom Atkins.

Fue más o menos por entonces cuando volví a tener noticias del pobre Tom. Un perro (un labrador retriever) se había sumado a la fotografía de la postal navideña de la familia Atkins en 1969; en ese momento, los hijos de Tom me parecieron demasiado pequeños para ir al colegio, pero desde la ruptura con Alice yo prestaba menos atención a los niños. La postal llevaba adjunto lo que inicialmente confundí con una de esas cartas navideñas en tercera persona; estuve a punto de no leerla, pero al final lo hice.

Era el fruto de los esfuerzos de Tom Atkins por escribir una reseña de mi primera novela; como se vio, una reseña de lo más generosa (aunque torpe). Como comprobaría con el tiempo, todas las reseñas del pobre Tom sobre mis novelas concluirían con la misma frase bochornosa: «Es mejor que *Madame Bovary*, Bill; sé que no me crees, ¡pero lo es de verdad!». Viniendo de Atkins, yo sabía, claro, que cualquier cosa era mejor que *Madame Bovary*.

La fiesta por el sexagésimo cumpleaños de Lawrence Upton se celebró una gélida noche de sábado en Nueva York, en febrero de 1978. Yo ya no era amante de Larry —ni siquiera su esporádico compañero de polvos—, pero éramos íntimos amigos. Estaba a punto de publicarse mi tercera novela —en torno a la fecha de mi cumpleaños, en marzo de ese mismo año—, y Larry había leído las galeradas. La

había declarado mi mejor libro; el hecho de que Larry la elogiara tan categóricamente me asustó un poco, porque Larry no se distinguía por guardarse sus reservas.

Yo lo había conocido en Viena, cuando él tenía cuarenta y cinco años; llevaba quince años escuchando las tensas palabras de apoyo de Larry, que incluían sus a menudo zahirientes valoraciones sobre mí y mis textos.

Ahora, incluso en la suntuosa francachela organizada por su sexagésimo aniversario —en Chelsea, en la casa de piedra rojiza de Russell su joven admirador de Wall Street—, Larry me había elegido para dedicarme un brindis. Yo cumpliría los treinta y seis al mes siguiente; no estaba preparado para que Larry brindara por mí, y por mi novela a punto de ser publicada, y menos entre sus amigos, casi todos muy mayores y tan tan superiores.

—Quiero daros las gracias a casi todos por hacer que me sienta más joven de lo que soy, empezando por ti, querido Bill —había comenzado Larry. (De acuerdo, tal vez Larry estaba siendo un poco zahiriente con Russell).

Yo sabía que la noche no se prolongaría, no con todos aquellos carcamales en la reunión, pero no me había esperado un acontecimiento tan cálido. Por entonces yo no vivía con nadie; tenía unos cuantos compañeros de polvos en la ciudad —hombres de mi edad, en su mayoría— y estaba muy encariñado con una joven novelista que daba clases en el Departamento de Escritura Creativa de Columbia.

Rachel tenía sólo unos años menos que yo, poco más de treinta. Había publicado dos novelas y en esos momentos preparaba un libro de relatos; por invitación suya, había visitado una de sus clases de escritura creativa, porque los alumnos estaban leyendo una novela mía. Llevábamos acostándonos un par de meses, pero no habíamos hablado de vivir juntos. Rachel tenía un apartamento en el Upper East Side, y yo ocupaba un apartamento relativamente cómodo en la esquina de la Tercera Avenida con la calle Sesenta y cuatro Este. Mantener el Central Park entre nosotros nos parecía una idea razonable. Rachel acababa de escapar de una relación larga y claustrofóbica con alguien a quien describía como «fanático del matrimonio en serie», y yo tenía mis compañeros de polvos.

Había llevado a Elaine a la fiesta de cumpleaños de Larry. Larry y Elaine se caían muy bien; para ser sincero, hasta mi tercera novela, que Larry elogió con tanta generosidad, a mí me daba la impresión de que Larry prefería los textos de Elaine a los míos. Eso a mí no me importaba; yo opinaba lo mismo, aunque Elaine era una escritora pertinazmente lenta. Sólo había publicado una novela y una pequeña colección de relatos, pero se pasaba la vida escribiendo.

Menciono el frío que hacía esa noche en Nueva York porque, según recuerdo, ésa fue la razón por la que Elaine decidió venir a la parte alta de la ciudad y quedarse a dormir en mi apartamento de la calle Sesenta y cuatro Este; Elaine vivía en la parte baja, donde tenía alquilado el *loft* de un amigo pintor en Spring Street, y el muy tarado del pintor mantenía aquello como una nevera. Además, el frío de Manhattan era un oportuno auspicio del frío mucho mayor que debía de hacer en Vermont esa

misma noche de febrero.

Yo estaba en el cuarto de baño, preparándome para acostarme, cuando sonó el teléfono; la fiesta de Larry no había acabado tarde, como he dicho, pero sí era tarde para que yo recibiera una llamada telefónica, incluso un sábado por la noche.

—Cógelo tú, ¿quieres? —le dije a Elaine, levantando la voz.

—¿Y si es Rachel? —preguntó ella.

—¡Rachel te conoce, Elaine! ¡Sabe que no lo hacemos! —contesté desde el cuarto de baño.

—En fin, si es Rachel, quedará raro, créeme —insistió Elaine, y descolgó el teléfono—. Hola, soy Elaine, la vieja amiga de Billy —la oí decir—. No estamos haciendo el amor; lo que pasa es que hace mucho frío para quedarme sola en la parte baja de la ciudad —añadió Elaine.

Acabé de lavarme los dientes; cuando salí del cuarto de baño, Elaine ya no hablaba. O bien la otra persona había colgado, o bien quienquiera que fuese estaba echando un rapapolvo a Elaine; tal vez sí era Rachel y yo no debería haberle permitido a Elaine contestar, pensé.

Luego vi a Elaine en mi cama; había encontrado una camiseta mía limpia para usar a modo de pijama, y estaba ya entre las sábanas con el auricular pegado a la oreja y el rostro bañado en lágrimas.

—Sí, se lo diré, mamá —decía Elaine.

No imaginaba qué circunstancias podían haber inducido a la señora Hadley a llamarme; me pareció improbable que Martha Hadley tuviera mi número telefónico. Tal vez, como esa noche era un hito en la vida de Larry, me sentí inclinado a imaginar otros posibles hitos.

¿Quién había muerto? En mi cabeza se sucedieron los candidatos más probables. Nana Victoria no; ella ya había muerto. Se había «escabullido» antes de cumplir los ochenta, había oído decir yo al abuelo Harry, como si la envidiara. Puede que así fuera; Harry tenía ochenta y cuatro. Al abuelo Harry le complacía pasar las veladas en su casa de River Street, las más de las veces ataviado con la ropa de su difunta esposa.

Harry aún no se había «escabullido» a la demencia que (un día no muy lejano) nos llevaría a Richard Abbott y a mí a trasladar al viejo maderero al complejo asistencial para la tercera edad que Nils Borkman y Harry Marshall habían construido para el pueblo. Sé que ya les he contado esta historia: que los demás residentes del Complejo (como los ancianos de First Sister llamaban agoraramente al establecimiento) se quejaban de que el abuelo Harry se vestía de mujer y los «sorprendía». Llegado ese día, después de unos cuantos episodios de transformismo, yo pensaría: ¿cómo podía sorprenderse alguien de ver a Harry vestido de mujer? Pero Richard Abbott y yo trasladamos de inmediato al abuelo Harry otra vez a la intimidad de su casa en River Street donde contratamos a una enfermera para que lo atendiera las veinticuatro horas del día. (Todo esto —y más, claro está— me aguardaba en un

futuro no muy lejano).

«¡Oh, no!», pensé, cuando Elaine colgó. «¡Que no sea el abuelo Harry!».

Equivocadamente, imaginé que Elaine sabía qué estaba pensando.

—Es tu madre, Billy. Tu madre y Muriel han muerto en un accidente de coche; a la señorita Frost no le ha pasado nada —se apresuró a decir Elaine.

—A la señorita Frost no le ha pasado nada —repetí.

Pero pensaba: ¿cómo era posible que no me hubiera puesto en contacto con ella ni una sola vez en tantos años? ¡Ni siquiera lo había intentado! ¿Por qué nunca había ido en su busca? Entonces tendría sesenta y un años. De pronto me quedé atónito al pensar que no había visto a la señorita Frost, ni tenido noticias de ella, en diecisiete años. Ni siquiera había preguntado a Herm Hoyt si sabía algo de ella.

Aquella gélida noche de febrero de 1978 en Nueva York, cuando yo tenía casi treinta y seis años, ya había llegado a la conclusión de que, debido a mi bisexualidad, las mujeres heterosexuales me catalogarían como hombre menos fiable que la media a la vez que (y por las mismas razones) los hombres homosexuales nunca confiarían del todo en mí.

¿Qué habría pensado la señorita Frost de mí?, me pregunté; de mí, no de lo que escribía. ¿Qué habría pensado de mis relaciones con hombres y mujeres? ¿Había «protegido» yo a alguien alguna vez? ¿Para quién había sido yo una persona verdaderamente valiosa? ¿Cómo era posible que, ya cerca de los cuarenta, no quisiera a nadie con la misma sinceridad con que quería a Elaine? ¿Cómo era posible que no hubiera cumplido las expectativas depositadas en mí por la señorita Frost? Ella me había protegido, pero ¿por qué razón? ¿Acaso no había hecho más que retrasar mi futura promiscuidad? Ésa era una palabra que nunca se empleaba en sentido positivo, ya que si bien los hombres homosexuales eran promiscuos más a las claras —incluso más intencionadamente que los heterosexuales—, ¡a los bisexuales solían acusarlos de ser más promiscuos que nadie!

Si la señorita Frost me viera ahora, ¿a quién, en su opinión, me parecería más? (No me refiero a mi elección de parejas; me refiero a la simple cantidad de relaciones, por no hablar ya de la superficialidad).

—Kittredge —me contesté a mí mismo, en voz alta.

¡Por qué tangentes me iba con tal de no pensar en mi madre! Mi madre había muerto, pero yo no podía o no me permitía, pensar en ella.

—Ay, Billy, Billy. Ven aquí, ven aquí. No vayas por ese camino, Billy —dijo Elaine, tendiéndome los brazos.

El coche, que conducía mi tía Muriel, chocó frontalmente con el vehículo de un conductor ebrio que había invadido el carril de Muriel en la Carretera Estatal 30 de Vermont. Mi madre y Muriel volvían a casa después de una de sus visitas a Boston, a donde iban de compras los sábados; la noche de ese sábado, seguramente andaban de

palique —charloteando sin más, pegando la hebra sobre nada o sobre todo— mientras el coche lleno de esquiadores de juerga bajaba por la carretera desde Stratton Mountain y giraba en sentido este-sudeste en la Carretera Estatal 30. Mi madre y Muriel circulaban en sentido oeste-noroeste por la Carretera Estatal 30. En algún punto entre Bondville y Rawsonville los dos automóviles colisionaron. Había nieve de sobra para los esquiadores, pero la Carretera Estatal 30 estaba completamente seca y rociada de sal; la temperatura era de veinticuatro grados bajo cero, demasiado baja para nevar.

Según informó la policía del estado de Vermont, mi madre y Muriel murieron en el acto; la tía Muriel había llegado a los sesenta recientemente, mi madre habría cumplido los cincuenta y ocho en abril de ese año. Richard Abbott sólo tenía cuarenta y ocho. «Un poco joven para ser viudo», como diría el abuelo Harry. El tío Bob también era relativamente joven para ser viudo. Bob tenía la edad de la señorita Frost: sesenta y un años.

Elaine y yo alquilamos un coche y viajamos a Vermont juntos. Nos pasamos todo el camino discutiendo sobre lo que yo «veía» en Rachel, la escritora de narrativa de treinta y tantos años que daba clases en Columbia.

—O te sientes halagado cuando a los escritores más jóvenes les gusta lo que escribes, o no eres consciente, quizá, de la manera en que se acercan a ti —empezó Elaine—. Al menos durante el tiempo que has pasado con Larry has aprendido a ser cauto con los escritores mayores que te lamen el culo.

—Supongo que no soy consciente de ello: es decir, que Rachel me lame el culo. Pero Larry nunca me lamió el culo —dije. (Conducía Elaine; era una conductora agresiva, y cuando conducía, la agresividad se extendía a otros terrenos).

—Rachel está lamiéndote el culo, y tú no lo ves —afirmó Elaine. No dije nada, y Elaine añadió—: Si quieres conocer mi opinión, creo que yo tengo las tetas más grandes.

—Más grandes que...

—¡Las de Rachel!

—Ah.

Elaine nunca tuvo celos sexuales de las personas con quienes me acostaba, pero no le gustaba cuando andaba en compañía de una escritora, o escritor, más joven que ella.

—Rachel escribe en presente: «voy, ella dice, él va, pienso». Toda esa mierda —declaró Elaine.

—Sí, bueno...

—Y con el «pensando, deseando, esperando, preguntándose...», ¡toda esa mierda! —exclamó Elaine.

—Sí, ya lo sé... —comencé a decir.

—Espero que no verbalice sus orgasmos: «¡Billy, me corro!», y toda esa mierda —dijo Elaine.



—Pues no, no que yo recuerde —contesté.

—Creo que es una de esas escritoras jóvenes que mima a sus alumnos —añadió Elaine.

Elaine había dado más clases que yo; yo nunca discutía con ella sobre cuestiones de docencia, como tampoco sobre la señora Kittredge. El abuelo Harry era generoso conmigo; todos los años me daba un poco de dinero por Navidad. Yo había trabajado a tiempo parcial como profesor universitario, y como escritor residente durante algún que otro periodo, aunque en este caso nunca más de un semestre seguido. No me desagradaba dar clases, pero no había permitido que esa actividad invadiera mi tiempo dedicado a la escritura, como me constaba que sí invadía el tiempo dedicado a la escritura de muchos amigos escritores, Elaine entre ellos.

—Para que lo sepas, Elaine, considero que los pechos pequeños no son el único atractivo de Rachel —comenté.

—Eso espero, Billy, sinceramente —repuso Elaine.

—¿Sales con alguien? —pregunté a mi vieja amiga.

—¿Conoces a aquel con el que Rachel estuvo a punto de casarse?

—En persona no —respondí.

—Me echó los tejos —dijo Elaine.

—Ah.

—Me contó que, una vez, Rachel se cagó en la cama; eso me contó, Billy —dijo Elaine.

—Conmigo no ha pasado nada por el estilo, todavía —aseguré a Elaine—. Pero estaré al tanto por si detecto algo sospechoso.

Después de eso viajamos un rato en silencio. Cuando dejamos atrás el estado de Nueva York y entramos en Vermont, un poco al oeste de Bennington, salpicaban la carretera más cosas muertas; las cosas muertas de mayor tamaño habían sido retiradas al arcén, pero las veíamos igualmente. En la categoría de «mayor tamaño», recuerdo un par de ciervos, y por otro lado estaban los habituales mapaches y puercoespines. En el norte de Nueva Inglaterra mueren muchos animales atropellados en las carreteras.

—¿Quieres que conduzca yo? —pregunté a Elaine.

—Claro, sí, estaría bien —respondió Elaine en voz baja.

Buscó un sitio donde salir brevemente de la carretera y me puse al volante. Volvimos a enfilar rumbo al norte justo antes de Bennington; allí había más nieve en el bosque, y más cosas muertas en la carretera y en la cuneta.

Nos encontrábamos ya muy lejos de la ciudad de Nueva York cuando Elaine dijo:

—Ese tipo no me echó los tejos, Billy; también me he inventado eso de que Rachel se cagó en la cama.

—No pasa nada —respondí—. Somos escritores. Nos inventamos cosas.

—Sí que coincidí con alguien que estudió contigo..., y esto sucedió de verdad —explicó Elaine.

—¿Con quién? Estudió conmigo ¿dónde? —pregunté.

—En el Instituto, en Viena; era una de aquellas chicas del Instituto —dijo Elaine—. Cuando te conoció, le hablaste de tu intención de ser fiel a una novia que tenías en Estados Unidos.

—Es verdad que les dije eso a algunas chicas —admití.

—Le dije a esa chica del Instituto que yo era la novia a la que te proponías ser fiel cuando estabas en Viena —admitió Elaine.

Los dos nos reímos de eso, pero luego Elaine me preguntó, más seriamente:

—¿Sabes qué dijo esa chica del Instituto, Billy?

—No. ¿Qué? —quise saber.

—Dijo: «¡Pobrecita!». Eso dijo... Esto sucedió de verdad —concluyó Elaine.

No lo puse en duda. *Das Institut* era un centro muy pequeño; todos los alumnos se enteraron de que me tiraba a una soprano suplente... y después a un famoso poeta norteamericano.

—Si hubieses sido mi novia, sí te habría sido fiel, Elaine, o lo habría intentado sinceramente —aseguré.

La dejé llorar un rato en el asiento del acompañante.

—Si hubieses sido mi novio, también yo lo habría intentado sinceramente —dijo Elaine por fin.

Avanzamos en dirección nordeste, y en Ezra Falls doblamos y seguimos al oeste, con el cauce del río Favorite junto a nosotros, en el lado norte de la carretera. Ni siquiera en febrero, con el frío que hacía, ese río se helaba del todo. Como es natural, yo me había planteado la posibilidad de tener hijos con Elaine, pero habría sido absurdo sacar el tema en la conversación; Elaine no bromeaba sobre el tamaño de las cabezas de los bebés: en su opinión, eran enormes.

Cuando recorrimos River Street en el coche, pasando ante el edificio que en otro tiempo había sido la biblioteca pública de First Sister —ahora era el Círculo de Historia del pueblo—, Elaine dijo:

—Repasamos nuestros diálogos en aquella cama de hierro, para *La tempestad*, hace un siglo.

—Hace casi veinte años, sí —dije.

Yo no estaba pensando en *La tempestad*, ni en los diálogos repasados con Elaine en aquella cama de hierro. Guardaba otros recuerdos de esa cama, pero al pasar ante lo que antes fue la biblioteca pública, se me ocurrió —sólo diecisiete años después de que la vilipendiada bibliotecaria se marchara del pueblo— que quizá la señorita Frost había protegido (o no) a otros jóvenes en su dormitorio del sótano.

Pero ¿a qué otros jóvenes podía haber conocido la señorita Frost en la biblioteca? De pronto recordé que nunca había visto allí a ningún niño. En cuanto a adolescentes, sólo iban de vez en cuando aquellas chicas, las alumnas de secundaria condenadas a Ezra Falls. Nunca había visto a ningún chico adolescente en la biblioteca pública de First Sister, salvo la noche que apareció Tom Atkins, buscándome.

Nadie animaba a visitar esa biblioteca a los chicos de nuestro pueblo, excepto a mí. ¡Seguro que ningún padre responsable de First Sister quería que sus jóvenes hijos varones estuvieran en compañía del luchador transexual al frente del establecimiento!

De pronto comprendí por qué había tardado tanto en tener el carnet de la biblioteca; en mi familia nadie me habría presentado jamás a la señorita Frost. Eso sólo ocurrió porque Richard Abbott propuso llevarme a la biblioteca pública de First Sister, y nadie en mi familia le habría negado nada a Richard, ni nadie en mi familia reaccionó con la rapidez necesaria para anular la propuesta improvisada y bien intencionada de Richard. Yo llegué a conocer a la señorita Frost sólo porque Richard fue consciente de lo absurdo que era que un niño de trece años de un pueblo pequeño no tuviera el carnet de la biblioteca.

—A mí casi veinte años se me antojan un siglo —decía Elaine.

A mí no, intentaba decir yo, pero las palabras no me salieron. ¡A mí me parece que fue ayer!, deseé proclamar a voz en grito, pero fui incapaz de hablar.

Elaine, que vio que lloraba, apoyó la mano en mi muslo.

—Perdona que haya mencionado la cama de hierro, Billy —dijo Elaine. (Elaine, que me conocía bien, sabía que no lloraba por mi madre).

Dados los secretos que mi familia guardaba tan celosamente —aquellas vigiliass en silencio que manteníamos, ajenas a todo acto de revelación sincera—, es asombroso que yo no fuese víctima también de una educación religiosa, pero esas Winthrop no eran creyentes. El abuelo Harry y yo nos habíamos librado de esa falsedad. En cuanto al tío Bob y Richard Abbott, me consta que hubo momentos en que vivir con mi tía Muriel y mi madre debió de parecerse a la observancia religiosa: la clase de devoción abnegada que requiere el ayuno, o quizás una prueba nocturna (como permanecer en vela toda la noche, cuando irse a dormir sería lo acostumbrado y lo más natural).

—¿Qué es lo que atrae tanto de un velatorio? —nos preguntó el abuelo Harry a Elaine y a mí. Fuimos primero a su casa en River Street; yo medio esperaba que Harry nos recibiera en el papel de mujer, o al menos vestido con la ropa de Nana Victoria, pero tenía todo el aspecto de un maderero: sin afeitado, vaqueros, camisa de franela—. Es decir, ¿por qué una persona viva considera oportuno vigilar los cuerpos de los muertos, o sea, antes de llegar el momento del entierro? ¿Adónde van a irse los cuerpos de los muertos? ¿Qué necesidad hay de vigilar los cuerpos de los muertos? —preguntó el abuelo Harry.

Era Vermont; era febrero. Nadie enterraría a Muriel ni a mi madre hasta abril, cuando la tierra se deshela. Sólo me cabía suponer que la funeraria había preguntado al abuelo Harry si deseaba celebrar un velatorio como era debido; posiblemente eso había desencadenado la catilinaria.

—¡Diantres, pero si vamos a estar vigilando los cuerpos hasta la primavera! —había exclamado Harry.

No se había previsto ningún oficio religioso. El abuelo Harry tenía una casa grande; los amigos y parientes se presentarían allí para los cócteles y un bufé a cargo de una empresa de catering. La palabra «conmemorativo» estaba permitida, pero no «oficio conmemorativo»; Elaine y yo no habíamos oído mencionar la palabra «oficio». A Harry se le notaba distraído y olvidadizo. Elaine y yo pensamos que no se comportaba como un hombre que acababa de perder a sus únicas hijas, sus dos hijas; Harry parecía más bien un anciano de ochenta y cuatro años que no sabía dónde había dejado las gafas de lectura: el abuelo Harry estaba extrañamente desconectado del momento. Nos marchamos a fin de que se preparase para la «fiesta»; Elaine y yo no lo entendimos mal: Harry había utilizado la palabra «fiesta».

—Uy, uy, uy —había dicho Elaine cuando salíamos de la casa de River Street.

Era la primera vez que volvía a «casa» en época lectiva —es decir, al apartamento de Richard Abbott reservado al profesorado en el Bancroft Hall— desde que había estudiado en Favorite River. Pero, para Elaine, lo jóvenes que parecían los alumnos fue más turbador.

—No veo a nadie con quien poder siquiera imaginar que hago el amor —dijo Elaine.

Al menos el Bancroft seguía siendo una residencia para chicos; ya bastante nos desconcertaba ver a todas aquellas chicas en el campus. En un proceso por el que pasaron casi todos los internados no mixtos de Nueva Inglaterra, Favorite River se había convertido en una institución para ambos sexos en 1973. El tío Bob ya no trabajaba en Admisiones. El Hombre de la Raqueta había reorientado su carrera hacia el Departamento de Relaciones con los Ex Alumnos. Me imaginaba perfectamente al tío Bob dedicado al lisonjeo en un comité de recepción, con un don natural para captar la buena voluntad (y el dinero) de algún exalumno sentimental de Favorite River. Bob también tenía un talento especial para incorporar sus solicitudes de información a los avisos dirigidos a las distintas promociones en la revista de los exalumnos de la academia, *The River Bulletin*. Bob había desarrollado una gran pasión por seguir el rastro a aquellos graduados esquivos de Favorite River que no se mantenían en contacto con su antiguo colegio. (El tío Bob titulaba a esas solicitudes: «Sección Gritos de Socorro: ¿Dónde Te Has Metido?»).

Mi prima Gerry me había prevenido de que la propensión de Bob a la bebida se había «desbocado» debido a sus muchos viajes al servicio del Departamento de Relaciones con los Ex Alumnos, pero yo consideraba a Gerry la última Winthrop viva, aunque en versión lesbiana, un tanto aguada, del gen de la firme desaprobación. (Recordarán que yo siempre había pensado que se exageraba la mala fama del tío Bob con la bebida).

Cambiando de tema: a nuestro regreso al Bancroft Hall, Elaine y yo descubrimos que Richard Abbott había perdido el habla, y que el señor y la señora Hadley no se dirigían la palabra. La incomunicación entre Martha Hadley y su marido no me era desconocida; Elaine había vaticinado hacía tiempo que sus padres iban camino del

divorcio. («No habrá acritud, Billy; ya sienten mutua indiferencia», me había dicho Elaine). Y Richard Abbott me había confiado —es decir, antes de la muerte de mi madre, cuando Richard todavía conservaba el habla— que mi madre y él ya no tenían trato con los Hadley.

Elaine y yo habíamos hecho cábalas sobre el misterioso detalle de que «ya no tenían trato». Naturalmente, eso encajaba con la teoría de Elaine, concebida hacía ya veinte años, de que su madre estaba enamorada de Richard Abbott. Como yo me había encaprichado de la señora Hadley y también de Richard, ¿qué podía aportar a esa conversación?

Siempre había creído que Richard Abbott era un hombre infinitamente mejor de lo que mi madre merecía, y que Martha Hadley era demasiado buena para el señor Hadley. No sólo nunca pude recordar el nombre de pila de ese hombre, si es que alguna vez lo tuvo; algo en el fugaz roce del señor Hadley con la fama —su fama se debió a su irrupción como especialista en historia política, y portavoz de la protesta, durante la guerra del Vietnam— lo había desplazado de su entorno. Si en otro tiempo daba la impresión de que el señor Hadley estaba distanciado de su familia —no se limitaba a exhibir una actitud remota con su mujer, la señora Hadley, sino que también parecía alejado de su única hija, Elaine—, su identificación con una causa (sus cruzadas anti-Vietnam con los alumnos de Favorite River) lo separó por completo de Elaine y Martha Hadley, y más adelante lo llevó a no tratar apenas (si es que trataba) con adultos.

Eso es algo que pasa en los internados: de vez en cuando hay un profesor, un hombre, insatisfecho con su vida de adulto. Intenta convertirse en un alumno más. En el caso del señor Hadley —según Elaine—, su desafortunada regresión a la etapa de estudiante cuando pasaba ya de los cincuenta coincidió con la decisión de la academia Favorite River de admitir chicas. Eso ocurrió sólo dos años después del final de la guerra de Vietnam.

«Uy, uy, uy», como había oído decir a Elaine tantas veces, pero en esta ocasión añadió: «Cuando se acabe la guerra, ¿qué cruzada encabezará mi padre? ¿Cómo va a despertar el interés de todas esas chicas?».

Elaine y yo no vimos a mi tío Bob hasta la «fiesta». Yo acababa de leer la solicitud de información del Hombre de la Raqueta en el número más reciente de *The River Bulletin*; adjunto a los avisos dirigidos a la Promoción de 1961, que era mi promoción, aparecía cierto mensaje lastimero, incluido en la «Sección Gritos de Socorro: ¿Dónde Te Has Metido?».

«¿A ti qué te pasa, Jacques Kittredge?», había escrito el tío Bob. Después de licenciarse en Yale (1965), Kittredge había completado un ciclo de tres años en la Escuela de Arte Dramático de Yale; había obtenido un master en bellas artes en 1967. A partir de ese punto, no habíamos vuelto a saber de él.

—¿Un puto master en qué? —había preguntado Elaine hacía más de diez años cuando *The River Bulletin* había tenido noticia de (o acerca de) Kittredge por última

vez. Elaine se refería a que el suyo podría haber sido un título en interpretación, diseño escenográfico, diseño de sonido, dirección, composición teatral, escenografía, diseño técnico y producción, gestión, o incluso dramaturgia y crítica teatral—. Me juego algo a que es un puto crítico —dijo Elaine.

Le aseguré que me traía sin cuidado lo que fuese Kittredge; dije que no quería saberlo.

—Sí, claro que quieres saberlo. A mí no me engañas, Billy —había dicho Elaine.

Y ahora allí estaba el Hombre de la Raqueta, repantigado en un sofá en el salón de la casa del abuelo Harry, o, para ser más exactos, hundido en un sofá, como si se requiriese todo un equipo de lucha para volver a poner de pie a Bob.

—Siento lo de la tía Muriel —le dije.

El tío Bob tendió los brazos desde el sofá para abrazarme, derramando su cerveza.

—¡Qué mierda, Billy! —exclamó Bob—. Desaparecen quienes menos te esperas.

—Desaparecen —repetí con cautela.

—Sin ir más lejos, Billy, ese compañero de clase tuyo. ¿Quién habría dicho que Kittredge sería un candidato a desaparecer? —preguntó el tío Bob.

—No pensarás que ha muerto, ¿verdad? —pregunté al Hombre de la Raqueta.

—Una causa más probable es la poca disposición a comunicarse —admitió el tío Bob.

Hablaba tan despacio que la palabra «comunicarse» sonó como si tuviera siete u ocho sílabas; comprendí que Bob llevaba una borrachera plácida pero espectacular, pese a que la reunión en memoria de mi tía Muriel y mi madre acababa de empezar.

Había unas cuantas botellas vacías a los pies de Bob; después de dejar caer la botella ahora vacía que había estado bebiéndose (y derramando), ocultó bajo el sofá, de una diestra patada, todas las botellas menos una..., sin miradas siquiera.

En otro tiempo me preguntaba si Kittredge habría ido a Vietnam; presentaba cierto aspecto de héroe. Conocía a otros dos luchadores de Favorite River que habían muerto en la guerra. (¿Se acuerdan de Wheelock? Yo apenas me acuerdo de él: un Antonio oportunamente «aventurero», amigo de Sebastián, en *Noche de reyes*. ¿Y de Madden, el peso pesado con tendencia a la autocompasión que interpretó a Malvolio en esa misma obra? Madden siempre se vio como una «víctima perpetua»; eso es lo único que recuerdo de él).

Pero, borracho como estaba, el tío Bob debió de leerme el pensamiento, porque de repente dijo:

—Conociendo a Kittredge, seguro que se escaqueó de Vietnam... de una manera u otra.

—Seguro que sí —me limité a decirle a Bob.

—Sin ánimo de ofender, Billy —añadió el Hombre de la Raqueta, aceptando otra cerveza de la camarera del servicio de catering, una mujer más o menos de la edad de mi madre, o de la de Muriel, con el pelo teñido de rojo.

Me sonaba vagamente; tal vez trabajaba con el tío Bob en el Departamento de

Relaciones con los Ex Alumnos, o acaso había trabajado con él (años atrás) en el Departamento de Admisiones.

—Mi padre ya estaba como una cuba cuando ha llegado —nos dijo Gerry a Elaine y a mí mientras hacíamos cola los tres en el bufé.

Yo conocía a la novia de Gerry: era humorista y trabajaba de vez en cuando en un club del Village que yo frecuentaba. Actuaba con semblante inexpresivo y siempre vestía un traje negro de hombre, o un esmoquin, con una camisa de gala blanca holgada.

«Sin sujetador», había observado Elaine, «pero la camisa le queda grande, y la tela no es transparente. El caso es que no quiere que se sepa que tiene pechos, ni cómo son».

«Ah».

—Siento lo de tu madre, Billy —dijo Gerry—. Sé que era del todo disfuncional, pero al fin y al cabo era tu madre.

—Yo siento lo de la tuya —contesté a Gerry.

La humorista soltó una especie de resoplido de caballo.

«No tan inexpresiva como de costumbre», diría Elaine más tarde.

—Alguien tendrá que quitarle las llaves del coche a mi puto padre —dijo Gerry.

Yo no perdía de vista al abuelo Harry. Temía que abandonara furtivamente la fiesta para reaparecer luego por sorpresa como reencarnación de Nana Victoria. Nils Borkman tampoco perdía de vista a su viejo socio. (Si la señora Borkman estaba allí, o bien no la vi, o bien no la reconocí).

—Seré el refuerzo en la vigilancia de tu abuelo —me dijo Nils—. Si se le van de las manos las rarezas, ¡te haré una emergencia de aviso!

—¿Qué rarezas? —pregunté.

Precisamente en ese momento el abuelo Harry habló de pronto.

—Siempre llegan tarde, estas chicas. No sé dónde están, pero ya aparecerán. Venga, adelante, empezad a comer todos. Hay comida de sobra. Las chicas ya encontrarán algo de comer cuando lleguen.

Ante esto se impuso el silencio.

—Ya le he dicho que sus chicas no vendrán a la fiesta, Bill. O sea, ya sabe que están muertas; es simplemente el olvido ejemplificado —dijo Nils.

—El olvido personificado —corregí al viejo noruego.

Nils tenía dos años más que el abuelo Harry, pero parecía un poco más fiable en el apartado de la memoria, y en algunos otros apartados.

Pregunté a Martha Hadley si Richard ya había hablado. No desde recibir la noticia del accidente, me informó la señora Hadley. Richard me había abrazado mucho, y yo le había devuelto los abrazos, pero no habíamos cruzado una sola palabra.

El señor Hadley parecía absorto en sus pensamientos, como casi siempre. No recordaba la última vez que él había hablado de algo que no fuera la guerra de

Vietnam. El señor Hadley se había erigido en un estrambótico necrologista de todos los chicos de Favorite River que habían mordido el polvo en Vietnam. Vi que me esperaba en el extremo de la mesa donde estaba servido el bufé.

—Prepárate —me advirtió Elaine en susurros—. Aquí viene otra muerte de la que no te habías enterado.

No hubo preámbulo: con el señor Hadley nunca lo había. Era profesor de historia; él se limitaba a anunciar los hechos.

—¿Te acuerdas de Merryweather? —me preguntó el señor Hadley.

«¡Merryweather no!», pensé. Sí, me acordaba de él; aún estaba en segundo cuando yo me gradué. Había sido el utilero del equipo de lucha; repartía naranjas, las cortaba en cuartos, recogía las toallas desechadas y manchadas de sangre.

—Merryweather no..., ¡en Vietnam no! —dije automáticamente.

—Sí, lo lamento, Billy —confirmó el señor Hadley con semblante grave—. Y Trowbridge. ¿Conociste a Trowbridge, Billy?

—¡Trowbridge no! —exclamé.

¡No me lo podía creer! ¡La última vez que había visto a Trowbridge iba en pijama! Kittredge lo había abordado cuando aquel muchacho menudo de rostro redondo iba camino de lavarse los dientes. Me llevé un gran disgusto al pensar que Trowbridge había muerto en Vietnam.

—Sí, lo lamento; Trowbridge también, Billy —prosiguió el señor Hadley, dándose importancia—. Por desgracia, sí, el joven Trowbridge también.

Vi que el abuelo Harry había desaparecido, aunque no en el sentido en que el tío Bob había empleado la palabra hacía no mucho.

—No un cambio de traje, esperemos, Bill —me susurró Nils Borkman al oído.

Sólo entonces me percaté de la presencia del señor Poggio, el dueño de la tienda de alimentación, aquel que tanto disfrutaba con las actuaciones del abuelo Harry en papeles femeninos. De hecho, estaban allí tanto el señor como la señora Poggio para presentar sus respetos. La señora Poggio, recordé, no disfrutaba con las encarnaciones femeninas del abuelo Harry. Al verlas, sentí el impulso de mirar alrededor en busca de los Ripton, tan proclives a la desaprobación: Ralph Ripton, el aserrador, y su esposa, no menos proclive a la desaprobación. Pero los Ripton, si habían acudido a presentar sus respetos, se habían marchado pronto, como tenían por costumbre en las obras representadas por los Comediantes de First Sister.

Fui a ver qué tal seguía el tío Bob; tenía unas cuantas botellas más de cerveza vacías a sus pies, y ahora sus pies no localizaban ya las botellas para empujarlas bajo el sofá.

Empujé unas cuantas botellas con el pie bajo el sofá por él.

—No estarás tentado de volver a casa conduciendo, ¿verdad, tío Bob? —pregunté.

—Precisamente por eso ya te he puesto las llaves del coche en el bolsillo, Billy —dijo mi tío.



Pero cuando me palpé los bolsillos de la chaqueta, encontré sólo una pelota de squash.

—No son las llaves del coche, tío Bob —dije, enseñándole la pelota.

—Pues sé que he puesto las llaves de mi coche en el bolsillo de la chaqueta de alguien, Billy —aseguró el Hombre de la Raqueta.

—¿Alguna noticia de tu promoción? —le pregunté de pronto; estaba tan borracho que pensé que quizá lo pillaría con la guardia baja—. ¿Qué se sabe de la promoción de 1935? —pregunté a mi tío con la mayor naturalidad posible.

—No se ha sabido nada del Gran Al, Billy; créeme, te lo diría —contestó.

Ahora el abuelo Harry iba de invitado en invitado haciendo el papel de mujer; aunque suponía una mejora que al menos reconociese ante todos que sus hijas habían muerto, y no sólo llegaban tarde a la fiesta como había dicho antes. Vi que Nils Borkman seguía a su viejo socio, como si los dos avanzaran con sus esquís y armados, deslizándose a través del bosque nevado. Bob dejó caer otra botella de cerveza vacía, y yo la empujé con el pie para esconderla bajo el sofá del salón del abuelo Harry. Nadie se fijaba en las botellas de cerveza, no desde la reaparición del abuelo Harry, es decir, no en el papel de abuelo Harry.

—Siento tu pérdida, Harry, la tuya y la mía —dijo el tío Bob a mi abuelo, que lucía un desvaído vestido de color morado, que yo recordaba como uno de los preferidos de Nana Victoria.

Al menos la peluca de color gris azulado estaba «en consonancia con la edad», diría más tarde Richard Abbott, cuando Richard recuperase el habla, cosa que no tardaría en ocurrir. Nils Borkman me dijo que los pechos postizos debían de proceder del taller de atrezo de los Comediantes de First Sister, o que podía ser que el abuelo Harry los hubiera robado en el Club de Teatro de la academia Favorite River.

La mano marchita y artrítica que tendió otra cerveza a mi tío Bob no pertenecía a la camarera del servicio de catering con el pelo teñido de rojo. Era Herm Hoyt; tenía sólo un año más que el abuelo Harry, pero el entrenador Hoyt presentaba un aspecto mucho más maltrecho.

Herm contaba sesenta y ocho años cuando entrenaba a Kittredge en 1961; entonces ya parecía a punto de jubilarse. Ahora, a los ochenta y cinco, hacía quince años que el entrenador Hoyt se había jubilado.

—Gracias, Herm —dijo en voz baja el Hombre de la Raqueta, y se llevó la cerveza a los labios—. Billy aquí presente ha preguntado por tu viejo amigo Al.

—¿Qué tal va esa presa de arrastre, Billy? —preguntó el entrenador Hoyt.

—Supongo que no sabes nada de ella, Herm —contesté.

—Espero que hayas estado practicando —dijo el viejo entrenador.

A Herm Hoyt le conté entonces una larga y enrevesada historia sobre un corredor con quien había coincidido en Central Park. Era más o menos de mi edad, le expliqué al entrenador, y por sus orejas de coliflor, así como por cierta rigidez en los hombros y el cuello mientras corría, deduje que era luchador, y cuando mencioné la lucha, él

pensó que yo también era luchador.

«No, qué va; yo sólo tengo una presa de arrastre medio aceptable», expliqué. «No soy luchador».

Pero Arthur —el luchador se llamaba Arthur— interpretó mal mis palabras. Pensó que yo había luchado en otro tiempo y ahora hablaba así por modestia o por quitarme importancia.

Arthur me insistió machaconamente (como es propio de los luchadores) en que debía seguir con la lucha. «Deberías aprender otras maniobras además de la presa de arrastre, ¡nunca es demasiado tarde!», me dijo. Arthur practicaba la lucha en un club de Central Park South, donde, según él, había muchos hombres de «nuestra edad» que seguían luchando. Arthur estaba convencido de que encontraría un compañero de entrenamiento adecuado en mi categoría de peso.

Arthur, con un entusiasmo incontenible, se empeñó en convencerme de que no «abandonara» la lucha sólo porque pasaba ya de los treinta y no competía con el equipo de un colegio o una universidad.

«¡Pero si yo nunca estuve en un equipo!», intenté explicarle.

«Oye, conozco a muchos de nuestra edad que nunca fueron titulares», me había dicho Arthur. «¡Y siguen luchando!».

Al final, como le conté a Herm Hoyt, Arthur me exasperó tanto con su insistencia en que fuera a ejercitar la lucha a su jodido club, que le dije la verdad.

—¿Qué le dijiste exactamente a ese individuo, Billy? —me preguntó el entrenador Hoyt.

—Que era gay; o más exactamente, bisexual.

—Caray... —comenzó a decir Herm.

Que un antiguo luchador, amante mío por un breve tiempo, había intentado enseñarme alguna que otra cosa de lucha, estrictamente para mi defensa personal. Y que el antiguo entrenador de lucha de ese mismo exluchador también me había dado unos cuantos consejos.

«Te refieres a esa presa de arrastre que has mencionado, ¿no?», había preguntado Arthur.

«Exacto. Sólo la presa de arrastre», había admitido yo.

—Caray, Billy... —decía el entrenador Hoyt, cabeceando.

—Pues ésa es la historia —le dije a Herm—. No he estado practicando la presa de arrastre.

—Sólo conozco un club de lucha en Central Park South, Billy —comentó Herm Hoyt—. Es bastante bueno.

—Cuando Arthur vio en qué consistía mi historia con la presa de arrastre, ya no pareció muy interesado en seguir insistiéndome en lo de ir a los entrenamientos de lucha —expliqué al entrenador Hoyt.

—Quizá no fuera una gran idea —convino Hoyt—. No conozco a la gente de ese club, ya no.

—Probablemente allí no hay muchos gais practicando la lucha..., ya me entiendes, para la defensa personal... ¿Eso es lo que supones, Herm? —pregunté al viejo entrenador.

—¿Ese tal Arthur había leído tus libros, Billy? —preguntó Herm Hoyt.

—¿Y tú? ¿Los has leído? —pregunté a Herm, sorprendido.

—Pues claro que sí, caray. ¡Pero no me preguntes de qué tratan, Billy! —contestó el viejo entrenador de lucha.

—¿Y la señorita Frost? —pregunté de pronto—. ¿Ha leído ella mis libros?

—Es persistente, ¿eh? —comentó el tío Bob.

—Ella sabe que eres escritor, Billy; eso lo sabemos todos los que te conocemos —contestó el entrenador de lucha.

—Tampoco me preguntes a mí de qué tratan tus libros, Billy —dijo el tío Bob.

Tiró la botella vacía, y yo la empujé con el pie para esconderla debajo del sofá del abuelo Harry. La mujer con el pelo teñido de rojo trajo otra cerveza al Hombre de la Raqueta. Entonces supe de qué me sonaba su cara; todos los camareros eran del servicio de comedor de la academia. La última vez que la vi, esa mujer que llevaba una cerveza tras otra a Bob pasaba de los cuarenta años; venía del pasado, que siempre me acompañaría.

—El club de lucha es el New York Athletic Club. Allí practican otros deportes, eso por descontado, pero en lucha no eran malos, Billy. Probablemente allí podrías practicar un poco la presa de arrastre —decía Herm—. ¿Y si se lo preguntas a Arthur? Después de tantos años, seguro que te vendría bien practicar un poco.

—Pero, Herm, ¿y si esos luchadores me hacen picadillo? —pregunté—. ¿No sería todo lo contrario de lo que pretendíais la señorita Frost y tú al enseñarme la presa de arrastre?

—Bob se ha dormido y se ha meado encima —observó repentinamente el viejo entrenador.

—Tío Bob... —comencé a decir, pero Herm Hoyt agarró al Hombre de la Raqueta por los hombros y lo sacudió.

—¡Bob, deja de mearte! —vociferó el entrenador de lucha.

Cuando Bob abrió los ojos con un parpadeo, estaba tan desprevenido como nunca lo estaría nadie al servicio del Departamento de Relaciones con Ex Alumnos de la academia Favorite River.

—España —dijo en español el Hombre de la Raqueta cuando me vio.

—Caray, Bob, cuidado con lo que dices —advirtió Herm Hoyt.

—España —repetí.

—Él está allí; dice que nunca volverá, Billy —me dijo el tío Bob.

—¿Quién está allí? —pregunté a mi tío borracho.

Hasta ese momento, desde que yo había llegado, nuestra única conversación, si podía llamársela así, había sido sobre Kittredge; costaba imaginar a Kittredge hablando en español. Sabía que el Hombre de la Raqueta no se refería al Gran Al; el

tío Bob no estaba diciéndome que la señorita Frost se hallaba en España, y que ella nunca volvería.

—Bob... —comencé a decir, pero el Hombre de la Raqueta se había quedado otra vez traspuesto.

Herm Hoyt y yo vimos que Bob seguía meándose.

—Herm... —comencé a decir.

—Franny Dean, mi antiguo utilero del equipo de lucha, Billy: es él quien está en España. Tu padre está en España, Billy, y es feliz allí... Eso es lo único que sé.

—¿En qué lugar de España, Herm? —pregunté al viejo entrenador.

—En España —repitió Herm Hoyt, encogiéndose de hombros—. En algún lugar de España, Billy; eso es lo único que puedo decirte. Tú piensa sólo que es feliz. Tu padre es feliz, y está en España. Tu madre nunca fue feliz, Billy.

Sabía que, a ese respecto, Herm tenía toda la razón. Fui en busca de Elaine; quería decirle que mi padre estaba en España. Mi madre había muerto, pero mi padre —a quien yo no conocía— estaba vivo y era feliz.

Pero Elaine se me adelantó antes de que yo pudiera decírselo:

—Esta noche tenemos que dormir en tu habitación, Billy, no en la mía —empezó.

—Vale... —dije.

—Si Richard se despierta y decide decir algo, no conviene que se encuentre solo; tenemos que estar allí —prosiguió Elaine.

—Vale, pero acabo de enterarme de algo —anuncié; ella no me escuchaba.

—Te debo una mamada, Billy; quizás ésta sea tu noche de suerte —dijo.

Pensé que estaba borracha, o que la había oído mal.

—¿Cómo?

—Lamento lo que he dicho sobre Rachel. Por eso lo de la mamada —explicó Elaine.

Sí, estaba borracha, y aumentaba el número de sílabas de las palabras de esa manera en extremo articulada del Hombre de la Raqueta.

—No me debes una mamada, Elaine —dije.

—¿No quieres una mamada, Billy? —preguntó; «mamada» sonó como si tuviera cinco o seis sílabas.

—No he dicho que no la quisiera —respondí—. España —dije de pronto, porque era eso de lo que deseaba hablar.

—¿España? —repitió Elaine—. ¿Eso es una mamada a la española, Billy? —Dio algún que otro traspie cuando la acerqué a despedirse del abuelo Harry.

—No te preocupes, Bill —me dijo de repente Nils Borkman—. ¡Estoy descargando los rifles! ¡Guardo las balas en secreto!

—España —repitió Elaine—. ¿Es algo de gais, Billy? —me susurró.

—No —respondí.

—Ya me lo enseñarás, ¿vale? —pidió Elaine.

Yo sabía que el truco consistía en mantenerla despierta hasta que regresáramos al

Bancroft Hall.

—¡Te quiero! —dije al abuelo Harry mientras lo abrazaba.

—¡Y yo te quiero a ti, Billy! —contestó Harry, devolviéndome el abrazo. (Sus pechos postizos debían de haberse hecho a imagen de alguien con los pechos tan grandes como los de la tía Muriel, pero eso no se lo dije a mi abuelo).

—No me debes nada, Elaine —decía yo mientras salíamos de aquella casa de River Street.

—No te despidas de mis padres, Billy; ni te acerques a mi padre —aconsejó Elaine—. No a menos que quieras enterarte de más bajas, no a menos que tengas estómago para seguir escuchando el puto recuento de cadáveres.

Después de enterarme de lo de Trowbridge, ciertamente no tenía estómago para más bajas. Ni siquiera me despedí de la señora Hadley, porque advertí que el señor Hadley rondaba cerca.

—España —dije en voz baja para mí mientras ayudaba a Elaine a subir aquellos dos tramos de escalera del Bancroft Hall; por fortuna, no tuve que acompañarla hasta su dormitorio, que estaba en la jodida cuarta planta.

Mientras avanzábamos como buenamente podíamos por el pasillo de la segunda planta de la residencia, debí de repetir en susurros «España», o no tan en susurros, supongo, porque Elaine me oyó.

—Me preocupa un poco qué clase de mamada exactamente será una España. No será algo violento, ¿verdad, Billy? —preguntó Elaine.

En el pasillo había un chico en pijama, un chico muy menudo, y tenía el cepillo de dientes en la mano. A juzgar por su expresión atemorizada, obviamente no sabía quiénes éramos Elaine y yo; también era evidente que había oído la pregunta de Elaine sobre la mamada España.

—Son sólo bobadas nuestras —expliqué al muchachito—. No habrá nada violento. ¡No habrá ninguna mamada! —aseguré a Elaine y al chico en pijama. (Con su cepillo de dientes, me recordó a Trowbridge, claro).

—Trowbridge ha muerto. ¿Conociste a Trowbridge? Murió en Vietnam —informé entonces a Elaine.

—Yo no conocí a ningún Trowbridge —respondió Elaine; al igual que yo, Elaine no podía apartar la mirada del jovencito en pijama—. Estás llorando, Billy; deja de llorar, por favor —dijo Elaine. Nos apoyábamos el uno en el otro cuando conseguí abrir la puerta del silencioso apartamento de Richard—. No te preocupes si llora: acaba de morir su madre. Ya se le pasará —dijo Elaine al chico del cepillo de dientes.

Pero yo había visto a Trowbridge allí de pie, y quizá preví que habría más bajas; quizás imaginé el recuento de cadáveres en un futuro no muy lejano.

—Billy, Billy..., deja de llorar, por favor —me pedía Elaine—. ¿Qué has querido decir con eso de que no habrá ninguna mamada? ¿Crees que voy de farol? Ya me conoces, Billy: he dejado atrás los faroles. Ya no me ando con faroles, Billy —

farfulló.

—Mi padre está vivo. Vive en España, y es feliz. Eso es lo único que sé, Elaine —dije—. Mi padre, Franny Dean, vive en España, España. —Pero no pasé de ahí.

Elaine se había quitado el abrigo mientras cruzábamos a trompicones la sala de estar del apartamento de Richard y mi madre; se había desprendido de los zapatos y la falda al entrar en mi habitación, y forcejeaba con los botones de su blusa cuando — en otro nivel de semiconciencia— vio la cama de mis años adolescentes y se zambulló en ella, o, a saber cómo, consiguió lanzarse a ella.

Para cuando me arrodillé a su lado en la cama, vi que Elaine había perdido el conocimiento del todo; estaba flácida e inmóvil cuando le quité la blusa y le desabroché el collar, de aspecto bastante incómodo. La metí entre las sábanas con el sujetador y la braga, y procedí a la habitual rutina de acostarme en la pequeña cama a su lado.

—España —susurré en la oscuridad.

—Ya me lo enseñarás, ¿vale? —dijo Elaine en sueños.

Me dormí pensando en por qué nunca había buscado a mi padre. Parte de mí había recurrido a la siguiente racionalización: si siente curiosidad por mí, que me busque él, había pensado. Pero en realidad yo tenía un padre extraordinario; mi padrastro, Richard Abbott, era lo mejor que me había pasado en la vida. (Mi madre nunca había sido feliz, pero Richard era lo mejor que le había pasado en la vida también a ella; mi madre debería haber sido feliz con Richard). Quizás yo nunca había buscado a Franny Dean porque, si lo encontraba, tendría la sensación de que traicionaba a Richard.

«¿A ti qué te pasa, Jacques Kittredge?», había escrito el Hombre de la Raqueta; por supuesto, me dormí pensando también en eso.

## UN MUNDO DE EPÍLOGOS

¿Anuncian las epidemias su propia llegada, o llegan, por lo común, inesperadamente? Recibí dos avisos; en su día me parecieron simples coincidencias. No les presté atención.

Richard Abbott recuperó el habla unas semanas después de la muerte de mi madre. Siguió dando clases en la academia —aunque de manera mecánica, Richard incluso consiguió dirigir una obra—, pero no tenía nada personal que decirnos a quienes lo queríamos.

En abril de ese mismo año (1978) Elaine me dijo que Richard había hablado con su madre. Telefoneé a la señora Hadley en cuanto colgué después de mi conversación con Elaine.

—Sé que Richard va a llamarte, Billy —dijo Martha Hadley—. Pero no esperes que sea el mismo de antes.

—¿Cómo está? —pregunté.

—Procuraré expresarme con cuidado —respondió la señora Hadley—. No es por echarle la culpa a Shakespeare, pero observo algo así como un exceso de humor mortuario, si quieres saber mi opinión.

No entendí a qué se refería Martha Hadley; me limité a esperar la llamada de Richard. Ya era mayo, creo, cuando por fin tuve noticias tuyas, y Richard fue derecho al grano, como si nunca hubiésemos perdido el contacto.

Dado su dolor, yo suponía que Richard no habría tenido tiempo ni ganas de leer mi tercera novela, pero sí la había leído.

—Los mismos temas de siempre, pero mejor tratados: los llamamientos a la tolerancia nunca cansan, Bill. Aunque, claro, todo el mundo es intolerante con algo o con alguien. ¿Sabes con qué eres tú intolerante, Bill? —preguntó Richard.

—¿Con qué, Richard?

—Eres intolerante con la intolerancia, ¿o no, Bill?

—¿No es bueno ser intolerante con eso? —pregunté.

—¡Y encima, Bill, estás orgulloso de tu intolerancia! —exclamó Richard—. Sientes una ira ante la intolerancia más que justificable... Ante la intolerancia con las diferencias sexuales en particular. Jamás diría bien sabe Dios, que no estás autorizado a esa ira, Bill.

—Bien sabe Dios —repetí con cautela.

No acababa de ver adónde quería ir a parar Richard.

—Pese a lo comprensivo que eres ante las diferencias sexuales... y con toda la razón, Bill..., no siempre eres igual de comprensivo, ¿verdad que no? —preguntó

Richard.

—Ah, pues... —comencé a decir, y de pronto me interrumpí.

Así que era ahí adonde quería ir a parar; eso ya lo había oído antes. Richard me había dicho que yo no estaba en la piel de mi madre en 1942, cuando nació; había añadido que yo no podía, o no debía, juzgarla. Era mi incompreensión lo que le disgustaba: era mi intolerancia con la intolerancia de ella lo que le molestaba.

—Como dice Porcia: «El don de la clemencia no se impone». Acto IV, escena 1..., pero sé que ésa no es tu obra preferida de Shakespeare, Bill —dijo Richard Abbott.

Sí, habíamos discutido acerca de *El mercader de Venecia* en clase, hacía dieciocho años. Era una de las pocas obras de Shakespeare que habíamos leído en clase y Richard no había dirigido en el escenario. «Es una comedia, una comedia romántica, pero con una parte poco graciosa», había dicho Richard. Se refería a Shylock: el incuestionable prejuicio de Shakespeare contra los judíos.

Yo me puse del lado de Shylock. El parlamento de Porcia sobre la «clemencia» era insulsa hipocresía cristiana; representaba el cristianismo en su versión más altisonante y edulcorada. En tanto que Shylock da en el clavo: el odio hacia él le ha enseñado a odiar. ¡Y con toda la razón!

«Soy judío», dice Shylock... acto III, escena 1. «Un judío, ¿no tiene ojos? Un judío, ¿no tiene manos, órganos, miembros, sentidos, deseos, emociones?». ¡Me encanta ese parlamento! Pero Richard no quería que se le recordase que yo siempre había estado del lado de Shylock.

—Tu madre ha muerto, Bill. ¿No sientes nada por tu madre? —preguntó Richard.

—Nada —repetí.

Recordaba su odio a los homosexuales: su rechazo hacia mí, no sólo porque me parecía a mi padre, sino también porque tenía algo de su extraña (y deplorable) orientación sexual.

—¿Qué dice Shylock? —pregunté a Richard Abbott. (Yo sabía muy bien qué decía Shylock, y Richard había entendido hacía tiempo hasta qué punto me identificaba yo con eso).

—«Si nos pincháis, ¿no sangramos?», pregunta Shylock. «Si nos hacéis cosquillas, ¿no reímos? Si nos envenenáis, ¿no morimos?».

—De acuerdo, Bill, ya lo sé, ya lo sé. Eres uno de esos que reclaman su «libra de carne» —dijo Richard.

—«Y si nos ofendéis» —proseguí, en palabras textuales de Shylock—, «¿no vamos a vengarnos? Si en lo demás somos como vosotros, también lo seremos en eso». ¿Y qué le hicieron a Shylock? —pregunté—. ¡Lo obligaron a convertirse en un puto cristiano!

—Es una obra difícil, Bill; por eso no la llevé a escena —comentó Richard—. No estoy muy seguro de que sea apta para chicos de secundaria.

—¿Cómo te va, Richard? —pregunté con la esperanza de cambiar de tema.



—Me acuerdo de aquel chico que estaba dispuesto a reescribir a Shakespeare, aquel chico que estaba tan seguro de que el epílogo de *La tempestad* era superfluo — dijo Richard.

—Yo también recuerdo a ese chico —contesté—. En cuanto a ese epílogo, estaba equivocado.

—Si vives el tiempo suficiente, Bill..., verás que éste es un mundo de epílogos — dijo Richard.

Ése fue el primer aviso al que no presté atención. Richard sólo tenía doce años más que yo; ésa no es una gran diferencia, no cuando él tenía cuarenta y ocho y yo treinta y seis. En 1978 casi parecíamos de la misma edad. Yo contaba sólo trece años cuando Richard me llevó a solicitar mi primer carnet de la biblioteca, aquella noche en que los dos conocimos a la señorita Frost. A sus veinticinco años, Richard Abbott me pareció un hombre de gran desenvoltura... y gran autoridad.

A mis treinta y seis años, ya no veía «autoridad» en nadie, ni siquiera en Larry, ya no. El abuelo Harry, pese a su inquebrantable buen corazón, degeneraba gradualmente en la rareza; incluso para mí (un bastión de tolerancia, como me consideraba a mí mismo), las excentricidades de Harry eran más aceptables en el escenario. Ni siquiera la señora Hadley poseía la autoridad que en otro tiempo aparentaba, y aunque yo escuchaba a mi mejor amiga, Elaine, que me conocía muy bien, cada vez más cogía sus consejos con pinzas. (Al fin y al cabo, a Elaine no le iba mejor que a mí en las relaciones, ni era más fiable en ese sentido). Supongo que si hubiese tenido noticias de la señorita Frost —incluso a los treinta y seis años, la edad en que uno lo sabe todo—, quizá me habría parecido que conservaba su autoridad, pero no tenía noticias de ella.

Sí seguí, aunque con cautela, el consejo de Herm Hoyt. Cuando volví a encontrarme con Arthur, el luchador de mi edad que también corría alrededor del depósito del Central Park, le pregunté si seguía sin haber inconveniente en que ejercitara mis aptitudes de luchador, inferiores a las de un principiante, en el New York Athletic Club; es decir, ahora que Arthur sabía que yo era un bisexual que necesitaba mejorar mi defensa personal, y no un verdadero luchador.

Pobre Arthur. Era uno de esos heterosexuales con buenas intenciones a quienes ni se les ocurriría ser crueles —ni siquiera desconsiderados en lo más mínimo— con los gais. Arthur era un neoyorquino progresista, abierto de miras; no sólo se enorgullecía de ser justo —era extremadamente justo—, sino que además le preocupaba mucho saber qué era «lo correcto». Lo vi sufrir por «lo incorrecto» que sería no invitarme a su club de lucha sólo porque yo era..., en fin, como diría mi tío Bob, un poco del ramo del agua.

Mi existencia misma como bisexual no era del agrado de mis amigos gais; o bien se negaban a creer que de verdad me gustaban las mujeres, o bien tenían la impresión de que en cierto modo yo era poco sincero (o pretendía nadar y guardar la ropa) en cuanto a ser gay. Para casi todos los hombres heterosexuales —incluso los mejores,

entre los que Arthur sin duda se contaba—, un bisexual era sencillamente un gay. La única parte de ser bi que acaso percibían los heteros era la parte «gay». Con eso se encontró Arthur cuando les habló de mí a sus colegas del club de lucha.

Era el final de los alocados años setenta; si bien la aceptación de las diferencias sexuales no era necesariamente la norma, dicha aceptación era casi normal en Nueva York: en los círculos progresistas, dicha aceptación era de esperar. Pero yo me sentía responsable de la tesitura en la que había metido a Arthur; desconocía por completo a los elementos más carcas del New York Athletic Club, en aquellos tiempos en que la antigua y venerable institución era un baluarte exclusivamente masculino.

Ignoro qué esfuerzos tuvo que llevar a cabo Arthur a fin de conseguirme un pase de invitado, o un pase de acceso libre, para el NYAC. (Como en el caso de mi clasificación definitiva en la oficina de reclutamiento, o reclasificación, no sé muy bien cómo se llamaba aquel ridículo pase para el New York Athletic Club).

—¿Te has vuelto loco, Billy? —me preguntó Elaine—. ¿Quieres que te maten? Ese lugar es famoso por ser anti-todo. Es anti-semita, es anti-negro.

—¿Ah, sí? —pregunté—. ¿Cómo lo sabes?

—Es anti-mujeres, ¡eso sí lo sé, joder! —había dicho Elaine—. Es un club de chicos irlandeses católicos, Billy; sólo por lo de católicos ya deberías salir por piernas.

—Creo que Arthur te caería bien —dije a Elaine—. Es buena persona, de verdad.

—Supongo que estará casado —dijo Elaine con un suspiro.

Ahora que me paraba a pensarlo, había visto una alianza nupcial en la mano izquierda de Arthur. Yo nunca tanteaba con hombres casados; con mujeres casadas a veces, pero no con hombres casados. Era bisexual, pero había superado mis conflictos hacía tiempo, y no soportaba los muchos conflictos de los hombres casados, es decir, cuando también les interesaban los gays. Y según Larry, todos los hombres casados eran amantes decepcionantes.

—¿Por qué? —le había preguntado yo.

—Son unos fanáticos de la delicadeza; deben de haber aprendido a ser delicados de esas avasalladoras mujeres suyas. Los hombres esos no tienen ni idea de lo aburrida que puede ser la «delicadeza» —dijo Larry.

—No creo que la «delicadeza» sea siempre aburrida —contesté.

—Perdona, querido Bill —replicó Larry con aquel gesto de condescendencia tan característico de él—. Me olvidaba de que lo tuyo es arriba a toda costa.

La verdad es que apreciaba a Larry, como amigo, cada vez más. Incluso había llegado a apreciar cómo se metía conmigo. Los dos habíamos estado leyendo las memorias de un destacado actor; un «destacado bi», lo llamaba Larry.

El actor sostenía que, durante toda su vida, lo habían «cautivado» las mujeres mayores y los hombres más jóvenes. «Como pueden imaginar», escribió el destacado actor, «cuando era más joven, había muchas mujeres mayores disponibles. Ahora que soy mayor..., bueno, lógicamente, hay muchos más hombres más jóvenes

disponibles».

—No veo mi vida así de ordenada —le dije a Larry—. No imagino que ser bi llegue a parecerme algo perfectamente equilibrado.

—Querido Bill —dijo Larry de aquella manera suya, como si me escribiera una carta importante—. Ese hombre es actor: no es bi, es gay. ¡No me extraña que, ahora que es mayor, tenga a muchos más hombres jóvenes a mano! ¡Esas mujeres mayores eran las únicas mujeres con quienes se sentía a salvo!

—Ése no es mi perfil, Larry —dije.

—¡Pero tú aún eres joven! —exclamó Larry—. Tú espera, querido Bill; tú espera.

Como es natural, mi regular asistencia a los entrenamientos de lucha en el NYAC se convirtió en objeto de broma y motivo de preocupación entre las mujeres con quienes salía y los hombres homosexuales que conocía. Mis amigos homosexuales se negaban a creer que mi interés homoerótico en los luchadores que veía en el club fuese casi nulo; pero los encaprichamientos con personas que no me convenían, personas de esa clase, habían constituido una etapa de mi vida, parte, quizá, del proceso de salir del armario. (Sí, de acuerdo: una etapa de transición lenta, no del todo acabada). Los hombres heterosexuales no solían atraerme, o al menos no mucho; la circunstancia de que ellos lo percibieran, como era el caso de Arthur, me había permitido cada vez más tener por amigos a hombres heterosexuales.

No obstante, Larry insistía en que mis entrenamientos de lucha eran una especie de flirteo de alto riesgo y gran derroche energético; Donna, mi querida pero susceptible amiga transexual, opinaba, con cierto desdén, que mi «fijación con la presa de arrastre», como ella lo llamaba, era una forma de cultivar una pulsión de muerte. (Poco después de este dictamen, Donna desapareció de Nueva York, y más adelante me llegó la noticia de que había sido vista en Toronto).

En cuanto a los luchadores del New York Athletic Club, formaban un grupo variopinto, en todos los sentidos, no sólo por sus distintas maneras de tratarme. Mis amigas, incluida Elaine, creían que era sólo cuestión de tiempo que me hicieran papilla, pero en el NYAC nadie me amenazó jamás (ni me causó el menor daño apostá).

Por lo general, los hombres de mayor edad hacían como si yo no existiera; en una ocasión alguien dijo desenfadadamente cuando nos presentaron: «Ah, tú eres el gay, ¿no?». Pero me estrechó la mano y me dio una palmada en la espalda; más adelante, cuando nos veíamos, siempre me sonreía y dejaba caer algún comentario cordial. No estábamos en el mismo peso. Si eludía el contacto conmigo —sobre el tapiz, quiero decir—, no tenía modo de enterarme.

Alguna que otra vez, cuando yo me presenté en la sauna después del entrenamiento, se produjo una evacuación en masa. Se lo comenté a Arthur.

—Tal vez deba mantenerme alejado de la sauna, ¿no te parece?

—Tú mismo, Billy, pero es su problema, no el tuyo —respondió Arthur. (Para todos los luchadores yo era «Billy»).

Decidí, pese a las tranquilizadoras palabras de Arthur, no pisar la sauna. Los entrenamientos empezaban a las siete de la tarde; llegué a sentirme casi cómodo en ellos. Nunca me llamaron «el gay», al menos a la cara, salvo en aquella ocasión. En general hacían referencia a mí como «el escritor»; casi ninguno de los luchadores había leído mis novelas sexualmente explícitas —aquellos llamamientos a la tolerancia con las diferencias sexuales, como Richard Abbott seguiría describiendo mis libros—, pero Arthur sí las había leído. Como muchos hombres, me había dicho que su mujer era mi mayor admiradora.

Ése era un comentario que solía oírles a los hombres acerca de las mujeres de sus vidas: sus esposas, sus novias, sus hermanas, incluso sus madres, eran mis mayores admiradoras. Las mujeres leían más narrativa que los hombres, suponía.

Había conocido a la mujer de Arthur. Era muy simpática; realmente leía mucha narrativa, y a mí me gustaba gran parte de lo que le gustaba a ella, como lector, quiero decir. Se llamaba Ellen, una de esas rubias vivarachas con el pelo a lo paje y una boca de labios finos absurdamente pequeña. Además, tenía unas tetas turgentes en contradicción con su aspecto, por lo demás unisex. ¡Si había una chica que no era de mi tipo, ésa era ella! Pero conmigo era un verdadero encanto, y Arthur —ese bendito— estaba muy casado. No habría presentación a Elaine.

La verdad es que, más allá de tomar una cerveza en el bar del NYAC con Arthur, yo no hacía vida social con los luchadores que había conocido en el club. Por aquel entonces la sala de lucha estaba en la tercera planta, en el extremo opuesto del mismo pasillo donde se hallaba la sala de boxeo. Uno de mis habituales compañeros de ejercicio en la sala de lucha —Jim no sé qué (he olvidado su apellido)— era también boxeador. Todos los luchadores sabían que yo carecía de experiencia en competiciones de lucha, que estaba allí por lo que ese deporte tenía de defensa personal, y nada más. Para reforzar mi defensa personal, Jim me llevó pasillo abajo hasta la sala de boxeo, donde intentó instruirme en la manera de protegerme de los golpes de un agresor.

Era interesante: nunca aprendí de verdad a asestar un puñetazo aceptable, pero Jim me enseñó a cubrirme, a no recibir golpes demasiado fuertes. De vez en cuando a Jim se le iba un poco la mano con un puñetazo, pero siempre se disculpaba.

También en la sala de lucha me llevaba algún que otro castigo (aunque siempre accidental): un labio partido, una hemorragia nasal, una capsulitis en un dedo. Como me concentraba tanto en las distintas maneras de aplicar (y disimular) mi presa de arrastre, daba muchos cabezazos; es relativamente inevitable dar cabezazos si te gusta recurrir a la presa al cuello. Arthur me golpeó con la cabeza sin querer, y me dieron unos cuantos puntos en la zona de la ceja derecha.

En fin, tendrían que haber oído a Larry y Elaine, y a todos los demás.

«El Supermacho», me llamó Larry durante un tiempo.

«Dices que todo el mundo te trata bien, ¿es eso, Billy? —preguntó Elaine—. Esto no ha sido más que un cabezazo cordial o algo así, ¿eh?».

Pero, a pesar de los comentarios jocosos de mis amigos del mundo de la literatura, estaba aprendiendo a luchar un poco más. También había mejorado mucho la presa de arrastre.

«El hombre de una sola maniobra», me llamaba Arthur en aquellos primeros días en la sala de lucha, pero con el paso del tiempo adquirí unas cuantas maniobras más. Para los verdaderos luchadores debía de ser aburrido tenerme por compañero de ejercicio, pero no se quejaban.

Para mi sorpresa, tres o cuatro veteranos me dieron unas cuantas indicaciones. (Tal vez agradecían que yo no pisara la sauna). Había no pocos luchadores de más de cuarenta años, y alguno que otro de más de cincuenta, tipos viejos y resistentes. Había chicos recién salidos de la universidad; había aspirantes a las Olimpiadas y antiguos competidores olímpicos. Había rusos disidentes (también un cubano); había muchos europeos del Este, pero sólo dos iraníes. Había especialistas en lucha grecorromana y especialistas en lucha libre, y especialistas en lucha estrictamente tradicional, entre éstos predominaban los jóvenes y los veteranos.

Ed me mostró cómo complementar mi presa de arrastre mediante un sometimiento con piernas cruzadas; Wolfie me enseñó una serie de jalones al brazo; Sonny me mostró la llave al brazo rusa y un malévolo derribo con tirón a una pierna. Escribí al entrenador Hoyt para comunicarle mis avances. Herm y yo sabíamos que nunca llegaría a ser luchador —no ya cerca de los cuarenta años—, pero en cuanto a aprender a protegerme, desde luego estaba aprendiendo. Y me gustaba tener en mi vida la rutina de la lucha a las siete de la tarde.

«¡Estás convirtiéndote en un gladiador!», había dicho Larry; por una vez, no se burlaba de mí.

Incluso Elaine ocultó sus casi continuos temores. «Tu cuerpo ha cambiado, Billy. Lo sabes, ¿no? No estoy diciendo que seas una de esas ratas de gimnasio que van por razones estéticas..., sé que tienes otras razones..., pero empiezas a dar un poco de miedo», dijo Elaine.

Yo sabía que no «daba miedo», a nadie. Pero a medida que la vieja década concluía y empezaban los ochenta, tomaba conciencia de que estaba dejando atrás temores y aprensiones antiguos y arraigados.

Cuidado, no digo que Nueva York fuera una ciudad segura en los ochenta; al menos no era ni mucho menos tan «segura» como lo sería después. Pero yo, personalmente, me sentía más a salvo —o más seguro respecto a quién era yo— que nunca. Incluso había empezado a pensar que los temores de la señorita Frost por mí eran infundados, o que ella había vivido demasiado tiempo en Vermont; tal vez tenía razón en temer por mi seguridad en Vermont, pero no en Nueva York.

Había momentos en que se me hacía cuesta arriba asistir al entrenamiento de lucha en el NYAC, pero Arthur y muchos otros se habían desvivido por ayudarme a

sentirme allí como en casa. Yo no quería defraudarlos, y aun así —cada vez más— pensaba: ¿para qué necesitas defenderte? ¿De quién necesitas defenderte?

Se estaban llevando a cabo esfuerzos para convertirme en miembro oficial del New York Athletic Club; ahora apenas recuerdo el proceso, pero fue muy enrevesado y se alargó mucho.

«Un carnet de socio vitalicio es lo tuyo. No te imaginas marchándote de Nueva York, ¿verdad, Billy?», había preguntado Arthur; él avalaba mi solicitud del carnet. Sería mucho decir que era un novelista famoso, pero —con un cuarto libro a punto de publicarse— al menos era bastante conocido.

El dinero tampoco era problema. El abuelo Harry veía con entusiasmo que yo «siguiera con la lucha»; conjeturé que Herm Hoyt había hablado con él. Harry se ofreció gustosamente a pagar la cuota de mi carnet vitalicio.

—No te tomes tantas molestias, Arthur, no más de las que ya te has tomado —dije—. El club me ha ido bien, pero no quisiera que te distanciaras de determinadas personas o perdieras amigos por mí.

—Lo tuyo está hecho, Billy —respondió Arthur—. Ser gay no es nada del otro mundo.

—Soy bi... —comencé a decir.

—Bi, eso; no es nada del otro mundo, Billy —dijo Arthur—. No es como antes.

—No, supongo que no —convine, o esa impresión tenía yo cuando 1980 se acercaba a 1981.

Ver cómo una década pasaba hasta fundirse inadvertidamente con la siguiente era un misterio para mí, pero ese periodo quedó marcado por la muerte de Nils Borkman y el posterior suicidio de la señora Borkman.

«Los dos fueron suicidios, Bill», me había susurrado el abuelo Harry por teléfono, como si tuviera la línea intervenida.

Nils contaba ochenta y ocho años, y pronto habría cumplido los ochenta y nueve si hubiera vivido hasta 1981. Era la temporada de caza del venado con armas de fuego de retrocarga —faltaba poco para la Navidad de 1980— y Nils se había volado la parte de atrás de la cabeza con una carabina de 33 milímetros mientras atravesaba los campos de deporte de la academia Favorite River sobre sus esquís de fondo. Los alumnos ya se habían marchado a casa por navidades, y Nils había telefoneado a su antiguo adversario Chuck Beebee, el guardabosque que se oponía a que Nils y el abuelo Harry convirtieran la caza del venado en un biatlón.

—¡Cazadores furtivos, Chuck! Los he con mis propios ojos visto... en los campos de deporte de Favorite River. ¡Salgo, mientras hablamos, a darles caza! —había vociferado Nils por teléfono con tono apremiante.

—¿Qué? ¡Alto ahí! —había contestado Chuck, también vociferando—. ¿Hay cazadores furtivos en la temporada del venado? ¿Qué usan? ¿Metralletas o qué? ¿Nils? —había preguntado el guardabosque.

Pero Nils ya había colgado. Cuando Chuck encontró el cadáver, daba la impresión

de que el arma se había disparado mientras Nils desenfundaba. Chuck estuvo dispuesto a considerar esa muerte por arma de fuego un accidente, porque creía desde hacía tiempo que la manera en que Nils y el abuelo Harry cazaban venados era peligrosa.

Nils sabía de sobra lo que hacía. Normalmente cazaba venados con una escopeta de 63 milímetros. La carabina del 33, más ligera, era lo que el abuelo Harry llamaba un «arma para alimañas». (Harry cazaba venados con ella; decía que los venados eran alimañas). La carabina tenía un cañón más corto; Harry sabía que para Nils era más fácil dispararse detrás de la cabeza con la calibre 33.

—Pero ¿por qué iba a pegarse un tiro Nils? —había preguntado yo al abuelo Harry.

—Bueno, Bill... Nils era noruego —había empezado el abuelo Harry.

Tardó unos minutos en recordar que no me había dicho que a Nils le habían diagnosticado un cáncer inoperable.

—Ah.

—La señora Borkman será la siguiente en irse, Bill —anunció teatralmente el abuelo Harry.

Siempre habíamos comentado en broma que la señora Borkman era una mujer ibseniana, pero, en efecto, se pegó un tiro ese mismo día. «¡Como Hedda, con una pistola en la sien!», había dicho el abuelo Harry con admiración en una llamada telefónica poco después.

No me cabe duda de que la pérdida de su socio y amigo, Nils, precipitó el declive del abuelo Harry. Además había que añadir el hecho, claro está, de que Harry también había perdido a su mujer y sus dos únicas hijas. Fue así como Richard y yo pronto nos aventuramos a recurrir a la vía asistencial, ingresando al abuelo Harry en el Complejo, donde las apariciones «sorpresa» de Harry vestido de mujer no tardarían en erosionar su buena acogida inicial. Y —todavía a principios de 1981, si la memoria no me engaña— Richard y yo trasladamos al abuelo Harry de regreso a su casa de River Street, donde Richard y yo contratamos a una enfermera para que cuidara de él de forma permanente. La enfermera se llamaba Elmira; no sólo guardaba un cálido recuerdo de Harry en el escenario representando papeles femeninos (cuando Elmira era niña), sino que incluso participaba en la elección, entre el alijo de prendas de Nana Victoria que durante tanto tiempo había atesorado mi abuelo, del vestido que éste se pondría cada día.

También fue más o menos a principios de ese año (1981) cuando el señor Hadley abandonó a la señora Hadley; como se supo después, se fugó con una recién graduada de la academia Favorite River. La chica cursaba primero en la universidad, no recuerdo cuál. Colgaría los estudios para irse a vivir con el señor Hadley, que contaba sesenta y un años, la misma edad que Martha Hadley exactamente. La señora Hadley tenía la edad de mi madre; era nada menos que diez años mayor que Richard Abbott, pero Elaine debía de tener razón en suponer que su madre siempre había amado a

Richard. (Elaine solía tener razón).

«Vaya melodrama», dijo Elaine con hastío cuando, muy poco después, en el verano de 1981, la señora Hadley y Richard se fueron a vivir juntos. Como antigua *hippie* que era, Martha Hadley se negó a casarse por segunda vez, y Richard (estoy seguro) se contentaba con disfrutar de la compañía poco quejumbrosa de la señora Hadley. ¿Qué más le daba a Richard Abbott volver a casarse?

Además, los dos comprendieron que, si no se casaban, les pedirían que abandonaran el Bancroft Hall. Puede que fuera el inicio de los años ochenta, pero aquello era el Vermont provinciano, y Favorite River tenía no pocas normas de internado. Una pareja sin casar, que vivía en un apartamento reservado al profesorado en un colegio preparatorio... En fin, eso no era de recibo. Tanto la señora Hadley como Richard estaban hartos de la vida en una residencia exclusivamente masculina; Elaine y yo no lo dudábamos. Es muy posible que Richard Abbott y Martha Hadley decidieran que sería una locura casarse; optando por vivir juntos en pecado, ¡eludieron la vida en una residencia!

La señora Hadley y Richard dispusieron del verano para buscar un sitio donde vivir en el pueblo, o al menos cerca de First Sister, una casa modesta, algo asequible para una pareja de profesores de secundaria. El sitio que encontraron estaba en River Street, a sólo unas casas de lo que había sido en su día la biblioteca pública de First Sister, ahora el Círculo de historia. La casa había pasado por sucesivos dueños en los últimos años; necesitaba reformas, me comentó Richard, un poco titubeante, por teléfono.

Percibí su vacilación; si lo que necesitaba era dinero, le habría dado gustosamente lo que estuviera a mi alcance, pero me sorprendía que Richard no se lo hubiese pedido antes al abuelo Harry. Harry adoraba a Richard, y yo sabía que el abuelo Harry veía con buenos ojos la convivencia entre Richard y Martha Hadley.

—La casa no está a más de diez minutos a pie de la casa del abuelo Harry, Bill —dijo Richard por teléfono.

Me di cuenta de que se iba por las ramas.

—¿Qué pasa, Richard? —pregunté.

—Es la antigua casa de los Frost, Bill —respondió Richard.

Dado el largo historial de dueños recientes y poco fiables, los dos sabíamos que no había posibilidad de que quedara el menor rastro de la señorita Frost. La señorita Frost se había marchado, Richard Abbott y yo lo sabíamos. Aun así, que ésa fuera «la antigua casa de los Frost» era dirigir una mirada fugaz a la oscuridad: la oscuridad del pasado, pensé en ese momento. No preví ninguna señal de una oscuridad futura.

En cuanto al segundo aviso de la inminencia de una plaga, éste me pasó por completo inadvertido. En 1980 no me había llegado la felicitación navideña de la familia Atkins; ni me había dado cuenta. Recuerdo que cuando por fin recibí la postal —fue



mucho después de la Navidad, pero aún proclamaba «Felices fiestas»—, me sorprendió que Tom no hubiera incluido una reseña de mi cuarta novela. (El libro aún no se había publicado, pero le había mandado a Atkins una copia de las galeradas; pensé que tan fiel admirador de mis libros merecía una lectura anticipada. ¡Al fin y al cabo, nadie más me consideraba superior a Flaubert!).

Pero la felicitación navideña no llevaba nada adjunto, y la recibí en fecha tan tardía, creo, como febrero de 1981. Advertí que los niños y el perro se veían mayores. Lo que me dio que pensar fue lo mayor que se veía al pobre Tom; fue casi como si hubiera envejecido varios años entre una Navidad y la siguiente.

Deduje que la foto se había tomado durante unas vacaciones de la familia en la nieve: todos vestían ropa de esquí, y Atkins incluso llevaba un gorro de esquí. ¡Se habían ido a esquiar con el perro!, pensé maravillado.

Se veía a los niños bronceados, también a la esposa. Recordando lo clara que tenía Tom la piel, supuse que debía de protegerse del sol; así que no vi nada anormal en el hecho de que Tom no estuviese bronceado. (Conociendo a Atkins, seguro que estaba atento a las más incipientes alarmas sobre el cáncer de piel y la importancia de los filtros solares: siempre había sido un chico muy atento a toda alarma).

Pero me pareció advertir cierta coloración plateada en la piel de Tom; aunque apenas se le veía la cara, porque Atkins llevaba el absurdo gorro de esquí calado hasta las cejas. Sí observé no obstante —sólo a partir de la visión parcial de la cara del pobre Tom— que había perdido peso. Mucho peso, calculé, pero, debido a la ropa de esquí, en realidad no podía asegurarlo. Quizás Atkins siempre había tenido las mejillas chupadas.

Con todo, me quedé mirando esa postal navideña tardía durante largo rato. Había algo en la expresión de la mujer de Tom en lo que no había reparado antes. ¿Cómo era posible transmitir, en una sola expresión, el temor tanto a lo desconocido como a lo conocido?

La expresión de la señora Atkins me recordó cierta frase de *Madame Bovary*, esa que está al final del capítulo 6. (La que va como un dardo derecho a la diana, o al corazón: «y ahora no podía imaginar que aquella calma en que vivía fuera la felicidad con que había soñado»). La esposa de Tom no parecía asustada, ¡parecía *aterrorizada*! Pero ¿qué podía haberla amedrentado de esa manera?

¿Y dónde estaba la sonrisa que el Tom Atkins que yo conocía casi nunca podía reprimir durante mucho tiempo? Atkins tenía una sonrisa bobalicona, con la boca abierta, enseñando mucho los dientes y la lengua. Pero ahora el pobre Tom mantenía la boca bien cerrada, como un niño que intenta ocultarle un chicle al maestro, o como alguien consciente de que tiene mal aliento.

Por alguna razón, le enseñé a Elaine la foto de la familia Atkins.

—Te acordarás de Atkins, ¿no? —dije, y le entregué la postal navideña llegada con retraso.

—El pobre Tom —dijo automáticamente Elaine; los dos nos echamos a reír, pero

Elaine dejó de reír en cuanto posó los ojos en la fotografía—. ¿Qué le pasa? ¿Qué tiene en la boca? —preguntó.

—No lo sé —respondí.

—Billy, tiene algo en la boca y no quiere que nadie lo vea —dictaminó Elaine—. ¿Y qué les pasa a esos niños?

—¿A los niños? —pregunté.

No había advertido nada en los niños.

—Da la impresión de que han estado llorando —explicó Elaine—. ¡Dios mío, da la impresión de que se pasan la vida llorando!

—A ver —dije echando mano de la foto. No noté nada raro en los niños—. Atkins lloraba mucho —dije a Elaine—. Era un auténtico llorica; tal vez los niños han salido a Tom.

—Vamos, Billy, aquí hay algo anormal. Me refiero a todos ellos —aseguró Elaine.

—El perro parece normal —señalé. (Sólo bromeaba).

—No estoy hablando del perro, Billy —dijo Elaine.

Si para ustedes, durante los años de mandato de Reagan (1981-1989), la vida no se vio empañada por la experiencia de ver morir de sida a algún conocido, su recuerdo de esos años (o de Ronald Reagan) no será igual que el mío. ¡Vaya una década, y tuvimos al frente casi de principio a fin a aquel actor de serie B a caballo! (Durante siete de sus ocho años en la presidencia, Reagan se negó a pronunciar la palabra «sida»). Esos años se han desdibujado con el paso del tiempo y con el proceso consciente e inconsciente de olvidar los detalles peores. Unas décadas pasan deprisa, otras se alargan y alargan; en mi caso, la causa de que los ochenta duraran eternamente fueron las sucesivas muertes de amigos y amantes... hasta entrados los noventa, e incluso después. Allá por 1995 —sólo en Nueva York— el número de estadounidenses fallecidos por el sida superaba la cifra de caídos en Vietnam.

Habían transcurrido unos meses desde aquella conversación que mantuve con Elaine en febrero sobre la foto de la familia Atkins —sé que fue más adelante, en el transcurso de 1981— cuando enfermó Russell, el joven amante de Larry. (Me sentí fatal por tener a Russell en poco debido a sus actividades en Wall Street; además, lo había llamado «poetastro»).

Yo era un esnob; miraba por encima del hombro a los mecenas de los que se rodeaba Larry. Pero Larry era poeta; los poetas no ganan dinero. ¿Por qué no habrían de tener mecenas los poetas y otros artistas?

La PCP fue la causante de la mayor mortandad: una neumonía (*Pneumocystis carinii*). En el caso del joven Russell, como ocurría con frecuencia, dicha neumonía era la forma de presentación del sida: un hombre joven con tos (o dificultad para respirar) y fiebre, por lo demás de aspecto saludable. Era la radiografía lo que no

ofrecía tan buen aspecto: mostraba, según la jerga de radiólogos y médicos, un «blanqueamiento». Aun así, nadie tenía la menor sospecha acerca de la enfermedad; primero venía la fase en que no se mejoraba con los antibióticos, al final se practicaba una biopsia (o lavado pulmonar), que revelaba que la causa era la PCP, esa insidiosa neumonía. Por lo común, lo trataban a uno con Bactrim; eso era lo que Russell tomaba. Russell fue el primer paciente de sida que vi consumirse..., y no olvidemos que Russell tenía dinero y tenía a Larry.

Muchos escritores que conocían a Larry lo consideraban un individuo consentido y egocéntrico, o incluso presuntuoso. Para mi vergüenza, me incluyo —desde mi antigua perspectiva— entre aquellos que observaban a Larry Upton desde ese punto de vista. Pero Larry era una de esas personas que mejoran en situaciones de crisis.

«Debería haberme tocado a mí, Bill», me dijo Larry cuando visité por primera vez a Russell. «Yo ya he disfrutado de toda una vida; Russell está justo al comienzo de la suya». Russell, como enfermo terminal, recibió atención domiciliaria en su magnífica casa de piedra rojiza en Chelsea; disponía de su propia enfermera. Por entonces todo eso era nuevo para mí: que Russell hubiese renunciado a la ventilación mecánica permitió que recibiera asistencia domiciliaria. (La intubación en casa resulta problemática; es más fácil conectar a un paciente a un respirador en un hospital). Más adelante vería y recordaría aquel cuajarón de xilocaína en gel en la punta del tubo endotraqueal, pero no en el caso de Russell; a él no lo intubaron, no en casa.

Recuerdo a Larry dando de comer a Russell. Yo veía en la boca de Russell las acumulaciones amarillentas de cándidas y la lengua blanquecina.

Russell había sido un joven hermoso; su rostro pronto se desfiguraría debido a las lesiones del sarcoma de Kaposi. Una lesión de color violáceo pendía de una de las cejas de Russell, donde semejaba un carnosos lóbulo de oreja fuera de sitio; otra lesión amoratada le colgaba de la nariz. (Ésta destacaba tan llamativamente que, más tarde, Russell optó por ocultarla bajo un pañuelo). Larry me dijo que Russell se llamaba a sí mismo «el pavo», por las lesiones del sarcoma de Kaposi.

«¿Por qué son tan jóvenes, Bill?», me preguntaba Larry una y otra vez cuando la gran cantidad de jóvenes que morían en Nueva York nos llevó a comprender que Russell era sólo el principio.

Vimos envejecer a Russell en cuestión de meses: su pelo raleó, su piel adquirió una coloración plomiza, a menudo lo cubría una película de sudor frío al tacto, y sus estados febriles se prolongaban interminablemente. Las cándidas le descendían por la garganta hasta el esófago; Russell tragaba con dificultad y tenía los labios agrietados y recubiertos de una costra blanca. Se le habían hinchado los nódulos linfáticos del cuello. Apenas podía respirar, pero Russell se negaba a conectarse a un respirador (o ir al hospital); al final, sólo simulaba que se tomaba el Bactrim; Larry encontraba los comprimidos esparcidos entre las sábanas de Russell.

Russell murió en los brazos de Larry; no me cabe duda de que Larry habría deseado que se hubiesen invertido los papeles. («No pesaba nada», dijo Larry). Para

entonces, Larry y yo visitábamos ya a otros amigos en el hospital de St. Vincent. Como Larry vaticinó, sería tal el número de gente que se amontonaría en el St. Vincent que resultaría imposible visitar a un amigo, o a un antiguo amante, y no encontrarse con alguna otra persona conocida. Uno se asomaba a una puerta y veía allí a alguien que no sabía que estuviera enfermo; en más de un caso, afirmó Larry, ¡se había topado con hombres de quienes ni siquiera sabía que fueran homosexuales!

Algunas mujeres se enteraban de que sus maridos habían tenido relaciones con otros hombres sólo cuando sus maridos agonizaban. Algunos padres descubrían que sus jóvenes hijos varones agonizaban antes de saber (o haber deducido) que sus hijos eran homosexuales.

Sólo unas pocas amigas mías se contagiaron, no muchas. Yo sentía un miedo atroz por Elaine; se había acostado con varios hombres de quienes yo sabía que eran bisexuales. Pero dos abortos habían enseñado a Elaine a insistir en el uso del condón; consideraba que ningún otro medio prevendría un embarazo.

Habíamos tenido anteriormente una conversación sobre los condones; cuando se desató la epidemia del sida, Elaine me preguntó: «Todavía eres de los que se ponen condón, ¿no, Billy?». («¡Desde 1968!», le contesté).

«Yo debería estar muerto», dijo Larry. No estaba enfermo; se le veía bien. Tampoco yo estaba enfermo. Cruzamos los dedos.

Corría aún el año 1981, ya a finales, cuando se produjo el episodio de la hemorragia en la sala de lucha del New York Athletic Club. No sé bien si todos los luchadores estaban al tanto de que el virus del sida se transmitía básicamente a través de la sangre y el semen, porque durante un tiempo el personal de los hospitales temía contraerlo a través de la tos o los estornudos, pero el día que tuve la hemorragia nasal, todo el mundo tenía ya información de sobra para llevarse un susto de muerte al ver la sangre.

En la lucha ocurre con frecuencia: no sabes que estás sangrando hasta que ves tu sangre en el adversario. Yo estaba ejercitándome con Sonny; cuando vi la sangre en el hombro de Sonny, retrocedí.

—Estás sangrando... —comencé a decir; advertí entonces el semblante de Sonny. Tenía la mirada fija en mi nariz sangrante. Me llevé la mano al rostro y vi la sangre en mi mano, en mi pecho, en el tapiz—. Ah, soy yo —dije, pero Sonny había abandonado la sala de lucha... a todo correr. El vestuario se hallaba en otra planta, en la misma que el gimnasio.

—Ve a por el instructor, Billy; dile que aquí hay sangre —me dijo Arthur.

Todos los luchadores habían dejado de luchar; nadie quiso tocar la sangre en el tapiz. Normalmente no se le concedía gran importancia a una hemorragia nasal; uno limpiaba el tapiz con una toalla, y ya está. En una sala de lucha, la sangre acostumbraba ser intrascendente.

Sonny ya había enviado al instructor a la sala de lucha; el instructor llegó con guantes de goma y toallas empapadas en alcohol. Al cabo de unos minutos vi a Sonny

bajo la ducha en el vestuario; llevaba puesto el equipo de lucha, incluso las zapatillas, bajo el agua. Vací mi taquilla antes de ducharme. Quería dar tiempo a Sonny para acabar de ducharse antes de acercarme a las duchas. Estaba seguro de que Sonny no había dicho al instructor que «el escritor» había sangrado en la sala de lucha; Sonny debía de haberle dicho que «el gay» estaba sangrando. Sé que eso era lo que yo habría dicho al instructor en ese momento.

Arthur no me vio hasta que salí del vestuario; me había duchado y vestido, y por cautela llevaba unas bolas de algodón en las fosas nasales, sin una gota de sangre a la vista, pero acarreaba todo el contenido de mi taquilla en una bolsa de basura verde. Le había pedido la bolsa de basura a un empleado de la sala de mantenimiento, ¡y no se imaginan cómo se alegró de que me marchara!

—¿Te encuentras bien, Billy? —me preguntó Arthur.

Esa misma pregunta seguirían haciéndomela durante catorce o quince años.

—Voy a retirar mi solicitud para el carnet vitalicio, Arthur, si no te importa —dije—. El código indumentario de este sitio es una molestia para un escritor. Yo no visto chaqueta y corbata cuando escribo. Sin embargo, aquí tengo que ponerme chaqueta y corbata sólo para cruzar la puerta de la calle, y luego cambiarme para luchar.

—Lo entiendo perfectamente, Billy. Sólo espero que te encuentres bien —dijo Arthur.

—No puedo ser socio de un club con un código indumentario tan rígido. Eso no se corresponde con un escritor —expliqué.

Varios luchadores más empezaron a aparecer en el vestuario una vez acabado el entrenamiento: entre ellos, Ed y Wolfie y Jim, mis antiguos compañeros de ejercicio. Todo el mundo me vio con la bolsa de basura verde; no tuve que explicarles que aquél era mi último entrenamiento de lucha.

Salí del club por la puerta de atrás del vestíbulo. En Central Park South uno causa una impresión rara si va cargado con una bolsa de basura. Salí del New York Athletic Club por la calle Cincuenta y ocho Oeste, donde había unos cuantos callejones estrechos utilizados como vías de acceso para el reparto a los hoteles de Central Park South. Sabía que encontraría un contenedor para deshacerme de mi bolsa de basura, y de aquello a lo que en suma se reducía mi vida como luchador principiante en los albores de la crisis del sida.

Poco después de acabar mi carrera en la lucha a causa de esa vergonzosa hemorragia nasal, Larry y yo cenábamos en la parte baja de la ciudad y me explicó que, según había oído, los de abajo tenían más probabilidades de contraer la enfermedad que los de arriba. Yo sabía de alguno de los de arriba que la padecían, pero la pillaban más los de abajo, eso era cierto. Nunca supe cómo se las ingeniaba Larry para «oírlo» todo, pero oía bien la mayoría de las veces.

—Con las mamadas, apenas hay riesgo, Bill; lo digo para que lo sepas.

Larry fue el primero en decírmelo. Por supuesto, él parecía saber (o dar por sentado) que el número de parejas sexuales en la vida era un factor de riesgo. Irónicamente, no fue a Larry a quien oí hablar del factor condón.

Larry había reaccionado a la muerte de Russell intentando ayudar a todos los jóvenes conocidos que se morían; Larry, admirablemente, tenía más estómago que yo para visitar a los pacientes de sida que conocíamos en el St. Vincent o en atención domiciliaria. Tomé conciencia de que yo me retraía, a la vez que advertí que la gente me rehuía, y no sólo mis compañeros de lucha.

Rachel se había batido en retirada de inmediato. «Tal vez piense que puede contraer la enfermedad a través de tus textos, Billy», me comentó Elaine.

Elaine y yo habíamos hablado de marcharnos de Nueva York, pero el problema de vivir en Nueva York durante cierto tiempo es que muchos neoyorquinos no imaginan que haya otro lugar donde vivir.

A medida que más amigos nuestros se contagiaban, Elaine y yo nos imaginábamos con una u otra de las oportunistas enfermedades asociadas al sida. Elaine desarrolló sudores nocturnos. Yo me despertaba imaginando que sentía las placas blancas de candidas adheridas a mis dientes. (Reconocí ante Elaine que con frecuencia me despertaba en plena noche y me examinaba la boca en un espejo, ¡con una linterna!). Y estaba por otro lado aquella dermatitis seborreica; la piel presentaba un aspecto escamoso y grasiento, sobre todo en las cejas y el cuero cabelludo, y a los lados de la nariz. El herpes podía propagarse descontroladamente por los labios; las llagas no se curaban. Y estaban asimismo esos moluscos contagiosos arracimados; parecía viruela, y podían llegar a cubrir la cara por completo.

Y el pelo despide cierto olor cuando está apelmazado por el sudor y aplastado en la cabeza por el contacto con la almohada. No es sólo lo traslúcido que se ve el pelo y lo raro que huele. Es la sal que se seca y endurece en la frente debido a la fiebre ininterrumpida y la sudoración incesante; son también las membranas mucosas: se llenan a rebosar de levadura. Es un olor a levadura, pero también a fruta, tal como huele la cuajada, o el moho, o las orejas de un perro cuando están mojadas.

No me daba miedo morir; me daba miedo sentirme culpable, para siempre, porque no me moría. No aceptaba que quizás escapara o pudiera escapar al virus del sida por una razón tan azarosa como que un médico a quien no le caía bien me hubiera aconsejado que usara condón, o que la aleatoria suerte de ser de los de arriba me salvara o pudiera salvarme. No me avergonzaba de mi vida sexual; me avergonzaba de mí mismo por no querer estar al lado de quienes morían.

«A mí esto no se me da bien. A ti sí», le dije a Larry; no me refería sólo a lo de coger de la mano y dirigir palabras de aliento.

La meningitis criptocócica la causaba un hongo; afectaba al cerebro, y se diagnosticaba por medio de una punción lumbar; cursaba con fiebre y dolor de cabeza y confusión mental. Existía una enfermedad independiente de la médula espinal, una mielopatía que causaba debilidad progresiva: pérdida funcional de las piernas,

incontinencia. Era poco lo que podía hacerse: mielopatía vacuolar, se llamaba.

Yo veía a Larry vaciar la cuña de uno de nuestros amigos aquejado de esa horrenda mielopatía; maravillado como estaba por Larry —se había convertido en un santo—, de pronto me di cuenta de que pronunciar la palabra «mielopatía», o cualquiera de las otras palabras asociadas al sida, no me representaba la menor dificultad. (Esa neumonía por *Pneumocystis*, por ejemplo: podía decirla realmente. El sarcoma de Kaposi, aquellas terribles lesiones, no me creaban ningún problema de pronunciación; era capaz de decir «meningitis criptocócica» como si para mí no fuera nada más que un simple resfriado. Ni siquiera vacilaba al pronunciar «citomegalovirus», una de las principales causas de ceguera en el sida).

—Debería llamar a tu madre —le dije a Elaine—. Por lo visto, he hecho grandes avances en pronunciación.

—Eso es sólo porque estás distanciándote de la enfermedad, Billy —dictaminó Elaine—. Haces como yo: te imaginas mirando desde fuera, sin estar dentro.

—Debería llamar a tu madre —repetí, pero sabía que Elaine tenía razón.

—A ver cómo dices «pene», Billy.

—Eso no es justo, Elaine; eso es distinto.

—Dilo —insistió Elaine.

Pero ya sabía cómo sonaría. Era, es y será siempre «peve»; algunas cosas nunca cambian. No intenté decir la palabra «pene» para Elaine.

—Polla —dije.

Tampoco telefoneé a la señora Hadley por mis avances en pronunciación. Sí procuraba distanciarme de la enfermedad, incluso en los comienzos de la epidemia. Ya por entonces me sentía culpable de no enfermar.

En 1981 la postal navideña de los Atkins llegó a tiempo. No un «Felices fiestas» genérico con un mes de retraso, sino un «Feliz Navidad» en diciembre sin tono de disculpa.

—Uy, uy, uy —dijo Elaine cuando le enseñé la foto de la familia Atkins—. ¿Dónde está Tom?

Atkins no salía en la foto. La postal navideña incluía los nombres de toda la familia impresos en mayúsculas de cuerpo pequeño: TOM, SUE, PETER, EMILY y Jacques ATKINS. (Jacques era el Labrador; ¡Atkins había puesto al perro el nombre de Kittredge!). Pero Tom no estaba presente en la fotografía familiar.

—Tal vez no se sentía muy fotogénico —comenté a Elaine.

—La Navidad pasada no tenía muy buen color, ¿verdad? Y había perdido mucho peso —recordó Elaine.

—El gorro de esquí le ocultaba el pelo y las cejas —añadí. (Había reparado que no había llegado reseña de mi cuarta novela a cargo de Tom Atkins. Dudaba que Atkins hubiera cambiado de idea respecto a *Madame Bovary*).

—Mierda, Billy —dijo Elaine—. ¿Cómo interpretas el mensaje?

El mensaje, que estaba escrito a mano al dorso de la foto navideña, era de la esposa. No contenía mucha información, ni era muy navideño.

## TOM TE HA MENCIONADO. LE GUSTARÍA VERTE.

SUE ATKINS

—Creo que está muriéndose, eso creo —le dije a Elaine.

—Te acompañaré, Billy; siempre le caí bien a Tom —se ofreció Elaine.

Elaine tenía razón —el pobre Tom siempre la había adorado (a ella ya la señora Hadley)—, y además me sentía más valiente en compañía de Elaine, poco más o menos como ocurría en los viejos tiempos. Si Atkins estaba muriéndose de sida, yo casi tenía la certeza absoluta de que su mujer lo sabía ya todo sobre aquel verano de hacía veinte años atrás, cuando Tom y yo viajamos juntos a Europa.

Esa noche telefoneé a Sue Atkins. Resultó que Tom recibía atención domiciliaria en su casa de Short Hills, Nueva Jersey. Nunca había sabido a qué se dedicaba Atkins, pero su mujer me contó que Tom había sido director ejecutivo de una compañía de seguros de vida; había trabajado en Nueva York, cinco días por semana, durante más de una década. Supuse que nunca le había apetecido quedar conmigo a comer o cenar, y por eso me sorprendí cuando Sue Atkins dijo que había supuesto que su marido se veía conmigo; por lo visto, había noches en que Tom no regresaba a Nueva Jersey a tiempo para la cena.

—No era conmigo con quien se veía —aseguré a la señora Atkins.

Mencioné que Elaine también quería visitar a Tom, si no era una «intromisión», fue así como lo expresé.

Sin darme tiempo a explicar quién era Elaine, Sue Atkins contestó:

—Sí, estaría bien; he oído hablar mucho de Elaine.

No pregunté a la señora Atkins qué había oído de mí.

Elaine había dado clases ese trimestre y estaba corrigiendo los trabajos finales, expliqué por teléfono. Tal vez pudiéramos ir a Short Hills un sábado; no habría tantos viajeros de cercanías en el tren como en un día laborable, pensaba yo.

—Los niños no estarán en el colegio, pero a Tom le parecerá bien —dijo Sue—. Desde luego, Peter sabe quién eres. Ese viaje a Europa... —Le falló la voz—. Peter sabe qué está pasando, y quiere mucho a su padre —empezó de nuevo la señora Atkins—. Pero Emily..., en fin, es más pequeña. Desconozco qué sabe y qué no. No puede hacerse gran cosa para contrarrestar lo que los niños oyen contar a los otros niños en el colegio, no si tus hijos no te hablan de lo que dicen los otros niños.

—Lamento lo que estás pasando —le dije a la mujer de Tom.

—Yo siempre supe que podía suceder. Tom fue sincero sobre su pasado —explicó Sue Atkins—. Pero no sabía que él había vuelto a eso. Y esta espantosa enfermedad...



Volvió a fallarle la voz.

Yo miraba la postal navideña mientras hablábamos por teléfono. No se me da bien calcular la edad de las niñas. No habría podido decir qué edad tenía Emily; sólo sabía que era la pequeña. Al chico, Peter Atkins, le echaba catorce o quince años, más o menos los mismos que tenía el pobre Tom cuando lo conocí y pensé que era un perdedor que ni siquiera era capaz de pronunciar la palabra «tiempo». Atkins me había dicho que me llamaba Bill, en lugar de Billy, porque había reparado en que Richard Abbott siempre me llamaba Bill, y saltaba a la vista lo mucho que yo quería a Richard.

El pobre Tom también me había confesado que un día, cuando yo estaba con la señora Hadley en su despacho y él esperaba su turno fuera, oyó levantar la voz a Martha Hadley. «Billy, Billy, ¡no has hecho nada malo!», exclamó la señora Hadley, tan alto que Atkins la oyó a través de la puerta cerrada. (Fue cuando le hablé a Martha Hadley de mis encaprichamientos con otros chicos y hombres, incluidos mi encaprichamiento con Richard, ya un poco en declive, y el encaprichamiento con Kittredge, mucho más devastador).

¡El pobre Tom me dijo que había pensado que yo tenía una aventura con la señora Hadley! «Llegué a creer que acababas de *eyacular* en su despacho, o algo así, y ella, para tranquilizarte, te aseguraba que no habías hecho nada “malo”... Eso creí que quería decir la palabra “malo”, Bill», me había confesado Atkins.

«¡Menudo idiota estás tú hecho!», le contesté; ahora me avergonzaba de ello.

Pregunté a Sue Atkins cómo andaba Tom —me refería a las oportunistas enfermedades de las que yo ya sabía algo—, y qué medicación tomaba. Cuando ella contestó que le había salido un sarpullido por el Bactrim, supe que el pobre Tom recibía tratamiento para la neumonía por *Pneumocystis*. Como Tom se hallaba en atención domiciliaria, no tenía ventilación mecánica; su respiración debía de ser estertorosa y anhelante; eso también lo sabía.

Sue Atkins comentó asimismo las dificultades de Tom para comer.

—Le cuesta tragar —dijo. (El mero hecho de decírmelo la llevó a contener una tos, o quizás una arcada; de pronto parecía faltarle el aliento).

—¿Por las candidas? ¿Por eso no puede comer? —pregunté.

—Sí, es candidiasis esofágica —respondió la señora Atkins, a todas luces muy familiarizada con la terminología—. Y... una cosa bastante reciente..., lleva un catéter Hickman —explicó Sue.

—¿Es muy reciente, el Hickman? —pregunté a la señora Atkins.

—Bueno, desde el mes pasado —contestó.

Lo alimentaban a través del catéter: desnutrición, pues. (Con las candidas, las dificultades para tragar solían responder al fluconazol o la anfotericina B, a menos que la levadura se hubiera hecho resistente).

«Si te conectan un Hickman para hiperalimentación, Bill, probablemente estás muriéndote de inanición», me había explicado Larry.

Yo pensaba una y otra vez en el chico, Peter; en la foto de Navidad, me recordaba al Tom Atkins a quien yo había conocido. Imaginé que Peter tal vez era «como nosotros», por usar las palabras que el pobre Tom empleó en una ocasión. Así lo había expresado Tom hacía años: «Aquí no todo el mundo entiende a las personas como nosotros», había dicho él, y yo me había preguntado si Atkins intentaba insinuármeme. (Era la primera vez que se me insinuaba un chico como yo).

—¡Bill! —dijo Sue Atkins con aspereza, por teléfono.

Me di cuenta de que lloraba.

—Lo siento —me disculpé.

—Ni se te ocurra ponerte a llorar cuando vengas aquí —advirtió la señora Atkins—. A esta familia ya no le quedan más lágrimas.

Ese sábado, no mucho antes de la Navidad de 1981, pedí a Elaine:

—No me dejes llorar.

Los que se disponían a hacer sus compras navideñas viajaban en sentido contrario, hacia Nueva York. Ese sábado de diciembre, el tren a Short Hills, Nueva Jersey, iba casi vacío.

—¿Y cómo voy a impedirte que llores, Billy? No tengo un arma: no puedo pegarte un tiro —dijo Elaine.

Últimamente la palabra «arma» me ponía los nervios a flor de piel. Elmira, la enfermera que Richard Abbott y yo habíamos contratado para cuidar del abuelo Harry, se quejaba sin parar a Richard acerca del «arma». Era una carabina Mossberg del 33, accionada por palanca, la misma clase de escopeta de cañón corto utilizada por Nils para quitarse la vida. (No me acuerdo con exactitud, pero creo que Nils tenía una Winchester o una Savage, y no era de palanca; sólo sé que era también una carabina del 33).

Elmira se había quejado de que el abuelo Harry «limpiaba excesivamente la maldita Mossberg»; por lo visto, Harry limpiaba el arma vestido con la ropa de Nana Victoria: manchaba muchos de sus vestidos con lubricante para armas. Era la mucha tintorería lo que disgustaba a Elmira. «No sale a disparar... A su edad, se acabó la caza del venado sobre esquís, me lo ha prometido..., ¡pero sigue limpiando y limpiando la maldita Mossberg!», le dijo a Richard.

Richard había preguntado al abuelo Harry al respecto.

—Es absurdo tener un arma si no la mantienes limpia —había contestado Harry.

—Pero quizá podrías ponerte tu ropa para limpiarla, Harry —había sugerido Richard—. Ya me entiendes: unos vaqueros, una camisa vieja de franela. Algo que Elmira no tenga que llevar a la tintorería.

Harry no había respondido; es decir, no le respondió a Richard. Pero el abuelo Harry le dijo a Elmira que no se preocupara: «Si me pego un tiro, Elmira, te prometo que no te dejaré nada de ropa para la jodida tintorería».

Ahora, naturalmente, tanto a Elmira como a Richard empezó a preocuparles que el abuelo Harry se pegara un tiro, y yo pensaba una y otra vez en esa carabina del 33

hiperlimpia. Sí, también me preocupaban las intenciones del abuelo Harry, pero — para serles sincero— sentía alivio al saber que esa maldita Mossberg estaba lista para la acción. Para serles muy sincero, no me preocupaba tanto por el abuelo Harry como me preocupaba por mí mismo. Si contraía la enfermedad, sabía qué haría. Como buen oriundo de Vermont, no habría vacilado. Me proponía partir hacia First Sister, hacia la casa del abuelo Harry en River Street. Sabía dónde guardaba esa calibre 33; sabía dónde almacenaba Harry la munición. Lo que mi abuelo llamaba «arma para alimañas» a mí ya me bastaba.

Con este estado de ánimo, y decidido a no llorar, me presenté en Short Hills, Nueva Jersey, para visitar a Tom Atkins, mi amigo moribundo, a quien no veía desde hacía veinte años, prácticamente la mitad de mi vida.

No hacía falta ser muy listo para prever que sería el chico, Peter, quien abriese la puerta. No debería haberme sorprendido que me recibiera el vivo retrato de Tom Atkins —tal como lo conocí—, pero me quedé sin habla.

—Es el hijo, Billy; ¡di algo! —me susurró Elaine al oído. (Como es lógico, yo pugnaba ya por no llorar)—. Hola. Soy Elaine, éste es Billy —saludó Elaine al chico con el pelo de color zanahoria—. Debes de ser Peter. Somos viejos amigos de tu padre.

—Sí, os esperábamos; pasad, por favor —dijo Peter educadamente. (El chico tenía quince años recién cumplidos; había solicitado plaza en Lawrenceville School, para lo que sería su segundo curso de secundaria, y esperaba la respuesta.)—. No sabíamos si nos daría tiempo de terminar, pero hemos tenido tiempo de sobra —añadió Peter Atkins a la vez que nos acompañaba adentro a Elaine y a mí.

Quise abrazar al chico —había usado la palabra «tiempo» dos veces; ¡no tenía el menor asomo de un problema de pronunciación!— pero, dadas las circunstancias, era consciente de que no debía tocarlo.

A un lado del suntuoso vestíbulo había un comedor de aspecto un tanto formal, donde no comía (ni había comido nunca) absolutamente nadie, pensé. El chico nos aclaró que Charles acababa de marcharse.

—Charles es el enfermero de mi padre —explicó Peter—. Charles viene para ocuparse del catéter; hay que enjuagar todo el rato el interior del catéter o se obstruye —nos dijo Peter a Elaine y a mí.

—Se obstruye —repetí: mis primeras palabras en la casa de los Atkins.

Elaine me dio un codazo en las costillas.

—Mi madre está descansando, pero bajará enseguida —decía el chico—. No sé dónde está mi hermana.

Nos habíamos detenido ante una puerta cerrada en un pasillo de la planta baja.

—Esto era el despacho de mi padre —dijo Peter Atkins; el chico vaciló antes de abrir la puerta—. Pero nuestras habitaciones están arriba; papá no puede subir escaleras —prosiguió Peter, sin abrir la puerta—. Si mi hermana está aquí dentro, con él, es posible que grite; sólo tiene trece años, a punto de cumplir los catorce —nos

informó el chico a Elaine y a mí; había apoyado la mano en el picaporte, pero aún no se animaba a dejarnos pasar—. Yo peso poco menos de sesenta y cinco kilos —dijo Peter Atkins con toda la naturalidad posible—. Mi padre ha perdido algo de peso desde la última vez que lo visteis —añadió el chico—. Pesa cerca de cuarenta y cinco, o quizá no tanto, pero sí cuarenta y pico.

Acto seguido, abrió la puerta.

«Se me ha partido el corazón», diría Elaine más tarde. «¡Cómo intentaba prepararnos ese chico!». Pero, como yo empezaba a descubrir, era imposible prepararse para esa maldita enfermedad.

—Ah, aquí está mi hermana, Emily —dijo Peter Atkins cuando por fin nos dejó entrar en la habitación donde yacía su padre moribundo.

El perro, *Jacques*, era un labrador de color chocolate con el hocico blanco grisáceo; un perro viejo, noté, no sólo por el morro y los belfos entrecanos, sino también por los movimientos lentos e inestables con que salió de debajo de la cama de hospital para saludarnos. Le resbaló ligeramente una pata trasera en el suelo, meneó la cola sólo un poco, como si al mínimo meneo de cola le doliera la cadera.

—*Jacques* tiene casi trece años —nos dijo Peter a Elaine y a mí—, pero a esa edad un perro es muy viejo, y tiene artritis.

El perro me rozó la mano con el hocico húmedo y frío y luego se la rozó a Elaine; eso era lo único que quería el viejo labrador. Después, el perro se tumbó de nuevo ruidosamente bajo la cama.

La niña, Emily, estaba aovillada como un segundo perro a los pies de la cama de hospital de su padre. A Tom debía de proporcionarle cierto consuelo, por mínimo que fuera, que su hija le calentara los pies. Para Atkins era un esfuerzo indescriptible respirar; me constaba que tendría fríos las manos y los pies: su sistema circulatorio enviaba cada vez menos sangre a las extremidades en un intento de desviarla al cerebro.

La reacción de Emily ante nuestra presencia llegó con efecto retardado. Se incorporó y gritó, pero tardíamente; había estado leyendo un libro, que salió volando de sus manos. El sonido del aleteo de las páginas quedó ahogado por el grito de la niña. Vi una botella de oxígeno en la abarrotada habitación, el antiguo «despacho» de Atkins, como su hijo nos había explicado, transformado ahora en espacio para velar al moribundo.

También observé que Tom casi no se inmutó por el grito de su hija: apenas se movió en la cama de hospital. Debía de dolerle girar la cabeza; pero su pecho desnudo, mientras el resto de su cuerpo encogido permanecía inmóvil, se agitaba vigorosamente. El catéter Hickman pendía del costado derecho del pecho de Tom, insertado bajo la clavícula; penetraba en la piel unos centímetros por encima del pezón y accedía a la vena subclavia.

—Éstos son los viejos amigos de papá del colegio, Emily —dijo Peter, irritado, a su hermana menor—. Ya sabías que vendrían.

La niña, airada, atravesó la habitación hacia donde estaba su libro en el suelo; cuando lo recuperó, se volvió y lanzó una mirada iracunda. Emily sin duda me miró a mí; es posible que también mirara a su hermano y a Elaine. Cuando la niña de trece años habló, tuve la certeza de que me hablaba sólo a mí, bien que Elaine más tarde, ya en el tren, para mi tranquilidad intentaría convencerme en vano de que la hija de Tom se dirigía a nosotros dos. (No lo creo).

—¿Con la enfermedad? —preguntó Emily.

—No, yo no la tengo..., lo siento —contesté.

A continuación, la niña salió con paso enérgico de la habitación.

—Avisa a mamá de que están aquí, Emily. ¡Avisa a mamá! —vociferó Peter a su colérica hermana.

—¡Ya voy! —oímos gritar a la niña.

—¿Eres tú, Bill? —preguntó Tom Atkins; vi que intentaba mover la cabeza y me acerqué a la cama—. Bill Abbott..., ¿estás aquí? —preguntó Atkins.

Hablaba con voz débil y en extremo fatigosa. Sus pulmones emitían un denso gorgoteo. La botella de oxígeno debía de ser sólo para un alivio esporádico (y superficial); probablemente había una mascarilla, pero no la vi. El oxígeno hacía las veces de respirador. La morfina llegaría después, en la etapa final.

—Sí, soy yo, Bill; y Elaine ha venido conmigo, Tom —dije a Atkins.

Le toqué la mano. La tenía fría como el hielo y pegajosa. Ahora le veía la cara al pobre Tom. La dermatitis seborreica se reflejaba en el aspecto grasiento de su cuero cabelludo y sus cejas y en las escamas a los lados de la nariz.

—¡Elaine también! —exclamó Atkins con voz ahogada—. ¡Elaine y Bill! ¿Estás bien, Bill? —me preguntó.

—Sí, estoy bien —respondí; nunca me había avergonzado tanto de estar «bien».

En la mesilla de noche había una bandeja de medicamentos y otros objetos de apariencia intimidatoria. (Por alguna razón, recordaría la solución de heparina; servía para enjuagar el catéter Hickman). Vi las costras que formaban las concentraciones blancas y pastosas de candidas en las comisuras de los labios del pobre Tom.

«No lo he reconocido, Billy», diría Elaine más tarde cuando regresábamos a Nueva York. ¡Pero cómo iba a reconocer uno a un adulto que pesa sólo cuarenta y pico kilos!

Tom Atkins y yo contábamos treinta y nueve años, pero él parecía un hombre de más de sesenta; el pelo no sólo se le veía traslúcido y ralo, sino que el poco que le quedaba era del todo gris. El pobre Tom tenía los ojos hundidos en las cuencas, las sienes profundamente marcadas, las mejillas chupadas; se le habían cerrado casi por completo las fosas nasales, como si ya percibiera el hedor de su propio cadáver, y su piel tirante, antes tan rubicunda, presentaba ahora una coloración cenicienta.

*Facies hipocratica* era el término para describir ese rostro al borde de la muerte: esa ajustadísima máscara mortuoria que se ceñirían algún día tantos de mis amigos y amantes que morirían de sida. Era piel estirada sobre un cráneo; esa piel ofrecía un

aspecto tan inverosímilmente duro y tenso que uno tenía la certeza de que iba a rajarse.

Yo sujetaba una de las frías manos de Tom, y Elaine la otra —vi que Elaine evitaba mirar el catéter Hickman en el pecho desnudo de Atkins—, cuando oímos la tos seca. Por un momento imaginé que el pobre Tom había muerto y la tos de algún modo había escapado de su cuerpo. Pero vi los ojos de su hijo; Peter conocía esa tos, y sabía de dónde procedía. El chico se volvió hacia la puerta abierta de la habitación, donde ahora estaba su madre, tosiendo. No parecía una tos muy grave, pero Sue Atkins tenía problemas para contenerla. Elaine y yo ya habíamos oído esa tos antes: no parecía nada serio en las primeras fases de la neumonía por *Pneumocystis*. La dificultad para respirar y la fiebre a menudo eran peores que la tos.

—Sí, la tengo —confirmó Sue Atkins; controlaba la tos pero no se le iba del todo—. En mi caso, acaba de declararse —dijo la señora Atkins; a todas luces respiraba con dificultad.

—Yo la contagié, Bill; eso es lo que pasó —informó Tom Atkins.

Peter, que hasta ese momento había mantenido el tipo, intentó escabullirse al pasillo pasando de costado junto a su madre.

—No, tú quédate, Peter. Debes oír lo que tu padre va a decirle a Bill —ordenó Sue Atkins a su hijo.

Ahora el chico lloraba, pero entró de nuevo en la habitación, todavía mirando hacia la puerta que su madre obstruía.

—No quiero quedarme, no quiero oírlo... —empezó el chico; movía la cabeza en un gesto de negación, como si éste fuera un método demostrado para dejar de llorar.

—Peter, tienes que quedarte, tienes que escuchar —dijo Tom Atkins—. Peter es la razón por la que quería verte, Bill —me explicó Tom—. Bill presenta ciertos indicios perceptibles de responsabilidad moral, ¿no, Elaine? —le preguntó de pronto Tom—. Quiero decir los libros de Bill; al menos sus libros presentan indicios perceptibles de responsabilidad moral, ¿no? En realidad yo ya no conozco a Bill —admitió Atkins. (Tom no podía decir más de tres o cuatro palabras seguidas sin detenerse a tomar aire).

—Responsabilidad moral —repetí.

—Sí, así es; Billy asume una responsabilidad moral, creo que sí —contestó Elaine—. No quiero decir sólo en tus libros, Billy —añadió Elaine.

—No tengo que quedarme; yo esto ya lo he oído —dijo de pronto Sue Atkins—. Tú tampoco tienes que quedarte, Elaine. Podemos intentar hablar con Emily. Es todo un reto hablar con ella, pero, por regla general, se muestra más tratable con las mujeres que con los hombres. Emily odia profundamente a los hombres —dijo la señora Atkins.

—Emily grita casi siempre que ve a un hombre —explicó Peter; había dejado de llorar.

—De acuerdo, te acompaño —contestó Elaine a Sue Atkins—. A mí los hombres,

en su mayoría, tampoco me entusiasman, sólo que las mujeres, normalmente, no me gustan en absoluto.

—Muy interesante —comentó la señora Atkins.

—Volveré a la hora de despedirnos —dijo Elaine a Tom cuando salía, pero Atkins pareció no hacer caso de su alusión a la despedida.

—Con qué facilidad pasa el tiempo cuando ya no queda, Bill, es increíble —empezó Tom.

—¿Dónde está Charles? Debería estar aquí, ¿no? —preguntó Peter Atkins a su padre—. ¡Fíjate en la habitación! ¿Qué hace todavía aquí esa botella de oxígeno? El oxígeno ya no le sirve —me explicó el chico—. Tus pulmones tienen que trabajar para poder beneficiarse del oxígeno. Si ya no puedes inhalar, ¿cómo vas a recibir el oxígeno? Eso dice Charles.

—Para ya, Peter, por favor —dijo Tom Atkins a su hijo—. He pedido a Charles un poco de intimidad; Charles no tardará en volver.

—Estás hablando demasiado, papá —protestó el chico—. Ya sabes lo que te pasa cuando intentas hablar demasiado.

—Quiero hablarle a Bill de ti, Peter —dijo su padre.

—Esta parte es delirante —afirmó Peter—; esta parte no tiene sentido.

Tom Atkins pareció hacer acopio del aliento que le quedaba antes de hablarme:

—Quiero que no pierdas de vista a mi chico cuando yo ya no esté, Bill; en especial si Peter es «como nosotros», pero incluso si no lo es.

—¿Por qué yo, Tom? —quise saber.

—Tú no tienes hijos, ¿verdad? —preguntó Atkins—. Lo único que te pido es que no pierdas de vista a uno solo de mis hijos. No sé qué hacer con Emily; quizá tú no seas la mejor elección para cuidar de Emily.

—No, no, no —atajó de pronto el chico—. Emily se queda conmigo, va a donde yo vaya.

—Tendrás que convencerla, Peter, ya sabes lo testadura que es —contestó Atkins; al pobre Tom le costaba más y más reunir aliento suficiente—. Cuando muera..., cuando tu madre también muera..., es con este hombre que tienes aquí con quien quiero que hables, Peter. No con tu abuelo.

Yo había conocido a los padres de Tom en la graduación de Favorite River. Su padre me había lanzado una mirada de desesperación; se había negado a estrecharme la mano. Ése era el abuelo de Peter; no me había llamado «marica», pero percibí que lo pensaba.

«Mi padre es muy... primario», había dicho Atkins en aquel entonces.

«Deberíamos presentárselo a mi madre», me había limitado a decir yo.

Ahora Tom me pedía que fuese el consejero de su hijo. (Tom Atkins nunca había sido muy realista).

—No con tu abuelo —dijo Atkins por segunda vez a Peter.

—No, no, no —repitió el chico; se había echado a llorar de nuevo.

—Tom, no sé cómo ser padre, no tengo experiencia —dije—. Y también yo podría enfermar.

—¡Eso! —exclamó Peter Atkins—. ¿Y si Bill, o Billy, o comoquiera que se llame, enferma?

—Creo que será mejor que tome un poco de oxígeno, Bill. Peter sabe cómo se hace, ¿verdad, Peter? —preguntó Tom a su hijo.

—Sí, claro que sé cómo se hace —respondió el chico; paró de llorar de inmediato—. Charles es quien debería darte el oxígeno, papá, ¡y además no te servirá! —exclamó el chico de quince años—. Tú crees que el oxígeno va a llegarte a los pulmones; pero en realidad no es así.

Vi entonces la mascarilla de oxígeno —Peter sabía dónde estaba—, y mientras el chico se ocupaba de la botella de oxígeno, Tom me sonrió con orgullo.

—Peter es un chico maravilloso —dijo Atkins.

Vi que Tom no podía mirar a su hijo al decirlo, porque habría perdido la compostura. Atkins conseguía mantener la calma mirándome a mí.

De forma análoga, cuando Atkins habló, yo conseguí mantener la calma mirando a su hijo de quince años. Además, como le diría después a Elaine, a mis ojos Peter se parecía más a Tom Atkins de lo que Atkins se parecía ni remotamente a sí mismo.

—No eras una persona con tanto aplomo cuando te conocí, Tom —dije, pero no aparté la mirada de Peter.

El chico colocaba con delicadeza la mascarilla de oxígeno en el rostro irreconocible de su padre.

—¿Qué quiere decir «aplomo»? —me preguntó Peter.

Su padre se rió. La risa le provocó a Atkins un jadeo y tos, pero sin duda se había reído.

—Lo que quiero decir con «aplomo» es que tu padre es alguien que se hace cargo de las situaciones, es alguien que en una situación determinada tiene una seguridad en sí mismo de la que carecen muchas personas. —(Me costaba creer que estuviese diciendo eso sobre el Tom Atkins que yo conocía, pero en ese momento era cierto).

—¿Estás así un poco mejor? —preguntó Peter a su padre, que se afanaba por aspirar el oxígeno.

Tom realizaba un esfuerzo enorme para un alivio muy pequeño, o eso me parecía, pero logró contestar a la pregunta de su hijo con un gesto de asentimiento, sin apartar la vista de mí.

—No creo que el oxígeno te ayude —afirmó Peter Atkins; el chico me examinaba más atentamente que antes. Vi a Tom desplazar el antebrazo por la cama; tocó a su hijo con ese brazo—. En fin... —empezó el chico, como si aquello se le hubiera ocurrido a él, como si su padre no le hubiese dicho ya antes: «Cuando venga mi viejo amigo Bill, no dejes de preguntarle por el verano que pasamos juntos en Europa», o algo por el estilo—. En fin... —comenzó el chico de nuevo—. Tengo entendido que tú y mi padre viajasteis juntos por toda Europa. En fin..., ¿cómo fue?



Yo sabía que rompería a llorar si echaba una ojeada siquiera a Tom Atkins —que se rió de nuevo, y tosió y jadeó—, así que seguí mirando el vivo retrato de Tom con el pelo de color zanahoria, su entrañable hijo de quince años, y dije, como si también yo me atuviera a un guión:

—Para empezar, te diré que yo intentaba leer cierto libro, pero tu padre no me dejaba, no a menos que le leyera el libro entero en voz alta.

—¡Le leíste un libro entero en voz alta! —exclamó Peter con incredulidad.

—Teníamos los dos diecinueve años, pero me obligó a leerle la novela de principio a fin..., en voz alta. Y tu padre detestaba ese libro. De hecho, estaba celoso de uno de los personajes; sencillamente no quería que yo pasara un solo minuto a solas con ella —expliqué a Peter.

A esas alturas, el chico escuchaba con verdadero placer. (Yo sabía qué era aquello para mí: era una audición).

Supongo que el oxígeno sí servía de algo —o servía en la cabeza de Tom—, porque Atkins había cerrado los ojos y sonreía. Era casi la misma sonrisa bobalicona que yo recordaba, si uno podía pasar por alto las cándidas.

—¿Cómo es posible estar celoso de una mujer de una novela? —me preguntó Peter Atkins—. Eso no era más que una fantasía, una historia inventada, ¿no?

—Así es —contesté a Peter—, y ella es una desdichada. Es infeliz en todo momento, y al final se envenena y muere. ¡Tu padre aborrecía incluso los pies de esa mujer!

—¡Los pies! —exclamó el chico, y se rió aún más.

—¡Peter! —oímos llamar a su madre—. Ven. ¡Deja descansar a tu padre!

Pero mi audición estaba condenada al fracaso desde el principio.

«Estaba todo preparado; lo tenían ensayado punto por punto. Tú lo sabes, ¿no, Billy?», me preguntaría después Elaine, ya en el tren.

«Lo sé ahora», le contestaría. (No lo sabía en su momento).

¡Peter salió de la habitación justo cuando yo no había hecho más que empezar! Tenía mucho más que contar sobre ese verano que Tom Atkins y yo pasamos en Europa, pero de pronto el joven Peter se había ido. Pensé que el pobre Tom dormía, pero se había retirado la mascarilla de oxígeno de la boca y la nariz y —con los ojos todavía cerrados— encontró mi muñeca con su mano fría. (Al primer contacto, tuve la sensación de que su mano era el hocico del perro viejo). Tom Atkins ya no sonreía; debía de saber que estábamos solos. Creo que Atkins sabía también que el oxígeno no le servía; sospecho que sabía que ya no le serviría nunca. Las lágrimas humedecían su rostro.

—¿Existen las tinieblas eternas, Bill? —me preguntó Atkins—. ¿Hay una faz de endriago esperándonos allí?

—No, no, Tom —contesté yo en un intento de tranquilizarlo—. O bien son sólo tinieblas..., sin endriago ni nada..., o es una luz muy intensa, lo que se dice fabulosa de verdad, y hay muchas cosas extraordinarias que ver.

—En cualquier caso, nada de endriagos, ¿no, Bill? —me preguntó el pobre Tom.

—Exacto, Tom, nada de endriagos.

Percibí la presencia de alguien detrás de mí, en la puerta de la habitación. Era Peter; había vuelto. No sabía cuánto tiempo llevaba allí, ni qué había oído.

—¿Sale eso de la faz del endriago en las tinieblas en ese mismo libro? —me preguntó el chico—. ¿Es lo de la faz también una fantasía?

—¡Ja! —exclamó Atkins—. ¡Buena pregunta, Peter! ¿Qué contestas a eso, Bill?

Siguió una tos convulsa, y un jadeo más violento; el chico se acercó corriendo a su padre y lo ayudó a cubrirse la nariz y la boca con la mascarilla de oxígeno, pero el oxígeno no surtió efecto. Los pulmones de Atkins no funcionaban debidamente; no podía inhalar aire suficiente para ayudarse.

—¿Es esto una prueba, Tom? —pregunté a mi viejo amigo—. ¿Qué quieres de mí?

Peter Atkins se quedó allí inmóvil, observándonos. Ayudó a su padre a retirar la mascarilla de oxígeno de la boca.

—Cuando estás muriéndote, todo es una prueba, Bill. Ya lo verás —dijo Tom.

Con la ayuda de su hijo, Atkins se colocaba otra vez la mascarilla de oxígeno, pero de pronto interrumpió ese proceso en apariencia inútil.

—Es una historia inventada, Peter —dije al chico—. Esa mujer infeliz que se envenena..., incluso sus pies son inventados. Es una fantasía..., la faz del endriago en las tinieblas también. Es todo imaginario.

—Pero esto no es «imaginario», ¿verdad? —me preguntó el chico—. Mi madre y mi padre se mueren..., eso no es imaginario, ¿verdad?

—No —contesté—. Siempre podrás acudir a mí, Peter —dije de pronto al chico—. Estaré a tu disposición, te lo prometo.

—¡Ahí tienes! —exclamó Peter, dirigiéndose no a mí, sino a su padre—. ¡He conseguido que lo diga! ¿Estás contento? ¡Yo no estoy contento! —exclamó el chico.

—¡Peter! —llamaba su madre—. ¡Deja descansar a tu padre! ¿Peter?

—¡Ya voy! —contestó el chico.

Salió corriendo de la habitación.

Tom Atkins había vuelto a cerrar los ojos.

—Avísame cuando estemos solos, Bill —pidió con voz ahogada.

Mantenia apartada la mascarilla de la boca y la nariz, pero vi que la deseaba, por poco que lo ayudara el oxígeno.

—Estamos solos —dije a Atkins.

—Lo he visto —susurró Tom con voz ronca—. No es ni mucho menos quien pensábamos que era; es más como nosotros de lo que imaginábamos. ¡Es toda una belleza, Bill!

—¿Quién es una belleza? ¿Quién es más como nosotros de lo que imaginábamos, Tom? —pregunté, pero sabía que habíamos cambiado de tema; sólo existía una persona de la que Tom y yo siempre habíamos hablado con temor y reserva, con amor

y odio.

—Ya sabes quién, Bill; lo he visto —susurró Atkins.

—¿Kittredge? —pregunté también en un susurro.

Atkins se tapó la boca y la nariz con la mascarilla de oxígeno; asentía con la cabeza, pero le dolía moverla y sólo respirar le representaba un esfuerzo torturante.

—¿Kittredge es gay? —pregunté a Tom Atkins.

Pero esto provocó un prolongado acceso de tos, seguido de una contradictoria sucesión de gestos de asentimiento y negación. Con mi ayuda, Atkins, se apartó la mascarilla de oxígeno de la boca y la nariz, aunque sólo brevemente.

—¡Kittredge es idéntico a su madre! —exclamó Atkins con voz entrecortada; acto seguido, se puso de nuevo la mascarilla y emitió horribles sonidos de succión. Yo no quería causarle más agitación de la que ya le causaba mi presencia. Atkins había vuelto a cerrar los ojos, aunque su rostro permanecía inmovilizado más en una mueca de dolor que en una sonrisa, cuando oí que Elaine me llamaba.

Encontré a Elaine con la señora Atkins y sus hijos en la cocina.

—No debería estar con el oxígeno sin nadie que lo vigile, o al menos no mucho rato —advirtió Sue Atkins al verme.

—No, mamá, no es eso exactamente lo que dice Charles —la corrigió Peter—. Sólo tenemos que ir comprobando la botella.

—¡Por el amor de Dios, Peter! ¡Basta ya de criticarme, por favor! —exclamó la señora Atkins, y se quedó sin aliento—. ¡Esa botella vieja seguramente está vacía! La verdad es que el oxígeno no lo ayuda. —Tosió y tosió.

—¡Charles no permitiría que la botella de oxígeno se quedara vacía! —protestó el chico, indignado—. Papá no sabe que el oxígeno no lo ayuda; a veces cree que lo ayuda.

—Odio a Charles —intervino la niña, Emily.

—No odies a Charles, Emily; necesitamos a Charles —dijo Sue Atkins, esforzándose en recobrar el aliento.

Miré a Elaine; me sentía totalmente perdido. Me sorprendió ver a Emily sentada al lado de Elaine en un sofá de cara al televisor de la cocina, que estaba apagado; la niña de trece años, hecha un ovillo, se había acurrucado junto a Elaine, que rodeaba sus hombros con un brazo.

—Tom cree en tu personalidad, Bill —me dijo la señora Atkins (como si mi personalidad hubiese sido tema de conversación durante horas)—. Tom no trata contigo desde hace veinte años, no te conoce; aun así, cree que puede juzgar tu personalidad por las novelas que escribes.

—Que son inventadas, que son fantasías, ¿no es así? —me preguntó Peter.

—Por favor, Peter, no sigas —atajó Sue Atkins, cansada, esforzándose aún por contener aquella tos no tan inocente.

—Así es, Peter —contesté.

—Durante todo este tiempo había pensado que Tom se veía con él —le dijo Sue

Atkins a Elaine, señalándome—. Pero Tom debía de verse con aquel otro tipo, aquel por el que estabais todos locos.

—No lo creo —dije a la señora Atkins—. Tom me ha dicho que lo ha «visto», no que «estuviera viéndose» con él. No es lo mismo.

—Bueno, ¿y qué voy a saber yo? Sólo soy la esposa —dijo Sue Atkins.

—¿Te refieres a Kittredge, Billy? ¿Es a él a quien se refiere Sue? —preguntó Elaine.

—Sí, así se llama, Kittredge. Creo que Tom se enamoró de él; supongo que los tres os enamorasteis de él —dijo la señora Atkins.

Se la veía un poco afiebrada, o tal vez fuera por efecto de la medicación que tomaba, no lo sé. Me constaba que el Bactrim le había provocado un sarpullido al pobre Tom; no sabía dónde. Sólo tenía una vaga idea de los otros posibles efectos secundarios del Bactrim. Pero sí sabía que Sue Atkins sufría de neumonía por *Pneumocystis*, así que con toda seguridad tomaba Bactrim, y decididamente tenía fiebre.

La señora Atkins parecía aturdida, como si apenas fuera consciente de que sus hijos, Emily y Peter, se hallaban allí con nosotros, en la cocina.

—¡Hola, soy yo! —se anunció una voz masculina desde el vestíbulo.

La niña, Emily, gritó, pero no se desprendió del brazo de Elaine, que la envolvía.

—Sólo es Charles, Emily —dijo su hermano Peter.

—Ya sé que es Charles; lo odio —respondió Emily.

—Basta ya, los dos —reprendió la madre.

—¿Quién es Kittredge? —preguntó Peter Atkins.

—A mí también me gustaría saber quién es —dijo Sue Atkins—. Un don del cielo para hombres y mujeres, supongo.

—¿Qué ha dicho Tom acerca de Kittredge, Billy? —me preguntó Elaine.

Yo albergaba la esperanza de mantener esa conversación en el tren, donde estaríamos a solas, o no mantenerla nunca.

—Tom ha dicho que ha visto a Kittredge, nada más —contesté a Elaine.

Pero yo sabía que sí había algo más. Ignoraba qué había querido decir Atkins con eso de que Kittredge no era ni mucho menos quien pensábamos que era, eso de que Kittredge era más como nosotros de lo que imaginábamos.

El pobre Tom pensaba que Kittredge era una belleza; bueno, eso no me costaba imaginarlo. Pero Atkins había parecido dar a entender que Kittredge era y no era gay; ¡según Tom, Kittredge era idéntico a su madre! (¡Eso no pensaba decírselo a Elaine!). ¿Cómo podía ser Kittredge idéntico a la señora Kittredge?, me preguntaba.

Emily gritó. Debe de ser Charles, el enfermero, pensé; pero no, era *Jacques*, el perro. El viejo labrador estaba allí, en la cocina.

—Sólo es *Jacques*, Emily; es un perro, no un hombre —dijo Peter a su hermana con desdén, pero la niña no paraba de gritar.

—Déjala en paz, Peter. *Jacques* es macho, tal vez sea por eso —aventuró la

señora Atkins. Pero como Emily no paraba o no podía parar de gritar, Sue Atkins nos dijo a Elaine y a mí—: Bueno, es poco habitual ver a *Jacques* alejarse de la cama de Tom. Desde que Tom enfermó, el perro este no se separa de él. ¡Para llevarlo a mear tenemos que sacarlo a rastras!

—Para hacer venir a *Jacques* a la cocina a comer, tenemos que ofrecerle un premio —explicaba Peter Atkins mientras su hermana seguía gritando.

—¡Un labrador al que hay que obligar a comer! ¡Dónde se ha visto! —comentó Sue Atkins.

De pronto volvió a mirar al viejo perro y se echó a gritar. Ahora gritaban las dos, Emily y la señora Atkins.

—Debe de ser Tom, Billy; ha sucedido algo —dijo Elaine por encima del griterío.

Peter Atkins o bien lo oyó, o había llegado a esa conclusión por su cuenta: a todas luces era un chico listo.

—¡Papá! —llamó el chico, pero su madre lo sujetó y lo retuvo entre sus brazos.

—Espera a Charles, Peter; Charles está con él —consiguió decir la señora Atkins, aunque respiraba con mayor dificultad.

*Jacques* (el labrador) permaneció allí sentado, sólo respirando.

Elaine y yo decidimos no «esperar a Charles». Salimos de la cocina y recorrimos el pasillo de la planta baja a toda prisa en dirección a la puerta ahora abierta de lo que en otro tiempo fue el despacho de Tom. (*Jacques*, que —tras vacilar un instante— pareció dispuesto a seguimos, se quedó en el suelo de la cocina. El viejo perro debía de saber que su amo se había marchado). Elaine y yo entramos en la habitación reacondicionada, donde vimos a Charles inclinado sobre el cuerpo tendido en la cama de hospital, que el enfermero había elevado para facilitarse la labor. Charles mantuvo la cabeza agachada; no nos miró a Elaine ni a mí, aunque los dos nos dimos cuenta de que el enfermero sabía que estábamos allí.

Para mi horror, me recordó a un hombre al que había visto unas cuantas veces en el Mineshaft, el club de S&M de Washington Street, a la altura de Little West Twelfth, en el Meatpacking District. (Larry me contaría que el Departamento de Sanidad de la ciudad cerró el club, pero eso no sucedería hasta 1985 —cuatro años después de aparecer el sida—, que fue cuando Elaine y yo llevábamos a cabo el experimento de vivir juntos en San Francisco). En el Mineshaft se desarrollaban muchas actividades inquietantes: había un arnés suspendido del techo para practicar fisting; había una pared entera con agujeros de la gloria; había una sala con una bañera, donde se metían los hombres para que les mearan encima.

El hombre al que se parecía mucho Charles era un cachas de piel ebúrnea, tatuado; tenía la cabeza rapada, una concentración de pelo negro en la punta del mentón y dos *piercings* en las orejas con diamantes. Vestía un chaleco de cuero negro y un suspensorio, y unas botas de motorista bien lustradas, y su empleo en el Mineshaft consistía en echar a quienes hacía falta echar. Lo llamaban Mefistófeles; las noches que libraba en el Mineshaft, frecuentaba un bar de gais negros llamado

Keller's. Creo que el Keller's estaba en West Street, en la esquina con Barrow, cerca del muelle de Christopher Street, pero yo nunca fui; no iba ningún blanco que yo conociera. (Según oí en el Mineshaft, Mefistófeles iba al Keller's para follarse a negros o buscar pelea con ellos, a Mefistófeles tanto se le daba lo uno como lo otro; para él, follarse y pelear era todo lo mismo, razón por la que sin duda encajaba a la perfección en un local de S&M como el Mineshaft).

Pero el enfermero, que atendía con tanto esmero a mi querido amigo, no era el mismo Mefistófeles, ni los cuidados que ofrecía Charles a los restos mortales del pobre Tom eran de índole sexual ni se advertía en ellos ninguna forma de desviación. Charles concentraba toda su atención en el catéter Hickman que colgaba del pecho inmóvil de Atkins.

—Pobre Tommy, no me corresponde a mí retirar el Hickman —nos explicó el enfermero a Elaine y a mí—. Ya lo quitará el empleado de la funeraria. Veis, hay un manguito..., es como un aro de velero alrededor del tubo, justo en el interior del punto donde penetra en la piel. Las células de Tommy, su piel y las células de su cuerpo, se han fundido con esa malla de velero. Eso es lo que mantiene el catéter en su sitio, para que no se desprenda o se afloje. Lo único que tiene que hacer el empleado de la funeraria es dar un tirón fuerte y se suelta —nos dijo Charles.

Elaine apartó la mirada.

—Quizá no deberíamos haber dejado solo a Tom —dijo el enfermero.

—Mucha gente quiere morir sola —respondió el enfermero—. Sé que Tommy quería verte, sé que tenía algo que decir. Seguro que lo ha dicho, ¿no? —me preguntó Charles.

Alzó la mirada hacia mí y sonrió. Era un hombre robusto, atractivo, con el pelo cortado a cepillo y un aro de plata en la parte superior, cartilaginosa, de la oreja izquierda. Iba bien afeitado, y cuando sonrió, Charles no se parecía en nada al hombre que yo conocía como Mefistófeles, el matón y defensor del orden en el Mineshaft.

—Sí, creo que Tom ha dicho lo que tenía que decir —respondí a Charles—. Quería pedirme que no pierda de vista a Peter.

—Ya, bueno, pues mucha suerte. ¡Aunque supongo que eso dependerá de Peter! —dijo Charles. (No me había equivocado del todo al confundirlo con un gorila del Mineshaft; Charles poseía algo de esa misma brusquedad).

—¡No, no, no! —oíamos exclamar al joven Peter desde la cocina.

La niña, Emily, había dejado de gritar; también su madre.

Charles, con una ajustada camiseta negra que dejaba a la vista sus músculos y tatuajes, no vestía como correspondía a un día de diciembre en Nueva Jersey.

—El oxígeno no parecía servirle —comenté a Charles.

—Le servía sólo un poco. El problema con la PCP es que es difusa, afecta a los dos pulmones, y afecta a la capacidad para hacer llegar oxígeno a los vasos sanguíneos, y por tanto al organismo —explicó el enfermero.

—Tom tenía las manos muy frías —dijo Elaine.

—Tommy no quería el respirador —prosiguió Charles; por lo visto, había terminado ya con el catéter Hickman. El enfermero desprendía la costra de cándidas en torno a la boca—. Quiero lavarlo antes de que lo vean Sue y los niños —dijo Charles.

—Y la señora Atkins..., esa tos —comenté—. Sólo irá a peor, ¿no?

—Es una tos seca; a veces ni hay tos. La gente le da mucha importancia a la tos. Es la dificultad para respirar lo que empeora —explicó el enfermero—. A Tommy, sencillamente, le ha fallado la respiración —afirmó Charles.

—¡Charles, queremos verlo! —decía a voz en cuello la señora Atkins.

—No, no, no —seguía exclamando Peter.

—¡Te odio, Charles! —vociferaba Emily desde la cocina.

—¡Ya lo sé, cariño! —contestó Charles, también en voz alta—. ¡Dadme un segundo, todos!

Me incliné sobre Atkins y le besé la frente pegajosa.

—Lo infravaloré —le dije a Elaine.

—Ahora no llores, Billy —me instó Elaine.

De pronto me puse tenso, porque pensé que Charles iba a abrazarme o besarme —o quizá sólo apartarme de un empujón de la cama elevada—, pero únicamente pretendía entregarme su tarjeta de visita.

—Llámame, William Abbott. Ya me indicarás cómo puede ponerse Peter en contacto contigo, si él quiere.

—Si él quiere —repetí, y me hice con la tarjeta del enfermero.

Normalmente, cuando alguien me llamaba «William Abbott», yo sabía que esa persona era un lector, o que él (o ella) al menos sabía que yo era «el escritor». Pero aparte de mi certidumbre de que Charles era gay, en cuanto a lo de lector no habría sabido qué decir.

—¡Charles! —llamaba Sue Atkins con la respiración entrecortada.

Elaine y yo, y Charles, manteníamos la mirada fija en el pobre Tom. No puedo decir que Tom Atkins tuviera un aspecto «plácido», pero sí descansaba por fin de sus tremendos esfuerzos para respirar.

—No, no, no —exclamaba su entrañable hijo, ahora en voz más baja.

Elaine y yo vimos a Charles alzar la vista de pronto en dirección a la puerta abierta.

—Ah, eres tú, *Jacques* —dijo el enfermero—. Vale, tú sí puedes pasar. Adelante.

Elaine y yo advertimos nuestros respectivos estremecimientos. Quedó claro cuál de los dos Jacques pensamos que venía a despedirse de Tom Atkins. Pero en la puerta no estaba el Zhak que Elaine y yo esperábamos. ¿Cabía la posibilidad de que, durante veinte años, Elaine y yo hubiéramos albergado la expectativa de volver a ver a Kittredge?

En la puerta estaba el perro viejo, vacilando ante su siguiente paso artrítico.

—Adelante, chico —dijo Charles, y *Jacques* entró renqueando en el antiguo despacho de su antiguo amo.

Charles sostuvo una de las manos frías de Tom a un lado de la cama, y el viejo Labrador la tocó con su hocico frío.

Había otras presencias en la puerta —que pronto se hallarían en la pequeña habitación con nosotros—, y Elaine y yo nos apartamos de la cama del pobre Tom. Sue Atkins me dirigió una débil sonrisa.

—Ha sido un placer conoceros, por fin —dijo la mujer moribunda—. No perdamos el contacto.

Como el padre de Tom, veinte años atrás, no me estrechó la mano.

El chico, Peter, no me miró ni una sola vez; corrió junto a su padre y abrazó aquel cuerpo menguado. La niña, Emily, lanzó una mirada (aunque fugaz) a Elaine; luego miró a Charles y gritó. El perro viejo se limitó a sentarse allí, como se había sentado —sin esperar nada— en la cocina.

Mientras recorríamos el pasillo, atravesábamos el vestíbulo (donde sólo en ese momento advertí un árbol navideño sin adornos) y salíamos de la casa afectada, Elaine repetía una y otra vez algo que no alcancé a oír. En el camino de acceso estaba el taxista de la estación de tren, a quien habíamos pedido que esperara. (Para mi sorpresa, sólo habíamos pasado cuarenta y cinco minutos o una hora en la casa de los Atkins; a Elaine y a mí se nos había antojado media vida).

—No te oigo —le dije a Elaine cuando estábamos en el taxi.

—¿Cómo acaba el pato, Billy? —repitió Elaine, esta vez levantando la voz lo suficiente para que yo la oyera.

De acuerdo, así que éste es otro epílogo, pensé yo.

«Somos de la misma sustancia que los sueños, y nuestra breve vida culmina en un dormir», dice Próspero, acto IV, escena 1. En su día, yo había llegado a pensar que *La tempestad* podía y debía acabar ahí.

¿Cómo empieza Próspero el epílogo? Intenté recordarlo. Por supuesto, Richard Abbott lo sabría, pero supe que ni siquiera cuando Elaine y yo regresáramos a Nueva York, me animaría a llamar a Richard. (No estaba preparado para comunicar a la señora Hadley lo de Atkins).

—La primera frase del epílogo de *La tempestad* —le dije a Elaine, con toda la despreocupación posible, en aquel taxi fúnebre—. Ya sabes, el final, declamado por Próspero. ¿Cómo empieza?

—«Ahora magia no me queda» —recitó Elaine—. ¿Te refieres a eso, Billy?

—Sí, eso es —respondí a mi muy querida amiga.

Me sentía exactamente así: no me quedaba magia.

—Bueno, bueno —dijo Elaine, rodeándome con los brazos—. Ahora ya puedes llorar, Billy. Los dos podemos. Bueno, bueno.

Procuré no pensar en aquella frase de *Madame Bovary*; Atkins la había odiado con toda su alma. Ya saben, ese momento después de entregarse Emma al indigno



Rodolfo, cuando ella siente palpar su propio corazón, «y la sangre circulaba en su carne como un río de leche». ¡Qué repugnancia había sentido Tom Atkins ante esa imagen!

Aun así, por mucho que me costara imaginarlo —después de ver los cuarenta y pico kilos de Atkins mientras yacía moribundo, y a su esposa condenada, cuya sangre, en aquel cuerpo enfermo, no era un «río de leche»—, Tom y Sue Atkins debían de haberse sentido así, al menos una o dos veces.

—No estarás afirmando que Tom Atkins te ha dicho que Kittredge es gay; no estarás diciéndome eso, ¿verdad? —me preguntó Elaine en el tren, como yo preveía.

—No, no estoy diciéndote eso; de hecho, Tom ha asentido y negado con la cabeza ante la palabra «gay». Atkins, sencillamente, no lo ha dejado claro. Tom no ha dicho exactamente qué es o era Kittredge, sino sólo que lo había «visto», y que Kittredge era «una belleza». Y hay algo más: Tom ha dicho que Kittredge no era ni mucho menos quien pensábamos que era, Elaine; no sé nada más —expliqué.

—De acuerdo. Pregúntale a Larry si sabe algo de Kittredge. Yo lo comprobaré en unos cuantos centros de cuidados paliativos si tú lo compruebas en el St. Vincent, Billy —dijo Elaine.

—Tom no ha dicho que Kittredge estuviera enfermo, Elaine.

—Si Tom lo vio, Billy, es posible que Kittredge esté enfermo. ¿Quién sabe adónde iba Tom? Según parece, Kittredge también iba allí.

—De acuerdo, de acuerdo. Se lo preguntaré a Larry, lo comprobaré en el St. Vincent —accedí. Esperé un momento, mientras Nueva Jersey desfilaba al otro lado de las ventanas de nuestro tren—. Estás ocultándome algo, Elaine —dije—. ¿Por qué piensas que Kittredge podría tener la enfermedad? ¿Qué es lo que no sé acerca de la señora Kittredge?

—Kittredge era un experimentador, ¿no, Billy? —preguntó Elaine—. Sólo me baso en eso: era un experimentador. Estaba dispuesto a follarse a cualquiera, sólo por ver cómo era.

Pero yo conocía muy bien a Elaine; sabía cuándo mentía —una mentira por omisión, quizá, no de las otras— y sabía que debía tener paciencia con ella, como ella había tenido (durante años) paciencia conmigo. Elaine era esa clase de narradora.

—No sé qué o quién es Kittredge, Billy —me dijo Elaine. (Eso me sonó a verdad).

—Yo tampoco lo sé —contesté.

En ésas estábamos: Tom Atkins había muerto y, aun así, Elaine y yo pensábamos, incluso en ese momento, en Kittredge.

## NO POR CAUSAS NATURALES

Todavía me hago cruces cuando recuerdo las inviables expectativas que Tom Atkins depositó en aquel idilio nuestro, tan tan juvenil, hacía ya muchos veranos. El pobre Tom no pecó menos de vanas ilusiones en la desesperación de sus últimos días de vida. Tom abrigaba la esperanza de que yo fuera un padre sustituto apto para su hijo Peter: una idea descabellada que, como incluso aquel entrañable chico de quince años sabía, nunca se haría realidad.

Me mantuve en contacto con Charles, el enfermero de la familia Atkins, durante sólo cinco o seis años, no más. Fue Charles quien me contó que Peter Atkins fue admitido en Lawrenceville, colegio exclusivamente masculino hasta 1987, uno o dos años después de su graduación. En comparación con muchos centros preparatorios de Nueva Inglaterra, la academia Favorite River inclusive, Lawrenceville tardó en ser un centro mixto.

¡Cuánto deseé que Peter Atkins no fuera —por usar las palabras del pobre Tom— «como nosotros»!

Peter estudió en Princeton, a unos ocho kilómetros al nordeste de Lawrenceville. Al concluir mi malhadada cohabitación con Elaine en San Francisco, ella y yo regresamos a Nueva York. Elaine daba clases en Princeton durante el curso académico de 1987-1988, cuando Peter Atkins estudiaba allí. Se inscribió en la clase de escritura creativa de Elaine en la primavera de 1988, cuando el chico de quince años que los dos habíamos conocido tenía veintitantos. Elaine creía que Peter cursaba económicas, pero Elaine nunca prestaba atención a la rama central en que estaban matriculados sus alumnos de escritura.

«No era gran cosa como escritor», me dijo, «pero tampoco se hacía ninguna ilusión al respecto».

Todos los relatos de Peter trataban sobre el suicidio de su hermana menor, Emily, cuando ésta tenía diecisiete o dieciocho años.

Yo me había enterado del suicidio por Charles cuando ocurrió; siempre había sido una niña «extremadamente problemática», había escrito Charles. En cuanto a la mujer de Tom, Sue, murió unos interminables dieciocho meses después de desaparecer Atkins; había prescindido de los servicios de Charles y contratado a otro enfermero casi inmediatamente después de la muerte de Tom.

«Entiendo por qué Sue no quería que un gay cuidara de ella», fue lo único que dijo Charles al respecto.

Yo había preguntado a Elaine si le daba la impresión de que Peter Atkins era homosexual. «No», contestó ella. «No, sin lugar a dudas». De hecho, en algún

momento a finales de los noventa —un par de años después de la peor etapa de la epidemia del sida—, en una lectura que ofrecí en Nueva York, un joven pelirrojo de rostro rubicundo (acompañado de una atractiva joven) se acercó a mí durante la firma de libros posterior al acto. Por entonces, Peter Atkins debía de contar poco más de treinta años, pero lo reconocí fácilmente. Aún se parecía a Tom.

—Hemos contratado a una canguro para venir, cosa poco habitual en nosotros —explicó su mujer, sonriéndome.

—¿Cómo estás, Peter? —pregunté.

—He leído todos tus libros —me dijo el joven, muy serio—. Tus novelas vinieron a ser para mí algo así como in loco parentis. —Pronunció las palabras en latín lentamente—. Ya sabes, «en lugar de los padres», algo así —dijo el joven Atkins.

Nos limitamos a sonreírnos; no teníamos nada más que decirnos. Él lo había dicho bien, pensé. Su padre habría estado contento de cómo salió su hijo, o tan contento como podía llegar a estar el pobre Tom respecto a cualquier cosa. Tom Atkins y yo nos habíamos criado en una época en que rebosábamos odio hacia nosotros mismos a causa de nuestras diferencias sexuales, porque nos habían inculcado que esas diferencias estaban mal. En retrospectiva, me avergüenzo de mi deseo expreso de que Peter Atkins no fuera como Tom o como yo. Tal vez, tratándose de la generación de Peter, debería haber deseado que sí fuera «como nosotros», pero orgulloso de ello. Así y todo, dado lo sucedido a los padres de Peter... En fin, baste decir que, a mi juicio, Peter ya había cargado con lo suyo.

Debería redactar una breve necrológica por los Comediantes de First Sister, la agrupación de teatro impenitentemente amateur de mi pueblo. Con el fallecimiento de Nils Borkman, y con la muerte también violenta de la apuntadora de aquel pequeño teatro (mi madre, Mary Marshall Abbott) —amén de mi difunta tía, Muriel Marshall Fremont, que había despertado el entusiasmo de nuestro pueblo con diversos personajes estridentes y bien dotados de pecho—, los Comediantes de First Sister sencillamente se extinguieron. En los ochenta, incluso en los pueblos pequeños, los antiguos teatros se transformaron en cines; lo que la gente quería ver era películas.

«También hay muchos que se quedan en casa y ven la televisión, supongo», comentó el abuelo Harry. El propio Harry Marshall «se quedaba en casa»; sus tiempos sobre el escenario representando papeles femeninos ya eran cosa del pasado.

Fue Richard quien me llamó cuando Elmira encontró el cadáver del abuelo Harry.

«No más tintorería, Elmira», había dicho Harry poco antes mientras la enfermera colgaba la ropa limpia de Nana Victoria en su armario.

«Debí de entenderlo mal», explicaría después Elmira a Richard. «Creí que dijo: “¡No, más tintorería, Elmira!”», como si me tomara el pelo, ¿sabe? Pero ahora estoy casi segura de que dijo: “No más tintorería, Elmira”, como si ya entonces supiera qué iba a hacer».

Por consideración a su enfermera, el abuelo Harry se había vestido como el viejo maderero que era —vaqueros, camisa de franela, «nada muy elegante», como diría Elmira—, y cuando se tendió en la bañera de costado, hecho un ovillo, igual que un niño al irse a dormir, Harry se las apañó, a saber cómo, para pegarse un tiro en la sien con la Mossberg del 33, de manera que casi toda la sangre quedó en la bañera, y la que salpicó los azulejos en otras partes del cuarto de baño no representó una dificultad insuperable para Elmira a la hora de limpiar.

El mensaje en mi contestador, la noche anterior, estaba dentro de la más absoluta normalidad tratándose del abuelo Harry. «No hace falta que me devuelvas la llamada, Bill. Voy a retirarme un poco antes de hora. Sólo quería asegurarme de que estabas bien».

Esa misma noche —era noviembre de 1984, unos días antes de Acción de Gracias—, el mensaje en el contestador de Richard Abbott era parecido, al menos en lo referente a que el abuelo Harry «se retiraba un poco antes de hora». Richard había llevado a Martha Hadley al cine del pueblo, a lo que era el antiguo teatro de los Comediantes de First Sister. Pero el final del mensaje que el abuelo Harry había dejado a Richard era un tanto distinto del que Harry me había dejado a mí. «Echo de menos a mis chicas, Richard», había dicho el abuelo Harry. (Después se había tendido en la bañera y, allí aovillado, había apretado el gatillo). Harold Marshall tenía noventa años, a punto de cumplir los noventa y uno: era sólo un poco antes de hora para retirarse.

Richard Abbott y el tío Bob decidieron convertir ese Día de Acción de Gracias en lo que equivaldría a una conmemoración por el abuelo Harry, pero los contemporáneos de Harry —los que aún vivían— residían todos en el Complejo. (No nos acompañarían en la cena de Acción de Gracias en la casa del abuelo Harry en River Street).

Elaine y yo fuimos juntos en coche desde Nueva York; habíamos invitado a Larry a ir con nosotros. Larry contaba sesenta y seis años; en esos momentos no tenía novio, y Elaine y yo estábamos preocupados por él. Larry no se había contagiado. No tenía la enfermedad, pero se le notaba extenuado; Elaine y yo habíamos hablado de ello. Elaine incluso había llegado a decir que el virus del sida estaba matando a Larry «de otra manera».

Me alegré de que Larry viajara con nosotros. Eso impidió que Elaine se inventara historias sobre quienquiera que fuese la persona con la que yo salía por entonces, hombre o mujer. Por lo tanto, nadie fue acusado falsamente de cagarse en la cama.

Richard había invitado a la cena de Acción de Gracias a unos alumnos extranjeros de la academia Favorite River; vivían demasiado lejos de allí para regresar durante unas vacaciones tan cortas. Por consiguiente, contamos con la compañía de dos carean as y un joven japonés de aspecto solitario. Los demás nos conocíamos todos, a excepción de Larry, que nunca había visitado Vermont.

Pese a que la casa del abuelo Harry en River Street se hallaba casi en el centro del

pueblo —y a un paso del campus de la academia Favorite River—, la localidad de First Sister en sí se le antojó a Larry «pleno monte». A saber qué pensaría Larry de los bosques y campos circundantes; había empezado la caza del venado con armas de fuego de retrocarga y se oían detonaciones por todas partes. («Pleno monte barbárico», era como Larry había definido Vermont).

La señora Hadley y Richard se ocuparon de las tareas de la cocina, con la ayuda de Gerry y Helena; esta última era la nueva novia de Gerry: una mujer vital y locuaz que acababa de abandonar a su marido y estaba saliendo del armario, pese a ser de la edad de Gerry (cuarenta y cinco) y tener dos hijos mayores. Los «chicos» de Helena tenían veintipocos años; pasaban esas fiestas con su exmarido.

Contra todo pronóstico, Larry y el tío Bob habían hecho muy buenas migas, posiblemente porque Larry tenía la misma edad que habría tenido la tía Muriel si Muriel no hubiese sufrido el choque frontal que también le costó la vida a mi madre. Y a Larry le encantaba hablar con Richard Abbott de Shakespeare. A mí me gustaba escucharlos a los dos; en cierto modo, era como revivir mi adolescencia en el Club de Teatro de la academia Favorite River; era como ver pasar ante mí una fase de mi infancia.

Como ahora la academia Favorite River admitía alumnas, explicaba Richard Abbott a Harry, el reparto de papeles en las obras del Club de Teatro era muy distinto de como había sido cuando la academia era un colegio exclusivamente masculino. Él detestaba asignar papeles de mujer a esos chicos, explicó Richard; el abuelo Harry, que no era precisamente un «chico», y que había destacado en los papeles femeninos, era una excepción (como lo eran Elaine y otras pocas hijas de profesores). Pero ahora que Richard tenía a su disposición chicos y chicas, se lamentaba de lo mismo que hoy día me cuentan muchos directores de teatro en los colegios, e incluso en las universidades. Hay más chicas interesadas en el teatro; siempre hay más chicas. No hay chicos suficientes para cubrir todos los personajes masculinos; es necesario buscar obras con más personajes femeninos para todas las chicas, porque casi siempre hay más chicas que papeles femeninos.

—Shakespeare se sentía muy cómodo con los cambios de sexo, Richard —afirmó Larry a modo de provocación—. ¿Por qué no les dices a tus chicos de teatro que, en las obras donde hay un número excesivo de personajes masculinos, vas a asignar todos los papeles masculinos a chicas, y que asignarás los papeles femeninos a chicos? ¡Creo que eso a Shakespeare le habría encantado! —(No cabía duda de que a Larry, en particular, eso le habría encantado. Larry veía el mundo, Shakespeare incluido, bajo la lente del género).

—Una idea muy interesante, Larry —dijo Richard Abbott—. Pero hablamos de *Romeo y Julieta*. —(Ésa debía de ser la siguiente obra de Richard, supuse yo; no había seguido con mucha atención la parte de la conversación relativa al programa escolar.)—. Sólo hay cuatro papeles femeninos en la obra, y sólo dos con verdadero peso —continuó Richard.

—Sí, sí, ya lo sé —dijo Larry alardeando—. Están la señora Montesco y la señora Capuleto; no tienen gran importancia, tal como dices. En realidad sólo cuentan Julieta y su ama, ¡y debe de haber veinte hombres o más!

—Es tentador asignar papeles femeninos a chicos, y al revés —admitió Richard—, pero sólo son adolescentes, Larry. ¿Dónde encuentro a un chico con los huevos necesarios para interpretar a Julieta?

—Ah... —dijo Larry, y se interrumpió.

(Ni siquiera Larry tenía respuesta para eso). Recuerdo haber pensado que eso no era, ni sería nunca, mi problema. Dejemos el problema en manos de Richard, pensé; yo tenía otras cosas en la cabeza.

El abuelo Harry me había dejado en herencia su casa de River Street. ¿Qué iba a hacer yo con una casa de cinco habitaciones y seis cuartos de baño en Vermont?

Richard me aconsejó que la conservara.

—Sacarás más por ella si la vendes más adelante, Bill —dijo. (El abuelo Harry también me había dejado un poco de dinero; no necesitaba el dinero extra que habría obtenido con la venta de la casa de River Street, al menos no todavía).

Martha Hadley prometió organizar una subasta para deshacernos de los muebles desechados. Harry les había dejado un poco de dinero al tío Bob y a Richard Abbott; el abuelo Harry le había dejado a Gerry la suma mayor, en lugar de dejarle una parte de la casa.

Era la casa donde yo había nacido, la casa donde me había criado hasta que mi madre se casó con Richard. El abuelo Harry le había dicho a Richard: «Esta casa debería ser de Bill. Supongo que un escritor no tendrá inconveniente en convivir con los fantasmas; Bill puede sacarles provecho, ¿no?».

Yo no conocía a los fantasmas, ni sabía si podría sacarles provecho. Ese Día de Acción de Gracias lo que no habría imaginado ni remotamente eran las circunstancias que algún día pudieran inducirme a desear vivir en First Sister, Vermont. Pero me dije que no había la menor prisa en tomar una decisión acerca de la casa; la conservaría.

Los fantasmas obligaron a Elaine a abandonar su habitación y venir a la mía, ya la primerísima noche que dormimos en la casa de River Street. Yo me hallaba en la habitación de mi infancia cuando Elaine irrumpió y se metió en la cama conmigo.

—No sé quiénes se han creído que son esas mujeres —dijo Elaine—, pero sé que están muertas, y eso las tiene muy cabreadas.

—Vale —contesté.

Me gustaba dormir con Elaine, pero la noche siguiente nos trasladamos a una habitación con una cama más grande. Aquel puente de Acción de Gracias yo no vi fantasmas; de hecho, nunca vi fantasmas en esa casa.

Había cedido a Larry el dormitorio más amplio; en su día fue la habitación del abuelo Harry; el armario seguía lleno de ropa de Nana Victoria. (La señora Hadley me había asegurado que se desharía de toda esa ropa cuando Richard y ella subastaran los muebles desechados). Pero Larry no vio ningún fantasma; sólo se

quejó de la bañera del cuarto de baño.

—Esto, Bill..., ¿ésta es la bañera donde tu abuelo...?

—Sí —me apresuré a contestar—. ¿Por qué?

Larry había buscado manchas de sangre, pero el cuarto de baño y la bañera estaban impolutos. (¡Elmira debía de haber restregado con toda su alma!). Aun así, Larry había encontrado algo que deseaba mostrarme. En el fondo de la bañera se advertía una muesca en el esmalte.

—¿Esta muesca siempre ha estado ahí? —me preguntó Larry.

—Sí, siempre. Esta muesca ya estaba ahí cuando yo era pequeño —mentí.

—Eso dices, Bill, eso dices —contestó Larry con recelo.

Los dos sabíamos cuál era el origen de esa muesca en la bañera. La bala de la carabina del 33 debía de haber atravesado la cabeza del abuelo Harry cuando estaba allí tendido de costado, hecho un ovillo. Esa muesca en el esmalte del fondo de la bañera era consecuencia del impacto de la bala.

—Cuando subastéis los muebles viejos —pedí a Richard y Martha en privado—, deshaceos, por favor, de esa bañera.

No tuve que especificar a qué bañera me refería.

—Nunca vivirás en este pueblo horrible, Billy. Estás loco si imaginas siquiera que serías capaz —aseguró Elaine.

Era la noche después de nuestra cena de Acción de Gracias, y quizá yacíamos despiertos en la cama porque habíamos comido demasiado y no podíamos conciliar el sueño, o tal vez permanecíamos atentos por si se oía algún fantasma.

—Cuando vivíamos aquí, en este horrible pueblo..., cuando actuábamos en aquellas obras de Shakespeare..., ¿había en esa época, en Favorite River, algún chico con los huevos necesarios para interpretar a Julieta? —pregunté a Elaine.

En la oscuridad percibí cómo se lo imaginaba ella, igual que me lo imaginaba yo... ¡hablando de oír fantasmas!

—Sólo había un chico que tuviera los huevos necesarios para eso, Bill —contestó Elaine—, pero no habría sido el indicado para el papel.

—¿Por qué no? —pregunté.

Sabía que se refería a Kittredge; era lo bastante mono, y tenía los huevos necesarios, eso desde luego.

—Si hay algo que sea Julieta por encima de todo, es que es sincera —dijo Elaine—. Por aspecto físico, Kittredge encajaba en el papel, por supuesto, pero de algún modo habría sobreactuado; Kittredge no podía hacer de sincero, Billy —dijo Elaine.

No, no podía, pensé. Kittredge habría podido ser cualquier personaje; por aspecto físico, encajaba en cualquier papel. Pero Kittredge nunca era sincero; se escondía permanentemente, siempre se limitaba a interpretar un papel.

En esa cena de Acción de Gracias se produjeron tanto situaciones violentas como

momentos cómicos. En esta última categoría tenemos el episodio en que las coreanas consiguieron dar a entender al japonés que estábamos comiéndonos un pavo real. (No sé cómo las chicas transmitieron la idea del pavo real al chico de aspecto solitario, ni por qué Fumi —el chico— se horrorizó tanto ante la idea de comer pavo real).

—No, no, es un pavo normal —aclaró la señora Hadley a Fumi, como si el chico tuviera un problema de pronunciación.

Como yo me había criado en esa casa de River Street, fui a buscar la enciclopedia y le enseñé a Fumi cómo era un pavo normal.

—No es un pavo real —dije.

Las coreanas, Su Min y Dong Hee, cuchicheaban en coreano; también se reían.

Más tarde, después de mucho vino, fue la vital y locuaz mujer, madre de dos hijos —ahora novia de Gerry—, quien brindó a la salud de nuestra extensa familia por acogerla en una celebración tan «íntima». Sin duda fue el vino, combinado con la palabra «íntima», lo que impulsó a Helena a improvisar un discurso sobre el tema de su vagina, o acaso sus comentarios pretendieran ser una loa a todas las vaginas.

—Quiero daros las gracias por acogerme —había empezado Helena. De pronto se fue por las ramas—. Antes yo era una persona que odiaba su vagina, pero ahora la adoro —dijo. Casi de inmediato pareció replantearse sus palabras, porque se apresuró a añadir—: Desde luego, adoro también la vagina de Gerry, supongo que está de más decirlo, pero gracias a Gerry adoro además mi vagina, y antes la odiaba. — Permanecía de pie, un poco inestable, con la copa en alto—. Gracias por acogerme — repitió, y se sentó.

Yo diría que probablemente el tío Bob había oído más brindis que nadie en torno a esa mesa —después de tantas lisonjas al servicio del Departamento de Relaciones con los Ex Alumnos, esas cenas en que él y los exalumnos de Favorite River intercambiaban palmadas en la espalda—, pero incluso el tío Bob enmudeció ante el brindis de Helena por, al menos, dos vaginas.

Miré a Larry, quien, supe, reventaba de ganas de decir algo; ante cualquier alusión a una vagina, cabía contar con una reacción de Larry, aunque muy distinta de la de Tom Atkins, quien por norma reaccionaba exageradamente ante la palabra «vagina», o incluso ante la idea fugaz de una vagina.

—No —le dije en voz baja desde el otro lado de la mesa, porque yo siempre me daba cuenta cuando Larry se afanaba por contenerse; abría mucho los ojos y se le hinchaban las aletas nasales.

Pero esta vez fueron las coreanas quienes no entendieron.

—¿Una qué? —había dicho Dong Hee.

—Odia, ahora adora, ¿su qué? —preguntó Su Min.

En esta ocasión fue Fumi quien se burló; el japonés había dejado atrás el malentendido sobre el pavo real. El joven de aspecto solitario obviamente sabía qué era una vagina.

—Ya sabéis, la vagina —dijo Elaine en voz baja a las coreanas, pero Su Min y



Dong Hee nunca habían oído la palabra, y nadie en la mesa sabía cómo se decía en coreano.

—Cielos, es por donde salen los bebés —intentó explicar la señora Hadley, pero de pronto pareció abatida (quizá recordando los abortos de Elaine).

—Es donde sucede todo; ya sabéis, ahí abajo —dijo Elaine a las coreanas, pero Elaine no hizo nada al decir «ahí abajo»; no señaló ni acompañó las palabras de un gesto, ni indicó nada en concreto.

—Bueno, no es donde sucede todo, y perdona que discrepe —intervino Larry, sonriente; yo supe que no había hecho más que empezar.

—Ay, lo siento mucho —balbuceó Helena—; he bebido demasiado, y he olvidado que había jóvenes presentes.

—No te preocupes, querida —dijo el tío Bob a la nueva novia de Gerry; advertí que a Bob le caía bien Helena, quien no se parecía en nada a la larga lista de novias anteriores de Gerry—. Estas chicas son de otro país, otra cultura; las cosas de las que hablamos en este país no son necesariamente temas de conversación en Corea —explicó con esfuerzo el Hombre de la Raqueta.

—¡Bah! ¡Gilipollecés! —exclamó Gerry—. ¡Probad con otra palabra, joder! —Gerry se volvió hacia Su Min y Dong Hee, que en esencia seguían a oscuras en lo referente a la palabra «vagina»—. Es el pitorro, el chichi, la almeja, el chocho, el guardapolvos, el felpudo; ¡es el coño, por Dios! —exclamó Gerry, y Elaine (e incluso Larry) se estremeció al oír la palabra «coño».

—Gerry, por favor, ya lo han entendido —terció el tío Bob.

En efecto, las coreanas habían adquirido el color de una hoja de papel sin pautar en blanco; el japonés había seguido bien la enumeración, en su mayor parte, aunque «guardapolvos» y «felpudo» lo habían sorprendido.

—¿Hay alguna foto por ahí, Bill, aunque no sea en la enciclopedia? —preguntó Larry traviesamente.

—Antes de que me olvide, Bill —intervino Richard Abbott (me di cuenta de que Richard, con sumo tacto, intentaba abandonar el tema de la vagina)—, ¿y qué hay de la Mossberg?

—¿La qué? —preguntó Fumi con temor en la voz; si bien los vulgarismos «guardapolvos» y «felpudo» en alusión a la vagina lo habían desconcertado, el japonés nunca había oído la palabra «Mossberg».

—¿Qué pasa con ella? —pregunté a Richard.

—¿La subastamos con los muebles, Bill? No querrás quedarte con esa vieja carabina, ¿no?

—Conservaré la Mossberg —dije—. Guardaré también la munición; si algún día llevo a vivir aquí, lo lógico es tener a mano un arma para alimañas.

—Estás en el pueblo, Billy —señaló el tío Bob, refiriéndose a la casa de River Street—. En principio no se puede disparar dentro del pueblo..., ni siquiera a las alimañas.

—Al abuelo Harry le encantaba esa carabina —aduje.

—También le encantaba la ropa de su mujer, Billy —dijo Elaine—. ¿Vas a quedarte la ropa?

—No te veo convertido en cazador de venados, Billy —comentó Richard Abbott—. Aun si decidieras vivir aquí.

Pero yo quería esa Mossberg del 33; todos lo comprendieron.

—¿Para qué quieres un arma, Bill? —me preguntó Larry.

—Sé que no tienes nada en contra de intentar mantener algo en secreto, Billy —dijo Elaine—. Sencillamente no se te da bien mantener algo en secreto.

Elaine no había tenido muchos secretos conmigo, pero si tenía un secreto, sabía guardarlo; yo nunca fui capaz de guardar bien un secreto, ni siquiera cuando deseaba guardarlo.

Vi que Elaine entendía por qué quería conservar esa Mossberg del 33. Larry también lo sabía; me miraba con expresión dolida, como si dijera (sin decirlo en realidad): «¿Cómo puedes concebir siquiera la posibilidad de no dejarme cuidar de ti? ¿Cómo puedes no morir en mis brazos, si algún día mueres? ¿Cómo puedes imaginar siquiera la idea de escabullirte y pegarte un tiro si enfermas?». (Eso decía la mirada de Larry, sin mediar palabra).

Elaine me dirigía la misma mirada dolida que Harry.

—Como quieras, Bill —dijo Richard Abbott.

Richard también parecía dolido; incluso a la señora Hadley se la veía un poco defraudada conmigo.

Sólo Gerry y Helena habían desviado la atención; se tocaban por debajo de la mesa. Al parecer, la conversación sobre la vagina las había distraído para lo que quedaba de la cena de Acción de Gracias. Las coreanas cuchicheaban una vez más en coreano; Fumi, el japonés de aspecto solitario, anotaba algo en un cuaderno no mucho mayor que la palma de su mano. (Quizá la palabra «Mossberg», para poder usarla en la siguiente conversación exclusivamente masculina en su residencia, por ejemplo: «Cómo me gustaría meterme en la Mossberg de ésa»).

—No —me dijo Larry en voz baja, como le había dicho yo antes desde el otro lado de la mesa.

—Aprovechando que estás en el pueblo, deberías ver a Herm Hoyt, Billy —decía el tío Bob: un grato cambio de tema, o eso imaginé en un primer momento—. Sé que al entrenador le encantaría cruzar unas palabras contigo.

—¿Sobre qué? —pregunté a Bob con mal fingida indiferencia, pero el Hombre de la Raqueta estaba ocupado; se servía otra cerveza.

Robert Fremont, mi tío Bob, tenía sesenta y siete años. Se jubilaba al año siguiente, pero me había dicho que continuaría ofreciendo sus servicios al Departamento de Relaciones con los Ex Alumnos, y en especial continuaría colaborando con la revista para exalumnos, *The River Bulletin*. Al margen de lo que uno pensara de la «Sección Gritos de Socorro: ¿Dónde Te Has Metido?» de Bob —en

fin, ¿qué voy a decir?—, su entusiasmo por rastrear el paradero de los exalumnos del colegio más esquivos le había granjeado gran popularidad entre la gente del Departamento de Relaciones con los Ex Alumnos.

—¿Sobre qué quiere cruzar unas palabras conmigo el entrenador Hoyt? —intenté preguntar de nuevo al tío Bob.

—Creo que tendrás que preguntárselo a él, Billy —respondió el siempre jovial Hombre de la Raqueta—. Ya conoces a Herm, puede tener una actitud un tanto protectora cuando se trata de hablar de sus luchadores.

—Ah.

Tal vez no fuera un grato cambio de tema, pensé.

En otro pueblo, en una época posterior, es probable que el Complejo —«de asistencia para la tercera edad, y más allá»— se hubiera llamado «Los Pinos» o (en Vermont) «Los Arces». Pero no olviden que el lugar fue concebido y construido por Harry Marshall y Nils Borkman; irónicamente, ninguno de los dos murió allí.

Alguien acababa de morir, ese fin de semana de Acción de Gracias, cuando acudí a visitar a Herm Hoyt. En el aparcamiento había un cuerpo amortajado, sujeto con correas a una camilla que custodiaba una enfermera ya mayor y de aspecto severo.

—No es usted la persona ni el vehículo que estoy esperando —me dijo.

—Lo siento —contesté.

—Además va a nevar —anunció la vieja enfermera—, y entonces tendré que llevarlo otra vez adentro.

Intenté dejar el tema del difunto y pasar al motivo de mi visita, pero, siendo First Sister como era un pueblo pequeño, la enfermera sabía ya a quién iba a visitar.

—El entrenador le espera —dijo. Después de darme indicaciones para localizar la habitación de Herm, añadió—: No tiene usted mucha pinta de luchador. —Cuando le dije quién era, respondió—: Ah, yo conocía a su madre y a su tía, y a su abuelo, claro.

—Claro —repetí.

—Usted es el escritor —añadió con la mirada fija en la ceniza de la punta de su cigarrillo.

Comprendí que había sacado el cuerpo porque era fumadora.

Yo cumplía los cuarenta y dos ese año; calculé que la enfermera era al menos de la edad que habría tenido la tía Muriel, entre sesenta y cinco y setenta años. Admití que era «el escritor», pero la enfermera, sin darme tiempo a marcharme del aparcamiento, añadió:

—Usted estudió en Favorite River, ¿no?

—Sí, promoción de 1961 —respondí.

Advertí que ahora me escrutaba; como es lógico, debía de haberse enterado de todo lo ocurrido entre la señorita Frost y yo: la gente de cierta edad lo sabía.

—Supongo, pues, que conoció a este individuo —dijo la vieja enfermera; pasó la

mano por encima del cadáver sujeto a la camilla, pero sin tocar nada—. ¡Éste espera en más de un sentido, supongo! —prosiguió la enfermera, exhalando una asombrosa columna de humo de tabaco. Llevaba un anorak de esquí y un viejo gorro de esquí, pero no guantes; los guantes habrían sido un estorbo para sostener el cigarrillo. Empezaba a nevar; caían unos copos dispersos, insuficientes para acumularse sobre el cadáver de la camilla—. ¡Espera a ese idiota de la funeraria y espera en el como se llame! —exclamó la enfermera.

—¿En el purgatorio, quiere decir? —pregunté.

—Sí, exacto..., ¿y eso qué es, por cierto? —me preguntó—. Para algo es usted escritor.

—Pero yo no creo en el purgatorio, ni en nada de eso... —comencé a decir.

—Yo no le pido que crea —repuso ella—. ¡Le pido que me explique qué es!

—Un estado intermedio, posterior a la muerte —comencé a contestar, pero ella no me dejó acabar.

—Como si Dios Todopoderoso estuviera pensándose si mandar a este individuo al Inframundo o al Lujoso Ático, ¿no es eso lo que pasa ahí, en teoría? —preguntó la enfermera.

—Algo así —contesté. Conservaba un limitado recuerdo de la finalidad del purgatorio; si la memoria no me engañaba, era un sitio para la purificación expiatoria, o algo así. Se esperaba que el alma, en ese antedicho estado intermedio posterior a la muerte, expiara algo, o eso imaginé, sin llegar a decirlo—. ¿Quién es? —pregunté a la vieja enfermera.

Como ella había hecho, desplacé la mano por encima del cadáver de la camilla a una distancia prudencial. La enfermera me miró con los ojos entornados, quizá por efecto del humo.

—El doctor Harlow. Se acordará de él, ¿no? ¡Imagino que, por lo que a él se refiere, el Todopoderoso no tardará mucho en decidirse! —dictaminó la vieja enfermera.

Yo sonreí y la dejé esperando el coche fúnebre en el aparcamiento. Dudaba que el doctor Harlow llegara a hacer algún día expiación suficiente; tenía la certeza de que ya estaba en el Inframundo, el lugar que le correspondía. Confiaba en que el Lujoso Ático no tuviera cabida para el doctor Harlow, quien había sido tan categórico acerca de mi afección.

Herm Hoyt me contó que el doctor Harlow se había ido a vivir a Florida al jubilarse. Pero cuando el doctor Harlow enfermó —había tenido cáncer de próstata, con metástasis ósea, como es propio de ese cáncer—, pidió que lo dejaran regresar a First Sister. Deseaba pasar sus últimos días en el Complejo.

—No me explico por qué, Billy —dijo el entrenador Hoyt—. Aquí no le caía bien a nadie. —(El doctor Harlow había muerto a los setenta y nueve años; yo no había visto al calvorota jodebúhos desde que tenía cincuenta y tantos años).

Pero Herm Hoyt no quería verme para hablar del doctor Harlow.

—Imagino que ha recibido noticias de la señorita Frost —dije a su viejo entrenador de lucha—. ¿Está bien?

—Es curioso, eso mismo quería saber ella de ti, Billy —respondió Herm.

—Puede decirle que estoy bien —me apresuré a contestar.

—Yo nunca le pedí que entrara en detalles sexuales; de hecho, preferiría no saber nada de esas cosas, Billy —continuó el entrenador—. Pero dijo que hay algo que debes saber, para que no te preocupes por ella.

—Dígale a la señorita Frost que soy de los de arriba —le pedí—, y que uso condones desde 1968. Si sabe eso, tal vez no se preocupe demasiado por mí —añadí.

—Caray, Billy, ya soy muy viejo para tanto detalle sexual. ¡Déjame acabar lo que he empezado a decirte! —exclamó Herm. Contaba noventa y un años, casi un año más que el abuelo Harry, pero Herm sufría de Parkinson, y el tío Bob me había contado que al entrenador le sentaba mal uno de sus medicamentos; era algo que Herm debía tomar para el corazón, o eso creía Bob. (El Parkinson era la razón por la que el entrenador Hoyt había ingresado en el Complejo.)—. Ni siquiera fingiré que lo entiendo, Billy, pero esto es lo que Al quería que tú supieras; perdona, lo que ella quería que tú supieras. En realidad no tiene relaciones sexuales —dijo Herm Hoyt—. Y con ello quiere decir con nadie, Billy; sencillamente no lo hace nunca. Ha pasado por un sinnúmero de problemas para convertirse en mujer, pero ni siquiera tiene relaciones sexuales, ni con hombres ni con mujeres, te lo aseguro, jamás. Lo que hace tiene algo de griego; dijo que tú ya lo entenderías, Billy.

—Intercrural —le dije al viejo entrenador de lucha.

—¡Eso! ¡Así lo llamó ella! —exclamó Herm—. No es más que frotar el chisme entre los muslos del otro; es sólo frotar, ¿no? —preguntó el entrenador de lucha.

—Juraría que es imposible pillar el sida de esa manera —comenté.

—Pero ella siempre ha sido así, Billy; eso es lo que quiere que sepas —dijo Herm—. Se convirtió en mujer, pero nunca pudo apretar el gatillo.

—Apretar el gatillo —repetí.

Durante veintitrés años había pensado que la señorita Frost me había protegido; ni una sola vez había imaginado que —por la razón que fuera, incluso a su pesar, o inconscientemente— estuviese protegiéndose también a sí misma.

—Sin penetrar, sin ser penetrada, sólo frotar —repitió el entrenador Hoyt—. Al dijo..., ella dijo; perdona, Billy... «No voy más allá de eso, Herm. Eso es lo único que hago, y lo único que haré siempre. Sólo me gusta dar la imagen, interpretar el papel, Herm, pero nunca podré apretar el gatillo». Me pidió que te dijera eso, Billy.

—Está a salvo, pues —dije—. De verdad está bien, y seguirá bien.

—Tiene sesenta y siete años, Billy. ¿Qué quieres decir con eso de que «está a salvo»? ¿Qué quieres decir con eso de que «seguirá bien»? ¡Nadie sigue bien! Cuando uno se hace viejo, no está a salvo —exclamó el entrenador Hoyt—. Sólo estoy diciéndote que no tiene el sida. Ella no quería que tú te preocuparas por la posibilidad de que tuviera el sida, Billy.

—Ah.

—Al Frost..., perdona, para ti la señorita Frost..., nunca ha estado a salvo, Billy. Joder —dijo el viejo entrenador—, puede que parezca una mujer..., me consta que se sabe los gestos al dedillo, pero sigue pensando, si puede decirse así, como un puto luchador. Sencillamente uno no está a salvo si parece una mujer y actúa como tal cuando todavía cree que podría estar luchando, Billy... Así uno no está a salvo ni mucho menos.

¡Putos luchadores!, me dije. Eran todos como Herm: cuando imaginabas que por fin hablaban de otra cosa, volvían al jodido tema de la lucha; ¡eran todos iguales! Viendo esos comportamientos, no echaba de menos el New York Athletic Club, ténganlo por seguro. Pero la señorita Frost no era como los demás luchadores; ella había dejado atrás la lucha, al menos esa impresión me había dado a mí.

—¿Qué me está diciendo, Herm? —pregunté al viejo entrenador—. ¿Que la señorita Frost se liga a un tipo y luego pretende luchar con él? ¿Va por ahí buscando pelea?

—Muy posiblemente algunos no se dan por contentos con la cuestión de frotarse, ¿no te parece? —preguntó Herm—. No es que busque pelea..., no busca pelea, Billy..., pero yo conozco a Al. Ella no va a echarse atrás ante una pelea, no si un mamón que quería algo más que frotarse busca pelea con ella.

No quise pensar en eso. Aún intentaba asimilar la cuestión de lo intercrural; sentí un sincero alivio al saber que la señorita Frost no tenía —que en realidad no podía tener— el sida. De momento con eso tenía material más que suficiente en el que pensar.

Sí, se me pasó por la cabeza preguntarme si la señorita Frost era feliz. ¿Se sentía defraudada consigo misma por no haber podido apretar el gatillo nunca? «Sólo me gusta dar la imagen, interpretar el papel», había dicho la señorita Frost al viejo entrenador. ¿No sonaba eso teatral, tal vez para tranquilizar a Herm? ¿No sonaba eso a que se daba por contenta con el sexo intercrural? Aquello también era material más que suficiente en el que pensar.

—¿Cómo va esa presa de arrastre, Billy? —preguntó el entrenador Hoyt.

—Bueno, he estado practicando —respondí.

Venía a ser más o menos una mentira piadosa, ¿no? Herm Hoyt tenía un aspecto frágil; temblaba. Quizás era por el Parkinson, o por uno de los medicamentos que tomaba; el del corazón, si el tío Bob estaba en lo cierto.

Nos despedimos con un abrazo; fue la última vez que lo vi. Herm Hoyt murió de un infarto en el Complejo; el tío Bob me dio la noticia. «El entrenador nos ha dejado, Billy; ya no tienes a nadie para tus presas de arrastre». (Y para eso faltaban sólo unos años: Herm Hoyt habría alcanzado los noventa y cinco, si no recuerdo mal).

Cuando me marché del Complejo, la vieja enfermera seguía fuera fumando, y el cuerpo amortajado del doctor Harlow seguía allí, sujeto a la camilla.

—Aquí seguimos esperando —comentó cuando me vio. La nieve empezaba a

acumularse sobre el cadáver—. He decidido no volver a entrarlo —informó la enfermera—. Él no nota la nieve que le cae encima.

—Le diré una cosa sobre él —dije a la vieja enfermera—. Ahora es tal como ha sido siempre: pesado como un muerto.

Ella dio una larga calada al cigarrillo y expulsó el humo por encima del cadáver del doctor Harlow.

—No voy a discutir con usted por cuestiones de precisión lingüística —me dijo—. Usted es el escritor.

Una nevosa noche de diciembre después de ese día de Acción de Gracias, yo me encontraba en la Séptima Avenida, a la altura del West Village, mirando hacia el norte. Estaba ante el St. Vincent, hospital convertido ahora en última parada, e intentaba obligarme a entrar. Allí donde la Séptima Avenida desembocaba en Central Park —justo en esa lejana travesía— se alzaba el baluarte exclusivamente masculino del New York Athletic Club, ese establecimiento donde era de rigor el uso de chaqueta y corbata, pero yo no alcanzaba a ver el club, situado mucho más al norte.

Mis pies se negaban a moverse. No habría podido arrastrarme hasta la calle Doce oeste, ni hasta la Once oeste; si un taxi a toda velocidad hubiese chocado con otro taxi en el cercano cruce de Greenwich Avenue y la Séptima, no habría podido ponerme a salvo de los restos despedidos.

Bajo aquella nevada, echaba de menos Vermont, pero me sentía totalmente paralizado ante la idea de volver a «casa» —por así decirlo—, y Elaine había propuesto que intentáramos vivir juntos, pero no en Nueva York. Me paralizaba más aún la perspectiva de convivir con Elaine en cualquier sitio; deseaba intentarlo a la vez que lo temía. (Por desgracia, sospechaba que Elaine se sentía impulsada a vivir conmigo por la errónea convicción de que eso me «salvaría» de las relaciones sexuales con hombres —y por tanto estaría «a salvo» del sida—, pero yo sabía que nadie podía rescatarme del deseo de mantener relaciones sexuales con hombres y mujeres).

Y por si los antedichos pensamientos no fueran ya bastante paralizantes de por sí, también me sentí arraigado como un árbol a la acera de la Séptima Avenida por lo mucho que me avergonzaba de mí mismo. Estaba —una vez más— a punto de recorrer los luctuosos pasillos del St. Vincent, no para visitar y dar consuelo a un amigo o examante moribundo, sino porque, absurdamente, buscaba a Kittredge.

Se acercaba la Navidad de 1984, y Elaine y yo aún andábamos rastreando aquel sagrado hospital —y varios centros de cuidados paliativos— tras los pasos de un chico cruel que nos había maltratado cuando éramos tan tan jóvenes.

Elaine y yo llevábamos tres años buscando a Kittredge. «Dejadlo estar», nos había aconsejado Larry a los dos. «Si lo encontráis, os decepcionará, o volverá a haceros daño. Ya pasáis de los cuarenta. ¿No sois un poco mayores para querer

conjurar a un demonio de vuestra desdichada vida adolescente»? (En ninguna circunstancia podía Lawrence Upton pronunciar la palabra «adolescente» con benevolencia).

Esos factores debieron de contribuir a mi parálisis en la Séptima Avenida, en el West Village, aquella nevosa noche de diciembre, pero el hecho de que Elaine y yo nos comportáramos como adolescentes —es decir, por lo que a Kittredge se refería— contribuyó sin duda a mi llanto. (En la adolescencia lloraba mucho). En esta tesitura me hallaba, pues, frente al St. Vincent, cuando se aproximó a mí una mujer mayor con abrigo de piel. Era menuda, adinerada a juzgar por su apariencia, notablemente atractiva pese a sus más de sesenta años; quizá la habría reconocido si hubiese lucido aún el vestido sin mangas y el sombrero de paja que llevaba la primera vez que nos vimos, cuando ella eludió mi apretón de manos. Cuando Delacorte me presentó a su madre durante nuestra graduación en Favorite River, le dijo: «Éste es el que iba a hacer de bufón de Lear».

Con toda certeza Delacorte también le había contado a su madre mi episodio sexual con la bibliotecaria transexual del pueblo, lo que había inducido a la señora Delacorte a decir —como me repitió esa noche invernal en la Séptima Avenida—: «Lamento mucho tus dificultades».

Fui incapaz de hablar. Sabía que la conocía, pero habían pasado veintitrés años; no recordaba de qué la conocía, ni cuándo ni dónde nos habíamos visto antes. Pero esta vez no se resistió a tocarme; me tomó ambas manos y declaró:

—Sé lo que cuesta entrar ahí, pero tiene un gran valor para la persona a quien visitas. Te acompañaré, te ayudaré a hacerlo..., si tú me ayudas a mí. Incluso a mí me cuesta, debes saberlo. Es mi hijo quien se muere —dijo la señora Delacorte—, y ojalá yo estuviese en su lugar. Quiero que sea él quien siga viviendo. ¡No quiero seguir viviendo sin él! —exclamó.

—¿Señora Delacorte? —deduje al percibir en su rostro atormentado algo que me recordó las expresiones al borde de la muerte de Delacorte como luchador.

—¡Ah, eres tú! —exclamó ella—. Ahora eres ese escritor... Carlton me ha hablado de ti. Eres el amigo del colegio de Carlton. Has venido a ver a Carlton, ¿no? ¡Cuánto se alegrará de verte! ¡Debes entrar!

Fue así como me vi arrastrado al lecho de muerte de Delacorte en aquel hospital donde tantos jóvenes enfermos y ya medio consumidos yacían en sus camas, moribundos.

—¡Carlton, mira quién está aquí, mira quién ha venido a verte! —anunció la señora Delacorte en el umbral de aquella puerta, que era como tantas otras puertas sin esperanzas en el St. Vincent.

Yo hasta ese momento ni siquiera conocía el nombre de pila de Delacorte; en Favorite River nadie lo llamaba «Carlton». Allí era Delacorte a secas. (En una ocasión Kittredge lo llamó «Dos Vasos», por los vasos de papel que tan a menudo lo acompañaban, debido a la demencial pérdida de peso y a los continuos enjuagues y



escupidas por los que se caracterizó Delacorte durante un breve tiempo).

Ciertamente yo había visto a Delacorte cuando reducía peso para luchar —cuando parecía al borde de la inanición—, pero ahora estaba de verdad al borde de la inanición. (Baste decir que supe para qué era el catéter Hickman colocado en el pecho de Delacorte, semejante a una esquelética jaula de pájaros). Antes disponía de ventilación mecánica, me había contado la señora Delacorte mientras íbamos camino de la habitación, pero ya estaba desconectado. Habían experimentado con morfina sublingual, en contraposición al elixir de morfina, me había explicado también la señora Delacorte; fuera como fuese, Delacorte tomaba morfina.

—En este punto, la succión es muy importante para ayudar a eliminar las secreciones —había dicho la señora Delacorte.

—En este punto, sí —había repetido yo sin convicción.

Me sentía agarrotado, como si siguiera paralizado bajo la nevada en la Séptima Avenida.

—Éste es el que iba a hacer de bufón de Lear —intentaba decir Delacorte a su madre con grandes esfuerzos.

—Sí, sí; ya lo sé, cariño, ya lo sé —decía la mujer menuda.

—¿Has traído más vasos? —preguntó él.

Vi que Delacorte sostenía dos vasos de papel; estaban vacíos, me explicaría después su madre. Siempre le llevaba más vasos, pero ahora él no tenía necesidad de enjuagarse y escupir; de hecho, cuando probaban a administrarle morfina bajo la lengua, Delacorte no debía enjuagarse ni escupir, o eso creía la señora Delacorte. Sencillamente, él quería sostener los vasos de papel por alguna razón absurda, dijo ella.

Delacorte padecía también de meningitis criptocócica; tenía el cerebro afectado: le dolía la cabeza, me explicó su madre, y desvariaba con frecuencia.

—Éste hizo de Ariel en *La tempestad* —informó Delacorte a su madre en mi primera visita a su habitación, y en todas las visitas posteriores—. Hizo de Sebastián en *Noche de reyes* —dijo Delacorte a su madre una y otra vez—. Fue la palabra «sombra» lo que le impidió hacer de bufón de Lear, y por eso me dieron el papel a mí —deliró Delacorte.

Más adelante, cuando lo visité con Elaine, Delacorte le repitió a ella mi historial interpretativo.

—No vino a verme morir cuando hice de bufón de Lear... Por supuesto, lo entendí —dijo Delacorte a Elaine con sentida sinceridad—. Le agradezco que haya venido a verme morir ahora; ahora habéis venido los dos, ¡y os lo agradezco de todo corazón! —nos dijo.

Delacorte no me llamó ni una sola vez por mi nombre, y la verdad es que no sabría decir si lo había hecho antes en alguna ocasión; no recuerdo si alguna vez se dirigió a mí como Bill o Billy cuando estudiábamos en Favorite River. Pero ¿eso qué más da? ¡Yo ni siquiera sabía cuál era su nombre de pila! Dado que no había llegado

a verlo en el escenario como bufón de Lear, conservo una imagen más permanente de Delacorte en *Noche de reyes*; había interpretado el papel de don Andrés Carapálida, y declarado a don Tobías Regüeldo (el tío Bob): «¡Ah, si hubiera cultivado el arte!».

Delacorte murió después de permanecer varios días casi en absoluto silencio, sosteniendo temblorosamente los dos vasos de papel limpios en las manos. Ese día estaba allí Elaine, con la señora Delacorte y conmigo, y —casualmente— estaba también Larry. Nos había visto a Elaine y a mí al pasar ante la puerta de la habitación de Delacorte y había asomado la cabeza.

—No es el que estabais buscando, ¿o sí? —nos había preguntado Larry.

Elaine y yo negamos con la cabeza. La señora Delacorte, muy cansada, dormitaba mientras su hijo espiraba. No tenía sentido presentar a Delacorte y Larry; Delacorte, por su silencio, parecía haber expirado ya, o iba camino de ello, y Elaine y yo preferimos no molestar a la señora Delacorte para presentarle a Larry. (Aquella mujer menuda no pegaba ojo desde hacía Dios sabía cuánto).

Larry era la autoridad en sida en la habitación, naturalmente.

—A tu amigo no le queda mucho —nos susurró a Elaine y a mí, y nos dejó allí.

Elaine acompañó a la señora Delacorte al lavabo, porque la madre estaba tan agotada que daba la impresión de que iba a caerse o extraviarse si iba sola.

Me quedé solo con Delacorte un momento. Me había acostumbrado tanto a su silencio que al principio pensé que había hablado otra persona.

—¿Lo has visto? —fue el levísimo susurro—. ¡Tú déjalo en sus manos, él nunca ha sido de los que se conforman con encajar! —exclamó Delacorte con voz entrecortada.

—¿Quién? —susurré al oído del moribundo, pero supe de quién me hablaba.

¿A quién, si no, podía tener Delacorte en su mente trastornada en el instante, o casi en el instante, de su muerte?

Delacorte murió minutos después, con las pequeñas manos de su madre en torno a su rostro consumido. La señora Delacorte nos pidió a Elaine y a mí que la dejáramos un momento a solas con el cadáver de su hijo; por supuesto, accedimos.

Absurdo o no, fue Larry quien nos dijo después que no deberíamos haber dejado a la señora Delacorte a solas con el cadáver de su hijo en la habitación.

—Madre divorciada, ¿no? Y único hijo, imagino —dijo Larry—. Cuando hay un catéter Hickman, Bill, no conviene dejar a solas con el cadáver a ningún ser querido.

—No lo sabía, Larry, ¡nunca he oído nada semejante! —respondí.

—Claro que no has oído nada semejante, Bill: ¡tú no te has implicado! ¿Cómo ibas a oírlo? Y tú eres igual que él, Elaine —le dijo Larry—. ¡Los dos os habéis quedado tan al margen de esta enfermedad que sois simples espectadores!

—No nos lo restriegues —protestó Elaine.

—De una manera u otra, Larry siempre anda restregándote algo —dije.

—¿Sabes una cosa, Bill? Tú no sólo eres bisexual; ¡eres bi-todo! —me reprochó Larry.

—¿Y con eso qué quieres decir? —pregunté.

—Lo tuyo es pilotar en solitario, ¿no, Bill? —dijo Larry—. Vuelas en solitario, no aceptas la influencia de ningún copiloto.

(Sigo sin saber a qué se refería Larry).

—No nos lo restriegues más, joder, señor Florence Nightingale —replicó Elaine a Larry.

Aquel día, mientras Elaine y yo estábamos en el pasillo ante la habitación de Delacorte, pasó una enfermera y se detuvo a hablarnos.

—¿Está Carlton? —comenzó a decir la enfermera.

—Sí, ha fallecido, su madre está con él —contestó Elaine.

—Cielos —exclamó la enfermera, y se apresuró a entrar en la habitación de Delacorte, pero ya era tarde.

La señora Delacorte había hecho lo que quería hacer, lo que seguro que tenía planeado hacer en cuanto supo que su hijo moriría.

Debía de llevar la aguja y una jeringuilla en el bolso. Clavó la aguja en el extremo del catéter Hickman; extrajo sangre del Hickman, pero vació esa primera jeringuilla en la papelera. La primera jeringuilla contenía básicamente heparina. La señora Delacorte lo había preparado bien; sabía que la segunda jeringuilla contendría casi íntegramente la sangre de Carlton, infestada del virus. A continuación se la inyectó ella, en el glúteo a gran profundidad, casi cinco mililitros de sangre de su hijo. (La señora Delacorte moriría de sida en 1989; murió en su apartamento de Nueva York, con atención domiciliaria).

A instancias de Elaine, llevé en taxi a la señora Delacorte a la parte alta de la ciudad después de haberse administrado ésta la dosis letal de sangre de su querido Carlton. Tenía un apartamento en la novena planta de uno de esos edificios inocuamente perfectos con toldo y portero en la esquina de Park Avenue y la calle Setenta u Ochenta y tantos Este.

—No sé tú, pero yo voy a tomarme una copa —dijo—. Pasa, por favor.

Entré.

Costaba imaginar por qué Delacorte había muerto en el St. Vincent cuando la señora Delacorte habría podido a todas luces proporcionarle una atención domiciliaria más cómoda en su propio apartamento de Park Avenue.

—Carlton siempre se opuso a sentirse privilegiado —explicó la señora Delacorte—. Quería morir como una persona corriente, eso dijo. No me permitió proporcionarle atención domiciliaria aquí, pese a que seguramente les habría venido bien una habitación más en el St. Vincent, como le dije muchas veces.

No cabía duda de que sí necesitaban una habitación más en el St. Vincent, o pronto la necesitarían. (Había gente esperando que moría en los pasillos).

—¿Te gustaría ver la habitación de Carlton? —me preguntó la señora Delacorte cuando los dos teníamos ya una copa en la mano, pese a que yo no bebo alcohol, excepto cerveza.

Tomé un *whisky* con la señora Delacorte, quizá fuera *bourbon*. Habría hecho cualquier cosa que me pidiese aquella mujer menuda. Incluso fui con ella a la habitación de infancia de Delacorte.

Me encontré en un museo de lo que había sido la privilegiada vida de Carlton en Nueva York, antes de que lo mandaran a «otro sitio», a la academia Favorite River; como sucedía con mucha frecuencia, la marcha de Delacorte coincidió con el divorcio de sus padres, sobre el cual la señora Delacorte me habló con sinceridad.

Me sorprendió más que la señora Delacorte no fuese menos sincera respecto a la principal causa de su separación y divorcio del padre del joven Carlton; su marido era un homófobo recalcitrante. El hombre llamaba a Carlton sarasa y mariquita; reprendía a la señora Delacorte por dejar que ese chico afeminado se pusiera la ropa de su madre y se pintara los labios con su carmín.

—Yo ya lo sabía, claro está, quizá mucho antes que el propio Carlton —me dijo la señora Delacorte. Al parecer, evitaba descansar el peso del cuerpo en la pierna derecha; una inyección intramuscular tan profunda tenía que doler—. Las madres lo saben —añadió, cojeando un poco sin darse cuenta—. No puedes obligar a un niño a ser algo que no es. No puedes decirle a un niño que no juegue con muñecas, así de sencillo.

—No, no puedes —coincidí.

Miraba las fotografías de la habitación: imágenes de Delacorte desprevenido, antes de conocerlo yo. Por entonces era un niño pequeño, un niño a quien nada le gustaba más que vestirse y maquillarse como una niña.

—Mira ésta, fíjate —dijo de pronto aquella mujer menuda; los cubitos tintinearón en su vaso casi vacío cuando alargó el brazo y desclavó una foto de un tablón de corcho con fotografías en la habitación de su hijo recién fallecido—. ¡Mira qué feliz se le veía! —exclamó la señora Delacorte, entregándome la foto.

Calculo que en esa instantánea Delacorte tendría once o doce años; me resultó fácil reconocer su carita traviesa. Sin duda el carmín realzaba su sonrisa. La peluca barata de color malva —con una mecha rosa— era ridícula, una de esas pelucas que se pueden encontrar en una tienda de disfraces para Halloween. Y, naturalmente, al niño le venía grande el vestido de la señora Delacorte, pero el efecto, en su conjunto, era cómico y entrañable; aunque no para el señor Delacorte, imagino. En la fotografía, acompañaba a Delacorte una niña más alta, en apariencia un poco mayor, una niña guapísima, aunque con el pelo corto (tanto como un niño) y una sonrisa arrebatadoramente segura, pese a tener los labios apretados.

—Ese día no acabó bien. El padre de Carlton llegó a casa y se puso hecho una fiera al ver a Carlton así —decía la señora Delacorte mientras yo miraba más detenidamente la foto—. ¡Los chicos se lo estaban pasando de maravilla, y aquel tirano lo echó todo a perder!

—Los chicos —repetí.

La niña guapísima de la fotografía era Jacques Kittredge.

—Ah, tú lo conoces, ¿no? ¡Sé que lo conoces! —dijo la señora Delacorte señalando al Kittredge travestido tan tan perfectamente. Se había aplicado el carmín de una manera mucho más experta que Delacorte, y el vestido de la señora Delacorte, precioso pero anticuado, le quedaba que ni pintado—. Ese Kittredge —dijo aquella mujer menuda—. Estudió en Favorite River; también era luchador. Carlton siempre lo veneró, creo, pero ese chico era un demonio. Podía ser encantador, pero era un demonio.

—¿En qué sentido era Kittredge un demonio? —pregunté a la señora Delacorte.

—Sé que me robaba ropa —contestó ella—. Bueno, yo le di unas cuantas prendas viejas que no quería. ¡Siempre estaba preguntándome si podía quedarse ropa mía! «Va, señora Delacorte, por favor», decía, «la ropa de mi madre es enorme, y nunca me deja probármela. ¡Dice que se la ensucio!». No paraba de insistir. Hasta que un día empezó a desaparecerme ropa; o sea, prendas que yo sabía muy bien que jamás le habría dado.

—Ah.

—No sé tú —dijo la señora Delacorte—, pero yo voy a tomarme otra copa.

—Me dejó para prepararse un segundo *whisky*; miré las demás fotos del tablón de corcho en la habitación de infancia de Delacorte. Había tres o cuatro fotos en las que aparecía Kittredge, siempre vestido de niña. Cuando la señora Delacorte regresó a la habitación de su hijo muerto, yo sostenía aún la foto que ella me había dado.

—Quédatela, por favor —me instó—. No me gusta recordar cómo acabó aquel día.

—De acuerdo —contesté.

Todavía conservo esa fotografía, pese a que no me gusta recordar ninguno de los momentos del día que murió Carlton Delacorte.

¿Le conté a Elaine lo de Kittredge y la ropa de la señora Delacorte? ¿Le enseñé a Elaine esa foto de Kittredge vestido de niña? No, claro que no; Elaine me ocultaba algo a mí, ¿o no?

Elaine conocía a un individuo que había recibido una beca Guggenheim. También era escritor y le dijo a Elaine que su sórdido apartamento en un séptimo piso de Post Street era el sitio perfecto para dos escritores.

—¿Dónde está Post Street? —pregunté a Elaine.

—Cerca de Union Square, según me ha dicho él; está en San Francisco, Billy —contestó Elaine.

Yo no conocía San Francisco ni remotamente; sólo sabía que allí había muchos gays. Sabía, por supuesto, que en San Francisco moría un gran número de homosexuales, pero yo no tenía allí amigos íntimos ni exámenes, y Larry no estaría presente para exigirme de manera machacona que me implicara. Existía otro incentivo: Elaine y yo no podríamos (ni querríamos) seguir buscando a Kittredge, no

en San Francisco, o eso creíamos.

—¿Adónde va a ir tu amigo con esa beca Guggenheim? —pregunté a Elaine.

—A algún lugar de Europa —respondió Elaine.

—Quizá deberíamos intentar vivir juntos en Europa —propuse.

—El apartamento de San Francisco está disponible ahora, Billy —repuso Elaine—. Y para ser un sitio donde pueden instalarse dos escritores, es baratísimo.

Cuando Elaine y yo echamos por fin una ojeada a nuestra vista desde aquel cuchitril en una séptima planta —aquellos tejados insípidos de Geary Street, y aquel letrero vertical de color rojo sangre del Hotel Adagio (el neón de la palabra HOTEL estaba ya fundido antes de nuestra llegada a San Francisco)—, entendimos por qué ese apartamento para dos escritores era baratísimo. ¡Debería habernos salido gratis!

Pero si a Elaine y a mí la muerte de Tom y Sue Atkins a causa del sida nos desbordó, lo que la señora Delacorte se había hecho a sí misma era más de lo que podíamos soportar, y yo no había oído jamás que esa interminable muerte fuera un plan suicida común entre los seres queridos de las víctimas del sida, en especial (como Larry nos dijo a Elaine y a mí con tanto conocimiento de causa) entre las madres divorciadas o solteras que perdían a sus únicos hijos. Pero, como Larry también dijo, ¿cómo iba yo a haber oído una cosa así? (Era cierto, como él había dicho, que yo no me implicaba).

—Vais a intentar vivir juntos en San Francisco —nos dijo Larry a Elaine y a mí, como si fuéramos niños fugitivos—. Vaya, vaya, un poco tarde para andar de tortolitos, ¿no? —Pensé que Elaine iba a pegarle—. ¿Y qué os ha llevado a elegir San Francisco, si puede saberse? ¿Ha llegado a vuestros oídos que allí no mueren gais? ¡Quizá deberíamos irnos todos a San Francisco!

—Vete a la mierda, Larry —dijo Elaine.

—Querido Bill —prosiguió Larry, como si Elaine no estuviera—, no puedes huir de una plaga, no si es tu plaga. ¡Y no me digas que el sida se parece demasiado al Gran Guiñol para tu gusto! Sólo tienes que ver lo que escribes, Bill, ¡te llaman «el excesos»!

—Tú me has enseñado mucho —fue lo único que pude decirle—. Aunque dejara de ser tu amante, Larry, no he dejado de quererte. Todavía te quiero.

—Más excesos, Bill —fue lo único que dijo Larry.

No podía (o no quería) mirar siquiera a Elaine, y yo sabía el aprecio que sentía tanto por ella como por todo lo que Elaine escribía.

Con relación a la señora Kittredge, Elaine me había dicho:

—Nunca he tenido una relación tan íntima como la que tuve con esa mujer espantosa. Nunca volveré a estar tan estrechamente unida a nadie.

—Íntima ¿hasta qué punto? —le había preguntado yo; ella no me había contestado.

—¡Fue su madre quien me marcó! —había exclamado Elaine sobre la antedicha mujer espantosa—. ¡Es a ella a quien nunca olvidaré!

—Marcada, ¿en qué sentido? —le había preguntado yo, pero ella se echó a llorar, y recurrimos una vez más a nuestra rutina del adagio; abrazados, sin decir nada, nos abandonamos a aquello de despacio, suavemente, delicadamente. Así vivimos juntos en San Francisco durante lo que al final fue casi todo 1985.

Un sinfín de gente abandonó el lugar donde vivía en plena crisis del sida; muchos nos mudamos a otro sitio con la esperanza de que allí las cosas fueran mejor, pero nunca lo eran. Nada se perdía con intentarlo; al menos Elaine y yo no perdimos nada viviendo juntos, sencillamente no nos salió bien como amantes. «Si alguna vez ha existido la posibilidad de que eso os saliera bien», nos diría Martha Hadley, pero ya después de concluido el experimento, «fue, creo, cuando erais jóvenes, no a los cuarenta».

La señora Hadley tenía razón, como siempre, pero el año que pasamos juntos Elaine y yo no fue del todo malo. Conservé la fotografía de Kittredge y Delacorte con vestidos de niña y carmín, que empleé como punto de libro en todo lo que leía, y que dejaba en los sitios habituales: la mesilla de noche a mi lado de la cama; la encimera de la cocina, junto a la cafetera; el cuarto de baño, diminuto y lleno de trastos, allí donde Elaine podía encontrárselo. En fin, Elaine estaba muy mal de la vista.

Elaine tardó casi un año en ver la foto; salió del cuarto de baño desnuda: sostenía la foto en una mano y el libro que yo estaba leyendo en la otra. Llevaba las gafas, ¡y me lanzó el libro!

—¿Por qué no me la has enseñado, Billy? Sabía que era Delacorte, desde hacía meses —dijo Elaine—. En cuanto al otro niño, ¿pensaba que era una niña!

—Quid pro qua —contesté a mi queridísima amiga—. También tú tienes algo que decirme, ¿no?

Es fácil comprender, en retrospectiva, que tal vez nos habría ido mejor en San Francisco si nos hubiésemos contado mutuamente lo que cada uno descubrió sobre Kittredge en el momento en que nos enteramos, pero uno vive la vida cuando la vive, no dispone de una gran visión de conjunto mientras lo que le ocurre todavía le está ocurriendo.

En la fotografía vestido de niña, Kittredge no parecía un «niño enfermizo», como se suponía que le había descrito su madre a Elaine; él (o esa niña guapísima de la foto) no daba la impresión de ser un niño «sin seguridad en sí mismo», como la señora Kittredge le había dicho presuntamente a Elaine. Kittredge no parecía un niño con el que «se metían los demás niños, sobre todo los varones», tal como (según había oído yo) contó en su día esa mujer espantosa.

—La señora Kittredge te dijo eso, ¿verdad? —pregunté a Elaine.

—No exactamente —farfulló Elaine.

Más aún me había costado creer que a Kittredge antes «lo intimidaban las niñas», y ya no digamos que la señora Kittredge había seducido a su hijo para que adquiriera mayor seguridad en sí mismo; de hecho, eso nunca me lo había creído del todo, como recordé a Elaine.

—Ocurrió, Billy —aseguró Elaine en voz baja—. Lo que pasa es que a mí no me gustó la razón; sólo cambié la razón por la que ocurrió.

Le conté a Elaine que Kittredge robaba ropa a la señora Delacorte; le conté lo que había exclamado Delacorte con voz entre cortada, justo antes de morir. Delacorte se refería, sin lugar a dudas, a Kittredge: «él nunca ha sido de los que se conforman con encajar».

—Yo no quería que lo apreciaras ni que lo perdonaras —me dijo Elaine—. Lo odié por cómo me dejó en manos de su madre, así sin más; no quería que lo compadecieras ni que te solidarizaras con él. Quería que tú también lo odieras.

—Lo odio, Elaine —aseguré.

—Sí, pero eso no es lo único que sientes por él. Lo sé —dijo ella.

Era verdad que la señora Kittredge había seducido a su hijo, pero la razón no fue la falta de seguridad en sí mismo, real o imaginada, del joven Kittredge. Kittredge siempre había sido un chico muy seguro de sí mismo, incluso (sobre todo, a decir verdad) en cuanto a su deseo de ser una chica. Su vanidosa y desencaminada madre lo había seducido basándose en el más habitual y desconcertante razonamiento con el que se encuentran muchos jóvenes bi o gais, aunque generalmente no surge de sus propias madres. La señora Kittredge creyó que lo único que necesitaba su niño era una experiencia sexual positiva con una mujer, ¡seguro que así entraría en razón!

¿Cuántos de nosotros, los gais o bi, hemos oído antes esa idiotez? Alguien que cree fervorosamente que lo único que necesitamos es echar un polvo —es decir, un polvo «como Dios manda»—, y después ya nunca concebiremos siquiera la posibilidad de tener relaciones sexuales con otro hombre.

—Deberías habérmelo contado —le dije a Elaine.

—Y tú deberías haberme enseñado la fotografía, Billy.

—Sí, debería; los dos «deberíamos».

Tom Atkins y Carlton Delacorte habían visto a Kittredge, pero ¿hacía cuánto tiempo? ¿Y dónde? Lo que a Elaine y a mí nos había quedado claro era que Atkins y Delacorte habían visto a Kittredge vestido de mujer.

—Y una mujer guapa, seguro —dijo Elaine.

Atkins había usado la palabra «belleza».

Para Elaine y para mí bastante difícil era ya la mera convivencia en San Francisco. Con Kittredge otra vez en la cabeza —y para colmo vestido de mujer—, seguir juntos en San Francisco ya no parecía viable.

—Al menos no llames a Larry, todavía no —dijo Elaine.

Pero sí llamé a Larry; para empezar, quería oír su voz. Y Larry lo sabía todo y conocía a todo el mundo; si había un apartamento en alquiler en Nueva York, Larry sabría dónde y quién era el dueño.

—Te encontraré un sitio donde alojarte en Nueva York —le dije a Elaine—. Si no encuentro dos sitios en Nueva York, intentaré vivir en Vermont, y digo lo intentaré.

—En tu casa no hay muebles, Billy —señaló Elaine.



—Ah, pues...

Fue entonces cuando telefoneé a Larry.

—Estoy sólo un poco resfriado, Bill; no es nada —dijo Larry, pero oí su tos, y percibí sus esfuerzos por contenerla. Esa tos seca de la PCP no iba acompañada de dolor; no era una tos como la que se da en la pleuresía, ni había flema. Era la dificultad para respirar lo preocupante de la neumonía por *Pneumocystis*, y la fiebre.

—¿Cuál es tu recuento de leucocitos? —le pregunté—. ¿Cuándo ibas a decírmelo? ¡No me vengas con ésas, Larry!

—Ven a casa, Bill, por favor; tú y Elaine. Por favor, los dos, venid a casa —dijo Larry. (Sólo eso, no un largo discurso, y le faltó el aliento).

Donde Larry vivía, y donde moriría, era un bonito y arbolado tramo de la calle Diez oeste, a sólo una manzana al norte de Christopher Street, y a un corto paseo a pie de Hudson Street o Sheridan Square. Era una estrecha casa adosada de tres plantas, por lo general no asequible a un poeta, ni a la mayoría de los escritores, Elaine y yo incluidos. Pero una gran dama y heredera de armas tomar, entre los mecenas de la poesía de Larry —«la madrina», como yo la llamaba—, le había dejado la casa, y él nos la dejaría a Elaine y a mí. (No es que Elaine y yo pudiéramos permitirnos mantenerla; al final, nos veríamos obligados a vender aquella preciosa casa).

Cuando Elaine y yo nos instalamos allí, para ayudar al enfermero residente a cuidar de Larry, no fue lo mismo que vivir «juntos»; ese experimento ya lo habíamos dejado atrás. La casa de Larry tenía cinco habitaciones; Elaine y yo disponíamos cada uno de nuestro propio cuarto y nuestro propio baño. Nos turnábamos para velar a Larry por las noches, para que el enfermero residente pudiera dormir; el enfermero, que se llamaba Eddie, era un joven tranquilo que atendía a Larry todo el día; en teoría, para que Elaine y yo escribiéramos. Pero Elaine y yo no escribimos mucho, ni muy bien, durante aquellos largos meses en los que Larry se consumió.

Larry fue un buen paciente, tal vez porque antes de contraer el mal había sido un excelente enfermero para muchos pacientes. Fue así como mi mentor, y mi viejo amigo y examante, se convirtió (cuando estaba muriéndose) en el mismo hombre al que yo había admirado cuando lo conocí, en Viena, hacía más de veinte años. Larry se libraría de las peores etapas de la evolución de la candidiasis esofágica; no le pusieron un catéter Hickman. No quiso ni oír hablar de ventilación mecánica. Sí sufrió de mielopatía vacuolar, la enfermedad de la médula espinal; Larry se debilitó progresivamente: no podía caminar ni tenerse en pie siquiera, y padecía incontinencia, ante lo cual reaccionó con vanidad y bochorno, aunque sólo al principio. (La verdad es que no por mucho tiempo).

—Es otra vez el pene, Bill —diría pronto Larry con una sonrisa siempre que se producía el problema de la incontinencia.

—Pide a Billy que lo diga en plural, Larry —intervenía Elaine, metiéndose donde no la llamaban.

—Ah, sí. ¿Has oído alguna vez algo parecido? —exclamaría Larry—. Dilo, por favor, Bill, ¡ofrécenos el plural!

Por Larry estaba dispuesto a hacerlo; bueno, y por Elaine también. La verdad es que les encantaba oír ese jodido plural.

—Pevezzz —decía, al principio en voz baja.

—Más alto, Billy —instaba Elaine.

—¡Pevezzz! —decía yo a grito limpio, y entonces Larry y Elaine se sumaban, y todos exclamábamos a pleno pulmón—: ¡Pevezzz!

Una noche, nuestras estridentes voces despertaron al pobre Eddie, que intentaba dormir.

—¿Qué pasa? —preguntó el joven enfermero. (Allí lo teníamos, en pijama).

—Estamos diciendo «penes» en otro idioma —explicó Larry—. Bill nos está enseñando. —Pero fue Larry quien me enseñó a mí.

Como le dije una vez a Elaine: «Voy a revelarte quiénes fueron mis maestros, los que más significaron para mí. Larry, por supuesto, pero también Richard Abbott y, quizá la más importante de todos, o al menos en el momento más importante, tu madre».

Lawrence Upton murió en diciembre de 1986; tenía sesenta y ocho años. (Me cuesta creerlo, ¡pero Larry tenía casi la misma edad que yo tengo ahora!). Vivió durante un año con atención domiciliaria, en aquella casa de la calle Diez oeste. Murió durante el turno de Elaine, pero ella vino a despertarme; eso era lo que habíamos acordado, porque los dos queríamos estar presentes cuando Larry muriera. Como Larry había dicho sobre Russell, la noche que Russell murió en los brazos de Larry: «No pesaba nada».

La noche que Larry murió, Elaine y yo nos tendimos a su lado y lo abrazamos. La morfina gastaba malas pasadas a Larry; a saber hasta qué punto era consciente (o no) de lo que nos dijo a Elaine y a mí. «Es otra vez el pene», dijo Larry. «Y otra vez, y otra vez, y otra vez; es siempre el pene, ¿no?».

Elaine le cantó una canción, y él murió mientras ella cantaba.

—Es una canción preciosa —comenté—. ¿Quién la compuso? ¿Cómo se llama?

—La compuso Felix Mendelssohn —respondió Elaine—. Da igual cómo se llame. Si algún día mueres en mis brazos, Bill, volverás a oírla. Entonces te diré cómo se llama.

Durante un par de años Elaine y yo vivimos perdidos dentro de aquella casa adosada, magnífica en exceso, que nos había dejado Larry en herencia. Elaine tenía un novio insulso y anodino, que me caía mal por la única razón de que me parecía poco consistente para ella. Se llamaba Raymond, y quemaba las tostadas casi todas las mañanas, con lo que se activaba el jodido detector de humo.

Casi todo ese tiempo yo estuve en la lista negra de Elaine, porque salía con un

transexual que le instaba una y otra vez a vestir ropa más sexy; Elaine era poco propensa a la «ropa sexy».

—Elwood tiene las tetas más grandes que yo... Todo el mundo las tiene más grandes —me dijo Elaine.

Elaine llamaba intencionadamente a mi amiga transexual Elwood, o Woody. Mi amiga transexual se hacía llamar El. Pronto la palabra «transgénero» sería de uso común; mis amigos me decían que yo también debía utilizarla, por no hablar de esos jóvenes espantosamente correctos que me miraban con cara de juez porque seguía diciendo «transexual» cuando en teoría debía decir «transgénero».

Sencillamente me encanta cuando ciertas personas se toman la libertad de decirles a los escritores qué palabras son las correctas. ¡Cuando oigo usar el verbo «impactar» a esas mismas personas, me entran ganas de vomitar!

Baste decir que la última etapa de los años ochenta fue una época de transición para Elaine y para mí, aunque por lo visto algunos no tenían nada mejor que hacer que actualizar el jodido lenguaje de género. Fueron un par de años duros, y el esfuerzo económico para asumir la propiedad y mantener esa casa en la calle Diez oeste —incluidos los exorbitantes impuestos— generó gran tensión en nuestra relación.

Una noche, Elaine me contó que estaba segura de haber visto a Charles, el enfermero del pobre Tom, en una habitación del St. Vincent. (Yo había dejado de recibir noticias de Charles). Elaine se había asomado a la puerta —buscaba a otra persona—, y allí estaba aquel antiguo culturista, ahora marchito, sus tatuajes arrugados y deformes colgando ilegiblemente de la piel ya flácida de aquellos brazos en su día tersos y poderosos.

«¿Charles?», había dicho Elaine desde la puerta, pero el hombre le había rugido como un animal; Elaine, asustada, no había entrado en la habitación.

Yo estaba casi seguro de saber quién era —no era Charles—, pero fui al St. Vincent para verlo con mis propios ojos. Era el invierno de 1988; no había entrado en el hospital, esa última parada, desde que murió Delacorte y la señora Delacorte se inyectó la sangre de su hijo. Fui una vez más, sólo para asegurarme de que el animal rugidor que Elaine había visto no era Charles.

Era el gorila aterrador del Mineshaft, claro, aquel a quien llamaban Mefistófeles. También me rugió a mí. No volví a pisar el St. Vincent. (Hola, Charles, si estás por ahí. Si no estás, lo siento).

Ese mismo invierno, una noche que salí con El, me enteré de otra cosa.

—Me han hablado de una chica; una chica como yo pero un poco mayor, ¿sabes? —dijo El.

—Ajá —respondí.

—Creo que la conocías; se marchó a Toronto —añadió El.

—Ah, debes de referirte a Donna —dije.

—Sí, ésa —confirmó El.

—¿Y qué has sabido de ella? —pregunté.

—No le va muy bien, eso he oído —me informó El.

—Ah.

—No he dicho que estuviera enferma —aclaró El—. Sólo he oído que no le va muy bien, y a saber a qué se referirán. Supongo que era alguien especial para ti, ¿verdad? También he oído eso.

No hice nada con esa información, si podía llamársele así. Pero fue esa noche cuando recibí la llamada del tío Bob para comunicarme la muerte de Herm Hoyt a los noventa y cinco años.

—El entrenador nos ha dejado, Billy; ya no tienes a nadie para tus presas de arrastre —dijo Bob.

Sin duda, eso debió de desviar mi atención, y de ahí que no intentara averiguar nada más acerca de lo que me contó El sobre Donna. A la mañana siguiente Elaine y yo tuvimos que abrir todas las ventanas de la cocina para que saliera el humo después de quemar Raymond las jodidas tostadas, y dije a Elaine:

—Me voy a Vermont. Tengo una casa allí, y voy a intentar vivir en ella.

—Claro, Billy; lo entiendo —respondió Elaine—. La verdad es que esta casa nos queda grande. Deberíamos venderla.

El payaso de Raymond se limitó a quedarse allí sentado, comiéndose su tostada quemada. (Como Elaine diría más tarde, seguramente Raymond estaba preguntándose dónde viviría a continuación; debía de saber que no sería con Elaine).

Me despedí de El, aquel mismo día o al siguiente. No se mostró muy comprensiva al respecto.

Telefoneé a Richard Abbott y descolgó la señora Hadley.

—Dile a Richard que voy a intentarlo —anuncié.

—Cruzo los dedos por ti, Billy; a Richard y a mí nos encantaría que vivieras aquí —dijo Martha Hadley.

Por eso vivía en la casa del abuelo Harry en River Street, ahora mía, la mañana que el tío Bob me telefoneó desde el despacho del Departamento de Relaciones con los Ex Alumnos de la academia.

—Te llamo por el Gran Al, Billy —dijo Bob—. Esto es una necrológica que nunca publicaría, tal cual está, en *The River Bulletin*, pero a ti tengo que leértela tal cual.

Era un día de febrero de 1990 en First Sister, «más frío que la teta de una bruja», como decimos en Vermont.

La señorita Frost tenía la misma edad que el Hombre de la Raqueta; había muerto a causa de las heridas sufridas en una pelea en un bar: contaba setenta y tres años. Las heridas eran casi todas en la cabeza, me informó el tío Bob. Gran Al se había visto envuelta en una reyerta de bar con un puñado de soldados de la Base Militar Pease, de las Fuerzas Aéreas, en Newington, New Hampshire. El bar estaba en Dover, o tal vez en Portsmouth; Bob no conocía todos los detalles.

—¿Qué es un «puñado», Bob? ¿Cuántos soldados había? —pregunté.

—Esto..., bueno, había un soldado de primera clase, y un soldado raso y un par más a los que sólo se identifica con el término «soldados de las fuerzas aéreas». Eso es lo único que puedo decirte, Billy —respondió el tío Bob.

—Jóvenes, ¿no? ¿Cuatro? ¿Eran cuatro, Bob? —pregunté.

—Sí, cuatro. Supongo que eran jóvenes, Billy, si tenían rango de soldado y seguían en activo. Pero lo de la edad es sólo una suposición mía —dijo el tío Bob.

La señorita Frost debió de recibir las heridas en la cabeza cuando aquellos cuatro individuos consiguieron derribada por fin; imagino que tuvieron que inmovilizarla en el suelo entre dos o tres, mientras el cuarto le pateaba la cabeza.

Los cuatro habían sido hospitalizados, me dijo Bob; las heridas de dos de ellos constaban como «de consideración». Pero no se habían presentado cargos contra ninguno de los soldados de las fuerzas aéreas; en aquella época, Pease todavía era una base del Mando Aéreo Estratégico. Según el tío Bob, el Mando Aéreo Estratégico «disciplinaba» a los suyos, pero, admitió Bob, en realidad no sabía cómo funcionaba la «cosa legal» (tratándose de militares). Los cuatro soldados no aparecieron identificados por sus nombres en ningún momento, ni se informó de por qué cuatro jóvenes se habían peleado con una mujer de setenta y tres años, quien —a ojos de ellos— quizá fuera aceptable como mujer o quizá no.

Deduzco, igual que Bob, que acaso la señorita Frost había tenido una relación anterior —o sólo un encuentro previo— con uno o más de aquellos soldados. Tal vez, como me había planteado Herm Hoyt en sus especulaciones, uno de los individuos se había opuesto al sexo intercrural; puede que eso no le hubiera bastado. Quizás, habida cuenta de la juventud de los soldados, conocieran a la señorita Frost sólo «de oídas»; tal vez vieron provocación suficiente en el hecho de que ella no fuera, a su modo de ver, una mujer de verdad, tal vez se redujera a eso. (O quizá fuesen unos jodidos homófobos, también podía reducirse a eso).

Al margen de cuál fuese el motivo del altercado, resultaba evidente —como había vaticinado el entrenador Hoyt— que el Gran Al no se echaría atrás en una pelea.

—Lo siento, Billy —dijo el tío Bob.

Después Bob y yo coincidimos en que nos alegrábamos de que Herm Hoyt no hubiese vivido para enterarse. Telefoneé a Elaine a su casa en Nueva York esa noche. Tenía un pequeño apartamento en Chelsea, un poco al noroeste del West Village y al norte del Meatpacking District. Le conté a Elaine lo de la señorita Frost, y le pedí que me cantara aquella canción de Mendelssohn, la que, según había dicho, me reservaba, la misma que le había cantado a Larry.

—Prometo no morirme en tu turno, Elaine. Nunca tendrás que cantar esa canción por mí. Además, necesito oída ahora —dije.

En cuanto a la canción de Mendelssohn, Elaine me explicó que era un breve fragmento de *Elías*, la obra más larga de Mendelssohn. Se encuentra casi al final de ese oratorio, cuando llega Dios (en la voz de un niño pequeño) y los ángeles,

cantando, bendicen a Elías, que entona su última aria: «Y las montañas se separarán». Eso fue lo que me cantó Elaine; su voz de contralto era sonora y vigorosa, incluso por teléfono, y me despedí de la señorita Frost escuchando la misma música que había oído cuando me despedí de Larry. No había sabido nada de la señorita Frost durante casi treinta años, pero esa noche supe que se había ido para siempre, y lo único que el tío Bob diría de ella en *The River Bulletin* no bastaba ni remotamente.

«¡Triste noticia para la promoción de 1935! Al Frost: nacido en First Sister, Vermont, 1917; capitán del equipo de lucha, 1935 (invicto); muerto en Dover o Portsmouth, New Hampshire, 1990».

—¿Nada más? —recuerdo que pregunté al tío Bob.

—Joder, Billy, ¿qué más podemos decir en una revista para exalumnos? —respondió el Hombre de la Raqueta.

Cuando Richard y Martha subastaron los muebles viejos de la casa del abuelo Harry en River Street, me dijeron que encontraron trece botellas de cerveza debajo del sofá del salón, todas del tío Bob. (Puestos a adivinar, diría que eran todas de aquella fiesta conmemorativa en honor de la tía Muriel y de mi madre).

—¡Bravo por Bob! —había dicho yo a la señora Hadley ya Richard.

Yo sabía que el Hombre de la Raqueta tenía razón. ¿Qué puede decirse en una jodida revista para exalumnos sobre un luchador transexual muerto en una pelea en un bar? No gran cosa.

Una noche, ya tarde, al cabo de un par de años —yo me adaptaba lentamente a la vida en Vermont—, recibí una llamada de El. Tardé un par de segundos en reconocer su voz; creo que estaba borracha.

—¿Sabes aquella amiga tuya, la chica que es como yo pero mayor? —preguntó El.

—Te refieres a Donna —dije, tras una pausa.

—Sí, Donna —respondió El—. Pues ahora sí está enferma; eso he oído.

—Gracias por comunicármelo —le estaba diciendo yo cuando El colgó.

Era demasiado tarde para telefonar a Toronto; me limité a digerir la noticia y dejar pasar la noche. Calculo que era 1992 o 1993, quizás incluso principios de 1994. (Una vez instalado en Vermont, ya no prestaba tanta atención al paso del tiempo).

Tenía unos cuantos amigos en Toronto; hice indagaciones. Me hablaron de un centro de cuidados paliativos excelente: todo el mundo dijo que era un lugar maravilloso, teniendo en cuenta las circunstancias. Casey House, se llamaba; no hace mucho alguien me comentó que todavía existe.

Por aquel entonces el jefe de enfermeros de Casey House era un hombre extraordinario; su nombre de pila era John, si no recuerdo mal, y creo que tenía un apellido irlandés. Desde mi regreso a First Sister estaba descubriendo que me fallaba la memoria para los nombres. Además, cuandoquiera que aquello ocurriese —cuando me enteré de que Donna estaba enferma—, yo contaba ya cincuenta años, o cincuenta y tantos. (¡No eran sólo los nombres lo que me costaba recordar!).

John me contó que habían ingresado a Donna en cuidados paliativos hacía ya unos meses. Pero Donna era «Don» para los enfermeros y otros cuidadores de Casey House, me había explicado John.

—Los estrógenos tienen efectos secundarios; pueden afectar, sobre todo, al hígado —me dijo John. Además, los estrógenos pueden causar una especie de hepatitis; la bilis se estanca y aumenta—. El picor que acompaña a este trastorno estaba enloqueciendo a Don —fue como lo expresó John.

Era la propia Donna quien había dicho a todo el mundo que la llamaran Don: al dejar los estrógenos volvió a salirle la barba.

Me pareció excepcionalmente injusto que Donna, que se había esforzado tanto en feminizarse, no sólo muriese de sida, sino que además se viese obligada a volver a su anterior identidad masculina.

Donna sufría asimismo del citomegalovirus.

—En este caso, la ceguera puede ser una bendición —me explicó John.

Se refería a que Donna se libraba de verse la barba, pero naturalmente se la notaba, pese a que una enfermera la afeitaba a diario.

—Sólo quiero prepararte —dijo John—. Ve con cuidado. No lo llames «Donna». Procura que no se te escape ese nombre.

—Yo había advertido que en nuestras conversaciones telefónicas el jefe de enfermeros ponía especial cuidado en utilizar el masculino para referirse a «Don». John no dijo ni una sola vez «ella» o «la» o «Donna».

Preparado de antemano, encontré la manera de llegar a Huntley Street, en el centro de Toronto, una pequeña calle de apariencia residencial, o esa impresión me dio (entre Church Street y Sherbourne Street, para quien conozca la ciudad). La propia Casey House parecía una amplísima vivienda familiar; se respiraba un ambiente todo lo grato y acogedor posible, pero no hay mucho que hacer con las úlceras de decúbito y la atrofia muscular, o el persistente olor, por más que se intente enmascararlo, de la diarrea fulminante. En la habitación de Donna se percibía un olor a lavanda casi agradable. (Un ambientador de baño, un desinfectante perfumado, no uno que yo hubiese elegido). Debí de contener la respiración.

—¿Eres tú, Billy? —preguntó Donna; unas manchas blancas le enturbiaban los ojos, pero oía bien.

Seguro que me había oído contener la respiración. Lógicamente, la habían informado de que yo iría, y una enfermera la había afeitado hacía muy poco; yo no estaba habituado al olor masculino de la espuma de afeitar, o quizá fuera bálsamo

para después del afeitado. Así y todo, cuando la besé, noté la barba en la mejilla de Donna —como no la había notado ni una sola vez cuando hacíamos el amor— y vi la sombra de una barba en su rostro bien rasurado. Tomaba Coumadin; vi las pastillas en la mesilla de noche.

Me impresionó lo bien que trabajaban los enfermeros de Casey House; eran expertos en llevar a cabo con el máximo esmero todas aquellas tareas que podían procurar la mayor comodidad posible a Donna, incluido (naturalmente) el control del dolor. John me había explicado las sutilezas de la morfina sublingual en oposición al elixir de morfina en oposición a los parches de fentanilo, pero yo en realidad no lo había escuchado. John me dijo asimismo que Don se aplicaba una crema especial que parecía ayudarlo a controlar el picor, aunque la crema exponía a Don a «muchos esteroides».

Baste decir que vi que Donna estaba en buenas manos y bien atendida en Casey House, pese a la ceguera y a morir como un hombre. Mientras visitaba a Donna fueron a verla también dos amigas suyas de Toronto, dos transexuales muy pasables, dedicadas ambas claramente a vivir su vida como mujeres. Cuando Donna nos presentó, tuve toda la impresión de que ella las había advertido de que yo estaría allí; de hecho, puede que Donna pidiera a sus amigas que pasaran por allí mientras yo la visitaba. Tal vez Donna quería que yo viese que había encontrado a «su gente» y que había sido feliz en Toronto.

Las dos transexuales se mostraron muy cordiales; una de ellas coqueteó conmigo, pero todo fue pura apariencia.

—Ah, tú eres el escritor. ¡Lo sabemos todo de ti! —dijo la más extrovertida pero no la coqueta.

—Ah, sí, el bi, ¿no? —dijo la que se me insinuaba. (Saltaba a la vista que no iba en serio. El coqueteo era íntegramente para diversión de Donna; a Donna siempre le había encantado el coqueteo).

—Mucho cuidado con ella, Billy —me aconsejó Donna, y las tres se echaron a reír.

Después de Atkins, después de Delacorte, después de Larry —por no hablar de aquellos soldados de las fuerzas aéreas que mataron a la señorita Frost—, no fue una visita extraordinariamente dolorosa. En un momento dado, Donna le dijo incluso a su amiga la coqueta:

—¿Sabes, Lorna?, Bill nunca se quejó de que tenía la polla demasiado grande. A ti te gustaba mi polla, ¿verdad, Billy? —me preguntó Donna.

—Por supuesto que sí —contesté, cuidándome de no decir: «Por supuesto que sí, Donna».

—Ya, pero tú me contaste que Billy era de los de arriba —dijo Lorna a Donna; la otra transexual, que se llamaba Lilly, se echó a reír—. ¡Tú intenta pasarte abajo y verás como acabas con una polla demasiado grande!

—¿Lo ves, Billy? —comentó Donna—. ¿No te he dicho que debías tener cuidado



con Lorna? Ya ha encontrado la manera de hacerte saber que ella es de las de abajo, y que le gustan las pollas pequeñas.

Ante esto, las tres amigas se rieron; yo también tuve que reírme. Sólo cuando ya me despedía de Donna, caí en la cuenta de que ni sus amigas ni yo habíamos llamado a Donna una sola vez por su nombre: ni Donna ni Don. Las dos transexuales me esperaron mientras me despedía de John; yo no habría soportado el trabajo de aquel hombre.

Acompañé a pie a Lorna y Lilly hasta la parada de metro de Sherbourne; volvían a casa en metro, dijeron. Por el tono con que pronunciaron la palabra «casa», y por cómo se cogían de la mano, me dio la sensación de que vivían juntas. Cuando les pregunté dónde podía coger un taxi para volver a mi hotel, Lilly dijo:

—Me alegro de que hayas mencionado el hotel donde te alojas; ten por seguro que le contaré a Donna que Lorna y tú habéis armado una buena.

Lorna soltó una carcajada.

—Y yo probablemente le contaré a Donna que Lilly y tú también habéis armado una buena —dijo Lorna—. A Donna le encanta cuando digo: «Lilly jamás ha visto en la vida una polla que no le guste, sea grande o pequeña»; con eso se parte de risa.

Lilly soltó una carcajada, y yo también, pero el coqueteo había terminado. Había sido todo en atención a Donna. Di un beso de despedida a las dos amigas de Donna en la boca de metro de Sherbourne, notando sus mejillas perfectamente suaves y tersas, sin el menor asomo de barba, sin nada en absoluto que rozase mi cara, ni sombra alguna en sus rostros bonitos. Todavía sueño con esas dos.

Mientras les daba el beso de despedida pensé en lo que, según me contó Elaine, había dicho la señora Kittredge cuando Elaine viajaba por Europa con ella. (Lo que la señora Kittredge dijo de verdad, no la primera versión que me dio Elaine).

—No sé qué quiere su hijo —había dicho Elaine a la madre de Kittredge—. Sólo sé que siempre quiere algo.

—Te diré lo que quiere: su mayor deseo, incluso más que follar con nosotras —respondió la señora Kittredge—, es ser una de nosotras, Elaine. Él no quiere ser un chico o un hombre; para él no tiene ningún valor que al final se le haya dado tan bien ser chico u hombre. ¡Para empezar, nunca ha querido ser un chico o un hombre!

Pero si ahora Kittredge era una mujer —si era como había sido Donna, o como las dos amigas muy «pasables» de Donna— y si Kittredge tenía el sida y estaba muriéndose en algún sitio, ¿qué pasaría si hubiese sido necesario dejar de administrar estrógenos a Kittredge? Kittredge tenía una barba muy espesa; todavía notaba, después de más de treinta años, lo espesa que era su barba. Había imaginado muchas veces, y durante mucho tiempo, el roce de la barba de Kittredge en mi cara.

¿Recuerdan lo que me dijo sobre los transexuales? «Yo lamento no haberlo probado con ninguno», me había susurrado Kittredge al oído, «pero tengo la impresión de que si te ligas a uno, luego ya vendrán otros». (Hablabla de los travestis que había visto en París). «Me parece que si yo lo probase, lo probaría en París», me

había dicho Kittredge. «¡En cambio tú, Ninfa, tú ya lo has hecho!», había exclamado Kittredge.

Elaine y yo habíamos visto la habitación individual de Kittredge en la academia Favorite River, y lo más memorable (para mí) fue la fotografía de Kittredge y su madre tomada después de un combate de lucha. Lo que Elaine y yo advertimos, simultáneamente, fue que una mano invisible había recortado el rostro de la señora Kittredge y lo había pegado en el cuerpo de Kittredge. Allí estaba la madre de Kittredge, con el calzón y la malla de lucha. Y allí estaba el agraciado rostro de Kittredge, pegado al cuerpo hermoso y exquisitamente ataviado de su madre.

La verdad era que el rostro de Kittredge no desentonaba en el cuerpo de una mujer, con la vestimenta de una mujer. Elaine me había convencido de que debía de haber sido Kittredge quien cambió los rostros en la fotografía; la señora Kittredge no habría sido capaz de algo así. «Esa mujer no tiene ni la imaginación ni el sentido del humor», había dicho Elaine con su autoridad de siempre.

Después de despedirme de Donna en Toronto, regresé a casa. El olor a lavanda ya nunca sería lo mismo para mí, y se imaginarán el anticlímax que experimenté al recibir en mi casa de River Street la llamada del tío Bob para anunciarme la última muerte de un compañero de promoción.

—Has perdido a otro compañero de promoción, Billy; no precisamente tu persona preferida, si la memoria no me engaña —dijo el Hombre de la Raqueta.

Si bien el recuerdo del momento en que me llegó la noticia de Donna es impreciso, puedo decir con toda exactitud cuándo me telefoneó el tío Bob para darme la noticia sobre Kittredge.

Yo acababa de celebrar mi quincuagésimo tercer cumpleaños. Era marzo de 1995; aún quedaba mucha nieve en el suelo en First Sister, y lo único que podía deparar el futuro inmediato era la temporada del barro.

Elaine y yo habíamos hablado de un posible viaje a México; ella había estado viendo casas de alquiler en Playa del Carmen. Yo habría ido gustosamente a México con ella, pero ella tenía el problema de su novio: su novio era un mierdecilla muy carca y no quería que Elaine fuera a ningún sitio conmigo.

—¿No le has dicho que no lo hacemos? —pregunté.

—Sí, pero también le he dicho que antes sí lo hacíamos, o que lo intentamos —dijo Elaine, corrigiéndose.

—¿Y por qué se lo has dicho? —pregunté.

—Estoy probando una nueva táctica de sinceridad —contestó Elaine—. Ya no invento tantas historias, o procuro no hacerlo.

—¿Y qué efectos tiene esa táctica en tus textos narrativas? —pregunté.

—No creo que pueda ir a México contigo, Billy, no en estos momentos —se limitó a decirme.

Yo había tenido recientemente mis propios problemas con un novio, pero cuando dejé al novio, enseguida empecé a tener problemas con una novia. Era su primer año

en el cuerpo docente de Favorite River, una joven profesora de lengua y literatura inglesa. Nos habían presentado la señora Hadley y Richard; me invitaron a cenar, y allí estaba Amanda. Cuando la vi, pensé que era alumna de Richard, tan joven me pareció. Pero era una joven intranquila de veintitantos años.

—Tengo casi treinta años —decía siempre Amanda, como si la intranquilizara su aspecto en exceso juvenil; así, diciendo que pronto cumpliría los treinta, daba la impresión de que era mayor.

Cuando empezamos a acostarnos, el lugar donde lo hacíamos era un motivo de intranquilidad para Amanda. Ella vivía en un apartamento reservado al profesorado en una de las residencias de chicas de Favorite River; cuando yo pasaba la noche allí, las chicas de la residencia se enteraban. Pero Amanda tenía casi todas las noches turno de guardia en la residencia; no podía quedarse a dormir en mi casa de River Street. Así las cosas, me acostaba con Amanda más bien poco: ése era el problema en ciernes. Y luego, claro, estaba la cuestión bi: ella había leído todas mis novelas, decía que le encantaban, pero el hecho de que fuera bi también la intranquilizaba.

—¡Me cuesta creer que tengas cincuenta y tres años! —decía Amanda una y otra vez, cosa que me confundía.

No sabía si quería decir que yo aparentaba mucha menos edad, o que la horrorizaba salir con un viejo, un cincuentón bi.

Martha Hadley, que contaba setenta y cinco, se había jubilado, pero aún atendía a algunos estudiantes con «necesidades especiales», problemas de pronunciación inclusive. La señora Hadley me había comentado que Amanda padecía ciertos problemas de pronunciación.

—No será por eso por lo que nos presentaste, ¿no? —pregunté a Martha.

—No fue idea mía, Billy —respondió la señora Hadley—. Presentarte a Amanda fue idea de Richard, porque es toda una admiradora de tus libros. A mí no me parecía buena idea: es demasiado joven para ti, y todo la intranquiliza. Imagino que siendo tú bi..., en fin, eso debe de tener a Amanda en vela toda la noche. ¡Es incapaz de pronunciar la palabra bisexual!

—Ah.

Así transcurría mi vida cuando me telefoneó el tío Bob para anunciarme lo de Kittredge. Por eso he dicho, medio en serio, que «lo único que podía depararme el futuro inmediato era la temporada del barro», aparte de escribir. (Irme a vivir a Vermont fue beneficioso para mi tarea de escritor).

La muerte de Kittredge había sido comunicada al Departamento de Relaciones con los Ex Alumnos por la señora Kittredge.

—¿Quieres decir que tenía mujer, o te refieres a su madre? —pregunté al tío Bob.

—Kittredge tenía mujer, Billy, pero nos enteramos por su madre.

—Dios mío, ¿qué edad tendrá ahora la señora Kittredge? —pregunté a Bob.

—Sólo setenta y dos —contestó mi tío Bob.

El tío Bob contaba setenta y ocho, y pareció un poco ofendido por mi pregunta.

Elaine me había dicho que la señora Kittredge tenía sólo dieciocho años cuando nació Kittredge.

Según Bob —es decir, según la señora Kittredge—, mi antiguo ídolo y torturador había muerto en Zúrich, Suiza, «por causas naturales».

—Y un huevo, Bob —dije—. Kittredge sólo tenía un año más que yo; tenía cincuenta y cuatro. ¿Qué «causas naturales» pueden matarte a los cincuenta y cuatro putas años?

—Eso mismo pensé yo, Billy, pero es lo que dijo su madre —respondió el Hombre de la Raqueta.

—Por lo que ha llegado a mis oídos, seguro que Kittredge murió de sida —afirmé.

—¿Qué madre de la generación de la señora Kittredge informaría de una cosa así al antiguo colegio de su hijo? —preguntó el tío Bob. (De hecho, Sue Atkins se limitó a comunicar que Tom Atkins había muerto después de «una larga enfermedad»).

—Has dicho que Kittredge tenía mujer —contesté a mi tío.

—Ha dejado mujer e hijo, un único hijo varón, y a su madre, claro —dijo el Hombre de la Raqueta—. El hijo se llama como el padre, otro Jacques. El nombre de la mujer parece alemán. Tú estudiaste alemán, ¿no, Billy? ¿Qué clase de nombre es Irmgard? —preguntó el tío Bob.

—Desde luego parece alemán —respondí.

Si Kittredge se había consumido en Zúrich —incluso si había muerto en Suiza «por causas naturales»—, posiblemente su mujer era suiza, pero «Irmgard» era un nombre alemán. ¡Y menudo nombre de pila para llevarlo a rastras por el mundo! Era de lo más anticuado; uno percibía de inmediato la rigidez de la persona que cargaba con el peso de semejante nombre. Me pareció un nombre adecuado para una anciana maestra de escuela, una estricta inculcadora de disciplina.

Supuse que el único hijo, el niño llamado Jacques, habría nacido en algún momento a principios de los setenta; ésa habría sido la planificación perfecta para un joven con aspiraciones profesionales como, imaginaba yo, debía de ser Kittredge en esos primeros años: habida cuenta del master en bellas artes de Yale, habida cuenta de sus primeros pasos en una carrera, sin duda rutilante, en el mundo del teatro. Sólo en el momento oportuno Kittredge debía de haber hecho una pausa para buscar esposa. Y luego ¿qué? ¿Cómo habían evolucionado las cosas después de eso?

—¡Maldito sea, el muy cabrón! —exclamó Elaine cuando le dije que Kittredge había muerto. Estaba furiosa: era como si Kittredge, de algún modo, hubiera escapado. No pudo ni hablar sobre la idiotez de las «causas naturales», y menos aún sobre la esposa—. ¡No puede salir impune de esto! —gritó Elaine.

—Elaine, ha muerto. No ha salido impune de nada —aduje, pero Elaine siguió gritando y gritando.

Por desgracia, fue una de las pocas noches que Amanda no tenía turno de guardia en la residencia; se quedó a dormir en mi casa de River Street, así que tuve que

contarle lo de Kittredge y Elaine, y todo lo demás.

Sin duda, esta historia era de carácter más bi —y gay, y «transgénero» (como diría Amanda)— que cualquier cosa que Amanda se hubiese visto obligada a imaginar, aunque insistía una y otra vez en lo mucho que le encantaban mis libros, donde sin duda se había topado con todo un mundo de «diferencias» sexuales (como diría Richard).

Me considero culpable de no haberle mencionado a Amanda los jodidos fantasmas de la casa de River Street; sólo los veían los demás, ¡a mí nunca me molestaban! Pero Amanda se levantó para ir al baño —en plena noche—, y sus chillidos me despertaron. En ese cuarto de baño había una flamante bañera nueva —no era la misma bañera en la que el abuelo Harry había apretado el gatillo, sino sólo el mismo cuarto de baño—, pero cuando Amanda por fin se serenó lo suficiente para contarme lo ocurrido (sentada en el inodoro), quedó claro que era Harry a quien ella había visto en esa flamante bañera nueva.

—Estaba acurrucado como un niño en la bañera. ¡Me ha sonreído mientras yo meaba! —explicó Amanda, todavía entre sollozos.

—Lo siento mucho —dije.

—¡Pero no era un niño, ni mucho menos! —gimió Amanda.

—No, no lo era; era mi abuelo —dije con la mayor calma posible. ¡Ese Harry! ¡Cómo le gustaba tener público nuevo, incluso siendo fantasma! (¡Incluso en un papel masculino!).

—Al principio no he visto la escopeta, pero él quería que yo la viera, Billy. Me la ha enseñado, y luego se ha pegado un tiro en la cabeza. ¡La cabeza ha quedado esparcida por todas partes! —gimoteó Amanda.

Lógicamente, tenía ciertas explicaciones que darle; debía contárselo todo sobre el abuelo Harry. Nos pasamos la noche entera en vela. Amanda se negó a entrar en el cuarto de baño por la mañana; no estaba dispuesta siquiera a quedarse sola en ninguno de los otros baños, como yo le sugerí. Me hice cargo; fui muy comprensivo. Nunca he visto un jodido fantasma..., seguro que dan mucho miedo.

Supongo que la gota que colmó el vaso, como explicaría después a la señora Hadley y a Richard, fue que Amanda, por la mañana, desquiciada como estaba —al fin y al cabo la intranquila joven no había pegado ojo esa noche—, abrió la puerta del armario de mi habitación pensando que abría la puerta al pasillo del primer piso. Y allí estaba la Mossberg del 33 del abuelo Harry; guardo esa vieja carabina en mi armario, apoyada en la pared.

Amanda chilló y chilló. Dios mío, no paraba de gritar.

—Has conservado el arma. ¡La tienes guardada en el armario de tu habitación! ¿Quién guardaría el arma que su abuelo usó para volarse los sesos en el cuarto de baño, Billy? —vociferó Amanda.

—Amanda tiene razón en lo del arma, Bill —me diría Richard cuando le conté que Amanda y yo ya no salíamos juntos.

—Nadie quiere que tengas esa arma, Billy —dijo Martha Hadley.

—Si te deshaces de esa arma, quizá se vayan los fantasmas, Billy —aventuró Elaine.

Pero a mí esos fantasmas nunca se me habían aparecido; sospecho que hay que ser receptivo para ver fantasmas así, y me figuro que yo no soy «receptivo» en ese sentido. Tengo mis propios fantasmas —mis propios «ángeles aterradores», como (más de una vez) pienso en ellos—, pero *mis* fantasmas no habitan en esa casa de River Street en First Sister, Vermont.

Iría a México, yo solo, en esa temporada del barro de 1995. Alquilé una casa en Playa del Carmen sobre la que me había hablado Elaine. Bebí mucha cerveza<sup>[2]</sup>, y me ligué a un tipo apuesto, de aspecto aventurero, con un fino bigote y patillas oscuras; a decir verdad, me recordaba a uno de esos actores que interpretaban al Zorro en las antiguas versiones en blanco y negro. Nos divertimos, bebimos mucha más cerveza; y cuando volví a Vermont, casi parecía primavera.

Ya no me sucedería gran cosa —no durante quince años—, salvo que acabé convertido en profesor. Los colegios privados —en teoría hay que llamarlos colegios «independientes», pero a mí aún se me escapa la palabra «privado»— no son tan estrictos en cuanto a la edad de jubilación. Richard Abbott no se jubilaría de su trabajo en la academia Favorite River hasta pasados los setenta años, y Richard, incluso después de jubilarse, asistía a todas las producciones del Club de Teatro del colegio.

Richard no estaba muy contento con los diversos sustitutos que ocupaban su puesto; la verdad es que nadie estaba contento con aquel hatajo de mediocres bufones. En el Departamento de Lengua y Literatura no había nadie que sintiera lo mismo por Shakespeare que Richard, y nadie tenía ni repajolera idea de teatro. Martha Hadley y Richard me perseguían para que me implicara en la academia.

—Los chicos leen tus novelas, Billy —me repetía Richard una y otra vez.

—Sobre todo los chicos..., en fin, ya sabes, los chicos que son sexualmente distintos, Billy —dijo la señora Hadley; ya cumplidos los ochenta, seguía trabajando con «casos» concretos (como los llamaba ella).

Por mediación de Elaine oí hablar por primera vez de la existencia de grupos para jóvenes lesbianas, gais, bi y transgénero en los campus universitarios. Fue Richard Abbott —ya cerca de los ochenta— quien me contó que había uno de esos grupos incluso en la academia Favorite River. Para un bi de mi generación resultaba difícil imaginar esa clase de grupos organizados y reconocidos. (Empezaban a ser tan habituales que se conocía a esos grupos por sus iniciales. La primera vez que lo oí, no me lo podía creer).

Cuando Elaine daba clases en la Universidad de Nueva York, me invitó a ofrecer una lectura de una nueva novela al grupo LGBT del campus. (Yo estaba totalmente fuera del mundo; necesité varios días de práctica para poder decir esas iniciales en el orden correcto).

Debía de ser el trimestre de otoño de 2007 en la academia Favorite River cuando la señora Hadley me dijo que Richard y ella querían que yo conociera a una persona especial. De inmediato pensé que se trataría de una reciente incorporación al cuerpo docente de la academia, alguien del Departamento de Lengua y Literatura, o bien una mujer bonita, o bien un hombre guapo, supuse; o acaso esa persona «especial» acabara de ser contratada para insuflar esperanzas de nueva vida al Club de Teatro en declive, prácticamente extinto, de Favorite River.

Me acordé de Amanda: en esa dirección pensé que se encaminaba la nueva empresa de Martha Hadley (y Richard) en funciones de casamentera. Pero no, no a mi edad. Yo tenía sesenta y cinco años en el otoño de 2007. La señora Hadley y Richard no intentaban buscarme pareja. Martha Hadley era una mujer dinámica de ochenta y siete años, pero un resbalón en el hielo o la nieve —una mala caída, una cadera rota—, y tendría que ingresar en el Complejo. (En cualquier caso, la señora Hadley no tardaría en ingresar allí). Y Richard Abbott ya no tenía madera de protagonista masculino; a los setenta y siete años, Richard había abandonado parcialmente su jubilación para dar un curso sobre Shakespeare en Favorite River, pero carecía ya del vigor necesario para llevar a Shakespeare al escenario. Richard se limitaba a leer las obras con unos cuantos chicos de primero en la academia; todos acababan de entrar en el colegio. (¡Chicos de la promoción del 2011! ¡Yo ni podía imaginar lo que sería volver a ser así de joven!).

—Queremos presentarte a una persona que estudia aquí, Bill —dijo Richard, un tanto indignado ante la sola idea de que él (o Martha) me consideraran candidato idóneo para salir con esa persona.

—Es de primero, Billy, una persona especial —añadió la señora Hadley.

—Una persona con problemas de pronunciación, ¿quieres decir? —pregunté a Martha Hadley.

—No pretendemos emparejarte con alguien del profesorado, Billy. Pensamos que el profesor deberías ser tú —propuso Richard.

—Queremos que conozcas a uno de los nuevos miembros del grupo LGBT —dijo la señora Hadley.

—Claro, ¿por qué no? —contesté—. En cuanto a lo de ser profesor, no sé qué decir, pero veré a esa persona. ¿Chico o chica? —recuerdo que pregunté a Martha Hadley y Richard.

Ellos se miraron.

—Ah, pues... —comenzó a decir Richard. La señora Hadley lo interrumpió. Martha Hadley tomó mis manos entre las suyas y me las apretó.

—Chico o chica, Billy —dijo—. Bueno, he ahí la cuestión. Por eso queremos que lo o la conozcas; he ahí la cuestión.

—Ah —dije.

Fue así como llegué a ser profesor, ésa fue la razón.

El Hombre de la Raqueta tenía noventa años cuando ingresó en el Complejo; fue después de dos implantes de cadera y una caída por una escalera cuando convalecía de la segunda intervención. «Empiezo a sentirme como un viejo, Billy», me dijo Bob cuando fui a visitarlo al Complejo en otoño de 2007, el mismo septiembre que la señora Hadley y Richard me presentaron al chico del grupo de LGBT, el que cambiaría mi vida.

El tío Bob se recuperaba de una neumonía, resultado de haber quedado postrado en cama durante un tiempo después de la caída. Por la epidemia del sida, todavía guardo un vívido recuerdo de aquella otra neumonía, aquella de la que tantos nunca se recuperaron. Me alegré de ver a Bob de pie y en danza, pese a que él había decidido quedarse en el Complejo.

«Debo dejar que esta gente cuide de mí, Billy», dijo el Hombre de la Raqueta. Entendí cómo se sentía; Muriel había muerto hacía casi treinta años, y Gerry, que contaba sesenta y ocho, vivía desde hacía poco tiempo con una nueva novia en California.

«*Lady Vagina*», que era como Elaine apodó a Helena, había desaparecido hacía tiempo. Nadie conocía a la nueva novia de Gerry, pero Gerry me había hablado de ella en sus cartas. Tenía «sólo» mi edad, me dijo Gerry, como si la chica no hubiese llegado aún a la edad núbil.

«Cuando menos te lo esperes, Billy», me dijo el tío Bob, «legalizarán el matrimonio entre personas del mismo sexo en todas partes, y Gerry se casará con su siguiente nueva novia. Si me quedo en el Complejo, ¡Gerry tendrá que casarse en Vermont!», exclamó el Hombre de la Raqueta, como si la sola idea de que eso llegara a ocurrir se le antojara inconcebible.

Una vez confirmado que mi nonagenario tío Bob estaba sano y salvo en el Complejo, me dirigí hacia el Noah Adams Hall, que era el edificio destinado a los estudios de lengua y literatura e idiomas extranjeros en Favorite River; iba a conocer a ese nuevo estudiante «especial» en el despacho de Richard en la planta baja, contiguo al aula de Richard. La señora Hadley también se reuniría con nosotros allí.

Para mi horror, el despacho de Richard no había cambiado; era espantoso. Había un sofá de piel sintética que olía peor que cualquier cama de perro que hayan ustedes olido jamás; había tres o cuatro sillas de madera de respaldo recto, de esas que llevan incorporado en uno de los brazos un minipupitre plano para escribir. Estaba asimismo el escritorio de Richard, que siempre era una montaña de desbarajuste; formada por una pila de libros abiertos y hojas sueltas. La butaca de Richard tenía ruedas, de modo que Richard podía deslizarse por su despacho sentado, cosa que, para diversión general de los estudiantes, Richard hacía.

Lo que sí había cambiado en Favorite River desde mis tiempos en el colegio antes exclusivamente masculino no era sólo la presencia de chicas; era el código indumentaria. Si en 2007 lo había, yo no habría sabido decir cuál era; ya no era obligatorio el uso de chaqueta y corbata. Existía alguna vaga norma contra los



vaqueros «rotos»; es decir, vaqueros rajados o raídos. Existía una norma que prohibía ir al comedor en pijama, y otra, contra la que siempre protestaban, que atañía a la cintura desnuda de las chicas: la cuestión era qué porción de cintura podía enseñarse. Ah, y se consideraban ofensivos los pantalones caídos enseñando la raja; esto era más ofensivo, me dijeron, cuando la «raja» pertenecía a un chico. Tanto las cinturas desnudas de las chicas como las rajadas de los chicos eran normas sujetas a acalorado debate y se sometían a continua revisión de maneras infinitesimales. Eran normas sexualmente discriminatorias, decían los alumnos; las cinturas de las chicas y las rajadas de los chicos se señalaban como algo «malo».

Y allí estaba yo, imaginando que el estudiante «especial» de Martha y Richard sería lo último en hermafroditas, una especie de mezcla de órganos reproductores atractiva para todos, un él o un ella tan tentador sexualmente como la combinación mitológica de ninfa y sátiro en una película de Fellini; pero en el despacho de Richard, repantigado en aquella cama de perro que pasaba por sofá, había un chico desastrado, con unos kilos de más y un grano inflamadísimo en el cuello, y un muy difuso asomo de barba prepubescente. Esa espinilla tenía un aspecto casi tan rabioso como el propio chico. Cuando me vio, entornó los ojos, ya fuera por resentimiento o debido al esfuerzo de escudriñarme con mayor atención.

—Hola, soy Bill Abbott —dije al chico.

—Éste es George... —comenzó a decir la señora Hadley.

—Georgia —se apresuró a corregir el chico—. Soy Georgia Montgomery. Los chicos me llaman Gee.

—Gee —repetí.

—Gee servirá de momento —dijo el chico—, pero voy a ser Georgia. Éste no es mi cuerpo —dijo rabiosamente—. Yo no soy lo que ve. Voy a convertirme en otra persona.

—Vale —respondí.

—He venido a este colegio porque usted estudió aquí —me dijo el chico.

—Gee iba a un colegio en California —comenzó a explicar Richard.

—Yo pensaba que quizás aquí hubiera otros chicos transgénero —me dijo Gee—, pero no los hay, o al menos ninguno que haya salido del armario.

—Los padres del chico... —intentó decirme la señora Hadley.

—La chica —corrigió Gee a Martha.

—Los padres de Gee son muy abiertos —me aclaró Martha—. Ellos te apoyan, ¿verdad? —preguntó la señora Hadley al chico, o la chica en curso, si es que era eso, él o ella.

—Mis padres sí son abiertos, y sí me apoyan —dijo Gee—, pero mis padres, a la vez, me tienen miedo; dicen «sí» a todo, como a lo de venir nada menos que a Vermont.

—Entiendo —afirmé.

—He leído todos sus libros —me dijo Gee—. Usted está lleno de rabia, ¿no? Al

menos es bastante pesimista. No cree que tanta intolerancia sexual vaya a acabar a corto plazo, ¿verdad? —me preguntó el chico.

—Yo escribo ficción —le advertí—. No soy por fuerza tan pesimista respecto a la vida real como cuando invento una historia.

—Yo veo bastante rabia en usted —insistió el chico.

—Deberíamos dejar solos a estos dos, Richard —comentó la señora Hadley.

—Sí, sí, todo tuyo, Bill —convino Richard, y me dio unas palmadas en la espalda—. Dile a Bill que te hable de un transexual que conoció, Gee —dijo Richard, mientras salía, a la chica en curso.

—Transgénero —corrigió Gee a Richard.

—No para mí —dije al chico—. Sé que el lenguaje cambia; sé que soy un viejo y estoy desfasado. Pero la persona que yo conocí era, para mí, un transexual. En aquella época eso es lo que ella era. Yo digo «transexual». Si quieres oír la historia, tendrás que acostumbrarte a eso. No me corrijas el lenguaje —advertí al chico. Él se quedó allí sentado, en aquel sofá maloliente, mirándome—. Yo también soy abierto —aclaré—, pero no digo «sí» a todo.

—En la clase de Richard estamos leyendo *La tempestad* —dijo Gee, sin venir a cuento, o eso pensé—. Lástima que no podamos llevarla al escenario —añadió el chico—, pero Richard nos ha asignado papeles para leerlos en clase. Yo soy Calibán; soy el monstruo, naturalmente.

—Yo una vez fui Ariel —expliqué—. Vi a mi abuelo hacer de Calibán en el escenario; interpretó a Calibán vestido de mujer —dije a la chica en curso.

—¿En serio? —me preguntó; sonrió por primera vez, y de pronto lo vi. Tenía una sonrisa de niña guapa: estaba oculta en el rostro aún no formado del chico, y todavía más escondida debido al cuerpo de chico desastrado, pero en él la vi a ella—. Hábleme de la transgénero que conoció —me dijo el chico.

—Transexual —rectifiqué.

—Vale. Hábleme de ella, por favor —me pidió Gee.

—Es una larga historia, Gee; yo estaba enamorado de ella —dije al chico; dije a la chica, debería decir.

—Vale —repitió ella.

Más tarde, ese mismo día, fuimos juntos al comedor. Ella tenía sólo catorce años, y estaba muerta de hambre.

—¿Ve a ese deportista de allí? —me preguntó Gee; yo no supe a qué deportista se refería Gee, porque había toda una mesa llena, jugadores de fútbol, a juzgar por su aspecto. Me limité a asentir con la cabeza—. Me llama Tampón, o a veces sólo George, no Gee. Nunca Georgia, eso por descontado —dijo, sonriendo.

—Lo de Tampón se las trae —le dije a la chica.

—La verdad es que lo prefiero a George —contestó Gee—. ¿Sabe qué le digo, señor A.? Seguramente usted podría dirigir *La tempestad*, ¿no? Si quisiera. Así podríamos poner a Shakespeare en escena.

Nadie me había llamado nunca señor A.; debió de gustarme. Ya había decidido que si Gee deseaba tanto ser chica, tenía que serlo. Yo también quería dirigir *La tempestad*.

—¡Oye, Tampón! —llamó alguien.

—Tengamos unas palabras con esos jugadores de fútbol —propuse a Gee.

Nos acercamos a la mesa; dejaron de comer al instante. Vieron a aquel desastre de chico con aspecto trágico —el aspirante a transgénero, como posiblemente pensaban de él— y me vieron a mí, un hombre de sesenta y cinco años, a quien tal vez tomaran por miembro del profesorado (pronto lo sería). Al fin y al cabo, aparentaba demasiada edad para ser el padre de Gee.

—Ésta es Gee, ése es su nombre. Recordadlo —les dije. No respondieron—. ¿Cuál de vosotros ha llamado «Tampón» a Gee? —pregunté; tampoco hubo respuesta a mi pregunta. (Esos putos matones... en su mayoría son unos cobardes).

—Si alguien te confunde con un tampón, Gee, ¿de quién es la culpa si no aclaras las cosas? —pregunté a la chica, que aún tenía aspecto de chico.

—La culpa sería mía —contestó Gee.

—¿Cómo se llama ella? —pregunté a los jugadores de fútbol.

—¡Gee! —respondieron en voz alta todos menos uno.

El que no había hablado, el más corpulento, volvía a comer; cuando le hablé, tenía la mirada puesta en el plato, no en mí.

—¿Cómo se llama ella? —volví a preguntar; él se señaló la boca, que tenía llena.

—Esperaré —dije.

—No es profesor —anunció el corpulento jugador de fútbol a sus compañeros de equipo cuando hubo tragado—. Es un escritor que vive en el pueblo. Es un gay viejo que vive aquí, y estudió aquí. No puede decirnos qué debemos hacer; no es profesor.

—¿Cómo se llama ella? —le pregunté.

—¿Lavativa? —me preguntó el jugador de fútbol; ahora sonreía, como también los otros jugadores de fútbol.

—¿Ves, Gee, la razón de mi rabia? —pregunté a la chica de catorce años—. ¿Es éste el que te llama Tampón?

—Sí, es él —confirmó Gee.

El jugador de fútbol, el que sabía quién era yo, se había levantado de la mesa; era un chico ciertamente corpulento, quizás unos diez centímetros más alto que yo, y pesaba como mínimo doce o catorce kilos más.

—Piérdete, viejo marica —me dijo el grandullón.

Pensé que sería mejor si conseguía que dirigiese la palabra «marica» a Gee. Sabía que entonces habría pillado al muy cabrón; puede que en Favorite River el código indumentario fuese relajado, pero sí se aplicaban otras reglas, reglas que no existían cuando yo estudiaba allí. No podían expulsarte de Favorite River por decir «tampón» o «lavativa», pero la palabra «marica» entraba en la categoría de odio. (Al igual que con la palabra «negrata» y la palabra «moraco», uno podía buscarse un problema por

usar la palabra «marica»).

—Estos putos jugadores de fútbol —oí decir a Gee.

Era algo que solía decir Herm Hoyt. (Los luchadores ven con cierto desdén lo duros que se creen los jugadores de fútbol). ¡Aquella joven transgénero en curso debía de haberme adivinado el pensamiento!

—¿Qué has dicho, marica? —prorrumpió el grandullón.

Lanzó un golpe rastroso a Gee; pegó en plena cara a la chica de catorce años con la base de la mano. A ella debió de dolerle, pero vi que Gee no se arredraba; empezaba a sangrarle la nariz cuando me interpuse entre ellos.

—Ya basta —dije al grandullón, pero me embistió con el pecho.

Vi venir el gancho de derecha, y atajé el puñetazo con el antebrazo izquierdo, tal como Jim no sé qué me había enseñado en la sala de boxeo al final del pasillo en la tercera planta del NYAC. El jugador de fútbol se sorprendió un poco cuando alargué el brazo y lo agarré por la nuca en una presa al cuello. Me empujó con fuerza; era un chico pesado, y cargó en mí todo su peso, justo lo que uno quiere que haga el adversario cuando domina mínimamente la presa de arrastre.

El suelo del comedor era mucho más duro que un tapiz de lucha, y el grandullón cayó mal, con todo su peso (y la mayor parte del mío) sobre el hombro. Yo estaba casi seguro de que se había descoyuntado el hombro o se había roto la clavícula, o lo uno y lo otro. En ese momento permanecía tendido en el suelo, procurando no mover el hombro ni la parte superior del brazo.

—Putos jugadores de fútbol —repitió Gee, esta vez a todos en torno a la mesa. Vieron que le sangraba más la nariz.

—Por cuarta vez, ¿cómo se llama ella? —pregunté al grandullón tumbado en el suelo.

—Gee —respondió el del tampón y la lavativa.

Resultó ser un PG, un posgraduado de diecinueve años admitido en Favorite River para jugar al fútbol. El hombro descoyuntado o la clavícula rota le impedirían jugar al fútbol lo que quedaba de temporada. La academia no lo expulsó por usar la palabra «marica», pero quedó en periodo de prueba. (Tanto Gee como yo albergamos la esperanza de que le hubiese roto la nariz, pero no fue así). Al PG lo echaron de la academia en la primavera siguiente por emplear la palabra «tortillera» en alusión a una chica que se negó a acostarse con él.

Cuando accedí a ocupar una plaza de profesor a tiempo parcial en Favorite River, dije que me incorporaba sólo a condición de que la academia educara a los nuevos alumnos, en especial a los PG de mayor edad, para que desarrollasen una mentalidad abierta en Favorite River; me refería, naturalmente, a la aceptación de la diversidad sexual.

Pero allí en el comedor, aquel día de septiembre de 2007, yo no tuve que dirigirles ninguna otra observación educativa a los jugadores de fútbol.

En cambio mi nueva protegida, Gee, sí tuvo algo más que decir a aquellos

deportistas, que seguían sentados a la mesa.

—Voy a convertirme en chica —anunció con valentía—. Algún día seré Georgia. Pero de momento soy sólo Gee, y podréis verme en el papel de Calibán en *La tempestad* de Shakespeare.

—Quizá sea la obra para el trimestre de invierno —informé a los jugadores de fútbol, y no porque esperase que alguno de ellos fuera a verla.

Sencillamente calculaba que ése era el plazo que necesitaría para preparar a los chicos; todos los alumnos de Richard en la clase de Shakespeare eran estudiantes de primero. Organizaría audiciones abiertas para todo el colegio, pero temía que los más interesados en la obra fuesen sólo los de primero (como Gee).

—Una cosa más —dijo mi protegida a los jugadores de fútbol. La nariz le sangraba a chorro, pero noté que eso complacía a Gee—. El señor A. no es un viejo gay; es un viejo bi. ¿Entendido?

Quedé impresionado al ver que los jugadores de fútbol asentían. Bueno, no todos, no el grandullón tendido en el suelo del comedor; él sólo estaba allí tumbado, inmóvil. Únicamente lamenté que la señorita Frost y el entrenador Hoyt no me vieran aplicar esa presa de arrastre. Quizá no esté bien que yo lo diga, pero fue una presa de arrastre más que aceptable: mi única maniobra.

## PROFESOR

Todo eso sucedió hace tres años, cuando Gee cursaba primero. Deberían haber visto a Gee a comienzos de su último año, el trimestre de otoño de 2010: a los diecisiete, esa chica era despampanante. Gee cumpliría dieciocho durante el último curso que estudiaría en la academia; se graduaría, sin retrasos, con la promoción de 2011. Sólo digo eso: deberían haberla visto en el último curso. La señora Hadley y Richard no se habían equivocado: Gee era especial.

Ese otoño de 2010 ensayábamos lo que Richard llamaba «el Shakespeare de otoño». Íbamos a representar *Romeo y Julieta* en el momento más delicado del curso: ese breve periodo lectivo que queda entre el puente de Acción de Gracias y las navidades.

Como profesor, puedo decir que es un momento espantoso: los chicos están calamitosamente distraídos, tienen exámenes, tienen trabajos que entregar y, para colmo, los deportes de otoño han dado paso a los de invierno. Son muchas las cosas nuevas, pero también quedan no pocas viejas: todo el mundo anda con resfriados y el genio vivo.

El Club de Teatro de Favorite River había representado *Romeo y Julieta* por última vez en el invierno de 1985, hacía ya veinticinco años. Yo todavía recordaba lo que Larry había dicho a Richard sobre la posibilidad de asignar el papel de Julieta a un chico. (¡Según Larry, a Shakespeare le habría encantado la idea!). Pero Richard había preguntado: «¿Dónde encuentro a un chico con los huevos necesarios para interpretar a Julieta?». Ni siquiera Larry encontró respuesta a eso.

Ahora yo conocía a un chico con los huevos para interpretar a Julieta. Tenía a Gee, y —en el papel de chica— Gee era prácticamente perfecta. A los diecisiete años Gee aún tenía, en efecto, huevos. Había empezado a someterse a las exhaustivas pruebas psicológicas —la orientación y la psicoterapia— por las que deben pasar los jóvenes que aspiran seriamente a la reasignación de género. Ni siquiera creo que le hubieran eliminado ya la barba mediante el proceso de electrólisis; puede que Gee no tuviera aún edad para la electrólisis, pero en realidad no lo sé. Sí sé que, con la aprobación de sus padres y su médico, Gee recibía inyecciones de hormonas femeninas; si se mantenía firme en su compromiso con el cambio de sexo, tendría que continuar tomando esas hormonas durante el resto de su vida. (No me cabía duda de que Gee, pronto Georgia, Montgomery se mantendría firme en su compromiso).

¿Qué dijo una vez Elaine sobre la posibilidad de que Kittredge encarnara a Julieta? No habría salido bien, coincidimos. «Si hay algo que sea Julieta, es que es sincera», había dicho Elaine.

¡Si alguna vez he visto a una Julieta sincera, ésa fue ella! Gee siempre había tenido huevos, pero ahora tenía pechos —pequeños pero preciosos— y su cabello había adquirido un nuevo brillo. ¡Y cómo le habían crecido las pestañas! Su piel era ahora más suave, y el acné había desaparecido por completo; se le habían ensanchado las caderas pese a que, de hecho, había perdido peso desde su primer curso: tenía caderas de mujer, aunque todavía no curvilíneas.

Lo más importante: toda la comunidad de la academia Favorite River sabía quién (y qué) era Gee Montgomery. Ciertamente, quedaban aún unos cuantos deportistas que no habían acabado de aceptar hasta qué punto pretendíamos ser un colegio con diversidad sexual. Siempre habrá algún que otro troglodita.

Larry se habría enorgullecido de mí, pensaba yo. Dicho de otro modo, Larry quizá se habría sorprendido de verme tan implicado. El activismo político no era algo que saliera de mí de manera natural, pero al menos sí era un poco activo políticamente. Había visitado unos cuantos campus universitarios de nuestro estado. Había ofrecido charlas a los grupos de LGBT de Middlebury College y de la Universidad de Vermont. Había dado mi apoyo al proyecto de ley para el matrimonio entre personas del mismo sexo, que el senado del estado de Vermont aprobó a pesar del veto de nuestro gobernador republicano, un troglodita.

Larry se habría reído al verme dar apoyo al matrimonio gay, porque Larry sabía qué opinaba yo de toda forma de matrimonio. «El viejo señor Monogamia», me habría dicho Larry en broma. Pero el matrimonio gay es lo que quieren los chicos gais y bi, y yo doy mi apoyo a esos chicos.

«¡Veo en ti a un futuro héroe!», me había dicho el abuelo Harry. Yo no iría tan lejos, pero confío en que la señorita Frost me hubiese dado su aprobación. A mi manera, también yo estaba *protegiendo* a alguien: había protegido a Gee. Yo era una persona valiosa en la vida de Gee. Quizá la señorita Frost me habría apreciado por eso.

Así era mi vida a los sesenta y ocho años. Era profesor de lengua y literatura a tiempo parcial en mi antiguo colegio, la academia Favorite River; también dirigía el Club de Teatro del centro. Era escritor y activista político ocasional a favor de los grupos de LGBT en todas partes. Ah, no, perdón; el lenguaje, lo sé, cambia sin cesar.

Un profesor muy joven de Favorite River me explicó que decir LGBT ya no era lo apropiado (ni lo bastante inclusivo); debía usarse LGBT<sup>C</sup>.

—¿Y qué coño significa la C? —pregunté al profesor—. ¿«Combativo», tal vez?

—No, Bill —contestó el profesor—. «Cuestionadores».

—Ah.

«Te recuerdo en tu etapa de cuestionamiento, Billy», me dijo Martha Hadley. Ah, pues..., sí, yo también me recuerdo en esa etapa. No tengo ningún inconveniente en decir LGBT<sup>C</sup>; ¡a mi edad, el único problema reside en recordar la jodida C! La señora Hadley vive ya en el Complejo. Tiene noventa años, y Richard va a verla todos los días. Yo visito a Martha dos veces por semana; al mismo tiempo visito al tío

Bob. A los noventa y tres años, el Hombre de la Raqueta está asombrosamente bien; es decir, desde el punto de vista físico. La memoria de Bob ya no es lo que era, pero eso puede pasarle a cualquiera. A veces Bob se olvida incluso de que Gerry y su novia californiana —la que tiene mi edad— se casaron en Vermont este año.

La boda fue en junio de 2010; la celebramos en mi casa de River Street. Asistieron la señora Hadley y el tío Bob, Martha en silla de ruedas. El Hombre de la Raqueta empujaba de aquí para allá a la señora Hadley.

—¿Seguro que quieres seguir empujando la silla de ruedas, Bob? ¿No quieres que te releve? —nos ofrecíamos una y otra vez Richard, Elaine y yo.

—¿Qué te hace pensar que la estoy empujando? —nos preguntaba el Hombre de la Raqueta—. ¡Sólo estoy apoyándome!

En todo caso, cada vez que el tío Bob me pregunta cuándo será la boda de Gerry, tengo que recordarle que ya se ha casado.

Fueron, en parte, los olvidos de Bob el motivo por el que casi me perdí un pequeño hito de mi vida, un hito pequeño pero de verdadera importancia, creo.

—¿Qué vas a hacer con el señor Bovary, Billy? —preguntó el tío Bob cuando yo lo llevaba en coche al Complejo después de la boda de Gerry.

—¿El señor qué? —pregunté al Hombre de la Raqueta.

—Joder, Billy, perdona —dijo el tío Bob—. Ya no me acuerdo de las cosas de mi Departamento de Relaciones con los Ex Alumnos... ¡Tengo la impresión de que en cuanto me entero de algo, lo olvido!

Pero no encajaba precisamente en la categoría de anuncio para publicarlo en *The River Bulletin*; sólo era una petición que le llegó a Bob, a la atención de la «Sección Gritos de Socorro: ¿Dónde Te Has Metido?».

«Ruego transmitan este mensaje al joven William»,

empezaba la carta, cuidadosamente mecanografiada.

«A su padre, William Francis Dean, le gustaría saber cómo está su hijo, aunque no por eso el viejo prima donna va a escribir a su hijo y preguntárselo él personalmente. Hubo una epidemia de sida, como ya sabrán; dado que el joven William aún escribe libros, suponemos que sobrevivió. Pero cómo está de salud? Si tienen ustedes la bondad, pregunten al joven William ‘¿Cómo está?’<sup>[3]</sup> —como decimos aquí. Y ruego digan al joven William que si quiere vernos antes de que muramos, ¡debería hacemos una visita!».

La carta cuidadosamente mecanografiada era del amante de mi padre desde hacía muchos años: el salta-inodoros, el lector, el hombre que volvió a conectar con mi padre en el metro y no se apeó en la siguiente estación. Al pie no había firmado, sino que había escrito su nombre a máquina:

«Señor Bovary».



Recientemente fui un verano con un amigo holandés un tanto cínico al desfile del orgullo gay de Ámsterdam; esa ciudad es un experimento esperanzador, opino ya desde hace mucho tiempo, y el desfile me encantó. Invadieron las calles riadas de hombres que bailaban: tipos con cuero morado y rosa, chicos en bañadores Speedo con estampado de leopardo, hombres con suspensorios besándose, una mujer revestida de lustrosas plumas verdes de aspecto húmedo que lucía un arnés negro con polla. Le dije a mi amigo que había muchas ciudades donde se predicaba la tolerancia, pero Ámsterdam la practicaba realmente, incluso hacía alarde de ella. Mientras hablaba, se deslizó por uno de los canales una larga gabarra; a bordo tocaba una banda de rock compuesta sólo por chicas, y unas mujeres vestidas con leotardos transparentes agitaban los brazos para saludar al público congregado en la orilla. Las mujeres blandían consoladores.

Pero mi cínico amigo holandés me dirigió una mirada de hastío (y escasamente tolerante); parecía tan indiferente a los actos de los gais como las prostitutas, en su mayoría de origen extranjero, asomadas a las ventanas y puertas de De Wallen, el barrio rojo de Ámsterdam.

—Ámsterdam está muy desfasado —dijo mi amigo holandés—. Ahora la movida gay de Europa está en Madrid.

—Madrid —repetí, como tengo por costumbre.

Yo era un viejo bi, un sesentón, que vivía en Vermont. ¿Qué sabía yo de la movida gay europea de hoy día? (¿Qué sabía yo de cualquier movida, joder?).

Por recomendación del señor Bovary me alojé en el Santo Mauro de Madrid; era un hotel tranquilo y bonito en Zurbano, una calle estrecha y arbolada (un barrio residencial, pero de aspecto aburrido) «a un paso de Chueca». Bueno, a un paso muy largo de Chueca, «la zona gay de Madrid», como describió Chueca el señor Bovary en el mensaje de correo electrónico que me envió. La carta mecanografiada de Bovary, enviada al tío Bob al Departamento de Relaciones con los Ex Alumnos de Favorite River, no incluía remite, sino sólo una dirección de correo electrónico y el número de teléfono móvil del señor Bovary.

El contacto inicial, por carta, y mi posterior comunicación por correo electrónico con la perdurable pareja de mi padre inducían a pensar en una curiosa combinación de lo antiguo y lo contemporáneo.

«Creo que ese tal Bovary es de la edad de tu padre, Bill», me había advertido el tío Bob. Yo sabía, por *El Búho* de 1940, que William Francis Dean había nacido en 1924, lo que significaba que mi padre y el señor Bovary contaban ochenta y seis años. (Sabía también por ese mismo *Búho* de 1940 que, por entonces, Franny Dean quería ser «artista», pero ¿de qué clase?).

Por los mensajes de «ese tal Bovary», como el Hombre de la Raqueta llamaba al amante de mi padre, deduje que mi padre no estaba informado de mi viaje a Madrid; aquello había sido todo idea del señor Bovary, y yo seguía sus instrucciones. «El día que llegues date una vuelta por Chueca. Acuéstate temprano esa primera noche. Tú y yo quedaremos para cenar la segunda noche. Daremos un paseo; acabaremos en Chueca, y te llevaré al local. Si tu padre se enterase de que vienes, se sentiría cohibido», decía el mensaje del señor Bovary.

¿Qué local?, me pregunté.

«Franny no era mala persona, Billy», me había dicho el tío Bob cuando yo aún estudiaba en Favorite River. «Sólo era un poco del ramo del agua, no sé si me entiendes». Probablemente el lugar al que me llevaría Bovary en Chueca era uno de esos locales. Pero ¿qué clase de local gay era? (Incluso un viejo bi de Vermont sabe que hay locales gais de distintas clases).

En Chueca, con el calor de primera hora de la tarde —más de treinta grados—, la mayoría de las tiendas seguían cerradas por la siesta; sin embargo, era un calor seco, muy agradable para alguien que llegaba a Madrid procedente de Vermont en la temporada de la mosca negra. Tuve la sensación de que Hortaleza era una calle bulliciosa de sexo gay comercializado; se respiraba un ambiente de turismo sexual incluso a la hora de la siesta. Rondaban por allí hombres solos de cierta edad, y únicamente algún que otro grupo de gais jóvenes; habría más de lo uno y de lo otro los fines de semana, pero ésa era una tarde laborable. No se observaba gran presencia lesbiana, o yo no la veía, pero ésa fue mi primera impresión de Chueca.

En Hortaleza, casi en la esquina con la calle de Augusto Figueroa, había un local nocturno llamado A Noite, pero de día esos locales pasaban inadvertidas. Fue el nombre portugués del local, tan fuera de lugar, lo que me llamó la atención —*a noite* significa «la noche» en portugués—, así como los cartelones raídos que anunciaban los números, incluido uno de *drag queens*.

Las calles entre Gran Vía y la parada de metro de la plaza de Chueca estaban llenas de bares y sex shops y tiendas de ropa para gais. Taglia, la tienda de pelucas de la calle de Hortaleza, estaba enfrente de un gimnasio para culturistas. Vi que las camisetas de Tintín estaban de moda y —en la esquina de la calle de Hernán Cortés— había en un escaparate maniquís masculinos en tanga. (Si hay algo por lo que me alegro de ser ya demasiado mayor es el tanga).

Pugnando con el jet lag, yo sencillamente intentaba pasar el día y aguantar en pie el tiempo necesario para cenar temprano en mi hotel antes de acostarme. Estaba tan cansado que no pude apreciar a los musculoso s camareros en camiseta del café Mamá Inés de Hortaleza; allí había sobre todo hombres en pareja, además de una mujer sola. Llevaba chancletas y un top sin espalda; tenía un rostro anguloso y se la veía muy triste, con la boca apoyada en una mano. Estuve a punto de intentar ligármela. Recuerdo que me pregunté si, en España, las mujeres eran muy delgadas hasta que de pronto se engordaban. Empezaba a fijarme en cierto tipo de hombre:

delgado, en camiseta sin mangas, pero con una pequeña barriga de aspecto vulnerable.

Tomé un ‘*café con leche*’ a las cinco, hora a la que yo ya no suelo tomar café, pero pretendía mantenerme despierto. Después encontré una librería en la calle de Gravina; Libros, creo que se llamaba. (Hablo en serio, una librería que se llamaba «Libros»). La novela inglesa, en inglés, estaba bien representada, pero no había nada contemporáneo, ni siquiera del siglo xx. Examiné la sección de narrativa durante un rato. En la acera de enfrente, en diagonal, ya en la esquina de San Gregario, había un bar al parecer muy frecuentado, el Ángel Sierra. La siesta debía de haber terminado para cuando yo salí de la librería, porque el bar empezaba a estar muy concurrido.

Pasé ante una cafetería, también en la calle de Gravina, donde vi a unas lesbianas de cierta edad, vestidas elegantemente, sentadas a una mesa junto a una vidriera; a mi limitado entender, aquéllas eran las únicas lesbianas que había en Chueca, y casi las únicas mujeres presentes en toda la zona. Pero aún era media tarde, y yo sabía que en España todo sucede al final del día. (Antes había estado en Barcelona, en viajes de promoción de traducciones de mis novelas. Mi editorial en lengua española tiene su sede allí).

Cuando me marchaba de Chueca —para volver al Santo Mauro, a un «paso muy largo» de allí—, me detuve en un bar de osos en la calle de las Infantas. El bar, llamado Hot, estaba atestado de hombres, todos de pie, pecho con pecho y espalda con espalda. Eran hombres mayores, y ya saben ustedes cómo son los osos: hombres de aspecto corriente, regordetes con barba, muchos de ellos bebedores de cerveza. Aquello era España, así que, claro está, abundaba el humo de tabaco; no me quedé mucho tiempo, pero en Hot reinaba un ambiente cordial. Los camareros con el torso desnudo eran los más jóvenes del establecimiento y, como insinuaba el nombre del local, de lo más *sexy*.

El hombrecillo acicalado que se reunió conmigo en un restaurante de la plaza Mayor la noche siguiente no me evocó de inmediato la imagen de un joven soldado con los pantalones bajados hasta los tobillos, leyendo *Madame Bovary* durante un temporal en el mar, mientras —con el trasero al aire— saltaba de inodoro en inodoro hasta conocer a mi joven padre.

El señor Bovary lucía un cabello del todo blanco cuidadosamente recortado, al igual que el bigote, corto y formal. Llevaba una camisa blanca de manga corta bien planchada con dos bolsillos en el pecho, uno para las gafas de lectura, el otro cargado de bolígrafos.

Su pantalón caqui tenía la raya muy marcada; quizás el único elemento contemporáneo de su anticuada imagen de hombre relamido era sus sandalias. Era la clase de sandalias que llevan los jóvenes amantes de las actividades al aire libre cuando vadean ríos impetuosos y corren por arroyos de aguas rápidas; esas sandalias que, por su confección y su suela robustas, se asemejan a las zapatillas para correr.

—Bovary —dijo.

Me tendió la mano, con la palma hacia abajo, de modo que no supe si esperaba que se la estrechara o la besara. (Se la estreché).

—Me alegro mucho de que se haya puesto en contacto conmigo —dije.

—No sé a qué esperaba tu padre, ahora que tu madre..., ‘una mujer difícil’..., lleva muerta treinta y dos años. Son treinta y dos, ¿no? —preguntó el hombrecillo.

—Sí —dije.

—Dime cuál es tu estado serológico con relación al VIH; informaré a tu padre —dijo Bovary—. Se muere de ganas de saberlo, pero yo lo conozco: él mismo nunca te lo preguntará. No hará más que preocuparse cuando hayas vuelto a casa. ¡Lo posterga todo hasta la saciedad! —exclamó Bovary afectuosamente, dirigiéndome una brevísima sonrisa.

—Siempre he dado negativo en las pruebas; no soy seropositivo —le dije.

—Nada de cócteles tóxicos para ti. ¡Así me gusta! —exclamó el señor Bovary—. Nosotros tampoco tenemos el virus, por si te interesa. Admito que sólo he mantenido relaciones sexuales con tu padre, y tu padre, salvo por aquel escarceo francamente desastroso con tu madre, sólo ha tenido relaciones sexuales conmigo. ¿Verdad que es aburrido? —me preguntó el hombrecillo, sonriendo otra vez—. He leído tus libros; y también, claro está, tu padre. A juzgar por lo que escribes..., en fin, ¡es lógico que tu padre se preocupe por ti! Si te ha pasado la mitad de lo que has escrito, ¡debes de haber tenido relaciones sexuales con todo el mundo!

—Con hombres y mujeres, sí; con todo el mundo, no —dije, devolviéndole la sonrisa.

—Sólo te lo pregunto porque él no te lo preguntará. Para serte sincero, conocerás a tu padre y tendrás la sensación de que has tenido entrevistas más profundas que todo lo que vaya a preguntarte o incluso pueda decirte él —me previno el señor Bovary—. No es que no le importe... No exagero cuando digo que está siempre preocupado por ti, pero tu padre es un hombre convencido de que no hay que invadir la intimidad de la gente. Tu padre es un hombre muy celoso de su intimidad. Sólo lo he visto hacer pública una cosa.

—¿Cuál? —pregunté.

—No voy a estropear el espectáculo. Por cierto, ya deberíamos ponernos en marcha —anunció el señor Bovary, consultando su reloj.

—¿Qué espectáculo? —pregunté.

—Verás, yo no soy el artista, yo sólo administro el dinero —dijo Bovary—. El escritor de la familia eres tú, pero te aseguro que tu padre sabe contar una historia, aunque sea siempre la misma historia.

Lo seguí, a paso bastante vivo, desde la plaza Mayor hasta la Puerta del Sol. Bovary debía de usar esas sandalias especiales porque era aficionado a andar; seguro que en Madrid iba a todas partes a pie. Era un hombre esbelto y en forma; había cenado muy poco y sólo había bebido agua mineral.

Debían de ser las nueve o las diez de la noche, pero había mucha gente en la calle.

Cuando recorriamos Montero, pasamos ante unas prostitutas; «chicas trabajadoras», las llamó Bovary.

Oí a una de ellas decir la palabra ‘*guapo*’.

—Dice que eres guapo —tradujo el señor Bovary.

—Quizá se refiera a usted —dije, mientras pensaba que realmente era guapo.

—No se refiere a mí; a mí me conoce —se limitó a decir Bovary.

No se andaba con frivolidades, el señor Administrador del Dinero, pensé.

Luego cruzamos la Gran Vía en dirección a Chueca, pasando junto al imponente edificio de Telefónica.

—Llegamos un poco temprano —decía el señor Bovary a la vez que consultaba de nuevo su reloj. Pareció plantearse (y luego replantearse) dar un rodeo—. En esta calle hay un bar de osos —comentó, y se detuvo en el cruce de Hortaleza y la calle de las Infantas.

—Sí, el Hot. Anoche tomé una cerveza allí —dije.

—Los osos no están mal si te gustan las barrigas —comentó Bovary.

—Yo no tengo nada contra los osos; sólo me gusta la cerveza —dije—. Es lo único que bebo.

—Yo sólo bebo ‘*agua con gas*’ —respondió el señor Bovary, dirigiéndome su brevísima sonrisa.

—Agua mineral, con burbujas, ¿no? —pregunté.

—Entonces supongo que a los dos nos gustan las burbujas —se limitó a decir Bovary; había seguido caminando por Hortaleza. Yo no prestaba mucha atención a la calle, pero reconocí el local nocturno de nombre portugués: A Noite.

Cuando el señor Bovary me hizo pasar, pregunté:

—Ah, ¿es éste el local?

—Afortunadamente, no —contestó el hombrecillo—. Sólo estamos matando el rato. Si aquí la función estuviera a punto de empezar, no te habría traído, pero aquí la función empieza más tarde. A estas horas se puede tomar una copa tranquilamente.

Rondaban por el bar unos cuantos chicos gay, muy flacos.

—Si estuvieses solo, se te habrían echado todos encima —me explicó Bovary. La barra era de mármol negro, o quizá de granito abrigantado. Tomé una cerveza y el señor Bovary tomó un ‘*agua con gas*’ mientras esperábamos.

En A Noite había un salón de baile de tonalidades azules y un escenario con un arco proscenio; entre bastidores sonaban canciones de Sinatra. Cuando utilicé la palabra «retro» en voz baja para describir el local, Bovary dijo únicamente: «Eso, siendo generosos». Consultaba una y otra vez su reloj.

Cuando volvimos a salir a Hortaleza, eran casi las once de la noche; nunca había visto a tanta gente en la calle. Cuando Bovary me llevó al local nocturno, me di cuenta de que había pasado por delante sin fijarme en él, al menos dos veces. Era un local muy pequeño con una larga cola en la entrada, en Hortaleza, entre la calle de las Infantas y San Marcos. Sólo entonces vi el nombre del local, por primera vez. El

local se llamaba SEÑOR BOVARY.

—Ah —dije mientras, precedido por Bovary, rodeaba la cola hasta la entrada de artistas.

—Primero veremos actuar a Franny; lo conocerás después —decía el hombrecillo—. Con un poco de suerte no te verá conmigo hasta el final de su número, o al menos poco antes del final.

La misma clase de personajes que había visto en A Noite, aquellos chicos gais flacos, se apiñaban ante la barra, pero nos dejaron sitio al señor Bovary y a mí. En el escenario actuaba una bailarina transexual, muy pasable; no tenía nada de retro.

—Ofrece sus servicios desvergonzadamente a los heteros —me susurró Bovary al oído—. Ah, y a hombres como tú, supongo. ¿Es tu tipo?

—Sí, ciertamente —contesté. (En mi opinión, la luz estroboscópica de color verde lima que iluminaba con sus destellos a la bailarina era un poco chabacana).

No se trataba exactamente de un striptease; sin duda la bailarina se había operado las tetas, y estaba muy orgullosa de ellas, pero no se quitó el tanga en ningún momento. El público le dedicó un gran aplauso cuando abandonó el escenario pasando entre los espectadores, pasando incluso junto a la barra, todavía con su tanga pero con el resto de la ropa en la mano. Bovary le dijo algo en español y ella sonrió.

—Le he dicho que eres un invitado muy importante, y que ella es ciertamente tu tipo —me dijo el hombrecillo con tono pícaro. Cuando me dispuse a decir algo, se llevó el índice a los labios y susurró—: Yo te haré de intérprete.

Al principio pensé que bromeaba —en cuanto a eso de hacer de intérprete para mí si después me veía con la bailarina transexual—, pero Bovary se refería a hacer de intérprete de las palabras de mi padre.

—¡Franny! ¡Franny! ¡Franny! —coreaba el público sin cesar.

Desde el instante en que Franny Dean pisó el escenario, todo fueron exclamaciones de admiración; no era sólo el brillo y la profundísima degolladura del vestido, pero, al ver ese abismal escote y la desenvoltura con que mi padre lo lucía, entendí por qué el abuelo Harry sentía debilidad por William Francis Dean. La peluca era una melena de pelo negro azabache con mechaz plateadas; hacía juego con el vestido. Los pechos postizos eran modestos —pequeños, como todo él— y el collar de perlas no era ostentoso, y sin embargo reflejaba la luz azul pastel del escenario. Esa misma luz azul pastel había coloreado de un gris nacarado todo lo que era blanco en el escenario y entre el público, e incluso la camisa blanca del señor Bovary, allí junto a la barra, donde estábamos sentados.

—Tengo una pequeña historia que contaros —dijo mi padre a los espectadores, en español—. No me llevará mucho tiempo —añadió con una sonrisa; se toqueteaba las perlas con sus dedos viejos y delgados—. ¿La habéis oído ya antes, quizá? —preguntó, a la vez que Bovary me susurraba, en inglés, al oído.

—‘¡Sí!’ —exclamaron los espectadores a coro.

—Lo siento —contestó mi padre—, pero es la única historia que conozco. Es la

historia de mi vida, y de mi único amor.

Yo ya conocía la historia. Era, en parte, lo que me había contado él cuando me recuperaba de la escarlatina, sólo que con más detalle de lo que habría podido recordar un niño.

—¡Imaginaos conocer al amor de tu vida en un váter! —exclamó Franny Dean—. Estábamos en una letrina, inundada de agua de mar; estábamos en un barco, inundado de vómito.

—‘¡Vómito!’ —repitieron los espectadores al unísono.

Me sorprendió cuántos de ellos habían oído ya la historia; se la conocían de memoria. Había muchas personas mayores entre el público, tanto hombres como mujeres; también había jóvenes, sobre todo chicos.

—No hay ningún sonido que iguale al sonido de un trasero humano desplazándose por sucesivos inodoros; esa especie de palmoteo, cada vez más cercano, conforme se aproxima a ti el amor de tu vida —dijo mi padre.

Se interrumpió y respiró hondo mientras muchos de los jóvenes del público se bajaban los pantalones hasta los tobillos (y los calzoncillos también) y se daban mutuamente palmadas en el culo desnudo.

En el escenario, mi padre exhaló el aire de los pulmones y, con un suspiro de desaprobación, dijo:

—No, así no; era otra clase de palmoteo, más refinado. —Con su vestido negro brillante de escote abismal, mi padre volvió a interrumpirse mientras los chicos reprendidos se subían los pantalones y el público se serenaba—. Imaginaos, leer durante un temporal en el mar. ¡Eso sí es ser un buen lector! —exclamó mi padre—. Yo he sido lector toda mi vida. Sabía que si alguna vez encontraba al amor de mi vida, tenía que ser lector. ¡Pero, ay, establecer así un primer contacto! Carrillo con carrillo, por así decirlo —continuó mi padre, ladeando la descarnada cadera y palmeándose él mismo el trasero.

—¡Carrillo con carrillo! —exclamaron los espectadores, o comoquiera que se diga eso en español. (No me acuerdo).

Él había conocido a Bovary en un váter, culo con culo, ¿no era acaso una situación perfecta?

El número no daba mucho más de sí. Cuando concluyó la historia de mi padre sobre el amor de su vida, observé que muchas de las personas mayores entre el público se escabullían rápidamente, como también casi todas las mujeres. Las que se quedaron, no me di cuenta hasta después —cuando me iba—, eran transexuales y travestidos. (Los chicos jóvenes se quedaron, y para cuando salí del local había muchos más, así como hombres mayores, en su mayoría solos, sin duda al acecho).

El señor Bovary me llevó detrás del escenario para conocer a mi padre.

—No te llesves una decepción —me susurraba al oído una y otra vez, como si aún me hiciera de intérprete y estuviéramos sentados junto a la barra.

Mi padre, de pie en su camerino, ya se había desnudado de cintura para arriba —

peluca incluida— cuando Bovary y yo llegamos detrás del escenario. William Francis Dean tenía el pelo blanco como la nieve cortado a cepillo, y el cuerpo musculoso e infraalimentado de un luchador de pesos ligeros o un *jockey*. Los pequeños pechos postizos y un sujetador no más grande que el de Elaine —el que me ponía para dormir— formaban un rebujo, junto con el collar de perlas, en el tocador del camerino de mi padre. Era un vestido con cremallera en la espalda, y él se la había bajado hasta la esbelta cintura, descubriéndose los hombros.

—¿Quieres que te acabe de bajar la cremallera, Franny? —preguntó el señor Bovary al artista.

Mi padre le dio la espalda a Bovary, para permitir que su amante le bajara la cremallera. Franny Dean se quitó el vestido por los pies, dejando a la vista una ajustada faja negra; ya se había desprendido de la faja las medias negras: tenía las medias arrolladas en torno a los finos tobillos. Cuando mi padre se sentó ante el tocador, se quitó las medias arrolladas de los pequeños pies y se las lanzó al señor Bovary. (Todo esto antes de proceder a desmaquillarse, cosa que hizo empezando por la raya de los ojos; ya se había retirado las pestañas postizas).

—Menos mal que no te he visto susurrar al joven William en la barra casi hasta el final de la parte sobre Boston —dijo mi padre, irritado, a Bovary.

—Menos mal que alguien ha invitado al joven William a venir a verte antes de que te mueras, Franny —dijo el señor Bovary.

—El señor Bovary exagera, William —me dijo mi padre—. Como puedes ver tú mismo, no estoy muriéndome.

—Os dejaré solos —anunció el señor Bovary con tono dolido.

—Ni te atrevas —dijo mi padre al amor de su vida.

—Ni me atrevo —contestó Bovary con cómica resignación.

Me dirigió una sufrida mirada, como diciendo «ya ves lo que tengo que aguantar».

—¿De qué va a servirme tener un amor de mi vida si no está siempre conmigo? —me preguntó mi padre.

No supe qué decir; no encontraba palabras.

—Sé amable, Franny —le instó el señor Bovary.

—Te diré lo que hacen las mujeres, William; al menos, las chicas de pueblo —dijo mi padre—. Encuentran en ti algo que adoran, aunque sea sólo un detalle que les parece encantador. Por ejemplo, a tu madre le gustaba disfrazarme, y a mí también me gustaba.

—Tal vez más tarde, Franny, tal vez debas hablar de eso con el joven William cuando hayáis tenido ocasión de conoceros —sugirió el señor Bovary.

—Ya es demasiado tarde para que el joven William y yo nos conozcamos. Se nos ha privado de esa oportunidad. Ahora ya somos quienes somos, ¿no, William? —preguntó mi padre. Tampoco supe qué decir, una vez más.

—Por favor, Franny, procura ser más amable —insistió Bovary.



—A lo que iba: te diré lo que hacen las mujeres —prosiguió mi padre—. Aquello que no adoran en ti, aquello que ni siquiera les gusta..., en fin, ¿adivinas qué hacen las mujeres con eso? Creen que pueden cambiar esos detalles, eso hacen las mujeres. Creen que pueden cambiarte —dijo mi padre.

—Tú sólo conociste a una chica, ‘*una mujer difícil*’... —comenzó a decir el señor Bovary.

—¿Quién no es amable ahora? —lo interrumpió mi padre.

—Yo he conocido a hombres que han intentado cambiarme —dije a mi padre.

—Yo no puedo competir contigo en lo que se refiere a la cantidad de gente que has conocido, William; no podría pretender ni remotamente tener tanta experiencia como tú —dijo mi padre.

Me sorprendió que fuera tan gazmoño.

—Yo antes me preguntaba de dónde venía —le expliqué—. Por esas cosas dentro de mí que no entendía, en especial esas cosas que me estaba cuestionando. Ya sabes a qué me refiero. ¿Qué parte de mí venía de mi madre? Por lo que yo veía, era poco lo que tenía de ella. ¿Y qué parte de mí venía de ti? Hubo una época en la que yo me planteaba eso, no paraba de darle vueltas —le dije.

—Nos hemos enterado de que diste una paliza a un chico —dijo mi padre.

—Háblale de eso más tarde, Franny —suplicó el señor Bovary.

—Diste una paliza a un chico en el colegio... En fecha muy reciente, ¿no? —preguntó mi padre—. Me lo contó Bob. El Hombre de la Raqueta estaba muy orgulloso de ti por eso, pero a mí me disgustó. De mí no has sacado la violencia, no has sacado la agresividad. Me pregunto si tanta rabia no vendrá de las Winthrop esas —me dijo.

—Era un grandullón —contesté—. Un jugador de fútbol, de diecinueve años..., un puto matón.

Pero dio la impresión de que mi padre y el señor Bovary se avergonzaban de mí. Estuve a punto de explicarles lo de Gee —que sólo tenía catorce años, era un chico camino de ser chica, y que el gorila de diecinueve años la había golpeado en la cara, con la consiguiente hemorragia nasal—, pero de pronto pensé que no debía ninguna explicación a aquellas dos reinonas proclives a la desaprobación. Aquel jugador de fútbol me importaba un carajo.

—Me llamó «marica» —dije. Supuse que eso los irritaría.

—¡Uy! ¿Has oído? —preguntó mi padre al amor de su vida—. ¡Nada menos que «marica»! ¿Te imaginas que alguien te llame «marica» y no hacerla picadillo? —preguntó mi padre a su amante.

—Más amable, procura ser más amable, Franny —insistió Bovary, pero vi que sonreía.

Formaban una pareja entrañable, pero eran muy remilgados; hechos el uno para el otro, como suele decirse.

Mi padre se puso en pie e introdujo los pulgares bajo la ceñida cinturilla de la

faja.

—Si los caballeros tuvieran la gentileza de concederme cierta intimidad... —dijo—. Esta ridícula prenda interior me está matando.

Regresé a la barra con Bovary, pero allí toda esperanza de conversación era vana; los chicos gais, aquellos tan flacos, se habían multiplicado, en parte porque había más hombres mayores solos junto a la barra. Un grupo compuesto íntegramente por chicos tocaba bajo una luz estroboscópica rosa, y hombres y chicos bailaban en la pista; bailaban también algunos de los transexuales, con chicos o entre sí.

Cuando mi padre se reunió con nosotros en la barra, era el convencionalismo masculino personificado; además de unas sandalias de aspecto deportivo (como las de Bovary), mi padre llevaba una americana de color tostado con un pañuelo de color marrón oscuro en el bolsillo del pecho. Cuando salíamos del local, se elevó de la concurrencia, en un murmullo, la palabra «Franny».

Paseábamos por Hortaleza, poco más allá de la plaza de Chueca, cuando una pandilla de jóvenes reconoció a mi padre; incluso vestido de hombre, Franny debía de ser famoso en esa zona.

—‘¡Vómito!’ —saludó alegremente uno de los jóvenes.

—‘¡Vómito!’ —contestó mi padre, jovial; vi que le complacía que lo reconocieran, pese a no ir vestido de mujer.

Me llamó la atención que, ya muy pasadas las doce de la noche, una muchedumbre pululara por Chueca. Pero Bovary me dijo que era muy probable que, con la prohibición de fumar, Chueca se convirtiese en un barrio aún más bullicioso y concurrido de noche.

—Los hombres se quedarán fuera de los locales nocturnos y de los bares, en estas calles estrechas, todos bebiendo y fumando, y levantando la voz para hacerse oír —explicó el señor Bovary.

—¡Ya verás tú todos esos osos! —comentó mi padre, arrugando la nariz.

—William no tiene nada contra los osos, Franny —dijo Bovary con delicadeza.

Vi que iban cogidos de la mano, unidos en el decoro.

Me acompañaron hasta el Santo Mauro, mi hotel en Zurbano.

—Franny, creo que deberías admitir ante tu hijo que estás un poco orgulloso de él por la paliza que le propinó al matón ese —dijo Bovary a mi padre en el patio del Santo Mauro.

—Me resulta ciertamente grato saber que tengo un hijo capaz de hacer picadillo a alguien —declaró mi padre.

—No lo hice picadillo. Fue una sola maniobra; simplemente cayó mal en una superficie dura —intenté explicar.

—No es eso lo que me contó el Hombre de la Raqueta —me dijo mi padre—. Bob me dio a entender que limpiaste el suelo con ese mamón.

—El bueno de Bob —dije.

Me ofrecí a llamarles un taxi; ignoraba que vivían en el barrio.

—Estamos cerca del Santo Mauro, a la vuelta de la esquina —explicó el señor Bovary.

Esta vez, cuando me tendió la mano, con la palma hacia abajo, se la cogí y se la besé.

—Gracias por hacer esto posible —dije a Bovary.

Mi padre avanzó un paso y, repentinamente, me dio un abrazo; me dio también dos besos, rápidos y secos, en sendas mejillas: era de lo más europeo.

—Quizá cuando vuelva a España, para la publicación en español de mi próxima novela, pueda venir a veros otra vez, o podéis venir vosotros a Barcelona —propuse a mi padre.

Pero, por alguna razón, esto pareció incomodarlo.

—Es posible —se limitó a decir mi padre.

—Quizá sea mejor hablar de eso cuando se acerque la fecha —sugirió el señor Bovary.

—Mi manager —dijo mi padre, sonriéndome a mí pero señalando al señor Bovary.

—¡Y el amor de tu vida! —exclamó Bovary, jovialmente—. ¡No se te ocurra olvidarlo, Franny!

—¿Cómo iba a olvidarlo? —nos dijo mi padre a los dos—. Bien que cuento esa historia una y otra vez, ¿no?

Intuí que eso era una despedida; me pareció poco probable que volviese a verlos. (Como mi padre había dicho: «Ya somos quienes somos, ¿no?»).

Pero la palabra «adiós» resultaba demasiado definitiva; no pude pronunciarla.

—‘Adiós’: joven William —dijo el señor Bovary.

—‘Adiós’ —respondí. Ya se alejaban, naturalmente cogidos de la mano, cuando levanté la voz y me despedí de mi padre—: ¡‘Adiós’, papá!

—¿Me ha llamado «papá»? ¿Ha dicho eso? —preguntó mi padre al señor Bovary.

—Eso ha dicho, y muy claramente —confirmó Bovary.

—¡‘Adiós’, hijo mío! —dijo mi padre.

—¡‘Adiós!’ —repetí una y otra vez a mi padre y al amor de su vida, hasta perderlos de vista.

En la academia Favorite River, el teatro caja negra del Centro Webster para Artes Escénicas no era el escenario principal en aquel edificio nuevo pero desatinado, o, para ser generosos, bien intencionado pero estúpidamente construido.

Los tiempos han cambiado: hoy día los alumnos no estudian a Shakespeare como lo hice yo. Ahora no podía llenar el aforo de la sala principal con la representación de ninguna obra de Shakespeare, ni siquiera con *Romeo y Julieta*..., ¡ni siquiera con un exchico interpretando a Julieta! En cualquier caso, la caja negra era una herramienta docente más apta para mis actores y venía muy bien para públicos menos numerosos.

Los alumnos estaban mucho más relajados en nuestras funciones en la caja negra, pero todos nos quejábamos de los ratones. Puede que fuera un edificio relativamente nuevo, pero ya fuera debido a un diseño defectuoso, o a contratas desacertadas, el caso es que el semisótano del Centro Webster estaba mal aislado y no se habían tomado medidas para evitar la presencia de ratones.

Cuando empieza a apretar el frío, todo edificio estúpidamente construido de Vermont tiene ratones. Los chicos que trabajaban conmigo en nuestra producción de *Romeo y Julieta* en la caja negra los llamaban «ratones de escenario», no sabría decir por qué, como no fuera por el hecho de que alguna que otra vez habíamos visto ratones en el escenario.

Ese noviembre hacía frío. Sólo faltaba una semana para el puente de Acción de Gracias y la nieve ya cubría el suelo; hacía frío incluso para esa época del año, incluso para Vermont. (Con razón los ratones se habían refugiado bajo techo).

Yo acababa de convencer a Richard Abbott para que se instalara en la casa de River Street conmigo; a los ochenta, a Richard ya no le convenía pasar otro invierno en una casa sin compañía de nadie en Vermont; ahora que Martha estaba en el Complejo, él vivía solo. Acomodé a Richard en lo que había sido mi habitación de la infancia, y le asigné el cuarto de baño que en otro tiempo yo había compartido con el abuelo Harry.

Richard no se quejó de los fantasmas. Quizá se habría quejado si se hubiese encontrado con el fantasma de Nana Victoria o el de la tía Muriel —o incluso el de mi madre—, pero el único fantasma que Richard veía a veces era el del abuelo Harry. Naturalmente, el fantasma de Harry se le apareció en unas cuantas ocasiones en ese cuarto de baño que en otro tiempo él había compartido conmigo; gracias a Dios, no en la bañera.

—Harry parece confuso, como si hubiera perdido el cepillo de dientes —fue lo único que Richard llegó a comentar sobre el fantasma del abuelo Harry.

La bañera donde Harry se había volado los sesos ya no estaba. Si el abuelo Harry realmente tenía la intención de repetir el episodio de volarse los sesos en un cuarto de baño, esta vez sería en el baño principal —el que ahora usaba yo— y en esa tentadora bañera nueva (tal como Harry se había repetido a sí mismo en atención a Amanda).

Pero, como les he dicho, yo nunca vi los fantasmas de la casa de River Street. Lo que sí me pasó una mañana fue que, al despertarme, encontré mi ropa —perfectamente dispuesta, ordenada tal como yo me la pondría— al pie de la cama. Era ropa limpia, los vaqueros al final de la pila; la camisa plegada de forma impecable, con los calcetines y los calzoncillos encima. Estaba tal como mi madre me preparaba la ropa cuando era pequeño. Debía de hacerla todas las noches, cuando yo ya me había dormido. (Abandonó esa costumbre aproximadamente cuando llegué a la adolescencia o poco antes). Yo había olvidado por completo lo mucho que me quiso en otro tiempo. Deduzco que su fantasma quería recordármelo.

Sólo ocurrió aquella mañana, pero bastó para ayudarme a recordar aquel tiempo

en que yo la quería sin reservas. De pronto, cuando hacía tantos años que había perdido su afecto y creía que ya no la quería, pude llorar su muerte, tal como debemos llorar la muerte de nuestros padres cuando se han ido.

Cuando me trasladé a la casa de River Street, me encontré al tío Bob de pie junto a una caja de libros en el pasillo de la planta baja. La tía Muriel deseaba que yo tuviese esos «monumentos de la literatura universal», me había explicado Bob no sin esfuerzo, pero no fue el fantasma de Muriel quien me entregó los libros: la caja la trajo el tío Bob. Éste había descubierto tardíamente que Muriel tenía intención de regalarme esos libros, pero el fatal accidente de tráfico debió de interponerse en sus planes. El tío Bob no se había dado cuenta de que los libros eran para mí. La caja contenía una nota, pero pasaron unos años hasta que Bob la leyó.

«Estos libros son de tus antepasados, Billy», había escrito la tía Muriel en su caligrafía inconfundiblemente aplomada. «Tú eres el escritor de la familia; debes quedártelos tú».

—Sintiéndolo mucho, no sé cuándo tenía previsto dártelos —dijo Bob, avergonzado.

Me permito llamar la atención sobre la palabra «antepasados». Al principio, me sentí halagado por la compañía de los encomiables escritores que Muriel había seleccionado para mí; era una colección sumamente literaria. Había dos obras de teatro de García Lorca: *Bodas de sangre* y *La casa de Bernarda Alba*. (Yo ignoraba que Muriel conociera mi pasión por Lorca, incluso por la poesía). Había tres obras de Tennessee Williams; tal vez Nils Borkman había entregado esas obras a Muriel, pensé en un primer momento. Había un libro de poemas de W. H. Auden, y poemas de Walt Whitman y Lord Byron. Estaban esas insuperables novelas de Herman Melville y E. M. Forster, me refiero a *Moby Dick* y *Howards End*. Estaba *Por el camino de Swann* de Marcel Proust. Con todo, yo aún no entendía por qué mi tía Muriel había reunido a esos escritores en particular y los había llamado «antepasados» míos, no hasta que desenterré del fondo de la caja dos libros pequeños colocados en contacto: *Una temporada en el infierno*, de Arthur Rimbaud, y *La habitación de Giovanni*, de James Baldwin.

—Ah —dije al tío Bob.

Mis antepasados gais, debía de haber pensado la tía Muriel, mis hermanos no tan heteros, no pude menos de conjeturar.

—Creo que la intención de tu tía era positiva, Billy —dijo el tío Bob.

—¿Tú crees? —pregunté al Hombre de la Raqueta.

Los dos permanecimos allí en el pasillo de la planta baja, intentando imaginar a Muriel mientras metía aquellos libros en una caja para mí con una intención positiva.

Nunca le mencioné a Gerry el regalo de su madre, temiendo que Muriel no hubiese dejado a Gerry nada, o algo peor. No pregunté a Elaine si, a su juicio, Muriel

me había legado esos libros con una intención positiva. (Elaine opinaba que Muriel era un fantasma amenazador ya de nacimiento).

Fue la llamada telefónica de Elaine —ya entrada la noche, a mi casa de River Street— lo que me llevó a pensar en Esmeralda, desaparecida de mi vida (pero no de mi cabeza) desde hacía tantos años. Elaine lloraba por teléfono; otro mal novio la había abandonado, pero éste había hecho comentarios crueles acerca de la vagina de mi querida amiga. (Yo nunca le había contado a Elaine mi desafortunada apreciación de la vagina de Esmeralda en el sentido de que no era un salón de baile. ¡Y si había una noche poco oportuna para contar a Elaine dicha anécdota, era ésa!).

—Siempre me dices lo mucho que te gustan mis pechos pequeños, Billy —decía Elaine entre sollozos—, pero nunca me has dicho nada sobre mi vagina.

—¡Me encanta tu vagina! —afirmé para tranquilizarla.

—No lo dices por decir, ¿verdad, Billy?

—¡No! ¡Creo que tu vagina es perfecta! —contesté.

—¿Por qué? —preguntó Elaine; había dejado de llorar.

Estaba decidido a no repetir con mi queridísima amiga el error cometido antes con Esmeralda.

—Ah, pues... —empecé, y me interrumpí—. Te seré del todo sincero, Elaine. Algunas vaginas parecen tan grandes como salones de baile, y tu vagina en cambio está en su justa medida. Es del tamaño perfecto, o al menos perfecto para mí —dije con toda la naturalidad posible.

—No es un salón de baile, ¿quieres decir eso, Billy?

¿Cómo había llegado de nuevo a ese punto?, me pregunté.

—¡No es un salón de baile, en el buen sentido! —exclamé.

La hipermetropía de Elaine era agua pasada; se había sometido a la cirugía Lasik; era como si viese por primera vez. Antes de la intervención, cuando tenía relaciones sexuales, siempre se quitaba las gafas; en realidad nunca había echado una buena ojeada a un pene. Ahora podía ver penes tal como en realidad eran; no le gustaba el aspecto de algunos de ellos, «de la mayoría» de ellos, había dicho Elaine. Me había anunciado que, la próxima vez que estuviéramos juntos, quería echarle una buena ojeada a mi pene. Se me antojó un poco trágico que Elaine no conociera a ningún otro hombre lo suficiente como para sentirse cómoda mirándole el pene, pero ¿para qué están los amigos?

—¿Así que mi vagina no es un «salón de baile» en el buen sentido? —decía ahora Elaine por teléfono—. Bueno, eso ya me parece bien. Estoy impaciente por echarle una buena ojeada a tu pene, Billy. Sé que si me quedo mirándote fijamente el pene, te lo tomarás en el buen sentido.

—Yo también estoy impaciente —contesté.

—Tú recuerda quién es del tamaño perfecto para ti, Billy —dijo Elaine.

—Te quiero, Elaine —declaré.

—Yo también te quiero, Billy —dijo Elaine.

Fue así como enterré por fin mi paso en falso del salón de baile; fue así como desapareció ese fantasma. Fue así como mi peor recuerdo de Esmeralda (aquel ángel aterrador) alzó el vuelo.

Era la tercera semana de noviembre de 2010; no olvidaré esto mientras viva. Estaba enfrascado en *Romeo y Julieta*; tenía un reparto de chicos excelente, y (como ya saben) una Julieta con tantos huevos como un director pueda desear.

Los ratones de escenario molestaban principalmente a las pocas chicas del reparto; a saber, mi señora Montesco y mi señora Capuleto, y mi Ama. En cuanto a Julieta, Gee no chillaba cuando los ratones de escenario correteaban por allí; y tampoco intentaba pisoteara esos pequeños roedores tan impertinentes. Gee y mi sanguinario Tebaldo habían matado algunos ratones de escenario a pisotones, pero mi Mercucio y mi Romeo eran los expertos del reparto en ratoneras. Yo les recordaba continuamente que debían desarmar las trampas cuando nuestro *Romeo y Julieta* se representase. No quería que interrumpiese la función ese siniestro chasquido, o el alarido agónico de algún que otro ratón de escenario.

Mi Romeo era un chico de mirada bovina y belleza estrictamente convencional, pero poseía una dicción excepcional. Podía pronunciar esa frase del acto 1, escena 2 (de suma importancia) de modo que el público la oyera bien. «Tumulto de odio, pero más de amor», ésa.

También era importante para Gee que —como ella me dijo— mi Romeo no fuera su tipo.

—Pero no tengo inconveniente en besarlo —había añadido.

Por suerte, mi Romeo no tenía inconveniente en besar a Gee, pese a que todo el mundo en nuestro colegio sabía que Gee tenía huevos (y pene). En Favorite River un chico habría necesitado mucho valor para aventurarse a salir con Gee; no había ocurrido. Gee siempre había vivido en una residencia para chicas; aun con huevos y pene, Gee jamás molestaría a las chicas, y las chicas lo sabían. Tampoco las chicas habían molestado nunca a Gee.

Meter a Gee en una residencia de chicos habría sido llamar al mal tiempo; a Gee le gustaban los chicos, pero como Gee era un chico que se proponía convertirse en chica, algunos chicos, sin lugar a dudas, la habrían molestado.

Nadie había imaginado —y yo menos que nadie— que Gee acabaría siendo una joven tan guapa. Con toda seguridad, hubo chicos en la academia Favorite River que se encapricharon de ella en serio, chicos hétero, porque Gee era del todo pasable, y también chicos gais a quienes atraía Gee precisamente porque tenía huevos y pene.

Richard Abbott y yo, por turno, llevábamos a Gee en coche al Complejo para ver a Martha. A los noventa, la señora Hadley era una especie de abuela sabia para Gee; Martha recomendó a Gee que no saliera con chicos de Favorite River.

«Reserva las citas para cuando estés en la universidad», había aconsejado la

señora Hadley.

«Eso hago; dejaré para más adelante las citas», me había dicho Gee Montgomery. «Además, los chicos de Favorite River son demasiado inmaduros para mí».

Había un chico que a mí me parecía muy maduro, al menos físicamente. Igual que Gee, estaba en cuarto curso, pero además practicaba la lucha, razón por la que le asigné el papel del furibundo Tebaldo, el pariente de los Capuleto que, exaltado, es el principal responsable de lo que ocurre en la obra. Sí, ya sé, es la arraigada discordia entre los Montesco y los Capuleto la causa de la muerte de Romeo y Julieta, pero Tebaldo es el catalizador. (Confío en que Herm Hoyt y la señorita Frost me hubieran perdonado por asignar el papel de catalizador a un luchador).

Mi Tebaldo era el chico de aspecto más maduro en Favorite River, participante en el campeonato interestatal de lucha durante cuatro años, había llegado de Alemania. Manfred era un peso semipesado; su inglés era correcto y articulaba con mucho cuidado, pero conservaba un ligero acento. Yo le había pedido a Manfred que nos permitiera oír su acento en *Romeo y Julieta*. ¡Qué maldad la mía, buscar a un Tebaldo que practicara la lucha y tuviera acento alemán! Pero, a decir verdad, me preocupaba un poco la intensidad del posible encaprichamiento de Manfred con Gee. (Y me consta que a Gee él le gustaba). Si había un chico en Favorite River de quien cupiera esperar valentía suficiente para salir con Gee Montgomery —es decir, para proponerle siquiera una cita—, ese chico, que tenía todo el aspecto de un hombre, era mi vehemente Tebaldo.

Ese miércoles interpretábamos *Romeo y Julieta* sin el texto a la vista; estábamos en la fase de pulimento. El ensayo empezaba más tarde que de costumbre; daría comienzo a las ocho porque Manfred tenía un combate de lucha de pretemporada en algún lugar de Massachusetts.

Ese miércoles yo había ido al teatro casi a nuestra hora habitual de ensayo, a eso de las siete menos cuarto o las siete, y —como yo preveía— casi todo el reparto iría presentándose también antes de tiempo. Tocadas las ocho, todos estaríamos esperando ya a Manfred, mi muy combativo Tebaldo.

Yo hablaba de política con mi Benvolio, uno de mis chicos gais. Participaba activamente en el grupo LGBTC, y hablábamos de la elección del gobernador de Vermont, un demócrata: «nuestro gobernador proderechos de los gais», estaba diciendo mi Benvolio cuando, de pronto, se interrumpió y recordó:

—Me olvidaba de decirle una cosa, señor A. Por ahí hay un tipo que anda buscándolo. Estaba en el comedor, preguntando por usted.

De hecho, yo había pasado por el comedor para tomar un bocado un rato antes esa misma tarde, y otra persona me había dicho ya que un hombre había preguntado dónde encontrarme. Me lo había dicho una mujer joven del Departamento de Lengua y Literatura, una especie de Amanda, pero no ella. (Amanda, para alivio mío, se había marchado a otro sitio).

—¿Un hombre de qué edad? —había preguntado yo a esa joven profesora—.



¿Cómo era?

—De mi edad, o un poco mayor, guapo —me había dicho ella.

Yo calculaba que esa joven profesora de lengua y literatura rondaba los treinta y pocos, treinta y cinco años como mucho.

—¿Un tipo de qué edad, dirías tú? —pregunté a mi joven Benvolio—. ¿Cómo era?

—Cerca de cuarenta, quizá —contestó mi Benvolio—. Muy atractivo..., *sexy*, si quiere saber mi opinión —contestó el chico gay, sonriente. (Era un excelente Benvolio como complemento de mi Romeo de mirada bovina, pensaba yo).

Mis actores iban apareciendo en la caja negra; algunos llegaban solos, otros de dos en dos o de tres en tres. Si Manfred regresaba de su combate de lucha antes de lo previsto, podíamos dar comienzo al ensayo: la mayoría de los chicos aún tenían tareas por hacer; esa noche iban a acostarse tarde.

Llegaron mis clérigos, mi fray Lorenzo y mi fray Juan, y mi aparentemente servicial boticario. Llegaron mis cotorras, dos chicas de tercero, mi señora Montesco y mi señora Capuleto. Y estaba mi Mercucio, un chico sólo de segundo, pero de piernas largas y gran talento. Tenía el obligado encanto y gallardía del simpático pero predestinado Mercucio.

Gradualmente fueron entrando en la caja negra, sin ser los últimos, los Acompañantes, los Enmascarados, los Portadores de Antorchas, mi Chico del Tambor (un alumno menudo de primero, que podría haber interpretado a un enano), varios Criados (incluido el paje de Tebaldo), diversos Ciudadanos y Ciudadanas..., y mi Paris y mi Della Scala, y los demás. Mi Ama llegó la última, empujando a mi Baltasar y a mi Petrucio. El Ama de Julieta era una chica fornida, una jugadora de hockey sobre hierba, y una de las lesbianas del grupo LGBTC que más claro hablaba. Mi Ama apenas toleraba el menor rasgo del comportamiento masculino, incluido el comportamiento masculino gay y bi. Yo le tenía mucho aprecio. Si surgía algún conflicto —una pelea con comida en el comedor, o un alumno desafecto echando mano de un arma—, sabía que podía contar con que el Ama de Julieta me cubriera las espaldas. A su pesar, sentía respeto por Gee, pero yo sabía que no eran amigos.

¿Y dónde estaba Gee?, empecé a preguntarme. Mi Julieta solía ser la primera en llegar al teatro.

—Hay un tipo que anda buscándolo, señor A, un tipejo que se da muchos aires —me dijo el Ama de Julieta—. Creo que pretende ligarse a Gee, o quizá sólo está paseando y charlando con ella. En todo caso, vienen hacia aquí —me informó.

Pero yo no vi, en un primer momento, al desconocido; cuando avisté a Gee, no iba acompañada. Yo había estado comentando la escena de la muerte de Mercucio con mi Mercucio de largas piernas. Coincidió con él en que hay, como lo expresó mi talentoso alumno de segundo, cierto humor implícito cuando Mercucio describe a Romeo por primera vez la gravedad de su puñalada: «No es tan honda como un pozo, ni tan ancha como un pórtico, pero es buena, servirá. Pregunta por mí mañana y me

verás mortuorio». Pero advertí a mi Mercucio que no confiriera el menor tono humorístico cuando maldice a las dos familias: «¡Malditas vuestras familias!».

—Perdone que llegue un poco tarde, señor A Me he retrasado —dijo Gee; estaba sofocada, incluso un poco enrojecida, pero fuera hacía frío.

Venía sola.

—He oído que un tipo estaba molestándote —comenté.

—No me molestaba a mí; creo más bien que la tiene tomada con usted —dijo mi Julieta.

—A mí me ha parecido que pretendía ligar contigo —intervino mi robusta Ama.

—Nadie va a ligar conmigo hasta la universidad —repuso Gee.

—¿Ha dicho ese hombre qué quería? —le pregunté a Gee.

Ella negó con la cabeza.

—Creo que es algo personal, señor A.; ese tipo está disgustado por algo —respondió Gee.

Estábamos todos de pie en la zona del escenario, vivamente iluminada; mi director de escena ya había atenuado las luces de la sala. En nuestra caja negra podemos colocar al público donde queramos; podemos cambiar los asientos de sitio. A veces el público circunda totalmente el escenario o se sienta frente a frente con el escenario en medio. Para *Romeo y Julieta*, yo había dispuesto todos los asientos alrededor del escenario en forma de herradura abierta. Con las luces atenuadas, pero no a oscuras, yo podía observar los ensayos desde cualquier asiento de la sala y, aun así, ver lo suficiente para leer mis anotaciones o escribir anotaciones nuevas.

Fue mi Benvolio gay quien me susurró al oído mientras todos esperábamos aún a que Manfred (mi alborotador Tebaldo) regresara al campus de su combate de lucha.

—Señor A, lo veo —susurró mi Benvolio—. El tipo que anda buscándolo; está en la sala.

Con las luces atenuadas, no distinguí el rostro de aquel hombre; se hallaba sentado en la zona central de los asientos dispuestos en forma de herradura, en la cuarta o quinta fila, allí donde no alcanzaba el resplandor de los focos que iluminaban nuestro escenario.

—¿Avisamos a seguridad, señor A? —me preguntó Gee.

—No, no, iré a ver qué quiere —contesté—. Si da la impresión de que estoy atrapado en una conversación incómoda, ven a interrumpirnos; simula que tienes que preguntarme algo sobre la obra. Di lo primero que se te ocurra.

—¿Quiere que lo acompañe? —me preguntó mi audaz Ama, la jugadora de hockey sobre hierba.

—No, no —respondí a la intrépida chica, que buscaba camorra—. Basta con que me avises cuando llegue Manfred.

Estábamos en ese punto de los ensayos en que me gusta que los chicos reciten sus diálogos consecutivamente; no quería ensayar trozos sueltos ni en desorden. Mi siempre presto Tebaldo es una presencia instigadora en el acto 1, escena 1. (Entra

Tebaldo, desenvainando la espada, como indican las acotaciones). La única parte del ensayo que yo quería hacer sin Manfred era esa sección en que declama el Coro, el prólogo de la obra.

—Oídmeme, Coro —dije—. Recitad el prólogo un par de veces. Fijaos en que la frase más importante no termina con una coma, sino con un punto y coma; estad atentos a ese punto y coma. «Nacieron dos amantes malhadados»; por favor, haced un silencio después de ese punto y coma.

—Estaremos aquí por si nos necesita, señor A. —oí decir a Gee mientras yo recorría un pasillo hasta la cuarta o quinta fila de asientos, la zona de la sala tenuemente iluminada.

—Eh, profesor —oí decir al hombre, quizás una décima de segundo antes de verlo claramente.

Bien podía haber dicho «Eh, Ninfa», así de familiar me resultó su voz, casi cincuenta años después de haberla oído por última vez. Su rostro agraciado, su complexión de luchador, su maliciosa sonrisa de aplomo..., todo ello me resultó muy familiar.

¡Pero si tú estás muerto!, pensaba yo; lo de las «causas naturales» era la única parte dudosa. Aun así, ese Kittredge no podía ser mi Kittredge, claro está. Ese Kittredge tenía sólo la mitad de mi edad o poco más; si hubiese nacido a principios de los años setenta, cuando suponía que había nacido el hijo de Kittredge, tendría ahora cerca de cuarenta años, treinta y siete o treinta y ocho, le habría echado yo, al conocer al único hijo de Kittredge.

—Es asombroso lo mucho que te pareces a tu padre —dije al joven Kittredge tendiéndole la mano; él rehusó estrecharla—. O mejor dicho, si yo hubiese visto a tu padre a tu edad, claro... Eres tal como imagino que él debía de ser alrededor de los cuarenta años.

—Mi padre no se parecía en nada a mí cuando tenía mi edad —respondió el joven—. Él contaba poco más de treinta años cuando nació; cuando yo ya tenía edad para recordar cómo era, él ya parecía una mujer. No le habían hecho aún la reasignación quirúrgica, pero era muy pasable como mujer. Yo no tuve padre. Tuve dos madres: una estaba casi siempre histérica, la otra tenía pene. Después de la operación, por lo que sé, tenía una especie de vagina. Murió de sida; me sorprende que usted no acabara igual. He leído todas sus novelas —añadió el joven Kittredge, como si todo en mis libros le hubiera parecido indicio de que yo fácilmente podría haber muerto de sida, o debería haber muerto.

—Lo siento —fue lo único que pude decirle.

Como había dicho Gee, estaba disgustado. Pero yo mismo vi que estaba colérico. Intenté hablar de trivialidades. Le pregunté de qué había vivido su padre, y cómo había conocido a Irmgard, su esposa, la madre de ese joven colérico.

Se habían conocido esquiano, en Davos o quizás en Klosters. La mujer de Kittredge era suiza, pero tenía una abuela alemana; de ahí venía lo de Irmgard.

Kittredge e Irmgard tenían casas en la estación de esquí y en Zúrich, donde trabajaban ambos en el Schauspielhaus. (Era un teatro bastante famoso). Imaginé que a Kittredge le gustaba vivir en Europa; sin duda, estaba acostumbrado a Europa, por su madre. Y quizás en Europa era más fácil de concertar una operación de cambio de sexo, aunque la verdad es que yo no tenía ni idea.

La señora Kittredge —la madre, quiero decir, no la mujer— se había suicidado poco después de la muerte de Kittredge. (No cabía duda de que había sido su verdadera madre). «Píldoras», fue lo único que diría su nieto al respecto; saltaba a la vista que no le interesaba hablar conmigo de nada aparte del hecho de que su padre se había convertido en mujer. Empezaba a tener la sensación de que el joven Kittredge estaba convencido de que yo tuve algo que ver con lo que él consideraba una alteración deplorable.

—¿Qué tal hablaba el alemán? —pregunté al hijo de Kittredge, pero eso al joven colérico no le interesaba.

—Su alemán era pasable, aunque no tan pasable como lo era él como mujer. No hizo el menor esfuerzo por mejorar su alemán —me respondió el hijo de Kittredge—. Mi padre nunca puso tanto empeño en algo como el que puso en convertirse en mujer.

—Ah.

—Cuando estaba muriéndose, me dijo que aquí pasó algo, cuando usted y él coincidieron en este colegio —me explicó el hijo de Kittredge—. Algo empezó aquí. Él lo admiraba; dijo que usted tenía huevos. Hizo algo «inspirador», o eso me dijo. Había un transexual de por medio, alguien mayor, creo. Quizá los dos la conocían. Quizá mi padre la admiraba también. Quizás ella lo inspiró.

—Vi una foto de tu padre cuando era más joven, antes de venir aquí —le conté al joven Kittredge—. Iba vestido y maquillado como una niña muy guapa. Creo que algo empezó, como tú dices, antes de conocerme a mí..., y de todo lo demás. Podría enseñarte esa foto si tú...

—He visto esas fotografías, ¡no necesito ver otra más! —exclamó el hijo de Kittredge coléricamente—. ¿Y qué me dice del transexual? ¿Cómo inspiraron usted y ella a mi padre?

—Me sorprende oír que me «admiraba»; me cuesta imaginar que yo hiciera algo que él considerase «inspirador». Nunca tuve la impresión de caerle bien siquiera. De hecho, tu padre fue siempre bastante cruel conmigo —expliqué al hijo de Kittredge.

—¿Y qué me dice del transexual? —repitió el joven Kittredge.

—El transexual era una conocida mía; tu padre la vio sólo una vez. Yo estaba enamorado del transexual. ¡Lo que pasó con el transexual me pasó a mí! —exclamé—. No sé qué le pasó a tu padre.

—Aquí pasó algo, yo sólo sé eso —insistió el hijo con encono—. Mi padre leyó todos sus libros, obsesivamente. ¿Qué buscaba en sus novelas? Yo las he leído. No encontré a mi padre en ellas, aunque no tendría por qué haberlo reconocido en sus páginas.

En ese momento pensé en mi propio padre, y dije —con toda la delicadeza posible— al hijo colérico de Kittredge:

—Ya somos quienes somos, ¿no? No puedo conseguir que comprendas a tu padre, pero sin duda puedes sentir algo de compasión por él, ¿no? —(¡Nunca habría imaginado que le pediría a alguien compasión por Kittredge!).

En otro tiempo había pensado que si Kittredge era gay, a todas luces parecía de los de arriba. Ahora ya no estaba tan seguro. Cuando Kittredge conoció a la señorita Frost, yo lo vi pasar de dominante a sumiso... en cosa de diez segundos.

Justo en ese momento apareció Gee, en la fila de asientos junto a nosotros. Sin duda, los actores del reparto para *Romeo y Julieta* habían oído que estábamos hablando en voz muy alta; debían de estar preocupados por mí. Ciertamente oían lo colérico que estaba el joven Kittredge. Para mí, sólo era un reflejo inmaduro y decepcionante de su padre.

—Hola, Gee —dije—. ¿Ha llegado Manfred? ¿Estamos listos?

—No, aún no tenemos a nuestro Tebaldo —me contestó Gee—. Pero yo tengo una pregunta. Es sobre el acto I, escena 5; es lo primerísimo que digo, cuando el Ama me anuncia que Romeo es un Montesco. Ya sabe, cuando descubro que estoy enamorada del hijo de mi enemigo; es ese pareado.

—¿Qué le pasa? —pregunté.

Gee estaba ganando tiempo para los dos, advertí; queríamos que llegara Manfred. ¿Dónde estaba mi Tebaldo de genio vivo cuando lo necesitaba?

—Creo que no debería dar la impresión de que siento lástima de mí misma —continuó Gee—. No concibo a Julieta como una persona autocompasiva.

—No, no lo es —contesté—. Julieta puede parecer fatalista..., a veces..., pero no debe parecer autocompasiva.

—De acuerdo, permítame decir la frase —prosiguió Gee—. Creo que ya lo he entendido: tengo que decirla sólo tal cual es, pero sin quejarme.

—Ésta es mi Julieta —informé al joven Kittredge—. Mi mejor chica, Gee. De acuerdo —dije a Gee—. Oigámosla.

—«¡Mi amor ha nacido de mi único odio! Muy pronto le he visto y tarde le conozco» —recitó mi Julieta.

—No podrías haberlo hecho mejor, Gee —aseguré, pero el joven Kittredge tenía la mirada fija en ella; no supe si le despertaba admiración o recelo.

—¿Gee? ¿De dónde ha salido ese nombre? —le preguntó el hijo de Kittredge.

Vi que la seguridad en sí misma de mi mejor chica se tambaleaba un poco; aquél era un hombre atractivo, de aspecto un tanto mundano, alguien externo a nuestra comunidad de Favorite River, donde Gee se había granjeado nuestro respeto y había desarrollado una gran confianza en sí misma como mujer. Vi que Gee dudaba de sí misma. Supe qué pensaba en presencia del joven Kittredge y bajo el intimidatorio examen a que éste le sometía. ¿Parezco pasable?, se preguntaba Gee.

—Gee es sólo un nombre inventado —respondió la joven evasivamente.

—¿Cuál es tu verdadero nombre? —le preguntó el hijo de Kittredge.

—Yo era George Montgomery al nacer. Seré Georgia Montgomery más adelante —anunció Gee—. Ahora mismo sólo soy Gee. Soy un chico que está convirtiéndose en chica: estoy en transición —explicó mi Julieta al joven Kittredge.

—No podrías haberlo hecho mejor, Gee —repetí—. Creo que lo has expresado perfectamente.

Me bastó una mirada al hijo de Kittredge para verlo: hasta ese momento el joven Kittredge no tenía la menor idea de que Gee era una obra en curso; no sabía que era una chica transgénero, valerosamente en camino de convertirse en mujer. Me bastó una mirada a Gee para ver que ella sabía que había estado pasable; creo que eso aumentó en grado sumo la seguridad en sí misma de mi Julieta. Ahora me doy cuenta de que si el hijo de Kittredge hubiese faltado al respeto a Gee, yo habría intentado matarlo.

En ese momento llegó Manfred.

—¡El luchador está aquí! —anunció alguien a voz en cuello; quizá mi Mercucio, o puede que fuera mi Benvolio gay.

—¡Ya tenemos a nuestro Tebaldo! —vociferó en dirección a Gee y a mí mi fuerte Ama.

—Ah, por fin —dije—. Estamos listos.

Gee corría hacia el escenario, como si su vida futura dependiese de dar comienzo a ese ensayo tardío.

—Suerte, mucha mierda —le deseó el joven Kittredge, alzando la voz.

Como me ocurría con su padre, me era imposible interpretar su tono de voz. ¿Era sincero o sarcástico?

Vi que mi aplomada Ama había llevado aparte a Manfred. Sin duda ponía al corriente al explosivo Tebaldo: quería que «el luchador» supiera que había un posible problema, un tipejo (como había llamado al joven Kittredge) en la sala. Yo conducía al hijo de Kittredge a un pasillo entre los asientos dispuestos en herradura, simplemente acompañaba al joven a la salida más cercana, cuando apareció Manfred en el pasillo, tan presto a la pelea como siempre lo estaba Tebaldo.

Cuando Manfred quería hablarme en privado, siempre se dirigía a mí en alemán; sabía que yo había vivido en Viena y aún hablaba un poco el alemán, aunque mal. Manfred me preguntó educadamente, en alemán, si podía ayudarme en algo.

¡Putas luchadores! Vi que mi Tebaldo había perdido medio bigote; ¡habían tenido que afeitarse un lado del labio para darle los puntos! (Manfred tendría que afeitarse la otra mitad del labio antes de la representación; no sé ustedes, pero yo nunca he visto a un Tebaldo con sólo medio bigote).

—Hablas bastante bien el alemán —le dijo a Manfred el joven Kittredge, aparentemente sorprendido.

—Normal, soy alemán —respondió Manfred de forma agresiva, en inglés.

—Éste es mi Tebaldo. También es luchador, como tu padre —informé al hijo de

Kittredge. Se estrecharon la mano en actitud un poco vacilante—. Enseguida voy, Manfred; puedes esperarme en el escenario. Bonito labio —le dije mientras se alejaba por el pasillo hacia el escenario.

El joven Kittredge, de mala gana, me dio un apretón de manos en la puerta de salida. Seguía agitado; tenía más cosas que decir, pero —al menos en un sentido— no era como su padre. Al margen de la opinión que uno tenga de Kittredge, algo sí puedo afirmar: el muy cabrón era cruel, pero no se arrugaba ante una pelea. Al hijo, tanto si había practicado la lucha como si no, le bastó una mirada a Manfred; el hijo de Kittredge sí se arrugaba ante una pelea.

—En fin, allá va: tengo que decirlo —saltó el joven Kittredge; casi ni podía mirarme—. Yo a usted no lo conozco, lo admito; tampoco tengo la más remota idea de quién era en realidad mi padre, pero he leído todos sus libros, y sé qué es lo que hace... en sus novelas, quiero decir. Presenta todos esos extremos sexuales como algo normal, eso hace. Como Gee, esa chica, o lo que sea, o en lo que esté convirtiéndose. Usted crea todos esos personajes que son sexualmente «distintos», como podría decir usted, o que están «jodidos», que es como lo diría yo, y luego espera que nos compadezcamos de ellos, o que nos den pena, o algo así.

—Sí, más o menos eso hago —respondí.

—¡Pero la mayor parte de lo que usted describe no es natural! —exclamó el hijo de Kittredge—. O sea, sé lo que usted es, y no sólo por lo que escribe. He leído lo que dice de sí mismo en las entrevistas. Lo que usted es no es natural, ¡usted no es normal!

Había bajado la voz al hablar de Gee —eso debo reconocérselo—, pero ahora el hijo de Kittredge volvía a levantarla. Yo sabía que mi director de escena —además de todo el reparto de *Romeo y Julieta*— oía cada palabra. De pronto reinó un silencio absoluto en nuestro pequeño teatro caja negra; juraría que se habría oído hasta el pedo de un ratón de escenario.

—Usted es bisexual, ¿no? —me preguntó el hijo de Kittredge—. ¿Cree que eso es normal, o natural, o que inspira compasión? ¡A usted le va la carne y el pescado! —dijo, abriendo la puerta de salida; gracias a Dios, todos vieron que por fin se iba.

—Querido mío —dije con aspereza al joven Kittredge en lo que se ha convertido en mi sempiterna imitación de la manera en que la señorita Frost me habló, en un tono elocuente y emotivo.

«Querido mío, por favor, no me etiquetes, ¡no me conviertas en una categoría antes de conocerme!», me había dicho la señorita Frost; nunca lo he olvidado. ¿Es raro, pues, que fuera eso lo que le dije al joven Kittredge, el engreído hijo de mi viejo enemigo y amor prohibido?

# AGRADECIMIENTOS

Jamey Bradbury, Rob Buyea, David Calicchio, Dean Cooke, Emily Copeland, Peter Delacorte, David Ebershoff, Amy Edelman, Marie-Anne Esquivié, Paul Fedorko, Vicente Molina Foix, Rodrigo Fresán, Ruth Geiger, Ron Hansen, Sheila Heffernon, Alan Hergott, Everett Irving, Janet Turnbull Irving, Josée Kamoun, Jonathan Karp, Katie Kelley, Rick Kelley, Kate Medina, Jan Morris, Anna von Planta, David Rowland, Marty Schwartz, Nick Spengler, Helga Stephenson, Abraham Verghese, Edmund White.





JOHN IRVING (Exeter, New Hampshire, 1952). Es considerado uno de los grandes autores norteamericanos vivos, y su excepcional estilo narrativo lo ha hecho merecedor del beneplácito de la crítica y del público. A su primera novela, *Libertad para los osos* (1968), siguieron *La epopeya del bebedor de agua* (1972) y *Doble pareja* (1974). Con *El mundo según Garp* (1978) Irving inició su prolífica relación con el cine, que continuaría con la adaptación a la gran pantalla de *Hotel New Hampshire* y *Las normas de la casa de la sidra*, cuya versión cinematográfica recibió el Óscar de 2000 al mejor guión adaptado, firmado por el propio novelista. Sus siguientes títulos: *Una mujer difícil* (2000), *Mis líos con el cine* (2001), *La cuarta mano* (2001), *Hasta que te encuentre* (2005) o *La última noche en Twisted River* (2009) no han hecho sino confirmar la enorme categoría de Irving como novelista y su ininterrumpido idilio con una fiel legión de lectores.

# Notas

[1] Los fragmentos de las obras de William Shakespeare que aparecen en la novela se citan según la traducción de Ángel-Luis Pujante editadas por Espasa. (N. del E.) <<

[2] En español en el original. (*N. del T.*) <<

[3] En español en el original. Como esta circunstancia se da con frecuencia a lo largo del presente capítulo, optamos por diferenciar con comillas simples y cursiva las palabras y expresiones reproducidas en español en el original. (*N. del T.*) <<